

LA

PERSONALIDAD POLITICA

Y

LA AMERICA DEL PORVENIR

POR

JENARO ABASOLO, N.



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA I ENCUADERNACION UNIVERSITARIA
Dr. S. A. GARCÍA VALENZUELA, PROPIETARIO
812 MERCED 814
1907

LA

PERSONALIDAD POLITICA

Y

LA AMERICA DEL PORVENIR

POR

JENARO ABASOLO, N.



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA I ENCUADERNACION UNIVERSITARIA

Dr. S. A. GARCÍA VALENZUELA, PROPIETARIO

812 MERCED 814

1907

DON JENARO ABASOLO N.

BREVE RESEÑA BIOGRAFICA

HOMENAJE FILIAL

DON JENARO ABASOLO N.

He aquí a un pensador de Sud-América cuya labor intelectual es completamente desconocida por haber quedado su parte mas valiosa entre sus manuscritos inéditos, guardados como preciosa herencia i solo hoi publicados por sus hijos.

Quedaron éstos, menores de edad a su muerte, i sufriendo cambios de fortuna algunos años despues, no pudieron preocuparse de la publicacion de sus obras, asi es que cumplen ahora con este sagrado deber dándolas a luz i principiando por «La Personalidad Política» que será la que tenga mas significacion en el Nuevo Mundo por la elevada mision histórica que le señala el autor.

Por el estudio hondo i jenial del individuo i de las sociedades que es lo que constituye la base de este libro i por el conjunto trascendental de los problemas que plantea, lo conceptuamos digno de atencion para todo el que mire con algún interes el desenvolvimiento político i sociólogo de las repúblicas hispano-americanas.

Don Jenaro Abasolo nació en Santiago de Chile, el 10 de Setiembre de 1833 i murió en esta misma ciudad el 3 de Octubre de 1884. Sus padres fueron, D. José Ramon Abasolo i Olivares i doña Rosa Navarrete i Borrás.

Don José Ramon Abasolo (1) pertenecía a una antigua familia de Vizcaya, i fue, segun sus contemporáneos, un perfecto caballero por la hidalguía de su carácter. Su muerte repentina dejó a su joven viuda con cuatro hijos varones pequeños al lado de los padres de ella, poseedores de propiedades valiosas en el mismo Santiago.

Tanto en el hogar paterno como en el que le formaron sus hijos mas tarde, la señora N. de Abasolo vivió mui retirada i dió pruebas siempre de una gran superioridad moral. Su afición al estudio, la exquisita cultura de sus sentimientos, su vida ejemplar que se concentró en un recuerdo perseverante, hicieron de ella la primera i mejor educadora de sus niños, de los cuales era el menor de todos, su hijo Jenaro.

Fué este, el mas amado de su madre, i heredó su natural distincion, su intelijencia penetrante i las tendencias de su alma excepcional. Desde sus primeros años se hizo notar por la extrema susceptibilidad de su temperamento nervioso i su precoz talento. Era su organismo, delicada i jenerosamente constituido i parecía haberse desarrollado bajo la accion del pensamiento i la vida intensa del estudio. El cultivo sistemático de su espíritu reflexivo i observador dieron a su intelecto vigoroso las grandes pasiones científicas i pusieron en evidencia las maravillosas facultades de esa naturaleza vibrante i privilegiada.

De regular estatura, había en su físico i en sus modales, esa dignidad sin afectacion que imprime siempre en los hombres superiores un carácter elevado. Su cabeza

(1) El verdadero apellido de este caballero es Abásolo, como él i sus deudos de España se firmaban.

era notablemente bien formada i su noble i sería fisonomía, llena de significacion i de bondad.

Su carácter, modelado por el amor materno, era franco i caballeresco en grado sumo, i en la conversacion, expansivo i a veces jovial; pero su grave exterior, revelaba casi siempre, la reserva del que se concentra para seguir, en el proceso interno de las ideas, la solucion de un interesante problema.

Los estudios secundarios i universitarios los hizo D. Jenaro Abasolo, en el Instituto Nacional i Universidad de Santiago, distinguiéndose siempre en sus exámenes i cursando con brillo las matemáticas. Recibió su diploma de ingeniero a los 19 años.

Cuando aun no contaba 25 años se dice que el exceso de estudio llegó a alterar su salud, i por esta razon fue enviado por su familia a Mendoza con una ocupacion. De ahí pasó a Buenos Aires donde se dió a conocer por algunos artículos sobre educacion. En casa de Sarmiento conoció a varios jóvenes que figuraron en esa, i conservó el mas simpático recuerdo de la sociedad bonaerense. Despues de permanecer algunos meses en la capital del Plata, volvió a Mendoza para regresar a su patria, llamado por su afectuosa madre i su hermano Ramon. Pasó en seguida a desempeñar el puesto de profesor de matemáticas del Liceo de Minas de Copiapó.

De su viaje a Mendoza datan algunas de sus primeras poesías que, si no son las producciones cuidadas del literato, tienen el encanto de lo nuevo i de lo que es sinceramente sentido, la fantasía espontánea donde la emocion delicadamente se incorpora para exitar el pensamiento o la imájen interesante.

En su Diario íntimo encontramos mas tarde, impresiones de la naturaleza, tan vívidas de expresion, reminiscencias de su niñez, de la triste e inconsolable viudez de su madre a quien consagra la mas tierna veneracion i la-

menta la prematura muerte de su padre, al cual, puede decirse, no alcanzó a conocer por quedar entónces mui pequeño. En este mismo Diario encontramos tambien, durante su viaje por Europa, sentidos párrafos a las personas amadas que ha visto desaparecer, i sus notas tan características sobre los hombres i las cosas del Viejo Mundo.

Sus primeros trabajos literarios en Chile los publicó anónimos. En una época refractaria al alumbramiento de las ideas, los hombres de progreso que avanzaban como los apóstoles de la democracia i de la libertad de principios, encontraban para sus ideales redentores el ambiente hostil de la intolerancia. Así fue como publicó en 1861, su primer folleto firmado solo con sus iniciales i titulado: «Dos Palabras sobre la América i su Pórvénir», que comprende su Himno a Colombia como llama ahí al continente de Colon.

En 1866 dió a luz «La Relijion de un americano» trabajo que fue atribuido por algunos a Bilbao por publicarse anónimo i por la semejanza de título con otra obra de este ilustre escritor.

En 1872 publicó otro folleto anónimo titulado «Pobres i Ricos».

Por esta misma época tenía arrendada, en compañía de su hermano Vicente, ingeniero tambien, una gran hacienda en las costas de Rancagua donde trabajaron algunos años haciéndose de una regular fortuna. Aquí, como siempre, se dió a conocer según los que lo recordaban, por su noble rectitud i jeneroso desprendimiento para con el pobre trabajador.

Despues de algunas pérdidas dolorosas en su familia i agobiado de una afeccion nerviosa, se fue a Piura (Perú) mas o menos el 75, para seguir, poco despues, viaje a Europa. En sus cartas a sus hermanos se queja siempre del desencanto que experimentó a su llegada al Viejo

Mundo, de ese gran fastidio causado por la sociedad de esos hombres cultos, pero iguales los unos a los otros. Este observador, que llevó en su filosofía i en sus ideales el principio de lo diverso como un producto de su temperamento de escritor, no es extraño quedara desagradablemente impresionado ante la uniformidad de los europeos, en los cuales, como dice en su *Personalité*, «la igualdad del carácter está señalada como un modelo moral. Nulidad profunda i desesperante, rodeada de todas las bellezas artísticas de la decadencia». I ya fuera que lo viese todo bajo el prisma sombrío de su enfermedad i de sus pesares, o que se imaginara encontrar algo superior a lo que observó, lo cierto es que las notas de su Diario reflejan esa misma decepcion. He aquí dos de ellas fechadas en la patria del Dante: «No hai cárcel mas horrible que la monotonía; por eso no hai prision mas insoportable que la Europa. Las fisonomias, los edificios, los árboles, los animales, todo es la misma muralla horrorosa. 1876».

«No solo por la educación i por las ocupaciones sino por la costumbre de aglomerarse los unos sobre los otros, los europeos se han formado esa naturaleza sin diversidad que hace a un hombre igual al vecino i a todos los demas. Es necesario edificar las nuevas ciudades donde cada familia tenga un domicilio aparte i secreto. Así se forman i se desarrollan los caracteres orijinales que se elevan a jenios. Florencia 1876».

Por el mismo estado de su salud se sentía molesto en los grandes centros; i ávido de sol, lleno de nostálgicos recuerdos, apenas la estacion lo permitió, se refugiaba en un lugar de baños o en Bellevue que presenta en una eminencia, a orillas del Sena, un bellissimo panorama, i a dos leguas se divisa la gran capital francesa i sus alrededores.

A fines del 76 estaba preocupado de publicar su libro

La Personnalité que habia llevado en preparacion desde Chile. Leemos en su Diario: «Dios mio! oye mi última súplica. Dadme el valor i la capacidad de llevar a cabo mi propósito con la dignidad que es propia de tus creaturas. Nada temo si soi capaz de eso. ¿Qué es lo paraliza mi resolucion i mi pensamiento? La sociedad que me rodea, la enfermedad que postra mi valor».

«Si algo he hecho por purificar mi vida i por el bien de la verdad suprema, por ello te pido, Dios mio, la muerte tranquila, el tránsito sereno en posesion de mi esperanza i de mis potencias. Publicar mi libro, ver mis hijos, i despues, la serenidad i la muerte.»

Preocupado de sus pequeños hijos que había dejado huérfanos de madre en Chile, pensó volver a su patria sin publicar su obra, i a este respecto escribe a uno de sus hermanos lo siguiente: «Si me sucede algo en el mar, en mi equipaje hai unos cuantos libros manuscritos i un rollo de papeles que contienen el orijinal manuscrito de un pequeño libro que pensé publicar aquí i que no publiqué.»

«Esos papeles i esos libros contienen mi manera de pensar, herencia que quisiera dejar a mis niños antes que ninguna otra. El hijo debe ser mas bien el hijo de nuestro espíritu que de nuestra sangre...»

Pero en vista de la poca o ninguna mejoría alcanzada i del parecer de un especialista, cambió de resolucion i se quedó algún tiempo mas por allá, i en 1877 dió a luz en Bruselas, donde pasó algunas temporadas, el libro antes citado, que fue mui bien recibido por algunos pensadores i entusiastamente felicitado por el Rector de la Universidad de Berna, M. Félix Bovet con el cual había hecho amistad en Ischia.

Tambien envió un ejemplar de la obra a la viuda de Edgard Quinet, por el cual tuvo siempre el autor una ferviente admiracion. Ella contestó:

«Señor: el libro *La Personnalité* paréceme escrito por un hermano de Bilbao i grande amigo de Edgard Quinet. Apenas he tenido tiempo de hojearlo, pero en cada pájina encuentro esas jenerosas palabras que nos conmueven profundamente, el amor por la verdad, aspiraciones inmortales i un ideal superior para el hombre i las naciones.»

«Nos es grato pensar que existen aún intelectos que se dedican a investigar problemas que la moda pudiera descuidar un día, pero que encierran fuentes de inagotables tesoros para el pensador que se entrega a tan noble tarea. Os felicito, señor, por hacer de ello vuestra ocupacion i os agradezco la obra.»

«Aceptad, señor, los sentimientos de mi mas distinguida consideracion.

Viuda de Edgard Quinet»

París, Boulevard Montparnasse, 5 de Julio 1877.

Este libro se publicó en frances i debiera titularse «La Personalidad-Los jenios». En él trata de probar el autor, como lo declara en su prólogo, la responsabilidad incontestable de la conciencia i el poder supremo i primordial de la voluntad, haciendo evidente el triunfo de la personalidad humana i probando que la síntesis de la filosofía moderna debe conducirnos a un nuevo cristianismo, mucho mas universal i grandioso. Se divide en dos partes: «La Personalidad en sí i La Personalidad social o Los Genios.»

Cuando llegó a Chile traía casi terminado su valioso *Estudio sobre la filosofía alemana* que representa la energia mental mas poderosa del autor por su gran mérito científico i su fuerza de raciocinio. La lógica honrada, pro-

funda i luminosa del gran psicólogo pone a prueba esa oscura dialéctica de la filosofía alemana, cuyo carácter mas saliente, como dice en otra de sus obras, es la extincion de la personalidad i en cuya vaga metafísica solo ve un desenvolvimiento del antiguo panteismo de la India.

Esta obra está inédita. En el campo de la investigacion filosófica i de los estudios sociales, es, sin duda, la labor mas intensa del pensamiento actual en el continente i creemos ocupará un puesto honroso en las letras latino-americanas.

Comprende tres partes que son: «Observaciones sobre la crítica de la razón pura de Kant», «Una ojeada sobre la destinacion del hombre, por Ficht» i «Sobre algunas ideas de Schelling acerca de la ciencia de la historia». Tambien tiene un luminoso estudio titulado: *Observaciones sobre la lógica de Hegel*.

Poco ántes de morir terminó la obra que presentamos aquí, escrita durante los últimos años que pasó en Chile despues de su vuelta de Europa. *La Personalidad Poiltica* es la que revela una de las fases mas jeniales de la personalidad psíquica i social del autor que encarna talvez, como ningún otro pensador de la América, esa álma nueva, hecha de pasion, de exaltacion jenerosa hácia el bien i que al inspirarse en el ideal eterno de la belleza señala nuevos rumbos a la política, a la literatura i a la filosofía, proclamando la verdadera independenciam del espíritu que es la orijinalidad en todas las formas del pensamiento i de la accion porque, según él, «pensar i creer bajo el dictámen de los europeos es abdicar nuestro destino.»

Su mente de idealista vivió inflamada de amor por la humanidad que sufre i parecía llevar sobre su corazon esos grandes infortunios ignorados i no redimidos, viéndolos al traves de una filosofía profundamente humanita-

ria. Ese espíritu honrado, independiente e innovador se aisló para la investigación de la verdad, i al resolver los grandes problemas de la vida i presentar a las sociedades modernas el modelo de lo mejor, horizontes desconocidos de la intelectualidad i del arte, rompió los viejos moldes de la rutina europea, cambia las nociones admitidas sobre la superioridad humana i preconiza una nueva i lejitima aristocracia. Dotado de una gran diversidad interior que constituía su riqueza de intensidad, sus concepciones i las modalidades estéticas de su genio tienen ese relieve personalísimo i sus ideas, ese sello de orijinalidad, de delicadeza i de fuerza que las caracteriza. Los estudios históricos i biológicos, i las ciencias sociales, políticas i filosóficas, realzaron su carácter intelectual, digno, austero, sin difraces, i prepararon su labor fecunda e interesante, tronchada en pleno meridiano de la vida. Fue enemigo de todo aplauso i de toda resonancia mundana, pudiendo condensarse su vida en estas dos palabras: fue un hombre de bien i un estudioso. Quisiéramos tambien aplicar a él, ahora, sin temor de herir el gran pudor de esa alma colocada mui alto en nuestro pensamiento, las palabras que dedica a los verdaderos grandes hombre en su *Estudio sobre la filosofía alemana*, i aunque esto no quiere decir lo coloquemos en el número de aquellos, podemos, con todo, decir de él que solo tuvo en vista: «Trasmitir su interioridad creadora a otros hombres, enemigos como él, de exterioridades personales: su forma i su exterioridad fue la gloria de los demas, encender el fuego divino en todos los pechos, el fuego que arde por la gloria i la felicidad de los demas.»

FLORA ABASOLO

Santiago, 30 de Septiembre de 1907.



INTRODUCCION

Qué cosa es la personalidad política

Yo entiendo por personalidad política la facultad trascendental, educable i progresiva por cuya virtud el hombre puede crear la sociedad futura, segun ideas determinadas i conforme a planes preconcebidos. Probar que el hombre se halla en posesion de esa facultad i que puede perfeccionarla indefinidamente, determinando los medios que, a mi juicio, son mas a propósito para alcanzar ese fin, tal es el objeto de este libro.

Para elevarse a esa concepcion superior de la humanidad es menester cambiar por completo las nociones admitidas sobre la superioridad humana. Hegel dice que los grandes hombres han hecho lo que han querido i han querido lo que han hecho, sin fijarse en que este modo de pensar está en oposicion abierta con su sistema, cuyo fondo es la predestinacion luterana, i sin pararse a determinar cuáles son en verdad los grandes hombres, i dando a entender que grande hombre es cualquiera de esos insignes calaveras de la Historia que se llaman conquis

tadores. Porque es cierto que grande hombre es aquel que hace lo que quiere, no sólo en la medida en que él lo concibió, sino aumentado i engrandecido por las sanciones maravillosas de la inmortalidad. Así, Sócrates es un grande hombre porque la verdad que él enseñó triunfa i se glorifica cada vez mas en el mundo. I Alejandro es un pobre hombre, porque el espíritu de conquista i de sofocacion de las nacionalidades, que él quiso glorificar, se desprestijia cada vez mas sobre la tierra. Alejandro gastó el caudal sagrado de la libertad en barnizar el Asia con el espíritu heleno: obra efímera!

Es cierto que el grande hombre no puede prever el porvenir en toda su configuracion, porque es incapaz de alcanzar a concebir todo lo que, al traves de pasajeras contradicciones, la Providencia pone de sorprendente i de imprevisto en la sancion que da a las buenas obras i a las nobles abnegaciones por medio del progreso natural de las jeneraciones que desenvuelven maravillosamente lo bueno i premian espléndidamente la virtud. Mas, si no puede prever toda la magnitud de las consecuencias de sus obras, debe estar seguro de que el espíritu que las anima, será ampliamente desenvuelto i sancionado, aun mucho mas de lo que él supone. Luego, siempre su accion es personal, pues, léjos de dispersarse en el acaso, es sancionada i corroborada de un modo progresivo.

Un libro como este no tiene sentido racional entre los pueblos de la predestinacion, para los cuales la Historia se desenvuelve segun una voluntad de Dios gráficamente determinada, o bien, no es mas que el desenvolvimiento lójico i necesario de la idea absoluta; pero yo creo que para un pueblo de raza latina contiene problemas de alto interes, dignos de perseverante estudio. Uno de los principales fines que se propone es combatir esa fácil tendencia de historiadores i políticos hácia el optimismo universal, i que si llegara a triunfar i a hacernos creer que

todo lo que ha sucedido ha sido bueno, como es bueno todo desenvolvimiento orgánico, tambien dejaria demostrado que los hechos venideros serán igualmente buenos, sea cual fuere la conducta de los contemporáneos; así como el pesimismo del mal humor de la escuela de Schopenhauer, cuyo triunfo seria la exasperacion del jénero humano: abdicacion vergonzosa del deber i error funesto en ámbos casos, i que para nosotros importaria nada ménos que la renegacion del timbre mas glorioso de nuestra raza, que es la raza del libre arbitrio i de las grandes reacciones. Perder ese timbre, dejar caer esa estrella de nuestra frente, esa corona inmortal ganada en las grandes batallas de los siglos, no sólo es arrancar la personalidad a mas de cien millones de hombres, sino dejar el destino del mundo a merced de esos pùeblos recién venidos de las nieblas del Septentrion i del Oriente al seno de la civilizacion, sin mas jenealogías que las de la barbarie i de la fuerza. Miéntas mas se profundiza el caracter de nuestra raza, mas nos convencemos de que su distintivo esencial es el de las grandes reacciones i el de la fé inquebrantable en el poder del hombre para vencer obstáculos i crearse a sí mismo su propio destino. Virtud inmensa, acumulada en las profundidades del alma griega, desde Troya hasta Platea, i en el alma de todos los pueblos del Mediterráneo, desde Sócrates hasta Jesus, Caton, Epicteto, Pelajio, Juana de Arco, Descartes, i hasta los hombres de la revolucion. Jenio, esplendor, virtud, heroismo, profundidad, pasion, todo eso lo tienen como nosotros los hombres del Norte; mas lo que no tienen i lo que les será mas difícil tener es el alma que se siente unida a Dios por el mutuo amor, pero sin confundirse con él i que saca de esa adoracion la fuerza vencedora de todas las calamidades i creadora de lo maravilloso. Virtud profunda, creada en la escuela amarga de las largas desventuras i de las aflicciones seculares, como en

los campos de la gloria i del heroismo pavoroso: desde los cautiverios de Egipto i de Babilonia hasta las vindictas de Troya i de Maraton; desde Roma asediada por el galo i por el cartajines, hasta Sagunto, Cartago, Jerusalen i Guadalete, i desde Viriato hasta Garibaldi. Los pueblos del Norte son incapaces de comprender ese misterio divino de la libertad, secreto profundo del alma que habla con lo infinito. Esa es la gloria de nuestra gloria i esa es la herencia inmortal i divina que nuestro linaje debe defender como sagrada, i ella, su guarda, importa para nosotros, en presencia de las vicisitudes que se ciernen sobre el mundo, la solucion del gravísimo problema de nuestra existencia: *ser o no ser*, he ahí la cuestion. O levantamos la bandera del libre arbitrio en la vida pública i en la privada, o tenemos que entregar el cetro del mundo a las naciones del Norte i desaparecer para siempre del teatro de la historia. O condenamos esos políticos i esos historiadores miserables que ponen su talento al servicio de todo lo que triunfa i de todo lo que ha triunfado, escudando su bajeza con las pueriles razones *del espíritu de la época*, etc., o nos veremos obligados a evacuar la cátedra del pensamiento, para que sea ocupada por los hijos de las nieblas i de la fatalidad. Esos políticos i esos historiadores que niegan la potencia divina de nuestra humanidad i que aplauden las conquistas de Roma porque representan la unidad civil i política del mundo; la invasion de los bárbaros, que esas conquistas hicieron necesaria, porque representa la introduccion de un nuevo elemento social en la universal relajacion; la soberanía absoluta de los reyes, porque representa la emancipacion de los siervos; esos hombres, digo, se olvidan de que no hai calamidad imaginable de que no debamos felicitarnos si la juzgamos con un criterio semejante. No hubiera sido mejor que Roma, circunscribiendo hasta ciertos límites sus conatos de conquista,

se hubiera constituido en defensora i aliada de las nacionalidades oprimidas i en el caudillo de la libertad en el mundo? Entónces no habria habido una Roma podrida i un conjunto de pueblos envilecidos por aquel dominio rapaz; i en vez de la invasion de los bárbaros, habríamos tenido el triunfo de la civilizacion imponiendo a las hordas salvajes una sujecion saludable i civilizadora; i en vez de esos siglos tenebrosos de la Edad Media, habríamos tenido los siglos de la luz i de un perpetuo renacimiento. No hai decadencia o trastorno imaginables que no traigan consigo una humanidad que lucha i que manifiesta i desenvuelve alguna virtud injénita del hombre, i entónces los sofistas modernos encuentran mui oportuno decir: era conveniente que así sucediera a fin de que aparecieran estas virtudes que nos eran desconocidas. Pero no se cuidan de investigar lo que habria sido esa humanidad vencedora de las contrariedades que la aflijen i depurándose de sus vicios por los esfuerzos de la razon, en vez de irlos a lamentar en un purgatorio de vergüenza i de tinieblas. Es cierto que llega un grado tal de decadencia en que una sociedad sólo puede salvarse por un trastorno universal; pero una série de esfuerzos anteriores pudo haber prevenido esa disolucion i esa ruina.

Es verdad que el mundo está rejido por la Divina Providencia i que se desarrolla segun un fin providencial; pero ese fin no es el fin de Bossuet, ni es el fin de Vico, ni el de Hegel. El fin de Dios no es producir tales i cuales acontecimientos determinados, ni tales o cuales individuos particulares o pueblos preconcebidos, sino que el fin de Dios es crear al hombre creador de sí mismo i creador de pueblos; es producir al hombre vencedor de la corrupcion i vencedor del mundo, creador de pueblos redentores i caudillo infatigable del bien. Dios impone al hombre la consecucion de un fin, el hombre arquetipo, i deja al hombre mismo la eleccion de los medios para al-

canzarlo. Dios es Creador de creadores i su fin es hacer creadores.

Es cierto que todo pueblo viene al mundo sometido a condiciones mas o ménos duras, viene, por decirlo así, esclavizado i encadenado: encadenado a los antecedentes de sus progenitores i a los instintos de la animalidad originaria; esclavizado a las condiciones físicas del territorio i a las exigencias de otros pueblos que le avécinan. Pero sin condiciones anteriores no hai sujeto, ni hai motivo de esfuerzo ni bien posible, por cuanto el bien es el esfuerzo por alcanzar lo mejor, el esfuerzo por mejorarse: el bien supremo es la actividad suprema.

Las condiciones físicas i etnográficas se imponen como factores poderosos en la formacion de la raza; pero, cualquiera que sea esta última, ella tiene un tipo de perfeccion al cual puede elevarse, haciéndose tan digna de respeto como cualquiera otra cuyo tipo de perfeccion sea mui diverso. Así vemos en la América latina que, tanto por la libre seleccion de los primeros inmigrantes de las diversas provincias españolas, cuanto por el influjo permanente de esa incansable predicadora de mil lenguas que se llama naturaleza física, irse configurando los diversos pueblos como otras tantas razas diversas por su índole i por sus costumbres; i vemos que esas diferencias se acentúan mas cada vez a medida que el influjo igualador del mismo dogma relijioso se atenúa o desaparece, suplantado por los preceptos mas libres i mas amplios de la filosofía. Pero eso no impide que cada una de ellas pueda elevarse a un tipo particular de perfeccion espiritual que, amoldándose, al parecer, a la naturaleza física, no hace, sin embargo, mas que asimilársela para dominarla i ponerla al servicio de sus altos fines sociales.



LIBRO I

El problema social.

CAPÍTULO I.

Los nuevos mundos.—La originalidad.—
La personalidad.

That so few now dare to be exentric marks the cheaf dan ger of the times. J. Stuart Mill.

I.

La naturaleza, sobre todo, esta hermosa naturaleza americana, nos aventaja i nos sobrepuja, i pide a menudo a nuestro espíritu sorprendido palabras que éste no conoce todavía. Ya parece abarcarnos ampliamente en sus brazos maternos, ya invitarnos hácia arriba. Su cráneo olímpico, formado de constelaciones, parece abrigar ideas inmortales i divinas, i sus mares i sus continentes colosales, sus montañas i sus pampas henchidas de

una savia inagotable, se esconden o se muestran como los senos de una maternidad prodigiosa. Bellezas sorprendentes, liberalidad providencial, la piedad fecunda en sus diversidades infinitas i en sus amplitudes inmensas, he aquí lo que se presenta a nuestro espíritu absorto al penetrar en los senos misteriosos de las tierras nuevas. A cada instante la creatura echa de ver que la naturaleza habla en ella a otra creatura mas grande que ella, i se siente abrigada en una matriz creadora i prodigiosa. Al contemplar tantos esplendores, el hombre reconoce que tanta belleza ha sido hecha para otro hombre mejor que aun no existe, para un huésped mas digno que vendrá despues. Es una maternidad sublime que nos invita a elevarnos hasta ella i a coronarnos del esplendor del sol i de las constelaciones. Tal es la naturaleza en nuestra América. Esas vastas comarcas casi inesploradas, tan diversas i orijinales en sus bellezas, son como otras tantas moradas que esperan el advenimiento de sociedades nuevas, diversas i orijinales tambien. Son nuevos mundos jeográficos esperando los nuevos mundos del espíritu, que serán la obra de las jeneraciones venideras.

La naturaleza ha hecho, pues, su obra. I el hombre debe hacer la suya: debe hacer al hombre digno de los esplendores del cielo i de las bellezas de la tierra, i que estalle en gritos de entusiasmo a su vista; el hombre para el cual las necesidades materiales no son nada en presencia de ese infinito de gloria que lo penetra, i que siente en su seno el cielo i la tierra unidos en el mismo himno inmortal. Hai un mundo de gloria que se distribuye sin disminuirse, un mundo de concordia i de fraternidad, allí donde los hombres sólo han visto el suelo de la vida material, que es el mundo de la discordia i de las luchas. Es el mundo de las almas puras, el mundo del Evangelio, recién salido de las manos del Creador para mansion de los justos, i en el cual el avaro i el conquistador sólo han

visto el suelo de las miserias i el campo de la conquista i de la sangre.

I entonces, esta América, ¿por qué se olvida de su destino providencial i de su mision, que es la última i la mas bella de las misiones históricas? ¿Por qué sus moradores llevamos a sus campos virjinales, en vez de los nuevos mundos del espíritu, el antiguo ajuar de las desdichas humanas, los instrumentos de la discordia i de la ruina?

II.

I cómo hacer esos nuevos mundos espirituales? ¿Qué es un nuevo mundo espiritual? Es el ideal mas grande impuesto como conciencia i como lei. Es la idea libertándose de las condiciones orgánicas i elevándose al imperativo de justicia i de fraternidad. I quien debe hacerlo es el individuo, porque todo lo grande viene de una individualidad.

Jesús hizo un nuevo mundo en sí mismo, i por eso pudo hacer un nuevo mundo fuera de él.

¿Por qué esos conquistadores insignes, esos maravillosos talentos de la accion i de la palabra, esos Napoleones, Cárlos, Césares, Alejandro, no han dejado tras sí mas que recuerdos fantasmagóricos de grandezas i testimonios patentes de grandes calamidades? Detractores de la dignidad de las naciones i usurpadores de sus libertades, toda su magnificencia ha pasado como esas nubes tempestuosas i sin agua. Todos esos magníficos caudillos de la gloria que se decoraban con los nombres sagrados de emisarios de Dios i de rejeneradores del mundo, no han hecho mas que pervertir el criterio de dignidad i de justicia, desparramando al viento las semillas sagradas de la sabiduría i del buen sentido, acumuladas por la humanidad en sus siglos de dolor. I todos ellos han inculcado a los miserables humanos el dogma maldito de la

gloria del estruendo, del pillaje, de la esclavitud i de la matanza, preparando de este modo las sendas de la exasperacion i de la abominacion, de los desconsuelos i los desalientos, i el regreso del espíritu del pasado i del jenio de las tinieblas.

¿Por qué esos hombres que la canalla ha llamado grandes no han hecho nada fecundo i duradero? Porque sus almas estaban vacias o llenas de zarandajas de urraca. En vez de llevar un nuevo mundo en sí mismos i de irradiarlo al exterior, sólo soñaban con la absorcion de las nacionalidades diversas i fecundas en una sola masa impersonal, administrada sabiamente como una propiedad señorial i dirigida por un gran cuerpo de policía. En vez de traer mundos nuevos a la vida, esos títeres de la magnificencia han pretendido abismar al pobre mundo que poseemos convirtiéndolo en un lodazal de batracios, haciendo retroceder el planeta a la época de las nieblas tenebrosas, del fango, de los reptiles i de los moluscos.

III.

En vez de nivelar bajo la fuerza, la fórmula nueva debe decir: diferenciar bajo la libertad. Hacer surgir las energías latentes de la personalidad hasta hacer que cada hombre se ponga en frente de la sociedad como persona distinta, he ahí el fin social, i el medio único de elevar la masa al rango de pueblo i de nacion. El ideal del absolutismo i de la teocracia es reconcentrar la vida activa en uno sólo o en unos pocos que piensan i determinan por todos los demas; mas el fin de la libertad es hacer de cada hombre un creador de sí mismo i un creador de sus semejantes.

Este es tambien el único medio de despertar el pensamiento. En efecto, en las masas de hombres no diferenciados o casi iguales aun, por falta de desenvolvimiento,

los hombres se contemplan con indiferencia: cada uno es la reproduccion de los demas i no halla nada en los otros que despierte su atencion. Mas, cuando las personalidades aparecen i las oposiciones i diferencias estéticas se producen, los hombres se creen dignos de una recíproca atencion i el pensamiento entra de hecho al estudio del alma i a la observacion de la naturaleza humana.

Diferenciarse i respetarse, crear las orijinalidades individuales i consagrarlas, es presentar a los ojos de todos la necesidad de investigar el problema de la vida i el por qué de las opuestas manifestaciones, es abrir la discusion universal i lanzar el pensamiento en busca de lo infinito. Ver las orijinalidades como tales es tambien preguntarse su causa, i respetarlas, es interesarse en el descubrimiento de esa causa. He ahí el pensamiento despertado.

Pero qué espíritu de investigacion puede inspirar esta humanidad que se desarrolla con la monotonía de las vegetaciones i trata de sofocar todo jenio espontáneo i libre? ¿Qué actividad intelectual puede despertar esta humanidad americana que parece no tener mas finalidad que la de satisfacer sus necesidades orgánicas, frustrando así las grandes esperanzas que los pensadores cifraran en su destino?

¿Por qué la América reniega de su mision providencial? Ante todo, los americanos seamos americanos, porque si somos una simple expansion de la Europa, ¿qué razon de ser tenemos en el mundo, qué motivo ni qué móvil tendremos para defender nuestra independendencia, qué mision tendremos en la Historia, qué deber que realizar en la vida, qué idea que revelar a la humanidad? ¿Por qué razon esta América se esteriliza por falta de orijinalidad? ¿Sale de alguna de sus repúblicas alguna idea nueva, una palabra conmovedora, un problema fecundo, una iniciativa atrevida? Todas sus palabras son parafrásis de

una ciencia i de una literatura exóticas, i todos sus actos estan determinados por reglas i por imitaciones.

En economía política no tenemos mas ciencia, que la de los textos europeos. Pobre ciencia, que sirve de amparo a las mas grandes injusticias sociales.

En lejislacion, copiamos a la Europa i seguimos arrastrando el séquito de miserias que esa vieja lejislacion trae consigo.

En política i administracion, seguimos aceptando la falsedad i la centralizacion como principios.

Lo nuevo escandaliza o hace reir a los americanos del sur, i aun provoca sus sátiras amargas; prefieren el triunfo de lo chavacano i rastrero. De ahí la muerte del espíritu i la vida plajiaría e inerte. ¿I por qué ese miedo a la orijinalidad?—El egoismo. La raza agotada en su médula por el cúmulo de crímenes de sus antecesores españoles. El clero que apolilla lo mejor: he ahí las causas.

Hacer de la América una paráfrasis de la Europa es ponernos a merced de sus futuros dominadores. Porque en tal caso mas cuenta hará someterse a una invasion poderosa que correr los azares de una lucha terrible. ¿Qué perdemos con someternos?

Al paso que hacernos orijinales es crearnos la necesidad de conservarnos independientes. Sometiéndonos a la invasion perderíamos nuestro carácter, nuestro jenio, nuestras costumbres que serian motivo de escarnio para los dominadores. Seamos entónces orijinales, esto es, tengamos valor para proclamar nuestras orijinalidades que no nos faltan, hagamos un nuevo mundo en nosotros i así satisfaremos la noción de este nuevo mundo que nos dió la Providencia.

Stuart Mill habla sobre esta materia con admirable penetracion en su libro «Sobre la Libertad». Citaremos aquí el pasaje siguiente, dirigido contra los que combaten la orijinalidad: «Entre tanto, dice, si recordamos que

nunca se ha hecho nada hasta ahora sin que alguno fuera el primero en hacerlo, i que todas las cosas buenas que existen son el fruto de la orijinalidad, deben tener la modestia de creer que aún queda algo a ella que realizar, i deben estar seguros de que ellos tienen tanta mas necesidad de orijinalidad, cuanto ménos creen necesitarla».

I en fin, puede decirse que la orijinalidad es la manifestacion necesaria del espíritu en marcha. I que la uniformidad es el signo inequívoco de la paralización del espíritu, entregado por completo al servicio de los fines orgánicos i materiales.

¿Por qué entonces nuestros políticos subordinan nuestro destino al problema económico, siguiendo en esto a la Europa, a sus publicistas i a M. Jules Simon que ha dicho estas memorables palabras: «principiemos por el principio, que son las necesidades de mi cuerpo»? ¿Acaso en vano han venido repitiendo los sabios desde Jesus i Sócrates hasta Kant, que el conservarse digno de la vida vale mas que la vida misma, i que ser digno de ser feliz vale mas que la felicidad? ¿Cómo pretende suprimir el cristianismo de una plumada o posponerlo a los preceptos de la economía material conformes al principio de Proudhon que dice que «trabajar i comer es el único fin aparente de la vida»? No es necesario que el hombre viva; pero es necesario que sea digno de la vida. La seleccion natural ha venido haciendo i tiene que hacer necesariamente al hombre capaz de procurarse su subsistencia; pero la dignidad, esa creacion nobilísima, tiene que ser el fruto del esfuerzo sobre nosotros mismos i de una iniciativa mas poderosa de la intelijencia. Además, ¿no es evidente para todo el mundo que las dificultades económicas nacen de la licencia de las costumbres, de las intemperancias del lujo, del egoismo jeneral? Luego, hagamos al hombre moral, i el hombre de la economía que-

dará hecho tambien, no sólo por muchos años, sino por muchos siglos. Hagamos al hombre nuevo i el trabajo arreglado vendrá por sí mismo como el mas sencillo de los preceptos del deber. Ya Jesucristo habia dicho: «Buscad el reino de Dios i su justicia i lo demas se os dará por añadidura». Lo que quiere decir que cambiando las ideas i los caractéres i elevando la noción del deber i del derecho, aparece el hombre de voluntad, capaz del sacrificio i que mira el trabajo i su buena distribucion como el mas sencillo de sus deberes. Obrando a la luz de estas ideas, en vez de hacer los agrupamientos económicos, las masas orgánicas i el populacho de espíritu aplastado que hoi aclama al César i mañana al demagogo, haríamos el mundo de las personalidades libres.

¿I qué cosa es la personalidad? Hai la personalidad nacional i la personalidad individual, i ámbas se sostienen i compenentran. La personalidad de una nacion es la conciencia del pasado dirijida i juzgada por la conciencia del porvenir i por la idea del deber.

Cada nacion, al hacerse su propia historia, se ha creado a sí misma su propia fisonomía, i nuestro deber es tomar esa fisonomía como nuestra para ser conciencia verdadera de lo que somos, aceptando la responsabilidad de sus fealdades. Mas, ¿cómo conoceremos esas fealdades? Para ello debemos tener un modelo que nos sirva de término de comparacion, i ese modelo es la conciencia del deber i el conocimiento de lo mejor que debemos realizar. Segun esto, parece que deberíamos aceptar como nuestros los horribles rasgos de la historia española; pero acaso en la larga guerra de la independenciamos sólo el poder armado de la metrópoli i no combatimos tambien, i sobre todo, contra sus tradiciones i

contra su espíritu tenebroso? Hai, pues, un punto de escision entre nosotros i la España que liberta nuestra personalidad americana de su personalidad ibérica.

Ademas, esa fisonomía histórica de nuestra raza se puede tomar de muchos modos: podemos tomarla con pena i con horror de lo que fuimos, i entónces esa fisonomía será melancólica i pensativa; o bien, con orgullo e indiferencia, desconociendo lo malo que hicimos, i entónces nuestra fisonomía será feroz i estúpida, como la del crimen insolente. En el primer caso, reconocemos i respetamos un modelo superior cuyo culto puede rejenerarnos. En el segundo, venerando lo malo que somos, nuestro mal será sin remedio. En el primero, la personalidad aparece i se proclama: en el segundo, sólo habla la individualidad salvaje.

Pero aun suponiendo que la independencia estableció una completa separación histórica entre nuestra raza i la española, yo creo que la lijereza i la soberbia españolas no nos convienen de ningun modo. En efecto, si miramos el estado social i político de la América i pensamos en lo mucho que en esa esfera hemos podido hacer i que no hemos hecho, si consideramos lo eminente de nuestra mision histórica, la magnitud de nuestros deberes para con el porvenir i lo poco que trabajamos por realizarlos, entónces la tristeza pensativa e inquieta es justo que se alterne con la sonrisa de la independencia. I yo creo que la fisonomía americana en su mayor belleza i dejando en libertad todas las enerjías estéticas mas o ménos lejítimas, debe satisfacer esta idea: pensamiento audaz; espíritu melancólico i tenaz; irradiaciones heróicas.

Hallar esa fisonomía adecuada a la mision i al destino en su relacion con la actualidad, proyectar la conciencia de la actualidad sobre la conciencia del deber, eso es hallar la personalidad política, al ménos, en su forma elemental. Ademas, debemos personificar esa bondad ame-

ricana, que es el distintivo del continente, i cierta cantidad de sonrisa es permitida a estos representantes de las razas humanas mas limpias de crímenes i mas ricas de virtudes primitivas que haya conocido la Historia.

¿I qué cosa es la personalidad individual? Es la conciencia de lo que somos juzgada por la conciencia de lo que debemos ser, proyectándose en la vida práctica como prevision i como elaboracion del porvenir.

Es la conciencia de nuestra actualidad en presencia de la magnitud de nuestro destino inmortal.

Luego, para hallar la personalidad tenemos que hallar cual es nuestro deber i nuestra norma, la nocion humana en su ideal; pues el presente, en sí sólo, ni se conoce ni se juzga a sí mismo. Conocer es comparar. I conocer debidamente i en su nocion es comparar el objeto actual con su arquetipo. Todos los animales se conocen tales como son, como individuos; pero el hombre, ademas, debe conocerse tal como debe ser, esto es, como persona.

✓ El ideal juzga.

Poseerlo es ser juez de sí mismo. Es tener conciencia de la conciencia, i es poseerse bajo el dominio absoluto del deber augusto.

I para que ese ideal se produzca es necesario que las desigualdades lejitimas entre los hombres se desenvuelvan i se manifiesten. En la masa de iguales no hai ideal. En los pueblos entregados esclusivamente a la satisfaccion de las necesidades orgánicas no hai arquetipo ni deber verdaderos.

I sólo cuando las altas aspiraciones espirituales se determinan i descuellan es cuando aparecen sobre la humanidad el tipo del hombre i el modelo del deber, porque entónces aparecen hombres mui superiores que se imponen como ejemplos i como pruebas irrecusables del progreso infinito de la especie i descubren las ideas jenerales que deben dominar i dirigir las diferencias.

La Providencia, al establecer como lei la capacidad progresiva de engrandecerse, de hacer que el hombre se engrandezca tanto mas rápidamente cuanto mas se engrandece, creando así las desigualdades enormes i los grandes jenios, no hace mas que favorecer el desenvolvimiento de la personalidad de todos. En efecto: el jenio, viendo i revelándonos el ideal mas alto i mas adecuado, nos revela la conciencia legal de nuestra situacion i de nuestro deber para elaborar el porvenir.

Si un ángel bajara a revelarnos el ideal redentor, ese ángel ño podria inculcarnos el deber de amarlo i de realizarlo, porque no podria probarnos de un modo patente su practicabilidad: él es ángel i nosotros somos hombres. Pero cuando un hombre de jenio lo descubre i lo realiza, el deber es evidente para todo hombre, que es su semejante. Por eso un jenio es mas respetable que un ángel para los hombres i aún para los cielos mismos; i la tierra es tan sagrada para el cielo como la matriz de la madre lo es para el mundo, porque la tierra es como la matriz del cielo, los mas lijeros desórdenes en ese órgano delicado, van a tener una trascendencia enorme en las edades futuras de la inmortalidad.

CAPITULO II.

Sobre el bien i el mal en el individuo.

Una cuestion como ésta parece fuera de lugar en este Libro, i realmente, debiera ser tratada en un Libro sobre la personalidad social. Pero la ausencia de este último, nos obliga a tratar aquí de este asunto, por cuanto la determinacion preliminar de lo que es el bien i su opuesto, el mal, en el individuo, es indispensable para la determinacion del bien social o del fin político de la sociedad. En efecto: cómo podremos saber qué cosa es el bien de la sociedad, sin saber qué cosa es el bien en el individuo, siendo la comunidad de los individuos lo que forma la sociedad? La fórmula del bien social sólo ha sido planteada de un modo empírico i falible, i es mui necesario plantearla de un modo científico i absoluto.

Segun las últimas demostraciones de la historia natural se considera hoi como incuestionable que la facultad del progreso que ántes se consideraba como privativa de la especie humana, ha sido, por el contrario, la lei universal de todos los seres, desde la molécula que se organiza

como célula, i desde la célula que se organiza como jérmen, hasta la planta, hasta el protozooario, hasta el radiado i hasta el mamífero, incluyendo al hombre. Todo ha venido de aquella masa ígnea primitiva en que sólo existia el cuerpo químico, la molécula i ciertos jérmenes atmosféricos. Así, el milagro es mas grande, pero se requiere tambien un alma mas grande para comprenderlo i admirarlo.

I ciñéndonos a nuestra especie, es evidente, segun los mismos principios científicos, que ella viene de las últimas esferas de la vida animal, i es evidente, segun la razon, que esta procedencia, léjos de significar injuria a nuestro linaje, es, al contrario, el timbre mas glorioso del poder humano. La gloria está en habernos hecho nosotros mismos i en ser hijos de un Creador de creadores i no de un Creador de seres ineptos. Tal es la creatura, tal será el creador, el artífice se conoce por su obra, i ciertamente, es mas grande ese Dios que puso en nuestra alma esa potencia infinita con cuyo auxilio nos hemos levantado desde el caos primitivo a este mundo de esplendores, que el Dios que de un poco de barro hace dos bellas momias irreprochables. La ciencia ha dado la razon a Leibnitz; todo viene de la mónada o del átomo.

Pero lleguemos de una vez a nuestro asunto, tomando siempre por base del mismo los principios de la ciencia moderna acerca de la formacion de la especie. Segun ellos, es evidente que la seleccion sexual ha desarrollado en las especies animales i en la del hombre desde las edades prehistóricas las inclinaciones i tendencias orgánicas necesarias para la reproduccion de la especie, segun ciertos tipos mejores o mas bellos; que esta seleccion está íntimamente ligada con la natural que desarrolla las fuerzas i los medios orgánicos de proveer a las necesidades de la propia conservacion, y que segun esto, ha sucedido que no sólo el macho mas simpático a

la hembra no era el que se reproducia, ni era tampoco el mas feroz, sino que su belleza relativa debia estar acompañada de arrogancia, de coraje, de fuerza, i como de la conciencia de sus prendas individuales. La arrogancia i el individualismo feroz no sólo eran fines creados por las necesidades del carnívoro obligado a luchar cuerpo a cuerpo con su víctima ántes de devorarla, sino que el amor mismo los imponía. De aquí que los apetitos sexuales anduvieron siempre asociados a la arrogancia i a la crueldad.

Por la lei de atavismo o de regreso, no es raro entónces que las jeneraciones humanas conserven aun esa asociacion monstruosa del amor i de la ferocidad en grados diversos; pero la civilizacion, i los grandes bienhechores del mundo trasformando favorablemente la sociedad, han introducido los elementos morales de otra seleccion sexual i de otra seleccion natural en pugna con las primeras; aunque si estas nuevas selecciones vencen cada vez mas a las antiguas, nunca podremos ver a la humanidad enteramente depurada de estas últimas.

Por eso veremos siempre el triste espectáculo del hombre arrogante, infatuado, desdeñador de sus semejantes i propenso a la maledicencia i al orgullo; porque siendo los mas prolíficos los que mas descendencia dejan i siendo éstos, por las razones anteriores, aquellos en quienes sobrevive mas integralmente el hombre de presa, esta especie insolente será la que tenga mas probabilidades de dominar a la mujer, (creada segun la misma seleccion) i aun de dominar en el mundo, si sólo consideramos la cuestion bajo este punto de vista.

Pero felizmente, esos otros dos modos de seleccion de que hemos hablado, dando cada vez mas el predominio i el prestigio social a los superiores, equilibran i vencen las leyes del atavismo. Ademas de que la prostitucion i las enfermedades que de ella emanan arrebatan incesante-

mente del seno de la economía social i de la reproducción, los individuos en quienes domina mas enérgicamente esa lei de atavismo tan funesta, aunque sea tambien la lei de la identidad individual perseverante i de la personalidad, por consiguiente. Cada vez que la opinion pública dá un paso adelante i niega sus sufragios a los hombres audaces que significan un regreso hácia el pasado, para acordar la gloria a los caudillos de la reje-neracion del mundo, el principio de las nuevas selecciones se levanta tambien sobre las antiguas.

Cada uno de nosotros lleva, segun esto, en sí mismo al hombre antiguo. En las sombras de todo espíritu hai una fiera escondida, i el hombre de presa vive aun acechando al hombre nuevo en las selvas misteriosas del alma moderna. I es necesario combatir esa fiera, domarla en las cadenas de la voluntad, i establecer en nosotros mismos el dominio absoluto del hijo de la razon.

Este atavismo es lo que llamaban los antiguos moralistas el dominio de la carne i del demonio. I efectivamente, parece que hubiera un principio infernal en nuestra naturaleza. Nuestro organismo, en virtud de esa seleccion de las incalculables edades prehistóricas, está arreglado de modo que sienta felicidad, gozo, voluptuosidad, delicia, por la satisfaccion de apetitos abyectos, indignos de nuestro espíritu. El orgullo, la fatuidad, el sensualismo, la venganza, etc., causan placeres mui caros a nuestro organismo, o mas bien, al alma misma, en cuanto es ser orgánico i animal.

¿Cómo vencer esa fiera disimulada en la sombra de nosotros mismos i cuyos asaltos son tan funestos al hombre?

Ella es lo que fuimos i es tambien lo que podemos ser.

Pero el espíritu es lo que es, i, ademas, lo que debe ser.

Antinomia que vive en nosotros i cuya solucion es la vida.

Por una parte se nos presenta lo humilde de nuestro origen.

Por la otra, toda la superioridad i todos los esfuerzos acumulados que constituyen nuestra dignidad humana.

Por un lado, la humildad, por el otro, la conciencia de nuestro triunfo presente i de nuestros triunfos posibles.

Mientras mas humilde es el origen de nuestro linaje, mas grande se nos presenta nuestra voluntad vencedora i nuestro destino futuro.

I entónces, en vez de mirar ese destino tan bello de nuestro porvenir i ese ideal que nos lo representa, únicamente como la recompensa de nuestros méritos, nos inclinamos a mirarlo tambien como una muestra de la bondad divina que quiso poner en nosotros una parte de su omnipotencia creadora, elevándonos al rango de colaboradores suyos, i sentimos el deber de humillarnos ante sus decretos.

La esperanza atrevida i la humildad circumspecta, al contemplar, ya el hombre del porvenir, ya el hombre del pasado que latén en nosotros, he ahí el ritmo necesario de la vida racional; i una vida sin grandes reacciones de abatimiento i de esperanza será casi siempre una vida de poco valor. En efecto, la grandeza de la vida resulta del conocimiento intenso del bien como bien i del mal como mal; i es el hombre que siente en el fondo de su ser las grandes oscilaciones entre esos dos polos de la vida el que puede tener ese conocimiento intenso, aunque no sea necesario que el mal sea conocido como obra propia, pues basta que lo sea como tendencia vencida. Además, es esa tendencia de los caractéres fuertes a buscar lo sumo de sí mismos i de sus inclinaciones buenas o malas lo que ha hecho que el mal sea conocido como mal i el bien como bien, conocimiento que en la mediocridad de la vida

ordinaria habria permanecido mal definido i mal sentido. ¿Cómo vencer al hombre de las selvas? Desde luego, nuestra enerjía es su misma enerjía i es hijo de ella. I no es el hombre que no tiene que luchar enérjicamente contra sus malas inclinaciones el que es autor de las mejores obras humanas. Esa enerjía, así bruta como es, nos es necesaria, pero con una condicion: que venga asociada a la facultad de admirar lo mejor i de reverenciar lo divino. En efecto, el bien es trabajar enérjicamente por realizar lo mejor; el bien es activo, el bien no es la indiferencia irreprochable, ni es el cumplir con el deber negativo de no hacer tal cosa, sino que es la actividad perseverante, incansable, que hace surgir constantemente un hombre mejor de la masa informe de nuestro ser primitivo; i miéntras mas árdua es la tarea, mas grande es el bien. Las fuertes i malas pasiones sólo pueden ser vencidas por fuertes pasiones buenas, i la magnitud del ser malo que fué vencido da la medida de la magnitud del ser bueno que lo venció.

Luego, no son hombres sin enerjía los que necesitamos, sino hombres capaces de conocer el ideal i de venerarlo. Luego, nuestra gloria es venir de lo mas pequeño, es habernos hecho de la nada, ausiliados por el amor divino, porque el bien es trabajar por el bien i porque viniendo de lo mas chico del átomo, nuestro trabajo por el bien i nuestro bien son infinitos.

De aquí nace este mandamiento:

Evocar en todo instante lo que hai de mas bello i mas grande en el jenio de cada hombre.

Que en todo momento nuestra naturaleza esté bajo el imperativo de nuestra propia voluntad indómita que le dice: sé lo mas bello i mas grande que puedas.

Consolidando ese mandamiento i su disciplina en nosotros, las caidas, los descarrios de la disipacion, de la intemperancia i del orgullo irán seguidos de abatimientos

profundos i la enmienda será mas cierta; sin que esto quiera decir que las caidas sean necesarias, ni mucho menos que las mas grandes sean las mas provechosas, sino que miéntras mas vivamente amado sea el ideal, mas grandes serán el dolor i el abatimiento que sigan a una falta, i que en esta perfeccion progresiva al fin llegaremos a sentir esos grandes dolores por faltas que ántes calificamos de leves.

La facultad rítmica i creciente de desfallecer i de elevarse en seguida a mayor altura, es tambien la mejor garantía para elevar nuestro saber i nuestra moral, en cuanto viene a ser tambien la facultad de admirar i de venerar, en último resultado. Con su ayuda nos sucede siempre que al ver los ejemplos de las virtudes de los demas, las bellezas literarias o las proezas de los grandes hombres, las admiramos tanto que nos sentimos sumamente pequeños i avergonzados en su presencia. Toda nuestra virtud i todo nuestro saber se han hecho humo a nuestros ojos; pero de ese mismo ser humillado ante la grandeza ajena, de esa misma capacidad asimiladora i de admiracion, sale poco despues de nosotros, un ser nuevo, mas sencillo, mas despejado, mas grande, i que posee algo de eso mismo que ha admirado.

He ahí la especie de bondad i de perfeccion que debemos anhelar los hombres sobre la tierra. No podemos estirpar el mal, pero podemos reducirlo a una esfera cada vez mas pequeña i ponerlo bajo el majisterio de un juez cada vez mas severo i mas puro. La imperfeccion de nuestra naturaleza es necesaria, pues si ésta fuera perfecta, no podria perfeccionarse, i entónces no habria bien, por cuanto el bien es activo, es, en cuanto se efectúa como mejoramiento, i el mal es no trabajar por el bien en la medida de nuestras fuerzas.

El correctivo mas enérgico, la disciplina mas activa i eficaz contra el mal, es la que emana del ejemplo, i de la

censura o de la aprobacion de la sociedad misma en que vivimos. De ahí este deber: cada ciudadano debe ser este imperativo para su patria: serás lo mas bello posible i la mas grande de las ciudades. Así, crear los grandes ciudadanos, es estirpar en nosotros i en los demas el hombre de la fragilidad que se somete servilmente a los fallos de la opinion vulgar, adoradora del éxito i de las exterioridades.

Crear a la mujer jenerosa, que se entusiasma por lo bello i por lo bueno, es estirpar en nosotros i en los demas el ser de las flaquezas que se deja seducir por los encantos falaces de la mujer mediocre, i es crear al hombre que se entusiasma igualmente por el bien.

Pero si el mal es una consecuencia necesaria de nuestro oríjen, ¿por qué el mal seria un mal?

Segun lo que hemos espuesto, el mal es: 1.º el mal de las especies inferiores, el mal que se ignora así mismo como mal; que produce el dolor i aun la muerte, sin saber que eso es malo: este es el mal físico de las bestias i aun de algunos hombres, mui bárbaros o mui dejenerados; i 2.º es el mal moral capaz de conocerse a sí mismo como mal, i entónces es relativo a la nocion de sí mismo que el hombre lleva en sí i que es la revelacion gradual de Dios a su creatura en el pensamiento. Segun la elevacion de esa nocion será malo en unos lo que es bueno en otros; del mismo modo que los actos del hombre no deben juzgarse con el mismo criterio que los actos del leon, ni los actos del hombre civilizado con el mismo criterio que los del hombre salvaje. Una falta leve en un hombre inferior es considerada como mui grave en un hombre superior, i es motivo de crueles remordimientos.

Pero, si todo es natural, ¿por qué tener remordimientos?

En el ser actual viven muchos seres, hai muchos hom-

bres en cada hombre, I la voluntad puede realizarnos ya como tal hombre, ya como tal otro. El yo es yo muchedumbre. I la omnipotencia vive en nosotros invitándonos a la exaltacion hácia lo divino, i su amor nos hace aptos para las trasformaciones maravillosas. El ser es el mútuo amor de Dios i de su creatura, i como ese amor de Dios es infinito, el nuestro nó puede tener límites. Ahora, amar lo mejor es ser lo mejor, o es empezar a serlo, porque ser es amar.

Cuando nos proponemos realizar en nosotros un tipo mejor, mas o ménos determinado, i lo amamos, i nos esforzamos a cada rato por modelar, segun él, nuestros actos, entónces el yo es ese tipo, o se hace cada vez mas idéntico a él, o lo hace el mas intrínseco de sí mismo. Mas, si cometemos una falta i despues otras i nos acomodamos con ellas, las miramos como naturales, les hallamos razones de ser satisfactorias, i esas faltas están en pugna con ese modelo entónces, es como dejar de ser lo que éramos o queríamos ser i conformarnos con ello. Es aceptarnos como inferiores.

Al contrario, si, en este caso, sentimos remordimientos, entónces, el que siente ese remordimiento, es el mismo ser que éramos antes de las faltas, el cual siente dolor porque esas faltas lo niegan i son el indicio de que otro ser inferior quiere suplantarlo en el ser del sujeto, i porque echa de ver que las razones de ser que tienen las faltas sólo son satisfactorias para ese ser inferior incapaz de las grandes voluntades, creadoras de razones de ser mas elevadas i mas poderosas. Es aceptarnos i afirmarnos como superiores.

Este principio es de tanta trascendencia en la vida, que tiene un efecto retroactivo, aunque parezca imposible. Por ejemplo, un hombre ha tenido una época pasada en la cual ha cometido muchas faltas, por las cuales nunca sintió remordimientos; i ese ser indolente i vicioso

influyó en la elaboración de su destino futuro, atrasó su progreso e hizo que fuese el que es, en vez de ser algo superior: ese ser del pasado gravita sobre el ser del presente i perturba el desarrollo. El poder de la idea divina que vive en nosotros es tal, que ese hombre sintiendo ahora el remordimiento que antes no sintió por aquellas faltas, puede modificar ese ser del pasado que gravita en él como una lógica de paralización i de esterilidad, i recobrar a fuerza de trabajo las energías perdidas i una conciencia mas poderosa de su ser hasta llegar a ser el ser que habria sido sin sus pretéritos descarríos.

Segun estos principios, i si el deber es ser lo mejor posible, es inmoral en un hombre decir: era natural que yo fuera así malo entónces, por tales o cuales razones. I es inmoral en un pueblo decir: era natural que en aquellos tiempos nuestra conducta pública fuese cruel i feroz por tales i cuales razones. Porque eso da a entender que no se ha formado en nosotros el ser del deber, i porque todas esas razones de ser del pasado pudieron haber sido contrarrestadas por la gran razon de ser de la voluntad libre, o al ménos, así lo desearíamos en el instante actual, no conformándonos con lo que hicimos, si el ser superior al ser del pasado, hubiera aparecido. Esas razones de ser de lo malo pasado, a lo sumo deben servir para atenuar nuestro dolor i nunca para destruirlo, pues si lo anula renunciamos a ser lo mejor relativo o nos creemos indignos de serlo. La naturaleza inferior, el animal, los elementos, sólo conocen la razon de ser, i nuestra sensibilidad misma está rejida por ella, por cuanto la razon de ser no es mas que el motivo (Hegel-Lógica). Mas la voluntad libre crea como un dios razones de ser i puede crear aquellos motivos superiores subordinados a la finalidad mas alta del hombre que son los que hacen a este un ser verdaderamente racional i libre, evitando de este modo el predominio de las simples inclinaciones,

o en último caso, haciendo que ese predominio vaya seguido de remordimientos i de espiaciones saludables.

Examinemos la cuestion del bien i del mal bajo otro punto de vista.

Si el mal aparece en la conciencia moral como el resultado de la diverjencia i de la oposicion entre la conducta i el ideal, ¿debe deducirse acaso que aquellos que poseen un ideal mas elevado deben jeneralmente ser los mas malos?

No, ciertamente. Segun hemos visto, el mal verdadero es no combatir por el bien; i el mal relativo es la conciencia del mal que se combate. Los inferiores, i los soberbios sobre todo, viven en el mal verdadero por cuanto no combaten por el bien, i no saben que su conducta es mala; los superiores, i los humildes ante Dios, sobre todo, viven en el mal relativo, por cuanto combaten por el bien i saben que harian mal si no combatieran; mas, por el hecho de combatir se hacen buenos, salen del mal perpetuamente i en ellos el mal es un mal vencido incesantemente por el bien. Al paso que en los inferiores el mal es estacionario en el animal i en el bárbaro, como mal físico o mal jenérico, i en los soberbios como mal moral verdadero, al ménos miéntras no entren a odiar el mal como mal i a combatirlo. Aquí no hablamos de la soberbia i de la humildad ante los hombres, sino ante el ideal absoluto, o ante Dios.

Cuando un hombre o un pueblo entran en la satisfaccion de sí mismos i se paralizan, ese hombre o ese pueblo entran en el mal verdadero. El mal de los males es la infatuacion. Dios es el bueno por excelencia, porque hace todo lo posible por mejorar a los buenos i por colocar a los seres inferiores i a los soberbios mismos en la vía del mejoramiento perpetuo; i como Dios es Omnipotente, todos los seres que viven en el mal físico, o en el mal verdadero deben mejorarse al fin en esta o en

otra vida i entrar en la via del bien. En otros términos, pudiera decirse que el mal es no conocer i amar a Dios como Dios, i el bien es conocerlo i amarlo como tal. Dios lleva al ser malo en sus santas entrañas, pero para él es bueno porque tiene la potencia de hacerlo bueno, esto es, de revelarse a él como Dios. Luego, no hai reposo posible, no hai cielo de estabilidad, el combate contra el mal o contra la inercia es eterno, i los seres mas sublimes deben estar sometidos a una lucha perpetua i espuestos mas o ménos a caer en lo que debe llamarse el pecado. Por ejemplo, redimir sólo un mundo cuando se pudo haber redimido dos es un mal i es un pecado. Sólo Dios es bueno porque sólo él hace todo lo posible.

Por esto se vé cuán absurda es la fábula de la creacion de Adan i Eva como perfectos i sin conocer el bien i el mal. Esto es inmoral.

Obrar el bien por mero impulso espontáneo, sin saber que es bien, ni qué clase de bien, es lo mismo que ser una bestia, o ménos aun, i no es obrar el bien.

Pues el bien está en el espíritu i en el sentido con que dotamos al acto. El bien como bien está en nuestra voluntad primero, i en el significado que tiene para el mundo en seguida, significado que debemos comprender a fin de que la voluntad corresponda a su fin, pues estoi mui léjos de creer que Fichte tenga razon de decir que el querer es todo, i que no debemos preocuparnos del resultado de nuestros actos, el cual pertenece sólo a Dios. ¿Pues acaso el hombre no es ministro i colaborador de Dios en la tierra?

Para cumplir con el deber i para realizar el bien como debemos, es menester conocer la ciencia del mundo segun nuestras fuerzas, estudiar lo posible del bien i elegir la mejor de esas posibilidades de que somos capaces. Sin comparaciones de los diversos grados del bien posible no hai bien; i sin determinar el grado de bien que se-

gun su significado en el mundo i en nosotros tiene un acto, no sabremos si es bueno ese acto, aunque la determinacion de ese grado sea aproximadamente.

A la luz de estas consideraciones, mui fácil es resolver el problema de la bondad del mundo.

En efecto, este mundo es lo mejor posible, no porque no haya mundos superiores a este, sino que es lo mejor posible para nosotros, porque somos capaces de trabajar para mejorarlo i para hacerlo constantemente lo mejor posible para nosotros. Este mundo es lo mejor posible porque es un campo de accion donde podemos ejercer nuestra actividad del modo mejor posible, mas provechoso para nosotros mismos o para los demas. Porque el bien está en la accion i no en los medios esternos de la accion. I la accion está en la voluntad i en la union de las voluntades; i por esto, moral i ciencia no pueden ir separadas; porque la voluntad sola, aislada en sí misma, se anula o se hace mística, i es la ciencia la que dándonos los medios de unir todas las voluntades en la misma finalidad, la que eleva la voluntad individual a su potencia creadora i divina. He ahí el deber supremo, la libertad verdadera i el bien de los bienes.

Estas ideas talvez pudieran inducir a creer que mientras mas atrasada i mas refractaria es la sociedad sobre la cual se obra, i mientras mas ruda es la lucha, mas fecunda será ésta en la produccion de grandes hechos; pero mirando las cosas con un poco de atencion se echa de ver que esto es palmariamente contradictorio i sin sentido. Porque mientras mas atrasada es la sociedad, la lucha tendrá que versar sobre principios mas elementales i mas pobres, i tendrá que efectuarse sobre elementos mas groseros. Una lucha en tales condiciones trae por consecuencias necesarias aplastar ciegamente los jenios, ántes de mostrarse de resultados de una educacion brutal que sofoca al aparecer toda enerjía superior; restringir la

esfera de accion de todo hombre superior convirtiendo sus facultades superiores en facultades ordinarias, adecuadas a la sociedad. De este modo, los jenios, i las virtudes que se escapan al aplastamiento universal, ganan en enerjías de resistencia, pero pierden en facultades creadoras i en altas aspiraciones. Por esto se verá cuan errados van los que, proclamando el grande i verdadero principio de la lucha como medio necesario de progreso i de educacion, desconocen, no obstante, que ese principio debe, ante todo, elevarse a sistema para que alcance su verdadero valor, reconociendo que el primer objetivo de la lucha debe ser el crear un campo de accion donde esa lucha sea mas fecunda en grandes resultados, sacándola del estado bárbaro en que se encuentra en el día i principiando por hallar los medios de salvar de la mutilacion o de la muerte esa mayoría tan grande de luchadores que la sociedad estúpida aplasta i atropella en su camino.

Un punto final. ¿I por qué sentimos remordimientos? I si es natural que los sintamos, no seria tambien natural combatirlo, en vez de tomarlo como una orden o como un reproche que viene de un ser estraño, o de un Dios? El remordimiento proviene de amar al ser superior que podemos realizar en nosotros, por amor a nosotros mismos o por amor a otros, o bien proviene de amar a Dios i de habernos hecho indignos de su amor con una falta. En cuanto a ese mismo amor, causa del remordimiento, tenemos que aceptarlo como esencia i como lei de nuestro ser, i el remordimiento en sí no puede combatirse sino renegando esa esencia i depravándonos.

Tambien pudiera decirse que hemos hecho mal en no considerar el mal como una cosa positiva: ¿acaso no es positivo eso de matar a un semejante por venganza?; ¿o bien, no es positivo eso de perseguir a los apóstoles del

bien? En estos casos, no sólo no se trabaja por el bien, sino que se trabaja por el mal.

Yo no creo que nadie trabaje en contra del bien como bien, o por el mal como mal; si se combate el bien es porque se ignora como bien, i si se defiende el mal es porque se ignora como mal, en la apreciacion íntima de la conciencia, no en las palabras. I esto sólo puede hacerlo el ser bárbaro que ignora el bien verdadero como tal.

Tambien puede suceder que en un ser superior crudamente acosado por un irritante infortunio aparezca a veces el ser del odio i de la blasfemia; pero entónces hai un eclipse del bien; ese ser cree entónces que el bien es ese ser blasfemo que protesta contra la indolencia divina; pero despues puede reconocer que es él mismo el malo o el débil, que no ha sido capaz de sobrellevar las grandes pruebas donde se acrisolan las grandes almas. Aun cuando un malvado dice: «voi a hacer intencionalmente el mal i a ofender a Dios»; ese es el bruto en ese instante, que cree hacer algo meritorio i lo aprueba por eso; i es porque ignora el verdadero bien o no sabe comprender lo que dice i lo que se propone. De modo que siempre el acto malo supone ignorancia del bien i la creencia de obrar el bien. Lo cual es, 1.º el regreso del hombre salvaje en el hombre moderno, 2.º la falta de actividad i de disciplina para dirigir las pasiones i para mantener iluminada la conciencia; i esta falta de actividad, esta negacion anterior del bien activo es lo que constituye el mal. El mal es casi siempre una serie de negligencias de la vida pasada, produciéndose como impotencia moral en un momento dado.

El remordimiento mas puro i elevado que podemos sentir es el que proviene del amor al Ideal i en el cual no entran casi por nada la opinion del vulgo o nuestra prosperidad social.

CAPÍTULO III.

Del mal en la sociedad.

LA OPINION.

Tratemos ahora de examinar el modo de desenvolvimiento del mal en la sociedad i la manera cómo llega a hacerse colectivo, solidario i poderoso, i a presentarse como mal social i público.

Si cada ciudadano tuviera en la frente su número de orden segun su superioridad real, desde 1 000 000, por ejemplo, hasta 1, o hasta 0, 1, i si cada uno se conformara con el valor social que le asignaba su número, entonces el problema social se simplificaría enormemente; pero esto supondría un estado social mui alto, un pueblo casi perfecto, o bien, una enorme depresion estética al lado de una buena intelijencia, o un pueblo envejecido. Esta hipótesis la hago para mostrar mejor que lo peor de la lucha proviene en la sociedad de que los hombres ignoran su propio valor e ignoran el de los demas; aunque este trabajo de conocerse, de conocer, i en seguida de comparar las estaturas, no sea nada ménos que una de las formas del fin social, pues entre conocer i ser lo superior, no hai mucha distancia. Lo peor de la lucha pro-

viene, pues, de que los hombres, teniendo todos un grado moral tan diverso, todos, no obstante, son hombres, están dotados de la misma figura humana, dotados del mismo lenguaje, premunidos de los mismos derechos religiosos i civiles i atribuyéndose por esto, derecho, por lo ménos, a la igualdad con los demas, sino a la superioridad. Este disfraz de la figura humana i el que proviene de la unidad de la vida social i de sus modos, ocasionan en el mundo una confusion deplorable, (aunque esa unidad sea necesaria para la vida i el progreso) que hace del hombre, mui a menudo, un ser de combate i de recelo, de acecho i de disimulo, pero con mas frecuencia un ser de postiza superioridad. Nadie al acercarse a otro por primera vez, sabe qué ser es el que se esconde bajo esa piel humana, i el peor de los absurdos hegelianos es talvez la pretension de sostener la identidad de la exterioridad i la interioridad. Si ese disfraz es conveniente para nuestros fines sociales, sobre todo, porque el hombre no se halla aun en estado de soportar el espectáculo misterioso i aterrante de las oposiciones morales i del antagonismo feroz de las interioridades, cuya revelacion seria ocasion de escándalos i de horrores sin cuento, sin embargo, conviene ir iniciando al hombre en sus mejores reglas para la penetracion i para el juicio comparativo de las interioridades, a fin de distinguir lo bueno de lo malo, lo grande de lo pequeño, i a fin de elevar lo respetable i bueno, al respeto que merece.

Ademas, este difraz de las propiedades orgánicas específicas seria mil veces tolerable, si no estuviera casi siempre complicado con otro disfraz mucho mas pernicioso.

¿Cuál es este último?

Este tiene su oríjen en las meras conveniencias egoistas de la sociedad i toma los nombres de riqueza, de títulos, de empleos, de nombre de familia, de posicion

social, i aun de traje, de boato i de insolencia. He aquí el infierno humano. I todo eso que parece hecho para distinguir i clasificar a los hombres racionalmente, por efecto de la corrupcion jeneral, ha venido a convertirse en un mecanismo de confusion i en un principio de cáos cuando se trata de calificar el valor real de los hombres en sociedad.

!Gran Dios! Ser un palurdo, un patan, un boquiabierto, un rústico i un ignorante, un peon, i reconocerse como tales, o por lo ménos no elevar sus pretensiones mucho mas allá de esta pobre esencia, es estar en la naturaleza i ser digno de respeto, o de solicitud i de fraternidad, por lo ménos. I aun mas, ser una prostituta, o ser un ladrón, i tener la lealtad de confesarse tales, humildemente, es hacerse digno de la fraternidad i de la consideracion de los hombres de bien, aunque esa confesion no sea explícita, i que sólo se revele por la humildad i por la confesion de su inferioridad. Entónces, la educacion i el progreso son posibles.

Pero ser un palurdo i creerse un héroe.

Ser un patán i ostentar la altivez de Caton.

Ser un boquiabierto i tener la sorna de Sócrates.

Ser un rústico i desdeñar a Víctor Hugo.

Ser un Juan Faramalla i mirar de alto abajo a los ciudadanos de mayor respeto.

Ser polichinela i andar con la majestad de César.

Ser un guarda chusma i rejir una provincia:

Ser Scapin i tomarse por Maquiavelo.

Ser Fígaro i creerse Voltaire.

Ser un saco de zarandajas i presentarse como el arca de la sabiduría.

Ser nada, i creerse todo.

Eso es el infierno i el dominio de Satanás. El mal sin remedio. He ahí las caretas i los disfraces de la humanidad social que dan a una nacion, mui a menudo, el as-

pecto de una comedia chocante, exasperante e irrisoria. ¿Cómo soportar esto? He ahí la exasperacion de los justos i la causa de tantas abdicaciones entre los hombres de mas mérito; la causa del cinismo, de la misantropía de los mejores ciudadanos i que hace de la sociedad un motivo de horror i un tema de epigramas amargos i de sátiras sangrientas de parte de los buenos i de los malos, dándole la apariencia de una horrible humorada del Creador. ¿Acaso es esto lo peor? Hai algo mas irritante todavía.

Esas superioridades de usurpacion, esas magnificencias postizas, esas dignidades de impostura, se han creado, con el auxilio de un arte tradicional, de una predisposicion hereditaria, de los recursos de la cultura, todo un sistema vital de pura convencion, i lo han encarnado tan profundamente en la esencia de la sociedad, que no sólo imponen a los tontos el respeto de sus roles de teatro, sino que ellos mismos han llegado a persuadirse de que no son lo que son, sino que son realmente lo que representan: de lo cual nace la humillacion degradante de los engañados i el orgullo incurable de los impostores.

El criterio moral se abisma i la justicia huye, preguntándose qué es lo que pasa en esa tierra, donde el justo es el que sufre la vergüenza i el farsante es el que lo hace ruborizarse; donde el hombre franco pide excusas al solapado; donde el robado tiene que soportar las persecuciones del ladron; donde el sabio queda convencido de ignorancia por el charlatan.

Un criterio de mera convencion domina, pues, en la sociedad, i ese criterio, esa opinion omnipotente, tiene sus fallos i sus ejecuciones inexorables, una sancion mas lata que la de las mismas leyes escritas. I eso no sólo se hace una lejislacion, sino que eleva al rango de preceptos morales los antojos de la opinion, i de ahí nace el orgullo del orgullo i la soberbia de la soberbia, i una especie de

fanatismo religioso con que esa sociedad, conjurada en el mal, impone sus fallos a sus oprimidos.

I en ese caos se consuman los sacrificios sordos que se ignoran casi siempre, las inmolaciones tenebrosas que nadie sabe; i es la mujer, sensible i justa, la mas triste víctima, i es tambien el niño anjelical, o el niño cuyo jénio despunta bello i poderoso, nacido entre jentes que no lo comprenderán jamas i que pervertirán brutalmente sus inclinaciones. Allí se consuman los asesinatos irreprochables para la lei i la opinion, i cosas peores que el asesinato; i la sociedad, si llega a ver, es como si no viera, porque todo eso le parece mui natural.

I en fin, hai algo mas doloroso que todo eso. Los ministros de la religion acatan esa lejislacion maldita de la opinion pública i le prestan la sancion de sus mas venerables dogmas.

He ahí la vasta conjuracion que domina a los pueblos de la tierra i que mantiene al mismo tiempo en la servidumbre i la miseria moral las tres cuartas partes del jénero humano. Dominada i embrutecida por los directores del mundo i por los lejisladores de la opinion, conjurados con los que se llaman sacerdotes del Cristo para sumirla cada vez mas en la abyeccion, esa casi totalidad humana, ese pueblo dejenerado i fanatizado, lame como el perro los piés de sus amos soberbios i jime amarrado a su cadena, i a la menor insinuacion de sus señores se lanza como fiera embravecida contra los mismos hombres que quieren revelarles el secreto de su opresion i de su miseria, i presentarles los medios de emanciparse.

Justicia de Dios, ¿dónde estás? He aquí el mal en triunfo.

Ningun mal mas grande que este; porque esas superioridades ficticias no sólo imponen su dejeneracion como norma triunfante, sino que impiden a los hombres buenos el proclamar la moral e inculcar que el único bien es trabajar por la perfeccion del hombre.

Pero no sólo es un complot de usureros i de sacristanes lo que hai en el fondo de esas sociedades, sino que se han creado tambien todo el vocabulario de una piedad altisonante i todo el mecanismo económico de una beneficencia ruidosa, lo cual engaña a los que están abajo i reciben los beneficios, da a los de arriba una alta idea de sí mismos i los ensoberbece i tranquiliza en su vida dispendiosa i criminal, de boato i de sensualismo; creyéndose dignos de esperar el cielo porque han arrojado a los míseros explotados las sobras de sus disipaciones, i a Dios, la cáscara vacía de sus palabras i de sus actos interesados.

¿I las conciencias? ¿Por qué están mudas? Hai una religion que las maneja i que es como la conciencia universal. El sacerdote aprueba, bendice i acuerda el cielo a los culpables explotadores, i hace creer a los explotados de la miseria que la sociedad es santa, que sus tiranos son venerables i que Dios es el que hace que los unos sean mui ricos i los otros mui pobres, que los unos gocen i que los otros sirvan sus goces i que la resignacion es la única virtud que les conviene.

El mal social es, pues, el dominio de los inferiores.

Pero, ¿por qué dominan los que no deben dominar?

Porque los elejidos son mui pocos, i el vulgo de los acaudalados hace i organiza la sociedad a su imájen i semejanza.

Tambien debe tenerse presente que esos hombres, con el auxilio de facultades creadas por seleccion sexual i por seleccion social, se han adornado a sí mismos con todos los atavíos aparentes de la preeminencia real, con todas las exterioridades engañosas de los hombres de eleccion. Sus abuelos han creado autores para su paladar así como los déspotas tenian sus panejiristas sobornados; i esos escritores de tanta fama, que no son mas que los defensores o los panejiristas de sus vicios, crecen cons-

tantemente en celebridad, porque ellos, como señores de la opinion i de las riquezas, son tambien los dispensadores de la fortuna i de la fama. Con este sistema, por cada hombre jeneroso que se levanta, ellos hacen surgir diez o veinte sabios a la moda, cuya erudicion i cuyo talento dan realce i belleza a los errores tradicionales i les conservan su autoridad.

¿I por qué Dios, que es juicio en todo hombre no enristece i humilla a los soberbios culpables?

Porque Dios es en cada uno segun sus méritos i las obras de cada uno; i así como deja al leon enorgullecido i satisfecho del asesinato de su víctima que devora gozoso en seguida, así tambien deja esa jente en su soberbia i en su dicha feroz; porque aquello era propio del leon, i esto es propio de esa jente.

Aun dura el reinado de los hombres de presa. I no nos queda como un signo vano ya, ese colmillo del carnívoro.

En casi la totalidad de los hombres el juicio de Dios se halla en un estado de suspension aparente i de progreso latente. Está intrigado i oscurecido por el juicio de los hombres, i solo entre unos pocos justos ese juicio divino se halla en estado de triunfo o de predominio. Entre estos últimos la alegría es casi siempre el signo de un alma llena de buenas obras; al paso que en la jeneralidad, la alegría es casi siempre el signo de egoismo victorioso o de la culpa en prosperidad. Así, al ver un semblante dolorido, i una mirada helada por el infortunio, una frente arrugada por penosos pensamientos, estad casi seguros de que tenemos ante nosotros un ser predilecto, víctima lamentable de ese mundo sin piedad. Porque miéntras mas atrasado está un país, tanto mas difícil será a los buenos ser dichosos i vice versa. I cuando oigáis decir a sus doctores que la alegría es el signo de un corazon puro, tened entendido que *puro* entre ellos quiere decir, avezado a la indolencia i dado a la candidez de

echar sobre la Providencia la solvencia de todos nuestros males morales. Eso no es mas que el jenio elemental de la indulgencia que no se ha elevado aun a las categorías de la severidad, del heroismo del estoicismo i otras aun que son necesarias para sentir la totalidad del hombre i la integridad de la lei moral.

¿Cómo ser omnipotencia para tanto mal?

Esa será la obra de la nueva juventud que se levanta, de su parte selecta. Ademas, hai un mundo escondido en este mundo, i ahí hai hombres que esperan la voz de marcha, la iniciacion de la obra nueva.

En toda sociedad, en sus entrañas escondidas, bajo la vida muscular i patente de su organismo, hai un mundo disimulado i embrionario que se ajita por nacer i lucha por presentarse a la luz del juicio del mundo i por ser juicio a su vez, juicio severo del siglo i de los siglos. I ese mundo innato i torturado que lucha en vano, o no se produce, o se produce como aborto monstruoso, porque «la sociedad está arreglada de manera que ese mundo inferior sufra i muera sin molestarnos». (Michelet). I es porque la opinion o el juicio humano rije como espíritu dominante las costumbres, la moral i las leyes, e impone la medida que le es conveniente a todos los impulsos de humanidad i de jenerosidad que desbordan casi siempre del corazon i los anula o los paraliza. Es este mundo escondido el que debemos sacar a luz porque eso importa la redencion de lo mejor que se ignora a sí mismo, la rehabilitacion de lo mas bello i mas fuerte que yace desconocido, i que se alzaré sobre la sociedad como la conciencia de la conciencia humana, hoi oscurecida o sofocada por la opinion. Es entónces necesario destronar esa opinion i levantar esa nueva conciencia acusadora; hacer temblar esa sociedad con la conciencia de su crimen i levantar al cielo la idea soberana e inmortal, que irradie eternamente sobre ella con la luz aterrante de los juicios finales.

Cuando la opinion significa el depósito de nuestro cariño i de nuestra estimacion guardado en el corazon de los demas, i ese testimonio de amistad está subordinado a la idea pura de la amistad en sí misma i a las ideas eternas, entónces esa vida guardada en la vida de los otros puede llegar a ser mas sagrada que nuestra vida misma. La opinion, así entendida, es algo venerable. Pero cuando la opinion ha llegado a convertirse en la garantía i en la solidaridad de nuestras vanidades soberbias i de nuestras pretensiones culpables, entónces la opinion no es mas que una conjuracion infernal contra la luz juzgadora de la razon libre, que es la manifestacion de Dios al hombre: entónces es como el reinado de las tinieblas i como la negacion de Dios. Entónces es cuando aparece esa sabiduría deslumbrante i vacía, esa piedad altisonante, esa relijion de fariseos, el sofisma la declamacion, el culto de las esterioridades, la corrupcion sin remedio i la putrefaccion final.

Este equilibrio admirable del mal es, a mi modo de ver, el peor de los males, por cuanto es el mayor obstáculo al advenimiento del verdadero bien, que en su forma elemental consiste en trabajar por el bien i en realizar lo mejor.



CAPÍTULO IV

¿Qué cosa es el bien social?

ESTÉTICA TRASCENDENTAL.—PRIMERA NOCION DEL DEBER

No basta señalar el mal social para conocerlo i odiarlo plenamente como mal, sino que para ello es necesario presentarlo en oposicion con el bien real o posible. Mostremos, pues, el bien, i así no sólo sancionaremos la condenacion del mal, sino que señalaremos el camino del deber activo i positivo.

En esta investigacion nos apartaremos radicalmente de los principios de la filosofía alemana i del positivismo frances. Porque creemos que hai una idea mas grande i verdadera que la de Hegel, una moral mas fecunda que la de Kant o la de Fichte, i un positivismo mucho mas positivo que el de Comte, el cual no es mas que un positivismo ilusorio i degradante.

Voi a hablar de la Estética, pero ántes declaro que no doi a esta palabra el sentido que le dan los europeos. Estética, para mí, significa el arte inmortal e infinito de

crear al hombre, i de hacer de él, no sólo el ser mas rico en sentimientos fecundos, sino el ser sentimental que lleva en su sentimiento un criterio de verdad.

La estética es un criterio. Veamos.

¿Por qué razon conviene mas que haya muchos creadores, muchos hombres libres, en lugar de uno sólo que manda como tirano o como pontífice, o de algunos que gobiernan como aristócratas? Porque segun la razon, todos los hombres son hermanos i susceptibles del mismo progreso.

Esto es lo que me dice mi razon. Pero, ¿por qué mi razon ha de ser imperativa? Yo puedo mui bien hallar en mí mismo otra razon o determinacion mas profunda que me dice: aquella razon sólo es un órgano que me dá noticia de la naturaleza de lo externo; pero yo, razon profunda, digo que mi imperativo no es someterme a esa naturaleza aceptada por ella, sino hallar lo que sea mas conforme a mi voluntad i a mis aspiraciones.

Aquella razon meramente noticiosa o sabedora me dirá que hai un mundo de remuneracion mas allá de este mundo, donde se premia al justo i se castiga al injusto; pero mi razon profunda me dirá que si aquel mundo de remuneracion puedo concebirlo como sensible, i como tal, capaz de afectarme, será únicamente en cuanto tiene afinidades con esta alma estética de ahora, i que en tal caso, al desarrollar segun mi determinacion profunda la estética de esta alma, será envolviendo en el mismo criterio determinante la concepcion de aquella sensibilidad celestial del mundo remunerador, i que, en fin, esta concepcion se hará cada vez mas activa si es conforme a mi naturaleza sensible, i si no lo es, se convertirá cada vez mas en una idea inerte i sin influjo. De modo que en último resultado, si las penas i recompensas no van a ser cosas que me afectan sensiblemente, nada me importan puesto que no las siento; i si van a ser cuestion de sen-

sibilidad, no tendrán influencia sobre mí sino en cuanto yo puedo concebir sensiblemente esa cuestion de sensibilidad, i en tal caso, será el criterio estético el que me sirva de guia. Aquí hablamos de la sensibilidad del alma, i no en el sentido ordinario.

Así, por ejemplo, si me dicen que hai un mandamiento divino que me ordena la gratitud, la fraternidad i el amor desinteresado, i que tendrá su sancion en el cielo, yo no subordinaré mi conducta a ese mandamiento sino segun la medida en que soi capaz de sentir en este mundo: 1.^o el respeto a Dios, 2.^o la felicidad que trae consigo la práctica de esas virtudes, o el dolor i el remordimiento que siguen a su olvido. Además, miéntras mas racional es la creatura, más dispuesta está a juzgar la naturaleza del lejislador por la de la lei: así es que si el precepto, por no hallarse en armonía con nuestra naturaleza sensible, se hace tanto ménos interesante cuanto mas se perfecciona esta última, al fin, el mismo Dios que lo dictó se hace indiferente. I el precepto que parece mas puro, el del respeto a Dios, tiene que ser un sentimiento, i no me afectará sino en la medida en que soi capaz de ser afectado por el sentimiento del respeto. En fin, el mismo presentimiento de lo sublime de la inmortalidad, tiene que ser un sentimiento.

La majestad del deber de la filosofia de Kant sólo valdrá para mí, segun la medida en que soi capaz de amar esa majestad sagrada, pues si Kant quiere prohibirme que halle complacencia profunda en crearme un deber majestuoso, entónces sólo quedará enfrente de mí una palabra fantasma, lo cual no vale nada en el día.

Luego, si el sentimiento no es mas que lo que es en la razon, en cambio, la razon no es mas que lo que es en el sentimiento. Razon pura, entónces, no será razon indiferente e insensible, sino razon legal, esto es, razon interesada en determinar la lejislacion eterna del ser sensible.

Luego, si la metafísica debe proporcionar el molde o la forma de la verdad, esta forma debe ser determinada en vista del ser sentimental que debe servirle de contenido. De modo que la «razón pura» i la «estética trascendental», tales como Kant las entiende, no tienen aquí ningún sentido.

A pesar de lo que dice Kant, la verdad abstracta, como sucede en las matemáticas, no es mas que una verdad lójica, esto es, hipotética o condicional. Entónces se dan una o varias condiciones i se determinan sus consecuencias. Mas, la verdad de lo real debe referirse a las condiciones de la vida o de lo existente, las cuales no son puestas por el hombre, sino que son necesarias, como puestas por *Otro*; i como tal debe envolver un sentimiento i debe ser sentida con mas o ménos pasión. La verdad que nada tiene que hacer con mi naturaleza afectiva, no será para mí mas que una simple exactitud indiferente.

El mundo de la verdad es, pues, también, el mundo del sentimiento, i donde hai una verdad es porque allí hai un albergue para un alma sensible; i en fin, la especulación i la experiencia demuestran cada vez mas que el mejor albergue del sentimiento es el de la realidad misma, la cual parece hecha como la expresión de una emoción infinita.

Entónces a la pregunta de: ¿por qué vale mas un pueblo de hombres creadores i libres? responderemos que es así, porque esa afirmación del pensamiento simple observador, está corroborada por la afirmación del pensamiento profundo de nosotros mismos que nos dice que ese es el medio, en que el alma sensible puede desenvolverse de un modo mas grande i mas conforme a sí misma en un progreso infinito. Es allí donde el alma se patentiza indefinidamente, porque se hace yo-muchedumbre, alma que vive en todos los demas, espíritu libre donde se ajita toda la vida del conjunto social, i que se confunde con

el espíritu sagrado que alberga como un Dios la sociedad entera.

Luego, es el sentimiento bajo todas sus formas legítimas i no solamente bajo la forma del respeto de Kant o del temor de los católicos, lo que debe darnos un conocimiento interesante de la verdad i del deber, i es el espíritu mas rico en sentimiento, el que debe poseer una noción mas clara del bien, un impulso mas poderoso hacia lo mejor, lo cual, como hemos visto, es el bien activo i verdadero. Dios debe considerarse como la fusión sublime de todos los sentimientos cardinales, como la luz primitiva que, al atravesar el prisma de la humanidad, toma un color distinto en cada espíritu individual. I así como los colores son infinitos, tambien hai infinitos jénios o mundos estéticos. Todos los sentimientos elevados a una dignidad proporcional a nuestra estatura moral, serán entónces propios para rendir culto a Dios. Así, la cólera, que es indigna de nuestra naturaleza espiritual, elevada a justa indignación contra las iniquidades, puede coexistir con el sentimiento de Dios o existir como culto a Dios; el cariño familiar, elevado a amor intenso i puro, puede ser dedicado a Dios; la calma, elevada a confianza infinita en el amor divino i a actividad tranquila, es tambien propia para el culto divino.

I ¿qué es lo que constituye la fuerza, la riqueza, la grandeza del sentimiento? Hai potencias, virtudes o facultades estéticas en número infinito; pero el hombre sólo puede determinar algunas. Mientras mas se eleva el alma, mas se pronuncian las pequeñas diferencias i se hacen grandes diferencias. Así, lo que en el alma humana son simples matices, en los espíritus sublimes de la inmortalidad deben ser diferencias cardinales. Pero al mismo tiempo que esas diferencias estéticas se pronuncian cada vez mas, debe verificarse que la unidad de las inteligencias i la enerjía progresiva de la mútua comprensión, hacen

que cada espíritu sea la fusion de un mayor número de facultades estéticas. De este modo, la representacion i la unidad del Universo que tenia lugar en las mónadas mas pequeñas (segun Leibnitz), continúa efectuándose en todas las escalas de la Creacion, pero sin perjuicio de la diferenciacion progresiva. Cada espíritu, avanzando progresivamente al infinito, continúa siendo virtualmente, cada vez mas, el Universo; pero al mismo tiempo, ese mismo Universo va siendo concebido con un espíritu i con un amor cada vez mas distintos. Diverjencia que no proviene del desacuerdo, sino del acuerdo de la misma necesidad: diferenciar en la enerjía, unir en la comprension; dividir las funciones económicas de la vida universal, pero unir cada vez mas los espíritus en el mismo fin absoluto.

Saliendo de los estrechos límites del positivismo meramente receptivo i conservador, i elevándonos a lo que hai de mas positivo en la vida que es el espíritu creador, una de cuyas principales funciones consiste en producir la amplitud o la integridad lójica de lo conocido, entónces, en esa esfera, aparece como necesario para la verdad de nuestros conocimientos i para la realidad de nuestras convicciones, 1.º que el alma sea individualmente inmortal, 2.º que haya mundos o cielos donde esa inmortalidad se hace patente, 3.º que esos mundos existan de toda eternidad, 4.º que en ellos el progreso de la individualidad se haya producido como diferenciacion jenial i como union intelectual i moral, ámbas progresivas. En efecto, si el alma no participa del carácter de lo inmortal i de lo eterno, ¿con qué derecho creeria en la eternidad de sus afirmaciones sobre la verdad? La misma verdad seria mudable i perecedera como el hombre. (Véase «La Personalidad en sí o la filosofía»). Lójicamente se puede demostrar entónces, que hai un mundo de seres ideales que serán como los tipos de los seres humanos i de los demas seres de la inmortalidad. I Dios, al ser el cielo de

los Ideales, no sólo contendrá en sí todos los ideales particulares, sino que los contendrá unidos o fundidos en el sólo Ideal Absoluto.

Segun esto, habrá espíritu o virtud ideal del heroismo i de muchas especies de heroismo; espíritu de reverencia, espíritu de perseverancia, espíritu de abnegacion, de misericordia, de justicia, de paciencia, de amor, de delicadeza, de luz, de amplitud o de universalidad, de armonía, de abstraccion, de intensidad, de sonrisa intrépida, de padecimiento, etc. Pero la palabra humana es pobrísima, i al decir heroismo, por ejemplo, no echamos de ver que esa palabra es una síntesis o un símbolo jeneral, un jénero que comprende muchas especies de heroismo, i lo mismo decimos de la reverencia, de la intensidad, etc.

Lo que parece mas raro es que cada jenio debe hacerse una infusion cada vez mas íntegra de los demas jenios, i al mismo tiempo diferenciarse cada vez mas de los otros; en efecto, solo así puede producirse la emocion de un modo cada vez mas elevado i enérgico. Un sentimiento simple no es mas que el átomo que sigue a la masa de sus conjéneres, es el aparecer de la vida vegetal, es la pasividad. La individualidad sólo puede hacerse patentemente activa en la comparacion de lo mejor i de lo peor, o de lo diverso, en jeneral; ha de haber lucha o problema interior: por eso, lo que mas nos conmueve, es el conflicto del drama, los grandes combates del alma trájica.

Miéntas mas categorías estéticas lleva infusas un jenio, mas poderoso es como ser sensible i mas poderoso como ser pensante, porque lleva a la humanidad entera encarnada de un modo mas real i mas vivo, con todas sus oposiciones terribles: i es seguro que en el espíritu de todo grande hombre se ha desarrollado un drama lleno de interes i de misterios. Miéntas que en el jenio unilateral i sin combates, la accion no se dilata i el pensamiento es débil; i el ser moral se halla entónces espuesto

a toda clase de degeneraciones, pudiendo llegar a hacerse monstruoso.

Así, la severidad sin la reverencia es brutal; la indulgencia, sin la dignidad, es estúpida; la humildad, sin el ideal, es bajeza; la piedad, sin el pensamiento de la comparación, es pueril; la intensidad, que es una categoría cardinal, no debe concebirse, por ejemplo, como la intensidad de la bestia furiosa, o como la intensidad del salvaje heroico; pues un niño de pocos años, hijo de padres superiores, tiene una intensidad muy superior a esa. Porque la intensidad verdadera resulta de la riqueza i de la armonía del amor i de la pasión, de su irradiación a muchos objetos unidos por la idea, de su diversificación armónica; en fin, de las oposiciones mismas. Esta diversidad sensible es entonces como un organismo delicado, cruzado de fibras finísimas que hacen que cada punto sienta lo que siente todo el conjunto, pero de un modo diverso, i por lo tanto, hace que la sensibilidad sea reproductiva i multiplicativa, pues si cada punto va sintiendo lo que siente el conjunto orgánico, se sigue de aquí que en el segundo momento, en cada punto, se encuentra todo el organismo sentido de tantos modos diversos como puntos hai en el organismo. I así, al infinito, de momento en momento, la sensibilidad se enriquece i se intensifica. Un caso muy sencillo; una madre que llora con sus hijos una misma desgracia, siente aumentarse su dolor indefinidamente, al ir sintiendo lo que siente cada uno de ellos. La intensidad del sentimiento no está en llegar hasta la muerte o en esponerse a ella, precisamente, puesto que puede sentir mas intensamente el valor un hombre que la huye.

Estas categorías estéticas están presentadas aquí de un modo empírico, pero seria fácil presentarlas de un modo científico, haciendo ver que cada una contiene todas las demas, desenvolviéndose, i tanto mas cuanto mas

se desenvuelve. Por ejemplo: la delicadeza no puede existir sin la distincion, i esta capacidad de distinguir no puede existir sin la comparacion, i la comparacion busca la totalidad de lo comparable i su coordinacion progresiva i su unidad; ahora, esta unidad de lo diverso es la intensidad. Esta misma intensidad que ya es la intensidad delicada i que tiende a ponerse (a presentarse) como bien, es víctima de sí misma por lo mismo que es intensidad, i por lo mismo que es delicadeza; siente el miedo de sí misma, i como el miedo es de ella misma, el miedo se borra como miedo i se pone (se presenta) como meditacion o como tino, como presentimiento de lo grande i desconocido, i al fin, como reverencia. De un modo semejante, la reverencia llama a la fuerza, i ésta, a la elevacion o al estoicismo. En fin, sería fácil por este procedimiento, hacer ver que el desenvolvimiento de un jenio llama necesariamente a los demas, hasta llegar a un punto en que el jenio cerebral i mas poderoso, llega a su madurez i a su plenitud, pues esta evolucion, que es una verdadera metamórfosis en los seres inferiores, debe reducirse en los superiores a una simple ilustracion, a una mera asimilacion de virtudes ajenas, las cuales, en vez de eclipsar la virtud cardinal del jenio que las asimila, no harán mas que robustecerla i embellecerla. Entónces, el jenio se perfecciona sin perder su personalidad idéntica.

No se pueden establecer con el mismo resultado las categorías intelectuales i tomarlas por guia de una clasificacion i de una educacion sociales, como lo hacen los socialistas, sin determinar ántes cuál es el verdadero fin social i el mejor rumbo que debe darse a la actividad de la razon, porque en tal caso se abriria el campo de las peores degeneraciones humanas que son las de la infatuacion esteril. ¿No hemos visto coexistir las diversas especies de talento con todas las corrupciones? ¿No sería la peor de las calamidades ver rejida nuestra sociedad por

un Senado como los Senados de los Bonaparte o por una Academia bizantina? No sucede lo mismo cuando se toma por guía al hombre en su totalidad, esto es, al hombre estético e intelectual; entónces la intelijencia, de acuerdo con el ser sensible, determina previamente el fin social i se pone a su servicio. De este modo, en vez de una clasificacion puramente mecánica que consiste en dividir los talentos en administrativos, en financistas, en oficinistas, en productivos, etc., se tendria una clasificacion científica que dividiria los talentos en las diversas funciones morales señaladas por la filosofía como necesarias para la integridad del hombre i para la persecucion de la mas alta finalidad, sin perjuicio de atender a aquella clasificacion puramente mecánica del talento, pero subordinándola a la clasificacion racional.

Pero sigamos en el estudio de la cuestion que nos ocupa. ¿Cuál es el bien social?

El fin esterno i formal de las leyes es crear al hombre social; pero el fondo i la interioridad de la cuestion está en determinar cómo debe ser el hombre social i cuáles son las enerjías sustanciales que deben constituirlo.

Estas enerjías características, subordinantes de las demas, deben ser tales, que su desarrollo indefinido aumente constantemente el bien comun.

¿Y qué cosa es bien? He ahí la eterna incógnita.

Por esto se echará de ver que no hemos hecho mal al tratar de escudriñar ese arcano del alma sensible, donde se forjan los fallos del bien i del mal. I tambien se comprenderá el fondo de nuestro pensamiento, segun el cual, la estética i la moral se confunden en lo que tienen de mas profundo i verdadero.

Los autores de derecho público no miran la cuestion de este modo. Nos hablan de proteccion mútua, de libertad individual garantida, de independenciam de las esferas de actividad social, dando a entender que la moral es

una de esas esferas independientes i que a ella corresponde, exclusivamente, la facultad de determinar las nociones del bien i del mal, i, por consiguiente, las del deber i del derecho. I esa esfera moral, o si se quiere, de estética trascendental, ¿quién la dirige? Cualquiera. El clero, por ejemplo.

Tendremos mas de una ocasion, en el curso de este libro, de hacer ver que los fines políticos i sociales están íntimamente ligados con los morales, i que esta prescindencia del Estado en beneficio de la soberanía inmanente de la sociedad respecto de la determinacion i de la persecucion del bien comun, sólo debe ser un *desideratum* del Estado, un fin hácia el cual debe tender, i que para alcanzarlo es menester principiari por reconocer que, no estando aun la sociedad en estado de ejercer esa alta mision, el poder público debe ausiliarla, interviniendo en la interpretacion del fin social o del bien comun, ya planteando una educacion moral en armonía con los fines políticos, ya interviniendo mas íntimamente en las otras esferas de actividad cuando contrarían esos fines. De otro modo, los fines del Estado pueden ser desmentidos por los fines morales.

A este respecto, pues, los publicistas son deficientes. El principio de la libertad individual, aunque le asignen un límite, el de no ejercerla en perjuicio directo de la del vecino, ese es un límite bien indeterminado que puede llevar la libertad individual hasta dejar a la sociedad a merced de un centenar de propietarios i de usureros, si se sigue interpretando el principio como se ha hecho hasta ahora. La independencia de las diversas esferas de la actividad social, como se entiende hoi dia, puede traer consigo consecuencias inmorales i absurdas, tales como la perversion de los fines de la educacion, la enorme desproporcion de la ilustracion i de las fortunas, la degradacion del pueblo i la exaltacion de los avaros i de los in-

dolentes. Si se acepta el principio de la proteccion mútua habria que definir cuáles son los límites de la proteccion i el fin al cual debe tender, i entónces, o se hacia casi ilusoria como en el día, o tendríamos que convenir en que los fines de la proteccion debian subordinarse al bien social i verdadero, i llegaríamos a la cuestion de fondo: ¿qué cosa es el bien?

Lastarria habla de intensidad de la vida; pero ¿cuál es esa intensidad mayor de la vida i cómo alcanzarla? La cuestion es seria, sin embargo, i merecia ser tratada con más detencion, por cuanto de la manera de resolverla dependerá la mejor parte del derecho público. Luego, el legislador debe ante todo, resolver esta cuestion: ¿Qué cosa es el bien? Veamos.

Hemos hecho ver anteriormente, que la riqueza estética se pone como un imperativo del bien i como un criterio de verdad cuando está garantida por las determinaciones legales de la razon; i hemos indicado teóricamente en qué consiste esa riqueza; pero es menester tratar esta cuestion primordial de un modo mas penetrante i mas práctico.

Diremos acaso con Epicteto: «La felicidad no está en la fuerza, porque Myro i Offellius no fueron felices; ni en las riquezas, ni en el poder, porque Creso i los cónsules no eran felices; tampoco está en todas estas cosas reunidas, porque Neron, Sardanápalo, Agamenon, suspiraban, lloraban i se arrancaban los cabellos. Estos hombres, a pesar de sus grandezas, no eran mas que los esclavos de las circunstancias i los juguetes de engañosas ilusiones. La felicidad está en nosotros, en la verdadera libertad, en la ausencia o en el dominio de todo temor pueril e indigno, en el perfecto gobierno de sí mismo, en la satisfaccion i en la paz de una vida serena?»

Diremos acaso con Platon: «Así, mi querido Alcibíades, los Estados para ser felices no tienen necesidad ni

de murallas, ni de bajeles, ni de arsenales, ni de tropas, ni de grandeza: lo único que necesitan para su felicidad es la virtud?

Diremos acaso con Kant, que el verdadero bien consiste en hacernos dignos de ser felices, i que para ello debemos proceder de modo que la máxima de nuestra voluntad pueda ser tomada por un principio de legislación universal?

Diremos con los legisladores antiguos i con Montesquieu que la virtud es lo único necesario i fundamental en una República; o diremos con Jesucristo que el bien supremo es el amor a Dios i al prójimo?

El Evangelio i Platon son mas vastos, pero hai en ellos un fondo indeterminado i hai que completarlos. I en cuanto a lo demas, no son mas que aspectos parciales de una cuestion inmensa.

Yo acepto con Epicteto que la felicidad está en el perfecto gobierno de sí mismo; pero ¿cuál es ese perfecto gobierno? Es necesario hallarle un fin positivo, pues no basta el fin restrictivo o negativo; es necesario hallarle un tipo de perfectibilidad a donde deba dirigirse; no basta no temer, sino que es preciso saber qué es lo que se debe amar.

Yo acepto con Kant que el verdadero bien está en hacernos dignos de ser felices, i en el cumplimiento del deber augusto; pero no acepto con él que debamos satisfacer esa dignidad i ese deber, sujetando nuestra conducta al imperativo de las máximas universales, porque todo moralista, por malo que sea, pretende que sus máximas son dignas de universalizarse, i lo mismo sostendria Torquemada sobre el principio de la Inquisicion.

Por fin, tampoco aceptaria el principio moral de Fichte, porque nunca me resolveria a decir con él que: «lo único que yo tengo que hacer es querer;» i tambien: «de

todos modos, que yo consiga o nó mi intento, eso es cosa que no me importa».

Desde luego, es evidente que el bien no es una sustancia inmovilizada e inerte; no es tal o cual cosa determinada, sino que es una infinidad de cosas de las cuales el estado actual i conocido no es mas que un aspecto transitorio. El bien entendido así tiene infinitas formas ideales que latén en la esfera de lo posible i nos solicitan; i el bien actual no es tal bien, sino porque está en la continuidad progresiva i en la esperanza perpetua de otros bienes futuros; es bien porque es persecucion de otro bien mayor. Lo cual es conforme con lo que ántes hemos dicho, a saber, que el bien consiste en trabajar por el bien; al ménos, esta es su forma activa o verbal.

Pero ¿cuál es la forma sustancial del bien?

No es el saber en sí, o por sí sólo, porque ¿de qué sirve el saber que no nos hace sentir lo mejor posible que podemos ser o que nos circunda, que no enriquece o vigoriza nuestra vida i que puede llegar a esterilizarnos como seres sensibles, como miembros de la familia i de la sociedad? ¿De qué sirve un saber que no es mas que una serie de noticias conocidas, por un sujeto casi indiferente o animado de una curiosidad pueril?

El bien sustancial no es la sensualidad ni la concupiscencia; la higiene, la historia i la experiencia de cada dia nos muestran lo pernicioso de un sistema de vida guiado por esos principios.

No es tampoco la fortuna, ni la gloria, ni la calma; pues, ¿de qué sirven estas cosas si nuestra alma no es capaz de sentir las debidamente, ni de darles un contenido sensible i saludable? Así es que vale mas una pequeñísima fortuna i una humilde reputacion que satisfacen plenamente al que las posee, que todas esas grandes cosas para un alma insensible o incompleta. Por la misma razon, goza mas un artista que contempla un magnífico

palacio que no le pertenece, que su propietario estúpido, incapaz de comprender la belleza arquitectónica; en este caso, el verdadero poseedor del palacio es el artista, el dueño sólo posee la materia.

¿I acaso no sucede lo mismo en todas las cosas? ¿De qué sirve tener un hogar tranquilo i una familia, si no somos capaces de sentir todo lo que hai allí de interesante i de venerable, toda la riqueza moral que jermína en la familia, todo el infinito que late bajo esas esterioridades sencillas?

¿De qué sirve esa esposa si no la concebimos en su mision sagrada, en sus misterios de ternuras, en sus abnegaciones santas? ¿De qué sirve el hijo si no concebimos en él todo lo bello i venerable que oculta sencillamente en su seno, i que una educacion indiferente puede viciar o destruir?

¿Qué es la madre, qué es el hermano, qué el amigo, el hombre, qué la patria, si no tenemos un alma jenerosa i rica en sentimientos para comprenderlos?

¿Qué idea se forman los niños i los inferiores del contenido de sus propias acciones? Una idea mas o ménos grande, mas o ménos perfecta, segun la emocion que ellas despiertan en sus padres o en los superiores.

¿Qué idea se forman los niños i los inferiores acerca de la importancia de las verdades morales? Una idea que está en armonía con la emocion que despiertan en los superiores la defensa i el amor de esas verdades. La verdad ha sido hecha para el sentimiento, para ser sentida i amada; i el sentimiento ha sido hecho para la verdad. «La verdad es la caridad», ha dicho un santo: i se puede añadir que la emocion mas lejítima es la que se funda en la fraternidad i en la caridad, pues si la emocion va a despertar oposiciones naturales, ¿cómo podrá desenvolverse? Es entónces necesario que la verdadera emocion se funde en el sentimiento del bien comun, en la concien-

cia de la solidaridad de la especie, en una palabra, en la fraternidad. La verdadera emocion debe fundarse en la esperanza de la felicidad pública, en la evidencia de que el supremo bien es el que resulta de amar a los demas i sentir su felicidad como si fuera nuestra.

Luego, la verdad protege al ser sensible, como el ser sensible protege a la verdad. En efecto, ¿qué seria de la verdad si ella misma no hiciera al hombre de emociones enérgicas capaz de defenderla hasta con el precio de su vida?

Luego, si en primer lugar, el bien es trabajar por el bien, en segundo lugar, el bien consiste en la Emocion, i en la perfeccion de la Emocion, i en el progreso eterno de esa perfeccion. I decimos *progreso eterno*, porque si la ciencia no garantiza a la emocion esa eternidad en la vida inmortal del sujeto, la misma apreciacion del bien como bien, seria perecedera i contingente como la emocion o como el sujeto que la formaba o sentia.

¿I qué cosa es la perfeccion en la Emocion?

Se hallará acaso ese modelo en los secretos de las relaciones fisiológicas que unen el organismo al resto de la naturaleza i que hacen que la vida animal se modifique bajo el influjo de los específicos, de la alimentacion i de otras causas? Acaso ese modelo de la emocion variable i adecuada al infinito lo guardaria la química? La oxijenacion abundante. el estimulante apropiado i otros agentes semejantes serian acaso los mejores factores de la emocion? No, por cierto. Es muy facil probar que esos agentes obran en una esfera mui circunstrita, que en vez de engrandecer o dilatar la vida, la agotan de jeneracion en jeneracion, i que, por el contrario, a este respecto, el buen secreto consiste en aprender a desarrollar libremente la emocion grande e intensa, a pesar de la carencia de

esos auxiliares, porque la vida es infinita en energía moral i es limitada en fuerza fisiológica, la cual está sometida a la contingencia de las cosas físicas. En fin, a qué detenernos a calificar los misterios i las iniciaciones de la corrupción romana, i del antiguo paganismo?

Segun lo que ántes hemos visto, la emocion perfecta o mejor, no debe resultar solamente de la comprension de la actualidad, sino de la comprension de la relacion entre la actualidad i el porvenir, o bien, entre la actualidad i lo posible que nos rodea; i en esto posible no sólo debe comprenderse lo mejor posible, lo ideal, sino todo lo posible, o lo que es mas posible, por lo ménos. El conocimiento de lo mejor posible nos da la luz de la esperanza i el fuego del entusiasmo; i el conocimiento de lo que no es mejor i de lo que es peor nos da la medida de la prevision, de la actividad prudente, de la perseverancia, i el temor saludable de la lei que rije a la naturaleza humana en sus relaciones con nuestra actividad. De este modo, ese conocimiento de lo posible, es decir, la ciencia, (que es la que lo suministra) se hace como el organismo de la emocion.

Eso mejor posible que nos solicita, a su vez, no es lo que es, sino porque puede ser mejor aun, porque está rodeado de posibilidades mas bellas, i estas nuevas posibilidades bellas, a su vez, son tales porque son el medio de realizar algo mejor aún, i así hasta lo infinito; porque el mas allá de todo es la esperanza, i la esperanza tiene siempre un mas allá infinito. Así, la emocion gravita, pues, irresistiblemente hácia un Infinito.

I eso mejor no es tal porque sentimos mas al concebirlo, precisamente, sino porque en lo mejor la ciencia i la emocion están de acuerdo. Lo que equivale a decir que

la ciencia nos asegura que en lo mejor la emocion podrá desarrollarse al infinito sin producir oposiciones i luchas inconciliables i contradicciones lógicas, que podremos hallar el combate i el dolor, pero no el antagonismo invencible, i que la emocion será cada vez mas interesante i mas bella.

Pero ¿cómo demostrar, satisfactoriamente, que la humanidad ha sido hecha segun esa pauta? La experiencia i la especulacion demuestran que el hombre ha sido hecho para perfeccionar eternamente sus sentimientos. ¿Pero si hubiera un desmentido, un fracaso? ¿Si fuera necesario sentir cada vez peor algun día o no sentir nada? Entónces vale mas morir, si no hai otra esperanza. I si sucediera que profundizando la naturaleza llegáramos a descubrir que el creador o el modelo supremo era la insensibilidad o un mal sentir, entónces deberíamos prescindir de él si era posible i hacernos un dios Ideal. La naturaleza humana lleva en sí un imperativo absoluto.

Pero esta hipótesis es de todos modos absurda, porque es la negacion del pasado i del presente, la negacion del amor supremo que irradia activo en toda creatura. El amor es la realidad i la verdad mismas. I el acuerdo de la ciencia i de la emocion se ve cada vez mas de manifiesto en la intuicion progresiva de la naturaleza alumbrada por el estudio. Una sola emocion suprema i una sola idea jeneradoras del mundo; he ahí la única esplicacion de lo creado. I el hombre, creado segun esa misma pauta, al conocer la verdad de ese amor creador, tiene que amarlo para conocerlo como amor, i así la ciencia i el amor se unen en la esencia eterna de las cosas.

Segun esto, la emocion que está en la verdad o que es inspirada por el conocimiento de lo verdadero, debe crecer hasta el infinito, fortificarse i embellecerse de un modo ilimitado, aunque a menudo el estado social le imponga luchas preliminares. I a su vez, la emocion bella i progresa

siva debe corresponder a una verdad, o por lo ménos, debe servirnos de criterio para hallar la verdad; i no debemos aceptar los resultados de la observacion i de la especulacion si no son sancionados por el criterio estético. Así, si un sabio viene a demostrarnos que el universo debe sumergirse en la nada para siempre, que el hombre viene de lo perfecto i va a lo peor, i que el espíritu de la creacion es, por consiguiente, un espíritu malvado, entónces, aunque nuestra ciencia fuera insuficiente para refutarlo, nuestro criterio estético protestaria i nos ordenaria ponernos al estudio i no descansar hasta encontrar una ciencia congregadora de la creacion. Lo que engaña al salvaje en la formacion de sus primeras nociones científicas no sólo es lo erróneo de su sentir, sino lo erróneo de su modo de observar. I si no llevara en sí el tipo de una vida sensible, sus emociones serian mucho mas absurdas aun.

Una vez que la emocion se ha elevado a la ciencia suprema de Dios i de la creacion, i despojándose de las hipótesis de la ignorancia, la emocion está segura de sí misma i se dilata sin miedo en los ámbitos infinitos de la vida. Sin embargo, esta emocion legal tiene que salir de sí misma i hacerse activa en la sociedad, donde la espera una larga serie de combates. La emocion mas grande, tiende, necesariamente, a ser conocida como emocion pública. Los grandes sentimientos llevan el proselitismo como principio, buscan la totalidad i lo sumo de sí mismos i tratan de imponerse como un imperativo del bien. El verdadero ser sentimental es el yo multitud, el yo sociedad, el hijo de la patria i de la humanidad. Pero como en la sociedad, la emocion creada por la naturaleza, no sólo se comunica, sino que se modifica, se enriquece o entra en lucha, desenvolviéndose i complicándose de mil maneras con otras emociones sociales, la accion de esa fuerza expansiva o de ese proselitismo de la emocion, no

debe dejarse al acaso, i es mui conveniente determinar cómo debe obrar en la sociedad, para lo cual es menester completar nuestras ideas acerca de lo que debe llamarse bien social o tipo mejor de una sociedad.

De esto trataremos en el capítulo siguiente, dejando en este como demostrados estos tres principios que sobresalen entre otros deducidos igualmente: 1.º, el criterio de la verdad se halla en la alianza i en la armonía de la estética i de la ciencia, del sentimiento i de la razon; 2.º, no basta que la ciencia me demuestre la inmortalidad si ésta no va a ser la sancion del ser estético; 3.º, no basta la ciencia de la estética para la fundacion de la moralidad, si la ciencia no demuestra la inmortalidad progresiva del ser estético.

CAPÍTULO V.

Continuacion del anterior.—Estética social.—Tipo mejor de una sociedad.

¿Cuáles son en la sociedad las condiciones legales de la emocion en su vía de perfectibilidad i de fuerza?

La emocion debe ser variada i variable, ya al pasar de un hombre a otro, ya en un mismo hombre.

En efecto: 1.º Si todos los hombres sintieran lo mismo unos que otros, i si cada hombre en particular, tambien, sintiera siempre lo mismo, entónces, la vida seria un automatismo, un mecanismo, una petrificacion de la vida.

2.º Si los hombres sintieran diversamente los unos de los otros, però cada uno, en particular, sintiera siempre lo mismo, resultaria de ahí la incapacidad absoluta en que se hallaba cada uno de aproximarse a comprender lo que sentian los demas, i cada hombre estaria como aislado i emparedado en sí mismo. El pensamiento mismo perdería su significacion.

3.º Finalmente, si todos sienten lo mismo unos que otros, però cada uno puede diversificar en sí sus emociones, aunque siempre del mismo modo que los demas, resultaria que todos los hombres, siendo idénticos, no tenian para qué comunicarse sus pensamientos i sus modos de sentir; cada uno llevaria a la humanidad en sí mismo,

i las relaciones sociales tendrian que reducirse a simples relaciones económicas i comerciales, que por el acuerdo innato i tradicional de todos los hombres entre sí, se convertirían en simples funciones mecánicas. Simplificación mortífera. El encanto de la vida social desaparecería.

En cualquiera de estas hipótesis, pues, la vida sensible i rica de ideas del hombre actual, sería imposible.

La capacidad de diversificar nuestra propia vida sensible e intelectual, i la diversidad de los caracteres de los hombres, es pues, el fundamento mismo de la vida. Y el hombre está mui léjos de ser el rollo de categorías lógicas que Hegel se ha imaginado. De este modo, cada hombre que concebimos es como un nuevo ser que sentimos aparecer en nuestra conciencia con una nueva vida; i la Historia, que ha sido creada segun ese mismo principio, resucita en nuestro espíritu con todos sus caracteres variados en su tumulto épico i magnífico. Cada hombre es la humanidad, conocida de un modo diverso.

Luego, cada hombre deberá sentir de un modo diverso, i deberá ser respetado como diverso.

Luego, si el acuerdo de las inteligencias es un signo de superioridad social, la diversidad mas lata de los jénios de los hombres, es tambien un signo de superioridad.

Lo primero, nos da la capacidad de comprender cada vez mejor a nuestros semejantes con el ausilio de la ciencia, de la esperiencia, de la Historia i del arte.

Y lo segundo, haciendo del espíritu sensible jeneral, un caudal mas variado i mas rico, es causa de que cada uno al comprenderlo i al asimilárselo, se haga mucho mas rico así mismo cada vez.

Igual cosa en la naturaleza. En fisiología esta diversidad está indicada bajo la forma de los varios tempera-

mentos fisiológicos, sus acentuaciones i sus combinaciones. En zoolojía, por la diversidad innumerable de las especies animales i de los caracteres de la vida universal; i lo mismo puede decirse de la botánica. Y se nota en zoolojía que, a medida que descendemos en la serie animal, los individuos de cada especie son tanto mas iguales entre sí; i vice-versa, a medida que nos elevamos, la diversidad se acentúa gradualmente, hasta hacerse patente i necesaria en el hombre, i aun radiante en los grandes jenios.

En el arte, cada grande artista tiene su estilo, su jenio personalísimo, i miéntras mas grande es el artista, mas singular, mas único e inimitable es el sello de orijinalidad i de jenio que pone en su obra. El político, el historiador, el pensador, el poeta i el pintor, cada uno de los cuales es un artista en su jénero, se agrupan por familias, cada una de las cuales se distingue por un jenio especial, pero al mismo tiempo, en cada uno de los individuos de una misma familia, se nota el jérmen de una orijinalidad particular, que desarrollada a su vez, puede servir de albergue a otra gran familia, i así hasta lo infinito, sin que esto destruya la clasificacion de las familias primitivas, ni les quite su carácter mas jeneral i comprensivo. Prueba de la existencia del infinito como vida.

Cierto número de grandes jenios son los que sirven de matrices a estos árboles jenealójicos de los jenios, diversificándose i agrupándose, ordenadamente, al mismo tiempo.

En los pueblos i en las razas humanas observamos la misma lei que en zoolojía: los pueblos inferiores son aquellos cuyos individuos son mas idénticos unos a otros. Miéntras que en las naciones que han marchado a la cabeza de la civilizacion, la diversidad de los caracteres de los hombres se ha hecho en todas las esferas de la actividad, cada vez mas necesaria i mas patente. I la cosa

no puede ser de otro modo. La intensidad de la emoción depende de su riqueza, i esta riqueza depende de los elementos estéticos que entran a componerla, i el número de estos elementos es segun la diversidad de las maneras de sentir de los hombres; i como la intensidad i la riqueza de la emoción son los que determinan la intensidad i la riqueza del pensamiento, los pueblos que sienten con mas intensidad i con mas diversidad, serán los que mas piensan, i los que piensan con mas tesón, con mas exigencia, con mas delicadeza, i los que descubren i comprenden mejor las verdades mas profundas.

¿I cómo salvar esta diversidad en su progreso infinito? Haciendo que los directores de la sociedad sean los que mas amen i comprendan esa diversidad. Estos son precisamente los superiores, pues es necesario llevar en sí los jérmenes de una gran diversidad interior para ser defensor del principio de la diversidad. Pues ¿de qué serviría tener un estado social ventajoso para la producción de las diferencias estéticas, si por un vicio económico o político, los llamados a la dirección de la cosa pública eran los inferiores, enemigos de las innovaciones i defensores natos de la uniformidad i de la estagnación? Luego el bien social será: 1.º la mayor diversidad estética; i 2.º el dominio de los superiores.

¿Pero esto se aparta talvez de los principios mas respetables del cristianismo i de la filosofía? ¿No valdria mas el principio del amor al prójimo, a nosotros mismos, o los de libertad i fraternidad?

La comprensión recíproca es la forma mas razonable del amor i de la fraternidad; comprender al prójimo i sentir lo que él siente, es la forma suprema de la caridad, porque amar sin comprender es amar sin saber lo que se ama, ni qué clase de amor es el que merece el ser amado. Comprender lo que sienten los demas, no cerebralmente sino estéticamente, es sentir en nosotros mismos

los dolores i las dichas comunes, i es, por consiguiente hacernos solidarios de la felicidad jeneral. Ahora esa capacidad comprensiva sólo se puede medir por la riqueza del sentimiento. Ademas, el precepto del amor al prójimo i el de la fraternidad libre, entregados a sí mismos son mui susceptibles de pervertirse, i descender indefinidamente si no se les coloca en su nocion científica de perfectibilidad. Así es que no basta amar i comprender sino que es necesario determinar: 1.º ¿cuál es la cantidad de amor i de comprension que merece cada uno?; 2.º ¿con qué ideal debemos determinar el impulso jenerador del amor i de la comprension? Porque cada modo de concebir es un modo de juzgar. i por consiguiente, es como un impulso o como una presion que se ejerce sobre la persona concebida.

¿Quiénes son los que pueden detener a la sociedad en la pendiente de los grandes infortunios i de las grandes miserias? Es evidente, los que son mas capaces de sentir o de comprender i de compadecer los dolores i las corrupciones del prójimo. ¿Por qué tantos pueblos florecientes han caido a la putrefaccion i a la muerte? Porque habia abajo una masa inerme i muda que padecia i se degradaba en silencio, i porque habia arriba un corto número de privilegiados indolentes, crueles i corrompidos, que no comprendian jamas la suma infinita de males que sus disipaciones i su opulencia ocasionaba a los de abajo. Concebir es ver con el alma, es tener ojos espirituales. Son los que ven los que deben conducir a los hombres. ¿Cómo un ciego podrá conducir a otro ciego? ¿Qué cosa mas terrible que ver la sociedad dirigida por hombres indolentes o brutales, incapaces de comprender los dolores que ellos mismos le imponen?

Por lo que respecta al principio de la libertad diremos que la libertad no es la actividad contingente i arbitraria,

sino la actividad puesta al servicio de la mas alta finalidad del alma.

Libertad, fraternidad, amor, son puros conceptos contingentes i oscuros cuando no se conciben a la luz de la finalidad, pues somos libres sirviendo esa finalidad; ejercemos la fraternidad cuando encaminamos a los hombres a su verdadero fin, i amamos realmente cuando amamos segun el ideal absoluto o segun el gran fin.

I en fin, segun hemos dicho ántes, esta finalidad mas alta consiste en la incubacion de la vida universal en cada vida particular, en hacer de cada hombre el yo universo, el yo sociedad, el yo que siente cada vez mas la vida de los demas i la vida del universo en jeneral.

Estos principios son inaplicables a un pueblo atrasado i corrompido, pero como lo haremos ver mas adelante, son mui apropiados para servir de mira a los fines legislativos de un pueblo juvenil que está resuelto a plantear audazmente su problema político a la luz de todas las lecciones de la Historia i de la Filosofía. I en cuanto a los inconvenientes que resultan de la inmision mas activa del poder público en las esferas científicas, moral i económica, que segun esos principios reclaman, fácil nos será demostrar que cuando esa inmision va dirijida al fin de engrandecer al ciudadano, el poder cumple con el deber de eclipsarse cada vez mas; i de esto nos ocuparemos cuando tratemos esta importantísima cuestion del fin social i de la persecucion del bien comun, bajo sus diferentes aspectos, el moral, el económico i el administrativo, etc.

Resumamos la conclusiones jenerales de este capítulo i del anterior.

1.º El fin social, o el mayor bien posible de la comunidad social, no puede ser conocido ni perseguido sin

conocer de antemano la ciencia estética del hombre en osciedad.

2.º La ciencia estética no debe subordinarse arbitrariamente a la ciencia de simple observacion esterna, sino que ámbas deben vivir de mútuas transacciones, no aceptando como verdad sino aquello en que ámbas se ponen de acuerdo; aquello en que son indiferentes la una a la otra debe mirarse como una simple exactitud condicional, como en las matemáticas puras; sin que pueda decirse que sucede lo mismo en las matemáticas aplicadas al estudio de la naturaleza; así la astronomía, por ejemplo, no adquiere un verdadero significado, sino cuando se considera el firmamento como las amplitudes ilimitadas de la vida sensible, presente o latente.

3.º La verdad no puede ser una asociacion meramente gramatical i abstracta de ideas o de conceptos, porque la palabra verdad ha sido creada por el hombre para espresar lo que conoce como real, i la vida sensible es la primera norma de realidad. La verdad será, pues, la unidad de lo intelectual i de lo sensible. I esta unidad de lo intelectual que distingue, clasifica i sintetiza, i de lo sensible que se conoce a sí mismo al mismo tiempo como motivo i como objeto de lo intelectual, esta unidad viene a ser el ser vivo en jeneral, el cual se pone de este modo como principio i como fin de sí mismo; pero subordinándose a lo intelectual i a lo sensible absolutos, esto es, al Ser Supremo o al Ideal Eterno.

4.º Si hai un Dios, éste debe poseer la diversidad infinita de todas las emociones legales, fundidas en una sola emocion absoluta; debe ser la concepcion estética e intelectual del mundo; i supuesto que Dios no puede concebirse sino como el Ser Arquetipo, el fin humano i el fin de la ciencia humana ha de ser la diversificacion mas rica de la vida individual i de la vida social; para lo cual es menester hacer al hombre cada vez mas apto

para concebir a sus semejantes i para unirse a ellos en la misma ciencia i en la misma finalidad. Este es el fundamento del derecho público. I es tambien el principio fecundador de la ciencia i del pensamiento. La cuestion no está en pensar mucho, sino en pensar objetivamente i grandemente. Pensar en el objeto colocado en la presencia del ideal infinito, hé ahí el pensamiento orientado i potentizado. El pensamiento es fecundo i es libre cuando obra a la luz de sus fines inmortales, i no cuando se ajita al acaso en una actividad fortuita. La ciencia verdadera es la ciencia de las posibilidades de la vida, i especialmente, para nosotros, la ciencia de las posibilidades humanas, estudiadas en presencia del Tipo Infinito. Esta ciencia nos dá el conocimiento de lo mejor i de lo peor que nos espera, i por consiguiente, el conocimiento del deber, que es la realizacion de lo mejor práctico.

5.º Para dar una realidad práctica a estos principios, para inculcar la moral nueva, seria menester que los hombres elevados a las primeras categorías sociales fueran aquellos en quienes el jenio descuella de un modo mas enérgico, mas puro i ejemplar, i de ningun modo los hombres que sólo figuran por ciertas especialidades científicas o por su riqueza: los errores de éstos pueden ser sin remedio, mientras aquéllos sólo pueden engañarse en el tanto i en la forma. El hombre que lleva en sí la fraternidad i el patriotismo, no sólo lleva un criterio de verdad i de humanidad, sino de progreso i de creacion, sobre todo si está dotado de intelijencia i de ciencia. I en el caso de que sea un ignorante, su misma virtud lo hará conocerse como tal i conocer a los que deben dirijirlo. Para esto seria preciso que el pueblo mismo elijiese una aristocracia cuyos miembros serian los únicos que tuvieran opcion a los altos empleos. El pueblo (no el pueblo servil, que no debe tener voto) sabe conocer a los mejores, a los que sienten por él, a los que lo aman, i entónces

veríamos surgir los hombres de corazon jeneroso i de elevado espíritu, en vez de contemplar el dominio de los eruditos, de los financistas i de los usureros.

6.º Este seria talvez el mejor medio de propender a la diversificacion de los caracteres; las elecciones de arriba hácia abajo uniforman; las de abajo hácia arriba diversifican. La sociedad, dividiéndose en grupos segun los caracteres i las inclinaciones, cada grupo elije al hombre de sus simpatías, que será el mas capaz de comprender sus aspiraciones i el mas enérgico para defender sus derechos. Es cierto que el pueblo, al guiarse mas por lo que siente que por lo que piensa, está espuesto a elegir a muchos hombres de poco valor i aun funestos por sus pasiones; pero es seguro que entre esos elejidos mas enérgicos para sentir se encontrarán tambien los mas fecundos para pensar, i una segunda eleccion hecha por los mismos elejidos podria constituir un cuerpo de hombres selectos que representarian el mayor grado de potencia intelectual i que serian el gran regulador de las pasiones de abajo. Jeneralmente, se miran como potencias distintas las intelectuales i las sensibles. Pero es evidente que elevando la emocion a un grado mayor de enerjía i de luz, el pensamiento, sometido a su medida, a su fuerza i a su exigencia, deberá igualmente elevarse a una luz i a una profundidad mayores; viniendo a ser la emocion, ya bajo la forma de esperanza, de aspiracion, de fraternidad, de interes social, como la matriz en que se desarrolla el pensamiento. Así, un sentimiento tenaz trae un pensamiento tenaz tambien; un sentimiento profundo evoca al fin pensamientos profundos, porque no se satisfará sino hasta encontrar la espresion ideal adecuada a su naturaleza, la cual ha de ser un pensamiento profundo para que al ser pensado evoque el sentimiento profundo.

7.º Platon dice, segun recuerdo, que las juntas guber-

nativas deben componerse de fuertes i de moderados; pero ¿no seria mas racional tratar de poner a la cabeza de la aristocracia i de la opinion a los hombres que representan mas lejitimamente las diferentes fuerzas del espíritu humano? Además, esta es la única manera de formar el juicio moral: pues seria fácil demostrar que el predominio absoluto de un solo jenio en la sociedad, pervertiendo el juicio, trae consigo la estagnacion i la muerte. Una sociedad de humildes es tan absurda como una de indulgentes o de altivos, etc. I el juicio verdadero es imposible entónces, reduciéndose a una miserable razon de ser cobijadora del error. En efecto: hai razon para ser humilde, porque la grandeza infinita penetra a la humanidad; pero tambien hai razon para ser altivo porque es un deber defender severamente esa grandeza; hai razon para ser prudente, porque lo desconocido nos circunda; pero tambien hai razon para ser audaz porque en eso desconocido está lo maravilloso. I lo mismo, hai razon para confiar i razon para desconfiar; razon para la alegría i razon para la tristeza; razon para la induljencia i razon para la severidad; hai, en fin, razones para todas las contradicciones de la naturaleza sentimental del hombre, i es necesario marchar en ese mar de vientos encontrados marcando el rumbo con las transacciones de una jeometría rigurosa que de muchas fuerzas sabe hallar la resultante mejor. Las resoluciones unilaterales traen las discordias inconciliables entre los hombres i son esos cerebros privilegiados en los cuales se dan batalla todos los instintos encontrados de nuestra naturaleza, los que deben hallar los pensamientos de concordia, las divisas de concentracion que unen los diversos bandos de la humanidad en la persecucion de un mismo fin, porque en esas grandes cabezas es la humanidad entera la que se agita.

8.º Para el establecimiento de la moralidad pública, lo

mismo que para el de la moral privada, no basta que la ciencia especulativa nos demuestre la inmortalidad, ni basta tampoco demostrar que hai una lei de perfectibilidad en el ser estético, o que el bien comun será cada vez mas idéntico al individual, sino que es indispensable la coexistencia necesaria de ámbas demostraciones, esto es, que es necesario demostrar que el ser estético será eternamente mas poderoso i mas grande sin perder su identidad individual, en virtud de su libre arbitrio i en virtud de su union con el Ser Absoluto. En efecto, si se me demuestra la subordinacion del bien individual al bien comun i no se me demuestra la inmortalidad idéntica del individuo, lo precario i lo apremiante de las condiciones actuales de la vida pueden llegar a tales conflictos, que me hagan creer que el suicidio, el asesinato o la mentira sean mas eficaces para mi felicidad que las virtudes opuestas a esos delitos. Si no soi inmortal, si mi vida se ciñe a los estrechos límites de este mundo actual, *el debe* i *el haber* de mis satisfacciones i de mi felicidad, bien puede resolverse por un ardid, por una astucia, o bien, por la condensacion de la felicidad mediocre de algunos años, en la felicidad intensa de algunos dias. I por otra parte, si se me demuestra que soi inmortal, pero que la lei eterna me someterá a un réjimen en abierta oposicion con las leyes estéticas de mi ser, entónces la inmortalidad será o un asesinato o un aniquilamiento progresivo que poco importa a mis temores, puesto que mi ser sensible irá negándose i anulándose cada vez mas.

9.º La ciencia de la enerjía i de la actividad es la ciencia de la emocion, es la estética, es la ciencia de las profundidades humanas, que es necesario sacar del triste estado de empirismo en que la mantienen los europeos i elevarla a su mision altísima. De este modo, la metafísica, que entregada a sí misma es una ciencia vacía i sin consistencia, subordinada a los fines estéticos se hace

objetiva. La razon pura no será ya la razon indiferente, sino la voluntad conociéndose en lo que tiene de final i de absoluto.

Así tambien el alma sensible salva al alma pensante i ésta salva a aquélla, ámbas se protejen i sacándonos de esos limbos del idealismo i del misticismo, nos levantan a la grande esfera de la realidad i de la accion.

En efecto, ¿qué es lo que dá la medida de la enerjía con que defendemos la verdad? Es evidente que es la medida de la emocion que experimentamos por ella, o bajo su amparo. Si la intelijencia fuera únicamente una plancha fotográfica, ¿qué secreto ni qué ciencia de enerjía podria suministrarnos para defender lo que nos revela como verdad? La verdad, no sólo es verdad gráfica o abstracta, sino que es verdad en cuanto espresa o contiene mas o ménos esplicitamente al ser sentimental. Y este es el secreto del gran poder de la mujer i de las relijiones, pues la una i las otras deben considerarse como las institutoras de la ciencia estética. ¿Qué cosa mas absurda entónces que entregar al clero ignorante i extraviado, i a la mujer que él domina, el ejercicio esclusivo de un ministerio tan eminente?

¿De qué nos serviria constituir un pais ideal segun las leyes de la razon abstracta, si olvidábamos introducir en su constitucion los preceptos de la ciencia de la emocion i de su progreso?

La emocion, entregada al empirismo o al acaso, debia al fin encontrarse en una situacion social que la desconocia i la corrompia, que la dejeneraba i la degradaba, i en tal situacion era indispensable la ruina social: las bajas ambiciones despertadas por la fermentacion de las pasiones viles, (las únicas que entónces tendrian enerjía), no tardarian en presentarse i sofocarían en los brazos de la tiranía a una sociedad indolente i cobarde.

No es el progreso intelectual empírico o el académico

el que puede salvar las sociedades i engrandecerlas, como lo pretenden los positivistas, los cuales creen que la inteligencia es la exclusiva iniciadora del progreso; sino que es necesario que la inteligencia se ponga de acuerdo con el ser sentimental a fin de elevarse a esa finalidad eminente en que ámbos se confunden en la moralidad verdadera. El pensamiento entregado a sí mismo puede hacerse el pedante colosal i soberbio que desdeñando las desgracias i los dolores humanos, sólo vive de vanas contemplaciones. Y es menester que el ser sensible le esté diciendo a cada rato: allí hai un dolor, ahí hai una miseria, una gangrena, una ruina que se aproxima, corrije el mal; o bien, allí hai una grandeza, un misterio de felicidad, un bien escondido, descúbrellos, manifiéstalos o realízalos. Si no tuviéramos la facultad divina de hallar nuevos mundos de belleza moral que revelar a nuestros semejantes i de comprender sentimentalmente sus dolores i sus felicidades, ¿de qué nos servirían las cifras estadísticas de la moralidad, si sólo llegaban a nosotros como simples noticias propias sólo para alimentar la curiosidad? Es el que mas siente i el que mejor siente el que puede pensar con mas objetividad, con mas fecundidad, i con una actividad mas enérgica i provechosa.

A su vez, la inteligencia puede decir al ser estético: allí sospecho que hai un misterio humano que me es desconocido, sígueme i ayúdame a penetrarlo: así, ámbas facultades se ausilian necesariamente.

La inteligencia es conservadora, atesora la ciencia acumulada en el pasado. I entónces, si ella fuera el único factor del progreso, ¿por qué esos regresos deplorables de los pueblos? ¿porqué la Roma de Cincinato se hace la Roma de Tiberio? ¿por qué la Roma casi rústica vale mas que la Roma llena de arte i de doctrina? Es, pues, necesario confesar que es un extraño positivismo el de la filosofía positiva, i que en el progreso entra tambien otro

factor primordial: ese factor es la voluntad. I este factor nace necesariamente, como un producto del ser estético, el cual debe ser el principal objeto de la inteligencia i un criterio de las determinaciones de la inteligencia. ¿Por qué el romano del tiempo de Cincinato queria jeneralmente el bien (bien relativo), i por qué el del tiempo de Tiberio queria jeneralmente el mal? Luego, hai medios de mejorar o de empeorar la voluntad, que son independientes del progreso intelectual, o bien, que necesitan de una direccion especial de la inteligencia hácia el fin de mejorar la voluntad. Ahora, esos medios i esa direccion intelectual, es lo que hemos tratado de estudiar en este capítulo.

«El sentimiento i la inteligencia, dice Lastarria, que son las dos fuerzas impulsivas de la libertad del hombre, tienen caracteres diferentes, porque el primero es una fuerza de recepcion, de asimilacion i de adhesion, mientras que la segunda es una facultad de invencion i de produccion. Por consiguiente, ámbas desempeñan diferentes funciones en la vida social: el sentimiento, es, por carácter, estacionario, es el *elemento conservador* en la vida humana, i resiste a separarse de los objetos que han llegado a serle familiares i de los hábitos antiguos; mientras que la inteligencia es el *elemento innovador progresivo*, i trabaja constantemente por mejorar la condicion humana».

Pero yo diria mas bien que la inteligencia, que es la facultad expresiva del espíritu, es la propagadora de las ideas i de los sentimientos, ya sean buenos o malos, que entregada a sí misma puede llevarnos igualmente al bien como al mal, i que es el sentimiento el único que puede servirle de criterio para conocer el mejor de sus caminos; así como el sentimiento, privado de las informaciones de la inteligencia, se estaciona i se corrompe. En efecto. ¿Cuál ha sido casi siempre el tema histórico de los mas grandes hechos humanos? El hombre, abrumado por las injus-

ticias de sus semejantes, por la miseria de su nacion, o asediados por las necesidades i las pasiones urgentes de la vida, bajo el imperio de un sentimiento poderoso, ha pedido a su pensamiento en largos dias o en largos años de meditacion, ideas redentoras i fecundas, inspiraciones atrevidas para conseguir los fines que se propone. El que siente grandemente es el que piensa grandemente. I así se han formado, Moises, los profetas Jesús i San Pablo; Sócrates, Epicteto i Marco Aurelio; Lutero i Calvino; Cromwell i Washington.

El gran poder de la intelijencia es conservar, acumular la ciencia i los sentimientos de los siglos, a fin de condensarlos en esos puntos luminosos del cielo del saber que se llaman grandes hombres i grandes sabios. Es indispensable que llegue el dia en que el hombre se gobierne por la razon pura, tomando de la tradicion sólo aquello que la razon apruebe, pero razon pura no es la razon metafísica i abstracta de Kant, ni la razon pasiva de los positivistas, sino la razon penetrando las profundidades del alma humana, la cual ha de ser alma sensible i moral.

¿Por qué se estancan el catolicismo i el mahometismo? Es cierto que se estancan porque han querido prescindir del desarrollo intelectual. Pero a su vez, ¿por qué se estanca la Roma de los Césares i la Francia de los Bonaparte? Se estancan porque han querido sofocar los sentimientos jenerosos i los instintos fecundos. I es evidente que un órden de sentimientos ha de corresponder a un órden de pensamientos; así como un órden de pensamientos ha de corresponder a un órden de sentimientos.

No hai intelijencia fuera del sentimiento, i las matemáticas mismas existen como ciencia porque el sentimiento se satisface en ellas como en todo lo verdadero. Es cierto que el mundo se gobierna por ideas, segun dice A. Comte, pero esas ideas dominan porque se hallan buenas,

i se hallan buenas porque se sienten buenas; lo que no se siente no existe para el hombre. Es cierto que «son la voluntad del piloto i la ciencia del piloto las que deciden de la direccion en que el buque debe moverse i debe ir», como dice Stuart Mill, citado por Lastarria; pero ese punto final a donde la nave se dirige ha sido elejido en cierta rejion del alma en que la intelijencia i el sentimiento deciden en consejo. I aquí no hablamos de la sensibilidad nerviosa u orgánica, si no de ese sentimiento profundo que es capaz de sobreponerse a las sujestiones de la pasion i del miedo del momento presente, por cuanto en su composicion entran como factores necesarios el imperativo del deber, las aprehensiones de la totalidad de la vida i de la inmortalidad, toda la suma de los sentimientos venideros condensados en el presentimiento. La intelijencia ha de ser sentida, i el sentimiento ha de ser pensado. I es un solemne absurdo el pretender separar esas dos facultades que no son mas que aspectos diversos de una misma cosa. He ahí a los positivistas haciendo una metafísica bárbara.

Tomemos el pueblo salvaje en que, segun Lastarria, domina el sentimiento. ¿Qué sucede allí? El salvaje siente de un modo salvaje, i su intelijencia da una espresion salvaje a ese sentimiento. ¿I qué sucede entónces? Que esa espresion intelectual perpetúa el sentimiento comunicándolo a todos i traduciéndolo en prácticas supersticiosas, a veces horribles. ¿Cómo dice entónces Lastarria que es el sentimiento el conservador? ¿No son las prácticas devotas, los libros místicos o de doctrina, los que perpetúan una relijion falsa? ¿I todo eso no es el fruto de un trabajo intelectual? Luego, la intelijencia, espresando el sentimiento, contribuye a conservarlo i a veces a petrificarlo. El sentimiento se complace en esa conservacion, i por eso se mantiene; pero lo dicho basta para dar por sentado que tanto el sentimiento como el pensamiento

son conservadores o son innovadores, segun las circunstancias, las cuales son creadas casi siempre por una larga serie de acciones buenas o malas que en un momento crítico vienen a ponerse como el coeficiente nulo o poderoso del libre arbitrio, determinador de los destinos humanos.

Los positivistas parecen dar a entender que el destino de la humanidad es ir a parar a ese estado espiritual de la aristocracia china, donde la inteligencia puede moverse ámpliamente en la atmósfera de una sensibilidad muelle i estéril, sin que su movimiento se traduzca jamas por actos atrevidos e innovadores de la sociedad. Pero no es así. La experiencia i la razon demuestran que el desarrollo del ser estético i del ser intelectual tienen que marchar igualmente hácia una intensidad cada vez mayor, i que si la inteligencia ha de ser cada vez mas penetrante, el sentimiento ha de ser cada vez mas exigente. Pensar cada vez mas i mejor, i sentir cada vez mas i mejor, he ahí el fin humano: i al decir que el hombre debe dejarse gobernar por la razon, no debe entenderse que el sentimiento no debe servir de guía a esta última, sino que el hombre debe subordinar sus sentimientos actuales a la consecucion de sentimientos mejores i mas intensos para el porvenir. El fin humano es hacer que lo que se sienta, sea cada vez mas pensado, i lo que se piense, cada vez mas sentido.

CAPÍTULO VI

¿Qué es la libertad? El derecho es el deber. ¿Cuándo se puede decir que un pueblo es libre?

Hai una escuela moderna sumamente respetable que tiene por divisa: «la libertad en todas las esferas de la actividad humana». Pero yo creo que es absolutamente indispensable antes de plantear la libertad, determinar qué cosa es libertad, de un modo científico i absoluto.

¿Cuándo se puede decir que un pueblo es libre?

¿Acaso libre significará la propiedad de poder ajitarse en todos sentidos?

No, ciertamente.

¿Será libre un espíritu porque tiene la facultad de imprimirse movimientos antojadizos i caprichosos?

No, por cierto.

¿Qué es pues, la libertad?

Libertad, voluntad i entendimiento están estrechamente unidos.

I libre sólo debe entenderse de la voluntad libre e intelijente.

Ahora, la voluntad libre e intelijente no se puede comprender sin un fin, sin un objeto. I voluntad libre será la que realiza su objeto, o puede realizarlo.

Pero hai objetos i fines de muchos jéneros: comer, beber, caminar, sentarse, por ejemplo; i estudiar, trabajar, educar, moralizar, son tambien fines de la voluntad.

El hombre se distingue de los demas animales por los fines mas trascendentales o previsores de su voluntad; i los hombres superiores se distinguen del vulgo porque en los fines de su voluntad abarcan un espacio mas vasto de la vida del hombre i de las sociedades.

I los grandes jenios son aquellos que han abarcado muchos siglos de la Historia i aun el dominio de la inmortalidad en sus concepciones i en sus voluntades poderosas.

Hai pues, muchos grados en la voluntad libre, segun sea el alcance de los fines que se propone.

I la verdadera libertad, léjos de ser la de la arbitrariedad i el capricho, debe ser, por el contrario, aquella que tomándose a sí misma por objeto, se eleva al rango de sistema i se esfuerza por ser cada vez mas libre.

I como los factores esenciales de la libertad son la voluntad i el conocimiento, para engrandecer la libertad habrá que engrandecer la voluntad i que engrandecer el conocimiento. He ahí el gran fin humano.

En efecto, segun ántes lo hemos demostrado, ese fin supremo es el acuerdo de la ciencia i de la emoci3n, en el cual la emoci3n (matriz de la voluntad) adquiere toda su variedad i toda su belleza, i la ciencia (directora de la voluntad) se subordina a la vida misma i llega a su grado mas profundo

En otros términos, puede tambien decirse que la finalidad es el ideal i que el ideal es Dios, en el cual el querer i el conocer se identifican en el amor.

La verdadera vida es la que está alumbrada i dirijida por la ciencia; i la verdadera ciencia ha de ser la ciencia de la vida. La astronomía misma ¿no es la vida dilatán-

dose en la inmensidad? El fin de la ciencia es dilatar i condensar la vida humana, estudiando de preferencia los secretos de las relaciones políticas i sociales, porque de ellas emana mucho mas íntimamente nuestro poder estético e intelectual.

Segun esto, un pueblo será libre cuando sus esfuerzos converjen deliberadamente a ese fin supremo, el cual nunca se alcanzará en su plenitud, el cual se verá cada vez mas sublime i mas distante, pero cuya virtud es tan infinita que hace que el mayor bien posible lo hallemos trabajando por alcanzarlo. El bien no es esta o aquella forma inmutable, sino que el bien es la persecucion del bien; el bien es trabajar por el bien, es decir, trabajar por realizar el ideal. I segun hemos visto, la forma sustancial de ese bien es la mayor riqueza de la emocion i su mayor seguridad científica.

Ahora, la experiencia nos demuestra que esa mayor riqueza i esa mayor seguridad de la emocion sólo podemos hallarla en la comprension mas cabal de nuestros semejantes, ya en la historia del pasado, ya en la vida presente, ya en la esfera de las creaciones ideales. En efecto, comprender a los demas i sentir lo que ellos sienten es sentir muchas vidas diversas a la vez unidas en una sola, i es esa unidad estética la que nos procura la mayor potencia intelectual i moral, cuando ha sido bien elegida, sobre todo. La vida social es una perpetua creacion del hombre por el hombre, porque al concebir a los demas, no los concebimos servilmente, sino segun nuestro tipo interior, i entónces la concepcion toma la forma de un juicio. Al concebir; concebimos juzgando, i es este juicio incansable i perpetuo, ejerciéndose sin cesar en todo instante de las relaciones sociales, el que informa, corrige e incrementa el espíritu de los hombres. Ahora, si concebir es juzgar i juzgar es comparar con un modelo, para el mejor concebir tendremos que comparar con el

mejor modelo. De este modo, la vida social tiene, pues, que hacerse una creacion activa, porque al concebir a los otros segun el ideal, evocamos en ellos lo que tienen de mas verdadero i de mejor llamándolo a la vida i a la realidad, i conjuramos lo que tienen de malo i de mezquino i lo hacemos desaparecer.

Segun esto, el deber no consiste en formarnos representaciones exactas de nuestros semejantes, sino concepciones verdaderas, por cuanto la verdad resulta de la comparacion de las cosas con su tipo: es pues, menester concebirlos en presencia del tipo o juzgarlos por el tipo. Porque es el modelo, es Dios mismo, como modelo encarnado en todo espíritu, el creador secreto que se ajita i que obra en todos los puntos del universo espiritual i verdadero.

Luego, si esta es la mayor potencia del querer i del conocer, ella será tambien la mayor potencia de la libertad. I la libertad, considerada de este modo, no sólo es un libre arbitrio, o un simple derecho, sino que es el deber supremo i por lo mismo, un derecho imprescriptible i absoluto.

Segun esto, el pueblo no sólo tiene el derecho de ser libre, sino que tiene el deber de ser libre. I como este deber debe ser casi siempre latente en los inferiores i radiante en los superiores, son estos últimos los que deben inculcarlo como deber i trabajar por su triunfo. Pero ¿quiénes serán los superiores? Es claro, aquellos en quienes ese deber vive de un modo radiante. Uniformar la opinion en este sentido, demostrando que la verdadera superioridad consiste en la comprension mas grande de la humanidad i del individuo, es un deber de todo el que es capaz de elevarse al ministerio de la palabra. El noble concebir no es mas que la caridad, la humanidad i el patriotismo, elevados a su forma científica; i determinar prácticamente cuáles son los ciudadanos mas aptos

para enseñar con ejemplos predominantes esa manera de ser mas grande i mas activa, elevándolos hasta constituir con ellos una aristocracia ejemplar, es el medio mas seguro de arrastrar a los pueblos por el camino de la libertad. Elevar al jenio, al talento i a la virtud al rango de modelos sociales, es no sólo atacar las bastardas ambiciones, sino despertar i alentar nobles aspiraciones. Para importar estos principios sobre la verdadera libertad a la vida práctica de las sociedades, el medio mas conducente i adecuado es el de la calificacion personal: determinar cuáles son las personas en quienes viven esos principios en estado mas activo i mas fecundo, i luego constituir con ellos la primera categoría social, la alta aristocracia del jenio i de la virtud, a fin de presentarlos como modelos superiores i venerables a los ojos de la nacion. Porque si el pueblo los acepta como modelos i como apóstoles, ese pueblo será entónces verdaderamente libre, por cuanto se ha elevado a la consecucion práctica i deliberada de su finalidad superior.

¡Por Dios! ¿Qué cosa mas detestable i corruptora que esas aristocracias de apellidos i de caudales, presentadas como modelo a los pueblos, como ideal a la juventud, como móvil a todas las aspiraciones i a todas las actividades?

Nuestro deber es suplantar esa aristocracia, ciega conductora de ciegos, i que nos lleva a los fangos de Ecbatana i de Roma, por la aristocracia de los hombres de corazon i de patriotismo que son los únicos que pueden señalar a los pueblos la ancha ruta de la libertad objetiva.

Porque la libertad de la avaricia, de la fatuidad i de la opulencia es una libertad estúpida, que la libertad verdadera debe tolerar, si se quiere, pero sin dejarla elevarse a la preeminencia i al dominio.

Porque la libertad verdadera es aquella que satisface

la finalidad mas alta, i por esa razon es un derecho verdadero e imperativo, por cuanto es un deber verdadero e imperativo.

Porque el verdadero derecho ha de ser verdadero deber, i si no es deber no es derecho. No es un deber ser acaudalado i opulento, luego no es un derecho. Toleraremos el hecho por espíritu de indulgencia para presentarlo a la nacion como ejemplo de las degeneraciones posibles de que debe huir, pero de ningun modo permitiremos que se imponga como direccion i como ejemplo. Es un deber ilustrarnos e ilustrar a los demas a fin de hacer de la sociedad el medio mas apropiado para el ejercicio de la libertad objetiva i para la práctica del bien, luego, eso es tambien un derecho. Es un deber combatir i estirpar los ejemplos perniciosos que corrompen la sociedad, despues de someterlos a la libre discusion para calificarlos, luego eso es un derecho, aunque sea un derecho restringido i condicionado. Es un deber trabajar eficazmente por la redencion del pueblo i por el triunfo i la gloria de la virtud, luego, eso es tambien un derecho.

Pudiera creerse que la prensa i la tribuna, la accion i el ejemplo, son suficientes para señalar a los superiores i para elevarlos. Pudiera creerse que el saber se basta a sí mismo como un Dios i que el triunfo le ha de venir por la fuerza misma de las cosas. Pero si el saber no aprovecha sus propios consejos i no los pone en práctica, el saber se anula a sí mismo. Así es que si el saber nos enseña que en todo pueblo la aristocracia que reina es la que decide de su destino futuro i que la aristocracia de los bienes mundanos es un instrumento seguro de ruina, nuestro deber es constituir otra mas lejitima. ¿De qué nos serviría la prensa si no era el órgano del saber, i si, siéndolo desoíamos sus enseñanzas?

Ya me parece oír la protesta que acarrearía la propagación de semejantes máximas i los argumentos contundentes que se les opondrían. I entre otras cosas, la riqueza no es sólo un derecho, se diría, sino que es la condición necesaria de toda grande iniciativa social i política. No fueron esos aristócratas de Virginia con el propietario de Mount Vernon a la cabeza, los poderosos caudillos cuya inteligencia i cuyo valor se elevaron a la concepción mas audaz de los tiempos antiguos i modernos, crearon el mas poderoso i mas bello Estado de los siglos, planteando de un modo imperativo el principio de la libertad i de la justicia como fundamento de toda sociedad?

¿Acaso no fueron los aristócratas de las antiguas colonias españolas los promotores i los fundadores de nuestra independencia i los que proclamaron la República en el continente?

Y en fin, ¿no hemos visto en todos tiempos, como en Roma, como en Esparta, que la aristocracia es el sosten necesario de la libertad i que una vez reemplazada por el populacho, la libertad i la República desaparecen?

A estas objeciones contestaremos en primer lugar, que no pretendemos oponer la democracia cruda a la aristocracia en jeneral, sino la democracia constituyéndose en aristocracia por sus propios sufragios, a la aristocracia de la riqueza o de la familia. Nos referimos, pues, a esa democracia que como en Boston, por la acción penetrante de su prensa se constituye su propia aristocracia, de competencia i de virtud, i que entre nosotros, por causa de nuestra índole i de nuestras tradiciones, es indispensable crear i levantar de un modo mas activo, mas eficaz i mas patente, a fin de neutralizar la acción poderosa de los hábitos adquiridos i de los hechos inveterados.

¿Qué otra cosa queréis ver en los pueblos que recién se levantan a la independencia i a la libertad i donde se

presenta por primera vez la agitacion de un problema tan vasto? Naturalmente, en tales casos sucede que los hombres capaces de concebir i de resolver semejantes problemas son aquellos a quienes la fortuna i la posicion social han dotado de las aptitudes intelectuales ventajosas. ¿Qué queréis que haga la masa del pueblo ignorante sometido a la vida mecánica del trabajo? Seguir a los ricos i nada mas.

Pero no sucede lo mismo con los pueblos adultos donde las grandes ideas se han hecho populares. Acaso son los ricos i los titulados los que han dado la libertad á la Francia i a la Italia? Una vez que la idea ha jermidado en todas las capas sociales i ha informado la jeneralidad de las inteliencias, una nueva aristocracia empieza a surgir por todas partes, i esa aristocracia de los mejores es hoy la que mayor influjo ejerce en la suerte de los pueblos latinos. Esta aristocracia es necesario mantenerla como tal aristocracia, porque ella nos salva del dominio de las chusmas, por una parte, i por la otra, del doble dominio del clero i de los ricos unidos por un pacto tácito para sofocar las mejores expansiones de la libertad moderna.

Es menester no olvidar esos puritanos de Boston, ese deista incomparable que se llama Franklin, esos dos Adams i ese pueblo atrevido que tanto influjo tuvieron en la independencia americana.

¿Acaso no fueron los aristócratas del Sur los mas enérgicos i hábiles defensores de la esclavitud, i no fueron los plebeyos del Norte los que se presentaron al mundo como los héroes de la humanidad i de la justicia, en cuya balanza pusieron el presente i el porvenir mas bello que tuvo jamás pueblo alguno a trueque de vindicarlas?

¿No han sido i no son los ricos de Chile los sostenedores del espíritu colonial, del poder conservador, del man-

tenimiento de la ignorancia i los que se oponen solapadamente a todo progreso moral, bajo el necio pretesto de que el pueblo no está preparado, como si la vida política no fuera una preparacion continua? I como no queremos dar armas a nuestros reales enemigos, nos apresuramos a confesar que a este respecto la ripueza en Chile presenta honrosísimas escepciones i lo mismo sus patricios.

¿No fueron esos ricos de Francia los que levantaron i sostuvieron el 2.º Imperio i no son ellos los que han tenido en continuo jaque a la República?

Pero es bajo el punto de vista de los males sociales como debe ser considerada una desproporcionada riqueza, pues es allí donde se la vé como el ajente mas activo del mal, como el mas grande perturbador de los fines sociales, i por consiguiente, como el mayor enemigo de la libertad racional i objetiva.

¿En qué parte no se oye decir: la libertad hace la libre competencia, la actividad tenaz i la riqueza: todos son libres de hacerse ricos? Pero esto es una injuria; se injuria a la moral, a la razon i al infortunio. En otra parte estudiaremos esta cuestion i pasemos desde luego a conocer siquiera una pájina de ese gran libro de infortunios, de degradaciones i de horrores que produce en la sociedad la gran desproporcion en el reparto de las fortunas.

El culto de la riqueza desnaturaliza i deprava los caracteres. La pobreza no se teme tanto por ella misma como porque es considerada como vergonzosa; es casi una ignominia i el que tiene la desgracia de caer en ella está seguro de ser rechazado de la sociedad. Ya que ese pobre infeliz tiene tantas amarguras que le esperan en su hogar i si nada os pide, ¿por qué no le guardais siquiera las consideraciones que exige la humanidad i la amistad? Es una mengua rozarse con el pobre como

es una honra rozarse con el rico; i el pobre avergonzado mira su propia miseria como un oprobio. Cómo no combatir entónces a capa i espada por conseguir esa riqueza que redime de la ignominia i que nos colma de honores. Luego, si la riqueza tiene un significado tan grande, es lo mas lójico del mundo que el que la posee la guarde como un avaro i desoiga los clamores que lo asedian. Lujo, indolencia, codicia insaciable, subamos arriba hácia los que pueden darnos, huyamos de los que pueden perdernos. El culto de la riqueza, no sólo produce los dolores de la miseria, sino que hace a los hombres desnaturalizados i feroces, i a los desgraciados mas amarga su desgracia.

¿De dónde proviene ese espíritu de dureza i de indolencia para con el prójimo, esa reserva de los amigos, esas luchas de los parientes, de los hermanos, de los hijos, esas desnaturalizaciones escandalosas del corazón humano, ese terror de la miseria que nos torna indolentes i crueles, avaros i pérfidos? ¿Sabéis de donde viene ese séquito horripilante de degeneraciones en la clase media i de crímenes en la clase pobre? Eso viene ni mas ni ménos del dogma de la respetabilidad de la riqueza, i de las dificultades sociales, morales i económicas que ese dogma origina. Caer en la pobreza es no sólo el hambre i la enfermedad, sino que es la humillacion, es el ultraje, es el desamparo de la misericordia i de la justicia. Por otra parte, qué felicidad si llegamos al paraíso de los de arriba, donde gozaremos de la serenidad celeste. De ahí ese desenvolvimiento degenerado i feroz de los caractéres, ese vacío inmenso del alma, esas amplitudes huecas, ese culto de las exterioridades i de las fórmulas. De ahí esa cadena de episodios horribles en la historia de los pueblos, esas iniquidades que aterrorizan i que hacen invocar un juicio final; esos dolores i esos goces infernales que hacen invocar un infierno.

De este modo los fines individuales pervertidos no tardan en pervertir los fines políticos, i ese deber santo de la libertad se convierte en el deber infernal de monopolizar las comodidades de la vida con los de arriba, aplastando la muchedumbre de los de abajo.

Luego, si queremos escapar de esa ruina, es indispensable constituir una nueva aristocracia legal i política, creando clases escogidas, elejidas por el pueblo primero i por ellas mismas en seguida. Porque de este modo, si surgen muchos hombres indignos, se pone, no obstante, a la sociedad en camino de una nueva i fecunda actividad que ha de ejercer cada vez mejor, elevándose así a los fines objetivos de la libertad.

Hablais de las repúblicas antiguas. Pero esas repúblicas murieron porque se fundaban en una aristocracia rapaz, representante de la injusticia, i esto mismo nos sirve de argumento. Es mui cierto que sin aristocracia i sin categorías sociales no puede haber sociedad duradera i progresiva; pero esa aristocracia, para que sea garantía de paz i de desarrollo debe nacer de la misma noción de República, i como esta noción, informada por el ideal, no puede ser mas que la noción de la fraternidad i de la amistad progresivas, es claro que la aristocracia debe componerse de los hombres que representan de una manera mas alta i mas pura esos principios; i las repúblicas antiguas vivieron mientras estas ideas influyeron en la formación de sus aristocracias.

Pero ¿a qué comprometer el porvenir con innovaciones audaces? ¿No vamos bien como vamos? ¿Por qué salir de la gran ruta abierta por los Estados Unidos, i por qué no seguir las huellas de ese Moisés de la libertad? Prudencia! *Chi va piano va sano*, dice el proverbio, i repetirán los hombres prudentes de estos tiempos.

Pero es el caso que nuestro temperamento no nos per-

mite vivir como los hombres del Norte. Nuestra vida es intermitente, i se condensa en los grandes momentos para caer de nuevo al reposó, i cuando no corremos nos paramos. I en este ritmo obligado de nuestro progreso, o tenemos que ser mucho mas que los Estados Unidos, o tenemos que ser mucho ménos.

Ademas, las circunstancias sociales i políticas de nuestra América son trascendentales, casi abrumadoras, exigen esfuerzos poderosos, i nuestra responsabilidad tiene algo de formidable. ¿Cómo impulsar esta América desamparada en la vía de sus grandes destinos, i cómo iniciarla en su altísima mision histórica? La empresa es colosal, i para consumarla necesitamos dotarnos de fuerzas colosales, La Europa i el mundo entero están dispuestos a ocupar el lugar que nosotros dejáramos vacante por nuestra abdicacion, i si no nos elevamos al cumplimiento de nuestros grandes deberes, nuestro gran destino será frustrado, i otras razas vendrán a ocupar esta tierra prodijiosa que el Creador nos diera en patrimonio.

Las cosas vendrán por sí mismas i a su tiempo, dice el vulgo, ¿a qué comprometer las ventajas de las conquistas futuras anticipándolas? Pero con ese principio nada de bueno se habria hecho en el mundo. Si no estamos preparados para tan grandes cosas, es menester que nos preparemos con la propaganda primero, con los hechos en seguida.

La verdad se defiende por sí misma, dicen algunos, la verdad está armada como Minerva i lleva en sí misma los instrumentos de su victoria: así dice el vulgo i cree decir mui bien i reposa. Pero es lo cierto que si la verdad no lleva consigo como una de sus categorías necesarias la actividad o la enerjía, la verdad está entonces como una Minerva desarmada, a merced del primer dioscecillo que quiera derrocarla. La verdad debe, pues:

presentarse como el contenido de la libertad activa. I ademas, no sólo debe contener la actividad como categoría, sino como ciencia de actividad o como sistema de actividad que se aumenta indefinidamente. No basta al piloto dirigir una buena nave si carece de la carta jeográfica i de la ciencia para hallar su itinerario, como de la enerjía necesaria para luchar i transijir con los vientos, buscando siempre su mismo rumbo.

CAPÍTULO VII.

El medio económico i la libertad.—Mecanismo de la riqueza.—Sofismas de los adoradores de la opinion.—Nueva aristocracia.

Hai un cómodo i fácil optimismo que pretende hallar todos los bienes posibles en el progreso natural de lo que existe, tal como existe, en el culto de la opinion, en el desarrollo del poder de esa opinion, embelleciendo artificialmente sus fines i encomiando su espíritu, i haciendo un ideal que deje tranquilos i contentos a todos: al rico como rico, sin que tenga necesidad de sacrificarse en nada; i al pobre como debiendo fácilmente colocarse en estado de enriquecerse, o de mejorar, por lo ménos, cada vez mas de condicion. Pero esto es un sofisma disimulado. Pues si todos son ricos, ya no los habria: habria mediocridad en las fortunas. I si hai grandes i pequeños ricos solamente, sucederia una de estas dos cosas: si siempre subsistia la misma desproporcion en los haberes (porque los grandes ricos eran demasiado ricos), los primeros seguirian siendo como ahora, los amos de los segundos; i si no habia ya esa gran desproporcion, los grandes ricos no serian tales mas que en el nombre. En esta hipótesis consideramos el mundo en su totalidad.

¿Cómo quieren hacernos creer que es posible que el rico conserve toda su opulencia sin que el pobre tenga que conservar toda su miseria? Es cierto que la humanidad se hace cada vez mas productiva i mas rica i que la miseria tiene que disminuir sin que la opulencia disminuya necesariamente; pero, como, segun hemos visto en otro capítulo, el mayor mal que origina la gran desproporcion de la riqueza no proviene de ella misma sino del culto que se le rinde i del desden que acompaña al pobre, siempre ha de subsistir el problema que nos ocupa en toda su crudeza, sobre todo si se tiene en cuenta que las exigencias i las codicias aumentan sin cesar. Además, la cuestion económica tiene un proceso necesario. Mientras los grandes señores necesitan para su servicio directo o indirecto la inversion de fuertes capitales, la ocupacion de muchos brazos i el consumo de una gran fuerza espiritual (todo sacado de la masa comun de las fuerzas productoras), es indispensable que la tierra, los brazos i el espíritu produzcan mucho ménos de lo que deberian producir en bien del mayor número. Y como la poblacion aumenta en proporcion del mejoramiento de las condiciones sociales, esta enerjía libre de reproduccion creciente, por una parte, i esa ausencia o perversion de una gran parte de las potencias productoras, por la otra, tienen que seguir trayendo periódicamente el mismo conflicto de la miseria, i aunque las esterioridades que ésta revista, serán cada vez ménos repelentes, sus consecuencias morales serán cada vez mas desastrosas.

Otra cosa: a los optimistas que a este respecto nos muestran el ejemplo de la Europa i de los Estados Unidos, es menester responderles que la Europa i los Estados Unidos deben considerarse como la aristocracia del comercio, la cual impone su dominio feudal del comercio i de la riqueza al resto de los pueblos. Esa aristocracia relativa vive a espensas del trabajo desproporcionado de

los demas pueblos. I si todo el mundo fuera Europa i Estados Unidos, entónces se veria la universal aplicacion de esta disyuntiva: o la medianía universal, o la miseria por un lado i la opulencia por otro, o bien, los matices intermediarios entre ámbos términos.

La desproporcion de la riqueza está sujeta a estas leyes: 1.º El pauperismo no puede permanecer constante mientras no llegue a su máximo, el cual está marcado por la resistencia física del individuo miserable i por sus recursos morales e intelectuales.

2.º En efecto: si hai miseria es porque sobran brazos, i como las exigencias individuales van en aumento en la clase obrera, la miseria relativa aumenta, el obrero tiene que estrechar el círculo de su beneficencia en el hogar, i esto hace que la oferta de brazos aumente, i por consiguiente, que el salario baje; esta baja obliga al trabajador a trabajar mas para seguir ganando lo mismo, i esta es la causa tambien que produciéndose el mismo trabajo con ménos trabajadores, la oferta de brazos aumente. Esta nueva oferta sigue haciendo bajar el salario i aumentando las horas de trabajo, hasta que este descenso llega a un máximo en que el hombre no puede trabajar mas ni puede exigir mas de su abstinencia. La enerjía de reproduction disminuye, la mortalidad aumenta i el máximo de la miseria ha llegado.

3.º De modo, que para que la miseria no aumente ni tampoco llegue a su máximo (máximo mui indeterminado), es menester que disminuya o por la disminucion de las horas de trabajo, o por la difusion de la moral o del ingenio económico i productor, o por la imposicion de un principio mas alto de moralidad a los ricos; o en fin, por la emigracion, la cual no siempre seguirá siendo una solución al problema del pauperismo, pues al fin las tierras incultas i baldías escasearán mucho,

Esta misma emigracion es tambien una de las causas

principales que mantienen en Europa en estado de tregua la cuestion del pauperismo. A esa causa debe agregarse la gran riqueza acumulada por su predominio intelectual i económico, los hábitos de economía i de templanza impuestos por una larga serie de calamidades, i un gran caudal de ciencia práctica, con cuyo auxilio convierte los capitales en fábricas, en industrias; cada una de las cuales vale por un gran territorio que alimenta millones de hombres, aguzando su ingenio i haciendo de cada espíritu un explorador de continentes nuevos en los mares de la inventiva intelectual. La emigracion i el predominio económico de la Europa esplican pues, cómo puede existir en ella esa gran riqueza por un lado sin que haya una gran miseria por el otro. Pero, en cambio, los productos que nos vende, aunque mejoran exteriormente la manera de ser de la clase pobre, despertando el refinamiento i estimulando el lujo de la clase rica, hace mas hondo el abismo que separa esas dos clases, hace mas exigente a la pobreza i mas exigente a la riqueza, mas crudo su antagonismo, mas tirantes sus relaciones.

Los medios que indicamos para la disminucion de la miseria tienen un caracter contingente, si no se hacen dimanar de un principio mas enérjico i absoluto, el cual podria ser un cambio en los principios constitucionales del Estado, o bien, un cambio de relijion que impusiese a los ricos deberes mas eficaces i mas humanitarios i diese a los pobres una nocion mas activa i mas enérjica de sus derechos, manifestándose al exterior con la severidad de la dignidad ofendida, o por justas reclamaciones, i aun, por el desprecio hácia los ricos i hácia el clero, culpable de complicidad o de negligencia.

Pero es menester entrar mas adentro en el estudio de esta cuestion.

La clase rica es poderosa, tiene sabios a su servicio, i ademas como el mayor consumo de libros hace al escritor,

i como la clase rica puede establecer a voluntad la demanda de los libros de su gusto, ha resultado que los malos i serviles libros han invadido las sociedades i han difundido los preceptos de una ciencia absurda creando una opinion estraviada, pero pedantesca, desdeñosa i tiránica. En fin, cuenta con el poderoso auxilio de la religion.

Pero he aquí algunos de esos preceptos de ciencia absurda a que aludimos.

1.º La acumulacion de la riqueza i la exhibicion de los goces que ella procura es un estímulo poderoso para todas las actividades: todas se afanan en el estudio i en el trabajo, i de esa emulacion saludable de enerjías converjentes al gran fin social de la riqueza, nacen los prodijios del arte i de la industria que asombran al mundo i que hacen la grandeza de la humanidad.

2.º El lujo obliga al acaudalado, a esparcir su tesoro en todas las corrientes de la actividad económica, en vez de conservarlo improductivo: así, la semilla de la riqueza vuelve a sembrarse sin cesar i sus frutos van a proporcionar el alimento a millares de industriales i de obreros.

3.º El predominio de las clases ricas, mas o ménos directo, en el gobierno de un país, no sólo es una garantía de orden público, no sólo lleva a la administracion los hombres que en una larga seleccion social han dado pruebas de un talento mas sólido, sino que tiene tambien la gran ventaja de obrar a la manera de esos específicos maravillosos que estimulan i calman al mismo tiempo i que son los tónicos mas seguros e infalibles: por un lado dejan al obrero i a las otras clases militantes de la vida económica todo el tiempo i toda la tranquilidad que tanto necesitan para el ejercicio de su actividad intelectual i material; i por otra parte presentan a los ojos del pueblo el espectáculo de la riqueza que persigue en lo que tiene de mas seductor i glorioso. Ved la Inglaterra.

4.º Es menester difundir la instruccion popular como

una garantía de orden i de moralidad, de economía i de mejoramiento en el trabajo. Así comprenderán los demagogos que el régimen del orden se armoniza con la emancipación del pueblo.

5.º Una eficaz opinión pública rejida por hombres sensatos es el mejor correctivo contra las excentricidades peligrosas de los innovadores exaltados, la mejor disciplina de las costumbres, el mas hábil censor de la inmoralidad i de la intemperancia; ella penetra i corrige todos los reactivos i los disolventes mas secretos de la vida social; i en fin, ella es el vasto anfiteatro donde descuellan justamente el jenio, la virtud i el talento. Bajo su imperio, las elucubraciones vacías i fantásticas de la estravagancia, los conatos de los innovadores audaces i de los pensadores de una orijinalidad excéntrica i malsana quedan reducidos a sus verdaderas proporciones i obligados a entrar en la senda de la moderación i de la enmienda, o avergonzados de sí mismos, se retiran a una especie de soledad o de destierro. El orden sigue así imperando, i esa paz fecunda i activa es como el fuego secreto que anima la naturaleza, ó como el astro del día que se levanta majestuoso sobre la creación pacificada. He ahí el orden. He ahí la libertad.

6.º En fin, la riqueza es la creadora de esas maravillas de la industria humana, con cuyo auxilio se multiplican las comodidades i el bienestar de todos: el hombre atraviesa los continentes con la rapidez del ave viajera i su palabra camina de un mundo a otro con la rapidez del rayo.

Comentemos a la lijera estos principios.

Si la riqueza i los goces que ella procura deben ser el gran resorte que mueve a la sociedad, ¿en qué nos diferenciamos de los lidios, de los babilonios, de los dejenerados romanos de la decadencia i de todos los pueblos que han entrado en la pendiente de la ruina? Ningun pue-

blo se disuelve por falta de amor al lujo i a la riqueza, i al contrario, todos los pueblos que pasan a la putrefaccion de la Historia descuellan por el apetito desordenado del lucro, de la opulencia i de la sensualidad. Apenas nacemos a la vida i ya quereis arrojarnos a la gehenas de la decrepitud i de la disolucion? En vez de presentar a nuestros nobles anhelos el ideal esplendente de un nuevo mundo de verdad i el evangelio de la alta mision histórica que nos señalan los pensadores, nos presentais el cáliz emponzoñado de la putrefaccion i de la muerte.

Los Estados Unidos no se engrandecen por el amor a la riqueza, sino porque tienen bastantes virtudes para neutralizar sus estragos.

La riqueza moral tiene la virtud de multiplicarse tanto mas cuanto mas totalmente la posee cada uno. Cuanto mas se consume mas aumenta. Un noble sentimiento se incrementa difundiéndose, i se hace tanto mas poderoso cuanto mas se difunde. Lo mismo sucede con la ciencia. Pero con la riqueza material sucede todo lo contrario: mientras mas tengan los unos, ménos tendrán los otros.

I si este principio se encuentra modificado en muchos paises, donde se ve que la riqueza de los unos aumenta sin disminuir la de los otros, i aun aumentándola, esto depende de las causas que ántes hemos señalado, i tambien de que la vida económica de esos pueblos está saturada del espíritu jeneroso de la ciencia i de la moral, aunque este espíritu esté subordinado a los fines materiales. Los grandes principios que emanan de la ciencia i de la esperiencia, aunque se les subordine indebidamente a los fines temporales, se pueden considerar como la esencia de virtudes disimuladas que difundida en la sociedad produce a veces virtudes efectivas, i casi siempre sirve de enmienda a los efectos desastrosos del lujo i de las codicias desordenadas. De modo que, al fin de cuentas,

es siempre la riqueza moral la que produce el bien i la que modera el mal.

I la cosa no puede pasarse de otro modo. En efecto: consideremos, para mayor claridad, todos los pueblos del globo como un solo pueblo productor i consumidor. Las dos fuentes de riqueza material son la tierra i la industria, o bien, la materia i el espíritu.

Es evidente que cada trabajador tiene derecho a una cantidad de riqueza producida proporcional a la cantidad de energía que invierte en la producción. Donde esta proporción falta, la miseria empieza.

Vamos a demostrar que los ricos, con o sin conciencia de lo que hacen, falsean la proporción, la eluden, manejando a su antojo las fuerzas productoras, i dirigiéndolas a fines contrarios a los intereses del obrero. En efecto: si el pobre tuviera voz i voto en la determinación de los fines industriales, optaría necesariamente porque las fuerzas productivas se dedicaran a la producción de artículos de primera necesidad, al menos en una parte proporcional a las necesidades, aunque no fuera proporcional al número. ¿Qué sucedería entonces? Es claro: que produciéndose menos objetos de lujo, esas fuerzas intelectuales i físicas que antes se consagraban a su producción, se consagrarían a la producción de artículos de primera necesidad, los cuales tendrían que bajar de precio por su abundancia; i esto haría que el pobre ganase mas trabajando menos, i dedicando sus horas de ocio al cultivo de su espíritu, podría llegar al fin al rango de pequeño industrial. Porque una disminución de miseria tiene que traer otras disminuciones sucesivas cuando se funda en un principio social.

Pero nada de esto sucede. El pobre no tiene voz ni voto en la dirección de las fuerzas productivas. El rico dirige esas fuerzas a su voluntad i dirige una parte desproporcionada de ellas a la producción de objetos de lujo,

lo cual hace escasear i subir de precio a los artículos de primera necesidad, aumentando la pobreza del pobre i la riqueza del rico, porque es evidente que un aumento en el valor de los artículos indispensables a la vida equivale a una baja intrínseca del salario, aunque su valor nominal sea el mismo, porque el alza de esos artículos importa un alza en el rendimiento de las tierras del rico, i porque tambien es evidente que la pobreza aumentada, aumenta la oferta de brazos.

Aquí consideramos la totalidad del mundo como un solo agente consumidor i productor.

Resulta, pues, de lo dicho:

1.º Que en la remuneracion de la mano de obra entran dos factores: el valor nominal del salario i el precio de los artículos de primera necesidad. Si éstos suben de precio, permaneciendo el salario el mismo, nominalmente, el salario baja en una cantidad proporcional, intrínsecamente.

2.º La produccion de artículos de primera necesidad depende de la suma de fuerzas i elementos físicos e intelectuales que se dedican a su produccion, i el precio de esos artículos dependerá de su abundancia.

3.º Si el lujo absorbe una gran cantidad de esos elementos i fuerzas, es claro que aquellos artículos se producirán en menor escala i su precio subirá, lo cual hará que baje el valor intrínseco del salario.

4.º Si el salario baja, el pobre tendrá que trabajar mas horas al dia para ganar lo mismo, o bien, habrá muchos individuos (niños i mujeres) que tendrán que trabajar como obreros para vivir. Este aumento en la oferta de brazos hará bajar los salarios. I esta baja de los salarios aumentará las entradas del rico; i este aumento de riqueza aumentará el lujo. I este aumento de lujo, absorbiendo una cantidad mayor de fuerzas i de elementos productores, disminuirá en la misma cantidad la suma de fuerzas

i de elementos productores de los artículos de primera necesidad, los cuales, escaseando i subiendo de precio, esta alza vendrá a redundar en una nueva baja intrínseca del salario; i así hasta que la humanidad no pueda mas, i un incremento excesivo de mortalidad se encarga de mantener esa última forma de la piedad divina contra la impiedad humana.

De modo que así como la miseria enjendra i aumenta la miseria, el lujo a su vez, enjendra i aumenta el lujo. I ademas, el lujo aumenta la miseria i la miseria aumenta el lujo.

La miseria es un abismo de dolores en cuyo fondo hai una luz infernal que hace estremecerse de júbilo a ciertas almas satánicas. De las altas presiones de ese caos de corrupcion i de duelo resulta una llama fatídica donde se calientan los poderosos del mundo.

He aquí en su verdadera desnudez el famoso principio de que el lujo fomenta la riqueza pública. Es evidente que el rico ha de tener que alimentar a los trabajadores que le producen los elementos de su lujo, pues si no los alimenta no trabajan i no tiene lujo. Pero suponed que no haya lujo, ¿qué harán el capitalista i el propietario, el uno con sus capitales, el otro con sus tierras? Es claro que si el lujo no consume tendrán que producir objetos de primera necesidad. I como habrá mas elementos, mas brazos i mas inteligencias al servicio de esta produccion, resultará que se producirá mas trigo i mas tocuyo, por ejemplo, i que estos artículos, bajando de valor por su misma abundancia, están mas al alcance de todos los pobres. De aquí una baja progresiva en todos los artículos de primera necesidad, que traeria consigo 1.º el desahogo del pobre, la disminucion de sus horas de trabajo i la facilidad de instruirlo; 2.º la facilidad de las pequeñas economías i la formacion de pequeños capitalistas; 3.º como debe suponerse que esta ausencia de lujo provie-

ne, no de una decadencia del espíritu humano, sino de una elevacion de los fines espirituales, la actividad aumentará léjos de disminuir, i la ignorancia de las comodidades del lujo, unida a la ilustracion impuesta por la educacion obligatoria, traeria consigo el mayor desprendimiento del rico i la formacion de pequeños propietarios, a lo cual ayudarian tambien los hábitos de economía i de temperancia impuestos por esa misma educacion; 4.º la escasez creciente de la mano de obra traeria consigo la progresion creciente del bienestar jeneral, la nivelacion progresiva de las fortunas i la emancipación gloriosa del pueblo i la redencion de ese crimen disimulado i sordo que se halla como contenido en la excesiva desproporcion de las fortunas.

Es verdad que aquí hemos considerado la tierra entera como un solo agente productor i consumidor; pero ¿qué sucederia si considerásemos los intereses económicos de cada pais separados de los intereses de los demas? Es evidente que las condiciones que determinan el coeficiente de la miseria cambiarian segun los paises; pero el término medio de todos los coeficientes particulares vendria a ser el mismo que resulta de considerar la tierra entera como un solo agente económico; i en todas partes se veria siempre obrando en diversas condiciones la misma lei que hemos indicado: que el lujo aumenta el lujo, aumentando la miseria, i que la miseria aumenta la miseria, aumentando el lujo.

Ya hemos visto en otra parte cuáles son las consecuencias de dar el predominio político a las clases ricas i cuál es el uso que hacen de su sólido talento. I acabamos de ver cuán corruptor es eso de presentar a las aspiraciones de todos el triunfo i la gloria de la riqueza como el fin mas digno de ambicion. I en cuanto al orden que su predominio nos trae, eso no es el orden, es el silencio mortal cubriendo en su sombra los desórdenes mas

profundos de la vida social, la descomposicion de la muerte i la putrefaccion de los sepulcros.

La Inglaterra ha reclutado sus mejores caudillos políticos en las filas del pueblo, renovando con ellos las arruinadas filas de su vetusta aristocracia, que de otro modo estaba condenada a la decrepitud i a la muerte. La Inglaterra se salva a pesar de la desproporcion de la riqueza valiéndose de recursos que son como el término opuesto de la riqueza, tales como el talento i la virtud.

¿Qué diremos de ese programa de instruccion popular proclamado por el partido conservador o por su órgano pedagógico que es el clero? Muchas palabras, i nada mas. Todo se reduce a la planteacion de algunas escuelas en los lugares mas visibles, en los grandes centros, con el esclusivo objeto de hacer de ellas una ámplia ostentacion, un tema de declamaciones i de recursos oratorios. ¿Qué vemos en los liceos fundados por el clero i su partido? Son el albergue casi esclusivo de los hijos de las grandes familias que deben asegurarle mas tarde un influjo en el gobierno; allí no tiene entrada el pobre: planteles de esclavos, esos acólitos del clero salen de ahí repitiendo el vocabulario de la servidumbre social i de la estirpacion del pensamiento. Su boca está llena de esas frases sonoras i vacías, acumuladas por esa astuta Iglesia militante, en su larga serie de asechanzas i de disfraces, contra los entusiastas de la razon i de la libertad. Salen de ahí trayendo el talento del Evangelio envuelto en el trapo i proclamando al Dios severo e inícuo *que toma donde no ha puesto i cosecha donde no ha sembrado*. Por miedo al infierno, esconden en el hoyo de su sordidez i de su egoismo el talento sagrado del Evangelio, el cual es el fuego divino que anima a la razon i remueve sin cesar la vida de los hombres i de los pueblos. En esa parábola, Jesucristo proclamó la iniciativa individual i la libertad innovadora de la razon. Pero los nuevos fariseos i sus

discípulos aparecen en el mundo predicando el terror del infierno, la obediencia pavorosa i ciega, i la paralización del pensamiento como el mejor culto que puede rendirse al Dios implacable, sepultando en los rincones del espíritu la vida intelectual, libre i creadora, que es la herencia magnífica que traemos al venir al mundo a fin de que la aumentemos con el trabajo.

¿I cuál es el rol que desempeña esa opinion artificial que hoi domina? En materia de jenio, de virtud i de estatura moral ¿qué es lo que ha pretendido en épocas recientes i lo que ahora pretenderia si pudiera? Es algo como el lecho de Procusto: impone su mediocridad como lei o mutila al desgraciado que tuvo la suerte de tener mas amplio su cerebro. Siempre la hemos visto persiguiendo al jenio con sus sátiras emponzoñadas o con sus odios sin perdon. Hasta el niño es perseguido i victimado i embrutecido por ese mismo espíritu.

Segun la falaz e interesada doctrina de los rejentes de la opinion, todos los grandes hombres que han dotado a la humanidad con una nueva enerjía deberian ser calificados de escéntricos, insensatos i subversivos. Todos los grandes bienhechores del mundo, con Sócrates i Jesus a la cabeza, no serian, segun eso, mas que visionarios, perturbadores del órden público, i deberian ser relegados al desden o al ostracismo social. Acaso no fué esa pérfida opinion pública, rejentada por la aristocracia de la fortuna la que condenó a Sócrates a la cicuta, i a Jesus al suplicio de la Cruz? ¿No fueron ámbos acusados por los pretendidos sostenedores del órden público, de amotinar la plebe, de engañar al pueblo, de seducir la juventud i de atentar contra ese órden supremo de los dogmas relijiosos?

J. Stuart Mill, en su libro sobre la libertad ha refutado victoriosamente a los enemigos de la orijinalidad. Por ahora nos limitaremos a copiar dos palabras de G. de

Humbolt, citadas por el autor ingles que mencionamos. «El gran principio conductor, dice, hácia el cual converjen todos los argumentos desarrollados en estas páginas, es la absoluta i esencial importancia del desarrollo humano en su mas rica diversidad».

Donde falta una educacion previsorá i adecuada, es lo mas natural que la oriñinalidad dejenere en estravagancia; pero si toda oriñinalidad se sofoca al nacer, es evidente que así se sofocan tambien los grandes jenios del porvenir.

¿Qué cosa mas lamentable que la direccion mecánica i uniforme que se imprime a la educacion de la infancia i de la juventud? Se principia por falsear el sagrado criterio de la verdad, que es distintivo del alma humana, inculcando de un modo implacable en el tierno cerebro del niño, la verdad de lo absurdo, la veracidad de la impostura i la respetabilidad de la paradoja. El sofista está hecho. I en seguida, la nivelacion mecánica del ser estético acaba la ruina del hombre que llevará el sofisma por modelo de verdad i al Dios absurdo i feroz por modelo único de la belleza.

Pero el niño es sagrado. Al ver ese rostro ávido de belleza i de verdad, el alma se llena de una esperanza inmortal. Los cielos moran en esa alma anjélica de cuyo seno podrian salir un dia las emociones divinas que reñerán mundos. Misterio inmenso i venerable! Promesa infinita hecha a los hombres. Oferta de redencion renovada todos los dias de la vida en el seno de las madres i que el hombre del orgullo arroja i desconoce. El niño divino se cambia en el hombre imbécil. I todo se ha perdido. Una pedagogía mecánica i sin ciencia del hombre; ¿qué riqueza puede esplotar en esas almas infantiles? ¿Qué jenio incipiente puede adivinar i cultivar cuando ignora qué cosa es jenio, qué cosa es grandeza espiritual i cuando cree que todos los jenios deben fundirse en el mismo molde?

La opinion i la educacion se acuerdan en este punto. Como el hombre de la riqueza i el hombre de la economía, que son los principales factores de la opinion, son espíritus unilaterales i sin libre expansion, han de repudiar, necesariamente, todo indicio de riqueza i de diversidad espirituales. Pero, consagrando, por el contrario, la diversidad de los jenios i elevándola a principio cardinal de educacion, si era mui posible que resultaran de ello muchas orijinalidades chocantes e infecundas, en cambio, es seguro que saldrian grandes hombres, nobles caractéres, pensadores profundos.

Por último, ¿qué sacamos de las imponentes maravillas de la industria, si el espíritu humano para quien fueron hechas i que es quien debe gozarlas, decae incesantemente, se deprava cada día mas, se achica i se oscurece sin cesar? ¿De qué me sirve un gran palacio si tiene la májia de convertirme en reptil humano, en una cueva de mármol? Yo preferiria una choza que me trasformara en labriego. ¿De qué me sirve el telégrafo si sólo alimenta las vanas curiosidades de un hombre pueril?

Nadie podrá decir que por sí sean malos los progresos de la industria; pero son un objeto de perversion cuando se toman como agentes i como fines predominantes de la vida pública; porque entónces ellos hacen olvidar que hai en el hombre principios mucho mas eminentes e inmutables que son los que deben constituir su felicidad verdadera i que han sido, en resúmen, los principales motores que han impulsado al hombre a la investigacion i al hallazgo de esos secretos científicos e industriales que ahora pretenden suplantarlos. Por eso dice Jesucristo: «Buscad el reino de Dios i su justicia, i lo demas se os dará por añadidura».

Luego, la aristocracia del oro aunada con la teocracia viene a ser, en el fondo sombrío de las cosas, la causa primera de los males sociales que nos aquejan, i por lo

tanto, es un santo deber el suplantarla por la aristocracia lejitima de los hombres de corazon i de talento, libremente elejidos, no por la masa, sino por los hombres emancipados de la tutela del rico, artesanos, pequeños i medianos industriales i comerciantes, hombres de profesiones libres; para lo cual es menester cambiar radicalmente la carta constitucional. Es claro que a una tentativa semejante no dejarian de argüir los modernos aristócratas que esas eran locuras sin precedentes en la Historia, i que habrian de traer consigo feroces revoluciones.

Pero la República democrática i otras grandes cosas tambien han sido locuras segun el parecer de la aristocracia rica o titulada. I en cuanto a eso de revoluciones, tanto valdria decir que nos amenazan con hacerlas. Pedro i sus hermanos tratan de partirse; los otros quieren partir iguales; pero Pedro dice: no estamos preparados aun para esos rigores de justicia, dejadme tomar a mí la mejor parte i dejaos de bromas. Los otros sostienen que están preparados para gozar de la justicia; pero Pedro responde: haced la prueba i vereis lo que sucede.—I bien, ¿qué sucederia?—Que os abofeteo i os despojo por ineptos e insubordinados. Ya lo veis, los tiempos de la justicia no han llegado todavía, no estamos preparados.

En vista de los graves inconvenientes que se presentarian para la creacion constitucional de esta nueva aristocracia, seria conveniente restringir el sufragio, rodearlo de condiciones severas, tales como no concederlo a los que tienen que vivir de salarios serviles, i exigir de todo elector la cesion de una pequeña parte de su renta superflua en beneficio de la instruccion popular, determinando ántes cuál es la renta necesaria para cada miembro de la familia. Así, el pobre quedaria exento de esa contribucion i los ricos pagarian cómodamente una gruesa suma que serviria para la redencion definitiva del pueblo.

La mejor objecion que pudiera hacerse contra las con-

clusiones que preceden seria la siguiente: La seleccion natural ha hecho que los poseedores de las grandes fortunas, sean, por su talento i por sus dotes bien equilibradas, los mas aptos para conservarlas e incrementarlas, constituyéndo así los órganos mas vitales de la economía pública. Si esa riqueza se saca de sus manos i se entrega de cualquier modo a los ineptos, se abrirá necesariamente, la era de los despilfarros, i las naciones vecinas, obligadas a la nuestra por el comercio, se enriquecerán a nuestras espensas, sumiendo en la miseria i en la insolencia a toda la nacion. Ademas, debéis contar con que los impuestos excesivos pondrian en fuga una gran parte de los capitales que irian a hacer la riqueza i la actividad de otros países.

Este argumento es valioso, por cuanto se funda en el gran principio de la libre seleccion. Pero acaso ese mismo principio no obraria con mas eficacia de otro modo, i no podria conciliarse con una distribucion ménos desproporcionada de la riqueza? En efecto, una vez obtenida esa mejor distribucion, ¿no se encontrarian en la muchedumbre favorecida, muchísimos pequeños talentos i temperamentos económicos, que si no tenian facultades para economizar millones, las tendrian para reunir unos pocos miles? Indudablemente, que esos mismos que hoi economizan unos pocos pesos i que viven de su modesto trabajo, economizarian entónces algunos miles. I así, en vez de unas pocas i grandes fortunas, habria muchísimas medianas; lo cual regularizaria las crisis económicas.

Pero la contribucion que indicamos, i que no seria obligatoria, no iria tan léjos en sus efectos. Siempre dejaria subsistir grandes fortunas; i en cuanto a eso de emigrar, ¿no seria mucho mejor hacer salir fuera del país las avaricias desenfrenadas?

I estas observaciones son de poco valor al lado de la gran consideracion que hemos espuesto como fundamen-

to de estas ideas: es menester derribar de su altar el ídolo de la riqueza, cuyo culto ocasiona tantos estragos en la sociedad, deteriora i deprava los caracteres, origina tantos dolores i vergüenzas, i acelera la ruina de las naciones.

Talvez sea esta la ocasion de señalar un error del ilustre Lastarria. Al clasificar las esferas de la actividad social señala la esfera industrial en globo, sin entrar a descomponerla en sus elementos necesarios: capital i trabajo, propietarios i proletarios; como si creyera que lo positivo en esta esfera es la produccion de la riqueza jeneral i no la produccion del hombre, i sin considerar que la experiencia nos demuestra en todo tiempo i en todo lugar que las otras esferas de actividad, moral, política, religiosa, etc., son impotentes dentro de sí mismas para arrancar al trabajador de las consecuencias horribles a que lo arrastra infaliblemente el problema económico. En todas las esferas de actividad el fin es producir al hombre mejor en cierta especialidad. Así, en la esfera económica, el fin social es producir al hombre mas libre i mas independiente como productor, i la familia mas digna i mas apta para cumplir i purificar sus deberes domésticos, mejorando sin cesar las condiciones económicas del mayor número o de los proletarios. Las cifras totales de la produccion no valen nada por sí mismas sino por su relacion con este problema, el cual es el único aspecto positivo de la esfera económica, por cuanto no sólo atañe a un principio de justicia i de humanidad, sino tambien como hemos dicho a la felicidad o a la ruina de las naciones. I el derecho que el Estado tiene de procurar a esta esfera las mejores condiciones de actividad para conseguir sus fines, es un derecho positivo. De este modo, el Estado fortifica la esfera económica i cumple con un deber de alzar las nuevas generaciones mucho mas capaces i mas li-

bres para constituir el verdadero Estado en una forma mas pura; desde que el Estado debe tender a su ideal como las otras esferas de la actividad, i desde que todas ellas deben tener por fin de fines producir al hombre mejor, cada una segun su especialidad i con las fuerzas que le son propias. Si el fin del Estado es inculcar o aplicar el derecho, es su deber injerirse allí donde hai un robo o una espropiacion evidentemente demostrados, a fin de corregirlos.

Lo positivo de la esfera industrial no es la magnitud de los graneros i de las fábricas, sino el fenómeno del trabajo i de la produccion tal como va a producirse en el espíritu de los industriales, obreros i capitalistas. Lo positivo en el hombre es lo que el hombre siente o va a sentir; i la forma exterior de las cosas no es positiva para el hombre sino en cuanto él la siente i del modo como la siente. Luego, la política positiva, en vez de decir *esfera industrial* i nada mas, debe decir, esfera de los trabajadores industriales; i a fin de buscar en ella los elementos que entran a componerla de un modo positivo, esto es, los factores del hombre intelectual i sentimental, debe dividir esa esfera en hombres que pueden explotar i en hombres que pueden ser explotados, dictando las leyes que deben prevenir, enmendar i corregir ese atentado contra el derecho.

Segun Lastarria, el fin del hombre, esto es, la intensidad de la vida, consiste en el desarrollo íntegro de todas sus facultades, conforme al orden jeneral del Universo. Pero es claro que en este orden del Universo deben entrar la justicia i la equidad, pues si no entran, de seguro que ha de haber antagonismos i conflictos interruptores de ese orden en que debe moverse el progreso de la vida. Luego, si en la sociedad hai una esfera que se llama industrial, en la cual se consuma una iniquidad progresiva, el

Estado debe injerirse en ella a fin de remediarla como se injiere en las demas esferas, cuando conculcan el derecho. El mismo Lastarria llama a este criterio, piedra de toque, para verificar si los hechos son positivos i metafísicos, aunque es verdad que hai mucha metafísica en la tal distincion.



CAPÍTULO VIII

La aristocracia, la opinion i la Iglesia

La plutocracia, como hemos visto, tiene a su servicio el gran recurso de la religion. Ya hemos dicho que hai en ella hermosas escepciones, i es grato reconocer que ellas aumentan de dia en dia i que cada dia son mas frecuentes en ella los ejemplos de patriotismo elevado i de noble desprendimiento. Yo hablo aquí contra aquellos que son ricos por temperamento, i sobre todo, por temperamento hereditario de familia: explicaré en otra parte esta manera de espresarme. El temperamento del rico es conservador, como el de la religion tradicional; es decir, que ignora esa moral que resulta de la comparacion de lo que es, con lo que debe ser, segun el progreso, pues su moral consiste en la comparacion de las cosas con lo que han sido. De modo que hai una alianza necesaria entre esos dos espíritus esencialmente conservadores. El rico concede reformas, pero es que tendria que concederlas mayores, si tratara de evitarlas; i es lo mas natural que mire con un horror secreto toda tendencia a la emancipacion del pueblo, i que para asegurarse la tranquilidad de su vida culpable se alíe con la Iglesia, pacte con el clero, prometiéndole conservarle su predo-

minio i llevar a su frente el estandarte de la relijion. Naturalmente, esto lleva en sí una condicion que no se pone, pero que se dá por sentada.

I ¿qué condicion es esa? En alta voz es esta. Nosotros protegeremos a la Iglesia, sus derechos i su supremaeía; pero nada de demagogos, de socialismo, de libertades inmoderadas.

I por bajo esto se traduce a veces de este modo, en las acentuaciones ardorosas de la plática confidencial entre el clérigo i el rico: «La canalla debe estar dominada por una mano vigorosa»; «Es necesario mantener las masas enfrenadas».

Este es el pacto i la paz de las tinieblas.—Tú me absolverás mis disipaciones, mis olvidos, mis crímenes, las locas prodigalidades de mi concupiscencia i de mi orgullo.—I tú, por tu parte, me proclamarás i sostendrás como el representante de Dios en la tierra.—Tú tendrás esa plebe maniatada a mis piés.—I tú me decretarás fueros, honores i rentas.—Tú lanzarás el anatema i condenarás al fuego eterno al audaz que pretenda turbar nuestro reposo con perniciosas innovaciones sociales i políticas.—I tú combatirás con todas tus fuerzas a nuestros enemigos.—Tú domarás dia a dia, hora por hora esa fiera montaraz del populacho i la acostumbrarás a lamer su cadena.—I tú le darás ejemplo de obediencia i de respeto a nuestros fueros i dignidades, haciéndole creer que vienen de Dios.—I tú le ordenarás la humildad i la ciega sumision a sus amos.—I tú le obligarás a cumplir con los deberes de la Iglesia i a remunerarle sus servicios como divinos i como si fuera por orden del mismo Dios.—Lo tendrás amarrado al poste de su miseria, pero lo sacudirás de tiempo en tiempo, lo irritarás contra los herejes a fin de que conserve activa su ferocidad para cuando pueda convenirnos.—I cuando llegue el caso, tú lo impulsarás tambien contra nuestros

enemigos comunes, contra esos liberales que toman la emancipacion del pueblo por bandera.—Lo mantendremos en toda su ferocidad salvaje, por medio de la ignorancia, la miseria, la intemperancia mal corregida (no conviene corregirlo del todo) i por el fanatismo estimulado i exasperado.—Pero lo tendremos encadenado con las cadenas de la miseria i de la ignorancia i no lo soltaremos sino cuando se llegue el caso.—Lo soltaremos como una fiera hambrienta contra los socialistas, los rojos i los herejes que le hablan de libertad, de bienestar i de derechos.—Para que los despedace i luego, ensangrentada i gloriosa de su triunfo, la fiera venga de nuevo a arrojar a nuestros piés.

He ahí el pacto satánico. Así se hablan los enemigos secretos de la humanidad i se estrechan la mano en las tinieblas.

I ese pacto maldito es el que mantiene atado en los limbos de abajo esa gran mayoría del jénero humano que se llama peon, obrero, sirviente, mendigo, raza de desheredados, sin personería i sin personalidad, masa pasiva i doliente, obrera eterna de los siglos, de cuyo seno profundo suelen escaparse esos gritos de dolor i desesperacion que aterran todos los corazones i se llaman grandes revoluciones del mundo. Jigante andrajoso i hambriento, dócil i cándido cuya frente encorvada i bañada por el trabajo se levanta a veces al cielo en busca de una idea consoladora, invocada durante muchos siglos.

I esa fiera encadenada es esa misma humanidad que redimió el Cristo con su amor. I miéntras los que se llaman representantes del Cristo sobre la tierra no tienen para esa humanidad dolorida mas que promesas vanas i severas amenazas i el trozo de pan duro que sobra en sus mesas, los hombres valerosos que, arrastrados por la piedad o la justicia, se levantan a proclamar los derechos de ese pueblo i a pedir su redencion, son señalados

a) al desprecio público con los dictados de ambiciosos, de dementes i de impíos. I todos aprueban i todos desdennan, i el crimen tenebroso sigue consumándose.

Porque la suma total de las indolencias i de las codicias ha levantado algo como una bóveda de plomo sobre las ciudades, o algo como una atmósfera pesada, negra i pestilente, donde sólo pueden rodar las palabras vacías o bajas, o las voces mezquinas i rastreras. I esa atmósfera es la opinion. Es la opinion, es la voz de todos, informada i corregida por el fallo deliberado de los intereses que dominan.

Es un mundo en el mundo, es una creacion fuera de la luz de los cielos. Es un mundo de convenios, de ficciones i de egoismos. Es una sociedad en la sociedad. Tiene sus códigos, sus tribunales i sus fallos, cuyas ejecuciones son mas terribles que las otras. Es el mundo de los poderosos i de los audaces que rie sarcásticamente de los cándidos que quedan fuera, al frio i a la intemperie, empecinados en vivir a la luz del sol o de las constelaciones. Allí la actividad, allí la vida, allí los mas intensos placeres de la tierra. ¡Oh! qué dichoso es el adorador de la opinion. El mundo es de los que creen en ella. Ellos son los que poseen la tierra.

Qué júbilo deben sentir, qué estímulo secreto i vivaz, qué fômes rejuvenecedor debe avivar su sangre a cada rato al sentirse flotar en ese medio que ellos adoran, al ver cómo recojen a cada instante el fruto de su talento i los testimonios de aprobacion que los demas rinden a su táctica, a sus estratajemas i a los mil artificios de su injenio! Qué gimnasio tan lleno de emociones hechiceras i henchidas de promesas de todo jénero. Oh! la sociedad para esos hombres es una gran cosa! En ellos no hai lucha interior entre el deber sagrado ante Dios i el deber que impone la opinion: Dios se ha acomodado o ha transijido con ella: hai un Dios a la moda i un sacerdote a la

moda. Esa lucha, ese drama terrible que se ajita en el alma, i que es lo mas profundo de la vida, eso no existe para ellos sino en momentos fugaces talvez. La integridad aparente de la conciencia, el acuerdo constante de los fines, la facilidad de las transacciones entre el deber para con Dios i el deber para con la opinion, todas las grandes dificultades de la vida allanadas por un clero complaciente o por un materialismo tranquilo... ¡Oh, qué dichoso es el creyente de la opinion! Qué júbilos continuos! La vida es una jubilacion perpetua. Pequeñas luchas que no maltratan i que estimulan, un progreso continuo en el arte de hacerse admirable, agradable o necesario, una esperanza magnífica i sin ocaso... oh! qué dichosos son los creyentes de la opinion!

Agregad a esto que el prosélito de la opinion se ha formado un código maravilloso cuyos principales preceptos son: 1.º La opinion impone el respeto a todos los fueros de la vanidad, del orgullo i del egoismo; 2.º Nadie está obligado a guardar consideraciones a los demas ni respetar el mérito, ni la amistad, ni la evidencia misma de la verdad, sino dentro de los límites permitidos por la vanidad, el orgullo i el egoismo; 3.º Ni el orgullo mismo es respetable, si no va acompañado del alto conocimiento de la vida social, de los bellos dones de la fortuna i del prestigio de la opinion.

He aquí todos los grandes deberes abolidos por el fallo de la opinion. Desde el momento que no se reverencia al Dios interior de la conciencia, sólo se tratará, pues, de salvar las apariencias. Se podrán cometer crímenes con tal de salvar las esterioridades, sobre todo, cuando se cometen por salvar otras esterioridades.

A primera vista nada parece mas inofensivo que esa opinion cuyas armas ostensibles se reducen a los juicios i a los fallos de las palabras. Pero profundizando el mecanismo de sus motivos i de sus fuerzas, uno empieza

luego a divisar los abismos de la jehena. I un cúmulo infinito de crímenes horrorosos se sienten ajitarse en ese caos, tanto mas horribles cuanto mas ocultos i tenebrosos son. ¿No son los decretos de esa opinion criminal los que consuman esa serie interminable de infanticidios i arrojan a los limbos infernales a millares de creaturas inocentes, antes de ver la santa luz del mundo i de recibir el sagrado bautismo del amor maternal, esa primera luz del alma, ese amanecer divino de la vida que rompe las tinieblas del espíritu naciente? ¡Oh hombre! Es ménos criminal el bandido que acecha sus victimas en el fondo del bosque i las asesina a traicion. De ese crimen sale, no sólo un espíritu inocente que se hunde en el caos, si no tambien el cómplice o los cómplices, i sale ademas, una madre hecha fiera i dispuesta a engañar a otro hombre que ha de ser el padre de sus hijos, i a engañarlo por toda la vida i en lo que hai de mas serio, en la ocultacion de un antecedente criminal, i criminal en grado feroz. Los teólogos atenuarán el crimen diciendo que en el feto no hai alma; pero la ciencia es inexorable. En este caso, la mujer es casi siempre víctima, i es la opinion la que la victima.

I la mujer jenerosa i valiente que en tales conflictos se niega a cometer el crimen nefando de asesinar a su propio hijo en sus mismas entrañas, tendrá que sufrir represalias infinitas, i dolores i bochornos sin número. Cuántas de esas infelices pierden la razon a fuerza de sufrir ultrajes i de callar, i son al fin relegadas a un manicomio, a un convento, o al secreto de la muerte, muchas veces; miéntras que las otras que tuvieron la audacia del crimen, gozan del cariño de sus padres, cómplices talvez, i de las consideraciones del mundo, que nada ignora completamente. El honor se ha salvado. Pero las almas se han podrido.

La audacia insensata i criminal, que rinde culto a esa fatua divinidad de las esterioridades, sale victoriosa.

I la conciencia justa que rinde homenaje al Dios verdadero que penetra las interioridades, sale vencida, avergonzada i afrentada.

¿Qué moral es esta, por Dios, i qué relijion oficial es esa que ha descendido al triste rol de simple vehículo de todos los tósigos i de todas las ferocidades de la sociedad que la sostiene? ¿Qué Iglesia es esa que cobija tranquila i orgullosa bajo sus alas ese cardúmen indefinido de crímenes que hacen estremecerse, sin exhalar un grito de protesta i de indignacion, que parece complacida en la ocultacion, i medir la magnitud de sus complacencias por la magnitud de los mismos atentados que disimula i absuelve? ¿Qué relijion es esa, por Dios, que parece sacar las garantías de su triunfo i de su seguridad de la misma inmensidad de las atrocidades que cobija bajo su manto, i que en último resultado ha venido a quedar reducida a un simple maestro de ceremonias de la opinion?

En fin, ¿no es la opinion la que hace diariamente del amor i del matrimonio un objeto de lucro, una especulacion i una venta infames, una serie de violaciones, de raptos i de estupro legales i canónicos que perpetúan en la sociedad esas jeneraciones de fátuos i de necios, hijos de un ayuntamiento execrable? ¿I qué perturban i anulan los efectos rejeneradores de la libre seleccion sexual, colocándonos mas abajo que los cuadrúpedos?

¿I qué decir, gran Dios, de lo que pasa en esa caverna de las codicias desencadenadas, como un ejército de demonios, a la pesca de herencias fraudulentas, de litijios inicuos, de robos descarados, todo consumado con el auxilio de la impostura, de la calumnia, del asesinato, del soborno i del perjurio, i todo sancionado por la opinion

con tal que se le guarden los debidos acatamientos, esto es, con tal que se salven las apariencias?

I ¿cómo hallar un remedio para tanto mal?

El remedio mas oportuno es el que ántes hemos indicado: cambiar los factores de la opinion, erijiendo constitucionalmente, una nueva aristocracia.



CAPÍTULO IX.

Temperamento del rico i sus tendencias naturales.

Los ricos no deben entrar a constituir la nueva aristocracia sino con serias restricciones; he aquí por qué: o su buen corazon o su intelijencia superior los obligarán a cada paso a comprometer sus intereses, ya por servir a sus amigos pobres, ya por empresas jenerosas o por otras obras de beneficencia jeneral, i entónces descenderán a la medianía i podrán entrar a la nueva aristocracia; o bien se mantienen en la posesion de la riqueza, venciendo todas las vicisitudes de que se halla amenazada esa posesion, para la cual se requieren dotes morales incompatibles con una alta dignidad. En efecto, para la conservacion íntegra i hereditaria de una gran fortuna se requiere: 1.º incapacidad para concebir los dolores ajenos i una perfecta indiferencia por las miserias humanas, un corazon avezado a la fria contemplacion del infortunio i de los estravíos del prójimo, de la calamidad del amigo, del pariente, sin que ninguna de las desgracias humanas pueda conmoverlo bastante para comprometer la tranquilidad de su vida. Es cierto que estos hombres dan tambien, pero sólo dan lo superfluo, i por rendir culto a la opinion de abajo, por captarse sus sufragios en ciertas

oportunidades que así lo exigen, o bien, por miedo a la moral católica, moral de transacciones, segun la cual el cielo se compra con obras de caridad pecuniaria, con misas o con responsos; 2.º un espíritu categóricamente conservador, temeroso de toda innovacion, no sólo en el manejo i empleo de su fortuna, sino en política i en religion, que son las que guardan las garantías del *statu quo* i la seguridad de sus propiedades i de su renta.

Sin ese jenio conservador, elevado a una potencia extraordinaria, ya bajo la forma de talento previsor i organizador, ya bajo la forma de tenacidad opaca o de recia porfia, ¿cómo seria posible no haberse dejado seducir por tantas empresas deslumbradoras, por tantos proyectos portentosos de que le hablan sus amigos mas inespertos i mas pobres, por los atractivos de la virtud i de la misericordia, del cariño i de la amistad, del amor filial, del entusiasmo que inspira la mujer hechicera, por tantos encantos buenos o malos como tiene la vida? I si no se han dejado seducir por estas cosas, ¿cómo será posible que se dejen arrastrar por el patriotismo, por el amor a la humanidad, por las invocaciones de la verdad, por la santa voz del deber que nos impone el sacrificio de nosotros mismos, la abnegacion a la patria en los peligros que de seguro han de amenazarla? Por eso se ha visto casi siempre que en las invasiones de un conquistador extranjero son esos ricos los que están mas dispuestos a conformarse con ella i a someterse al enemigo.

I por otra parte, ¿no vemos que los hombres de corazon con que cuenta la plutocracia, ven continuamente comprometidas sus fortunas i caen a menudo a la mediocridad? Es que esos no tienen temperamento de ricos.

Un espíritu sobrio, un talento sólido, un corazon de mármol, he ahí las condiciones indispensables para la conservacion de la riqueza. El hombre que nace con esas dotes, aunque pertenezca a la clase mas indijente, tiene

que elevarse irremediabilmente a la posesion de la fortuna, i una vez llegado a ella tiene que mantenerse en ella. De modo que por la virtud de una seleccion social, la plutocracia tenderá cada dia mas a componerse exclusivamente de hombres dotados moralmente del modo que dejamos indicado: sobriedad de imaginacion, solidez de talento, frialdad de corazon. I por consiguiente, ese talento sólido en vez de proponerse por fin la grandeza social, por el hecho de estar al servicio de una individualidad semejante, tendrá por fin de fines la subordinacion de los intereses sociales a sus intereses personales, i por tanto, sostendrá la grandeza pública por granjearse los sufragios de las capas inferiores de la opinion i porque no redunde en notable perjuicio suyo. I mañana atacará solapadamente esa grandeza escudándose con las palabras consabidas de *orden*, de *libertad personal*, e impugnará a los buenos patriotas con las consabidas armas, llamándolos *socialistas*, *revolucionarios*, *enemigos del orden*, i citará los ejemplos de la Inglaterra i de la Alemania.

Suponed una guerra con el extranjero: ¿cuál será el espíritu que domine a esta aristocracia? Defenderá la dignidad nacional sinceramente, porque esta patria vincula su prestigio i su fortuna; pero sólo hasta ciertos límites, pasados los cuales seguirá defendiendo esa misma dignidad nacional, nó a los ojos del extranjero, sino a los ojos del pueblo, es decir, que la defenderá hasta donde llegue el alcance de las palabras sonoras, i hará todo lo posible por hacer creer que la defiende, i en realidad, hará todo lo posible porque esta defensa no vaya hasta el terreno de los hechos que imponen sacrificios considerables a su fortuna. I de este modo, el talento sólido vendrá a ser el talento infernal de la hipocresía i de la sordidez.

Suponed una invasion extranjera. Miéntras sólo se manifiesta como mui problemático el triunfo del enemigo, i

si en el interior no se halla amenazada por las revoluciones de los partidos, la aristocracia del oro hará sacrificios por la independencia i mostrará una conducta laudable talvez, granjeándose el aprecio del pueblo; pero si el ejército invasor avanza cada día i sus probabilidades de triunfo van creciendo, entónces, entre los acaudalados principiará a circular un rumor vago, un secreto pérfido, el santo i seña de la traicion i de la infamia; i mientras el resto del pueblo clama furioso por combatir, una atmósfera mortífera irá descendiendo lentamente como la asfixia i la parálisis, el oro circulando entre los pérfidos hará las veces de miasma pútrido i el enemigo entrará el día ménos pensado al último refugio de los libres, proclamando la inviolabilidad de las propiedades i de las personas de los que se rindan.

Suponed a la nacion despedazada largos años por las revoluciones consiguientes en un pueblo que se inicia lentamente en la idea de su destino i de su mision histórica, suponed las fuentes de la riqueza agotadas, la pobreza general, el malestar comun, la exasperacion de los ánimos, e imaginad en esta triste disyuntiva las asechanzas de otra nacion mas poderosa, mas amiga del orden estático, ambiciosa, i que anhela ensanchar su territorio: ¿qué hará en tal caso, esa plutocracia amenazada? Lo que ha hecho otras veces: entablar tratos criminales con la nacion ambiciosa e invitarla a la conquista de la patria. Allí está Méjico.

No quiere decir esto que el temperamento del rico no sea susceptible de hacerse accidentalmente revolucionario. Los odios personales, las rivalidades de familia, los desdenes, las injurias, todo esto i mucho; mas no seria bastante a sacarlo de su equilibrio constitucional; pero si un caudillo o un partido enemigo pretende arrebatárle su influjo político i abrir una nueva era a la actividad pública i a la iniciacion política de las masas, entónces todas sus

cóleras se desencadenan i su furor se eleva al entusiasmo. Su mano se abre i derrama liberalmente el oro, su boca airada adorna con vacías declamaciones patrióticas sus improperios ricos de sinceridad i de odio. El partido se organiza, el ejército se compra i la revolucion estalla, dejando los campos de batalla sembrados con los cadáveres del pueblo, engañado por las palabras de relijion, de orden i de libertad.

Suponed, en fin, que una jeneracion entusiasta i libre-pensadora pretenda elevar al rango de lei constitucional el principio de la separacion de la Iglesia i el Estado, el de la enseñanza obligatoria sin catecismo, i que proclame la iniciacion del pueblo a una participacion mas jeneral i mas activa de la vida pública, como inherente al fin supremo de la sociedad i como una espiacion necesaria de la injusta i secular explotacion del pobre por el rico i como el único medio de rehabilitar en nosotros el principio del honor i de la decencia, oscurecidos i negados en la conciencia pública por una larga vida de olvidos, de indolencias i de iniquidades; suponed, en fin, que esta jeneracion magnánima proclame el principio de que la decencia i el honor consisten únicamente en trabajar por el bien de nuestros semejantes i que toda otra decencia i otro honor cualquiera, no son mas que otra impostura usurpadora i vergonzosa: ¿qué harán en presencia de esa onda divina los hombres de honor postizo i de decencia de barniz? Así como su esencia es la esterioridad i el brillo en su vida social, lo es tambien en su vida política; i así como en aquella les gusta el menaje dorado i el boato relumbroso, en esta gustan de las palabras sonoras i de las divisas magníficas. I las palabras que pronuncien serán las de moral pública, de relijion, de patria, de antepasados ilustres; invocarán la gloria de los hechos pasados, el respeto a los grandes antecesores, el ejemplo de las naciones del norte, las épocas heróicas de la Histo-

ria, i por otra parte, echarán a la faz de la jeneracion entusiasta todas las injurias amontonadas en los siglos tenebrosos contra los amantes de la libertad i los entusiastas del pensamiento: demagogos, herejes, descamisados, insensatos, comunistas, incendiarios; i harán una reseña llena de colorido i de fuego de todos los extravíos en que siempre incurrirán los pueblos, espresamente embrutecidos i depravados por sus amos, cuando reconocen la injusticia criminal i sienten desbordar en su pecho el mar de las cóleras i de las amarguras acumuladas en tantos siglos de miserias i de esclavitud. Azuzar a la hez del populacho a la persecucion i al asesinato de los herejes, i buscar entre los que descuellan las facciones del tirano, he ahí su último recurso.



CAPÍTULO X.

¿Quiénes son los superiores?—Cuál es el verdadero talento superior?—¿Cuál debe ser la aristocracia de la libertad?

El talento puramente conservador i receptivo está expuesto a degeneraciones perniciosas, incurables i profundamente corruptoras: puede llegar a ser el judío, el jesuita i el avaro, el pedante, el fatuo i el infame. Sus degeneraciones son latentes i disimuladas, i difíciles de conocer i de corregir.

I es este precisamente el talento necesario para la conservación hereditaria de la riqueza.

Al paso que el verdadero talento supone necesariamente una gran riqueza estética. I Dios nos libre de entender la palabra *estética* en el sentido miserable que le dan los europeos; pues aquí *estética* quiere decir el arte de engrandecer i de embellecer la vida i el espíritu; i este arte divino sólo puede ser poseído por los que aman mucho; *estética* aquí, es el amor interrogándose sobre todo lo posible i haciendo al jenio creador de la vida social i de la vida pública, el explorador del mundo infinito del alma. Este es, pues, el talento que debe dominar, 1.º porque es el único que puede hacernos cumplir con

el mandato divino de progresar i de mejorarnos; 2.º porque sus degeneraciones son fáciles de ser enmendadas i conocidas: resaltan i chocan inmediatamente.

La cuestion entre el talento meramente conservador o receptivo i el talento creador o sentimental debe plantearse del modo siguiente: Las leyes, las instituciones, las prácticas civiles i políticas, ¿qué deben tener por objeto? ¿Al hombre que siente o al que no siente? Es claro, el objeto es el hombre sensible. I entónces, ¿quiénes son los mas capaces de legislar sobre ese objeto? los capaces de comprender los sentimientos humanos o los que no son capaces de tal cosa? Es evidente que los primeros. Aquí damos, pues, al talento estético el sentido integral i filosófico que ántes le hemos asignado, el sentido de mayor capacidad para comprender la humanidad en su variedad estética infinita.

Ahora, los mas capaces de comprender los sentimientos humanos no son precisamente los eruditos, ni los especialistas de tal o cual ramo de las ciencias, sino los que unen el talento i el estudio a la riqueza sensible. Cuando los primeros se engañan, su engaño es cruel, indolente, frio, inconsciente i mui difícil de remediar: hacen el mal horrible sin darse cuenta de ello... ¿por qué? porque no saben sentir lo que hacen sentir. Al paso que si se engañan los segundos, se engañan mas bien en las formas, i el dolor que por su engaño producen, es siempre mucho menor, porque su criterio no sólo es discursivo, sino tambien sentimental: poseen el gran criterio de la intuicion.

¿I Marat?

A esta cuestion yo respondo con esta otra:

¿I Robespierre?

I segun mi sistema, es mui fácil hacer ver, ademas, que Marat no es un argumento contra el principio de que la riqueza estética es un criterio de verdad. En efecto, Ma-

rat es la bestia de sentimiento simple i pobrísimo, sin ningun derecho para elevar su sentir a rango de dictámen de la razon. Precisamente, mi sistema tiene por objeto reprimir los sentimientos brutales e impedir que se impongan como autoridad o como un modelo. Miéntas que Robespierre quedará siempre como formidable argumento contra los eruditos. (Véase la *Revolucion* de E. QUINET).

Segun el sistema que yo sostengo, la nueva aristocracia debe componerse de hombres entre los cuales domine la diversidad de los jenios, segun la eleccion i la prediccion de los diferentes grupos del pueblo activo, i entónces un jenio debe ser moderado por la influencia, o por la amistad, o por el contrapeso legal de los otros jenios diversos: pues los ciudadanos, para elejir sus caudillos, se agruparán por índoles o por caractéres; i de este modo, todos los caractéres estéticos deben tener representantes en los grandes factores del poder o en el poder mismo, i todos los sentimientos enérjicos, que son otros tantos modos de ver las cosas, tendrán sus representantes en el areópago que dirige los destinos de la nacion. La razon pura, en el sentido en que Kant la considera, es una simple ficcion; todo raciocinio obedece al impulso de uno de los fines de la vida; los cuales han de ser fines sensibles o que atañen al hombre que siente. I si la plutocracia ha de poner en la balanza de las discusiones públicas gran copia de razones que no tendrán otro móvil que los dictados de su sensibilidad sibarita i las exigencias de sus goces refinados, enemigos de recelos i sobresaltos, ¿qué cosa mas justa que oponerles la palabra de los hombres mas humanitarios i mas abnegados que se inspiran en las jenerosas pasiones de la misericordia i del patriotismo? El criterio nacido de la sensibilidad egoista de la actual aristocracia nos llevaria a una ruina irremediable, si no se le opusiera el contrapeso de la doc-

trina i de la experiencia encarnadas en los hombres que aman sinceramente a la humanidad o que tienen una alta idea del deber.

¿Qué significado tienen la libertad i sus preceptos, si no van a legislar sobre la realidad? ¿I cuál es la realidad sino lo que siente? Luego, la libertad debe tener por último fin a lo que siente. Lo que no siente, o siente brutalmente, que se quede abajo como masa bruta que debe ser elaborada por otros i nó por ella misma. El fin de la libertad no es el cáos sin determinaciones, no es el simple dejar hacer de cierta escuela: el fin de la libertad es hacer sentir con tanta mas libertad, cuanto mas comprensivo i humanitario es el sentimiento. Hai sentimientos que, por su naturaleza, tienden a sofocar la jeneralidad de los sentimientos, o por su lójica, a sofocarse a sí mismos, i la libertad de la pública acción debe restringirse para ellos, en cuanto sea compatible con el respeto a los fueros individuales; pues la libertad, para que se eleve a sistema i tienda a hacerse cada vez mas libertad (de otro modo la libertad seria precaria), es menester que tenga por principal objeto elevar i fortalecer los sentimientos que por su naturaleza están llamados a acrecentar los sentimientos solidarios de la sociedad; esto es, aquellos sentimientos que, hermanándose, pueden crecer, comunicarse i perfeccionarse incesantemente. Estos sentimientos no pueden ser otros que los que se acuerdan con la fraternidad i con la riqueza de la fraternidad, i esta riqueza es la diversidad i la armonía del sentir, i su lejislacion está determinada por la filosofia en los modelos de la verdad i en los tipos de la razon, segun lo hemos dado a entender en otro lugar.

En un sentido absoluto puede decirse que el fin supremo de la libertad es trabajar por el bien i por el mejor de los bienes prácticos; i como este bien ha de ser un bien sentido, un bien que se siente debidamente, es claro

que es en el criterio de los que mejor sienten, donde ese mayor bien debe buscarse.

Nos parece ocioso detenernos a refutar los argumentos banales que contra estas razones pueden hacerse, como eso de que el peor enemigo de lo bueno es lo mejor, porque bien se echa de ver que argumentos como este en boca de los reaccionarios, se pueden aplicar a cada instante a todos los actos progresivos de la vida libre, pues tienden nada ménos que a paralizar todos sus movimientos i a establecer la inmovilidad absoluta.

Segun esto, en un pueblo libre, los superiores, los que deben mandar e imponerse como ejemplos, son aquellos que encarnan la vida en una potencia mas alta i mas activa, pues este es el único medio de que la libertad sea cada vez mas libertad. Porque no hai libertad sin finalidad, i porque la única finalidad posible de la libertad es la vida, i el perfeccionamiento de la vida. ¿Cómo concebir una libertad sin vida, como principio i como fin? Luego, para que la libertad sea cada vez mas libertad, es menester que la vida sea cada vez mas vida. La primera tarea de la libertad será entónces determinar cuál es lo mejor de la vida o el tipo de la vida, i en seguida, trabajar por alcanzar ese tipo: primero, conocer lo que debe ser, a fin de que este modelo ideal juzgue la actualiad sea como Dios juzgándonos en la conciencia; i luego, entregarse todo entero a la actividad realizadora que nos lleva a ese bien superior, por cuanto el bien verdadero es trabajar por acercarse al bien supremo. La bestia sólo se conoce tal como es, pero el hombre debe conocerse tal como es i tal como debe ser, realizando así el juicio divino en su conciencia, juicio absoluto que es el creador i el rejenerador de todo instante, i es al mismo tiempo la espresion mas alta de la libertad, por cuanto es la mas elevada forma de la actividad hácia el bien.

Pero si el talento conservador, por su esencia misma,

tiene que comparar las cosas con lo que han sido para juzgarlas, es claro que ha de ser inepto para la vida de la libertad, i que su imposicion como ejemplo ha de ser perniciosa para una República. Es el verdadero talento creador el que debe rejir la libertad, i en cuanto al contrapeso necesario del espíritu conservador, ¿acaso faltaría a los hombres por mas libres que fueran? Siempre los ménos ansiosos de libertad, serán llamados conservadores.

La teoría del derecho público debe ser tal, que no sólo nos garantice una actualidad próspera, sino que nos guarde de las contingencias innumerables que llevan a las naciones a su ruina, sin saber cómo. I a mi juicio, esto sólo puede conseguirse, dando al derecho público por fundamento la noción de lo que es la verdadera libertad, que es, por cierto, del todo opuesta a la arbitrariedad, porque es el culto permanente de lo que debe ser en lo infinito, en la patria, en el ciudadano. La libertad es el juicio severo e imponente que reprueba el ocio, que estimula la actividad. ¿Cuáles son los pueblos estancados en la putrefaccion o aletargados a la sombra de la muerte? Son los pueblos infatuados, que han hecho de su razon una fragua de sofismas para tranquilizar sus conciencias criminales i ofuscar el tipo divino de la verdad juzgadora en sus espíritus oscuros i que viven en el orgullo de sí mismos, en la impenitencia soberbia i en la jactancia contumaz. Lo que falta a esos pueblos es el culto del ideal que juzga, que condena o que aprueba. I como una regla absoluta, puede sentarse que la causa de la ruina de las naciones es el eclipse del ideal en las conciencias i, como consecuencia de ello, la infatuacion, que estanca el pensamiento, paraliza la voluntad i la inspiracion, i pudre la vida.

Luego, siempre llegamos a la misma consecuencia: Los hombres que deben componer la aristocracia de la libertad son los de un talento mas altamente creador i

humanitario; 1.º porque su ejemplo será saludable i la imitacion que de ellos se haga, necesariamente será provechosa a la libertad; 2.º porque impondrá el juicio mejor i mas alto i la actividad permanente; 3.º porque sus degeneraciones han de ser resaltantes, francas, abruptas i fáciles de ser conocidas i condenadas, como todas las obras del talento creador; a diferencia de las obras del talento conservador que llevan el sello de lo sórdido i de lo disimulado.

Yo no sé por qué razon los legisladores han dado una importancia tan secundaria a la influencia que ejercen en la sociabilidad i en la política las clases que se imponen como directoras de la opinion i de las costumbres, aun dado el caso de que esas clases no tuvieran grande accion en el poder, como es seguro que la tengan por el mismo hecho de imponerse como norma a la sociedad. ¿Acaso es poca cosa eso de presentar, como modelos imponentes a las aspiraciones i al respeto de todos, una clase social que por las mismas condiciones de su esencia ha de ser corruptora i subversiva de la moral en grado sumo? ¿Acaso nada importa a la salud i a la moral pública el clamor constante de esa voz seductora que habla con la elocuencia de los hechos en todos los lugares i en todos los instantes de la vida? Dad ahora a esa misma clase imponente la mejor parte en el manejo de la cosa pública, ¿qué resultará? Que esa misma voz corruptora se hace ahora la voz mas imperiosa de la nacion que predica con altos hechos la misma inmoralidad dominadora. Como dice Quinet: ¿qué importa la enseñanza de la escuela al lado de la poderosa enseñanza de los hechos, que resplandece en las tribunas o en los actos solemnes de una nacion?

El talento conservador es prudente por esencia; tiene por regla no hacer sino lo que le parece irreprochable, i jamas hará una cosa, por buena i fecunda que sea, si echa de ver que presenta puntos vulnerables a la crítica, lo

cual lo imposibilita para hacer el verdadero bien o lo realmente útil, pues ámbas cosas, por la misma riqueza o magnitud de su contenido, tienen que presentar muchos puntos de vista al observador i son, por lo tanto, susceptibles de prestarse a encontradas apreciaciones: ellas sólo pueden ser la obra del talento humanitario i creador.

Pero he aquí algunos argumentos que no dejarán de presentarse contra estas ideas:

Pretendeis abrogar los fueros de la augusta i fria razon en beneficio de un versátil sentimentalismo, acallar la voz inmutable de la lójica bajo el grito de una irritabilidad femenina.

¿Acaso no es la fria i excelsa verdad filosófica la que ha venido esparciendo las santas ideas del derecho en el campo de la humanidad i ha redimido al mundo de sus vanos furores i de sus locas pasiones?

Quereis usurpar a los pensadores la supremacía, i la soberanía a la razon para ponerlas bajo el dominio voluble de los afeminados i de las mujeres. I el resplandor que el cielo ha puesto en la frente del hombre, como un signo de dominio, pretendeis ofuscarlo bajo el fuego i la humareda de las pasiones. Aspasia valdria mas que Sócrates, i Alcibíades mas que Epicteto.

He aquí lo que contesto.

Yo no quiero ni la razon abstracta, ni el sentimiento sólo. Yo quiero el consorcio de ámbos en un vínculo indisoluble. El pensamiento investiga las cosas, no por simple curiosidad, sino en servicio del ser que debe experimentarlas i sentirlas.

No quiero ni el criterio de la mujer, ni el criterio del *majister*. Yo quiero el criterio del hombre de talento i de sentimiento, que no sólo es capaz de obrar i de hacer

sentir, sino que es capaz de sentir lo que hace sentir; pues así como no querría ser curado de mis heridas por las manos de un ciego, tampoco, i mucho ménos querría entregar mi sensibilidad al capricho de un hombre que era incapaz de sentir lo que no hacia sentir.

Yo llamo pedante, fátuo, imbécil, al hombre henchido de sabiduría, pero cuya sensibilidad, averiada por la vanidad o el orgullo, o por la hipertrofia cerebral, es incapaz de dar a sus palabras ese contenido rico i natural que tienen para las almas sanas. Yo no aceptaré jamas al hombre de palabra sonora i hueca, cuya sensibilidad está corrompida por los miasmas inmundos del infame templo de la opinion i que, en vez de obrar ante el espectador secreto de la conciencia, sólo obra en vista del espectador del mundo. Eso es la larva de un malvado.

¿De qué sirve el derecho, si se petrifica i se convierte en un sabio aparato de torturas inconscientes? El derecho que no está vivificado i dirijido por los sentimientos de humanidad i de justicia no es mas que un instrumento de iniquidades i un campo de pérfidas astucias i de mísera chicana. Ved nuestros tribunales. ¿De qué sirve el derecho a los pueblos dejenerados? No está fresca la memoria de ese apolillado imperio bizantino, gobernado por los sucesores de Justiniano, i no está allí esa China, gobernada por sus letrados?

Apeláis al derecho i decís que es el fruto de la experiencia fria i del severo pensamiento; pero decidme: ¿de dónde salió primero el valor que dictó los preceptos del derecho, i en seguida la perseverancia para sostenerlos i hacerlos tradicionales i respetables? Ese valor nació de los corazones heridos, i esa perseverancia fué el producto de la humanidad educada en la fraternidad. I desde el momento en que el sentimiento público de justicia se pervierte en una sociedad, el derecho civil i su administracion se convierten en una calamidad pública. El justo

tiembla delante de sus jueces, i el perverso está sereno i soberbio en su presencia. La argucia se entroniza, la chicana triunfa, el soborno reina i el astuto i el valido se enseñorean donde quiera. ¡Ai de los justos i de los dignos!

En fin, no queremos ni los hombres impotentizados por la indolencia o por el miedo i que siempre hallan buenas razones para postergar las reformas que significan remuneracion de las injusticias seculares, ni tampoco los fanáticos de un dogma, ni los entusiastas de las bellezas plásticas, ni los filántropos sibaritas i de pormenor. Porque queremos los audaces de la idea, los valientes del pensamiento, los nautas atrevidos que van en busca de ese nuevo mundo perdido en los mares ignotos del alma humana i que es el mundo final de la bienaventuranza. I ese mundo divino, no son los académicos i los eruditos de la nueva Atlántida de Bacon, ni los sabios i especialistas de A. Comte los que deben descubrirlo; son los hombres nuevos dotados de la aspiracion de lo infinito i de lo eterno, i que son capaces de dar su vida por un instante sublime.

El predominio de los mejores, he ahí el *desideratum* de todos los grandes pensadores en política, aunque sea verdad que nadie se ha tomado el trabajo de determinar científicamente i de un modo absoluto en qué consiste lo mejor i cuál es la esencia de la superioridad.

I este es, realmente, el único medio de llegar a realizar la fórmula por excelencia: que cada uno viva de la vida de todos. Una misma alma multiplicándose i condensándose en una encarnacion reproductiva e infinitamente reproductiva. Mientras mas perfecta sea la unidad, mas grande será la vida de cada uno; i mientras mas grande sea la vida de cada uno, mas grande se irá haciendo la unidad: progreso infinito i maravilloso.

Cuando en este capítulo hemos hablado de la riqueza

sensible como de un criterio de verdad, no nos hemos referido a la sensibilidad pueril i sin fondo, ni a la irritabilidad afeminada; ni hemos querido decir tampoco que muchas personas que miran con mas o ménos indiferencia los detalles de las desgracias humanas, estén destituidas de ese criterio, porque pueden haber trasportado su sensibilidad a una esfera mas alta, o porque un infortunio excesivo agotó la sensibilidad, o porque esos tipos sensibles, al oscurecerse, han permanecido existiendo como convicciones de la razon o como fidelidades de la memoria. I la existencia de estos hombres, estenuados por una lucha larga i estéril, acaso no es un argumento contra esos que sostienen que es bueno dejar las cosas al estado bruto, en su desórden tradicional, a fin de provocar i desenvolver las enerjías de la lucha i las virtudes vencedoras de grandes obstáculos? Pues el hecho señalado pone de manifiesto que si es bueno que el hombre tenga siempre dificultades que vencer, es menester, no obstante, 1.º que la resistencia sea proporcionada a la fuerza que ha de vencerla; 2.º que la resistencia no sea una resistencia de fuerzas brutas que sólo provocan i fomentan otras fuerzas brutas tambien, con detrimento de las fuerzas superiores del hombre. En fin, esos obstáculos creados por el desórden tradicional son los que provocan i despiertan la serie de pensamientos i de recursos que hemos venido desarrollando; i si el fin providencial de esos obstáculos era crear las enerjías capaces de vencerlos, como las ideas directoras de la enerjía son lo mejor de la enerjía, justo es que esas ideas se pongan en planta una vez que se descubran. Si se nos ordena desplegar enerjías i por otra parte se nos prohíbe dirijirlas del modo que el pensamiento nos señala como el mejor, al fin no sabremos qué hacernos. Si esos obstáculos han sido puestos para crear las enerjías capaces de vencerlos, justo es que desaparezcan, cuando esas enerjías se han

formado, pues se han formado para hacerlos desaparecer ¿Acaso faltarán alguna vez nuevos obstáculos en el progreso infinito de la humanidad? Pero los obstáculos serán cada vez mas adecuados para despertar i educar energías mas altas i mejores.

Hai aquí escondido un gran problema de moral mui digno de ser ampliamente desarrollado i que no hago mas que señalar. Elevando la esfera de actividad como *uno* la misma suma de esfuerzos produce resultados mejores como diez, o como veinte. La actividad se mide por su conformidad con el ideal i por la elevacion de este último; pero si el medio de la accion es mui inferior, la idea que se persigue se pierde de vista o se deprime. I entónces, los grandes pensadores se llaman idealistas i soñadores. La buena actividad debe tocar por un lado a la realidad, i por el otro, al ideal; pero si la sociedad se hace refractaria a todo progreso, entonces aparecen los idealistas puros como Fichte, que desdeñando el mundo como un sueño, se encierran en el mundo trascendente de la voluntad pura; i en fin, aparecen los escépticos i los cínicos, i la petrificacion final del pensamiento exasperado. Luego, el mal ha sido hecho para ser vencido i suplantado por el bien; los buenos deben exaltarse i hacer de la sociedad el palenque del pensamiento fecundado i fortalecido, el clamor de la verdad que se impone; i así como se aprende mas en un buen libro que en cien malos, un dia de triunfo de esa sociedad de los buenos, nos enseñará mucho mas que muchos años de esta sociedad actual. Cuántas ideas que hoi pasan por descabelladas i por escéntricas serian entónces discutidas i perfeccionadas hasta llegar a convertirse en instituciones saludables.

LIBRO II.

Principios políticos.

CAPÍTULO XI

¿Cuál es el principio de la soberanía?

¿Cómo determinar cuál es el principio de la soberanía?

En primer lugar, el hecho sólo de sentar esta cuestión supone que en el pueblo reside una soberanía colectiva i que por consiguiente ningun dogma o ningun poder de hecho tienen el derecho de disputársela o negársela; 1.º porque al sentar la cuestión se supone que es el veredicto público el que ha de resolverla, i si el pueblo se niega a sí mismo la soberanía es por su propio voto; 2.º porque para negarle esa soberanía habrá que apelar a la violencia o a la persuacion, i ámbos procederes no hacen mas que ponerla de manifiesto: la persuacion, porque supone el concurso de la libre voluntad del pueblo, la vio-

lencia, porque supone que el pueblo se siente con el derecho de rechazar violentamente esa violencia.

Ahora, si la soberanía reside en el pueblo, debe residir de un modo inmanente: es decir, que puede prestarla condicionalmente, no puede enajenarla; por cuanto su soberanía es idéntica a su voluntad, i así como no puede enajenar esta última, tampoco podría enajenar la primera. La soberanía no es una voluntad determinada de un momento, sino la voluntad como fuente de las voliciones particulares, en jeneral. ¿I cómo enajenar esa voluntad idéntica al individuo?

I en seguida, si la soberanía es del pueblo i no puede enajenarla, es evidente que tampoco podrá enajenar los medios de ejercerla. Luego, esos medios que son la libertad de la palabra, la de reunión, la de la prensa, la libertad individual, en cuanto no ataca directamente la del vecino, no pueden ser objeto de discusión como derechos del pueblo. Ningun convenio público podrá estipular que esos derechos pueden sufrir menoscabo, i están, por consiguiente, por encima de todas las leyes, desde que esas leyes lo son sólo por la voluntad del pueblo, i porque si el pueblo pierde el libre ejercicio de su voluntad, las leyes sólo tendrán una autoridad pasada i no una autoridad presente. Tampoco valdría en este caso la libre abdicación del pueblo, porque la voluntad no puede anularse a sí misma, pues, si se anula, el mismo hecho de anularse pierde su autoridad i no hai anulación autorizada.

Laboulaye hace ver con admirable claridad la gran diferencia que existe entre el principio de la soberanía tal como lo entendía Roussau i los republicanos franceses, i el mismo principio tal como lo entienden los americanos del Norte, i hace ver muy claramente que Rosseau estaba en el absurdo. Hablando de la soberanía dice: «No es así como la entienden los americanos. Para ellos la soberanía

nia del pueblo es la voluntad jeneral aplicada a los intereses comunes del pais. Pero los intereses comunes no son el todo: existen, ademas de ellos, los derechos individuales, sobre los cuales la voluntad jeneral no tiene ningun imperio. La conciencia, el pensamiento, la palabra, la libertad de accion, son cosas que pertenecen al individuo en calidad de hombre i no en su cualidad de ciudadano: ningun individuo, ninguna coleccion de individuos, ninguna mayoria, tiene derecho de atentar contra ellas. La lei se hace para proteger i no para determinar mi libertad; ella tiene el derecho de castigarme cuando yo invado la libertad de otro, ella no tiene el derecho de intervenir cuando en lo que me concierne yo uso bien o mal de mi independencia. La soberania del pueblo no tiene, pues, mas que un dominio restringido, un dominio político; en estos límites es un beneficio para todos i no un peligro para nadie». (Historia de los E. U).

Segun el mismo autor, en los paises latinos el pueblo tiene los derechos que la lei le concede i nada mas; i en los pueblos de orijen británico es el mandatario el que tiene los derechos que la lei le concede, i nada mas. En los primeros, lo que la lei no concede al pueblo espresamente, se entiende que es poseido por el mandatario. En los segundos, lo que la lei no concede espresamente al mandatario, se entiende que es poseido por el pueblo. Aquí es el pueblo el que concede.

Los Estado Unidos han dado, pues, un insigne ejemplo de buen sentido al poner los derechos individuales primitivos por encima de todas las leyes i como fundamentos de toda lei. El artículo 1.º de las enmiendas a la Constitucion dice así: «El Congreso no podrá establecer una relijion de Estado, ni prohibir el libre ejercicio de una relijion, ni restringir la libertad de la palabra o de la prensa, ni el derecho que tiene el pueblo de reunirse pacíficamente i de dirigir al Gobierno peticiones para la sa-

tisfaccion de sus agravios.» De otro modo, la soberania del pueblo puede hacerse ilusoria, como se vé en las repúblicas hispano-americanas, a cada paso. Además, existe en los Estados Unidos un poder político judicial mas independiente i poderoso que en otra parte. Su carta federal falla en los conflictos que pueden surgir entre los poderes del Estado, i es un guardian de los derechos inalienables del pueblo.

Todas estas precauciones son necesarias para mantener sin menoscabo el poder inspectivo e inmanente del pueblo, que es indispensable para la libertad. El pueblo, cuando delega sus poderes, no puede renunciar al derecho de inspeccion sobre la manera de ejercerlos. Este derecho inspectivo es inmanente, por lo tanto. (Véase Lastarria, Derecho Público).

Apesar de lo que hemos dicho, para hacer completo este estudio, Laboulaye i otros publicistas modernos debieran haber entrado en un exámen mas atento, porque es de absoluta necesidad, sobre los diversos modos cómo la libertad individual puede envolver un atentado serio contra la ajena; i para ello es preciso penetrar hondamente en la cuestion relijiosa i en la cuestion económica. En el curso de este libro hacemos ver que los conflictos que puede orijinar la perniciosa influencia de una relijion absurda, conviene, en jeneral, dejarlos a cargo de la vijilancia i de la disciplina de los individuos, i de las sociedades particulares; pero que la cuestion económica debe, por el contrario, quedar incluida en las atribuciones del poder lejislativo, hasta ciertos límites; 1.º porque debe hacerse trascendental a la esfera política, gastando sus resortes i pervirtiendo sus fines; 2.º porque su entera libertad debe traer consigo el triunfo de la plutocracia, la servidumbre irremediable del mayor número i el fracaso de las instituciones democráticas; 3.º porque la excesiva i creciente desproporcion de las fortunas se convierte di-

simuladamente en un mecanismo de usurpacion, de vejámenes, de opresion cada vez mas inícuo, salvándose todas las apariencias de la honradez, pero con irrecussible detrimento de la justicia, de la equidad, de la dignidad humana, i creando una tiranía sórdida, disfrazada, sofisticada, i por lo mismo, mas temible, mas irremediable que las otras.

Pero volvamos al fondo de la cuestion que nos ocupa.

Segun hemos visto, la soberania, siendo idéntica a la voluntad i siendo la voluntad progresiva, perfectible, susceptible de corregirse sin cesar conforme a las informaciones de la razon i de la ilustracion, la soberanía no podrá delegarse sino condicionalmente, en la forma de un poder especial, i nada mas; i seria altamente inmoral el exigir una sumision sin restricciones de la voluntad; por consiguiente, los medios necesarios para la libre expresion de la voluntad, en todo tiempo i lugar, son sagrados i no pueden ser negados ni en beneficio de un poder ni en beneficio de una mayoria, por considerable que sea. Ademas, los derechos de esa misma mayoria que tanto se invocan no deben sobreponerse a los de la minoria hasta anularlos, sino en los casos que no admiten una conciliacion proporcional o distributiva, como en las decisiones de una asamblea, o en el nombramiento de un mandatario único.

Pero aunque la delegacion temporal i condicional es indispensables como delegacion de un poder especial i como un recurso ilustrativo o como converjencia de los esfuerzos particulares, i como una simplificacion necesaria, no obstante, debe tenerse presente que la excelencia de la soberanía será correlativa de la excelencia de los fines que se propone; i que la eficacia de ios poderes especiales que ella confiere corresponderá de un modo jeneral a la naturaleza de esos fines. No debe esperarse de estos poderes beneficios de una naturaleza distinta a la

de los fines que la soberanía se propone. Si los fines de la soberanía son mezquinos, esos poderes darán frutos mezquinos también i estarán sujetos a los abusos que de ellos hagan los caracteres mezquinos.

Así, un pueblo de perfidia i de robo, al delegar sus poderes a un caudillo o a un consejo, debe contar con ser robado i traicionado por sus mandatarios, así como éstos deben contar con el puñal i la alevosía de sus gobernados; i si sucede que entre éstos haya algunos hombres de bien, sobrada razón tendrían para desobedecer i hacer desobedecer a su gobierno, pues nadie está obligado a ser un bandido, aunque para ello hubiera empeñado su palabra.

Así como en la vida privada la libertad saca su esencia de la finalidad de los actos individuales, en política la soberanía i su respetabilidad serán de la misma naturaleza que el fin político que ella se propone.

¿Cuáles pueden ser los fines políticos?

El pillaje i la violencia contra los pueblos vecinos i mas débiles.

La conquista por miras particulares de algunos ambiciosos o de uno solo.

El régimen de la paz interior i de la seguridad individual.

La defensa contra las invasiones.

La propaganda religiosa o política.

La sancion pública de la fraternidad privada, la persecucion de un ideal social i político i de una nueva vida individual mas intensa, mas ámplia i mas rica.

Fin filosófico.

Segun sea el fin así será la respetabilidad i la eficacia de las determinaciones soberanas, i naturalmente, suponemos que los medios están a la altura de los fines.

Cuando el fin es el pillaje, esa respetabilidad i esa eficacia serán mui contingentes o nulas.

Si el fin es la conquista por ambiciones de uno o de algunos, la soberanía apenas tendrá la respetabilidad que saque del caracter personal de los mandatarios o de otros fines accesorios.

Si el fin es esclusivamente la paz interior, la seguridad individual, la defensa comun, esa respetabilidad será únicamente aquella que son susceptibles de inspirar i de sentir hombres indolentes i egoistas. Es casi seguro que hombres de ese caracter sólo respetarán la soberanía mientras se amolde a sus intereses inmediatos o en los límites que una fuerza mayor los obligue. Porque individuos que sólo se asocian por egoismo son casi siempre incapaces de sacrificar sus intereses inmediatos a fines remotos o trascendentales; a ménos que una creencia relijiosa, como el cristianismo, por ejemplo, no sirva de enmienda o de complemento a la idea política, alumbrándola disimuladamente con el espíritu de fraternidad, que es el único que puede hacerla respetable. El principio de la cooperacion, que es suficiente para constituir sociedades de seres inferiores, lo es tanto ménos cuanto mas se desarrolla la intelijencia i cuanto mas inferiores son los fines de la asociacion. Por lo mismo que el hombre es mas poderoso, es menester que el principio moral de su sociabilidad sea superior, a fin de que no abuse de su poder.

Tocqueville tiene excelentes i profundas reflexiones sobre la influencia relijiosa en la democracia norteamericana que podrian servir de corroboracion a estas ideas.

Los constituyentes de Estados Unidos no ponen la fraternidad entre los fines de su constitucion; pero el cristiano daba por entendido ese fin superior, aunque tambien pudiera comprenderse entre *los beneficios de la libertad* a que los constituyentes hacen referencia. He aquí el testo:

«Nos, el pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar

una union mas perfecta, de establecer la justicia, de asegurar la tranquilidad doméstica, de proveer a la defensa comun, de acrecentar el bienestar jeneral i de asegurarnos a nosotros mismos i a nuestra posteridad los beneficios de la libertad, ordenamos i establecemos la presente constitucion para los Estados Unidos de América».

Hai aquí hermosas palabras que sólo esperan una buena voluntad para ser interpretadas en el sentido de fraternidad. ¿Acaso la justicia bien entendida, por ejemplo, no es la justificacion de las iniquidades, i no son estas iniquidades otros tantos ataques a la fraternidad?

Yo creo que para que los actos soberanos de una nacion adquieran una respetabilidad irrecusable es menester que pongan la fraternidad por norte de sus miras i como el único medio moral en que pueden desenvolverse ampliamente las facultades lejítimas i fecundas del hombre. Si la nacion no es una reunion de amigos, no será mas que un agregado fortuito de egoistas intereses. Esta manera de pensar no está basada en el dogmatismo religioso i moral, pues reconoce por fundamento una lei psicológica positiva i absoluta: el fin social es la grandeza humana i esta grandeza se obtiene por la encarnacion cada vez mas perfecta de la vida pública i comun en la vida individual. I como este es el bien infinito i como el fin social ha de ser el mayor bien posible, es claro que la soberanía no se elevará a su nocion final i verdadera miéntras no tenga por fin ese bien supremo.

En cuanto al fin de la propaganda religiosa o política, es claro que se convertirá en recurso de ambiciones personales, si no está animado i corregido por ese mismo espíritu superior.

Pero el fin social no está al arbitrio del lejislador solamente. Hai dos factores que lo forman: las ideas mas elevadas de los lejisladores, por una parte, los cuales deben siempre ponerse mas arriba que el vulgo, como institu-

tores e iniciadores; i el pueblo en jeneral, cuya ilustracion debe tomarse en cuenta a fin de que las leyes le sean apropiadas, de tal modo que aunque ellas sean superiores a su capacidad, como deben serlo, no lo sean, sin embargo, en un grado tal que no pueda ni comprenderlas ni obedecerlas con el hábito de practicarlas o de verlas practicar. Este es el criterio con que debe resolverse la cuestion sobre la preparacion del pueblo a los fines políticos i que trataremos mas adelante.

(Sobre esta materia véase Lastarria D. P. i Política Positiva).

Corolarios de este capítulo.

1.º La soberanía en su esencia pura, progresiva e inmortal. Solo puede existir en los fines de la fraternidad. Toda otra soberanía es fortuita i sin consistencia. También podríamos fundar la soberanía en la justicia; pero esta es una palabra vaga que se presta a los subterfujos de la cruda indolencia i es mucho mas corto i decisivo emplear la palabra fraternidad que es mas penetrante e imperiosa, i la cual da por sentado que la justicia no sólo debe respetarse en los demas como un bien comun, sino que lleva en sí como imperativo el respeto de muchos otros bienes comunes. La equidad bien entendida debe tener por fundamento a la fraternidad. De otro modo se debilita, se esteriliza i se anula. ¿Por qué se defiende la equidad? Por la fraternidad.

2.º La soberanía en su potencia mas radiante i activa no debe ser otra cosa que la voluntad comun de realizar el fin social i político, el cual es la creacion del hombre mejor como potencia estética i como potencia intelectual.

3.º Para el buen ejercicio de la soberanía se requiere entónces que los hombres encargados de señalar al pueblo el fin social i los medios de conseguirlo, sean los mas aptos i los mejores, los cuales deben constituir la aristocracia, i servir de fundamento al poder electoral.

Los hombres, no sólo no son iguales, sino que es absurdo e inmoral considerarlos como tales. Si todo es igual, el malo i el bueno, el bruto i el sabio, ¿con qué sin ajitar-nos, esforzamos por mejorarnos?; siempre seremos iguales a los que hân permanecido en el fango. Los hombres no son iguales, pero son hermanos, i es la fraternidad la fuente de donde deben surgir esos sentimientos de humanidad i de sociabilidad que son indispensables para la vida social i para el progreso. ¿Cómo el pícaro será igual al virtuoso? Jamas por jamas. Igualar lo bueno i lo malo, confundirlo en la misma nocion es embrutecerse i embrutecer.

La luz es la distincion; i el reconocimiento público de las distinciones es la mejor sancion de la moralidad. De este modo, la desigualdad de hecho que hoi existe en beneficio de los bribones i de los fatuos se establecerá en beneficio de los hombres de virtud i de doctrina.

Finalmente, la soberanía está limitada a los derechos políticos, no tiene accion sobre los sociales, sino para hacerlos respetar o para hacerlos respetables.



CAPÍTULO XII.

Medio social i económico mas propio para el ejercicio de la soberanía.

Por lo dicho, se ve que la perfecta soberanía exige como fin el hombre social, no el individuo, sino la persona social con sus necesidades sociales. El fin es el desenvolvimiento mejor del hombre social, el cual, como hemos visto anteriormente, sólo se consigue por el triunfo progresivo de las categorías estéticas e intelectuales i por el predominio de los hombres que mejor las representan, esto es, por la institucion de la aristocracia democrática, por cuanto se funda en la eleccion del pueblo, i su fin es la emancipacion intelectual i moral del pueblo mismo, así como la negacion de toda otra aristocracia que tienda a perpetuar la degradacion de las masas. Es el organismo poderoso cuya actividad i cuya potencia sacará constantemente del caos de la miseria i del embrutecimiento todas las energías lejítimas i bienhechoras, todos los hombres de virtud i de valor que ahora viven i mueren desconocidos, haciendo al fin esa justicia de justicias. En efecto, ¿qué mayor injuria a los altos fines de la soberanía que eso de mantener en los limbos de la ignorancia i de la corrupcion tantas almas grandes, donde se ajitan

desapercibidos o burlados los sentimientos sublimes o los sufrimientos sin esperanza, mientras hombres vulgares gozan de los beneficios de la educacion i de la riqueza? Son aquellos los dignos de interes. Es el gran deber de nuestros tiempos llevar a cabo esa redencion de lo bueno i olvidado que ahora *sufre i muere en silencio*. Es el gran deber de los hombres honrados i jenerosos el descender a esos limbos i sacar las almas de los desventurados que claman hace tantos siglos por la luz de la fraternidad. Cuántos sentimientos divinos, cuántas grandes amarguras se exhalan i mueren desconocidas en esas catacumbas sociales. Al mirar esas sombras i al presentir lo que pasa en ellas viene a la memoria aquel verso de un poeta ingles: «Entre nuestros crímenes puede contarse el olvido».

Naturalmente, hai muchísimos que rien de estas cosas. Pero ese númen burlon i desdeñoso, esa sonrisa del fatuo i del ganapan que insultan i manchan nuestra frente, ese criterio de truhanes i de mascarillas que pretende imponerse como signo de buen tono i de gran sentido, criterio insolente i bochornoso que hace alarde de no creer sino en los efectos de actualidad i de brocha gorda, desdeñando todo lo que lleva el sello de lo magnánimo, ese criterio de sanchos i de payasos que invade nuestras naciones sociedades como un miasma de decrepitud i de bajeza moral, ese jenio infernal que tanto mal nos ha hecho con el garrote de nuestros gobernantes o con el diente de la chacota i de la calumnia, tiempo es ya de que retroceda, de que sea convencido i señalado como el peor enemigo de nuestra gloria de pueblos libres i del esplendor futuro de nuestra América.

A los principios que esponemos, el talento conservador podria replicar: Os olvidais por completo de las severas lecciones de la esperiencia i pretendéis comprometer el bello porvenir de nuestra patria con audaces i

estrañas innovaciones. Acaso la Providencia no nos ha querido ahorrar las pruebas i las tentativas peligrosas poniendo al frente de nuestro camino sabios ejemplos que imitar? ¿O la mano divina escribirá en vano sus enseñanzas sagradas? Allí nos ha puesto ese ejemplo de ejemplos, esa gran República de los Estados Unidos, cuya sabiduría, cuya cordura han asombrado al mundo.

¿Qué mas tenemos que hacer sino seguir esas huellas gloriosas? Pues bien, nada encontramos allí que se asemeje remotamente a lo que pretendéis hacer entre nosotros; en esa fragua de libertad, de pensamientos nuevos, de ensayos infinitos, nada hai que autorice vuestras ideas audaces i vuestras peligrosas innovaciones.

Introducís el estilo del romance en estas graves cuestiones i pretendéis oponer el jenio fantástico de E. Sue al jenio severo de los Montesquieu i de los Bentham. De qué tesoros de virtudes ocultas nos habláis? Mirad las masas populares i mostradnos algo digno de esos grandes sacrificios que pretendéis imponer a las santas tradiciones sociales, amparo de la moral de los hombres i de la felicidad de los pueblos. Todo lo bueno que allí aparece tiene que jermínar i levantarse por su propia virtud a las esferas superiores de la sociedad, la cual guarda poderosos órganos de seleccion activa i pasiva que redimen necesariamente lo que en esas masas de abajo es digno de ser redimido. Por lo demas, ¿qué se ve en ellas? Todas las degeneraciones de la intemperancia, todas las manifestaciones de la incuria culpable, de la prodigalidad desdeñosa i de la ingrata malevolencia.

Respuesta. No es igual el jenio de nuestra raza al jenio de los hombres del Norte. Ni es nuestra mision histórica idéntica a la suya. Ni es honroso para nosotros renunciar a toda libre iniciativa para someternos al pobre rol de imitadores serviles de otras naciones, imitando de este modo, no sólo lo que tienen de bueno, sino tambien

lo que tienen de malo. I esta conducta de nuestra parte seria tanto mas reprehensible, si se toma en cuenta que por causa de la diferencia del jenio i del temperamento de raza, eso que es malo entre los hombres del Norte ha de ser muchísimo mas malo entre nosotros. El pauperismo i su séquito de males es un mal en Inglaterra, la accion corruptora de las clases ricas ya se conoce como un mal i como una protesta en algunos puntos de Estados Unidos; pero ámbas cosas no sólo son males, sino grandes calamidades entre nosotros, por las proporciones en que obran en nuestras sociedades. La marcha regular i el equilibrio no son propios de nuestro temperamento, i para elevar a nuestra raza a la altura de los pueblos del Norte no podemos hacerlo, proporiéndonos el mismo fin determinado que ellos se han propuesto, sino que tenemos que buscar un fin mas alto, subir mas arriba, porque sólo así podemos dar a nuestro jenio el impulso necesario para redimir a las muchedumbres de abajo. Así como entre nosotros lo malo es mucho mas malo que entre los hombres del Norte, es menester que a su vez lo bueno se haga mucho mas bueno a fin de redimir ese mal. Como lo hacemos ver en otro lugar, los hijos de las razas latinas somos mas poderosos en el mal i mas poderosos en el bien, i pretender introducir en nuestro progreso el ritmo regular de los pueblos sajones es paralizarnos, o es entorpecer nuestra marcha. La prueba de ello es fácil verla en los hechos: nuestras clases ilustradas en nada ceden a las de los países setentrionales, i sin embargo, nuestro pueblo es incomparablemente inferior. Ese es el mal que triunfa, es el mal inherente i propio de nuestro temperamento de raza; pues si conservamos todo nuestro poder hiperbólico en el mal, i para corregirlo, en vez de hacer uso de medios de la misma enerjia, empleamos los medios mas débiles que se emplean en otros pueblos, donde ese mal es mucho menor, es claro que

escamotamos la responsabilidad moral. Un gran mal sólo puede ser redimido por un gran bien; i el que es capaz de hacer el primero debe ser tambien el que es capaz de hacer el segundo. La moral moderna no es mas que una amalgama de verdad i de sofisma i el que no se esmera en hacer ese análisis, es un hombre interesado en el mal. Segun lo hemos demostrado, los peores males del pauperismo provienen del culto desordenado de las riquezas, i serán ineficaces todos los recursos que contra esos males se empleen, miéntras no se cambie constitucionalmente el ideal de la superioridad, cambiando las clases directoras de la opinion i de la administracion, que ahora son las peores enemigas de las grandes abnegaciones que exige la redencion del pueblo i el esplendor de la virtud. I ahora llegamos a la misma conclusion.

Sujetais a todas las tentaciones corruptoras a ese pueblo desheredado, lo sometéis a las presiones exasperantes de la miseria i del desamparo, de la inhumanidad i del ultraje que lo obligan a recorrer todos los grados de las degeneraciones humanas, i una vez que lo habeis desfigurado, desnaturalizado i hecho monstruoso, una vez que habeis estirpado en él todos los vástagos i todos los jérmenes de la virtud i de la razon expansiva i creadora, lo señalais con un dedo desdeñoso al desprecio de sus semejantes mas afortunados.

A ese caos de abajo van cayendo dia a dia las víctimas inmediatas o mediatas de la intemperancia, de la sencillez de espíritu, de la bondad del corazon, explotados por las perversidades de los demas. I allí vagan ellos i sus descendientes, i allí jimen por la justicia, i allí degeneran i se olvidan de lo que fueron. I en esas sombras está tambien lo bueno que se ha creado a sí mismo mediante un largo séquito de pruebas i sacrificios de que es capaz la madre i la esposa del pobre i el pobre mismo. Son esos buenos perdidos i desamparados los que debemos rescatar, los

que debemos justificar ante Dios i ante los hombres. Sin olvidar, no obstante, la total redencion de las masas, tan corrompidas i criminales, porque sus crímenes caerán sobre nosotros, porque es un crimen no evitar el crimen cuando se puede. ¿Qué cosa mas abrumadora que nuestra ciencia criminal?

En cuanto a esos órganos sociales de seleccion i de absorcion de lo bueno de que hablais, ellos sólo existen ahora en estado rudimentario, i son esos órganos precisamente, los que queremos desenvolver i robustecer.

I en fin, ¿no es Montesquieu el que ha sancionado espléndidamente el principio de los antiguos que dice que el fundamento de la República es la virtud? I ¿no es Bentham el que ha dicho que justicia no es ni igualacion ni talion, sino justificacion i redencion? No nos quedemos entónces como estátuas de sal en la marcha hácia el futuro; sigamos adelante, i desenvolvamos la ideas de esos grandes hombres.

Si el fin social i político es formar al hombre integral, al hombre-estado, al hombre-humanidad, ¿cómo será posible formarlo dejándolo víctima de espoliaciones infamantes, por un lado, o libre de cometerlas impunemente por el otro? Si el fin social es la produccion del hombre, encarnacion progresiva de la patria, i si esa debe ser la esencia de la soberanía, ¿cómo tolerar la soberanía desvergonzada de los simples criminales, por una parte, i de los forjadores de criminales por la otra?

Lastarria, siguiendo a los publicistas europeos, tiene a este respecto, ideas enteramente opuestas. «El derecho no obliga a ningun hombre a hacer lo que es un bien para él solo», dice, pero debiera ser mas esplicito; yo no conozco ningun bien puramente individual; la naturaleza del bien es ser bien comun, pues en el egoismo no hai bien verdadero: la temperancia i la ilustracion mismas no son bienes, si lo que van a conservar o a ilustrar es el

hombre de la perversidad. I agrega: «ni puede conducirlo a su fin, a pesar suyo». Pero tampoco debe permitir que viva echado en el fango con un centenar de sus semejantes ocupados en servirle el heno o la cebada, sino con ciertas condiciones gravosas. Si nada autoriza al Estado para calificar intenciones i móviles que son del dominio del fuero interno o de la vida privada, en cambio, tiene el derecho de calificar, segun la ciencia, los hechos que son del dominio público, i de tal naturaleza, que no pueden subsistir en beneficio de los unos sin ocasionar graves males a los otros, porque esto es violentar la justicia. ¿Por qué el hecho tangible, un asesinato, seria mas punible que una larga serie de atentados i asesinatos consumados disimuladamente, una vez que el hecho se demuestra como un problema de aritmética? Si la injerencia excesiva del Estado es perniciosa, fácil es hacer ver que nuestros principios conducen al mínimum de esa injerencia. En efecto: no debe contarse nunca con un largo equilibrio político: el Estado, a la larga, dominará cada vez mas o dominará cada vez ménos, sobre todo en los pueblos de nuestro temperamento. Luego, la fuerza lejislativa del Estado, que es a la que atribuimos ese poder mas penetrante de que hablamos, puede hacer ámbas cosas, i como debe hacer la segunda, esto es, que el Estado gobierne cada vez ménos, es menester que emplee la mayor suma de poder que le sea posible en educar a los ciudadanos en el sentido de hacerlos cada vez mas aptos para alcanzar el fin social prescindiendo del Estado, i en procurarse los recursos necesarios para ello. Educar ampliamente a todos los ciudadanos en todas las carreras de la libertad lejitima, preparándolos para las iniciativas fecundas de todo jénero, he ahí uno de los principales medios de que debe disponer el Estado para cumplir con el deber de eclipsarse cada vez mas. Otro de los medios es el de destruir toda injusticia tradicional: es

un hecho demostrado que el proletariado es el fruto de una espropiación disimulada, sorda, tenebrosa, inconsciente tal vez, pero cierta. Luego, si el Estado es la personificación del derecho, i éste debe tener por base la justicia, su deber es tomar las medidas necesarias a fin de hacer desaparecer el proletariado. De otro modo, el derecho sería una farsa a beneficio de los válidos i de los poderosos. Luego, el rico no debe gozar tranquilamente de toda su riqueza i el Estado debe gravarlo en la proporción que crea necesario, a fin de ocurrir a la redención del pueblo desheredado. He ahí el Estado en su noción, en su idea, en su energía, dando altos ejemplos de honor i de virtud a los ciudadanos para hacer de cada uno de ellos una encarnación poderosa del Estado. «La verdadera educación de un país de libre discusión, dice Quinet, es el espectáculo permanente de su política.» I si es imposible hacer una gran nación con pequeños ciudadanos, según Tocqueville, en cambio, tampoco se pueden hacer grandes ciudadanos sin los grandes ejemplos del poder público.

Desde luego, en contradicción a lo que dice Lastarria, la esfera moral tiene un punto en que se toca i se penetra necesariamente con la esfera política.

Decís que con las innovaciones que proponemos, comprometemos nuestro gran porvenir. Pero ese argumento sería bueno para justificar toda perniciosa indolencia; comprometiendo la existencia en los momentos oportunos es como se evita la radicación de los grandes males i la ruina irremediable. ¿No hace lo mismo la ciencia médica con los males del cuerpo? Todas las naciones que han perecido ha sido, porque no han querido comprometer su existencia, o más bien su tranquilidad culpable, a fin de aprovechar los grandes momentos i las bellas oportunidades para extirpar el mal que se arraigaba. ¿No fueron los Estados Unidos los que comprometieron su exis-

tencia i el mas bello destino de los siglos por estirpar a tiempo la inhumana injusticia de la esclavitud? Todo el mundo los aplaude i les presajia un gran porvenir en premio de tanta abnegacion. I son, precisamente, esos grandes ejemplos del poder público los que forman los grandes ciudadanos.

Adoptando las medidas que indicamos, léjos de comprometer la suerte de la nacion, se consolida contra esos terribles conflictos que han amenazado siempre a las sociedades que contemplan con desden el problema del proletariado, contra esas guerras sangrientas de clases, que segun Quinet, han hecho perecer muchas civilizaciones, pues son mas peligrosas que las guerras de relijion.

CAPÍTULO XIII

Medio moral mas propio para el ejercicio de la soberanía. — El derecho ha de ser deber.

El principio de la soberanía ha de ser el bien comun. I segun sea el bien comun que un pueblo es capaz de amar o de desear, así será la soberanía que es capaz de ejercer. Un pueblo dejenado, incapaz de conocer i de amar el bien comun, será incapaz de ejercer la soberanía o el derecho, que es su espresion.

¿I cuántos son los factores que entran a componer ese amor del bien comun? Segun lo hemos hecho ver, el simple egoismo no puede producirlo. Esos factores son la capacidad de concebir las cosas tales como son i la capacidad de concebirlas tales como deben ser. El bien es activo i resulta de despertar constantemente en nosotros o en los demas, un ser mejor que el de la actualidad. Amor, humanidad o amistad, eso es la esencia de la vida superior; i así es como principia a sentirse el amanecer de una nueva vida para el alma humana; vida fulgurante i sublime que destella en los héroes i que, sienten todos los que aman la patria como un solo espíritu, donde se unen todos los espíritus particulares. Esto se llama humanidad i se llama patriotismo. Evocar lo mejor en nos-

otros mismos, en los demas i en la patria, he ahí el signo de la vida verdadera, de la juventud de un pueblo. Para ello no se requiere necesariamente, una alta estatura espiritual en la jeneralidad de los ciudadanos; basta con que el cuociente entre la capacidad i la presuncion sea grande, esto es, basta con que el pueblo sea educable. Pues por mucha que fuera su capacidad, si su presuncion es mucho mayor, es seguramente un pueblo veltusto, próximo a su ruina e incapaz de nuevas i grandes iniciaciones, i sobre todo, incapaz del bien, el cual exige el respeto de lo superior que aun no existe i la actividad que se emplea para realizarlo. Este es el distintivo de la superioridad verdadera.

Pero, cuando un pueblo está dominado por una aristocracia de fátuos desdeñosos de la superioridad, envaneidos de su posicion social, entónces el principio de la actividad moral se trastorna, i la jeneralidad de los ciudadanos, en vez de tomar por modelo la superioridad verdadera, tratará de imitar a esos que se imponen como superiores i que están necesariamente interesados en que no resplandezca la virtud, ni en ver en los demas, en vez del hombre superior que quiere aparecer, al hombre de la vulgaridad. I miéntras unos cuantos superiores se esfuerzen por evocar a la patria superior i por obrar como si esa patria fuese ya una realidad, esas superioridades aparentes, mas influyentes i mas poderosas, se burlarán de tan nobles aspiraciones, acompañadas del vulgo que dominan. En tales condiciones, la comunidad intensa de la vida social que hace la grandeza individual, será imposible que se forme, porque esa comunidad resulta del noble concebir, de la tendencia a evocar en los demas el ser mejor de que son capaces, i en la patria, esa patria mas grande que suele divisarse en ciertos momentos fugaces. En tales condiciones la vida social es un perpetuo ultraje: cada hombre que se acerca a nosotros llega ha-

blando al hombre que a nosotros mismos nos avergüenza i que no es nosotros, en realidad. En tales condiciones, los mejores ciudadanos se retraen del trato social, i la opinion, las costumbres i el manejo de la cosa pública quedan entregados a la chusma de esterioridades i de aparato. Esto no sólo es inmoral, sino que es el triunfo imponente de la inmoralidad. Esa sociedad no sólo es mala, sino que es ineducable. ¿Qué nobles fines puede proponerse la soberanía en un medio moral semejante? ¿Qué clase de derecho puede ejercerse en esa sociedad? El derecho criminal de la astucia i de la desvergüenza. ¿Qué encanto habrá entónces en concebir a los demas i la vida comun? Es menester repetirlo: hai muchos hombres en cada hombre i el deber es hablar con el mejor de ellos; al ménos ese es el mejor signo de la superioridad; miéntras que la bajeza llega siempre a nosotros preguntando por el ser mas ruin que podemos ser. El pícaro, al concebir a otro hombre, busca al pícaro en este hombre, trata de evocarlo a toda costa, i a menudo consigue evocarlo en realidad; el egoista buscará en ese mismo hombre, al egoista, el hipócrita, buscará al hipócrita, así como el bueno buscará al bueno. Porque segun el ojo con que se mira, así será lo que se ve. Porque «el ojo es la luz del cuerpo. Entónces si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará iluminado. Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo será tenebroso». (San Mateo).

Pero en una sociedad donde en la jeneralidad de los ciudadanos se verifica que al querer hablar en ellos al hombre de bien i de justicia, sólo sale a recibirnos el hombre de la chacota, del cinismo i de la maldad, ¿qué interes puede haber en concebir a los demas i cómo será posible concebir i amar el bien comun? Hablad de leyes jenerosas, de los altos derechos que impone la dignidad de la patria, de un pueblo cristiano, i una homérica car-

cajada será la única respuesta que obtengáis, o bien, un silencio compasivo i desdenoso.

El hombre virtuoso embellece al mirar lo que mira, o bien hace esconderse avergonzado lo reprehensible i lo culpable. Al hablar a otro hombre evoca lo mejor de ese hombre; pero para esto es menester que este hombre sea educable, esto es, que reverencie lo superior; pues si la nocion de lo superior ha sido pervertida por la imposicion victoriosa de una superioridad bastarda, de impositura i de relumbrones, ¿cómo será posible que reverencie la verdadera superioridad?

Luego, siempre llegamos al mismo resultado: para el buen ejercicio de la soberanía i del derecho que es su expresion, es indispensable crear constitucionalmente una aristocracia racional de justicia, de fraternidad i de virtud, en la cual brillen las nobles facultades i los jenerosos sentimientos, como ejemplos imperativos. Así surgirán los buenos, i así aparecerá en cada hombre el hombre mejor que lleva en sí mismo. Pues si los que dominan son los fátuos i los pícaros, el hombre evocado en todos los espíritus será el fátuo i el pícaro, el cual no dejará de multiplicarse i de empeorarse.

Hai un hombre sublime escondido en todo hombre, i el deber supremo es hacerlo aparecer a la alta esfera de la realidad. Todo hombre es un héroe que viaja de incógnito por la vida, i es un deber supremo aprender a arrancar esas sublimes confesiones al alma humana.

Existe un pueblo mejor escondido en todo pueblo, i el deber del lejislador es tener en vista ese pueblo mejor al dictar las leyes a fin de despertarlo a la realidad.

Hai un pueblo de abnegacion i de grandeza bajo el pueblo vulgar i cotidiano, i el deber de todo ciudadano es pensar i proceder como si ese pueblo superior ya existiese realmente.

He aquí, pues, cómo la concepcion mútua i la unidad

social producida por ella, realizarán la soberanía en su forma mas elevada i mas pura. El bien supremo es hacer el yo muchedumbre, el yo sociedad, el espíritu que vive de la vida de los demas, progreso infinito, porque desde que empieza a ser interesante la concepcion de los otros, ese interes crece i toma las proporciones de una creacion prodijiosa, de un acto creador maravilloso. No será esto el tumulto ni el frenesí; será el hombre bajo todas las fases espontáneas del jenio, el júbilo i la severidad, el entusiasmo i la meditacion, el hombre en su serenidad, en su plenitud i en su gloria; el hombre tal como Dios lo tiene en su idea prototípica, el hombre como creador consciente de sí mismo i de los demas.

Este debe ser el verdadero fin de la soberanía i el verdadero fin político.

Nadie tiene derecho de renunciar a ese fin, de abdicarlo, i si lo abdica, su abdicacion es nula, porque ese fin es un deber i porque es el fin de todo hombre. Nadie tiene el derecho de oponerse a ese fin, directa o indirectamente, porque nadie tiene el derecho de obrar contra sus deberes i mucho ménos contra los deberes de los demas. Hablamos del fuero público i de la accion pública contra esos deberes. De modo que primero es el deber, i el derecho no puede ser sino conforme a lo que el deber ordena. En una palabra, el derecho no es mas que el derecho de cumplir con sus deberes i de compeler a los demas a cumplir con los suyos dentro de ciertos límites demarcados por un acto público de la soberanía con las restricciones que hemos señalado en otro lugar.

Pero estudiemos mas despacio esta cuestion, porque es mui necesario saber de donde emana el derecho. Desde luego, i ante todo, demos por sentado que hai derechos individuales que son imprescriptibles i primordiales, que ninguna soberanía i ninguna mayoría pueden poner en duda; por cuanto esos derechos son indispensables

para constituir al hombre responsable, al hombre moral, al hombre que piensa libremente, que discute libremente i que ilustra libremente su pensamiento i su moral. Esos derechos son, segun lo hemos dicho en otro lugar, la libertad individual (doméstica i de círculo), la libertad de reunion, la de la prensa, la de la creencia i culto religiosos, la de peticion a los poderes públicos, aunque esto último es mas bien un derecho político.

Los lejisladores i los autores de derecho público i natural, parecen haber hecho emanar el derecho del principio de igualdad, i de igual reparticion de un bien comun. ¿Pero de dónde saldría esa igualdad? Entre los animales, el mas fuerte hostiga al mas débil i le arrebatara su alimento. Lo mismo sucede, por lo jeneral, entre las tribus salvajes mas atrasadas. ¿De dónde sacaríamos el principio de igualdad? ¿De un contrato social nacido de la conciencia de la conveniencia? ¿I cuáles serian las garantías de ese contrato? ¿La fuerza comun? Pero si yo puedo explotar astutamente en mi favor esa fuerza comun, ¿quién me lo impediria? Yo puedo seducir a los peores, arrastrarlos a las seducciones de la usurpacion i de la apropiacion, i entónces, con el ausilio de un mecanismo hecho de política i de supersticion, yo puedo esclavizar a la nacion, degradarla i anularla en provecho mio i de mis adeptos. ¿Por qué? Es claro, porque esa es mi conveniencia, i porque es la conveniencia el principio invocado para constituir la nacion. Yo seré un malvado segun la moral; pero hasta aquí no se ha tratado de moralidad.

Como ántes lo hemos dicho, sin una base de moralidad no hai soberanía consistente i racional. La naturaleza de los derechos instituidos por la soberanía son de la misma respetabilidad de la noción humana que se ha tomado por base. Para que los derechos sean realmente respetables, es menester hacerlos derivar de una noción humana mas acabada i potente, es menester elevarse a

la concepcion social i política tal como nos lo ha revelado la filosofia, i en la cual entran elementos mucho mas ricos que la fuerza i la simple conveniencia individual. En efecto, aunque en último resultado, la conveniencia es todo, si ella no se eleva a la conveniencia verdadera del hombre moral que prefiere el martirio a la iniquidad, del hombre social que estima mas la vida de la patria que la suya propia, si la conveniencia no tiene mas sancion que la fuerza bruta, lo mismo que el derecho, entónces el derecho sólo será derecho, miéntras la fuerza no sea vencida por otra fuerza: lo cual da al derecho el carácter de precario i de violento, i deja de ser realmente derecho. Hai pues, que buscar al derecho una sancion mas alta que la de la fuerza, lo cual sólo se consigue enaltecendo los fines de la soberanía, elevándolos a la esfera moral, en la cual la sancion es, ante todo, sancion de la conciencia, obrando bajo el imperativo del deber. Lo cual equivale a decir tambien que un pueblo sin fines morales es incapaz de elevarse a la verdadera soberanía. I en el pueblo de la moralidad, no sólo es la conciencia privada la mejor sancion del derecho, sino que como cada conciencia individual vive muchísimo del aprecio i de la consideracion de los demas, se ha formado una conciencia pública, un alto tribunal espiritual que falla i que discierne el galardón o el reproche i viene a constituir la sancion mas poderosa de los preceptos del derecho. La sancion pública viene a ser entónces la conciencia pública, i en seguida vienen ciertas sanciones mas o ménos eficaces de la administracion i de las leyes.

Cuánta razon no habrá entónces para empeñarse en mantener siempre pura esa conciencia pública, para evitar con todas nuestras fuerzas que por una perversion deplorable no venga a convertirse en la adoradora del buen éxito, en la reverenciadora de la astucia, de la pompa i de la fuerza, hasta convertirse en esa depravada opinion

de nuestras sociedades contemporáneas, que segun ántes hemos visto, es una calamidad jeneral, un principio de putrefaccion i de ruina.

Segun esto, el derecho es derecho porque es deber, i sólo es derecho cuando es deber.

Segun esto, yo tengo el derecho de alimentarme, no sólo porque sea capaz de ello, sino porque tengo el deber de conservar mi vida a fin de cumplir mis deberes privados i sociales. El derecho de la propia conservacion es un derecho subordinado, i aunque nadie tenga derecho de injerirse en la calificacion de móviles internos, sin embargo, cuando los medios que para ello se emplean son evidentemente gravosos para la comunidad, la soberanía puede modificarlos, porque ya desmienten públicamente i con perjuicio ajeno, el fin moral en que se funda el derecho de la propia conservacion.

Yo tengo el derecho de injerirme en los asuntos jenerales de mi país, porque tengo el deber de hacer mis intereses solidarios de los de la comunidad.

Estas ideas están en oposicion con las emitidas por Lastarria en su Derecho Público, segun las cuales el deber no debe salir de la esfera moral i el sentimiento es considerado como un ajente puramente conservador. Aquí, por el contrario, consideramos la política como la mas alta forma de la moralidad, i el sentimiento lo hacemos entrar como factor necesario en la inteleccion creadora i renovadora. No obstante, acatamos la idea principal de Lastarria acerca de la necesidad de determinar ante todo el fin social.

Para pensar de este modo nos apoyamos en el gran principio siguiente: si los grandes ciudadanos hacen las grandes naciones i si la pureza de la vida privada hace la pureza de la vida pública, en cambio, siempre se ha visto tambien que la grandeza de la conducta pública hace la grandeza de los ciudadanos, i que los nobles

ejemplos del Poder público son los mejores predicadores de la moral privada i los mejores correctivos de la opinion. Hai, pues, reciprocidad de accion entre el ciudadano privado i la soberanía en accion, i es seguro que la Historia nos enseña que no basta la accion del ciudadano sobre el poder para la grandeza pública, sino que es igualmente necesaria la accion del poder sobre los ciudadanos como agente de moralidad i de progreso; aunque sea cierto que el Poder no debe elevarse hasta imponer al pueblo actos jenerosos que éste no es capaz ni de comprender ni de soportar.

I ¿por qué el deber es deber?

El deber no es deber porque es remordimiento o dictámen de la conciencia práctica, como lo afirma Kant, sino porque es ciencia del sentimiento i de la naturaleza humana, su dictámen. El remordimiento i los dictados de la conciencia son variables i caprichosos, segun lo confirma la Historia de los pueblos i de las relijiones: en estas se ve que es un pecado para las unas lo que es una virtud para las otras; miéntras que la ciencia del alma humana es absoluta. Ella nos demuestra que lo mas conveniente para nosotros, no es evocar en nosotros al ser mas feliz, sino al ser mas digno de serlo (Kant); no al ser mas fácil i mas brillante, sino al ser mas poderoso, mas vencedor de obstáculos, mas capaz de engrandecer a sus semejantes; i que todas las conveniencias particulares deben subordinarse a esa conveniencia trascendental, suprema e infinita.

Entónces es cuando la soberanía i el derecho se elevan a su fórmula definitiva i absoluta, i la República se hace una institucion sagrada. I como sancion precisa de este principio, como sancion práctica, el predominio de los que mejor encarna esta verdad, la aristocracia de los superiores, es indispensable.

La ciencia de la naturaleza humana, dándonos el cono-

cimiento de las posibilidades i el conocimiento de la posibilidad superior, nos da el conocimiento del deber, que es el triunfo de esta última, sin que sea menester mezclarse en la especulacion i en lo imposible. ¿Es posible emancipar ese pueblo siervo del embrutecimiento i dotarlo con bellas virtudes sociales? Sí, es posible, i mui posible. Luego, eso es un deber, i por consiguiente, un derecho.

En fin, si no es posible aplicar estos principios a la constitucion de todo pueblo con el mismo rigor, es no obstante, evidente, que todo pueblo que es capaz de ventilar cuestiones de esta naturaleza, es capaz tambien de aplicar tales principios en un grado proporcional a su grado de moralidad.

La sociedad no puede dividirse en esferas de actividad independientes en sus fines, por cuanto por encima de todos los fines sociales está el fin de la moralidad, i a él debe subordinarse el fin del derecho representado por el Estado, el cual debe ser el gran moralizador con el ejemplo de su conducta i con la persecucion de la iniquidad; a ese fin deben subordinarse el fin científico, el fin artístico, el fin religioso; i si en estas esferas el Estado no debe injerirse de un modo coactivo, en cambio, el Estado debe fomentar la ciencia verdadera o conforme con sus fines, lo mismo que la instruccion popular moralizadora i emancipadora, lo mismo que las artes tomadas en un sentido elevado, i en fin, lo mismo que la religion, si llegara alguna vez a existir una religion que fuera como una alta expresion estética del Estado mismo. El Estado, conforme a los fines jenerales de la moralidad, no debe injerirse de un modo coactivo en las esferas de la actividad humana, porque el gran fin de la moralidad es crear al hombre responsable, libre i creador de sí mismo; pero por lo mismo que su fin es este, debe inmiscuirse en esas esferas cuando, en vez de formar al hombre responsable

i libre, se forma al hombre de la abyeccion i de la depravacion, como sucede en la esfera económica. En las otras esferas es menester que el Estado sea mucho mas indulgente, porque se rozan con lo que es cuestionable i especulativo, i tanto el Estado como los particulares pueden incurrir en el error. Segun esto, el derecho o la accion del Estado se reduce a facilitar las condiciones de la moralidad segun fines científicos i jenerales, persiguiendo la iniquidad demostrada segun principios positivos, creando una educacion modelo i protejiendo todas las lejítimas actividades del hombre libre. El derecho, segun esto, es la forma mas jeneral i comprensiva de la moralidad, elevada al rango de moralidad imponente, a fin de que pueda favorecer el desarrollo de una moralidad mas concreta i mas rica en el seno de la vida privada i en el seno de la sociedad, bajo la base de que el gran fin de la moralidad es crear al hombre responsable, libre i creador de sí mismo, segun el ideal de la filosofía.

El derecho no puede ser inmoral, no debe ser indifferente a la moralidad: luego, debe ser moral. Hai entonces dos esferas de moralidad. La esfera doméstica i social i la esfera política. En esta última, la moral, en cuanto es coactiva, debe limitarse a buscar el triunfo de la equidad en las relaciones sociales i en las funciones políticas. En la otra esfera el hombre tiene, al parecer, dos caminos: modificarse a sí mismo para armonizarse con la sociedad, o modificar la sociedad para armonizarla con sus ideas; pero para que haya moralidad es menester que, al modificarse a sí mismo, el hombre no lo haga de un modo egoista i servil, sino con un fin elevado, como el de llegar a hacerse un agente moralizador; i cuando trata de modificar la sociedad tampoco debe hacerlo con fines egoistas; lo cual prueba que (haciendo abstraccion del misticismo individual) los dos modos de accion vienen al fin a reunirse en uno solo. Pero como una larga espe-

riencia histórica nos ha probado que las instituciones políticas ejercen una acción poderosa sobre la moral i las costumbres, i que llegan hasta corromper i disolver las sociedades, es menester entónces que concedamos una libre reciprocidad de acción a la moral sobre la política. I como es esta gran voz de la moralidad la que ha hecho surgir i triunfar las buenas instituciones políticas que conocemos, i como la moral tiene un progreso ilimitado, no es justo ni razonable que prohibamos al hombre moral la aspiración i el derecho de mejorar constantemente las instituciones políticas en vista de una moral cada vez mejor i que le obliguemos a aceptar como perfecta i como inamovible una forma política determinada; porque esto sería como atentar contra su libertad mas legítima, cual es la de mejorar la sociedad, desde que, como decimos, este mejoramiento sólo puede asegurarse haciéndose trascendental a las instituciones políticas. Luego, las dos esferas de la moral, la del fuero interno i la del fuero externo, aunque deban mantenerse como distintas (no como opuestas) débense compenetrar a fin de poder obrar la una sobre la otra.

El libre albedrío de Fichte, o su moral, que consiste simplemente en *querer*, conduce inevitablemente al escepticismo, al misticismo i a la inacción. Lo mismo sucedería con la moral, tal como la entiende Lastarria, una vez que el hombre se convenciera de la inutilidad de su acción en la esfera social, porque esta acción era anulada por la poderosa acción de la esfera política cuya transformación era inaccesible a las miras del hombre moral. En efecto, si el hombre descubre que en la esfera económica el Estado está dejando que se perpetúe una espoliación sorda, un delito frío i perseverante, i despues de predicar moral se convence que predica en desierto, porque los ricos no quieren hacer concesiones, i si dirigiéndose al poder político i denunciando el hecho, este poder le res-

ponde que no es de su atribucion el injerirse en la libre accion de la esfera industrial, porque la ciencia política así lo ordena, ¿no es evidente que ese hombre se haria escéptico tanto en moral como en política? ¿No se extinguirian así todos los nobles instintos? ¿Quién no ve que una teoria semejante tenderia a consagrar las concomitancias naturales que siempre han de existir entre la clase rica i la clase gobernante i a hacer irremediable i perpetua la espropiacion del proletario por el rico? Dadas nuestras condiciones sociales en los pueblos latinos, es seguro que el Estado tiene que hacer el mal o tiene que hacer el bien mucho mas allá del límite marcado a los pueblos británicos; i el mejor medio de que no haga el mal es obligarlo a hacer el bien. Un vicio social que no quiere corregirse supone que en el Gobierno del Estado hai cómplices de ese vicio, interesados en que no se corrija, i si les dais un principio consagrado de derecho público para escudar su complicidad, es seguro que el vicio no se corregirá jamas.

El catolicismo que vicia la intelijencia republicana, vicia tambien el corazon. Hacer al hombre que se salva a todo trance, he ahí el fin católico. Segun esto, la política debe subordinarse a ese fin supremo aunque éste imponga la obediencia ciega a los superiores i la abdicacion de la libertad de iniciativa i de accion. Gracias a la relajacion jeneral de las creencias, éstas no hacen todo el mal que debieran hacer. El creyente habituado a ser dirijido por sus superiores jerárquicos i oficiales en la elaboracion de su moralidad i de su accion, ¿cómo podrá ser apto para el *self government*?

No así el protestante, que, por lo jeneral, se cree en-

cargado de instruirse a sí mismo en relijion, leyendo su biblia e interpretándola con cierta libertad; pues de este modo cualesquiera que sean los errores de su creencia, esa práctica elevada i esa alta responsabilidad de su propia direccion moral, le dan el hábito i el gusto del gobierno de sí propio, que es el fundamento de la república.

CAPÍTULO XIV

Medio intelectual mas propio para el ejercicio de la soberanía.—Medio histórico

De las virtudes que deben adornar a la clase escogida a fin de hacer efectivas las buenas instituciones, la primera i mas fecunda de todas es el respeto al pensamiento objetivo, al pensamiento como espresion sincera del alma, el cual debe ser considerado como el creador de la vida i del bien. Porque entónces el respeto mútuo de los hombres, la libre discusion, la comprension jenerosa del pensamiento ajeno, esa caridad de caridades, i la fé en el triunfo definitivo de la verdad, todas estas cosas son del dominio público i sirven de correctivo i de regulador al movimiento político de la nacion, moderando las impacencias i las pasiones de los partidos. En tales condiciones, los vencidos, o se convencen de la verdad de los principios triunfantes, o trabajan por hacer triunfar los suyos, seguros como están de que siendo el pensamiento el único ministro de la verdad, el pensamiento del partido opuesto tendrá al fin que convencerse de ella.

Aquí no hablamos del pensamiento simplemente argumentador i discursivo de los pícaros i de los sofistas, sino del pensamiento como espresion científica, como

expresion estética del alma, i como expresion moral de la voluntad. Hablamos del respeto al pensamiento considerado como el órgano revelador de los secretos del alma humana i de la naturaleza en jeneral.

No sucede lo mismo cuando un dogma indiscutible es adoptado como criterio de verdad, i cuando ese dogma debe servir de guía i límite a la razon de un modo arbitrario i absoluto, en vez de ser creacion de la razon o determinacion imperativa del pensamiento. Porque en tal caso, la razon está como desmentida por sí misma, como intriguada i recelosa de sí misma, i empezará por dudar de las demostraciones mismas de la ciencia cuando no se hallan en abierta armonía con el dogma. ¿Qué valen entónces la discusion i la sinceridad del pensamiento libre en presencia de ese pensamiento esclavizado, torcido i paralizado? El pensamiento será sospechoso, no sólo en aquello que no esté en franca armonía con el dogma, sino en todas sus determinaciones; pues, desde que es susceptible de caer en el error evidente, oponiéndose al dogma, tambien puede serlo en los casos en que no lo tocan. La discusion tiene entónces que estar llena de escabrosidades, de oscuridades, de dudas, de reticencias, i las controversias, tomando el carácter de polémicas, en vez de proponerse sinceramente i sin restricciones el hallazgo de la verdad, sólo tratarán de hallar razones para el sosten de ideas arraigadas. Los hombres no se entienden, los hombres se separan en bandos enemigos e irreconciliables, i confian a las vías de hecho i al empleo de la astucia i de la fuerza el triunfo que el convencimiento es incapaz de obtener. La base fundamental de la República está minada, i una larga serie de pruebas esperan a la nacion. Estas ideas son principalmente aplicables a las razas latinas, donde el espíritu o el significado del dogma se ha encarnado en el temperamento del hombre, como intolerancia i como crueldad.

En tales condiciones, las opiniones políticas deben estar subordinadas al espíritu del dogma o a las creencias religiosas; i el partido o los partidos creyentes no pueden cambiar sinceramente de opiniones políticas, si no cambian la interpretacion del dogma, lo cual es mui laborioso i difícil, o haciendo abstraccion de otras creencias mas explícitas, lo cual no puede hacerse sin restricciones mas o ménos péfidas. En tal caso, el temperamento intolerante, que es propio de las religiones reveladas, se importa a la esfera de la actividad política, produciendo esos dramas sangrientos de que está llena la Historia. En el caso de que haya transacciones, han de ser transacciones del miedo o transacciones péfidas que acechan su momento, llenas de crueles i falaces reservas.

Suponed que un partido de libres pensadores se halla en oposicion con un partido de creyentes de la revelacion, sostenedores del dogma de las penas eternas. Entónces la cosa es mucho peor. ¿Qué no será permitido con tal de salvar las innumerables jeneraciones futuras de las penas del infierno? Todo, ciertamente. ¿Creeis que los creyentes harán el menor caso de las palabras o de las razones de los hombres libres? Jamas por jamas. Oirlos, comprenderlos favorablemente, es ya un pecado. ¿No son, en efecto, esos liberales, los representantes de Satanás en el mundo? La palabra, como instrumento de ilustracion i de verdad, se anula i sólo sirve en lo sucesivo de arma acerada i emponzoñada. En tales condiciones, ser vencido es la desesperacion i la muerte, pues si la palabra era nula en mejores condiciones, ¿qué valdrá ahora que el enemigo triunfante no tiene ningun interes en comprenderla? Luego, en vez de apelar a la palabra, la cual no será mas que un instrumento de recriminaciones, no habrá otra alternativa que recurrir a la fuerza, a la traicion, a la conspiracion i a la muerte. Afortunadamente, en nuestros dias sucede que en algunos países,

como Estados Unidos, el temperamento de raza sirve de contrapeso i de regulador al espíritu del dogma; i en otros, como en Chile, sucede que la creencia se debilita i como que se descolora i se disuelve bajo la accion de los reactivos poderosos de la civilizacion i de los enérjicos disolventes de la razon i de la crítica, i la relijion va quedando reducida a una profesion oral en la jeneralidad del pueblo, lo cual tiene que dulcificar, necesariamente, las tendencias del fanatismo. (Sobre esta materia véase Bilbao, «América en peligro»).

Si la república es la mejor armonía, la armonía activa i previsora que corrige i precave los desacuerdos futuros en una actividad continua, es claro que la república ha de ser la fé en el pensamiento i el progreso constante del pensamiento. Prever i prevenir conflictos futuros, armonizando constantemente los intereses hostiles, es una actividad que requiere la cooperacion constante del pensamiento público, i por esta razon, la vida republicana tiene que ser la vida del pensamiento i de la discusion.

Segun esto, es mui posible una república en Francia o en Italia, por ejemplo; pero será sumamente difícil en España, donde el dogma de la infatuacion nacional, por una parte, i el dogma del infierno (sin hablar del Syllabus), por la otra, paralizan toda verdadera actividad del pensamiento. La Francia tiene su pléyade gloriosa de libres pensadores a quienes rinde culto entusiasta i sincero, i ese culto hace su fuerza i su aptitud para la libertad; lo mismo la Italia; pero la España, ¿qué libres pensadores ha producido?

No sucede en las que ántes fueron colonias españolas, lo mismo que en la que fué su metrópoli. En América recibíamos las iniciaciones misteriosas de la libertad por medio del espectáculo de un nuevo mundo, prodijio en bellezas i en riquezas. I el antagonismo de la España nos hacia inclinarnos a la libertad i escuchar con avidez los

prodijios de la diosa en otras naciones. En fin, la fraternidad de la independencia, creada por la comunidad de intereses, de peligros i de gloria, nos hizo mas aptos para la república i mas enemigos del poder monárquico; todo esto ayudó a establecer como un principio de salvación i como una divisa de radical antagonismo contra la metrópoli, el principio de la libertad de pensar i del respeto del pensamiento. Por eso se ha visto que en los pueblos americanos, donde mas ha faltado esa preparación, ese respeto a la razón activa, esa caridad suprema, en vez de repúblicas, sólo han surgido dictaduras militares i salvajes.

Por lo dicho se comprenderá cuál debe ser el medio histórico mas adecuado para el ejercicio de la soberanía o de la república, que es su forma radiante i final. Una historia de absolutismo, de supremacía monacal, de inquisición i de hogueras, soportada pacientemente, sin protestas i sin jemidos, es, naturalmente, la ménos a propósito para servir de prefacio a la república. Si a esto se agrega una vida de impenitencia i de orgullo, de obstinada ceguera para conocer sus faltas, entónces el mal parece sin remedio. Así, si la España se empeña esmeradamente en disculpar sus funestos extravíos, sus crímenes de América i pretende que todo eso fué el resultado i la obra de la época, i que de nada tiene que arrepentirse, da a entender claramente que la personalidad jenerosa i grande que habria mirado con horror i vergüenza semejantes cosas, aun no ha aparecido en su conciencia, en la cual sólo se levanta el ser miserable para quien tales crímenes eran cosas naturales.

¿Por qué se atribuye a sí misma el mérito de sus hazañas i no dice tambien que sólo fueron obra de la época, i que ella, la España, no es responsable de su gloria, por-

que tampoco lo es de sus iniquidades? Una nacion que ha pervertido hasta ese punto su criterio, es una nacion perdida; pues ¿qué vale un sólo Quintana en ese mar de sofistas infatuados i apolillados por la vanidad? He ahí una nacion inepta para la sabiduría, porque, ¿cómo sabrá reconocer los caracteres de la verdad un pueblo que ha hecho el sofisma i la impostura en su propia conciencia?

En fin, despues de los grandes antecedentes creados por los mártires i los héroes de la justicia i de la libertad, i por los pensadores insignes, lo que mas contribuye a hacer la aptitud republicana de un pueblo, es el entusiasmo por todos los grandes hombres del mundo, por los hechos gloriosos de la Historia, porque este amor divino puede llegar hasta emanciparlo del influjo de antecedentes históricos perniciosos para la vida de la libertad, i algo semejante puede decirse del desarrollo intelectual. Por esta misma razon, Castelar se levanta como el representante de la República en España.

En los paises donde el medio intelectual está viciado, no queda mas recurso de salvacion a un Estado libre, que una provechosa i moralizadora instruccion primaria obligatoria, donde no se olvide la Historia, i una alta educacion científica, a pesar del clero, de los aristócratas i de los resabios del vulgo.

Segun Lastarria, la instruccion primaria no debe ser obligatoria, porque no se debe violar la libertad individual ni aun para hacer el bien. Pero esto es sacrificar el espíritu a la forma: si lo que se quiere salvar es el pleno goce de la libertad individual, es claro que debe obligarse a los ciudadanos a hacer ciertos sacrificios para conseguirla i para hacerla efectiva, poniéndola a cubierto de asechanzas presentes i futuras: con este fin se les obliga

a servir en la guardia nacional, a pagar contribuciones i a otras cosas; i así como se les obliga a aprender las marchas i el manejo del fusil, ¿por qué no podria obligárseles a intruirse, a hacerse seres intelijentes i responsables, ciudadanos capaces de cumplir sus deberes? Eso sí que el Estado debe crear numerosos internados en los campos, donde se alimenten i vistan los alumnos a espensas de la Nacion. I conforme a las ideas espuestas en este capítulo, no debe enseñarse en las escuelas públicas ningun dogma absurdo, ni permitir al clero ejercer el menor influjo sobre ellas. I en fin, segun el modo de pensar de Quinet, es menester llenar la memoria del niño, esa pájina en blanco del libro de la vida, con la grande idea de la patria i de la libertad. Segun él, la instruccion primaria debe ser obligatoria, gratuita i laica, porque es menester, 1.º apartar de ella a los enemigos del libre pensamiento i de la libre accion, a los defensores de la encíclica i del Syllabus, 2.º hacer que los niños pobres i ricos fraternicen en las aulas: bella imájen de la patria, sin castas ni privilejios; 3.º quitar al padre la brutal libertad de hacer a su hijo sordo i ciego de espíritu: todo hombre tiene el deber de sér hombre, es decir, ser intelijente, en cuanto esté de su parte.

CAPÍTULO XV

Otras influencias del medio histórico sobre el ejercicio de la soberanía.—Predominio de las ideas en el desarrollo político.

Al fin se ha hecho camino el principio de que el mundo se gobierne por ideas. A. Comte elaboraba su sistema del progreso humano, segun el cual es el pensamiento el iniciador de la marcha de la humanidad, i las ideas son las creadoras de la Historia, Hegel dominaba la Alemania con su famosa aplicacion de la lójica a la Historia, demostrando que el progreso humano no es mas que el desenvolvimiento lójico de la idea en el espíritu de la humanidad. No entraremos a criticar estos sistemas pero conviene decir de paso que ámbos pensadores no se han apercebido de que, si es verdad que la situacion del espíritu social ha de traducirse siempre por un orden de ideas, estas no se producen por sí sólas, jeneralmente, sino que a menudo son el fruto del ser estético i del ser moral, i que los grandes sentimientos i los grandes hechos enjendran con frecuencia las grandes ideas.

Pero cualesquiera que sean las opiniones a este respecto, todos los pensadores están de acuerdo en que cada época histórica tiene una idea que la domina i en que el pueblo que la representa i la encarna de un modo mas enérgico es el que ejerce mayor influencia sobre los demas. Así, en las edades del fanatismo relijioso, cupo el predominio a la España que era la que mejor lo

representaba, i despues a la Suecia que representó el principio religioso como proselitismo caballeresco hasta que llega el advenimiento de la idea política, no como ciencia de la vida pública, sino como preponderancia nacional, i naturalmente, como despotismo. Es el período de la Rusia bajo Pedro I i Catalina II, de la Francia bajo Luis XIV, de la Prusia bajo Federico II. Ya empieza a iniciarse la época de las ciencias del comercio i de la libertad, i a su cabeza se ve a la Inglaterra i a la Holanda primero, i en seguida a la Francia. El naufragio de la revolucion francesa trae un período de reaccion que no alcanza a la Inglaterra, hasta que ese mismo período vuelve a restablecerse i a recomenzar su grande evolucion.

En cada una de estas épocas, la nacion o las naciones que mejor han representado la idea dominante, son las que han alcanzado mas preponderancia i las que han ensanchado mas sus territorios. Así, cuando la Francia revolucionaria encarnaba la idea de la libertad, era la mas fuerte, la mas conquistadora, porque en ella el poder político estaba vigorosamente apoyado por el espíritu social, miéntras que en Alemania o en Austria, por ejemplo, los gobiernos no hallaban en sus pueblos una cooperacion espontánea i heróica: el espíritu humano ocupado casi todo entero por la idea de la libertad, no tenia ni grandeza ni intensidad, allí donde la libertad era prohibida.

Los Estados modernos de Europa son el resultado de esos diversos períodos históricos, i así como han sido modificados por los períodos anteriores tanto en sus costumbres e instituciones, como en sus límites territoriales, así lo serán tambien por el período actual. La Alemania ha sido vencida de antemano con lo que ella llama su triunfo, haciendo como la Francia entrase a su período de libertad que es el que está llamado a dominar definitivamente, a pesar de las coaliciones del despotismo. La

Alemania posee la libertad científica en un grado eminente i a eso debe sus triunfos; pero la Francia une a la libertad de la ciencia la libertad política, esa gran dignificadora del hombre, i el triunfo ha de ser suyo, segun todas las apariencias, porque es la idea de la libertad la que mas domina a los pueblos modernos.

Segun esto, las naciones no se han hecho poderosas por la astucia i las habilidades, sino porque han representado una enerjía humana en un momento histórico adecuado. Las naciones no han sido ni son poderosas porque han tenido o tienen grandes territorios, sino que han conquistado grandes territorios porque han sido poderosas; i ese poder iniciador nace de la enerjía con que representa una idea en un momento oportuno: ejemplo, la Grecia i Roma en la antigüedad, i España, Prusia, Rusia, Inglaterra, Holanda, Estados Unidos en la edad moderna. La Historia nos va dando una segunda confirmacion de este principio, cuando ella misma va quitando la espada del predominio de los vencedores de la víspera para entregarla a otra nacion que mejor ha interpretado el nuevo momento del espíritu humano.

Hemos llegado a una época en que la fuerza soberana de una nacion puede elevarse a su espresion mas jenuina i mas pura, porque el espíritu de justicia, penetrando todas las esferas de la actividad humana, puede hacer que el Estado i la sociedad civil sean la espresion mas fecunda i mas pura de la humanidad.

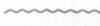
Estas ideas deberian servir de guia al espíritu de las repúblicas hispano-americanas, entre las cuales en boga los publicistas que proclaman el principio que la grandeza territorial es la base de la grandeza política. I seria mui conveniente que estos pueblos se pusieran a meditar sériamente a fin de determinar cual es el fin social i político que corresponde a su momento histórico, i cual es la idea que debe servir de matriz a sus

facultades i a sus potencias de pueblos libres; porque es ahora cuando debe decirse casi sin reserva: «el imperio será del mas digno,» esto es, del que mejor represente el espíritu moderno.

En el capítulo anterior hemos espuesto cuales son las otras condiciones históricas mas adecuadas para el ejercicio de la soberanía. Sólo agregaremos aquí la consideracion siguiente:

El comercio se considera jeneralmente por los publicistas como un factor de la riqueza pública; pero a mas de ser una de las mejores escuelas de la iniciativa i de la libertad individuales, es tambien uno de los mejores modificadores del medio histórico. Él enriquece nuestras facultades simpáticas, abre nuestro sentimiento al cariño de otros pueblos i a las afinidades históricas de todas las naciones, haciéndonos así los hijos del jénero humano i sacándonos del aislamiento esterilizante de nuestra historia particular. Él contribuye a enriquecer la literatura i la ciencia de cada pueblo con la literatura i la ciencia de todos los demas. De este modo, todas las enseñanzas de la Historia i todos los jérmenes fecundos de la humanidad vienen a condensarse en el espíritu de todo hombre. La Holanda i la Inglaterra han debido en gran parte a la virtud de este principio, el progreso de que han gozado.

Si en los paises, donde los inviernos rigurosos impiden el trabajo al aire libre, en especial los trabajos agrícolas, se hace indispensable la industria fabril a fin de arrancar a los hombres de una larga i perniciosa inaccion, en los paises cálidos se hace mas indispensable el comercio, tanto para despertar los intereses individuales, como para traer nuevas ideas a sus habitantes que son inclinados al arte mas voluptuoso que creador.



CAPÍTULO XVI.

Sofisma que dice: el pueblo no está preparado.
Opuesto al otro que dice: el pueblo no necesita
de preparacion.

Pero ¿cómo pretendeis realizar semejantes maravillas cuando el pueblo no está preparado para tales cosas?

En efecto, el pueblo no está preparado, porque de un lado están los ricos que no quieren despojarse de sus actuales prerogativas, i del otro, está la masa bruta sometida al rico, interesado en mantenerla bruta, a fin de manejarla arbitrariamente, segun sus propios intereses.

Entónces, si no estamos preparados, será necesario prepararnos. ¿De qué modo? Comenzando por hacer mal lo que pretendemos hacer, siguiendo por hacerlo un poco mejor i concluyendo por hacerlo bien. Entendiéndose, sí, que en sus principios la nueva Constitucion ha de ser mas indulgente, ménos restrictiva que lo que debe serlo en lo sucesivo.

¿Cómo prepararse para aprender a nadar sin echarse al agua? Para que el niño aprenda a nadar es menester que se meta al agua i que trate de nadar: eso sí que en vez de echarlo desde luego a las aguas correntosas i

profundas, habrá que echarlo primero a las aguas mansas i someras.

Por lo mismo que el pueblo no está preparado es menester prepararlo. I precisamente, una buena Constitucion es aquella que coloca al pueblo en la via de las preparaciones perpetuas i progresivas, porque la vida es una perpetua preparacion. I no prepararse, es como no vivir, o es vivir aletargado.

Por lo mismo que el pueblo no está preparado es menester elegir entre el pueblo a aquellos mejor preparados, a fin de que su accion predominante prepare al resto de la nacion para ejercer una actividad superior.

Así, los ricos que no estan preparados para hacer concesiones en beneficio del pueblo, valiéndose del sofisma de que el pueblo no está preparado para aprovecharlas, no deben tener una parte directiva en la preparacion del pueblo, i deben someterse, ademas, al rol pasivo de ser preparados por los superiores. Los ricos, que no estan preparados para el progreso, deben ser preparados por la razon o la fuerza.

I lo mismo las masas mercenarias, careciendo de toda preparacion para el progreso, deben privarse de todo rol directivo i someterse a la accion de los superiores para entrar en la via infinita de las preparaciones, arrancánlas de las garras del rico que pretende mantenerlas embrutecidas para explotarlas en favor suyo.

Por esto es que si en una nacion no existe una clase social algo numerosa dotada de las facultades intelectuales i morales capaces de apasionarse por ideas atrevidas i redentoras, esa nacion no podrá adoptar eficazmente una Constitucion basada en semejantes ideas. Pues si esos hombres no existen para sostener una Constitucion de este caracter, ¿cómo podrá sostenerse por sí sola a pesar de la malevolencia jeneral?

De modo que, 1.º, aunque el pueblo, en jeneral, no

esté preparado para recibir una buena Constitucion, basta para adoptarla con buenos resultados que una *elite*, una clase numerosa i escojida la acepte i la sostenga; 2.º, la Constitucion debe ser apropiada a la estructura moral de esa clase selecta; pues si ella exige virtudes i talentos de que esa clase carece, la Constitucion será mala, i lo será tambien, aunque en otro sentido diverso, si esa Constitucion, por ser mui mezquina, no exige ni pone en actividad esas virtudes i esos talentos de la clase escojida. Se entiende que si esta clase es numerosa ha de marcar, hasta cierto punto, algun grado de preparacion incipiente de las otras clases: así lo exige la cohesion necesaria de las tendencias, de los caractéres i de las ideas de una sociedad, como tambien el influjo que la clase superior ha de ejercer.

Luego, si, por lo jeneral, es un sofisma decir que el pueblo no está preparado para una buena Constitucion, es, no obstante, absurdo sostener que el pueblo, i sobre todo, su clase escojida, no necesita de cierta preparacion para ello.

En efecto, suponed un lejislador que presenta a un pueblo una Constitucion modelo; pero suponed que en ese pueblo los buenos i los valerosos (con relacion a las ideas de esa Constitucion) son mui pocos, miéntras que los malos poderosos son muchos. ¿Cómo implantar entónces esa Constitucion en ese pueblo? Los poderosos no la quieren i no la aceptarán. ¿Qué hacer entónces? Los buenos tendrán que someterse al rol de apóstoles de una propaganda social para preparar al pueblo, i renunciar, miéntras tanto, a toda iniciativa política.

Por esta misma razon, una Constitucion política como la que indicamos, debe, en sus principios, ser amplia e indulgente, sobre todo, para calificar la habilidad política de los elejidos, a fin de asegurarse de este modo, sino una mayoría numérica, una mayoría de poder. Solon no

dió a los atenienses, segun él decia, la mejor Constitucion posible, sino la que eran mas aptos de comprender i de respetar.

Toda Constitucion ha de tener en vista que es menester principiar a practicarla con ciertas dificultades i protestas, pero éstas han de ser de tal naturaleza que sean la protesta de los malos hábitos que la Constitucion quiere corregir; porque el lejislador no debe tener en vista dejar desde luego contentos a todos, sino el producir una época futura en que la Constitucion sea jeneralmente amada i respetada como la autora de la felicidad jeneral. No es la cabeza la que se hace para el sombrero, sino el sombrero para la cabeza.

El gran mérito de Lastarria es haber demostrado, 1.º la grande influencia de las funciones políticas sobre el hombre social; 2.º que el mejor medio de prepararse a ejercer los derechos políticos es ponerse a practicarlos como se pueda. Esto sólo bastaria para proclamarlo el primero de los políticos modernos, aunque sea verdad que es demasiado absoluto en sus conclusiones. Para refutarlo a este respecto, nos bastan las consideraciones siguientes:

Si un pueblo completamente ignorante de las prácticas liberales es apto para engolfarse en el manejo de sus procedimientos mas puros i radicales, es claro que un pueblo preparado por una práctica preliminar de los derechos políticos, lo será con mayor razon; luego, si nos esponemos a comprometer el crédito de las instituciones libres, entregándolas desde luego al primer pueblo sin preparacion que las pide, ¿no será mucho mas racional concederlas proporcionalmente a los pueblos en una forma adecuada al grado de intelijencia de cada uno? Pues si un pueblo sin preparacion era apto para ejercer los derechos políticos en pleno grado, con mas razon lo será un pueblo que ya ha sido preparado. Que si hai inconve-

nientes en el primer grado de preparacion, ¿no es evidente que los habrá mayores en el segundo o en el tercero? No debemos esponernos a desacreditar las instituciones democráticas sometiéndolas a pruebas que no son capaces de resistir. Ejemplos: la España de hoy i la Francia del siglo pasado.

Lastarria dice que las instituciones liberales se desacreditan principiando por lo imperfecto, porque lo imperfecto trae consecuencias imperfectas i malas; pero es mejor principiar por desacreditar lo imperfecto para principiar a caminar hácia lo mas perfecto, que no desacreditar lo perfecto para retroceder a lo peor o a lo imperfecto. En el empleo de lo mediocre desacreditado, los malos dirán: volvamos a lo antiguo, a lo peor; pero los buenos tendrán derecho de decir, nó, sigamos hácia lo mejor o ménos imperfecto, porque es lo malo de la Constitucion lo que hace mala su práctica.

Por ejemplo, en Francia, a la caida de Mac-Mahon era conveniente aceptar una moderada forma republicana, a fin de dar tiempo de levantarse a la accion a la jeneracion nueva, educada fuera de las tradiciones del Imperio i en los principios republicanos; porque con su ausilio podia llegarse a exigencias mas enérgicas de la verdadera libertad, con éxito casi completo; i el oportunismo de Gambetta es una sabiduría.

Como dice Lastarria i los publicistas citados por él, la libertad del municipio es la mejor esfera de actividad en que puede educarse el hombre del *self gouvernement*, sobre todo cuando la accion de la esfera política se halla viciada por el espíritu de centralizacion. Como este libro no tiene por objeto hacer una esposicion de la ciencia política, sino mas bien señalar sus errores mas graves i los fines i los medios que ella olvida para llevar a cabo la mision de la sociedad, nos abstenemos de entrar en pormenores que no son de nuestra incumbencia.

No debe olvidarse que la peor falta de preparacion de un pueblo proviene de la mala voluntad de una o mas clases directoras, interesadas en el dominio i temerosas de innovaciones que amenacen sus inmunidades o su tranquilidad egoista.

Ejemplos de esto, la nobleza inglesa i la *bourgeoisie* francesa, i la aristocracia en Chile. I como esas clases son poderosas hai que transijir con ellas, hasta que llegue la hora de dominarlas, i hai que contentarse con cualquiera forma política con tal que ella asegure el progreso de las ideas liberales i de la práctica de las instituciones libres, aunque sea a veces lentamente.

Segun Lastarria, la institucion del Estado debe tomar por base los derechos sociales e individuales, los cuales, siendo el fundamento de la sociedad, no pueden ser atacados por el Estado. Pero si al tiempo de querer instituir un Estado liberal, sucede que aquellos derechos están viciados por causa del envilecimiento del pueblo i por las usurpaciones de una clase dominante, resultará que la nueva Constitucion política, al querer estirpar ese vicio de las costumbres sociales, tendrá que habérselas con la fuerza arraigada de las preocupaciones adquiridas i con la malevolencia de los beneficiadores de esa situacion viciosa. En este caso, los hábitos políticos se confunden con los sociales i las dificultades que Lastarria encuentra por cambiar los segundos, se encontrarian tambien para cambiar los primeros. ¿Cómo elevar de repente a un pueblo envilecido e ignorante a la enerjía de las protestas eficaces, o cómo transformar a los interesados de la clase dominante hasta hacerlos renunciar a sus usurpaciones políticas? ¿Por qué Chile no ha podido darse una Constitucion liberal? Porque la oligarquía dominante no lo ha querido i por la ineptia del pueblo. Luego, es necesario preparar esa oligarquía i ese pueblo, ya demostrando al segundo la falsedad de los argumentos de la

primera para no acordar reformas, entregándola al desden universal, ya arrancándole jiron por jiron las libertades necesarias i relativas para elevarnos gradualmente a esa enerjía que nos ha de dar la libertad completa.

Es claro como la luz del dia que si las clases directoras se despojasen de sus intereses bastardos i sólo estuvieran animadas del espíritu de justicia, toda buena reforma política seria lo mas hacedero del mundo. Pero ¿cómo despojar a esas clases directoras de su egoismo i de su perversidad? He ahí la cuestion.

El pueblo necesita prepararse para las buenas constituciones: si los americanos del norte no se hubieran preparado con su vida de colonias libres, con esa larga lucha con el desierto, i si no hubieran atravesado el océano dejando a sus espaldas los resabios de la vieja patria i llevando sólo sus buenos hábitos, dificilmente se habrian elevado a la concepcion i a la realizacion de la obra estupenda.

I son precisamente los Estados Unidos, el ejemplo de la gran República, lo que ha mantenido en la fé republicana a las inexpertas naciones de la América, ántes española i lo que ha impedido a los partidarios de la monarquía el entregarnos al escarnio universal i señalar nuestros fracasos como otros tantos argumentos contra la libertad. Suponed que no hubiera habido Estados Unidos, ¿no es verdad que entónces el parangon necesario que se establecia entre los progresos pacíficos del Brasil i nuestra azarosa vida republicana, sembrada de contrasentidos, de fiascos i de siniestros, habria sido un argumento irrefutable en boca de los numerosos enemigos de la libertad? De la América española sólo se han salvado penosamente algunas repúblicas; lo demas se lo ha llevado el naufragio de la disolucion i de la ruina; luego, la monarquía (como en el Brasil) es mucho mas adecuada para la América: he ahí lo que habrian dicho. Pero los Estados

Unidos abrieron una nueva interpretacion a los hechos i un campo de esperanza a los caidos; ellos son los que han servido de argumento i de apoyo a los partidos de la libertad i del derecho, que de otro modo habrian abdicado i desesperado, i los que han desvirtuado el argumento de que los pueblos, ántes de ser libres, necesitan prepararse a la libertad, reduciéndolo a sus límites lejítimos.

Es cierto que hai mui pocos pueblos en América que sean capaces de iniciarse desde luego en las reformas que indicamos; ellas serian practicables, no obstante, con cierta moderacion, en Chile, Nueva Granada i República Arjentina.

CAPÍTULO XVII

Organizacion del poder electoral, fundada en una noción mas lejitima i mas alta de la propiedad, o en la noción fundamental del derecho.

Ya hemos demostrado en otro lugar cuán fútiles e inmorales son las nociones de propiedad aceptadas por los lejisladores.

Pero por encima de esas reprensibles conveniencias sociales, hai una noción de propiedad que se funda en los principios absolutos de la filosofía i que por lo tanto, debe imponerse a la sociedad e informar sus leyes.

Todo ciudadano tiene el deber de crearse las condiciones económicas, sociales e intelectuales mas adecuadas para la existencia i el desarrollo de su ser moral, como individuo privado i como ciudadano activo. Luego ese es un derecho. Luego, si todos los ciudadanos tienen ese deber i ese derecho, es evidente que ese es tambien uno de los fines de la soberanía que debe realizarse.

He aquí el derecho a la propiedad en su forma i en su noción absolutas. Los demas derechos de propiedad solo son en cuanto se fundan en éste. Así el respeto i la inviolabilidad del individuo i del hogar, por ejemplo, son derechos indispensables, por cuanto sin ellos el derecho

fundamental de que hablamos, privado de ese fundamento de libertad, sería ilusorio, como también lo sería si estos derechos derivados no tuvieran sus límites legales i civiles, aunque no políticos.

Segun hemos visto en otros capítulos de este libro, el fin social o el bien comun no puede ser otro que el de trabajar por el bien, i que el bien objetivo es la realizacion de lo mejor dentro de la esfera práctica. Es evidente que eso mejor es el incremento del ser moral e intelectual i que la sociedad, para realizar su fin, tiene el deber i el derecho de procurar a los ciudadanos las condiciones de educacion i de economía mas adecuadas para realizarlo.

También hemos visto en otros capítulos de este libro que los dos grandes obstáculos que se oponen a la realizacion de ese fin, son: 1.º las tendencias constitucionales de la clase rica, aliada del clero; 2.º la servidumbre del proletario, esclavizado por el rico i fanatizado por el clero. Hemos visto que mientras estos dos elementos entren en la constitucion del poder electoral, los fines de la soberanía serán adulterados i tergiversados i que será imposible la consecucion del fin social. Luego, es claro que esos factores deben ser eliminados de la constitucion del poder electoral, o solo deben entrar a componerlo con ciertas condiciones gravosas (para uno de ellos) i favorables para la realizacion del fin social. Segun esto, a los requisitos comunes del sufragio deben agregarse los siguientes:

El clero representante del Syllabus no puede tener voto en la Constitucion del Estado, porque este ha de ser heterodojo.

No son hábiles para ejercer derechos electorales los ciudadanos que reciben salarios del clero o que ejercen empleos degradantes i serviles; los que reciben salarios, usufructus o utilidades de los ciudadanos que no han que-

rido obtener el derecho de sufragio mediante el pago de un diez por ciento de su renta superflua; los que no tienen una renta o utilidad anual equivalente a treinta fanegas de trigo, mas el equivalente a diez fanegas por cada miembro de su familia; los que no paguen el diez por ciento de su renta superflua. Se califica como superflua la renta excedente de mil fanegas de trigo o su equivalente, cuando el individuo no tiene otros miembros de familia a su cargo, o si los tiene, la renta no superflua se determinará adicionando a la suma anterior, la suma equivalente al valor de trescientas fanegas de trigo por cada uno de los miembros de familia a su cargo (sin incluir allegados i sirvientes).

Estos requisitos podrian resumirse en su parte principal a este precepto jeneral: Todo ciudadano debe comprar el derecho de ciudadanía activa con el diez por ciento de su renta superflua. Naturalmente las cifras indicadas son variables; pueden modificarse segun la experiencia i la ciencia.

De este modo se consigue: 1.º desembarazar la accion lejislativa i administrativa de los tropiezos que ahora encuentra en los ricos o en los elegidos por la plebe que ellos dominan, para levantar al pueblo a su dignidad i al ejercicio de la soberanía; i 2.º proporcionarse recursos para realizar esos altos fines.

Sigamos esponiendo cómo debe organizarse el poder electoral.

Cada diez ciudadanos activos elijen un Elector, el cual tendrá por este hecho diez votos en vez de uno solo, sin que los ciudadanos que lo elijen enajenen por eso el suyo propio.

Cada diez Electores elijen un Primer Elector, el cual, por este solo hecho tendrá cien votos, sin que los Elec

tores que lo elijen, enajenen su derecho a diez votos cada uno.

Cada diez Primeros Electores elijen un Gran Elector, el cual tendrá por ésto mil votos, sin que sus electores pierdan el derecho a cien votos cada uno.

Así se forman cuatro factores electorales: 1.º Los simples ciudadanos activos; 2.º Los Electores; 3.º Los Primeros Electores; 4.º Los Grandes Electores; cada uno de estos cuatro factores vale tanto, como sufragante, como cualquiera de los otros.

De este modo, tenemos derecho para creer que si el primer factor electoral compuesto de los simples ciudadanos activos deje mucho que desear en cuanto a moralidad i a competencia, en cambio, corregido por su propio arbitrio, ha constituido el 2.º factor que debe ser mucho mas apto i mas celoso para el cumplimiento de sus deberes políticos. A su vez, este segundo factor, corrijiéndose a sí mismo, se asocia i elije el tercero compuesto de los Primeros Electores, que deben excederle en rectitud i en juicio; i lo mismo hacen estos últimos eligiendo a los Grandes Electores, entre los cuales deben hallarse los ciudadanos mas eminentes por sus virtudes i por sus luces.

Como un recurso corroborante de esta seleccion perfeccionadora podria permitirse a los Electores elegir ellos mismos (por voto proporcional o distributivo) un treinta por ciento de su número entre los ciudadanos activos a fin de elevarlos tambien al rango de Electores. I permitir lo mismo a los Primeros i a los Grandes Electores, porque deben quedar abajo muchos buenos i modestos ciudadanos ignorados, cuyos méritos sólo son conocidos de los superiores.

Las calificaciones i las elecciones del Poder Electoral serán perpetuas: 1.º para calificar a los ciudadanos activos a medida que cumplen la edad i demas requisitos, i a fin que procedan a elegir su grupo (todos los ciudadanos se

agrupan libre i simpáticamente en grupos de 10); 2.º para elegir los Electores de los tres grados superiores por la muerte de estos o por libre determinacion de sus electores. Pero al trocar a un Elector sin tacha alguna, el Elector superior (de cualquiera de los tres órdenes superiores) descendido a un rango inferior, debe conservar por un tiempo proporcional a su rango, ciertas prerrogativas e inmunidades de que vamos a hablar.

Las masas calificadoras i electorales deben ser presididas por un gran caudillo o gran Elector, con asistencia de dos o mas Primeros Electores de diversos partidos.

Los puestos públicos sólo pueden ser ocupados por ciudadanos activos, los cuales deben ser distinguidos de los ciudadanos abdicantes o inactivos en todas las funciones de un carácter público, dotándolos de preferencias. Así, por ejemplo, la declaracion jurídica de un ciudadano activo debería valer mas que la declaracion opuesta de un ciudadano abdicante. La declaracion de un Elector debería valer, sino proporcionalmente al valor de su voto político, al ménos, muchas veces mas que la de un ciudadano inactivo o abdicante. I lo mismo la de los primeros i grandes Electores. Talvez convendria con este mismo fin que una Gran Comision Electoral, ademas del gran rejistro electoral, llevase un rejistro de todos los ciudadanos que se distinguen por algun mérito, donde se indicasen todas las buenas obras i todas las pruebas de competencia en el saber que cada uno hubiera hecho, a fin de proponerlos en los comicios públicos o por la prensa, a la consideracion pública i ver si eran acreedores a las distinciones civiles indicadas, esto es, de asignarles un valor mas alto, o un número de orden mas elevado como miembros de la sociedad civil, lo cual no solo los haria valer mas como declarantes o como testigos, sino que les daría ciertas prerrogativas. Sin embargo, ya esto seria mui peligroso.

En cuanto al Poder Electoral, sólo se compondria de

los cuatro factores indicados, cada uno de los cuales tendria un valor igual a cualquiera de los otros tres.

El Elector es caudillo, censor, juez i amigable compo-
nedor de sus electores, los cuales sólo ocurrirán a las leyes
ordinarias en ciertos casos determinados. Lo mismo deci-
mos de los Primeros i de los Grandes Electores respecto
de sus electores respectivos. La direccion intelectual, mo-
ral i política, la censura, el arbitraje amistoso, el arreglo
de las discordias privadas, etc., todas estas cosas son de
la atribucion del Elector Superior para con sus electores
respectivos. Huir de la justicia pública siempre que se
pueda. I suplir la ausencia de ésta en esa esfera de la vida
privada donde se hace sentir tanto la necesidad de una
justicia benevolente i autorizada, donde la iniquidad i el
odio hacen muchísimos mas estragos que en la esfera
sometida a la justicia pública.

Los Electores Superiores son inviolables. Un Elector
no puede ser sometido al fuero de la justicia ordinaria
sin la venia de su Primer Elector. I si éste se opone, se
requiere que la autoridad judicial, previo un conocimiento
sumario del asunto, decrete el desafuero. Mayores deben
ser las inmunidades de los Primeros i de los Grandes
Electores, naturalmente.

Los Grandes Electores tienen el deber i el derecho de
denunciar a la justicia ordinaria a los criminales i obligarla
a enjuiciarlos i perseguirlos de oficio. Pueden presentarse
facultativamente a deponer en cualquier juicio particular.
En su calidad de grandes censores, pueden intervenir en
los trámites del matrimonio a fin de evitar los concubina-
tos legales a que ciertos padres someten a sus hijas. I en
fin, tienen el derecho de inspeccionar la buena i lejitima
inversion de los fondos de la educacion pública, en los
cuales deben figurar íntegras todas las sumas cobradas
por derechos electorales, teniendo en vista que esta

Constitucion tiene por mira elevar al mayor número al rango de ciudadanos activos.

Llegado el momento de una eleccion, todo es mui sencillo. Cada Elector recoge el voto de sus electores propios i presenta este voto i el suyo al Primer Elector; éste presenta a su vez el suyo i el de sus subordinados al Gran Elector, i los Grandes Electores presentan la suma total a la comision escrutadora. Cada Elector presenta al superior una acta firmada por sus electores propios en que consta la forma del voto de éstos. Es seguro que las oposiciones no se hallan entre los electores en jeneral i sus propios elejidos, i si las hai, son tan pocas i de tan poco valor, que no vale la pena de tomarlas en cuenta; de modo que no hai peligro real en conceder tanta confianza al Elector Superior, entregándole el voto de sus propios electores. Las oposiciones reales estarán arriba, entre los Grandes Electores. Sin embargo, a mas de las firmas que acompañan las actas electorales parciales, habria otros medios de someterlas a la comprobacion jeneral.

Por este procedimiento no sólo estaria representada la minoría sino todas las minorías, pues el voto proporcional se haria mui practicable. Las diverjencias de opiniones entre el Gran Elector i sus subordinados serian casi nulas, ya se tratara de nombramiento de funcionarios, ya de la recomendacion de una lei o de un código; casi todas las oposiciones estarian representadas en los Grandes Electores, que, pudiendo fácilmente agruparse segun sus opiniones, se harian fácilmente representar de un modo proporcional en las asambleas politicas. Como las objeciones de lejitimidad electoral se harian arriba, i como arriba están todas las oposiciones representadas por los mejores ciudadanos, fácil seria a estos adoptar los mejores procedimientos para comprobar las elecciones.

Ya hemos dicho en otro lugar lo que en esto nos proponemos. Llamar al mayor número al goce de la vida pública, moralizar i enaltecer el fin social. Fundar una sociedad nueva donde cada hombre tenga cada vez una influencia mas proporcional a su valor real. Fundar la aristocracia-democrática que tiene por punto de partida la aristocracia de las superioridades verdaderas, i por fin, la democratizacion del jenio, del talento i de la virtud, i el dominio lejítimo i relativo del mayor número posible.

Con estos mismos fines, i como coronamiento necesario del sistema, seria indispensable separar la Iglesia del Estado. El Estado Nuevo, cuyo fin principal es la redencion del pueblo, no puede rentar a un poder interesado en el triunfo del *Statu quo* i de la ignorancia jeneral.

La mas grande objeccion que pudiera hacerse a este sistema seria la que puede sacarse del ejemplo de otros países libres, pero que aun están en el momento incipiente de la libertad o que suplen los defectos de su Constitucion política con recursos poderosos de que nosotros carecemos. Carecemos de esa prodijiosa actividad yanke que haciendo aparecer todas las aptitudes i todas las superioridades en la prensa, en el meeting, en su vasto i penetrante sistema relijioso, crea una numerosa aristocracia casi toda lejítima que se impone con la fuerza de la moralidad i de la evidencia pública. Nosotros estamos estancados en nuestra pereza de pueblos meridionales i necesitamos de otros medios i de otros estímulos mas reflexivos i mas atrevidos talvez para enmendar los defectos de raza i darnos mas valioso impulso en el progreso. Tampoco olvidemos que esa República se halla amenazada de conflictos futuros, que pueden comprometer su existencia i que bien mirado esos conflictos son de la misma naturaleza de esos que nosotros tratamos de prevenir en nuestro sistema. El espíritu avanza,

el hombre se enaltece, el problema social se complica i el que no le sale al encuentro o el que no lo espera prevenido, será por él sorprendido i vencido.

Se dirá que el principio fundamental de la Constitucion británica es el de que ningun ciudadano pueda ser gravado con contribuciones directas o indirectas sin su propio consentimiento, espresado de un modo solidario i colectivo en una representacion nacional, i que nuestro sistema se inicia precisamente pasando por encima de ese principio fundamental. Se dirá que la defensa de este derecho fué el oríjen de la guerra de los Estados Unidos (entónces colonias) contra la metrópoli, i que es hoi un principio esencial de su Constitucion; en fin, se apelará a la autoridad de los publicistas i pensadores i se dirá talvez, entre otras cosas, que J. S. Mill concede mas sufragios al patron que al simple obrero, i mas al padre de familia que al soltero, lo cual está en oposicion con lo que sostenemos. Pero todas estas razones que parecen tan buenas, tienen una refutacion categórica e irrecusable. Veamos:

1.º La raza hispano-americana representa en la Historia un momento distinto i orijinal, i si su actualidad vale mui poco, en cambio su mision humana envuelve la última i mas bella de las selecciones históricas, por cuanto entraña elementos sociales e ideales mas ricos i mas fecundos; i un *gran pueblo i pequeñas ideas han de estar reñidos*.

2.º Los grandes pueblos no han sido colocados en el teatro del mundo para plajjarse mecánicamente unos a otros por orden de vejez, aunque sea necesario que los unos aprovechen de las lecciones i de la esperiencia de los otros. De otro modo, todos los grandes pueblos orijinales no tendrian justa razon de ser, i la Grecia, la Holanda, la Inglaterra i los Estados Unidos habrian hecho mui mal en crearse una nocion orijinal i nueva de sí mis-

mos. Todo tiene su nocion mas acabada i mas bella, i elevarse a esa nocion mas alta es la libertad i el deber.

3.º El principio de que ningun ciudadano puede ser gravado con contribuciones sin su propio consentimiento, no significa que todos aprueben las contribuciones, sino que todos puedan discutir las; pero casi siempre ha de suceder que una gran parte de los contribuyentes estén pagando contribuciones que ellos o sus representantes reprobaron, aunque inútilmente, por estar en minoría. Pero debemos estudiar el principio, no tanto en su forma como en su alcance i significado prácticos, i examinar su aplicacion a la luz de las observaciones que antes hemos hecho sobre el mecanismo de la riqueza i sobre la economía social. Entónces veremos que en el estado actual de las cosas la gran mayoría de la nacion, que son los proletarios, sufren casi todo el peso de las contribuciones sin tener una participacion racional i consciente en la elaboracion de las leyes que las han prescrito. Porque esos proletarios, o no tienen voto, o su sufragio es cohechado a beneficio del rico, viniendo a ser el rico, en último resultado, el que dicta las leyes sobre contribuciones que tan duramente gravan a la masa desheredada e impersonal, i mantienen este edificio social cuya conservacion significa miseria de las masas explotadas por el hambre, por el capital i la ignorancia. Por lo cual se ve tambien que la única manera de habilitar al pueblo para que tome una parte activa en la elaboracion de las leyes, a fin de que se cumpla en su mayor alcance el principio de Locke, de que nadie debe pagar contribuciones que no ha discutido ni votado, es privar al rico de representacion, o bien, imponerle contribuciones para educar i elevar al pueblo, el cual es la gran mayoría que no paga contribuciones con su renta superflua, sino con lo que le es mui necesario: 1.º porque si es injusto que se impongan a los ciudadanos contribuciones sin su con-

sentimiento colectivo, deberá hacerse lo posible porque los privados de sufragio sean los ménos i no lo contrario; 2.º porque esto no se conseguirá mientras los ricos i su clientela dominen en las urnas; 3.º porque la única manera de habilitar al mayor número, es educarlo i sacarlo de la servidumbre económica, lo cual sólo puede conseguirse con los recursos sobrantes de la sociedad, i estos recursos sobrantes, estando en poder de los ricos, no podrán obtenerse mientras los ricos dominen las elecciones.

4.º ¿Por qué el patron ha de tener mas sufragios que el obrero? Estas ideas de Mill son bárbaras. Patron puede ser el hombre de la humanidad o el hombre de la usura; i es siempre el poderoso imponente que arrastra a sus subalternos. Las ideas que en otro lugar esponemos nos eximen de entrar en mas detalles sobre esto. I en cuanto al mayor número de sufragios que debiera tener el padre de familia, no tiene tampoco mas fundamento que el del espíritu conservador. Todo hombre es apto para llegar a ser padre de familia, i talvez, si no lo es, es por un esmero de prevision i de voluntad, i yo pregunto: ¿quién estará mas dispuesto a elevarse a una concepcion mas independiente i mas justa de los deberes i de los derechos sociales* i políticos, el padre que tiembla ante la miseria de sus hijos i bajo la presion del patron i del acreedor, o el hombre aún soltero que sólo ve la familia en la rejion libre de la idea i es libre en sus determinaciones? Esto sólo seria útil en los paises en que el elemento conservador fuera mui débil, como en Bolivia i Perú, por ejemplo.

En cambio, Mill tiene muchísima razon en pretender que el saber i el talento deben tener un sufragio de un valor mui superior al de la jeneralidad de los ciudadanos.

En Estados Unidos no hai aristocracia racional esta-

blecida de un modo categórico; pero existe la aristocracia de hecho del talento, imponiéndose por la palabra o por la prensa; la de la virtud, imponiéndose por la evidencia i por la opinion ilustrada, todo lo cual es mui bueno; pero existe tambien ahí la aristocracia de la riqueza, lo cual es mui malo i empieza a despertar protestas en ciertas localidades. Allí la prensa, una actividad penetrante en política, en sociabilidad i en la esfera relijiosa, i en fin, una opinion mas ilustrada i mas justa, suplen los defectos de la democracia, estableciendo de hecho una aristocracia mas o ménos lejitima, aunque siempre mui superior a la nuestra; pero esto es fortuito en sus resultados i está espuesto a la degeneracion i a la corrupcion, por cuanto no es el fruto de un pensamiento de política trascendental, sino del simple instinto i de la simple opinion.

La única manera de elejir un cuerpo de rejentes del Poder Electoral i de la moralidad pública, es hacer de modo que todas las oposiciones de carácter, de ideas relijiosas i políticas, de sentimientos estéticos i morales, se hallen representadas en él. El medio que hemos indicado es el único que cumple con este requisito. De este modo el poder inspectivo, la facultad investigadora, estarán siempre alertas; habrá en esa corporacion superior de los grandes electores, bastante penetracion siempre para conocer respecto de la legalidad i de las razones de los elejidos para otorgar los números de órden en los registros de los ciudadanos, operacion que es delicada en grado sumo i que requiere muchas restricciones. Los partidos se vijilan mutuamente i se fiscalizan en este cuerpo director, porque allí están sus primeros representantes.

El sistema que esponemos seria puramente subjetivo

segun los positivistas; pero es ménos subjetivo, ciertamente, que el ideado por A. Comte. Segun Lastarria, en política positiva debe procederse casi siempre de lo jeneral a lo particular; pero si se hubiera seguido este principio, no habria habido ni Repúblicas griegas, ni República romana, ni Confederacion helvética, ni Magna Carta inglesa, i sobre todo, no habria habido esa gran singularidad que se llama Estados Unidos de Norte América: en vez de los grandes hechos humanos, sólo debería reinar, segun el positivismo, la rutina soberana de los pueblos orientales. Pero el mismo autor está en desacuerdo con su principio al reconocer mas adelante que la constitucion política puede improvisarse, a diferencia de la civil.

No es el estudio de la política que se llama positiva lo que ha impulsado a los pueblos a ejecutar las mas fecundas transformaciones políticas, es la indignacion contra el mal, es el amor a la justicia lo que ha hecho las grandes revoluciones; i si la ciencia i la esperiencia de la política han de ayudar necesariamente a esas revoluciones, esta ciencia seria absurda i ridícula, si pretendiera dictar lindes infranqueables a las transformaciones políticas i sociales; pues la esperiencia demuestra que es el sentimiento de la dignidad humana el creador de las grandes revoluciones i regeneraciones, i que es ese mismo sentimiento el que tiene la fuerza de hallar nuevos principios políticos, nueva ciencia política i nuevas creaciones políticas. ¿Con qué derecho una titulada política positiva vendria a decirnos: la evolucion política está terminada en Estados Unidos de Norte América, no vayais mas adelante? Precioso positivismo que principia dictando proposiciones *a priori*, como en los mejores tiempos de la metafísica. Por mas que diga el positivismo, hai una raza latina, poderosa en el bien i en el mal; i en ella, si el mal es intenso, es menester que el bien tambien lo sea; en ella,

si el Estado ha de ser poderoso para el mal, es menester hacerlo poderoso para el bien, en el sentido de hacer al hombre cada vez mas representante del Estado i del derecho, i al Estado, cada vez mas pasivo i ménos interventor. ¿Por qué, si se admiten diversos temperamentos para el hombre i diversos sistemas de vida que le son propios segun esos temperamentos, no se han de admitir tambien diversos procedimientos en la accion progresiva de las razas humanas, las cuales, a mas de diferenciarse por el predominio de un temperamento fisiológico, se diferencian tambien por el temperamento histórico, por las tradiciones i por las costumbres?

Por el sistema electoral que proponemos, se consigue:

- 1.º Entregar al desprecio público a los ricos sin patriotismo que prefirieran la abdicacion política al sacrificio de pagar una contribucion anual i mostrar públicamente que la riqueza está mui léjos de ser una superioridad;
- 2.º dirigir a fines mas nobles que el de la opulencia, la actividad social;
- 3.º crearse una renta suficiente para educar ampliamente al pueblo de un modo práctico i moral, en buenas escuelas rurales i de artes e industrias; pues si la contribucion obtenida por el derecho de sufragio no era suficiente para ello, como el nuevo Congreso formado por la accion del nuevo poder electoral tenia que estar formado por hombres patriotas i liberales, le seria mui fácil dictar otras contribuciones sobre la riqueza, gravando aun a los mismos ciudadanos abdicantes. Todo el producto de esta contribucion se dedicaria exclusivamente a la educacion del pueblo, i el excedente, a la alta educacion científica de los mas aptos, sacados de las escuelas públicas.

Este sistema que parece complicado, tiene en su favor esta gran ventaja: como tiende irremediabilmente a elevar a los mejores, i como serian éstos los que allanaban las dificultades que encontraba en su aplicacion, resultaria que el sistema se hacia cada vez ménos difícil i que tendria ciudadanos cada vez mejores a su cabeza: ventaja inmensa, pues se puede sentar como principio jeneral que todo sistema social que deja libre el acceso a los peores, es seguro que tiene que caer, por mas sencillo i elemental que sea; i vice-versa, todo sistema, por mas complicado que parezca, tendrá garantías de vida i de progreso, si tiene el secreto de elevar a los mejores; porque es evidente que estos mejores han de simplificar lo que el sistema tiene de complicado, sin quitarle su virtud, o bien, habituarán al pueblo a esa complicacion, sobre todo, si ésta no es tal complicacion, sino una actividad mayor del ciudadano.

Finalmente, para los reclamos electorales se haria necesaria la creacion de tribunales o de jurados nombrados por voto proporcional, entre los primeros i los grandes electores, con un gran tribunal de apelacion para los casos mas graves. Es indudable que el partido ultramontano ofreceria sérios inconvenientes a esta organizacion, i, probablemente, en ciertas repúblicas se haria necesaria la confesion pública i jurada de un credo político en oposicion al Syllabus, para otorgar el derecho de ciudadanía política. Esto seria atrevido i peligroso al principio; pero con el nuevo plan de educacion se haria cada vez mas practicable, así como se harían ménos difíciles las funciones i el mecanismo del nuevo poder electoral. En efecto, por una parte, tendríamos la masa jeneral del pueblo, instruida, moralizada i libre; i por la otra, la alta educacion científica acordada a los mas aptos, sacados de las escue-

las públicas, proporcionaria a la nacion grandes i poderosas inteligencias directoras, capaces de vencer obstáculos mucho mayores.

Esta es una obra dificil, en verdad, pero su idea tiene que penetrar i echar raices en el espíritu de los buenos i de los enemigos de la iniquidad. Si no se plantea en el Estado se planteará en un partido, el cual, en virtud de las leyes eternas del espíritu, tiene que triunfar necesariamente. He aquí esas leyes. Separar a los buenos de los malos; dividir la sociedad en dos bandos bien definidos i caracterizados, es establecer en la sociedad un hecho fecundo en moralidad i en energia: la maldad se ve cara a cara i frente al bien, sin disfraces, sin complicaciones sociales, el uno, en toda su justicia, la otra, en toda su perversidad. Entonces la lucha es un deber i una grandeza. En seguida, se verá la gran diferencia que hai entre la union de los malos i la union de los buenos. Miéntras éstos centuplican sus fuerzas morales en virtud de ese secreto divino del espíritu que hace que en una sociedad de seres que se respetan i se aman, cada ser pueda condensar en sí la vida de todos los demas, creando un nuevo ser maravilloso, los malos, de acuerdo en ciertos momentos i en ciertos actos, vivirán llenos de mutuos recelos i de secretos odios, i aunque sean fuertes en los grandes golpes de la infamia, tendrán que dividirse, dispersarse i ser vencidos; porque sus espíritus no poseen el secreto divino de incrementacion que sólo se halla en las grandes fraternidades guiadas por grandes fines.

Esto sólo se consigue señalando el bien i el mal con sus caracteres distintivos de un modo perentorio i absoluto, a fin de quitar toda disculpa i todo subterfujio a los indecisos i a los malos.

Se requieren grandes esfuerzos para llevar al terreno de la práctica estas ideas; pero ¿cómo hacer grandes cosas sin esfuerzos?

Yo creo que se presta a graves objeciones el principio de Lastarria, sobre la facilidad que habria siempre para plantear reformas políticas i sobre la dificultad para llevar a cabo las sociales. Desde luego, podria oponérsele la opinion de dos grandes pensadores modernos, Quinet i Tocqueville. Ambos estan de acuerdo en que todas las reformas sociales pueden llevarse á cabo por la iniciativa del poder, i en que los derechos políticos exigen una vijilancia i un sacrificio constantes de los ciudadanos. Sobre todo, Edgar Quinet, recuerda la emancipacion de los siervos rusos por un simple úkase del Czar; el bien es grande, segun él, pero de ese modo, los pueblos se acostumburan a esperarlo todo del poder, i se establece entre ámbos algo como *un contrato pepétuo de servidumbre*: todos los derechos civiles pueden alcanzarse por el progreso ordinario de las cosas; pero la libertad, la dignidad, esos dones preciosos, sólo pueden obtenerse por el sacrificio i por el esfuerzo. He ahí la opinion neta de ese gran pensador, talvez el primero de nuestro siglo.

La organizacion que proponemos se presta a objeciones i a dificultades innumerables, sobre todo, en lo que concierne a un registro de los ciudadanos, calificados segun sus méritos. ¡Qué de abusos no se pueden cometer en este sentido! Pero aquí partimos del principio de que se trata de una sociedad donde la moralidad está fundada en principios claros i positivos, donde se cree que moralidad, patriotismo i abnegacion, son sinónimos. Se trata de una sociedad que es capaz de transfigurarse por la palabra de sus grandes hombres, i de alzar su frente a esa rejion de los cielos intelectuales en que el hombre vive de la vida de la Historia, del porvenir grandioso i de los entusiasmos redentores; cuando el que mas ama es el que mas puede, i cuando el pueblo reconoce que los superiores son aquellos que mas sienten la gloria del bien i de la fraternidad, i cuando un nuevo secreto de vida pú-

blica, combinacion del cristianismo primitivo i de la nueva ciencia, empieza a revelarse en el espíritu de todos, como en aquella época sublime de Chile en que Bilbao hablaba en la «Sociedad de la Igualdad». En un pueblo como este, nuestros principios son excelentes: ellos son nulos en los pueblos nulos del mediodía, o en los pueblos del Norte, forjados segun otro tipo i segun otro temperamento. No obstante, eso mas difícil que hai que hacer debe dejarse para el fin, postergarse para mejores tiempos.

En un pueblo como el que deseamos, todas las dificultades, señaladas o no, se vencerian fácilmente: el triunfo de los mejores tiene la gran ventaja de que allana todos los inconvenientes que se oponen al triunfo de los mejores: al paso que el triunfo de los malos, tiene el saludable inconveniente de acrecer las dificultades que se oponen al triunfo de los malos, pues los malos se oponen unos a otros o exigen cada vez mas i abruman cada vez mas, hasta que llega un momento en que su triunfo se hace intolerable para el pueblo que los sufre, o para los buenos que viven en la impaciencia, i son arrojados, porque no representan el bien comun, sino el mal del mayor número.

Aquí se trata de un gran misterio de la humanidad, ignorado de los doctos. Se trata de ese secreto divino de la vida revelado por las espontaneidades de los pueblos libres en sus momentos sublimes, cuando la palabra de un tribuno jeneroso o un gran peligro, o una gran gloria, revelan que cada hombre puede vivir de la vida de muchos hombres, cada ciudadano de la vida de la patria, i sentir una vida sublime i espléndida, de la cual un sólo minuto vale mucho mas que muchos siglos de la China, de la Turquía o de la Rusia.

Un pequeño bien conseguido en el gobierno público de un Estado tiene la gran ventaja de que, a diferencia

de los bienes conseguidos en las esferas subordinadas, tiene que multiplicarse progresivamente, hasta hacer mui fácil la consecucion de bienes mucho mayores del mismo jénero. He aquí por qué. Los bienes conseguidos por la difusion de la moral privada i de la enseñanza, por ejemplo, están espuestos a cada paso a verse desmentidos por los hechos imponentes del gobierno i por el triunfo de los ignorantes i de los corrompidos que ese gobierno impondrá como una clase predilecta a la imitacion del pueblo. Mas, los bienes conseguidos en la esfera política, tienen que imponerse como ejemplares a la sociedad i han de vencer las oposiciones de las influencias privadas, por cuanto se imponen como hechos consumados i directores de la vida jeneral. Por eso dice Quinet con tanta profundidad, mas o ménos lo siguiente: «Se habla mucho sobre los sistemas de educacion: las discusiones son sábias i elocuentes; todo el mundo comprende que se trata de un asunto verdaderamente vital. A nadie, sin embargo, se le ocurre decir que la verdadera educacion de un pais de libre discusion, es el espectáculo permanente de su política, i que es soberanamente inútil esperar nada de una modificacion oscura de la enseñanza si ántes no reformamos, no corregimos esa enseñanza omnipotente que día a día habla i resplandece en los hechos i en la tribuna política».

Así, conseguir un poco en esa esfera, por mucho que cueste, es el punto de apoyo para una gran conquista del porvenir.

Como ántes hemos dicho, esta gran reforma social i política tiene la ventaja de poder principiar a ejercerse en el seno de un partido político ántes de que se eleve a lei de la nacion. Tambien hai mui pocos Estados en América que pudieran plantearla desde luego con buen éxito, i no convendria comprometerla con un fracaso.

CAPÍTULO XVIII

La fisiología social i el nuevo sistema electoral

Como consecuencia necesaria de la nueva organizacion electoral se desprende que la clase favorecida por el nuevo sistema es la clase media: de la clase pobre se escluye la gran mayoría, de la clase rica, aunque su abstinencia es facultativa, como su participacion está sujeta a una contribucion anual, puede decirse que una gran parte de sus miembros se abstendrán del derecho de ciudadanos activos; miéntras los miembros de la clase media, por lo jeneral, gozarán todos de ese derecho, sin ningun gravamen pecuniario.

¿Será esto justo o será racional? Penetrando las cosas parece que hai en esto una contradiccion. En efecto, en esa clase media que resulta privilegiada, están todos los aspirantes de la riqueza i de la opulencia que han de subir a ella mas tarde porque cuentan con el temperamento adecuado i con las facultades conducentes, i allí se hallan tambien los que han de descender a la miseria por la intemperancia i por la incuria. Miéntras los idóneos i los buenos de esa misma clase son seguramente los ménos. Es, pues, una zona social compuesta de una masa heterojénea. El establecimiento de las cuatro categorías electo-

rales i su modo de formacion podrá atenuar mucho estos inconvenientes, pero es menester reconocerlos.

Ademas, esa zona privilegiada que vá a servir de *corazon* al organismo republicano se distingue por *cierto* carácter que la hace temible, al parecer. Se nota en ella que las pasiones están en un estado de efervecencia i de crisis que no tienen en la aristocracia de la riqueza ni en el bajo pueblo, lo cual pone de relieve una multitud de vicios en la índole, de intemperancias en el humor, de enerjías chocantes en el carácter. En la clase rica domina el buen tono i la mesura; la templanza i la circunspeccion en el trato social, i en el réjimen doméstico son en ella mui comunes, i dan a sus individuos todas las apariencias de una superioridad moral. En ella son mucho ménos frecuentes las luchas acerbas i los antagonismos irritantes por motivos de intereses. El hábito de dominarse a sí mismos i lo fácil i holgado de su manera de vivir los pone a cubierto de estas i de otras muchas fragilidades humanas. Al paso que en la zona media de la masa social las pasiones del odio, de la ambicion, del amor, del prestigio, se hallan en un contínuo estado de efervecencia que hace aparecer i resaltar las fealdades del hombre en muchos actos reprensibles. A primera vista toda la ventaja está de parte de los ricos: la generalidad de la ilustracion, la moderacion de los caractéres, el conocimiento del mundo, todo parece darles una supremacía real.

Entónces, ¿qué hemos ganado con nuestro sistema?

Es verdad que entre los acaudalados hai mui buenas virtudes que conviene utilizar en bien de la República. I es verdad tambien que entre ellos hai hombres de una alma jenerosa a quienes al parecer no debiera hacerse gravoso el ejercicio de la ciudadanía; pero el mismo desprendimiento que debe suponerse en esos hombres, su patriotismo, que los llevará fácilmente al convencimiento de lo razonable, la fuerza de las consideraciones que he-

mos hecho sobre este asunto, el sistema inexorable de la economía social, son motivos i razones para creer qué el inconveniente señalado es de orden secundario, o que no existe en realidad. Como podria ser un gran ciudadano un individuo que no quiere adquirir la ciudadanía por no desprenderse anualmente del 10% de su renta superflua? Es, pues, casi seguro que los excluidos son hombres de poco valor; i si por acaso no lo fueran, no tienen disponible el vasto ministerio de la prensa, donde pueden ejercer una influencia poderosa si son realmente capaces, o el de la beneficencia, si son virtuosos? Ademas, todos los ricos de una verdadera superioridad están obligados por la fuerza de las cosas a descender a la clase media (ellos o sus hijos), porque eso está en la lei de los buenos corazones. Por otra parte, es, desde luego, una gran ventaja el acercarnos un tanto siquiera, a esa forma política en que, separados los miserables i los opulentos, de la direccion de los negocios públicos, el problema social i político queda enormemente simplificado, porque los dos elementos antagonistas se han anulado bajo una accion mas central que debe armonizarlos.

Pero ya que hablamos sobre esto, echemos una mirada mas penetrante sobre la zona privilegiada i tratemos de conocer su fisiología comparada. En las dos zonas extremas del mundo social la vida está paralizada como en los dos polos del mundo físico; la vida asoma talvez, pero es en los puntos de contacto con la zona media; o mas bien. en ellas la vida está en estado virtual, en potencia, o como simple hábito adquirido; pero lo que es la actividad creadora (vida verdadera) en la una vive como aspiracion remota, en la otra como un recuerdo. En la zona media, por el contrario, la vida está en estado de efervescencia, i en ella todo lo bueno, como todo lo malo, se esfuerza, se dilata, quiere aparecer, diferenciarse i vivir. I hai mucho malo. Pero de que haya muchas cosas ma-

las en ese mundo no se deduce que sea peor que esos dos mundos paralizados, en donde, por lo jeneral, el mal está latente i oscuro, sin conocerse a sí mismo como mal, o al ménos, efectuándose en secreto, i no revelando su existencia sino por la ausencia de las virtudes que son correlativamente necesarias para vencerlo, o bien, por la dureza de las convicciones o por la esterilidad de las ideas. Otras veces el mal se manifiesta, si se quiere, pero con el carácter de furtivo, o bien, va acompañado de paralojizaciones falaces de la propia conciencia.

Pero, en jeneral, el mal vive mas bien en estado latente en esas zonas mas frias de la vida; mientras que en la zona media i ardiente, el mal parece ostentarse como tal. ¿Cual será lo peor? Un mal presente i sujeto al juicio universal es mucho ménos temible que un mal disimulado, i fuera del alcance de la censura. Por otra parte, es en esa zona media donde se encuentra la gran mayoria de los buenos, los hombres mas aptos por sus talentos i por sus virtudes para servir de fundamento a la verdadera república, como igualmente los que se hallan en ese estado económico en el cual ni se temen mucho las innovaciones, ni se tienen motivos para elevarlas a una forma exajerada. Tambien en esta clase lo bueno de cada individuo está casi siempre acompañado de lo malo que le concierne, por causa de un desarrollo mui activo i mui libre; i esta lucha interior, creando un problema moral en cada uno, hace que el pensamiento, si carece a menudo de la facultad conservadora, de la capacidad histórica o erudita, por defecto de ilustracion o por índole, posee, en cambio, en sumo grado, la actividad, el gusto del movimiento, de la fecundidad i de la innovacion. El pensamiento siente su fuerza, cree en sí mismo i tiene el apetito de lo desconocido. Allí están las grandes aspiraciones, los grandes problemas i los intensos dolores. Allí están las grandiosas alturas del mundo humano. El mundo res-

pira por esos volcanes; de ahí salen siempre las grandes ideas, los jenios i las grandes revoluciones, por cuanto la fuerza acumulada en las dolientes masas inferiores ha de encontrar ahí sus órganos de respiracion.

Cuando un aristócrata de la riqueza lee un libro de Rousseau, de Goethe, de Byron, sé deleita su corazon i su espíritu se ensancha. Cuando lee esos libros un hombre de la clase media hai un drama en su alma, las ideas toman formas palpables i realizables i el corazon queda turbado i preocupado por mucho tiempo. Lo que solo es objeto de deleite i de ilustracion en el rico, en el hombre de la clase media es un objeto de elucubraciones i de ensueños, de pasiones i de esperanzas. Eso se acumula i estalla el día menos pensado i trae las nuevas formaciones jeológicas de la Historia de la humanidad. Aquí no tratamos de la riqueza o de la mediania de la fortuna consideradas como accidentes sino como consecuencias del temperamento constitucional de los individuos, segun lo hemos hecho ver en otro lugar.

Pero ademas de esta clase de espíritus, esta clase privilegiada posee tambien los espíritus conservadores, elemento necesario para la marcha regular de una sociedad. En efecto, en ella están los hombres que irian a engrosar las filas o a llenar los claros de la clase rica si no se abrieran a sus aspiraciones horizontes mas bellos i seductores, la esperanza de elevarse a una aristocracia mas racional i mas poderosa. Ademas, Tocqueville presenta la clase media de las democracias verdaderas como el mejor sosten del órden. «Pero los hombres», dice, «que gozan de comodidades igualmente distantes de la opulencia i de la miseria, atribuyen una importancia mui grande a sus bienes». Y añade mas adelante: «Así, en las sociedades democráticas la mayoria de los ciudadanos no ve claramente lo que podria ganar con una revolucion, i siente a cada instante i de mil maneras lo que pudiera perder con ella».

Pero a mi modo de ver, lo que hace mas recomendable la clase que preferimos, es que sus crímenes, sus vicios i sus faltas son francos i abruptos: sus descarrios son patentes, sus pasiones abiertas, i todo lo malo espuesto a la crítica, a la contradiccion i a la condenacion jeneral; i aunque no sea raro ver en ella lo contrario, este es, sin embargo, su jenio dominante. Esto no quiere decir ni que prefiramos el cinismo ni que esta clase sea cínica por naturaleza, sino que en ella todo tiende a manifestarse, lo bueno como lo malo, todo se fortifica i se desenvuelve, i, naturalmente, esta enerjia expansiva ha de aparecer como cinismo muchas veces. Miéntras que en la clase aristocrática de la riqueza, compuesta por lo jeneral de caracteres calculadores i mesurados, el crimen es frio i aun glacial, se enjendra, se desarrolla i se consuma con deliberacion i con calma, i tiene el sello de lo implacable. Lo mismo podria decirse de todas sus pasiones: es la rejion de las clausuras secretas, de los *impacts*, de los tósigos disimulados i lentos, de los estupros legales i sagrados, de los infanticidios, de la intriga falaz i del traidor soborno. Temperamento temible en sumo grado i que trasportado a los hechos de la vida pública puede ser orijen de calamidades irreparables.

Los estravíos de la clase media, por lo mismo que son abruptos, chocan instantáneamente i provocan la reprobacion i la enmienda. Los estravíos de la clase rica son deliberados, tienen algo de latente i de tenebroso, nacen i crecen en silencio hasta tomar proporciones mui grandes. Esta fuerza perseverante i oscura, cuando se transporta á la esfera política es la que ha enjendrado esas seculares opresiones del pueblo que se llaman feudalismo, oligarquia i aristocracia.

Segun estas observaciones yo creo que no hemos hecho mal en tomar la clase media por fundamento principal de la república i de la vida republicana.

Se echará de ver tambien que por el vicio constitucional de la clase privilegiada, por el estado de fermentacion en que se hallan en ella todas las pasiones, las elecciones que ella haga de su primera categoría de electores adolecen de muchos defectos i que sus elejidos dejarán mucho que desear; pero, segun lo demuestra la experiencia, estos elejidos serán siempre en su conjunto mejores que sus electores; lo cual sucede probablemente porque el hombre se eleva con las circunstancias; pero en el caso que nos ocupa hai algo mas: el ciudadano, al elejir su caudillo, debe conocer la gravedad del acto, va a elejir a su juez, a su protector, a su censor, i debe elevar su sentimiento moral i evocar lo mejor de sí mismo para determinarlo i elejirlo; aunque pueda suceder a veces lo contrario. Tambien en tales casos los buenos i los enérjicos se ponen valerosamente al frente e imponen una especie de vijilancia i de sancion de la opinion ilustrada: la serieidad de las circunstancias hace surgir los hombres serios.

Pero de todos modos, esos caudillos, esos Electores, estarian léjos de ser una representacion de lo mejor de la sociedad, i es menester hallar otro recurso para crear esa representacion de lo mejor, lo cual se consigue por las elecciones categóricas o ascendentes. Así como esos primeramente elejidos resultan ser mejores en su conjunto que la masa comun que los elijió, esto nos suministra la idea de volver a mejorar los elejidos, o de hallar otros elejidos mejores, por el mismo procedimiento. Luego, los Electores elejirán los Primeros Electores en menor número, pero que juntos tengan tanto poder como todos ellos; de este modo, es seguro que estos segundos elejidos, siendo por lo jeneral mui superiores a los primeros, el poder electoral quedará mui mejorado. Ahora, si por el mismo procedimiento i en el mismo sentido, elejimos a los Grandes Electores que constituirán la mas alta categoría electoral, compuesta de pocos pero selectos individuos,

estamos seguros de que el Poder Electoral será tan perfecto como puede serlo en nuestras condiciones sociales. Habrá pues, de este modo, cuatro factores o cuatro categorías electorales, cada una de las cuales vale como sufragante tanto como cualquiera de las otras: de ellas, sólo la primera ha sido conocida por las democracias modernas; i si se toma en cuenta que las otras tres valen cada una por sí mucho mas que la primera, nadie podrá poner en duda que el Poder Electoral así constituido, es mui superior al conocido hasta nuestros días.

CAPÍTULO XIX

Consecuencias sociales i morales de este sistema

Pero hai en esta organizacion social que indicamos un punto de vista mui alentador i de una alta moralidad, i es el que se refiere al cambio profundo que debe importar en el espíritu de los hombres en jeneral, en el de los buenos en particular, así como en los fines sociales que persiguen. En efecto: en el día, la riqueza es casi sinónimo de superioridad i de prestigio, i un gran número de jóvenes de excelente natural se ponen en su persecucion porque la creen una base necesaria para fecundar sus buenas aspiraciones. Sin dinero no se hace nada: he ahí la divisa. I helos ahí estraviados en un mundo de mercados ambiciosos, rutineros i orgullosos de su rutina: ¿qué carácter resiste a esa prueba? Pero cuando vean que la riqueza pierde lo mejor de su prestigio, i que mas arriba de ella se levanta mas deslumbradora i mas pura la riqueza moral i sus hombres eminentes, entónces cambiarán de rumbo, se conformarán con una modesta fortuna, la luz del cielo alumbrará sus ojos, i un fin, mas grande i mas divino, se presentará a las aspiraciones de su voluntad.

Lo que sucede casi siempre es que esos jóvenes sin

direccion o mal dirijidos que se dedican a adquirir riquezas por que no ven otro objeto mejor para su vida, bien que principien por desear una modesta fortuna, acaban por ser inmoderados ambiciosos, viciándose cada vez mas su espíritu en esa práctica desnaturalizada i depresiva i gastando sus resortes morales en esa actividad esterilizante, sin ritmo, sin armonía i sin creacion. La diversidad de los caractéres, perdiendo su rico colorido, se hace lineal i jeométrica, la moral se petrifica, i las nobles aspiraciones se oscurecen i se eclipsan.

Es, pues, indispensable para evitar esa vejez prematura, abrir a la juventud un campo mas rico de inspiraciones, a fin de enaltecer los caractéres, de enriquecer los jenios i producir la diversidad estética, que es uno de los grandes fines sociales. Esto se conseguirá con la institucion de la nueva aristocracia. Tambien como en la eleccion de los caudillos se tomará mucho mas en cuenta el carácter i el jenio del individuo, desde que van a ocupar en el trato un lugar tan íntimo como el de un padre de familia, resultará que habrá diversidad en los jenios de los caudillos correspondiente a la diversidad de los jenios de cada uno de los grupos de simpáticos que los elijen: la diversidad estética será así sancionada i consagrada, porque si no aparecia bien evidente en los simples Electores, tendrá, no obstante, que hacerse radiante en los Primeros i en los Grandes Electores.

Otro cambio de gran trascendencia que traeria consigo esta organizacion social seria la modificacion del juicio estético i del criterio moral, tan exclusivos, tan bárbaros, tan depravados en el dia. Efectivamente: las elecciones que se hacen hoy para las funciones públicas tienen mucho de oficial i de convencional; se trata en ellas de no aparecer chocante sobre todo; pero segun nuestro sistema la eleccion es como una seleccion estética, es algo mui íntimo, i por lo tanto, mui libre, i por consiguiente,

ha de ir marcado con el sello de la orijinalidad; no habrá fraccion de minoría, por insignificante que sea, que no pueda ser libremente representada. Luego, la orijinalidad tiene que triunfar i que imponerse como principio vital i como principio orgánico de la sociedad. I en seguida, la necesidad de armonizar las orijinalidades, de hacerlas compenetrarse i comprenderse mutuamente, i el hecho de que los superiores vienen a ser la personificacion de esa mútua comprension vendrán a poner en evidencia que la superioridad verdadera, léjos de ser la reacia uniformidad del carácter unilateral o del jenio crudo e intransijente, es la riqueza comprensiva del alma, la caridad que penetra los espíritus i se alza a la síntesis armonizadora de las oposiciones jeniales. De este modo, las pueriles repugnancias desaparecen, el juicio intolerante tiene que enmudecer, i razon i criterio se harán sinónimos de veneracion de la humanidad en todo hombre.

No ois decir a cada paso: «es un hombre enérjico, un hombre de carácter», por un hombre empecinado, incapaz de transacciones jenerosas? O bien: «es un hombre excelente, no se mezcla en nada i deja hacer». O bien: «es un héroe, espone su vida por una nada». O esto otro: «es un hombre conciliador, siempre halla términos medios a las cuestiones»? Pero la enerjía unilateral que no está solicitada por las fuerzas de la induljencia i de la reverencia, es una enerjía brutal, sin lucha interior, sin transacciones i sin perfeccionamiento. Es la bestia. Un hombre que deja hacer, que nada le importa nada, es una nulidad. Un hombre que espone su vida por cualquiera cosa es un hombre sin fines superiores, pues si los tuviera, temeria esponer su vida por frioleras i dejar sin realizacion sus grandes propósitos.

Un hombre conciliador, que siempre halla medios de conciliar las opiniones opuestas es un vividor indolente,

un hombre sin convicciones i sin dignidad, que sólo piensa en pasarlo bien.

Tambien dice el vulgo: «es un hombre apasionado; por eso hace tales cosas» (infamias). I el vulgo idiota no sabe que un hombre semejante en nada se diferencia de una fiera, i que el hombre es segun su fin, i que el engrandecimiento del ser moral, del ser humanidad, es el fin de los fines.

Hacer de cada hombre una encarnacion distinta de la misma humanidad, adecuada a su naturaleza particular, consagrando el gran principio de la diversidad creciente de los caracteres i de la unidad progresiva de las inteligencias, he ahí el fin humano, i ese fin se hace necesario i evidente segun nuestro sistema orgánico de la sociedad. En vez de la moral escrita, introducir la moral científica que nos obliga a estudiar constantemente nuestra naturaleza, he ahí una responsabilidad necesaria, inmensa, que echa sobre el hombre el deber pesado i duro de tener en una contínua actividad su pensamiento. ¿I acaso el gran fin moral no debe ser la perpétua actividad del espíritu guiado por la idea de su propia grandeza?

Así es tambien como la moral sale de la esfera limitada i mísera del *motivo* o de la *razon de scr* i se eleva a la esfera del juicio verdadero, esto es, a la noción del hombre i al tipo de la humanidad, que es el único término de comparacion con que se puede formar el juicio absoluto de la moralidad. ¿Acaso todos los crímenes no tienen razon de ser? Por eso hai que elevarse a esa justa i perfecta razon de ser que se funda en la noción acabada del hombre.

El hombre no debe ser juzgado en su moralidad por sus impulsos o por sus necesidades inmediatas, sino por la noción verdadera del hombre. Porque el deber no es sólo concebir al hombre tal como es, sino tambien como debe ser, i entónces juzgarlo bien es dedicarle el senti-

miento que resulta de la comparacion entre lo que es i lo que debe ser. Concebir a los hombres indiferentemente tales como son i nada mas, es concebirlos bestialmente, es despojarse de ese sentimiento divino que aspira a lo mejor que Dios ha puesto en nosotros i que es el sentimiento del deber.

Tal es el gran fin moral encargado a la nueva aristocracia i creemos que los medios que hemos indicado para formarla son los mas conducentes para hacer de sus miembros los apóstoles mas prácticos para ese fin, los hombres que mejor encarnan la humanidad en su riqueza estética infinita; los hombres en quienes vive el drama humano, la contradiccion interior i la actividad perpétua del pensamiento. I este es el único medio de crear en cada uno el criterio distributivo que consulta constantemente los intereses jenerales i opuestos de la comunidad para pensar i para obrar i saca al hombre de la individualidad orgánica que sólo es propia de los espíritus inferiores, haciendo al hombre humanidad, al hombre multiplicidad, al hombre nacion. Entónces, segun la espresion de Herbert Spencer, «el hombre podrá dejarse gobernar por los sentimientos reunidos en una especie de consejo».

La sancion, el respeto i la fraternidad de lo diverso es la base del mejor criterio. Cada jenio es un punto de vista diverso de la naturaleza i del mundo moral; consagrandó su diversidad, el pensamiento tendrá entónces que ver todas las cuestiones bajo sus principales puntos de vista, i pensar i fraternizar serán entónces una misma cosa. En vez del pobrísimo i paralítico pensamiento abstracto de los escolásticos, veremos entonces la gloria de la inteligencia humana exaltada al rango de sibila de los misterios de la humanidad i del alma; i el pensamiento así concebido será elevado a su verdadero dominio, a la soberanía de lejislador del alma humana, por cuanto es la voz de

Dios en la conciencia, i abrirá la nueva era del espíritu, proclamando la moral como una ciencia infinita, i el deber de estudiarse eternamente a sí mismo como un problema divino. El pensamiento será entonces la voz del ser estético, el dictámen de la voluntad recóndita, i no el instrumento del sofista.

Otro beneficio muí importante que resultará de la constitucion social que indicamos es la solucion satisfactoria del difícilísimo problema de la emancipacion de las minorias del despotismo impuesto por el mayor número, no solo en la esfera legal i administrativa, sino en la esfera de las creencias i de las costumbres; esta consagracion pública de las diversidades vendrá a ser un correctivo muí eficaz contra esa tirania social sañalada por Stuart Mill en estos términos: «Por lo tanto, no basta la proteccion contra la tirania de los mandatarios: se necesita tambien proteccion contra la tirania de la opinion i de los sentimientos dominantes; contra la tendencia de la sociedad a imponer (por medios distintos de los de la penalidad civil) sus propias ideas i costumbres como reglas de conducta a aquellos que las rechazan; a encadenar el desarrollo, i, si es posible, a impedir la formacion de toda individualidad que no esté en armonia con sus miras. i a compeler todos los caractéres a amoldarse a la norma del suyo propio».

En nuestro sistema, cada caudillo, por simpatia i por deber, protege el carácter i las lejitimas costumbres de sus secuaces, i estos, a su vez, protejen los de su caudillo; porque es esa simpatia del carácter lo que los ha unido. Cada Gran Caudillo o Gran Elector representa la raiz de un árbol jenealójico cuyas ramas principales son los primeros Caudillos, los Caudillos i los ciudadanos: es la cabeza de una gran familia, es un Jenio, una Virtud, un ideal creador que cobija paternalmente todos los miembros de una familia numerosa.

Este sistema político i social tiene la gran ventaja de que puede instalarse i propagarse como sistema de sociedades privadas, sin necesidad de ser incorporado en la Constitucion política de un Estado; lo cual contribuye a asegurarle un progreso infalible i un triunfo final i necesario. Se nota en nuestros dias, en los partidos políticos una grande impaciencia por subir al poder. Pero yo creo que vale mucho mas poder imponer una voluntad desde abajo que tener que obedecerla desde arriba. Lo que importa es la fuerza verdadera i esta no se obtiene sino por una influencia social proporcionada, por la adhesion de hombres valerosos i desprendidos, por la elevacion i enerjia de los caracteres, por la seguridad i altura de las miras políticas, por la disciplina, por el estudio i por un trabajo infatigable i penetrante. Un partido que ha sabido atraerse los ciudadanos mas decididos i mas desinteresados i que ha sabido educar a su reserva en el valor, en la perseverancia, i si se quiere, en el fanatismo de una grande idea, no tiene nada que temer de los avances de la autoridad, ni aun de las dictaduras militares o teocráticas; i llegará un día en que un signo de su mano será una órden para los hombres del poder. La dictadura no podria imponer temor a un partido semejante, porque siempre le quedan las armas poderosas de la palabra, de la prensa, de la enseñanza i de la reunion, con las cuales no tardará en derrocar al enemigo entronizado. I si el dictador va hasta atentar contra esos derechos inalienables e imprescriptibles, entónces la hora de la justicia suprema ha llegado, i mil manos audaces se levantarán para lavar la afrenta de la patria en la sangre de los malvados.

CAPÍTULO XX

Si es justo que el poder venga de abajo hacia arriba segun la democracia, o si debe venir de arriba hacia abajo, segun las aristocracias i las teocracias.

En la práctica de las naciones se observan dos modos diversos de organizacion. Aunque lo sociedad primitiva estrena la accion de sus fuerzas orgánicas con el predominio de algunos caudillos mas fuertes o mas hábiles i de un jefe mas o ménos despótico sobre la masa jeneral, llega, sin embargo, un momento (época) en que este modo primitivo de organizacion puede sufrir cambios considerables.

A veces lo que solo fué el ejercicio de funciones naturales i tradicionales pasa a ser accion deliberada i reflexiva de soberania, i el poder toma la forma de aristocracia o de monarquia hereditarias, rejidas por códigos i tradiciones susceptibles de progreso, o bien, la forma de teocracia selectiva, esto es, que en vez de ser elejida por la sociedad, elije ella misma sus dignatarios; i aun seria mui posible que se viéra el poder público constituido por un patriciado de doctores o de académicos, como lo ha propuesto un pensador del siglo. En estos casos la sociedad

queda organizada de modo que la soberanía reside en unos pocos de arriba, y de esa cumbre el poder solo desciende para imponerse.

Pero otras veces sucede lo contrario. Llegamos un momento crítico en la sociedad en el cual se produce una protesta victoriosa de los de abajo o de los obedientes, o bien, una apelación de una fracción de los de arriba a la masa general. Entonces el pueblo, como despertado, gusta las emociones de la soberanía i puede habituarse a ellas hasta llegar realmente a obrar como soberano, nombrando espontáneamente sus mandatarios i magistrados i reservándose el derecho inspectivo o de vigilancia. En este caso, la soberanía reside en el pueblo i el poder se impone de abajo para arriba, aunque en sus emanaciones secundarias se vea lo contrario, esto es, que los hombres que el pueblo ha elevado a los puestos eminentes sean los que imponen el orden administrativo i su influjo a la generalidad.

Hai, pues, dos modos de ejercer la soberanía i de investir el poder, i como, a pesar de los triunfos del principio democrático, se ha levantado en nuestros días una escuela filosófica pretendiendo imponer a la sociedad un gobierno jerárquico emanado de las Academias, i como el catolicismo ha impuesto un ideal social i político fundado en la teocracia, i hai jentes que lo sostienen de buena fé, es menester examinar concienzudamente a dónde va cada uno de estos sistemas, qué significado debe tener en la evolución social en último resultado.

Pero ningún problema de este jénero podrá resolverse jamás de un modo satisfactorio por los solos datos de la experiencia si ántes no descubrimos en la conciencia un principio absoluto con que interpretar esos datos experimentales i darles su verdadero significado; o bien, si no determinamos cuál es el bien, el deber i el fin social verdaderos. Conocer es juzgar i juzgar es comparar con

el modelo; i para hacer el buen juicio es necesario comparar con el buen modelo: este modelo en el caso que nos ocupa, es el bien final o mejor a que el hombre puede aspirar.

Segun hemos visto en otro lugar, el fin social es hacer los hombres creadores de sí mismos i de los demas, conforme a la idea mas alta de la humanidad. El acto de la creacion es permanente i el deber es realizarlo constantemente; mas este espíritu creador, para perpetuarse como tal, necesita producirse como potencia diferenciadora de los jenios i como luz unificadora de las inteligencias.

Luego, segun estos principios absolutos que alumbran la experiencia i son alumbrados por ella, de los dos sistemas que analizamos, el mejor será aquel cuya práctica ejerce una accion mas vivificante sobre la mayor parte de la sociedad i debe perseverar progresivamente en esta manera de obrar, de modo que la vida pueda producirse proyectando a la realidad todas sus diferencias latentes i que la inteligencia sea cada vez mas capaz de apreciarlas i de armonizarlas.

Grandeza es gran creacion, i esta ha de manifestarse como beneficencia al fin i al cabo. Son los grandes los que saben elevar la benevolencia a beneficencia. La beneficencia ha de manifestarse i ha de ser sentida tarde o temprano, para que sea tal. I si la superioridad o la grandeza debe ser sentida como beneficencia, ¿quiénes deberán sentirla preferentemente? Aquellos que mas la necesitan, es evidente, si consideramos que el principal factor de la beneficencia debe ser el buen tino i la buena direccion para distribuirse. De modo que es el pueblo el que debe sentir mejor la eficacia de la beneficencia, sobre todo entre los que sufren, pues los mas aptos para reconocer la beneficencia como tal son los que sienten sus efectos. Luego, será el pueblo el mas apto para reconocer i proclamar a los grandes bienhechores i a los mas

dignos de ejercer el poder público. I al decir pueblo no nos referimos sino de un modo mui subordinado a la masa bruta, nos referimos, sobre todo, a esas clases sociales mas o ménos ilustradas en las cuales se ajita de un modo mas ardiente i patético el problema de la vida; no hablamos tanto del populacho, el cual sólo es capaz de proclamar celebridades de encrucijada, grandezas teatrales i la beneficencia de detalle, sino que hablamos principalmente de las clases sociales que viven en la zona de las luchas i de las continuas viscisitudes i en cuyo cerebro se ajita incesantemente el problema social, porque penetran por un lado en las miserias de los de mas abajo, i por el otro, en los privilegios de los de mas arriba.

Siguiendo este principio, el pueblo queda en posesion eficiente de la alta facultad creadora, que es el distintivo mas honroso de la especie humana. Crea, en cierto modo, grandes hombres o contribuye a crearlos, i creándolos, se crea i se engrandece a sí mismo. El pueblo posee entónces lo mejor de la personalidad i el hombre se mantiene como persona.

Lo mas natural i lo mas conforme a la esperiencia, segun parece, es que la potencia creadora ha venido produciendo los jérmenes diferenciales de los caractéres i de las facultades humanas desde períodos mui remotos de la formacion orgánica; i que en toda sociedad humana la masa comun del pueblo guarda lo mejor de esos jérmenes, que solo esperan la ocasion de aparecer, de desenvolverse i de ponerse como tipos lejítimos de la vida universal; al ménos las mas grandes revoluciones sociales i políticas así parecen probarlo. I segun esto, siempre será un absurdo de malas consecuencias el dar por sentado que unos pocos favorecidos de la suerte encarnan la totalidad del hombre i la integridad del destino de la especie, privando al pueblo de toda enerjía expansiva i benéfica. Si el pueblo no puede manifestar sus senti-

mientos i hacerlos efectivos con el premio de los hombres que respeta, con la elevacion de los ciudadanos que se interesan por su suerte, la mejor riqueza estética i moral de la sociedad se esteriliza, i esta última queda entónces, en su mayor parte, en el estado de un paralítico cuya inaccion contribuye a postrarlo cada día mas. Por el contrario, si lo dotais de ese poder expansivo, de esos pulmones de la realizacion, una multitud de espíritus que ántes yacian ignorados en ese medio oscuro é inmóvil, empezarán a levantarse a una nueva existencia, i muchos de ellos se elevarán hasta ser hombres ilustres. Así vemos en la revolucion francesa, en la inglesa i en las americanas, surgir una multitud de hombres eminentes que en otras circunstancias na habrian aparecido, sobre todo, bajo el réjimen de una jerarquía teocrática, o de una jerarquía de bachilleres i de doctores.

Suponed que el pueblo no tiene la facultad de elevar a sus escojidos al ejercicio de las grandes funciones sociales, que no puede colocarlos en esa alta escuela de la actividad pública i fundadora, i dad por sentado que una jerarquía eclesiástica, o una oligarquía, o un cuerpo de académicos son los únicos encargados del poder público i de proveer a la administracion jeneral. En tal caso, cada uno de estos poderes, aun suponiendo que sacara sus escojidos de la masa comun de la sociedad, al hacerlo, no tomaria en cuenta, por cierto, las simpatías del pueblo para con los electos, sino la idoneidad de esos individuos para concurrir a la realizacion de los fines del poder. El gobierno teocrático tomaria aquellos mas adecuados para cooperar a la conservacion rigurosa del dogma i de la preponderancia política de la Iglesia. El gobierno oligárquico miraria con suma desconfianza a los simpáticos del pueblo i elejiria a los de un carácter mas dominante i glacial; i por fin, una Academia de doctores solo escojeria a aquellos individuos cuyos cerebros esta-

ban hechos para descollar en las especialidades científicas; poco le importaría sentir palpar entre el pueblo esos grandes corazones que se ajitan con el terrible problema de las desventuras humanas. En todos estos casos se vería la sofocación de lo mejor i mas noble de nuestra naturaleza; el pueblo iría por un lado i los lejisladores por otro, i qualesquiera que fuesen las compensaciones con que estos pretendieran indemnizar a la masa social de su abstinencia política, ya fuese la ilustración jeneralizada, o el bienestar esparcido, siempre tendríamos abajo una gran mayoría privada del primer atributo del hombre, que es el de la libertad creadora, sin participación en la elaboración de su destino i esclavizada en este sentido, a un corto número de privilegiados que están muy lejos de ser la totalidad humana, que mirarán con un desden injurioso i severo todas las orijinalidades atrevidas que quieran levantarse en oposición con lo establecido i que no verán los sufrimientos i las aspiraciones populares sino con los ojos de sus preocupaciones de círculo.

Es cierto que una teocracia de santos (no como Loyola o Santo Domingo) o un patriciado de hombres verdaderamente sabios harían la felicidad de una nación; mas ¿cómo hacer esos santos i esos sabios verdaderos i cómo darles el poder? He ahí la cuestión. La cuestión es, pues, hallar el mejor procedimiento para hacer que la actividad social produzca los hombres sabios i buenos i los eleve a su lejitima respetabilidad. La Historia demuestra que la teocracia, la monarquía i la oligarquía, son ineptas para ese fin, i que poco debemos esperar de las academias. En cambio, la experiencia demuestra cada dia mas que el gobierno popular es el mas apto para producir hombres de abnegación i de un talento verdadero.

En Inglaterra hai una combinación de los dos principios en cuestión. El pueblo levanta a los Pitt, por ejemplo, i la corona hace los Chatham. Pero si el pueblo no

hubiera sentido en su corazon la presencia del grande hombre, la corona difícilmente lo hubiera conocido. Hace mas de cien años que la Inglaterra renueva i robustece su vetusta aristocracia reclutando sus mejores miembros entre los elejidos del pueblo. Gracias a eso ha conseguido conservar el prestigio de su réjimen caduco, i la experiencia de otros pueblos parece demostrar igualmente que la iniciativa popular es el mejor factor del progreso jeneral.

Lo que tiene de mas odioso la tiranía, cualquiera que sea su forma, es que tiende cada vez mas a ponerse en situacion de ignorar lo que hace sufrir. I el gran mal del mundo es que se encuentre rejido por hombres que imponen la lei a los sentimientos universales e ignoran los efectos terribles que en ellos producen. Con este horroroso sistema puede descenderse insensiblemente hasta las tinieblas del limbo sin que se levante un grito de protesta o de condenacion. Lo que hai entónces de mas necesario en el mundo es dotar de órganos espresivos i de facultades de manifestacion eficaz a todo hombre, o por lo ménos, a la jeneralidad de los hombres, a fin de que ese mal, ese descarrío fatal se enmiende regularmente i que no nos vuelva a llevar jamas a las jehenas insondables de la Historia. Ese silencio impuesto a la casi totalidad del mundo, ese silencio que, una vez que llega a imponerse, crece sin cesar como silencio i como inaccion, llega al fin a convertirse en el silencio jeneral de los pueblos muertos que es imposible resucitar. Nada se detiene: la muerte aumenta como muerte allí donde la vida no aumenta como vida. I la sociedad recelosa que desconfía de la naturaleza i sospecha de sí misma acusando de perversa la obra de Dios, i cree necesario encadenarla i trabarla en su desarrollo a fin de evitar las duras pruebas de la vida i de sus grandes alternativas de dolor i de felicidad, caerá en el reposo progresivo de las fuerzas

mecánicas i de su seno que se enfria cada vez mas, no saldrá nunca una de esas grandes palpitaciones que hacen los hechos ilustres de la Historia. De pueblos como estos es de quienes dice E Quinet, que «por no tener su Queronea se abstienen de Salamina». Por no sufrir las duras contrariedades se abstienen de todas las grandezas de que el hombre es susceptible, i buscando el reposo i retrocediendo sin cesar en la existencia llegan al fin a sumerjirse en la pacífica esfera de la vida vegetal. La lei de la diversidad infinita será sustituida en ese pueblo por la lei de la uniformidad progresiva, i el culto de la letra i de la forma hará cada vez mas difícil las libres expansiones del espíritu.

CAPÍTULO XXI

La abstinencia i la participacion en política

Si el Gobierno, o un partido mui poderoso, apoyado en una viciosa Constitucion i en la ignorancia jeneral, se empecina en viciar las elecciones, haciendo imposible el triunfo del partido liberal o su representacion eficaz en el Congreso, es claro que el concurso de este último partido en las operaciones electorales, en vez de serle provechoso, casi siempre le será nocivo. En efecto, esta cooperacion, no siendo mas que una simple ficcion que no le produce mas que desengaños i odios, aprovecha, por el contrario, al partido dominante, por cuanto hace creer a los indiferentes, a los amantes del orden i a la muchedumbre de los ignorantes que el pais está libremente gobernado segun los preceptos constitucionales, desvirtuando así las mas valiosas protestas i las mas imparciales acusaciones.

En este caso, el partido liberal debe abstenerse, pero no para entregarse a la indiferencia i a la inaccion, sino para organizarse mas fuertemente i para iniciar la propaganda de ideas sociales i políticas en la mejor de las masas, en aquella parte del pueblo que le es mas asimilable. Pues si se abstiene para abdicar sus funciones so-

ciales i su mision política, la abstinencia seria peor que la participacion porque traeria por resultado el predominio sin contrapeso del partido conservador, el cual no tardaria en verse dominado por los hombres mas intransijentes i mas retrógrados, i entraria en la pendiente regresiva de los poderes exclusivos i tiránicos.

Hai casos, sin embargo, en que, a pesar de los abusos omnipotentes del poder, el partido liberal debe tomar parte en las elecciones, 1.º para conseguir, si ciertas circunstancias lo permiten, la representacion proporcional de las minorías; 2.º para lanzar a los hombres del poder en una via de arbitrariedades cada vez mayores i tales que provoquen el escándalo i la protesta de todos los hombres de bien. Este caso puede tener lugar cuando hai ciertas probabilidades de vencer, aunque sean mui pocas, pero suficientes para despertar los recelos i los temores i para provocar las escandalosas arbitrariedades del Gobierno i de sus administradores.

Obtener lo primero es de suma importancia, pues consiguiendo que la lei ordene que el número de representantes de cada partido sea proporcional a su respectivo número de electores, no dependiendo ya el triunfo de tal o cual candidato de unos pocos votos, mas o ménos, la suma de violencias i de abusos cometidos no podrá corresponder jamás a la suma de los triunfos obtenidos, a ménos que las violaciones de la lei no fueran escandalosas: de este modo se conseguiria, o moderar el espíritu de los electores i la conducta de los funcionarios, o bien arrastrar al poder a una especie de confesion pública de sus abusos, que es el segundo de los fines indicados.

Al parecer, podria sostenerse que en todos estos casos es mejor la abstinencia que la participacion, i dedicar todas las fuerzas activas del partido a disciplinar a los correligionarios i a educar la mejor parte del pueblo, preparando así un triunfo lejano pero seguro. En efecto,

si por este medio el partido liberal llegara a ser poderoso, es seguro que se haria respetar de los hombres del Gobierno, los cuales tendrian que hacerle concesiones, aun sin que las pidiera, i un dia el poder seria suyo i para siempre. Esto parece sin réplica, sobre todo, si los fines del partido liberal son jenerosos i humanitarios en realidad, i si sabe garantizar su accion pública con el auxilio de una vigorosa sociedad secreta. Pero cabe hacer ciertas reflexiones sobre esta materia.

Un partido cuyo único vínculo orgánico es un principio político y ciertos principios de economía social, es mui difícil que conserve sus facultades de coherencia i de perseverancia cuando se le priva de las esperanzas i de los estímulos de un triunfo posible inmediato i se le somete a la persecucion de un fin remoto. En estas condiciones, las fuerzas capaces de organizar un partido i de mantenerlo en la actividad han de ser de un caracter mas íntimo, tales como las fuerzas de los sistemas religiosos. Careciendo de un sistema peculiar de creencias religiosas distinto del de los hombres de la mayoría, es mui difícil que las fuerzas orgánicas de un partido sean suficientes para preservarlo de las debilidades i de la disolucion en las condiciones supuestas.

La abstinencia es buena, pues, sólo en ciertos casos determinados i con ciertas condiciones de régimen interno del partido. Mas, si hubiere una lei vijente que ordenase que todos los ciudadanos tomaran parte en las elecciones, el partido liberal haria mui mal en tratar de burlar esa lei excelente, pues concurriendo al sufragio todos los hombres de bien, que son los que jeneralmente se abstienen, pudiera hacer que el ejercicio de ese derecho político se hiciera mas respetable de dia en dia.

En el primer caso que hemos señalado como conveniente para la abstinencia debe suceder probablemente que el partido dominante, al verse libre de enemigos, se

divide, haciendo surgir dos partidos en su mismo seno.

Ahora, de estos dos nuevos partidos, uno ha de tener ciertas afinidades con el partido abstinentes, i entónces seria ocasion de hacer con él una alianza transitoria a fin de obtener el triunfo del voto proporcional, o bien otras leyes tendentes a garantir el libre ejercicio de los derechos individuales. Tambien el partido liberal podria entrar en transacciones de otro jénero a fin de hacer triunfar, sino sus principios, al ménos un programa que fuera una conciliacion entre los suyos i los del partido que ayudaba; pero esto ya seria peligroso, porque así las actividades se desorientan i los fines se pervierten. Es menester no olvidar que estas transacciones de principios i estos sacrificios a la actualidad tienen graves inconvenientes; 1.º relajan la disciplina; 2.º oscurecen las inteliencias débiles; 3.º debilitan i desorientan a los caracteres mal cimentados, i parece que aun los fuertes sufren algo como una profanacion o una apostasía; i 4.º se abre ancho camino a las transacciones falaces de la conciencia con los intereses bastardos. En estos enlaces de conveniencias hai algo que se va o que se desvanece en lo mejor de nuestro ser. I sin embargo, así es el mundo i tenemos a veces que aceptar esos sacrificios a fin de mantenernos en la esfera de la realidad i de la accion, aunque debemos siempre trabajar por obtener el triunfo del puritanismo en mejores tiempos i repudiar los enlaces vergonzosos.

La realidad i la realizacion tienen un atractivo poderoso i ejercen una accion imperativa sobre el espíritu: es la lengua que pregonas sin cesar, que repite las cosas de mil modos i en todas partes, i al fin los hombres acaban por acordar cierto respeto a las realidades, por mas malas que sean, pervirtiéndose así el juicio i la moral, a la vez. He ahí por qué no debemos llevar el puritanismo de las creencias hasta la intransijencia absoluta; i he ahí por

qué, si llega el caso de renunciar a la participacion de los actos públicos del Estado, un partido liberal debe refugiarse en otra esfera de actividad i de realizacion, creando una serie de hechos cuotidianos que sirvan de desmentido a los hechos de la administracion pública. Esta esfera de actividad puede hallarse en la prensa, ya protestando, ya propagando; en la enseñanza, i en el acuerdo i en la disciplina de un partido. Mas no debe olvidarse nunca que las conciliaciones son peligrosas, que con frecuencia no se consigue con ellas mejorar la conducta administrativa, que es difícil hacer el balance de sus ventajas i desventajas i que sólo debemos aceptarlas con suma prudencia cuando ellas no pueden significar el naufragio de los caracteres i de los principios.

Nos referimos, sobre todo, a nuestra América, i principalmente a los partidos radicales. I creemos que a estos últimos no conviene jamas la confesion a medias de sus principios. Nada importa perder unos cuantos adeptos por la franqueza de la confesion de principios, si ella va a hacer las veces de estimulante i de despertador para los caracteres simpáticos i flotantes que sólo esperan una luz propicia para reconocerse i para pronunciarse. Así, yo creo que el partido radical de Chile debe proclamar los siguientes principios:

1.º Es necesario una relijion americana, una filosofia americana i una literatura americana.

2.º Es necesario una política americana, un derecho público americano, un patriotismo americano.

3.º Es menester un nuevo principio de sociabilidad, una nueva aristocracia, un nuevo dogma económico.

4.º Es menester un nuevo sistema de contribuciones, un nuevo sistema de educacion.

De este modo, el partido liberal pierde mucho desde luego, pero gana a la distancia, mucho mas, i llega a hacerse idéntico al mejor porvenir de la América latina.

I creo que es conveniente esta profesion de fé porque creo que los partidos se pierden con frecuencia por la indecision de los principios, lo cual trae consigo la irresolucion de las voluntades por la confusion de los fines de los partidos i el triunfo de los intrigantes.

CAPÍTULO XXII

La Estética trascendental i la Jurisprudencia civil

Ya hemos hecho evidente en los capítulos anteriores la indispensable necesidad de descartar de una vez de la ciencia política i social ese criterio paralítico i esterilizante de la simple razon discursiva, de lo que el vulgo llama razon pura, cuya impotencia i cuya nulidad ha sido espléndidamente demostrada por Emanuel Kant en su famosa filosofia crítica; i hemos hecho ver que para penetrar i resolver los problemas sociales es absolutamente necesario recurrir a la razon práctica, a la razon como espresion de la naturaleza humana, a la razon del ser estético o sentimental. Y lo mismo trataremos de hacer ver, aunque mui rápidamente, acerca del criterio que debe dominar en la Jurisprudencia.

Cuál debe ser el fin de las leyes civiles? Inculcar la equidad, asegurar el goce lejítimo, hacer sufrir lo ménos posible. Pero que cosa es la equidad? I en la lejitimidad del goce no puede haber muchos grados? Acaso no es mucho mas lejítimo el goce de lo estrictamente necesario que el goce de lo supérfluo? Acaso hai equidad en acordar las mismas protecciones legales a la viuda que defiende el pobre sustento de sus hijos, i al magnate que se

lo disputa para mejorar la calidad de sus habanos? Esto es absurdo, por mas que la chicana pretenda hacer causal de los abusos que traeria consigo la preferencia legal por los desvalidos. Pero supongamos que sea cierto lo que se dice i planteemos la cuestion en ese terreno. Entónces se trata o de que los pobres despojen a los ricos de una gran parte de su riqueza, o de que los ricos despojen a los pobres de una gran parte de lo que les es indispensable. I siempre la cuestion se resuelve por si misma. En cuanto a eso de que los pobres despojen a los ricos con las garras de astutos tinterillos habria medios para prevenirlo; ademas, el rico se haria entónces mas desconfiado i precavido; i en todo caso, no es mas que una hipótesis hasta ahora. Pero es un hecho público i notorio que hai muchísimos capitalistas en Chile que deben sus fortunas al despojo de los desvalidos i que hai muchos propietarios cuyas magníficas haciendas han sido adquiridas jiron por jiron en una serie de litijios ganados a pequeños propietarios a fuerza de sobornos i de falsificaciones de todo jénero. Vamos al alma. Salgamos del mundo de las esterioridades i de las apariencias i entremos al mundo de las realidades positivas, no al mundo de las cosas, sino al mundo en que las cosas se sienten i donde valen, segun como se sienten. I para ello no es menester entrar al terreno de las especulaciones, prohibidas al lejislador, pues basta creer i dar por sentado que el pobre tiene una naturaleza humana semejante a la del rico. Segun esto, la chōza vale tanto como el palacio; i así como para conocer en un juicio que trata del derecho a un palacio, en vez de un pobre inspector de campo, se requiere la competencia de un juez letrado i de una gran corte de justicia, por qué no habria de ser lo mismo en el caso de la choza? I si el pobre no tiene recursos para defender su choza, no seria mui justo que la lei le otorgara abogados que fueran ampliamente indemnizados a

costa del rico litigante, si el fallo del tribunal condenaba a este último?

Salgamos, por Dios, del inhumano criterio de las leyes romanas, leyes bárbaras, que legislan mucho sobre las cosas i mui poco o nada sobre el significado que tienen las cosas para el hombre que las posee. I decimos que esas leyes son bárbaras, porque en vez de considerar al hombre sensible solo consideran la persona abstracta i automática; en efecto, basta el mas lijero exámen de un ignorante para probarlo: por qué razon un hombre que tiene un millon de pesos i sólo dos hijos tiene derecho de testar a favor de sus dos hijos con exclusion absoluta de muchísimos sobrinos que quedan en la miseria? De donde salió este derecho brutal, por Dios? Es claro que de la bajeza de sentimientos de la sociedad i de los lejisladores. Para probarlo, basta imaginarse una sociedad realmente superior en la cual los sentimientos que se consagran a los padres i a los demás miembros de la familia son mui delicados, humanos i permanentes, i se perfeccionan en vez de borrarse con la muerte de las personas queridas. Entónces ese hombre que testa un millon de pesos sentiria toda la crueldad que habia en dejar a sus sobrinos en la pobreza, sentiria que su propio padre, cuya memoria venera, amaria talvez mas a sus nietos pobres que a sus nietos ricos i que si pudiera los igualaria en las fortunas. Un alma delicada, sentiria profundamente todas estas intimidades afectivas de los que no olvidan, como otros tantos deberes, i si dejaba a sus hijos la mejor parte de su haber no olvidaria nunca a sus pobres parientes. Acaso el olvido i la indolencia no deben sacudirse por la mano despertadora i vijilante del lejislador? Si la fortuna no pasa de ser una buena mediocridad, entónces hai interés moral i no hai mayor injusticia en que la lei permita la exclusion de los parientes. Es mui necesario dejar al padre el sagrado derecho de sacrificar-

se para asegurar a sus hijos un porvenir mejor; pero es injusto dejarle impunemente el miserable derecho de crear holgazanes opulentos con perjuicio de muchos infelices que el padre i la madre de él mirarian con el mismo cariño paternal que a sus propios hijos fãvorecidos. Acaso no está probado que todos tienen derecho a la mediocridad i que, por consiguiente, la propiedad exesiva es una espoliacion? Acaso el lejislador viene para consagrar toda la bajeza existente i para pisotear los sentimientos de los buenos? No son los mejores los que el lejislador debe tener en vista siempre que pueda?

Ahora, si aceptamos el principio jeneral de que el lejislador i el juez deben tener en vista, siempre que sea posible, sin entrar en la especulacion, que el significado que tienen las cosas para el hombre vale mucho mas que las cosas mismas, es evidente que el sistema de los jueces autómatas o simples instrumentos de la letra de la lei es absurdo i es corruptor. Someteis a un juez, inamovible por muchos años, al suplicio de estar dando con frecuencia la razon a la parte que no la tiene, segun su conciencia, sólo porque el trámite ha sido errado i porque la lei tiene que ser deficiente; que sucederá al fin?—que el juez se mecaniza, se apoltrona i conoce i falla con magnífica indolencia, i que al fin se acostumbra a juzgar superficialmente, sin un estudio profundo del asunto; pues él echa de ver mui bien que entrar en este estudio es hallarse por un lado con las deficiencias de la lei, i por el otro, con los dictados de la conciencia; i le está prohibido sentenciar por la simple conciencia personal: por un lado, la lei que profundizada se contradice i deja libre campo a la chicana i al sofisma, del otro, la conciencia personal—¿qué hacer? El juez, vedada la conciencia puramente personal, temeroso de entrar al laberinto del sofisma, se mantiene en las superficialidades de la lei aprovechadas por los abogados mas astutos, i juzga al

acaso con tal que los considerandos tengan cierta apariencia razonable. En efecto, por qué hai, jeneralmente, desacuerdo de pareceres en los miembros de un tribunal en las cuestiones que se miran como importantes? Porque se estudian mas. ¿Qué cosa es importante? No es ciertamente la cifra mayor, sino la cifra que significa mas.

Luego, el jurado es mas moral i mas seguro que el tribunal o el juez inamovibles. Las necesidades humanas son infinitas i los derechos deben serlo igualmente. I sólo la conciencia que es infinita tambien puede juzgar con criterio paternal i humanitario de la accion de esos derechos; porque justicia no es igualacion bestial, sino distribucion racional; i racional es aquello que consulta los intereses humanos en su significado mas intrínseco i mas real.

He ahí por qué hemos querido dar a los Electores superiores (tres categorías) las atribuciones judiciales, con apelacion a los de un rango superior i a veces con apelacion a los jurados o a los tribunales ordinarios. El Elector conoce a fondo a los suyos; quién mejor que él podrá juzgarlos?

Pero sigamos señalando errores de nuestra actualidad judicial.

Supongamos que un pobre i un rico se disputan una hacienda. En este caso sucede, como en muchos otros, que un conocimiento sumario del asunto basta para conocer de parte de quién están casi todas las probabilidades del derecho. En este caso, el derecho aparece de parte del pobre; pero es pobre, la hacienda está en poder del rico, i no tiene recursos ni intelectuales ni pecuniarios para seguir el juicio. El rico queda de hecho con lo ajeno. No seria mui justo que siempre que se pidiera por una de las partes se hiciera constar su pobreza, se iniciara i se efectuara ese conocimiento sumario, i que si resultaba favorable al pobre se le entregara su hacienda,

dejando al rico (pues se supone que no quede en la miseria) espedido el campo para una apelacion? Así el pobre tendria cómo defenderse.

No convendria tambien determinar los casos en que el fallo es definitivo i esclusivo en favor de una de las partes, y los casos en que sólo tiene una sancion relativa al número de jurados que están por una i otra parte, debiendo ser entónces, ya porque hai dudas, ya por la naturaleza del asunto, una composicion entre las partes, proporcional al número de jurados con que cuenta cada una en su favor?

Las leyes que quieren arreglarlo todo por un *sí* o por un *no*, dando el derecho entero a una parte, son absurdas con frecuencia, o espuestas a cometer injusticias mui grandes. El buen lejislador debe contar con la imperfeccion del saber humano, i con que la vida privada está envuelta en duros problemas i sujeta a pruebas rigurosas que deben ser suavizadas en vez de agravadas. Es cierto que de este modo bastará que uno solo de los jurados sea corrompido para que la sentencia sea torcida; pero aun así, el mal es menor, i sobre todo, debe contarse con que la sociedad que admite leyes semejantes no sólo sea superior por su intelijencia, sino por su moralidad. El fallo unilateral que dá toda la justicia a una parte por mayoría de votos, haciendo abstraccion completa de la minoría, está espuesta a cometer con frecuencia esas grandes injusticias que dejan a una familia en la miseria, por ejemplo, i que valdrian por mil injusticias de menores consecuencias. Al paso que el fallo proporcional o distributivo, si es cierto que daria mas ocasion para cometer pequeñas injusticias, casi nunca las cometeria grandes. Si tengo cien mil pesos i me quitan cincuenta mil, no será un gran mal, pero si sólo tengo diez mil i me los quitan todos, esto será talvez mi muerte i la perdicion de mis hijos.

Es verdad que esto seria estimular la intemperancia i el abuso de ese cardúmen venenoso que vive de quere-llas i de chicana; seria desencadenar un torrente de codicias bastardas i malhechoras; si el voto de un solo jurado es suficiente para salir ganando en un pleito injusto, es claro que cada pícaro tendria cuatro o seis litijios, i que ningun hombre honrado estaria seguro en su casa. Pero acaso el lejislador no podria remediar un mal que tan a las claras se divisa? No podria hacer preceder todo juicio de un conocimiento sumario para ver si se debia o no darle acceso a los tribunales que conocen en los procesos regulares, o mas bien para decidir si es de esos que deben juzgarse de un modo proporcional o distributivo? Ademias, el nombramiento de los jurados debiera arreglarse de modo que nadie pudiera saber de antemano qué jurados iban a juzgarlo. Sin embargo, yo creo que para que este sistema estuviera al abrigo de deplorables abusos, seria menester que coexistiera con la organizacion social que hemos presentado para el Poder Electoral. Entónces la opinion seria tan justiciera i tan penetrante que a los pícaros les haria mui poca cuenta serlo. Y como entónces el valor de las deposiciones testimoniales seria proporcional al mérito o a la categoría social, el soborno i la seducccion no tendrian el vasto alcance que ahora tienen.

Estos jurados o tribunales que de hecho vendrian a ser tribunales de conciliacion, tambien podrian serlo en el sentido ordinario. Lastarria tiene respecto de estos últimos opiniones que no he comprendido. El dice: «Reputamos como superfluo los tribunales de conciliacion, porque lo mismo que se desea obtener por su medio, se obtiene con los tribunales ordinarios, con menos dilaciones i costos: o la decision de los conciliadores recae sobre razones insuficientes o se da por razones suficientes;

en el primer caso será injusta, i en el segundo el juzgado de conciliacion no hará mas que ejercer el ministerio de un tribunal de justicia». Pero es el caso que un tribunal de justicia se engaña continuamente al calificar las razones de suficientes o de insuficientes: i si toma las suficientes como insuficientes comete injusticia; i si toma las insuficientes como suficientes comete igualmente injusticia; i en ambos casos una injusticia de mucho peores consecuencias, por lo jeneral, que las que pudiera cometer el tribunal de conciliacion. En un tribunal de justicia no se busca el acuerdo sino la mayoría: miéntras que en un tribunal de conciliacion, desde el momento en que los jueces no están de acuerdo, es de su deber buscar un término medio conciliador hasta que los votos sean unánimes; lo cual, si espone a cometer con mas frecuencia pequeños errores, en cambio, aleja casi siempre de los grandes, que son los que mas mal producen.

Lo esencial en el cambio de las leyes civiles i de los procedimientos debe versar sobre el cambio radical de eso que vulgarmente se llama igualdad ante la lei. Es verdad que debe haber igualdad ante la lei, pero la igualdad no debe entenderse en el sentido plástico que le dan los pueblos bárbaros. Por ejemplo, en los casos criminales es bárbaro condenar a dos individuos por la misma falta a la misma pena, a un mes de prision, por ejemplo, porque puede suceder a menudo que uno de ellos sufra mas por el solo hecho de comparecer ante el juez que el otro en muchos meses de prision. Se diria que esto era dar márgen al favor i al capricho de los jueces; pero este mal se ovibaria, si el Cuerpo de Grandes Electores llevaba un rejistro de todos los ciudadanos en el cual, segun los informes de los Electores i de los Primeros Electores, se anotara lo que concierne al carácter personal de cada ciudadano, i si cada individuo que compareciere

ante un juzgado debiera ir munido por precepto legal, de su informe particular, firmado por un Gran Elector. Esto mismo serviria para avaluar el testimonio legal de cada deponente. Los jueces no pueden hacer estas distinciones, pero deberian acatar esas calificaciones emanadas del Poder Electoral.

Pero las consecuencias de nuestra manera de ver pueden ir mucho mas léjos en su oposicion con las leyes romanas i europeas. Tomemos este ejemplo: Una familia se halla en posesion de una herencia obtenida sin dolo i sin malicia: algunos años despues un tercero se presenta reclamando la herencia con mejores títulos legales. En esta familia hai niños que se han educado en cierta holgura mediante ese recurso; mas si se les priva de ese beneficio por completo, quedarán en la mendicidad. Qué culpa tuvo esa madre de recibir esa herencia i de creerse por ello con derecho a tener descendencia, o por lo ménos, a habitar a sus hijos a comodidades cuyo abandono deberá talvez causarles la muerte? En este caso, como en otros muchos, la transaccion es racional i justa. Siempre que no haya culpa ni malicia, el juez no sólo debe tener presentes los males que va a reparar, sino tambien los que va a producir. Todas estas cosas que talvez presentarian dificultades a los jueces ordinarios por los procedimientos conocidos, se facilitarian con el ausilio de las informaciones de una oficina de registros civiles bajo la direccion de los Grandes Electores, los cuales, representando todos los colores políticos opuestos, han de ejercer sobre esa oficina una gran vijilancia. Pero casos como éste serian mucho mas espeditos resueltos por los propios Grandes Caudillos interesados en el bien de las partes; esto es, cuando ámbas tienen sus Caudillos. La justicia debe ser mas bien debatida en el seno de los que se interesan por nosotros. Esa misma intervencion seria

mil veces bienhechora en las formalidades i requisitos del matrimonio de que tanto abusan los padres desnaturalizados i cuyos vicios traen estas jeneraciones de imbéciles; i ella seria tambien mui bienhechora en la calificación de los deberes civiles que contraen los padres para con los hijos no reconocidos.

LIBRO III

La personalidad en la Historia i en la ciencia.

CAPÍTULO XXIII.

Los dos talentos fecundos.—Observadores y creadores.—Sus aplicaciones á la ciencia, a la moral, al arte y a la Historia.—¿Que es talento realizador?

Ante todo, debe establecerse el principio de que es imposible ser un buen observador sin capacidad creadora, i que, a su vez, no se puede ser creador sin tener capacidad de observacion.

En efecto, ¿cómo observar bien si no sabemos qué cosa es digna de observacion i cuál es el grado de atencion que merece cada cosa? i ¿cómo saber esto, si no se sabe cuál es el principio vital i eterno que da importancia

a las cosas? Ahora bien, este principio, no es objeto de observacion esterna, i se concibe de un modo mui deficiente cuando sólo se conoce de oidas, por noticias verbales o escritas, i no por la voz interior de un alma superior i creadora.

I por otra parte, ¿cómo crear fecunda i racionalmente si no conocemos la materia sobre la cual va a recaer el fruto de nuestra creacion, si no conocemos por observacion la nocion jeneral de la misma materia, sus leyes, i el desarrollo de que puede ser susceptible?

Pero en los unos (observadores) predomina el espíritu de exámen i de crítica, i la facultad creadora existe mas bien en estado de aspiracion, al ménos en su oríjen, i es menester desarrollarla i enriquecerla tenazmente, porque de otro modo el talento se anula. I en los otros (creadores) el espíritu de crítica i de exámen es más bien intuitivo, no se eleva a la perseverancia, i está animado por la impaciencia creadora: es menester, pues, someterlo a la disciplina de la constancia, en la investigacion i en la observacion. De otro modo se esteriliza.

Buscar cierto equilibrio de estas dos facultades, he ahí la necesidad de cada talento, aunque este equilibrio no sea igualacion, sino el complemento de una facultad por la otra.

El talento observador, descriptivo o crítico, no puede describir ni criticar bien sin tener un modelo interior de lo mejor o de lo que debe ser. La crítica que no hace mas que negar, es nula, esterilizante, destructora; puede ser útil en ciertos casos singulares; pero la verdadera crítica, lo mismo que el buen juicio, no puede existir sin la nocion de lo que debe ser, de algo mejor i práctico, a fin de que de su comparacion con lo que es, resulte el juicio evidente; o bien, debe conocer lo peor que no existe, para que de su comparacion con lo que es, resulte la sancion de lo que es bueno en la realidad. Lo mismo el

hombre observador debe tener en vista una idea de unidad, de fin i de perfeccion, para observar o describir bien. I a su vez, el talento creador, innovador o reformista, no podrá ejercerse objetivamente, si no conoce a fondo los elementos naturales i sociales sobre los cuales va a obrar.

El talento creador sin facultad de observacion es el charlatan, el fanático ordinario, el demagogo inadaptable al medio.

El talento observador destituido de la facultad creadora, es el conservador, el aristócrata de fortuna, el adorador del pasado, el fatuo de las academias; si ellos quisieran innovar seria solamente con el objeto de crear una nueva sociedad momificada donde fuese absolutamente imposible toda innovacion. Al paso que el deseo del talento creador es hallar una nueva sociedad, de tal modo organizada, que todas las innovaciones fuesen mui fáciles en ella.

El buen término medio de estos dos extremos sólo puede ser hallado por el talento verdadero que une la potencia creadora a la capacidad de observacion, aunque sea mui cierto que mientras mas progresan las sociedades, mas se prestan a las fáciles i regulares innovaciones.

Los talentos puramente conservadores son, pues, estériles. Solo pueden recojer i ordenar los hechos de la ciencia adquirida, o los hechos sociales segun un orden esterno i aparente. Son planchas fotográficas; sus almas, aunque puedan estar animadas del fuego fatuo de la vanidad, carecen del fuego sagrado, están despojadas de esa santa aspiracion a lo bueno i desconocido, a lo mejor i mas lejano que siempre invita a los elejidos mas allá de la actualidad. El talento conservador sólo percibe la actualidad gráfica de las cosas, un momento infinitesimal de la realidad; al paso que el verdadero talento ve las cosas, o trata de verlas, en su lei de desenvolvimiento

progresivo e infinito. El principio de que el bien i la belleza son la actividad i la aspiracion hácia lo mejor, le sirve de motor secreto. Aunque el talento meramente conservador conciba el progreso, porque tiene necesariamente que concebirlo, sólo lo concibe en su forma plástica i patente, deteniéndose arbitrariamente en ciertos límites siempre que puede; como se concibe, por ejemplo, una especie particular de primados, perfeccionándose y produciendo la especie humana, o como se concibe la sociedad humana yendo a parar a una sociedad de autómatas sabios, gobernados por académicos; concepcion puramente mecánica para la cual casi no se necesita ninguna energía creadora, pues para ello basta hacer un agregado cronológico de los hechos observados. Pero sería en vano que pretendieseis hacer salir de esos límites a este talento: no irá ni mas atras ni mas adelante, se reirá de vos si le hablais de una sociedad mas libre i mas espontánea, o bien de una inmortalidad futura, o si le preguntais cuáles fueron las primados formas orgánicas de donde salieron los primates, dándoos razones que enaltecen su poltronería i defraudan vuestras pretensiones.

No nos detendremos a señalar los caractéres del talento puramente creador, sin capacidad de observacion, porque son muy conocidos: carece de instruccion i de mesura, i esto lo señala a la crítica de todos. Quién no conoce al charlatan de nuestras sociedades, o al caudillo de las turbas? No está aquí el verdadero peligro. Es el talento conservador el que debemos temer, por cuanto se presenta a menudo con esterioridades seductoras i ataviado con los dones de la ciencia.

Respecto de la diferencia absoluta que existe entre el modo de aplicacion del talento verdadero i del talento meramente conservador, al estudio de la ciencia, talvez nunca mas que ahora serian justas i oportunas las recri-

minaciones de Schelling a las academias i al espíritu que en ellas predomina; pero nos ceñiremos aquí a citar este excelente consejo: «Todas las reglas que se pueden prescribir para estudiar, se resúmen en una sola», dice este autor, «aprende solo para producir tú mismo».

El talento simplemente conservador (que es del temperamento propio del rico) es imposible que se eleve a la produccion, porque para ello es necesario poseer el culto de lo mejor, el ansia de lo infinito, i cierto descontento de la actualidad, unido, naturalmente, a un espíritu de reforma. Segun Schelling, el talento meramente conservador sólo está llamado a producir lo que él llama «momias espirituales».

Suponed que un espíritu semejante se ponga a estudiar la Historia; es claro que en vez de Historia sólo hará un agregado cronológico de los hechos mas ruidosos, buscando únicamente el encadenamiento esterno de los sucesos. Porque, careciendo de la aspiracion a lo mejor, del descontento del presente, del apetito del bien i de la jenerosidad, carecerá de ese criterio que le señala lo malo de las obras humanas que se consuman, en frente del contenido inmenso de las obras buenas que quedaron sin desarrollarse, como simple aspiracion. En una palabra, carece del modelo del bien, porque no lo lleva en sí mismo, ni como humanidad ni como idea. Qué hará en las ciencias físicas i fisiológicas un espíritu semejante? Mirar con una sonrisa burlona al individuo que le habla de concepciones trascendentales de la naturaleza i del hombre, i encerrarse en la nomenclatura de las especies i de las familias, de los ácidos, de las bases i de las sales, calificando de charlatán al que pretende formar teorías mas trascendentales sobre la química o la física, sin conocer minuciosamente todas las manifestaciones químicas o todos los experimentos físicos, olvidándose de que los talentos mas elevados i fecundos en materia de ideas je-

neralizadoras, son, precisamente, los que ménos pueden circunscribir su actividad a los detalles innumerables de una sola ciencia particular. Un talento como este será, así, incapaz de elevarse a la ciencia absoluta, es decir, a la ciencia en que todas las ciencias no son mas que una sola, pues, segun lo ha hecho ver Schelling, hace ya cerca de un siglo, la ciencia verdadera sólo puede poseerla el espíritu superior que no ve en cada ciencia particular sino un órgano del vasto organismo de la ciencia absoluta que las comprende a todas en la misma idea i en la misma intuicion: lo que hoi se llama «la filosofia científica».

Pero la tendencia mas funesta del talento conservador es la que se manifiesta por el olvido del carácter i de su elevacion, del jenio i de su enerjía individual, no dando importancia mas que a la erudicion i a aquellas cualidades que procuran un fácil acceso a la opinion, echando así las bases de una nueva China en las sociedades modernas, peligro inminente señalado por Mill, Quinet, Tocqueville, etc. «El moderno réjimen de la opinion pública», dice Stuart Mill, «es, bajo una forma no organizada, lo que los sistemas chinos de educacion i de política, son en una forma organizada; i a ménos que la individualidad no logre sacudir este yugo, la Europa, a pesar de sus nobles antecedentes i de su cristianismo, tenderá a convertirse en otra China».

El talento conservador, o meramente histórico, no es, pues, un verdadero talento, no es mas que una capacidad neutra, receptiva i estéril. Consume sin producir, vive del trabajo de los otros. Qué es lo que le falta? Es la intuicion, es la fuerza creadora de la vida creando al mundo o asistiendo a la creacion del mundo. Facultad profunda que sólo poseen los observadores i los artistas, los cuales, al observar o al producir, están animados de ese espíritu jenerador que produce todas las cosas. Llevan en la intuicion la unidad de las fuerzas cósmicas, la unidad

de los jérmenes vitales, la unidad de los tiempos, i la converjencia de todas las existencias infinitas hácia el mismo fin. I al observar los fenómenos i las leyes del mundo lo hacen sirviéndose de esos tipos internos de la vida universal, los cuales sirven de reglas para unir muchos hechos o muchas leyes en una sola categoría, reduciendo así la totalidad de los hechos particulares a unos cuantos hechos jenerales, los cuales, a su vez, se resúmen en un solo acto universal. Este es principalmente, el trabajo del talento observador: es una sintetizacion. El trabajo del artista es, jeneralmente, lo contrario. Entonces hai primero, una síntesis, una emocion que quiere estallar, una idea indeterminada i ardiente que quiere realizar su universalidad en mil particularidades. I entonces, el poder analítico del talento, va descomponiendo la idea confusa i universal en una serie de ideas mas particulares que se corrijen hasta amoldarse a las exigencias de la idea primitiva. I en fin, cada una de estas creaciones particulares se descompone en otros muchos detalles. Pero el artista puede tambien producir a la manera del observador i *vice versa*.

Cuando uno de estos talentos estudia la Historia lo hace comparando lo que sucedió en cada época con lo que pudo suceder de mejor o de peor. Llevan el gran tipo de la vida de donde sacan los tipos particulares aplicables a cada situacion i que les sirven de pauta para juzgarla. Pues, así como para juzgar a un hombre debe compararse su realidad actual, o lo que es actualmente ese hombre, con lo que debe ser, con su tipo progresivo, lo mismo para juzgar una época histórica debe compararse lo que realmente fué con lo que debió ser; apartándose del todo de ese pobrísimo criterio de la jeneralidad de los historiadores que pretende disculpar los crímenes horribles (como la Inquisicion i el asesinato-conquista de America) atribuyéndolos al espiritu de la época; de lo

cual resultaria que dicha época carecia igualmente de virtudes i de defectos, de imputabilidad i de responsabilidad, de méritos i de culpas; pues si sus hombres no quieren aceptar la responsabilidad de sus faltas, ¿con qué derecho se atribuyen el mérito de sus virtudes? I la disyuntiva es inexorable: o te impones el deber de aflijirte i de recriminarte por tus culpas, considerándolas como culpas tuyas, o renuncias al derecho de atribuirte la gloria de tus buenas acciones, no pudiendo tampoco apropiártelas como tuyas, si no te has apropiado tambien tus culpas.

Lo que hai de grande i de sorprendente en esta materia es el hecho de que la conciencia tiene una responsabilidad retroactiva, que los actos viven en ella como en una especie de eternidad omnipresente, i que lo que ella no fué capaz de hacer por su grandeza en el momento pasado de la accion, lo puede hacer ahora, como si el acto continuara consumándose perpetuamente en el seno de la memoria i de la voluntad. Así, despues de muchos años de haber cometido un acto criminal, un hombre (o un pueblo) puede elegir entre ser el miserable que se conforma con lo malo que hizo, o el ser superior que reprueba eso malo como indigno de él. Así se puede ser chico o grande, a voluntad.

De que cada época tenga un nivel distinto o una estatura diversa en la moralidad, no se deduce que tales o cuales pueblos hayan estado exentos del deber moral en el grado que les correspondia, segun el criterio de los hombres superiores que en esa misma época han condenado esos crímenes que se trata de absolver, o que han practicado virtudes opuestas.

La unanimidad nacional en el crimen, léjos de ser una disculpa, no prueba sino que la responsabilidad moral era mui poca, pero que en cambio, la brutalidad era mui grande. Lo mismo puede decirse de la ceguedad del cri-

terio i del fanatismo. Siempre hai que elejir entre el ser bestial i casi irresponsable, i el ser moral responsable.

De este modo es como los historiadores, en particular los españoles, han despojado a su patria del mas bello atributo de una nacion, de la personalidad responsable, disculpando las atrocidades de su infernal historia, despojándose de la imputabilidad de sus malas obras, atribuyéndose el mérito de las buenas (no sé por qué) i haciendo de la conciencia de cada español un foco de infatuacion incurable i un pozo de corruptora estagnacion. Renunciando al ideal que los acusa, han renunciado a toda virtud redentora i rejeneradora, desde que toda rejeneracion viene del reconocimiento de nuestras faltas i del culto hácia lo mejor. Cometer el crimen i quedar tranquilo i aun arrogante de haberlo cometido, es confesarse no sólo un criminal de la peor especie, sino un criminal incapaz de corregirse; pues para serlo seria menester 1.^o reverenciar en nosotros un ser superior a ese ser criminal, i 2.^o sentir el dolor de haber ofendido a ese ser superior que pudimos ser i que no fuimos, i de haberlo postergado en nuestra alma. Son los justos los que viven llenos de acusaciones para consigo mismos; son los mas malos los que viven ufanos de su conducta, sin dudas i sin temores; aunque sea cierto que entre los jenios indulgentes haya muchas escepciones a este respecto.

Así es como se hace del cerebro un arca de sofismas a fin de salvar las vanidades i el orgullo, esterilizando i falseando la razon i estancando el espíritu moral en la podredumbre.

El verdadero bien es activo, consiste en la actividad que busca el bien, en la aspiracion constante a lo mejor que podemos ser; i en tal caso, lo mas justo es estar siempre dispuestos a acusarnos nosotros mismos (no en presencia de cualquiera), pues si lo hacemos así, damos por sentado que tenemos la capacidad del bien, esto es,

de mejorarnos i de progresar cada vez mas; i si no lo hacemos, confesamos que hemos perdido ese resorte divino de la vida i nuestra maldad no tiene remedio. I si esta confesion puede hacerse en el secreto de la conciencia en el individuo, en una nacion, por el contrario, tiene que ser pública, tiene que ser entregada a la deliberacion de todos i al juicio universal.

Cuando una nacion llega a la infatuacion llega tambien a la estagnacion i a la putrefaccion; el númen creador ha huido de su espíritu i su cuerpo empieza a disolverse.

Pero es principalmente en política donde es mas necesario estudiar i caracterizar las funciones que ejerce el talento meramente conservador.

No oís decir a cada rato: «es una capacidad ejecutiva, un talento realizador, no tiene nada de visionario, es un hombre positivo?» Qué se quiere decir con eso? Veamos.

Naturalmente, los hombres que obran dentro de una órbita mas estrecha i sin elevar su vista sobre las viejas murallas de la tradicion, realizan fácilmente lo que han querido i consiguen jeneralmente el fin que se han propuesto, alcanzando los aplausos casi unánimes del vulgo, i mas que todo, de los conservadores. Pero qué es lo que han realizado esos hombres? Han ganado batallas contra los pueblos débiles, sin miras elevadas, han construido ferrocarriles, han copiado los viejos códigos, o han hecho un tratado de comercio. He ahí el talento conservador en política.

Pero ántes de calificar a un hombre de realizador, seria menester determinar qué cosa es realizar, i por consiguiente, qué cosa es realidad.

Ahora, la realidad es el bien, i el bien es trabajar por realizar cada vez mas el bien supremo, el ideal de lo mejor; i en política, por consiguiente, ese bien consistirá en crear la sociedad en que cada individuo tiene mas facili-

dades i mas aptitudes para entregarse a esa especie excelente de actividad, de modo que desde el mas grande hasta el mas pequeño estén siempre animados de ese espíritu divino que los lleva a mejorarse a sí mismos i a mejorar a los otros cada vez mas. Entónces, todas las obras materiales de la moderna cultura, deben estar subordinadas a ese fin por excelencia.

Segun esto, i si como ántes hemos visto, uno de los principales fines sociales i políticos, es producir al hombre cada vez mas capaz de gobernarse social i políticamente por sí mismo, ¿será realizador un hombre como Bonaparte, que, despues de traicionar la buena fé de sus conciudadanos, despues de sofocar todas las tendencias de vida libre que aun quedaban activas, despues de corromper el criterio de la moralidad pública, elevando a los serviles i abatiendo a los íntegros i valerosos, despues de hacer cosas tan malas, malgasta todas las nobles enerjías de su patria en ganar inútiles batallas, en destronar unos tiranos para reemplazarlos por otros de su tamaño, en ensangrentar la tierra, sin fin, sin idea i sin objeto racionales, nada mas que para establecer en el mundo una embrutecedora e infamante monarquía universal; corrompiendo radicalmente la intelijencia i el corazon hasta el punto de hacer aceptar como gloria eso mismo que hubiera sido la ignominia i la execracion de los hombres en otras épocas mas imparciales i menos abyectas? Un creador de ruinas, un realizador de perversiones, un erector de cárceles para los hombres libres, no es, pues, un hombre realizador, porque si lo fuera, se deduciria que es realizador el que destruye la realidad. Luego, sin altas ideas finales, no hai realizacion verdadera.

Será realizador un hombre que, desdeñando la protesta de la mayoría de la nacion, adultera las funciones electorales, cohecha autoridades, atropella maquiavélicamente

Los derechos de los ciudadanos, i, en vez de escuchar los consejos prudentes de los hombres de bien que le señalan la transaccion o la renuncia del poder como el medio mas honroso de salvar el pais, se arma audazmente de la fuerza, persigue a los entusiastas del bando opuesto, amenaza a los débiles i, creando una revolucion sangrienta, la vence con el cohecho, con el oro, con la estirpacion? Será realizador un hombre que despues de haber hecho tales cosas, despues de haber esparcido en el pais el fomento corruptor del engaño, de la seduccion del oro i de los honores lucrativos, del empecinamiento bárbaro i triunfante, despues de haber sembrado ese fermento que corromperá, a la larga, profundamente, los caractéres, despues de haber esparcido ese miasma deletéreo que ha de matar todos los nobles entusiasmos i aletargará la fé política de los mejores ciudadanos, convencidos, por la ruda experiencia, de que la astucia i la fuerza valen mas en su pais que las jenerosas intenciones i resoluciones; será realizador un hombre que, despues de haber hecho semejantes hazañas, entra a demostrar prácticamente a sus conciudadanos que el verdadero bien es el órden estático, pasivo e indolente, el desarrollo de la vida material, el establecimiento de caminos de fierro i el incremento de la riqueza pública, abdicando los grandes fines a que está llamada la nacion en el rol que le señala la Historia? Es entónces cuando hacen fortuna frases sofisticas como ésta: «libertad en el órden i órden en la libertad». I es entónces cuando el espíritu de los hombres se pervierte i su talento se falsea, convirtiéndose al fin en un arsenal de sofismas donde es imposible distinguir la verdad de la mentira.

Pero si ese hombre ha emponzoñado las fuentes de la vida social i pública i despilfarrado los tesoros morales acaudalados por los esfuerzos de los hombres jenerosos de otras épocas, ese hombre, en vez de ser realizador,

es, por el contrario, un destructor, un desorganizador, es un calavera político que ha derrochado todo el bien de las jeneraciones pasadas i toda la herencia sagrada de las jeneraciones futuras. Si ese hombre ha retardado en siglos el porvenir moral de la República, dejando una jeneracion averiada i perdida, en vez de realizador, debiera ser calificado moralmente de incendiario i de raptor. Despues, en el porvenir, cuando en el curso de la vida pública, aparezcan las consecuencias de esta perversion jeneral de los espíritus, con el nombre de dolo, de prevaricato, de falsificacion, de partidarismo interesado, de despotismo, no se dejará de echar la culpa de ello a tal o cual mandatario, a tal o cual defecto de las leyes.

Pero se dirá que ese hombre sólo queria el bien del pais, i que los males que hizo sólo fueron efecto de un error de concepcion.

Es que un hombre no debe calificarse por lo que él mismo cree, sino por los motivos que lo han hecho creer; i si esos motivos fueron la infatuacion, el orgullo, el desprecio de sus conciudadanos, entónces hai que aquilatar la moralidad individual, i hai que ver i calcular qué cantidad de justo derecho tuvo ese hombre para imponer su moralidad individual como moral pública de un pais. Pues si su moralidad individual era sólo propia de un soldado o de un pulpero de arrabal, ¿con qué derecho la impone como criterio absoluto de moral pública e imperativa para toda clase de ciudadanos? En política, el orgullo no sólo es una falta, sino que es un crimen. A medida que el hombre se eleva en la esfera de las funciones sociales, el criterio de la moral se hace mas exigente, i lo que sólo era una falta en un pulpero, se convierte en un crimen en el hombre que tuvo la audacia de elevar a la accion política i trascendental los preceptos de una moral mezquina i equívoca. Si, como dice Quinet, «la verdadera educacion de un pais de libre discusion, es el es-

pectáculo permanente de su política», i si, como dice él mismo, «la nacionalidad es para un pueblo lo que la conciencia es para el individuo», calculad qué cantidad de males, qué copia de desmoralizaciones, no traerá consigo la entronización del soborno, de la astucia i de la violencia, en una nación cuyo espíritu público está aun en ese estado delicado i tierno de la infancia en que las menores modificaciones van a tener una influencia enorme en lo futuro?

Eso no es realizar, eso es derribar i carcomer las grandes realidades de la vida que son las ideas jenerosas del patriotismo, los entusiasmos laudables de la libertad i de la humanidad. Es el espíritu de los hombres el que debemos formar, es el espíritu nuevo de un nuevo mundo el que queremos crear, i de ningún modo se trata de rellenar la piel de las antiguas momias políticas con las vanidades i las riquezas materiales, creadas por una civilización vacía i mezquina, que trata de cubrir su vejez i sus deformidades con oropeles i con afeites.

I en particular, nosotros los americanos, que tenemos una misión mas alta que llenar, estando llamados a ser los órganos de la última i mas bella de las revoluciones, debemos velar porque ese testamento de sabiduría i de bien que nos han legado los siglos de amarga historia no sea adulterado por esos apóstoles seductores cuya divisa es el desenvolvimiento de la riqueza i el acrecentamiento de las comodidades, siguiendo en esto testualmente el itinerario de todas las naciones que han entrado en la senda de la decadencia i de la ruina. Acaso no se ha visto siempre, en la vida de todos los pueblos que el amor desordenado de las riquezas, i de los goces i honores que las acompañan, ha traído consigo el deterioro de los caracteres i la depravación moral, erigiendo en principios sociales la astucia, la perfidia, el fraude, la adulación, la mentira, la calumnia, el servilismo, i produciendo

do entónces esas masas humanas apolilladas o podridas que caen a los fangos de la Historia con los nombres de Babilonia, Roma i Bizancio?

Ciertamente, el hombre que hace lo posible por realizar semejantes cosas, léjos de ser un realizador verdadero, es un realizador de ruinas.

I ciertamente, es un gran realizador, aquel que, sembrando las semillas del bien, que son las grandes ideas, previene esas ruinas, aunque esta clase de acciones pocas veces revistan formas palpables que hieran la imaginacion de la multitud, provocando una sancion universal.

Hai escondida, en este órden de ideas, una cuestion de una importancia mui grande i que seria mui conveniente dilucidar: es la siguiente.

Jeneralmente sucede que, el verdadero bien, i por consiguiente, la verdadera realizacion, se presenta sin formas tangibles, sin actividad mecánica, sin exterioridades categóricamente apreciables. Jesús i Sócrates pasan al parecer, sin dejar nada; Pelagio i Abelardo murieron dejando sólo una memoria que parecia anulada i perdida en el océano de hechos ruidosos de que su época era el teatro; i sin embargo, los dos primeros han sido los dos mas grandes realizadores de la civilizacion del occidente, i los segundos, deben contarse entre los mas eminentes defensores del libre arbitrio individual, i por consiguiente, de la libertad civil i política de los pueblos modernos.

Ejemplos como estos, son innumerables.

Miéntas que los realizadores de ruinas, o bien, los simples ejecutores de las ideas realizadoras producidas i demostradas por otros, se señalan por una actividad patente, palpitante i pública, que absorbe casi por completo la atencion de los contemporáneos.

Son, en efecto, mui raros los hombres que, como Marco Aurelio i como Wáshington tienen la fortuna de hallar para sus ideas generosas, un campo de actividad en que

la magnitud del espíritu se une a la magnitud de los hechos palpables en que ese espíritu se realiza. Por un solo Wáshington la Historia cuenta muchísimos Cambises i Césares, i tiene miles de tiranos gloriosos por un solo Cincinato.

I es de notar que uno de los mas sobresalientes i mas interesantes caracteres del progreso social es aquel que se manifiesta por la inmediacion creciente entre la aparicion de un gran talento realizador (en la esfera meramente intelectual) i el éxito favorable de la accion de ese talento; pudiendo asegurarse que el grado en que este hecho se realiza, marca el grado de moralidad i de inteligencia del pueblo en que tiene lugar.



CAPÍTULO XXIV

La tiranía de las masas i sus peligros.—Cómo organizar las fuerzas sociales a fin de prevenir esa tiranía u otra de cualquiera especie que sea.—Cómo producir grandes hombres.—El libre arbitrio individual i los hechos históricos.

Cuando en una sociedad, cualquiera que sea su forma política de gobierno, con tal que haya cierta libertad, se ven las clases sociales separadas por la diferencia de cultura i por la participacion o la abstinencia de los negocios públicos, por mui injusta que sea una desigualdad semejante, ella tiene ciertas ventajas, si se la compara con el estado de igualdad social de una democracia pura, enemiga de toda superioridad, por mas lejitima que esta sea. En efecto, en el estado de desigualdad, se estima i se reconoce en tésis jeneral, la necesidad de reverenciar lo superior i se le acepta, venga de donde venga: es decir, que hai fé en el progreso humano. En el caso de la igualdad intolerante i recelosa, se niega todo esto. En el primer caso, aunque las superioridades establecidas no sean las mas lejitimas, su triunfo ofrece un acceso mas seguro a nuevas doctrinas sobre las superioridades verdaderas, i abre campos de actividad a la iniciativa indivi-

dual. Es seguro que en las clases directoras hai hombres de un verdadero talento, que en la clase media hai pensadores audaces, i que en los límites de esta con la clase inferior, hai paciencias que empiezan a agotarse; todo lo cual viene a constituir un conjunto de elementos revolucionarios mui capaces de renovar la sociedad, dándole por base el principio de las superioridades bien entendidas.

Pero suponed que, verificada la revolucion, no suceda así, i que, por un concurso fatal de circunstancias, esas masas humanas, ántes inertes, elevándose a la participacion de la cultura i de la libertad, se erijen en soberanas absolutas de la nacion, cuyos destinos les obedecen sin obstáculos. Han alcanzado su objeto i satisfacen su sed de justicia i de redencion, proclamando la igualdad absoluta de los hombres ante Dios, ante la sociedad i ante la ley, porque creen que ese es el único medio de precaverse contra servidumbres futuras: nadie podrá arrebatables esa conquista que hace su orgullo i su fortuna, y que vijilan con un celo sin igual. Esa democracia recelosa i soberbia que goza ahora de todo lo que le permite aspirar la mediocridad de su talento, custodiará con el arma al brazo esta situacion que constituye su triunfo, y mirará con desconfianza i con odio a los que intenten propalar ideas i principios que abran nuevos horizontes a la vida pública, i campos desconocidos a la grandeza individual; porque eso puede comprometer el presente, i porque el poder intelectual de esas democracias no les permite comprender tanto, o porque su moral i su potencia estética no se elevan a una aspiracion tan alta.

En un caso como este, Tocqueville tendria mucha razon de decir: «En cuanto a mí, cuando yo siento la mano del poder que pesa sobre mi frente, poco me importa saber quién me oprime, i yo no estoi mejor dispuesto a poner mi cabeza en el yugo, porque un millon

de brazos me lo presentan». En este sentido, el peligro que Tocqueville señala al porvenir de las democracias, debe estudiarse seriamente.

Es verdad que en descargo de la democracia americana, a la que mas particularmente se refiere, conviene decir que esa opinion popular que lo domina todo, tiene por factores principales la opinion i los antecedentes de los grandes fundadores de la democracia misma, tanto pasados como contemporáneos; i que por estrecho que sea el espíritu de esa democracia, siempre ofrecerá campos de actividad a los que se inspiran en el desenvolvimiento de las virtudes cristianas. I en fin, puede asegurarse que en Estados Unidos, esa tiranía democrática contiene mas dosis de sabiduría i de progreso que las tiranías de castas. No quiere decir esto tampoco, que en Estados Unidos no haya mas grandes desigualdades en las estaturas espirituales, sino solamente, que las muchedumbres de los pequeños se han adueñado de la opinion i del poder (o tal es su pretension) con perjuicio de los mas grandes, talvez; lo cual pone en evidencia que no basta que en un pais se produzcan las grandes i lejítimas diferencias, sino que es necesario que se produzcan en beneficio del poder i de la opinion. El gremio o el partido político gobernante que no está rejido por estaturas sobresalientes i por cabezas de predileccion, permanecerá en estado de masa, mas o ménos bruta, poderosa en las actualidades i árbitra del presente; pero ciega para el porvenir i paralítica para el progreso.

De todos modos, es menester hallar un remedio a esos grandes tacos de la civilizacion i del progreso que dan oríjen a las formaciones lacustres donde se estancan las mediocridades que viven sólo de dijestion i de gordura.

Cuál será el remedio i quién debe administrarlo? El remedio es heróico, i quien debe aplicarlo es el Estado; se entiende, ántes que el Estado se esclavice a las me-

diocridades. El Estado no debe ceñirse a la mision que le señala B. Constant, de *dejar hacer i dejar pasar*, porque así se espone a formar las muchedumbres semibárbaras; i en vez del Estado ciego, debe formarse el Estado con ojos de profeta i con mirada de augur, a fin de que determine cuál es el modo cómo debe proceder para que el Estado llegue un día a ceñirse a la humilde funcion de *dejar hacer i de dejar pasar*, delegando todo su poder al individuo sin caer en el extravío que señalamos. Es evidente que esto sólo se consigue educando al individuo, i sobre todo, educando espléndidamente a los mejores individuos, segun un sistema de educacion que tenga por objeto final crear al hombre en la integridad de sus facultades. Hasta donde? Hasta formar al pueblo apto para la comprension de las bellezas humanas, i hasta producir los entusiastas de las grandes ideas i los reformadores futuros. Porque es seguro que el cristianismo será paralizado por ese pueblo de mediocridades, que se ceñirá a sus prácticas ordinarias; i que para vivificarlo i engrandecerlo hasta formar el cristianismo nuevo, será necesario crear colejos especiales, donde, al estudio profundo de la ciencia i de la Historia, se una la especulacion ideal de renovacion i de engrandecimiento del espíritu relijioso. De otro modo, el cristianismo se estanca, se petrifica, se convierte en lo vulgar i lo mezquino, i desde que el vulgo ve la ciencia i la política compitiendo en prestijio con la relijion i dominarla al fin, el espíritu relijioso desfallece i su influencia se anula. Pues, así como todo progresa, por qué el espíritu relijioso i su expresion estética, no han de progresar, igualmente?

Las Ideas Nuevas que deben renovar el cristianismo, dando albergue cristiano a las nuevas enerjías i a los nuevos jenios de la humanidad, he ahí la vertiente purificadora i conmovedora de esas aguas estancadas del egoismo de nuestro siglo. Se necesita toda la fuerza crea-

dora del hombre para detener esa avalancha de nulidad i de sensualismo que amenaza caer sobre el porvenir, i que, si lleva consigo el cristianismo, lo llevaria atado a sus piés en nombre de la igualdad i de la democracia, como puede suceder en Estados Unidos, o que prescinda de él por completo, como sucede en Europa. Todas las potencias creadoras de que dispone la sociedad deben ser despertadas i estimuladas, a fin de que el progreso humano no sea de ese modo interrumpido, i esas potencias han de ser, necesariamente, fuerzas individuales.

En fin, lo que debe tratar de conseguir el Estado, es la aceptacion de una nueva aristocracia de virtud i de intelijencia, porque sin aristocracia no hai progreso posible.

La aristocracia de castas o de fortunas, ha traído un progreso precario, i ha traído el progreso de los vicios disolventes i de las infatuaciones ruinosas: la aristocracia lejítima debe traer un progreso efectivo i fecundo. Por cuanto aristocracia viene a significar entónces, exaltacion i respeto de lo que se tiene i debe tenerse por superior.

Los grandes hechos, los sacudimientos progresivos de la humanidad, se han señalado por la aparicion de grandes hombres que los han alumbrado i los han dirijido, arrastrando en pos de sí un séquito de homojéneos que han llevado esos acontecimientos hasta su desarrollo final.

Así se produjeron en la Edad Media las órdenes de caballería, a cuya cabeza descuella la famosa orden del Temple, las cuales daban como un resplandor de grandeza a esa miserable, tenebrosa edad. En una escala mas o ménos vasta, vemos tambien, otros hombres audaces, marchando atrevidamente hácia ideas mas o ménos bue-

nas, pero diferenciadoras o luminosas, i arrastrando en pos de sí una parte considerable del jénero humano. San Bruno, San Francisco de Asis, Santo Domingo, Ignacio de Loyola, todos ellos sacan de ese cáos social una muchedumbre de homojéneos i los llevan a una especie de luz relativa, i a veces, a una actividad espiritual mui rara en ese tiempo, aunque descarriada i funesta, a veces. Con propósitos mas heróicos, aparecen tambien, en esos siglos, los fundadores de los albijenses, Pedro de Bruys i Valdus, fundadores del puritanismo valdense i Juan Huss. I en seguida, Lutero, Calvino, Knox, el puritano, Wesley el metodista, i otros muchos, como cumbres llameantes, alumbrando estensas porciones del jénero humano, i anunciando que el mundo conserva aun el fuego creador en sus entrañas.

La masa es el cáos. I en todo tiempo, el alumbramiento i la redencion de las masas se ha verificado por la aparicion de ideas nuevas i de hombres nuevos que las representan. Igualar es embrutecer. Redimir es alumbrar las diferencias, distinguir, desenvolviendo. Redimir, es dar al pueblo ese pan divino de las ideas que, como ese pan simbólico del milagro, se distribuye aumentándose i se consume sin agotarse, i del cual cada uno come una cantidad proporcional a su apetito, siendo entónces, mui justo que unos coman como uno, i otros como cien. Entónces, guerra a las masas i a los creadores de las masas, esto es, a los demócratas puros, a los comunistas; i guerra a los conservadores de masas, esto es, a los positivistas, a los jesuitas, a los católicos, porque todos ellos son creadores o conservadores de cáos.

El predominio de la masa está condenado por el hecho siguiente:

Toda masa, sometida a un réjimen activo de desenvolvimiento, produce, de su seno, cierto número de individuos que descuellan, i unos pocos o uno solo que

descuellan mucho mas; los cuales, reaccionando sobre la masa, la descomponen como masa i la recomponen como cuerpo orgánico, i hacen que en cada hombre aparezca una pequeña luz orijinal que es la persona misma, sacando la frente a las irradiaciones de lo infinito, i haciendo que cada hombre se diferencie de los demas, no segun las aptitudes mecánicas del cerebro, que son el objeto de la admiracion positivista, sino por una irradiacion particular del alma.

Entónces la masa deja de ser masa, i si llega a dominar, ya no es la masa la que domina.

Pero si la masa sometida a ese réjimen, no produce esos individuos sobresalientes, eso quiere decir que es una masa refractaria, incapaz de bien i de progreso, i que no sólo no debe dominar, sino que debe dejarse dominar.

El mejor reactivo para obrar sobre las masas es el de las ideas inmortales, porque en ellas encuentran una afirmacion infinita los sentimientos que son susceptibles de un desarrollo mas lato, i por consiguiente, mas diferenciador del jenio i de la individualidad. I por esta razon, las masas dominantes han de tender, como en Francia, a buscar el apoyo de las doctrinas positivistas que son las mas a propósito para negar con soberbia las ideas inmortales, creadoras de las enormes diferencias humanas, i para empantanarse, orgullosamente, en el goce de la vida material, disfrazada con todas las vanidades académicas i con todas las infatuaciones de la erudicion.

El vulgo cree que seria mejor una sociedad de hombres iguales: pero si las diferencias no se producen es porque no hai actividad verdadera o creadora, la cual tiene que hacerse progresiva, i por tanto, tiene que acentuar cada vez mas las pequeñas diferencias, haciéndolas diferencias mui grandes. Sólo el reino mineral tiene la propiedad (al ménos en apariencia) de permanecer esta-

cionario, i las especies animales no existen como tales, sino porque han progresado i producido individuos creadores de especies mejores.

Donde no hai diferencia no hai actividad, i donde no hai actividad no hai bien; porque el bien es trabajar por el bien i realizarlo cada vez mas, como potencia creadora del hombre e interpretadora del mundo, ámbos inmortales. El bien petrificado de los positivistas i de los jesuitas, no es mas que el mal absoluto.

La personalidad humana no alcanzará su forma jeneral definitiva, sino cuando cada enerjía individual, cada jenio, cada aspiracion del individuo, encuentren al nacer una esfera simpática de desenvolvimiento que, comenzando en la tierra natal, va a irradiar en las demás fracciones de la humanidad con el nombre de relijion, de secta o de apostolado. Entónces, por encima del patriotismo local, los hombres sentirán una fraternidad mas humana, mas intensa e inmortal, que llama a su ser a una actividad mui exijente i mui cara. Campos fecundos de la accion, donde cada palabra i cada acto alcanzarán todo su significado i todo su valor, i donde la educacion obrará mucho mas sobre las potencias espirituales del individuo que sobre las facultades conservadoras i acumuladoras del cerebro. He ahí el medio de tener en una actividad continua todas las potencias individuales i de hacer al hombre vencedor del mundo. Ningun poder tiránico podrá ya oponerse a esas falanjes entusiastas de lo ideal i fanáticas de la libertad, i la libertad de los pueblos quedaria asegurada para siempre. Estos son héroes, aquellos son estóicos, esos son altivos, estos pacientes, aquellos audaces; i todos marchan al porvenir, alumbrados por la inmortalidad. Qué papel hará la canalla de los ti-

ranos en frente de esos hombres sublimes? El de postrar se i temblar. Entónces, cuando un pueblo jime e invoca a la humanidad, se escuchará en los remotos confines del horizonte un eco que apénas se oye al principio, pero amenazante i terrible al fin, como la trompeta de los arcánjeles: será el toque de guerra que llama a los héroes de todo el mundo al socorro de ese pueblo, el cual no tardará en verse vengado de sus opresores por sus espaldas heróicas.

Las ideas unen, i por eso son vencedoras. I los creadores de las grandes ideas serán las libertadores de la humanidad.

La humanidad no alcanzará su emancipacion final sino por el influjo creador de esas ideas transcendentales que son las únicas que pueden despertar en el hombre un espíritu progresivo de unidad e insaciable de proselitismo, i la aspiracion de lo absoluto. Porque jamás un fin semejante, podria obtenerse por los esfuerzos de un materialismo sabio, el cual está condenado a encerrarse cada vez mas en los límites del egoismo i del bienestar material. No debe confundirse una jeneracion que es oralmente materialista i que conserva la riqueza de temperamento que le han legado las jeneraciones creyentes del pasado, con una jeneracion que, hija del materialismo, lo cultiva, lo profesa i lo aplica en la vida práctica. La primera gozará de la jeneralidad de las potencias que son propias de su raza, sabrá, por ejemplo, defender su patria i aun engrandecerla; pero la segunda, llegará en pocos años, a ese estado en que la virtud individual está aquilatada por aquella frase: *despues de mí el diluvio*. I el bienestar material, que se habia hecho su principal fin, no tardará en verse disminuido en sus manos i comprometido de mil modos. Porque, conforme con lo que ha dicho E. Quinet, el hombre no ha nacido para el término medio i sucede «que desde que tiende a la mediocridad,

desciende mas abajo: que renunciando al cielo, se hace indigno de la tierra; que si no combate por la vida absoluta, se detiene en la nada».

Porque, segun el mismo dice, «los pueblos que sólo se proponen el bienestar material, no lo alcanzan nunca».

Porque haciendo al hombre poderoso, el hombre capaz de ganar su vida, no sólo queda hecho tambien, sino que queda hecho por muchas jeneraciones. Porque cumpliendo con el reino de Dios i su justicia, lo demás se nos dará por añadidura.

«En cuanto a mí», dice Tocqueville, «dudo que el hombre pueda soportar a la vez una completa independencia religiosa i una entera libertad política; i yo me inclino a pensar que si no tiene fé, es preciso que sirva, i que si es libre, que crea». I tambien: «Parece que cuando los hombres desesperan de vivir una eternidad, se conducen como si no debieran vivir mas que un sólo dia».

A qué detenernos a refutar el pobrísimo i cándido argumento de *las tres épocas* de A. Comte? Qué hombre de buen sentido no sabe que la ciencia espermental viene formándose desde los tiempos prehistóricos, que el sentimiento religioso se perfecciona i se engrandece en nuestros dias hasta tomar la estatura colosal de Lamennais, i que a la vieja metafísica de los zonzos de la Edad Media, sucede una metafísica rejenerada i poderosa? A Comte juzga *a priori* en este caso, i su *a priori* es de los de mala calidad i peor que los de la vieja metafísica.

Mas, ¿cómo hacer esos hombres poderosos? ¿Cómo crear hombres del temple de Juan Huss, de Loyola, de Calvino, de Knox, por ejemplo? Esos hombres no se hacen, aparecen como alumbramientos largamente preparados en el arcano de los siglos?

Pero yo digo que esos hombres existen, que esos hombres se sienten i se reconocen a sí mismos de tarde en tarde, en el fuego de una incubacion, con el meteoro luminoso de una idea. Mas, viene el viento, es decir, la turba que arrebató o huella con sus piés las semillas divinas.

De donde salió esa pléyade de inmortales i de titanes de la revolucion francesa i de la revolucion americana? Así, no son los hombres los que faltan, sino mas bien la oportunidad, la ocasion, la atmósfera en que deben respirar i robustecerse.

Mas, cómo crear esas situaciones, esas atmósferas donde jermína lo grande? Eso viene con el tren de la Historia, tren misterioso, arrastrado por el soplo de los siglos?

Pues yo digo que esas grandes situaciones pueden crearse a voluntad, con mas o menos rapidez, segun la grandezza del hombre que las inicia i de los que le siguen, i segun la superioridad relativa del tiempo en que se vive. Debe añadirse que, para que la situacion creada sea realmente eficaz para realizar su fin, es menester, que este fin que se persigue, encuentre ciertos fundamentos en los hombres i en los antecedentes, porque de otro modo seria irrealizable, como la república francesa en el siglo pasado. Sin embargo, aun entónces, ese nuevo espíritu humano, creado por los hombres de la revolucion, abrazando a la humanidad entera en la fraternidad de la misma idea de libertad, es lo que ha perpetuado hasta nuestros dias el culto de esa época, lo que va impulsando a los pueblos a sentirse solidarios de la libertad; i si es cierto que *el terror* frustró todas las esperanzas i retardó la realizacion de la república, no es ménos cierto tambien que el culto de los momentos gloriosos de la revolucion ha sido como un pacto inviolable entre la república i el destino de la Francia, pacto que tenia que cumplirse.

De modo que nunca se pierden los nobles esfuerzos de la justicia.

A mi modo de ver, el secreto de esa atmósfera nueva, donde deben aparecer i respirar los grandes hombres del porvenir, ha sido revelado en su esplendor por la revolucion francesa, a pesar de su fracaso, i ántes, por el cristianismo i por las sectas religiosas, bajo la forma de fraternidad de todos los hombres i de todas las naciones. Pero esta fraternidad, para que tenga elementos de realidad i de fecundidad, es preciso que tome ciertas ideas poderosas por divisa. Buscar en los demas pueblos los simpáticos i los entusiastas de un principio rejenerador, de una misma idea típica o cardinal, he ahí el medio de crear una nueva fraternidad social i política i una atmósfera de grandes hombres. Así llegaria a comprenderse este gran principio, a saber: cada jenio cardinal debe tener su idea i su apostolado.

Acaso en vano se ha acumulado en el espíritu humano la ciencia i la esperiencia de las jeneraciones pasadas, i Hegel, Schelling i Herder en Alemania, i el vulgo de los historiadores del Medio-día, tendrian razon al afirmar que el desarrollo de la Historia obedece a leyes independientes de la voluntad del hombre? No, por cierto. Si el momento actual es el producto de la accion acumulada del pasado i de la reacion del presente, i si la accion del pasado es la accion de las voluntades pasadas, así como la reaccion presente es la reaccion de las voluntades presentes, toda la dificultad estriba en demostrar cuáles son las consecuencias i jeneraciones legales i lógicas de cada voluntad jeneral, a fin de echar sobre los hombres la ineludible responsabilidad de creadores de su historia i de su destino en el porvenir.

Hegel sostiene que todo está determinado por la idea divina, i que las manifestaciones filosóficas del pensamiento humano, i los acontecimientos históricos están determinados por el desenvolvimiento lójico i necesario de la idea absoluta. El hombre es libre cuando eleva su espíritu hasta la conformidad con lo que sucede.

I Schelling dice que ¿quién se atrevería a afirmar que los hechos jenerales de la Historia, tales como las emigraciones de los pueblos, la aparicion del cristianismo, o las Cruzadas, no fueron hechos necesarios?

Pero a esto debe contestarse que es cierto que miéntras mas descendemos en la cronología de la Historia, mas domina el fatalismo: así, las emigraciones de los pueblos primitivos están sujetas a ciertas leyes mas o ménos fatales, aunque aun ahí debia existir cierta órbita de libertad. Pero cuanto mas avanzamos al porvenir, i miéntras mas se condensan en el pensamiento las leyes jenerales de la creacion, tanto mas disminuye la cantidad de lo fatal i de lo ciego, porque entónces las jeneraciones obran en interes de las que vienen, se ponen en comunicacion i se entienden al traves de los tiempos en una especie de omnipresencia i en vista de una misma finalidad.

El desenvolvimiento del cristianismo pudo haber sido mas grande o mas pequeño de lo que fué, tanto segun los esfuerzos de las jeneraciones anteriores, como segun los esfuerzos de Jesús mismo i de sus sucesores.

Las Cruzadas pudieron haber sido anuladas por completo, o modificadas enormemente, si una serie de pequeños esfuerzos anteriores hubiera hecho aparecer un grande hombre algunos siglos ántes, en tiempo de Carlo Magno, por ejemplo, que hubiera inculcado ciertas enerjías morales que importaban la imposibilidad de las enerjías brutales de las Cruzadas.

Miéntras mayor es la anterioridad con que se prevé un acontecimiento i se trata de corregirlo o de eliminarlo,

mas facilidad hai de eliminarlo o de correjirlo. I por el contrario, llega un momento en que todo esfuerzo es inutil. Ademas, una virtud que se difunde por medio de un ejemplo heroico i que neutraliza los vicios que van a producir una catástrofe, hace las veces de prevision. Lo mismo sucede cuando se trata de preparar grandes acontecimientos para las edades venideras: el grano de hoy será la montaña del porvenir. I en este sentido, todo lo que contribuya a desenvolver en el hombre el hábito de obrar en vista de fines remotos, aunque tengan la apariencia de trascendentales, es mas positivo que todo lo positivo, i es, en suma, la mas alta moralidad.

Schelling coloca las Cruzadas entre los grandes acontecimientos de los pueblos; pero yo creo que el criterio de Schelling para determinar los grandes acontecimientos, es bárbaro o es pueril: grande no es lo que mete mucho ruido; las Cruzadas son un hecho estúpido de la canalla, sin valor ninguno para el bien. Un acontecimiento grande es la aparicion de grandes pensamientos i grandes hombres que los representan: así, la aparicion del autor de *La Imitacion* es un hecho mas grande que todas las Cruzadas, compuestas de hechos brutales i bárbaros, cuyos efectos desmoralizadores se extinguirán cada vez mas, mientras que los efectos moralizadores del libro de *La Imitacion* tienen que crecer perdurablemente. Así, en tiempos de las Cruzadas debieron aparecer algunas madres oscuras i desconocidas de cuyo seno salieran los abuelos de Lutero o de Cristobal Colon, i en tal caso, la Historia, en cuanto moral positiva i afirmativa, no estaba en las guerras de las Cruzadas, sino en el hogar de esas madres. Las Cruzadas sólo sirvieron, como moral negativa de la Historia, para corroborar este añejo principio: «las guerras que no son animadas por grandes ideas, son desastrosas». I no valia la pena de hacer tanto gasto de

espíritu i de sangre para que la Historia repitiera una verdad tan vulgar.

Se dice que las Cruzadas caracterizan una época, i que en este sentido, son mui dignas de la Historia; pero yo sostengo que esas guerras no deben servir sino para formar el fondo sombrío del cuadro, en el cual se proyectan los elementos nacientes de la Edad Moderna.

Las Cruzadas postraron i agotaron el espíritu de la humanidad, consumieron sus grandes hombres i sus riquezas, e hicieron el regreso a las tinieblas. Tauriel, citado por Michelet, dice estas notables palabras: «El siglo XII es una aurora. El XIV es un ocaso».

Deben presentarse las Cruzadas como orijen de las ruinas i de la postracion en que cayó despues la humanidad, cuando se vió desheredada del linaje de sus hombres eminentes, de sus fuerzas i de sus riquezas, por esas hazañas estériles; i sobre el fondo de esa esperanza perdida pintar las figuras que se levantan con el estandarte del porvenir.

¿Qué de cosas grandes no habrian hecho esas órdenes de caballería puestas al servicio de una causa mejor?

Todas esas fuerzas preciosas i esos hombres interesantes se esterilizaron. ¿Qué excelentes cosas no hubiera hecho un rei como San Luis si sus brillantes facultades las hubiera empleado en bien de su pais i, si en vez de ir a la conquista del sepulcro de Jesucristo, se hubiera ocupado en conquistar para su pueblo el espíritu cristiano? Esa conquista celestial la hizo el autor de *La Imitacion*, i ese solo hombre hizo mas que todos los guerreros de la Europa. La Historia es la que se pasa en el espíritu de los grandes hombres. Así, yo no puedo comprender que San Bernardo i San Luis, por admirables que sean sus virtudes, fueran los mas grandes hombres de su tiempo, i que el Cristo hubiera abandonado su Iglesia hasta dejarla sin la conciencia moral de la época; i me parece que

una crítica profunda hallaria otros contemporáneos muy superiores, talvez a Gerard Groot i a Florencio Radewin, a Pedro de Bruys i a Valdus, o bien, al mismo autor de *La Imitacion*, como las verdaderas conciencias de su siglo i como los centros históricos de su época. Quien sabe si aquella triste Eloisa, guardaba una conciencia mas luminosa de su tiempo, que el mismo San Bernardo, predicador de guerras estúpidas, que por ir a la conquista del Sepulcro agotaron i pervirtieron el espíritu de Jesucristo.

Cuánta razon no habrá entonces para desear que algunos siglos antes de las Cruzadas hubiera aparecido un grande hombre cuya virtud significara neutralizacion lenta i progresiva de las enerjías brutales que iban a producir las? Ese hombre eminente puede producirse por los esfuerzos privados de virtud en una familia oscura, durante algunas jeneraciones: tres o cuatro madres heróicas son suficientes para ir aumentando i legarse aumentando, ese caudal de virtud; que al fin, personificándose en un vástago afortunado, va a irradiar sobre el mundo con el nombre de jenio. El grande hombre no es el fruto del acaso: nace de una larga serie de sacrificios acumulados en un hogar por muchas jeneraciones. He aquí el consolador principio del libre arbitrio de que carecen las razas del Norte, i que debe hacer el consuelo profundo de los mas humildes hogares, pues todos pueden crear lo sublime, i el rejenerador i exaltador de nuestra raza.

Prever los acontecimientos aciagos con algunos siglos de anticipacion, es casi conjurarlos, porque entónces basta una idea que se arroja en la corriente del progreso o una institucion apropiada para que los elementos que iban a producir esos acontecimientos se modifiquen o se

inviertan; mas no basta que la prevision se manifieste por un simple aviso, sino que ha de ser una demostracion lójica i filosófica, que penetre en el ánimo de los directores de la opinion i forme parte de la filosofía popular.

Mas, querer improvisar remedios para males largamente elaborados, o crear *in-promptu* cosas extraordinarias, eso es contra el órden moral i tónico del mundo.

¿Cómo crear una república en Francia, en el siglo pasado? Habria sido necesario que aparecieran jenios; pero esos jenios debian ser creados en el medio social, i este, ¿cómo puede producir de su seno un fruto que le es heterojéneo? De modo que si se producen jenios para la república, estos serán en número proporcional a la capacidad creadora de la sociedad, i su estatura no podrá pasar de cierto límite, pues, si pasa, por un prodijio extraordinario, el pueblo sobre el cual van a obrar, los rechaza, porque no los comprende, o porque le parecen poco impacientes o poco fanáticos de su felicidad. Porque he aquí lo que sucede: miéntras ménos preparado está el pueblo para aprovechar de la libertad, i miéntras ménos debe exigir de ella, es precisamente, cuando mas exige una vez que ha llegado a vislumbrarla i a desearla, i entónces los hombres mas sensatos son los mas incapaces de dirijirlo.

Así, Vergniaud, por ejemplo, como hombre público, no pudo ser mucho-mas grande de lo que fué, 1.º porque el pueblo no estaba preparado para producir estaturas colosales de ese jénero; 2.º porque, si por un milagro de enerjía, o por los esfuerzos acumulados de sus antecesores, hubiera llegado a ser mucho mas grande individualmente, el pueblo lo habria rechazado como inepto. Es verdad que el campo del libre arbitrio es mui vasto, i que todos los franceses pudieron hacer cosas mejores que las que hicieron, pero tambien el libre arbitrio tiene su límite en un momento dado i limitado tambien; i si la revo-

lucion pudo haber sido mucho mejor i mas fecunda de lo que fué, por un esfuerzo mayor de los contemporáneos, no era, sin embargo, capaz de producir la república. No se cosecha sin sembrar, i ¿qué ideas apropiadas para la libertad se habian sembrado en el espíritu de los franceses?

El pueblo tenia su temperamento i su ritmo, i si un hombre superior queria someterlo a un temperamento mas espectante, a un ritmo mas dilatado, o el pueblo protestaba por boca de sus caudillos o quedaba inactivo, indiferente, inerte, i el entusiasmo vencedor del extranjero habria sufrido mucho; porque el pueblo sin enseñanza, sacándolo de su temperamento, pierde su pasion, queda inactivo, o pierde lo mejor de su fuerza, por lo ménos.

El pueblo sin enseñanza, obra sólo por temperamento, i segun el ritmo que le es propio; i una política sábia i rejeneradora no puede tomarlo por instrumento de sus obras, sino en ciertos límites mas o ménos, determinados.

Los jacobinos eran el pueblo, tenian su temperamento, i de ellos era el porvenir de la revolucion.

Hai dos escuelas históricas. La una pretende que los hombres del presente pueden prescindir del pasado i crear a su voluntad un nuevo órden de cosas en el momento, con tal que ese órden de cosas sea comprendido i deseado por un partido; al ménos, esta es la forma final i mas lógica de sus pretensiones.

La otra, cuyo caudillo es Hegel, supone que el hombre cree obrar con libertad i segun sus fines determinados, pero que no es mas que un instrumento de que se sirve la Providencia para realizar sus planes, que son mui diversos de los del hombre: al menos, Hegel ha

dado su forma final a las ideas de Vico, de Bossuet, i otros sostenedores de este sistema.

Mas, sobre estos dos sistemas, se levanta la grande escuela contemporánea, cuyo gran caudillo es E. Quinet, restaurador de la personalidad política de los pueblos. La verdad se encuentra en la síntesis profunda i en la alta conciliacion de los dos sistemas opuestos, i en el principio de que el hombre es tanto mas libre de realizar el porvenir, segun sus miras, cuanto mas verdaderas sean esas miras i cuanto mas en armonía estén con el fin social; pues, aunque los contemporáneos lo rechacen, la posteridad tiene al fin que encargarse de realizar su obra. Sin embargo, el mismo Quinet no ha espuesto claramente sus ideas, i hai que deducir un sistema.

Si el primer sistema fuera cierto, su verdad envolveria la mayor de las calamidades que pueden aflijir a nuestra especie. Tener la libertad de entregarse a todos los desórdenes imaginables, i el día ménos pensado, tener el derecho de rejenerarse de la noche a la mañana, i levantarse, entre los pueblos, tan sin mancha como los que han perseverado en la justicia, he ahí algo de aterrante! ¿Qué garantías tendríamos para perseverar en el bien? Si el mal se borra de la noche a la mañana, con el bien puede suceder lo mismo.

Dios ha sido mas sabio, i ha querido que el pasado viva encarnado en el presente, i que la vida sea como una omnipresencia que hace un solo instante de muchos siglos, i una vida inmensa i múltiple de cada momento de la existencia. De este modo, la accion del hombre adquiere un valor infinito i va a irradiar hasta en las edades mas remotas; pero tambien las acciones pasadas quedan constituyendo nuestro presente, i si son malas, no podremos libertarnos de su influjo sin someterlas a la penitencia i a la enmienda. Esta gran responsabilidad es lo que constituye nuestra grandeza.

Por su parte, el sistema de Hegel es el mas depresivo de la dignidad humana, i por ensalzar el poder divino ha venido a convertir a Dios en el mas miserable de los seres. El gran bienhechor es el creador de bienhechores, i el gran creador es el creador de creadores. I un Dios que reduce la creatura al vil rango de instrumento de designios que no le participa, hace al hombre incapaz de todo bien, i al querer monopolizar el bien para sí mismo no hace mas que reducirse a un malvado. Qué esperanza, qué estímulo queda entónces a los hombres de bien? Una resignacion mui buena talvez en sus principios, pero infernal en último resultado: la desesperacion o la imbecilidad acabarian con el jénero humano.

En el primer sistema, esto es, en el de los innovadores i revolucionarios a todo trance, se produce el mismo fenómeno, pero por el fracaso i por el desmentido de los resultados. Es menester sembrar de antemano las ideas, pues si el pueblo las recibe, se hará, de este modo, mucho mas apto para hacer una buena revolucion; i si no las recibe, ¿cómo será posible impulsarlo en la via de la accion revolucionaria conforme a los fines o al espíritu de esas ideas? En estas condiciones una revolucion, cualquiera que sea su comienzo, i por brillantes que sean sus hechos, no puede ménos que ir a parar al predominio de los mas audaces i ambiciosos, i al entronizamiento de los caudillajes del populacho.

Esos fracasos son los que orijinan las largas postraciones de los pueblos, i lo que fué el infortunio de uno solo, se convierte en el recelo de todos los demas.

Miéntas que la verdadera doctrina de la libertad es el perenne consuelo de los hombres virtuosos. La anciana humilde sabe o debiera saber que una buena accion hecha en la oscuridad no dejará de producir sus frutos, i que lo que hoi no son mas que unos pobres sacrificios ignorados, en tres o cuatro siglos (o mucho ántes) puede

llegar a ser la aparicion de un hombre sublime; porque el buen ejemplo fructifica por doquiera i jermína como las plantas poderosas. Este es el gran consuelo del mundo. El gran fin de Dios es crear hombres capaces de producir grandes acontecimientos, esto es, engrandecimientos del hombre, i no producir hombres i acontecimientos de teatro. El contenido de los grandes acontecimientos está en el espíritu mismo, i lo grande de los acontecimientos que no está en el alma humana, no está en ninguna parte.

Tratada la cuestion en el terreno especulativo, es fácil resolverla segun la esperiencia. Esta nos enseña que el bien es efectivo en el mundo, que su progreso es inherente al progreso de la voluntad del hombre, i que en su última forma viene a ser ese mismo progreso de la voluntad. Ella nos dice que no todo es posible en el momento, pero que todo es posible en el tiempo: *en el principio era el acto*, dice Fichte, *en el principio era el verbo*, dice San Juan; pero esto no quiere decir que el hecho estérno debe ser el comienzo i el fin de la actividad, sino que el acto es primero el espíritu concibiendo i queriendo; el acto sin el espíritu no es nada, i como el espíritu creador de las cosas no puede improvisarse, puesto que necesita educacion, las cosas i los hechos estérnos tendrán que subordinarse a esa educacion para ser lo que deben ser: de otro modo, los hechos no tendrian ningun valor.

El hombre puede, hasta cierto punto, dirijir los acontecimientos históricos, i lo podrá cada vez mas, a medida que su voluntad i su razon se vayan perfeccionando i vayan comprendiendo mejor todos los elementos que entran en la composicion del destino humano. Esta es la forma mas elevada de la personalidad política. Las voluntades del bien se ponen de acuerdo al traves de la Historia: el bien se reconoce i se afirma cada vez mas a sí mismo.

Los Estados Unidos han sabido lo que han hecho, aunque despues puedan llegar a algo imprevisto; i lo mismo puede decirse de otros pueblos libres cuando obran el bien: así, los griegos supieron lo que hicieron cuando derrotaron a Jerjes. Es verdad que tomando un gran número de siglos en consideracion, los hombres del primer siglo se sorprenderian al ver las consecuencias que sus actos vienen a tener en el último; pero aun en este caso se veria que el hombre es poderoso para producir el bien, puesto que este jermina de un modo ilimitado; al paso que el mal, que se ha creido vencedor tantas veces, se limita i se niega sin cesar a sí mismo. El hombre no es, pues, un maniquí, i la escuela fatalista está en el error.

Por otra parte, la esperiencia demuestra que es el mayor de los absurdos pretender que el bien puede improvisarse (salvo en ciertos momentos mui raros i decisivos de la vida) i que su magnitud es independiente de la suma de las virtudes del pasado, ya sean éstas, privadas o públicas; aunque sea cierto que las razas latinas tienen un poder de improvisacion desconocido de las razas del Norte, porque condensan todas las fuerzas de la Historia en un momento dado, i que así pueden producir grandes condensaciones de la voluntad. Pero aun así, es doblemente absurdo suponer que las virtudes pasadas no son necesarias, o que pueden esterilizarse, pues son ellas las únicas productoras de la vida, por mas ocultas que se conserven; del mismo modo que el mal es el productor de la muerte, aun cuando vaya disimulado i sancionado por una creencia relijiosa.

Mui justa i profunda es la observacion de E. Quinet acerca de las detestables consecuencias que trajo la revocacion del Edicto de Nántes, i la espatriacion o el esterminio de los protestantes. Con ellos huyó de Francia el jenio pensador i reflexivo que pudo haber dado a la revolucion un temperamento mas frio i mas saño. Mal para

la revolucion i mal para sus enemigos, que pagaron con la sangre del 93 la omnipotencia del temperamento feroz introducida por ellos, con la eliminacion de los disidentes i con actos análogos de los siglos pasados. La ferocidad no aprovecha a nadie i no tiene mas efecto que acabar con la moral, o en caso contrario, hacer cada vez mas odiosa la ferocidad. Las batidas de albijenses, de valdenses i de hugonotes, crearon en Francia el temperamento de la ferocidad que produjo los desenfrenos del 93, i en seguida, la abdicacion, la postracion, la desconfianza i el terror del hombre por su propia naturaleza, lo cual trajo las jeneraciones temerosas de toda expansion, que condenan su propia libertad, ávidas de abdicacion i de tiranía. De ahí los Bonaparte, de ahí la reaccion comunista, la ruina, la enemistad perpetua de la república i del catolicismo, cobijador de crueldades i despotismos. Luego, así como el bien enjendra el bien, el mal enjendra el mal, i es imposible fundar el bien sobre la maldad.

Por eso es que toda relijion que lleva la maldad encarnada en sus mismos dogmas está condenada a morir ahogada en el mismo piélago de los males que ha provocado. Principalmente ese dogma de las penas eternas, he ahí el críjen de tanta ruina. Si ese dogma contribuyó a templar los caracteres averiados o relajados por los vicios de la antigua Roma, llegó al fin un momento en que su accion debia ser infernal, i desde la Edad Media sólo ha producido estragos i desolaciones; i no es precisamente el miedo hácia lo desconocido de ultratumba lo que ha hecho el mal, pues ese miedo en jeneral, puede ser lejítimo, sino la nocion de Dios que resulta de una creencia semejante: no se puede adorar impunemente el Dios horroroso i absurdo sin que se deprave profundamente el espíritu humano. Agregad a esto que el hombre ha perdido la fé en sí mismo, que todos los resortes mas fuertes de la razon han sido rotos desde que tantos dog-

mas absurdos se han aceptado como verdaderos, bajo el influjo del terror, algunos de ellos: el pecado orijinal, el Creador estúpido que reniega de su propia obra, las jeneraciones condenadas por el acto pueril de un hombre, Dios enseñando el lenguaje a Adan, el hombre perfecto, (sin fijarse en que la perfeccion sólo puede ser el fruto de las propias obras i de los propios méritos), la Trinidad, Jesús, hijo único de Dios, el Papa infalible, etc., etc. Cuando la intelijencia ha llegado a creer todo esto, ¿qué regla le queda para saber lo que es justo o injusto, lo que es verdad o mentira? Esto es abominable i desesperante. Entónces no queda mas criterio de verdad que la obediencia a los concilios i al papa, i la discusion entre los hombres se hace imposible. ¿Cómo ponerse jamás de acuerdo sobre las grandes cuestiones de la existencia? Entónces no queda mas recurso que la injuria i la guerra a muerte. Lo que para las razas del Norte es un simple error, para las del Sur es una fuente de corrupcion, i se convierte en índole i temperamento.

Al parecer, nos hemos apartado del asunto; pero es precisamente estudiando las jeneraciones del bien i del mal como se puede producir el bien, o evitar un mal determinado.

¿Cómo se produce el bien? No sólo sucede que el bien enjendra el bien, sino que previene el mal opuesto, i enjendra siempre bienes homojéneos; cada virtud se enjendra primero a sí misma, i en seguida las que de ella se derivan. Lo cual hace que la libertad del hombre sea efectiva i que pueda prever los frutos que darán sus obras en el porvenir.

Por esto digo que las situaciones creadoras de grandes hombres pueden producirse a voluntad, en un grado

i en una proximidad proporcionales a la enerjía del pueblo i de los hombres superiores que entran como factores en su produccion.

Unos pocos hombres eminentes hacen una situacion, i entónces, la situacion, el movimiento jeneral de los ánimos, saca a luz otros hombres mas numerosos i mas capaces talvez, que habian permanecido desconocidos por falta de oportunidad. Así es como se forman las épocas i las trasformaciones sociales. Si a esto se agrega que el fin jeneral de todos era el fin de los fines en el cual los hombres deben estar mas de acuerdo que en cualquiera otro, cual es el de producir grandes hombres, el movimiento jeneral se haria mucho mas fácil i poderoso. A este movimiento despertador de los simpáticos deberia suceder o acompañar el despertar de los opuestos (demócratas o católicos), i sin esta oposicion o emulacion, pocas cosas grandes se verian. Sin resistencia no pueden hacerse esfuerzos, i sin esfuerzos no puede evocarse lo que hai de escondido i de infinito en el espíritu. Al combatir lo opuesto no hacemos sino evocar nuestras propias enerjías i desenvolver nuestras facultades; porque así como son de degradantes i de corruptoras las sofocaciones brutales del antagonismo, así tambien son de fecundos los antagonismos libres, porque no son mas que emulaciones de la grandeza humana i torrentes de luz que caen de lados opuestos alumbrando los principios i los hechos. Este principio de las libres oposiciones debe rejir todas las esferas de la existencia i las de la inmortalidad misma: lo veremos en el mas bello porvenir del mundo; pero entónces la animosidad será simple emulacion en la produccion de las bellezas opuestas.

Estos principios podrian suministrarnos: 1.º la idea de

un sistema amplio i penetrante de instruccion primaria, donde, conforme a las ideas de Quinet, se inculcara profundamente, en la infancia el sentimiento de la patria, i donde segun el pensamiento del príncipe Alberto, se estimulara i se premiara, no el talento, ni la aplicacion, ni la buena conducta, sino la disposicion a los actos jenerosos i el amor a los hechos magnánimos; 2.^o la idea de un instituto de alta educacion intelectual i moral planteado con los mejores alumnos de las escuelas, i que tendria por objeto principal hacer aparecer todas las oposiciones jeniales en la juventud, hasta elevarlas a sistemas de moral i de filosofia. He ahí cómo se podria crear un alto espíritu de tolerancia, de emulacion, de proselitismo; el centro de donde emanara una saludable conmocion social i la aparicion de grandes situaciones, creadoras de hombres eminentes. El medio principal de esta educacion seria la resurreccion histórica, no como la entienden los eruditos que creen haber hecho grandes descubrimientos enseñándonos que Jesús era nieto de un gran sacerdote, que estuvo en Egipto, i que probablemente conoció los misterios de Isis; sino como resurreccion espiritual i verdadera. El académico profesa el culto de las formas o de los hechos plásticos; mas la verdadera ciencia histórica deberá considerarse como el desenvolvimiento de la facultad creadora del espíritu en cuya virtud el hombre podria sentir el alma de los siglos pasados, hacer surgir del caos a los grandes hombres, haciéndolos hablar en nuestra presencia, inspirados i potentizados por el espíritu moderno. Así como Shakespeare i Corneille resucitaban los héroes i los amantes. el artista nuevo debiera resucitar esas grandes almas de Sócrates i de Esquilo, de Hipatia i de Jesús, hasta ser capaces de continuar sus palabras i sus pensamientos cortados por la muerte o por el olvido. De este modo, el espíritu moderno se asimilaba todas las fuerzas de la Historia, todas

sus potencias acumuladoras i diferenciadoras. He ahí la resurreccion de la Historia i uno de los mas poderosos alumbramientos del espíritu moderno.

Así se formarían hombres ilustres; pues, aunque sea un elevado espíritu público lo que hace a los grandes ciudadanos, éstos, a su vez, son los que hacen el grande espíritu público; i hai muchos factores que pueden entrar a componer al ciudadano.

Hablando de la democracia i de sus peligros, Tocqueville dice que no debe creerse que sólo la invasion bárbara puede traernos la barbarie que puede traerla tambien el predominio mui esclusivo de los intereses materiales i el olvido de las ideas absolutas i de los estudios de las causas primeras. Cita el ejemplo de la China, i recuerda que cuando llegaron allí los europeos, hace 300 años, hallaron vestijios de una antigua ciencia, pero que los hombres de entónces sólo conocían sus aplicaciones prácticas. Recomendaba, pues, como de una magna importancia, el estudio de las ciencias puras i elevadas; porque, segun su espresion, «en nuestros dias es preciso retener el espíritu humano en la teoría; él corre por sí mismo a la práctica». Él cree que los pueblos democráticos han de perfeccionar necesariamente «la porcion industrial de las ciencias, i que todo el poder social, en adelante, debe dirigirse a sostener los altos estudios i a crear grandes pasiones científicas».

A estas ideas excelentes, sin embargo, yo creo que seria conveniente agregar que en el espíritu i en la idea jeneral que deben dirigir esos altos estudios i esas pasiones científicas, deberían entrar como principios determinantes las ideas que a este respecto hemos indicado ántes, o que indicaremos en otros capítulos. Porque la

erudicion, por sí sola, puede tambien llegar a una especie de barbarie, como se vió en Francia bajo los Bonaparte: las Universidades adaptándose a esa monstruosidad social i política, i sirviéndole abyectamente de presea.

Finalmente, si la poderosa injerencia que damos al Estado en la persecucion del fin social parece tender a la creacion de una burocracia tanto mas tiránica i temible cuanto mas ilustrada i selecta, no debe olvidarse que lo que caracteriza definitivamente las instituciones, es el fin práctico que realizan i el fin trascendental que se proponen. Aquí el fin es emancipar al ciudadano i hacerlo cada vez mas apto para dominar al Estado i constituirlo segun sus propias ideas, i de ningun modo ese fin es el de conservar sin innovar. Que si el Estado abusa encarrilado en la via del bien, mucho mas abusaria entregado a sí mismo i sin sistema de emancipacion social. Además, a medida que las clases se elevan moralmente, por el nuevo réjimen, la direccion de la enseñanza podria distribuirse entre varias instituciones independientes del Estado, dejando siempre a este último, en union con las Universidades, la direccion de la educacion superior.

CAPÍTULO XXV.

Lo que pudo haber sido i no fué.—Poder de los pequeños i poder de los grandes.—Los grandes hacen a los pequeños; pero estos forman la atmósfera i los antecedentes de aquellos.—Educación del niño.

Vamos a tratar un punto importante de la personalidad política: ¿Cuál es la parte que toca a los grandes hombres i cuál la que toca a la sociedad en jeneral, en la direccion i en el destino de la humanidad?

Los grandes hombres han producido los grandes hechos, pero la humanidad ambiente ha puesto tambien mucho de su parte; 1.º ha contribuido a exaltar o a deprimir la formacion de los grandes hombres; 2.º ha contribuido a engrandecer o a empequeñecer sus hechos despues de realizados o al realizarse. Puede decirse que aun antes de nacer, el destino de los grandes hombres está subordinado a la sociedad.

El jenio i el amor están íntimamente unidos, i los mas grandes jenios deben haber sido hijos del grande amor; pero que tal hombre i que tal mujer se amen i tengan

jeneracion, esto depende del círculo social en que se vive; i ese círculo es compuesto de los pequeños: Suponed que ese hombre i esa mujer unidos deben producir un jenio, mas si la sociedad es hostil a su union, o no lo producen, o lo producen clandestinamente. Aquí los inconvenientes señalados por E. Quinet al adulterio i a sus frutos. Destino bien triste, exajerado talvez. I aunque haya hijos del adulterio que son mas lejítimos que los hijos de muchos matrimonios, lo cierto es que ese hijo infeliz, tendrá, la mayoría de las veces, un destino frustrado. ¿Por qué, entónces, se sacrifica esa virtud creadora del mundo, ese amor venido de Dios como una bendicion sempiterna i sagrada, a miserables i sucias consideraciones? Ese sacrilejio nos pone mas abajo que las bestias, i frustra los fines providenciales de la seleccion sexual.

Pero, en fin, suponed que lejítima o ilejítimamente nace el hombre de jenio: ¿qué será de él? El será segun el medio familiar que vá a rodearlo, i ese medio lo han formado los mediocres; luego, los mediocres unidos ejercen una grande influencia en el destino del mundo, si es cierto que este se dirige por el dictámen de los jenios. Otro tanto debe decirse del medio social en que el jenio va a educarse.

De modo que si los grandes impulsan a los chicos con grandes impulsos irregulares, los chicos producen el impulso continuo o la prolongacion de los primeros.

Pero el jenio, por lo mismo que es jenio, pudo haber hecho muchas cosas que no hizo, en su niñez, en su juventud, principalmente: he ahí el problema complicado. Los grandes misterios del destino humano están en el alma de los grandes hombres, porque son ellos los capaces de los grandes esfuerzos para formarse a sí mismos i para formar el porvenir de las sociedades.

Por esto se vendrá en cuenta de cuán funestas no son

las doctrinas católicas, que propalan el terror al infierno i la necesidad de salvarse a todo trance, sin dar importancia a la estatura del espíritu i a las amplitudes del alma. Grande hombre entre los católicos es el que aplasta poderosamente los espíritus: Felipe II i Bonaparte, Loyola i Bossuet. El terror al infierno eterno que enmienda i fortalece a los relajados i a los miserables, deprava i embrutece a las jeneraciones viriles, envilece i desfigura el alma del niño i produce los jenios excéntricos i enfermizos. ¿Qué hubiera sido Pascal libre de ese terror?

Por esto se vendrá en cuenta de cuán mortíferos no serán los principios de la filosofía fatalista i de la doctrina de la predestinacion, en jeneral. Si es cierto que esos principios dan al jenio cierta calma i cierta seguridad en el buen éxito de la mision a que se sienten llamados por la Providencia, en cambio, les quita esa inquietud innovadora, esa duda de sí mismos fecunda en comparaciones de lo posible i mejor, i los priva de esos esfuerzos supremos que son los únicos capaces de resolver las grandes dificultades. I en fin; cuando el infortunio i la ruina caen tenazmente, sobre un creyente del fatalismo, su fuerza de resistencia i de resurreccion no puede compararse con la de los hombres del libre arbitrio. La ruina se hace fatal e irremediable: se creen condenados por Dios.

Lo mismo sucede en los pueblos. En los tiempos de prosperidad o de fuerza, el pueblo de la predestinacion sigue valerosamente en el progreso, cada ciudadano está animado por esa idea de que Dios lo llama a lo mejor, i trabaja confiado; mas, si viene la adversidad, i se acentúa, al fin llega un momento en que toda vida activa i creadora se paraliza. La Grecia i la Italia resucitan, los pueblos del Oriente duermen en sus sepulcros. La Alemania se rehace despues de Jena, pero es porque la Francia imperial, apostatando de la libertad, era un aborto

fujitivo i sin ningun sentido en el mundo. I si los pueblos latinos hubieran desenvuelto i llevado hasta sus últimas consecuencias ese principio salvador del libre arbitrio, cuán diferente no seria su suerte. Suponed que en vez de esa Iglesia que predica el miedo a las penas eternas i la egoista salvacion individual por medio de prácticas mas o ménos mecánicas, una Iglesia mas racional i mas humanitaria se hubiera encargado de predicar que el cielo es el bien en actividad, que el cielo es creer en espíritu, que el cielo es Dios, i que es el alma misma elevándose a Dios por la beneficencia i por la abnegacion; que el amor no es el medio de conseguir el cielo, sino que es el cielo mismo, Dios con nosotros; que practicar la virtud es crear el cielo, i que todo hombre, por humilde que sea, al sacrificarse por el bien de los otros, debe estar seguro de que su buena accion, jermynando sin cesar en el espíritu de los hombres, al fin tendrá una transcendencia infinita i contribuirá poderosamente a engrandecer el cielo del espíritu humano. Entónces, al mismo tiempo que se daba ese gran consuelo a la humanidad, cuánto no habria cambiado la suerte de nuestras sociedades, bajo la accion de estos principios.

Es mui comun oir decir que las sociedades tienen períodos de accion i períodos de reaccion; i es mui comun entender con esto que hai un período en que debemos permanecer inactivos e impotentes. Pero la sociedad no es un mecanismo, ni está sometida en su progreso a la rijidez de las leyes físicas. Es la potencia creadora de sí misma, i es conciencia i eleccion de lo mejor. En esas épocas de eclipse, en que los grandes caractéres han desaparecido, es menester que los esfuerzos dispersos de la multitud no cesen un momento, a fin de preparar en

el espíritu jeneral, un albergue propicio al advenimiento de esos grandes caracteres i a fin de que los mediocres se hagan casi grandes, i los grandes, lo sean mas aun, cuando aparezcan. Precisamente, en los períodos de decadencia i de infortunio es cuando mas necesitamos de esos innumerables esfuerzos colectivos, formadores de atmósferas apropiadas para los grandes hombres.

Mas ¿quién dirigirá los esfuerzos de esas muchedumbres huérfanas, en las épocas de oscuridad? ¿Cómo impedir que se dispersen i se pierdan en los abismos morales? ¿Cómo mantenerlas en la buena actividad cuando los grandes directores ya no existen? Por esta razon las instituciones religiosas son indispensables; ellas conservan las buenas tradiciones i dilatan el soplo jenerador de los grandes hombres hasta las épocas de mayor postracion: las prácticas religiosas i morales son como una fuerza rítmica que subyuga al pueblo i lo hace caminar en la esperanza del porvenir i en el amor reverente de lo mejor que ya no existe.

He ahí por qué conviene someter a los pueblos a un metodismo severo i al dominio de una grande idea inmortal que se lo imponga siempre, sobre todo, en esas largas ausencias del jenio, porque así éste aparecerá mas pronto i será mas grande cuando aparezca. I aun, yo creo que los grandes hombres no faltarian nunca si la sociedad estuviera sometida a una disciplina espiritual, científicamente determinada; i que en este cáos de indolencia jeneral en que vivimos, los hombres capaces de elevarse a una grande altura son desconocidos, repudiados i esterilizados. Yo he creído siempre que todo hombre es un héroe que viaja de incógnito por la vida, i que si esa fuerza superflua que se gasta en los intereses temporales se empleara en el despertamiento de las almas, el mundo experimentaria una transfiguracion tan maravillosa que se asombraria de su pasada decrepitud.

Si estas ideas, aunque de un modo oscuro, hubieran obrado en el espíritu de la antigüedad, ¿qué cosas tan grandes no veríamos hoy realizadas? Pero ellas han obrado, ciertamente, bajo una forma cualquiera (heroísmo, abnegación, santidad), en el ánimo de los mejores y de los superiores, y es ahí, y en el espíritu de los genios del pasado, donde han podido obrar más enérgicamente, todavía. Entonces, se presenta en su sombra misteriosa, este pensamiento enigmático: lo que pudo haber sido y no fue. Para los alemanes y para los orientales esta cuestión es del todo vacía y sin sentido, pues según ellos, lo que ha sucedido, ha sucedido necesariamente. Pudiera creerse tal vez, que cada generación sólo puede disponer de una fuerza que debe guardar una proporción limitada y necesaria con la fuerza que le es transmitida por la generación pasada, y que así, todas las generaciones, pudiendo sólo disponer de una suma predeterminada de fuerzas que se desenvuelven según leyes geométricas, vendrían a desarrollarse de un modo análogo al de los vegetales.

Pero, en primer lugar, la vida humana no está sometida en su desenvolvimiento a la cronología del tiempo físico, pues en un momento puede condensar la actividad de un siglo; y en segundo lugar, tampoco está reñida en su desarrollo por la ley matemática ni por la lógica formal. Así, un acto como 10, por ejemplo, no trae la producción necesaria de actos determinados como 12 o como 20; sino que a lo sumo podría someternos a una ley como esta: ese acto como 10 te hace digno y apto para obrar desde 10 hasta 100. Pero si obramos, en seguida como 80, ya la ley cambia en el mismo instante y se expresaría así, por ejemplo: por haber obrado como 80 serás apto para obrar desde 80 hasta 1 000. Y como lo esencial del acto está en el espíritu, y como éste puede condensar la actividad de muchos años en un solo instante, síguese de aquí que el libre arbitrio tiene una potencia que puede ir

de la nada al infinito. Si esto no está corroborado por la vida ordinaria, ni ménos por la de los hombres i de los pueblos relajados, está plenamente demostrado por la aparicion de los grandes hombres, la cual no podria explicarse de otro modo. ¿Cómo, de otro modo, arrastrando las pesadas cadenas del mundo que los rodea, han podido elevarse a esas alturas? ¿Cómo han alzado el mundo en sus hombros, ese mundo que se esforzaba por quedar abajo? Si no han subido mas, es porque el mundo, en vez de impulsarlos, los retenia.

Es cierto que los malos hábitos esclavizan al hombre, i casi anulan el libre arbitrio; pero no debe juzgarse de su potencia por lo que es en su estado de corrupcion.

El mismo criterio debe aplicarse al progreso social. Si es cierto que es mucho mas difícil la exaltacion de la gran voluntad de un pueblo que la de un hombre, en cambio, cuando un pueblo se levanta, su potencia de engrandecimiento es mucho mayor: entónces las ideas se embellecen i se fortifican al pasar de una alma a otra, tanto mas cuanto mas bellas son, i así todo lo bueno surge i se hace poderoso, i las voluntades alcanzan un poder mui grande. Mas, como hemos dicho, si en las épocas de decadencia, no existen elementos ni instituciones impulsadoras de la actividad, esas grandes épocas de enerjía pueden retardarse o achicarse mucho, i aun no venir jamas.

Luego, siempre debe quedar subsistente en la conciencia del hombre i en la de los pueblos, el problema sombrío: *lo que pudo haber sido i no fué*. I aunque los optimistas puedan tambien ponerlo a su servicio para regocijarse de la conjuracion de los males que pudieron ser i que no son, el deber de la moralidad nos obliga mucho mas jeneralmente, a entristecernos i a acusarnos por el bien que pudo ser i que no es.

Cuando la caída ha sido mui profunda i la degradacion mui laboriosa, entónces se han perdido todas las facultades creadoras del bien, i es imposible alcanzar a concebir el bien que hemos perdido, el destino interesante que dejamos escapar, todo lo grande que pudimos ser i que no fuimos; i una seguridad cínica i orgullosa nos suministra mil razones para creernos irreprochables, o al ménos, tan dignos como los demás. No se alcanza a concebir entónces que el ideal que reverenciamos, i con el cual nos comparamos para acusarnos o para satisfacernos, es una parte de nosotros mismos, i que si lo hemos degradado hasta tranquilizarnos con nuestra conducta, cualquiera que sea, somos nosotros mismos los que nos hemos degradado. Por esto el ideal debe colocarse en lo eterno i en lo absoluto, en un Dios que se adora como lo mas perfecto.

Por el contrario, aquellos que aun tienen la facultad de concebir con dolor lo que perdieron en el reino del bien, son los que aun conservan enerjías de rehabilitacion, mas o ménos, eficaces. Pero ¿cómo redimir la China, cómo despertar a la España, cómo resucitar los pueblos musulmanes?

Caidos en la degradacion, al tratar de imaginar la suerte que nos habria cabido siguiendo la áspera senda del deber que no seguimos, nos imaginamos una vida sin las manchas de la actual, pero tambien sin el brillo i sin la fuerza que habria tenido si la enerjía vital que gastamos en el mal la hubiéramos empleado en la produccion del bien; i la concebimos así, 1.º porque la continuidad establecida entre el último grado de bien de que fuimos capaces i el resto de nuestra vida (simple razon de ser o motivo) nos hace creer que hemos seguido la marcha mas natural; 2.º porque hemos perdido el recuerdo de muchas virtudes fecundas que entonces poseíamos, o al ménos ese recuerdo es descolorido i frio; i con mucha

mas razon hemos perdido la capacidad de imaginar lo que esas virtudes fecundas hubieran sido en su progreso futuro.

I en fin, nos imaginamos que esta actualidad que nos llena del todo, que este sistema de ideas que razona i ocupa por completo nuestro ser actual, es una gran cosa, i que aquello que perdimos, si hubiera sido mas puro, no habria tenido este carácter tan real, tan positivo, tan penetrante, i de un juicio tan seguro i tan rico como tiene nuestra actualidad.

Cuando los mas bellos vástagos han sido cortados, el vástago que queda, dice, yo soi la planta, yo soi el todo; i lo demas, se hace sueño.

Una vez perdidos los tipos orijinales de la virtud i del vigor, i convertidos por la continuidad de la vida en energías malas, el hombre pierde el sentido de la virtud i del vigor, tales como ántes jerminaban en él en su pureza.

Cuando el bien desaparece en un pueblo, vencido i suplantado por el mal, éste llena toda la esfera de la realidad i ocupa todo nuestro ser i lo seduce con las formas encantadoras e imponentes con que siempre se reviste en la realidad, subordinando todas las fuerzas vivas de la sociedad. I como se han perdido los tipos orijinales de belleza que vivian en las jeneraciones sepultadas, los que sobrevivimos, hemos perdido tambien el secreto de concebir toda la esperanza que latia en su alma i la vida de gloria i de ventura que ellas preparaban.

Si la reflexion alumbra i dilata el libre arbitrio, mucho mas debe alumbrarlo i dilatarlo la reflexion trascendental sobre sí mismo, i estas consideraciones tienen que acrecentar la responsabilidad de los hombres.

De lo que llevamos dicho podemos sacar los corola-

rios siguientes: 1.º en el individuo, una serie prolongada de pequeños esfuerzos puede hacerlo capaz de esos grandes esfuerzos eficaces que deciden de su suerte; 2.º en el hombre de jenio, sobre todo, esa serie de pequeños esfuerzos es mucho mas necesaria, porque vendrá a ser mucho mayor el influjo que tenga sobre los grandes esfuerzos; i para ello conviene dotarlos de las pequeñas virtudes, que son las sostenedoras de las grandes; 3.º lo mismo en un pueblo, es la suma de las pequeñas actividades individuales lo que puede hacerlo apto para producir al jenio i para aprovechar de su ejemplo.

Luego, el método enjendra lo grande. No bastan las aspiraciones altivas, es necesario poseer tambien la humildad, la conciencia de nuestra pequeñez ante un Ser Supremo, a fin de someternos a las penosas i humildes tareas cotidianas i librarnos del desden estéril. No hai golpes de jenio sin disciplina; no hai cosas grandes sin una suma de pequeñas cosas. Por cuanto toda vida se compone de muchos pequeños momentos i de unos pocos grandes momentos; de una larga serie de dudas, de desfallecimientos, de expectativas i de unos pocos grandes impulsos; i en la formacion de las magnitudes finales de la voluntad entra como principal factor la suma de las pequeñas voluntades cotidianas.

I son las pequeñas virtudes como el trabajo, la temperancia, la benevolencia, la humildad, la paciencia, la perseverancia, etc., las que pueden producir en el pueblo i en el individuo superior la suma de las pequeñas voluntades productoras del jenio i productoras de las grandes virtudes.

En la educacion individual, esas pequeñas virtudes que se aprenden sobre todo en el hogar i bajo el influjo de las madres, es menester que estén sábiamente subordinadas a la produccion de la gran virtud personal de que es capaz cada individuo, segun su jenio. I ¿cómo enseñar

a las madres a descifrar ese enigma del genio de cada hombre (sobre todo en los superiores) cuando empieza a despuntar como un sol remoto en la frente del niño? Porqué es ese genio, esa gran virtud central la que debe tenerse en vista, i de ella deben hacerse derivar las virtudes auxiliares que deben sostenerla; i todos los afanes i recursos son perdidos si no converjen a ese fin. Es menester (sobre todo en los niños superiores) organizar el genio personal, darle órganos de economía i de desarrollo, i esos órganos son las virtudes auxiliares que se derivan de la virtud central, o bien, que vienen a modificarla i a condicionarla sábiamente: como la induljencia, por ejemplo, debe venir a modificar el genio de la severidad, pero sin debilitarlo. Un libro que contuviera rasgos biográficos de los grandes hombres (de los bienhechores) seria el mejor recurso para una madre. ¿Cuál de esas biografías es la que mas ha preocupado al niño? I sobre todo, ¿cuál es la que mas se ha arraigado en su memoria? Así podria iniciarse a las madres en el ministerio sagrado de la educacion de la infancia, en la cual cada año vale muchos años de la vida viril. Para esto es preciso emancipar a la mujer del sacerdote. Si en los tiempos de vigor el sacerdote enaltece a la mujer, por lo jeneral, sólo la domina para estraviarla; i por esto es indispensable darle una educacion moral independiente, encaminada a la produccion de la juventud i a la disciplina del hogar; porque es ella la que hace al niño, i ella i el niño son los que hacen al hombre.

¿Cuántos hombres que hubieran podido ser grandes bienhechores de la humanidad, han muerto sin hacer otra cosa que dejar presentir amargamente su mision frustrada, por falta de una buena educacion?

Ahora, si aplicamos este órden de ideas al juicio de la Historia, en ello encontraremos motivos de tristes i profundas consideraciones, i una fuente de saludables consejos i de fecundas enseñanzas que deben entrar como coeficientes en la elaboracion del porvenir de las sociedades modernas.

El mundo humano ha podido ser de muchos modos diversos de lo que ha sido i de lo que es, i los pequeños cambios que el hombre ha podido introducir en las edades pretéritas habrian llegado a ser cambios enormes en la actualidad.

A mi modo de ver, lo que mas ha intrigado talvez a los partidarios de la predestinacion histórica, es el hecho siguiente: Al examinar un hecho, luego se viene en cuenta de que ese hecho, tal como es, no puede haber sido producido con todo sus caractéres sino por una situacion pretérita, estrictamente determinada; de lo cual nace esta consecuencia, a saber, que en la serie regresiva que va de los hechos actuales a los pasados, hai un encadenamiento necesario, esto es, que un hecho sólo puede haber sido producido por otro hecho, lójica i necesariamente determinado i único. Esto es verdadero, pero de aquí se ha sacado la consecuencia de que la recíproca tambien lo es; lo cual es absurdo. En efecto, no puede decirse igualmente que un hecho pasado sólo pudo producir el hecho que produjo, pues pudo producir otros mui diversos en su lugar. ¿Por qué? Porque la vida pública, así como la vida individual, no está rejida por la lójica unilateral de una sola continuidad, sino que está rejida por la lójica de la madre-identidad. Así como en cada momento de la vida el yo es el mismo i es al mismo tiempo una infinidad de modos de ser que viven en su memoria i poseen la madre-identidad de todos ellos; así, en la voluntad en potencia hai muchas voluntades que entran a componerla, i el yo, que posee la identidad de todas ellas,

puede dirigirse a su arbitrio, segun cualquiera de esas voluntades componentes. De modo que cada momento vital puede producir una infinidad diversa de momentos siguientes, aunque cada uno de esos modos producidos sólo puede haberlo sido por un solo i único modo productor. Esta diversificacion libre, pequeña en el momento actual, si la voluntad persiste, se propaga, acentuándose en los siguientes, i puede hacerse enorme en algunos años; i esto es tan aplicable a un individuo como a un pueblo.

Una injusticia de mas o de ménos, abatiendo o dejando en libertad de accion a un partido, a una opinion o a un hombre superior, basta para producir esos cambios progresivos.

¿Qué hubiera sido de la Grecia con Alcibíades de ménos i con Arístides i Sócrates de mas?

¿Qué habria sido de ese pueblo tan creador i tan grande, si una serie de pequeñas voluntades buenas acumuladas hubiera llegado a crear una fuerza antagonista, la fuerza del libre pensamiento, a fin de ir mejorando desde algunos siglos atrás sus ideas religiosas? Qué habria sido de él si de este modo hubiera impedido que los sacerdotes absorbieran la sabiduría, sepultándola en sus templos con el nombre de *misterios* i obligando a los hombres eminentes a guardar secreto su saber por medio de juramentos i de iniciaciones falaces?

Qué habria sido de Aténas si esa sabiduría de los *misterios*, divulgados entre el pueblo, hubiera preparado a éste con larga anticipacion para elevarse a juicios mejores sobre el mérito de los hombres públicos, a concepciones mas altas del Estado, a fin de que no se hubiese dejado seducir por hombres de la mezquina talla de un Alcibíades, ni arrastrar a empresas descabelladas como esa malhadada espedicion a Sicilia? No se hubiera entónces hallado en disposicion de resistir a Alejandro i a sus

corruptoras empresas de conquista que lo llevaron a derramar en una tierra estéril i refractaria las sagradas semillas de la virtud, del saber i del heroismo? Qué jérmenes poderosos de un nuevo equilibrio político no habrían sido en el mundo esos magnos esfuerzos si se hubieran empleado en colonizar la Galia, la Italia i la España? No hubiera sido mas gloriosa la Grecia concentrando en la esfera pacífica del comercio i de su propia perfeccion esas fuerzas morales i físicas gastadas en empresas seductoras, pero estériles i sin consistencia? Mui posible habria sido entónces que el alma robusta de la Grecia hubiera resistido a Roma i hubiera sido la creadora de un nuevo mundo, de una humanidad mucho mejor, que hoi no alcanzamos a concebir. Si Roma triunfante creó el derecho civil de las naciones e hizo otras cosas buenas, la Grecia vencedora i armonizadora ¿no hubiera hecho mucho mas? Es cierto que a medida que los pueblos se civilizan i se elevan en el derecho, mas efectivo se hace el principio hegeliano segun el cual, el pueblo que debe dominar a los demás es el que representa un momento superior del espíritu; pero aun en nuestros días vemos que la fuerza bruta puede dominar durante muchos siglos al espíritu o tener mas influjo que este sobre otros pueblos, i cuánta mas razon no habrá para dudar del principio hegeliano en lo que concierne al predominio del influjo romano sobre el griego. ¿Acaso no podria creerse que muchas veces un pueblo, por la seleccion natural i migratoria que preside al modo de su formacion, i por la necesidad en que su situacion jeográfica lo coloca, desenvuelve sus fuerzas de ataque i de resistencia, se eleva a un gran dominio político, i que es entónces cuando viene a asimilarse una idea superior, una nocion humana mas rica i mas personal que ya era patrimonio de otras naciones, i a apropiarse una mision insigne que flotaba desde mucho ántes sobre el destino de otros pueblos? Es cierto que para ello

se requiere cierta superioridad connatural o innata i una personalidad enérgica, pues de otro modo, una nacion no seria capaz de asimilarse las bellezas i las virtudes de otros pueblos i gozar de largo predominio; pero acaso Grecia, en este sentido, no era superior a Roma? Grecia se asimila como Roma, todo lo bello del mundo, pero además, le dió la serenidad i el esplendor helénicos. Cualquiera que sea la raza que suplanta a las demás en el predominio del mundo, para que ese predominio sea durable i universal, ella tiene que asimilarse lo bueno que encuentra disperso i llevarlo a su lójica final de progreso; i al ver esa realidad imponente que se levanta magnífica como la expresion del espíritu universal desenvolviéndose, los boquiabiertos no dejarán nunca de exclamar: esto tenia que suceder necesariamente: de modo que el principio hegeliano está complicado con otros principios económicos de la Historia. Cualquiera que sea lo que triunfa i cualesquiera que sean los jérmenes de renovacion i de beneficencia que se destruyen, eso vencedor se asimila todo lo bueno con que tiene afinidad, lo desenvuelve i lo enriquece con todas las fuerzas converjentes de la realidad que domina, i constituye así una totalidad armónica e imponente, i la jeneralidad, no dejará de considerar esa poderosa unidad, que todo lo ocupa i lo domina, como necesaria i absoluta. Por otra parte, cómo esplicaria Hegel la larga subsistencia de la China, de la Rusia, i otros pueblos análogos?

La Grecia libre habria significado la libertad del mundo; i el mundo compuesto de naciones libres no habria sido invadido por los bárbaros; entónces no habria habido Edad Media sino del otro lado del Rin, i la Edad Moderna, con esos siglos ménos de servidumbre i de tinieblas, podria haber sido una Edad de esplendor i de gloria que no somos capaces de concebir. ¿De dónde viene el espíritu supersticioso de los pueblos del Occidente y las atrocidades i demencias a que los ha arrastrado?

De Roma; porque el romano ha sido el pueblo mas supersticioso del mundo, i de ahí el jenio tenebroso del catolicismo. Pero suponed que hubiera sido el jenio griego i su serenidad lo que mas hubiera dominado; qué, diferencia no habria introducido en el jenio del Occidente! Entónces no habria existido ni persecuciones religiosas, ni tortura, ni hogueras, ni dragonadas, ni San Barthelemy, ni ese infierno de guerras de sucesion i de conquista; i de todas esas fuerzas perfeccionadas e incrementadas por la civilizacion, puestas al servicio del progreso universal, habrian traído consigo una humanidad tan ilustre i tan maravillosa como nunca la podremos imaginar. La América i la Oceanía descubiertas i pobladas cinco siglos atrás por una humanidad virtuosa e ilustrada, serian en el dia el plantel espléndido de pueblos ideales mas perfectos i mas grandes que los de esas utopías soñadas por los filósofos i poetas. Así como hai momentos críticos i decisivos en la vida del hombre, tambien hai momentos solemnes en la vida de la humanidad; i saberlos aprovechar por un esfuerzo heroico es cambiar por completo el destino futuro de los siglos. I yo creo que esos nombres de Alcibíades i de Alejandro, para que no sigan siendo lumbreras de corrupcion, deben entregarse a la execracion del mundo. Sin ellos habria sido mui posible que esa Europa del año mil, postrada i aterrada, despavorida i miserable, hubiera sido una Europa gloriosa, alumbrada por los resplandores de mil jenos potentes, mas científica de lo que es ahora.

Esos grandes calaveras que se llaman Alcibiades, Alejandro, César, Bonaparte, que han derrochado en una noche de la Historia el caudal sagrado de virtud i de sabiduría, acumulado tan penosamente por las jeneraciones pasadas, a costa de tantos sacrificios i de tantas lágrimas, nada mas que para darse el placer de ganar batallas i

merecer el renombre de glorioso de parte de las turbas de los casquivanos, esos bandidos de tronos i de reinos, deben ser clavados en cruces de ignominia, sobre los gólgotas desolados de la Historia para correccion eterna del mundo. I cuando el vandalaje se une al perjurio i al cinismo, el conato de corromper i depravar a los hombres, como sucedia en Bonaparte, entónces debiera prohibirse a todos el pronunciar ese nombre ignominioso. Hablais de bienes producidos; pero acaso es posible cometer un crimen horrendo sin que de ello resulte algun bien? Siempre es mejor la accion despertadora que la inercia.

De modo que la Grecia, que nos libertó de la barbarie del Oriente, pudo tambien habernos libertado de la barbarie de la Edad Media. Entónces, en vez de esos cándidos poetas como Chateaubriand, que asegura que la invasion de los bárbaros fué buena porque *una religion nueva necesitaba hombres nuevos tambien* (sin fijarse en que los mas grandes santos de la Iglesia han sido griegos i latinos, i en las degeneraciones atroces que la barbarie impuso al cristianismo), en vez de esa turba erudita, adoradora del éxito feroz, habríamos tenido la muchedumbre de pensadores profundos i de divinos poetas, los continuadores de Platon i de Esquilo, i el mundo habria sido una Grecia colosal, embellecida i engrandecida, i adaptándose al jenio de todas las razas.

Pero como la potencia creadora ha vivido en todo tiempo, seria menester aplicar este criterio a todos los momentos de la Historia, sobre todo, a sus momentos decisivos; pero siempre dando por sentado que es una serie de pequeños esfuerzos anteriores lo que viene a decidir de los grandes momentos, casi siempre, i a dar a los hechos condiciones de durabilidad para el porvenir. Así, si Bruto i Casio hubieran vencido a Augusto, ¿qué habria sido del destino del mundo? Las dificultades cre-

cientes de la República no habrían emancipado i fortificado a las naciones sometidas a Roma?

¿Qué hubiera sido de la humanidad si Arrio i otros sectarios valerosos hubieran logrado introducir en la sociedad religiosa esos antagonismos saludables a la actividad intelectual i moral, i si el catolicismo no hubiera hecho triunfar la unidad de la muerte?

¿Qué hubiera sido el mundo latino sin las cruzadas? ¿Qué habria sido si Juana d'Arc no hubiera tenido el valor heroico i sencillo de manifestar a sus conciudadanos una nueva conciencia de la Francia?

I despues, si los hugonotes no hubieran sido destruidos o espulsados de Francia, ¿qué habria sido la revolucion francesa? Si esas ferocidades de las cruzadas contra valdenses, albijenses i árabes, si esas persecuciones de protestantes, esa San Barthelemy, esas dragonadas, no hubieran desnaturalizado la conciencia de la Francia i destruido lo mejor, ¿qué habria sido la revolucion? Esas ferocidades crearon el temperamento sanguinario e implacable del pueblo frances, i el 93 es hijo de esos crímenes. La revolucion abortó porque la tradicion habia creado i amamantado al protagonista sanguinario i feroz allí donde la razon pedia al representante de la libertad i de la humanidad. El verdadero asesino de Luis XVI fué Luis XIV. Él puso la pólvora en la mina de las iniquidades i él puso el fuego de la ferocidad que debia incendiarla en el alma del pueblo frances. No disculpamos a los hombres del 93, pero sostenemos que los proponentes de su cruel temperamento son mas culpables que ellos como fundadores de una tradicion de sangre.

¿I qué habria sido la Francia si en vez de caer en las manos del traidor Bonaparte hubiera caido en las de un hombre de honor?

¿Qué habria sido de la raza latina si las expansiones del libre pensamiento en Italia, Francia i España, no hu-

bieran sido sofocadas como herejías infernales por una Iglesia sanguinaria, aliada de los tiranos? ¿No se hubiera formado entónces en el Medio-Día, un nuevo elemento social, representante de un temperamento mas conciliador i mas pacífico, de una idea mas elevada de la humanidad, i capaz de fecundar los esfuerzos posteriores de la libertad de los pueblos i de moderar sus intemperancias?

I todas esas cosas buenas, ¿por qué no sucedieron? Porque en la produccion de cada uno de los acontecimientos que señalamos faltaron una suma considerable de pequeños esfuerzos individuales i privados, i unos cuantos esfuerzos mayores de los hombres públicos i de los hombres de jenio, ya bajo la forma de enseñanzas i demostraciones de la razon, ya bajo la forma de ejemplos de virtud; entendiéndose que los esfuerzos mas fecundos para producir un hecho histórico son los que vienen obrando desde mas atras, i que los contemporáneos de un acontecimiento son mui poco responsables de no haber hallado un rumbo mejor a su actividad creadora, aunque sean mui responsables de la soberbia con que ejercieron su actividad destructora en la produccion de hechos inhumanos. En efecto, el saber (sobre todo el saber adecuado a una nacion particular) no se improvisa, o por lo ménos, no se jeneraliza improvisadamente; es la fuerza conservadora que se acumula con los siglos, i a los revolucionarios franceses del siglo pasado, por ejemplo, no se les podia exigir que obraran como si supieran los grandes principios que hoi encontramos en las obras de Quinet i de Laboulaye: los Estados Unidos tenian otro jenio social i político, i su autoridad no era aun bastante a acallar las teorías i las aspiraciones desordenadas. Pero en cambio, es un viejo principio de economía i de moral universal, que, cuando un partido pretende implantar un nueyo sistema de sociabilidad, de políti-

ca o de creencias relijiosas, no debe tener la soberbia inhumana de creer que sus intereses son tan grandes i tan supremos que lo eximen de toda transaccion, de toda conciliacion, de toda espera, i le dan el derecho de exigir una sumision inmediata i absoluta de sus adversarios hasta el punto de erijir la ferocidad en principio social i de hacer de la nacion un inmenso patíbulo. De modo que entre los contemporáneos de un acontecimiento, el libre arbitrio es mui vasto i mui valioso en la esfera de la omision i de la moderacion; pero es mui reducido en la esfera de la improvisacion, en la creacion *in promptu* de hechos orijinales que no tienen sus fundamentos en los hechos pasados i en las ideas adquiridas, i en fin, en la creacion del saber adecuado a su propia nacion.

En fin, si aplicáramos este mismo juicio a la Historia de nuestra pobre América, hallaríamos muchos de sus momentos decisivos que se prestan a tristes recapitulaciones.

Así, por ejemplo ¿qué habria sido de Chile si Francisco Bilbao no hubiera sido espulsado de su patria? Aquella injenua institucion de la *Sociedad de la Igualdad*, ¿qué resultados desconocidos estaba llamada a producir? Cuáles hubieran sido los frutos de esa iniciacion entusiasta i potente del jenio juvenil sobre nuestro pueblo, que palpitaba de esperanza i de impaciencia bajo el rayo de su palabra, presintiendo destinos providenciales i maravillosas revelaciones? Un pueblo que recién se levanta a la vida nacional, sin haber sido aun garroteado por los tiranos ni secado por el terror, es como un niño divino sobre el cual la educacion de sus primeros años va a tener una trascendencia incalculable en el porvenir. I si esos primeros esfuerzos se frustran, i si en vez de la no-

ble iniciacion i del soplo paternal que lo mecia, el pueblo siente el desmentido brutal del escarnio i del garrote, i si ve su caudillo fujitivo, entónces, adios rejeneracion, adios esperanzas, adios sentimientos divinos de fraternidad i de patria.

Pero dicen los chilenos conservadores: ¿Cómo quereis dar una importancia seria a ese grupo de rotos dirigidos por un iluso? ¿Cómo podeis imaginar que instituciones tan descabelladas puedan tener influjo en el destino de los pueblos? A lo sumo, Bilbao habria conseguido trastornar el sentido del pueblo hasta convertirlo en un elemento de demagogia i de continuas perturbaciones sociales.

Pero yo respondo que las cosas grandes principian por pequeñas cosas, i que mucho ménos que eso fueron los puritanos en sus principios, i sin embargo, ellos fueron los creadores de los Estados Unidos. Mucho ménos fueron en su comienzo los calvinistas que hoi dominan una buena parte de la Europa; i mucho ménos aun, fué, en su aparecer, el cristianismo, i aquellos que califican a Bilbao de iluso i de ridículo, cómo habrian calificado a esos doce ilusos de Galilea cuando pretendian rejenerar por sí solos la humanidad?

Como lo ha demostrado E. Quinet, el terror i la libertad se oponen; cuando el uno impera, la otra huye, no sólo del seno de los perseguidos, sino del de los perseguidores. Porque la libertad es piedad i misericordia, es esperanza i fé en el destino providencial de la humanidad, i es confianza en la secreta simpatía de los hombres. Pero si estas fases estéticas de la libertad, se destrozan, en vez de libertad, sólo queda el servilismo i el miedo, la arbitrariedad i la fuerza. El nacer de esa libertad verdadera es una cosa bien delicada, es un momento solemne en la vida de una nacion i debe ser objeto de las mayores solicitudes i del mayor respeto. Porque, pasado ese

momento crítico i feliz, sin aprovecharlo i desenvolverlo, el espíritu de la libertad vuelve a caer al caos i vuelve a dejenerar en la arbitrariedad por un lado, i en la indiferencia i el servilismo por el otro; i ese momento feliz será mui difícil volver a encontrarlo.

He ahí lo que se vió en Chile bajo el gobierno directo o indirecto de Montt. Los caudillos de nuestra nascente libertad, primera eflorescencia del árbol santo, fueron injuriados, vencidos, desterrados, i en su lugar sólo quedó la paz i el orden de los sepulcros. Pero esto no fué todo: para surgir i vencer a todo trance se necesitó del disimulo i del engaño maquiavélicos, del fraude, de la falsificación, de la violencia en pequeña i grande escala, del soborno, i en fin, de la inversion tenebrosa i fraudulenta de los caudales públicos. Corrupcion universal de los caracteres que no tardará en multiplicar sus frutos. La moral administrativa habia venido por tierra, el reinado del adulo i del favoritismo se iniciaba con audacia inusitada, la venalidad política habia sido sancionada con el éxito, i por fin, como coronamiento de la magna obra, el predominio de las riquezas materiales i del progreso mecánico, vino a sobreponerse al espíritu de patriotismo i al santo dogma de la dignidad humana: así acabó de corromperse el criterio i las inclinaciones de esta sociedad nascente, haciéndola mui apta para llegar a convertirse en poco tiempo en una patria de especuladores i de conquistadores, e imposibilitándola por siempre para ser el caudillo de la fraternidad americana, el conquistador de las simpatías del continente, i el fundador de la grandeza i de la ventura del Nuevo Mundo. La política interior viciada, la exterior no tardó en seguir la misma suerte, i desde entónces, Chile ha ido decayendo en el aprecio de las Repúblicas hermanas. En cambio, tuvimos una copiosa importacion de frailes.

Mas, si Bilbao hubiera seguido en su patria la propa-

ganda de rejeneracion, es seguro que Chile, siguiendo una política mas noble, habria llegado a ser el revelador de los destinos futuros de los pueblos de América, el apóstol de la fraternidad internacional i el fundador de la Union Sud-Americana; porque «en política la magnanimidad es frecuentemente la verdadera sabiduría» (Burk); porque «la simplicidad, la franqueza, son un principio de cohesion i de union» (el mismo), i en fin, porque «la política refinada ha enjendrado siempre la confusion» (el mismo).

Montt pudo haber hecho todos los males que hizo con una buena intencion, pero en el dia hai otro criterio moral para juzgar los hechos. No sólo debe tomarse en cuenta la intencion, sino el deber de elevar la intencion al grado de ilustracion i de dignidad que corresponde a los fines que se propone. Stuart Mill disculpa la infame conducta de fariseos i pontífices judios respecto de Jesús, porque con ella se proponian la salvacion de la patria; pero qué pontífices de Dios son esos que permanecen indiferentes o airados ante lo sublime i que tienen tanta audacia para salvar a todo trance, aun de peligros quiméricos, una patria conquistada i una sociedad depravada? Si eso no es infame ¿qué cosa puede serlo? Clavar en la cruz un porvenir de gloria universal i recostarse en el sepulcro inmundo: eso es execrable.

Mientras el gobierno se eleva la esfera de accion, mas pura i magnífica debe ser la moral que guia a los hombres, i aunque ignoren los pulperos no será nunca aceptable en un gobierno. Los hombres de un corazon bien puesto, i que ignoren estos principios, suplen su falta por la timidez, por el respeto i por la abstinencia en los casos críticos de la administracion. Pero los de recia condicion i de índole despótica ni presienten ni temen esos principios e imponen con soberbia a los gobernados el triunfo de hechos corruptores que viciarán largamente la vida

pública i privada de la nacion. En tal caso, la falta del mandatario, no sólo está en ser individualmente como es, sino en haber aceptado un puesto que estaba mui léjos de merecer, por la esterilidad de su carácter, la rudeza de su índole, lo vacío de su orgulloso saber, i el desprecio por sus conciudadanos. Tan cierto es que todo el saber del mundo no podrá suplir jamás la falta de un buen corazon.

I en fin, la corrupcion política i administrativa de ahora es de ahí de donde viene, porque esa época nos dejó por herencia los malos antecedentes de mas, i el patriotismo estirpado, de ménos.

CAPÍTULO XXVI

Causas jenerales i causas particulares. Su dependencia. Los dogmas. Criterio del historiador

Como continuacion del capítulo anterior i en confirmacion de los principios que en él dejamos sentados parece conveniente esponer teóricamente eso que se llama causas jenerales i causas particulares. Para ello tomaré por punto de partida la siguiente observacion de Tocqueville.

«Los historiadores que escriben en los siglos aristocráticos», dice este escritor, «hacen depender ordinariamente, todos los sucesos, de la voluntad particular i del humor de ciertos hombres, i se complacen en hacer derivar las revoluciones mas importantes de los menores accidentes. Tienen sagacidad para hacer resaltar las mas pequeñas causas, i frecuentemente, no perciben las mas grandes. Los historiadores que viven en los siglos democráticos manifiestan tendencias del todo opuestas».

«La mayor parte de entre ellos casi no atribuye ninguna influencia al individuo sobre el destino de la especie, ni a los ciudadanos sobre la suerte del pueblo. Pero,

en cambio, atribuyen grandes causas jenerales a todos los hechos particulares. Estas tendencias opuestas se explican».

Estas sencillas palabras serian suficientes para calificar de erróneos los dos procedimientos históricos a que ellas se refieren i para hacernos sospechar que entre las causas jenerales i las particulares hai una estrecha dependencia.

¿Qué cosa es una causa jeneral? Las costumbres, las creencias, las opiniones, por ejemplo, las tradiciones, las leyes i el medio jeográfico e internacional. Pero yo creo que todo eso está subordinado a estos dos factores principales: las creencias relijiosas i el jenio de la raza. De estos dos factores yo creo que el primero es el mas activo i el mas fuerte, pues si es cierto que el segundo impone a la creencia ciertos rasgos de su propia fisonomía, la creencia tiene una virtud tan penetrante i tan perseverante que al fin reduce los atributos creadores de la raza al simple rol de temperamento i de índole, reservándose para sí la mejor parte en la formacion de las costumbres, de la moral i de las leyes.

I ¿qué cosa es la creencia relijiosa o el dogma que jeneralmente, la constituye? ¿De dónde viene el dogma? El dogma es la obra del jenio, es la manera como un espíritu eminente de otros siglos ha concebido lo infinito i lo inmortal. Luego, las causas jenerales han principiado por ser causas individuales, esto es, causas particulares. Aunque no debemos entrar a hacer la distincion entre la moral i el dogma, observaremos que la moral se reposa en el dogma como en su albergue final i que cuando hai oposicion entre ámbos, el dogma domina i modifica la moral con detrimento de esta, casi siempre. Así hemos visto la moral cristiana profundamente viciada por la teología del Jénesis i dar orijen a la formacion de sectas protestantes cuyo principal fin es el restablecimiento de la

moral. Es verdad que en cada reformador religioso la moral i el dogma están tan estrechamente unidos como el sentir i el conocer de una misma cosa: el sentir es la moral, i el conocer es el dogma. Así, en Moises, el dogma i la moral están íntimamente ligados, i lo mismo sucedia en Jesucristo; pero como éste no negó abiertamente, la teología de Moises ni su moral, ha sucedido que el dogmatismo atrevido i explícito del Génesis ha dominado frecuentemente, la teología mística de Jesus. El Dios de Jesus es el fondo de la moral i de todos los dogmas cristianos, i Jesus imponiendo su religion i su dogma, impuso el jenio mismo de su individualidad, lo mismo que Moises.

Si retrocedemos en la serie de los siglos, en busca de causas jenerales que hayan dado orijen a la aparicion de Moises i de Jesus, ántes del primero hallaremos a los patriarcas i probablemente, a algunos hombres eminentes de Ejipto, de cuyo pais sacó Moises la institucion sacerdotal i otras cosas; i ántes de Jesus, hallaremos al mismo Moises, a los profetas i otros hombres ilustres. Siempre el individuo. Lo mismo nos sucederia si descendiéramos en la corriente de la Historia hasta nuestros dias. Siempre hallaríamos ciertos individuos que han conservado i desenvuelto el cristianismo i que lo han propagado hasta nosotros, mas o ménos, modificado por su propio jenio. I la causa jeneral, la sociedad creyente i el credo mismo, se presentan como los auxiliares de esas grandes individualidades.

En los detalles de la Historia sucede una cosa semejante. Ciertos individuos mas resueltos o mas ilustrados dan impulso a su siglo i lo modifican segun sus miras personales. I esto se ve mucho mas de manifiesto en las aristocracias que en las democracias ordinarias, porque en las primeras, reservándose un corto número de individuos el privilejio de la alta educacion, i sobre todo, el

manejo de la cosa pública, este exceso de actividad superior, este gimnasio de las facultades mas poderosas, despierta en ellos todas las fuerzas espirituales i hace aparecer las grandes diferencias de capacidad, los talentos que descuellan mucho porque este es el resultado necesario de una educacion realmente activa; i esas capacidades singulares que se levantan sobre los otros individuos de la clase superior, dirijen, por lo jeneral, la marcha de su época, o le dan un carácter particular; aunque sea cierto que las aristocracias reclutan con frecuencia sus mejores caudillos en el pueblo. Razon tienen entónces los historiadores de los tiempos aristocráticos en atribuir los acontecimientos a ciertos individuos contemporáneos porque es cierto que en tales tiempos es mas fácil el grande influjo individual; pero hacen mui mal en olvidar que esos individuos conspicuos son herederos del espíritu del pasado i obran sobre una sociedad dominada por las creencias i las costumbres, i que se impone como un dato forzado a su actividad. I razon tienen los historiadores de las democracias en atribuir los acontecimientos a causas jenerales, porque en en esos tiempos son las necesidades mas jenerales del estado social las que dirijen la marcha de la sociedad; pero hacen mui mal en desconocer que ese estado social es el producto de grandes esfuerzos individuales del pasado i que si en lo sucesivo fuera posible sustraer la nacion a la accion de grandes individuos, ella se paralizaria i retrogradaria.

Luego, causa jeneral (sin detenernos en las causas físicas, jeográficas i etnográficas) es: 1.º la accion de un individuo eminente, dilatándose en los siglos; 2.º la accion de otros individuos que han desenvuelto o modificado esa accion primera. Siempre el individuo.

Lo cual prueba que si la accion individual ha sido tan

fecunda en otros siglos, tambien puede serlo en el presente i elevarse aun a causa jeneral.

Segun Tocqueville, los hombres de las democracias poco a poco se van habituando a creer que el individuo nada puede sobre el destino de la nacion i que al fin llegan a imaginarse que nada pueden sobre sí mismos. Esta tendencia, dice, debe combatirse por todos los medios imaginables. Como este mal proviene de un sentimiento mui exorbitante i mui exigente de la igualdad i del miedo de toda superioridad, los medios que indicamos en otro lugar para combinar el principio democrático con el de una aristocracia lejítima, son aplicables a su correccion. Tocqueville le señala como antídoto el espíritu de asociacion aplicándose en pequeña i grande escala, que es, precisamente, el que distingue a los hombres de Estados Unidos, en grado superlativo.

Sin embargo, este escritor se olvida de que en esa vida personal i libre de las aristocracias hai mucho de arbitrario que no es la libertad; i que en esa marcha regular de una democracia, que parece nacer del abandono i de la abdicacion de todos, hai jeneralmente, un gran caudal de personalidad i de actividad libre compuesto de la suma de las voluntades particulares i manejado por la suma de los esfuerzos intelectuales; i tambien, que esa regularidad, en vez de señalar la ausencia de la libertad, puede mostrar, por el contrario, la libertad en el vigor de su fuerza progresiva i en la tranquila majestad de su poder. I entónces, en un pueblo semejante, no podrá nunca verse que una pequeña causa produzca golpes de arbitrariedad, como se ve en las aristocracias; no se verá nunca que el capricho de una mujer o el mal humor de un magnate produzcan un trastorno o una conmocion mas o ménos pasajeros. La majestad de la lei i el respeto mutuo de los hombres pueden haber reemplazado allí al capricho i a la arbitrariedad de unos pocos.

Pero no debe olvidarse que ni en las aristocracias mismas el individuo es dueño absoluto del destino público, sino que tiene que transijir con las condiciones sociales; i que ni en las democracias mismas el desenvolvimiento de los antecedentes sociales i políticos es el único factor de la vida pública; que si el individuo es capaz de cometer arbitrariedades i de producir trastornos en las aristocracias, nunca podrá producir grandes i duraderos cambios si no somete deliberadamente su accion a las leyes que rijen la humanidad. Una pequeña causa podrá producir grandes efectos, pero sólo al fin de muchos siglos, i en caso de que sea corroborada i que no sea neutralizada i disuelta en sus efectos inmediatos por la gran facultad reguladora de la humanidad, mas nunca inmediatamente; por lo cual creo que Pascal se equivoca mucho al decir que «si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco mas corta, toda la faz de la tierra habria cambiado». ¿Acaso la faz de la tierra puede cambiar por el éxito de una batalla donde no se defienden principios, sino intereses individuales de caudillos ambiciosos? Es verdad que en los tiempos de suma relajacion un pequeño accidente puede producir un gran trastorno, lo mismo que el mas leve desarreglo puede matar a un moribundo; pero entonces la causa verdadera de ese gran trastorno seria la suma de causas anteriores que han dejado a la sociedad en ese estado de postracion: esto se vió en los últimos tiempos del Imperio romano.

Apliquemos este modo de pensar a la manera de escribir la Historia.

La muchedumbre es la continuadora de la accion de los grandes hombres, i puede mejorarla o empeorarla; pero aun en los tiempos comunes esa muchedumbre se

guia por ciertos hombres mas poderosos para el bien o para el mal, que descuellan sea en su propio seno, ya en el clero, o en la aristocracia o en el poder supremo. Así, cada época, en lo que tiene de notorio, está rejida por cierto número de individuos sobre los cuales pesa casi toda la responsabilidad de la marcha social. La mision de cada época es trasmitir a la siguiente, mejorada i enriquecida, el legado de moralidad i de sabiduría que recibió de la precedente; i es claro que, si cada época está dirijida casi esclusivamente, por los directores de la opinion i de las costumbres, éstos no podrán disculpar sus malas acciones atribuyéndolas al espíritu de la época, pues como son ellos los que forman ese espíritu (su bondad relativa), si el espíritu es malo, es porque son ellos los malos. Cuánto no será entónces el crudo candor de esos historiadores que disculpan o atenúan casi hasta anular las atrocidades de su nacion o de sus reyes atribuyéndolas al espíritu de la época i al estado de la sociedad. En cada época se halla la siguiente, en estado de ninfa, bajo la forma de jeneraciones infantiles, i el principal arbitrio del hombre es mejorar i desenvolver esos elementos del porvenir, puesto que si los hombres son el fruto de la época anterior principalmente, es claro que son los creadores de la siguiente. Los hombres son creadores de épocas i de tiempos i deben ser juzgados por la manera como los forman. La época moderna se ha formado por la suma de esfuerzos que los hombres han hecho para desenvolver el cristianismo o para desenvolverse, segun él; i esta época ha tenido su oríjen de las peores épocas de las sociedades cristianas, a pesar de todos los esfuerzos de los malvados de todos los tiempos. De modo que en toda época, cualquiera que sea, los hombres que han hecho esfuerzos para crear la época mejor son los buenos, i los hombres que se esforzaban en permanecer en la mala o en crear otra peor, eran los malos, sin que a

nadie se le ocurra de un hombre del siglo XIV exigir las virtudes, la prudencia i el saber de un hombre del siglo XIX, pues ya se sabe que cada siglo tiene su estatura moral e intelectual.

En cada época histórica hai muchas épocas en embrión i segun los esfuerzos de los contemporáneos, así será la época que salga a luz. Un hecho histórico sólo puede ser producido por otro hecho pasado, determinado i fijo: dado ese hecho, toda la serie regresiva de los hechos pasados puede sernos conocida; pero la inversa no es lo mismo. Conocido un hecho, nadie puede determinar a punto fijo, los hechos que le seguirán, a no ser casos mui escepcionales i de un modo mui jeneral; por cuanto los hechos históricos no están rejidos por la lógica formal de la continuidad unilateral, sino por la lógica intrínseca de la madre identidad, segun la cual, cada momento de la vida puede enjendrar muchos momentos diversos en vez de aquel que enjendró; porque la vida es yo-muchedumbre i tiene una infinidad de existencias en cada instante de su existencia.

Además, los contemporáneos, juzgando segun el criterio de su propia época, condenan a los malos, por la jeneral; i entónces, ¿por qué razon los absolverá el historiador? La conciencia de una época i su verdad, está en la conciencia de los hombres buenos de ese siglo i en esa conciencia mejor se halla el veredicto que mejor la juzga.

Pues si calificamos la época por sus hechos i decimos que es mala, i en seguida, calificamos los hechos segun la época i decimos que, atendida la época, son buenos o que son disculpables, cometemos un sofisma craso. Porque si la época es mala, los hechos que la han constituido como tal, tambien son malos i vice-versa.

¿Qué diremos entónces del historiador español Lafuente, que narrando el suplicio feroz que el rei de Asturias, Alfonso Magno, impuso a sus cuatro hermanos rebeldes

(sacarles los ojos), dice simplemente, como en otros casos análogos, que las bárbaras leyes de esa época lo autorizaban? I no compara estos hechos con la jenerosa conducta de los Emires de Córdoba, en iguales casos i en los mismos tiempos. El mismo historiador dice del rei Ramiro: «A los ladrones hacíales tambien sacar los ojos.... i a los agoreros i magos los hacia quemar vivos: ¡espantosa crudeza la de aquellos tiempos!»

Sin el jenio de la piedad i de la justicia, ¿cómo poder elevarse al buen juicio de la Historia? Con ese mismo criterio que reprobamos se trata tambien de disculpar la Inquisicion i el asesinato de América.

Pero ¿acaso en vano habia un Cristianismo en el seno de la sociedad? ¿No debia ser ese el criterio de la justicia por mal que se le interpretara? ¿Acaso las dejeneraciones i elevaciones de ese modelo no vendrian a constituir la faz mas luminosa de la marcha del espíritu moderno i formaria lo mejor de la Historia? Yo creo que la marcha de la idea relijiosa en las sociedades es el verdadero fondo de la Historia, i en este sentido, E. Quinet es el que mejor la ha comprendido. Porque la idea relijiosa es el molde o el modelo con que se forma el juicio jeneral i la opinion pública. El historiador debe juzgar al pueblo por el modo como observa su relijion, i juzgar la relijion por la razon pura.

Por lo demas, es imposible ser un buen historiador, si no se posee un jenio mui rico, múltiple en sus facultades i creador en sumo grado. Es necesario saber imajinar, por un esfuerzo de la intuicion, lo posible que latia en la sociedad i en los hombres, ya en el campo de lo peor que pudo evitarse, ya en el de lo mejor que no se hizo. Esa atmósfera de lo posible es lo que alumbra la moralidad

de una época, i el historiador que no sabe crearla, es inepto para su oficio.

Un talento que no conoce mas que la induljencia i que ignora el jenio de la severidad, por ejemplo, será incapaz de apreciar debidamente las cosas i los hombres. No basta comprender el heroismo i la abnegacion, si no se da la debida importancia a la humanidad i a la dignidad, al fin superior que se tiene en vista. Ni es suficiente apreciar la perseverancia i los sacrificios si se olvida el fin que debe guiar a las sociedades. El historiador debe poseer la gran facultad de conocer las cosas tales como son i tales como deben ser, porque sólo así podrá formar el verdadero juicio, desde que juicio es la comparacion de las cosas con su modelo, i aqui debe guiarlo la relijion social, su espíritu en cada época, como modelo relativo para un juicio relativo, i la nocion filosófica de la humanidad, como modelo para formar el juicio absoluto i universal. La ciencia de las posibilidades, esa ciencia de la intuicion que sólo poseen ciertos hombres raros, dotados del talento crítico i creador al mismo tiempo, es la única con que se puede, 1.º alumbrar la moralidad de la Historia; 2.º dirijir la eleccion i recoleccion de los hechos que son realmente dignos de ser narrados; 3.º dirijir la exposicion de la trascendencia política i social de cada uno de ellos. En el capítulo anterior hemos dado un espécimen de lo que puede ser la ciencia de las posibilidades aplicada a la Historia; ella es la ciencia de las ciencias, por cuanto sin su ausilio no puede juzgarse ni de la moralidad del hombre ni de las naciones. La posibilidad, que para los pueblos fatalistas, es una categoría sin valor, para los herederos del libre arbitrio es la mas rica, porque envuelve la ciencia de la libertad i del progreso. Ciencia insondable e infinita, sin ella no habria ni personalidad individual, ni personalidad política, ni esa seguridad del hombre en su destino, que nace de la concepcion previ-

sora i legal del porvenir, i de la concepcion científica del pasado; en fin, sin ella, la Historia seria una simple crónica, forma plástica e inerte que sólo muestra los hechos por su brillo aparente, sin ir a buscar lo trascendental que yace oculto i sin consultar los espíritus superiores de cada época, que son las conciencias de su tiempo.

Cuánta razon no tendrá Edgard Quinet en vituperar esos historiadores de su nacion que van sancionando la conducta absorbente de sus reyes, porque así se producía la fuerza central del poder administrativo, sin tomar en cuenta la debilidad jeneral que esta abdicacion traía sobre la nacion. El rei se hacia cada vez mas fuerte: la nacion se hacia cada vez mas débil. I de ahí provino ese conflicto de conflictos que se llamó la revolucion. Ese prurito de aprobar lo que triunfa, ese es el gran error de los historiadores, pues si lo que triunfa ha debido ser lo mejor, ya no hai historia; basta la crónica, la simple narracion cronológica. La personalidad humana se anula; que los sucesos marchen i lo que suceda será lo que debe suceder, aunque sea la ignominia.

LIBRO IV

La personalidad política i la relijion

CAPÍTULO XXVII

¿Hai un cristianismo político?—La tolerancia i la intolerancia.—La forma i el contenido.—Sistema liberal.

Dos factores entran a componer el progreso humano:

1.º El individuo;

2.º La organizacion social i política.

Los otros factores de que ántes hemos hablado tienen que obrar primeramente sobre estos dos factores principales, i están, por consiguiente, comprendidos en ellos. Lo mismo las condiciones físicas.

El individuo es la fuerza prima, el creador, el vencedor de la naturaleza i de los obstáculos humanos,

La sociedad es el cuerpo, el organismo i el medio de la actividad individual.

Es evidente que entre ámbos factores hai reciprocidad de acción, pues, si el individuo es segun la sociedad, a su vez, la sociedad ha sido creada por el individuo i es trasformada por él. Es cierto que casi todo lo grande viene del individuo i que los acontecimientos notables han sido el fruto de grandes individualidades; pero, a su vez, la sociedad es la creadora de esos individuos ilustres, o por lo ménos, produjo a sus progenitores, en el caso en que esos grandes individuos se hayan formado por la protesta contra la sociedad.

Esperarlo todo del individuo i decir: sea la sociedad como sea, poco importa; siempre será el medio adecuado de la actividad creadora del individuo, pues, si está mal organizada, mayores serán las enerjías individuales que el hombre tiene que desarrollar si quiere trasformarla o transformarse, lo cual será en beneficio suyo; si la organizacion social es buena, las enerjías individuales se desarrollarán ménos, pero en mayor número i con mas jeneralidad. Decir esto es absurdo, porque seria negar el progreso i las leyes del progreso. En tal caso, nada importaria anular el progreso humano, descender a la barbarie o al infierno, pues eso seria ocasion de desarrollar colosalmente las enerjías individuales; nada importaria descender a la infamia social, porque eso despertaria las enerjías del hombre en un grado sumo: todo lo cual está desmentido por la experiencia.

I por otra parte, si todo se quiere esperar de la organizacion social i política, sin dejar nada a la iniciativa individual i a la libre lucha del hombre con las circunstancias que le rodean, entónçes resulta una sociedad mecanismo, rejida por un cuerpo privilegiado de funcionarios, el Tíbet, la China, el pontificado, la Turquía o la Rusia; resulta entónçes, la tiranía social i espiritual, el Estado pedagogo de A. Comte, que no es mas que un papado absoluto, mal disfrazado. I si el bien es la actividad hácia

lo mejor, es claro que una sociedad constituida bajo estos principios será una compañía de criminales dominando a otra de víctimas.

La sociedad, pues, debe estar organizada de modo que sea el mejor medio en que el individuo pueda ejercer la actividad hácia la constante perfeccion de sí mismo i de los demas, por cuanto ese es el único bien i el único fin social.

Los dos factores, el individuo i la organizacion social i política, deben entónces coexistir en armonía i en mutua independencia.

¿Qué enerjías puede ejercer el hombre en una sociedad de relajados i de pícaros? Enerjías malas o buenas, pero infructuosas, casi siempre.

I ¿qué enerjías puede ejercer el individuo en una sociedad de doctores infalibles en la direccion social i que pretenden disponer i ordenar todas las facultades e iniciativas individuales segun cánones absolutos? Ese seria un medio excelente para el medro de los espíritus pacientes i serviles, pero del todo inadecuado para las jenerosas impaciencias del entusiasmo i del heroismo. ¿Acaso no demostró la Revolucion francesa que una gran libertad social hace surgir del seno de la ignorada muchedumbre caracteres poderosos i jenios colosales? Una sociedad constituida de ese modo, habria impedido el uso de la palabra a Jesus i a Sócrates, i a los mas célebres trasformadores de la humanidad, los cuales no han sido ni doctores ni bachilleres. Los que sostienen sistemas políticos de esta especie parecen ignorar que en las últimas i mas profundas capas sociales es donde han venido a depositarse, como precipitados químicos o como sedimentos jeológicos, los descendientes de los que han sufrido las grandes injusticias humanas i que han sido hombres de eminentes virtudes; que allí yacen ignorados de sí mismos i de los demas, guardando en secreto un fuego mis-

terioso, que es como la sed devorante del bien i de la vindicta contra el mal, como herencia oculta que tienen de sus abuelos i que espera su día para manifestarse con los esplendores del jenio justiciero i remunerador: son esos los que están llamados a señalar las imperfecciones humanas i las nuevas fases de la belleza moral: ¿por qué sofocarlos entónces?

El fin supremo es hacer de todo hombre un creador de sí mismo i un creador de hombres, en jeneral. Pero si sólo unos pocos pretenden arrogarse esta mision sagrada de hacerse creadores de los demas, en tal caso, el fin social queda frustrado en una proporcion igual talvez a la proporcion que existe entre los directores i los dirigidos. Cada uno, segun sus fuerzas, debe contribuir al acto creador de la sociedad, porque esa es la virtud de las virtudes, i esta calificacion de las fuerzas individuales no puede dejarse a merced de unos cuantos doctores como sucede entre los jesuitas, sino que, por el contrario, ha de ser la masa comun la que señala a los superiores su rango o su mision. Hai, pues, dos sistemas: el uno que califica a los superiores segun el criterio del pueblo que va a sufrir sus influencias i su dominio; el otro, que instituye arbitrariamente, un colejo de privilegiados en el cual deposita un poder absoluto e inmanente que podria llamarse colectivamente hereditario.

Ahora, segun el fin social, en el cual entra el bien del mayor número, ¿quiénes serán mas aptos para determinar las buenas superioridades, los que componen el mayor número i que van a padecer su influjo o su dominio, o aquellos que lo ejercen? Cómo evitar que esos escojidos que se escojen a sí mismos vayan amoldando sus funciones i sus deberes a sus propios intereses, en perjuicio de los intereses jenerales, si estos últimos no tienen órganos propios, íntimamente ligados con ellos mismos para hacer oír constantemente la queja o la protesta

reparadoras, o la aprobacion o el aplauso que estimulan desde que la prensa misma va a estar, en último resultado, sujeta al veto, a la disciplina i a la censura de un patriciado de doctores? Esto traeria consigo los mismos males considerables e irremediables que J. S. Mill i otros autores han señalado para la burocracia.

Es cierto que, por lo jeneral, el pueblo es incapaz de conocer a los mas aptos ejecutores de los fines sociales; pero eliminando lo peor, lo servil de ese pueblo, el resto de la masa social es la mas apta para conocer i elegir los hombres mas apropiados a fin de servir de intérpretes a los intereses jenerales, por una parte, i a fin de conocer i elegir a su vez, los hombres mas capaces de servir de órganos especiales a esos intereses, por la otra. Así, la eliminacion de lo peor i de lo servil, i la eleccion reproductiva, salvan el inconveniente señalado. I de este modo tambien, la actividad inspectiva de la sociedad, o la amovilidad i la responsabilidad del cuerpo de mandatarios se substituyen a la inercia corruptora de las clases inferiores i al espíritu de cuerpo i de irresponsabilidad de un patriciado despótico i lleno de privilejios.

Uno de los fines mas esenciales del lejislador es el de hacer de cada ciudadano un hombre capaz de administrar i de legislar, porque de este modo, aparte de la grandeza humana conseguida, si la constitucion i el órden vienen abajo, por cualquiera causa, el principio del órden i de la vida pública que vive en todo hombre, los hace a todos aptos para reconstituir el Estado, i aun para mejorarlo. Pero en la burocracia, o en los sistemas análogos, hai que apelar en tal caso, a la misma burocracia caída, resignándose a sufrir los mismos males, o bien, hai que lanzarse en lo desconocido.

A la luz de estas consideraciones, es fácil comprender el antagonismo político que existe entre los pueblos cristianos i los mahometanos. El cristianismo deja la política al cuidado del mundo, es decir, al cuidado de todos. Mahoma la pone en las manos omnipotentes de un jefe sagrado i de un cuerpo de elejidos. Son pues, los mismos principios anteriores obrando en una escala mas universal i mas vasta. Ellos esplican el conflicto prodijioso i fecundo en que el cristianismo se ha visto envuelto en sus relaciones con las instituciones políticas del Occidente, conflicto tan grande i tan benéfico en Inglaterra; i al mismo tiempo, la admirable i perniciosa unidad social i política de los pueblos mahometanos. Mahoma fué reformador i lejislador, tomó al hombre completo i lo ató a su lei por sus dos lados activos, por el fuero interno i externo. I ya se derive este hecho del jenio de la raza, o de la audacia de los lejisladores o de la reciprocidad de accion de ambos factores, lo cierto es que las relijiones políticas del Oriente han venido a sancionar o han venido a establecer el principio siguiente: un pueblo que abdica su actividad i su responsabilidad política i moral en manos de uno o de algunos audaces que pretenden dictarle leyes infalibles, estará condenado a entrar en una época mas o menos remota en la senda de la inmovilidad i de la decadencia, a trasformarse en momia política i a ser contado entre los pueblos que yacen a la sombra de la muerte, aunque ese pueblo haya alcanzado la mas brillante cultura científica, como los árabes de la Edad Media. I como lo mismo sucedió en Occidente, miéntras duró la supremacía política del pontificado i la jerarquía eclesiástica, de aquí podria sacarse un argumento concluyente contra el sistema político de los positivistas modernos.

Así se comprende mucho mejor la gran superioridad del cristianismo sobre las relijiones orientales. Jesucristo

no tuvo ambiciones personales mundanas. No quería el dominio de este mundo, quería el dominio de las almas unidas en el mismo espíritu del Altísimo, i fué el primero que percibió en toda su verdad i en todo su esplendor la supremacía absoluta del espíritu i la subordinacion legal i necesaria del mundo externo, sensible i fugaz, al mundo interno, verdadero i eterno. Crear la persona nueva, el hombre nuevo, el hombre que lleva en sí la omnipotencia del amor inmortal, he ahí su único fin; i es necesario señalar la gran sabiduría que envuelve este principio, sabiduría virtual en la forma, pero real en el fondo, i que emanaba del sentimiento de lo sublime i divino que irradiaba en el espíritu de Jesús como un criterio absoluto de lo verdadero? Qué de errores, corrupciones i fracasos no habria traído consigo la proclamacion de un ideal político en aquellos tiempos? En primer lugar, si ese ideal se eleva a su forma final i en armonía con los principios morales del cristianismo, no habria habido hombres ni tan sabios, ni tan buenos, ni tan enérgicos como eran menester para realizar ese modelo en un Estado o en una República: eso no se habria creado ni en un siglo ni en muchos siglos. Además, el cristianismo iba a ser universal, ¿cómo hacer ese modelo político, inmediatamente aplicable a todos los pueblos? Aquí no queremos hablar de los inconvenientes que nacen de las condiciones políticas de esos siglos.

Probablemente, Platon no habria podido plantear su República ni aun bajo el Imperio de Juliano, i si la hubiera establecido, ella habria carecido de las energías de absorcion i de proselitismo, sin las cuales hubiera sido mui poca cosa. La magnitud de un Estado, formado segun ideas puras i que debe comenzar por unos pocos ciudadanos, depende de las energías de universalizacion i de propaganda de que están animados sus fundadores, i ellas no sólo deben nacer del espíritu que anima al lejis-

lador, sino tambien del carácter mismo de esos fundadores. Ahora, cómo improvisar hombres en número suficiente para constituir, nó una Roma de pillaje i de botin, sino una Roma del espíritu, dotada del poder i del valor que la han de dar, nó el mando de la tierra i de los reyes, sino el dominio del mundo infinito de la razon i de la voluntad? Eso no es el principio de las cosas naturales; eso es, al contrario, el fin de la Humanidad i de la Historia. Cómo principiar por el fin?

Luego, si no habia esos hombres, la idea de una República modelo en aquellos siglos, o no podia pasar de ser una idea, o no podia pasar de ser un hecho aislado, sometido a las contingencias de los pequeños Estados.

Entónces el político moralista i reformador de aquellos tiempos habria tenido que conformarse con una República adecuada a aquellos hombres, esto es, con una República que adolecía de muchísimos vicios; o bien, tenia que resignarse a la creacion de pequeñas repúblicas meramente económicas i sociales, compuestas aquí i allí de cierto número de escojidos i viviendo sometidas políticamente, al Estado pagano i despótico. Si hubiera tenido lugar lo primero, los principios i las prácticas políticas habrian estado sujetos al vicio de inmovilidad de que adolecen las constituciones del Oriente. El respeto de lo que dejó el maestro habria esterilizado todo espíritu de mejora i estirpado toda idea de reforma i de progreso político como una herejía, i la República llena de vicios habria prevalecido. Pues, si en la esfera social, intelectual i moral, ha sido casi estéril aquel consejo de Jesus relativo a la fecundacion creciente del saber, al cual se refiere en la parábola de los talentos, mucho mas estéril habria sido el precepto de fecundar el talento político i de mejorar incesantemente el Estado i sus leyes.

Jesu-Cristo hizo, pues, lo segundo; dejó el modelo de

esas pequeñas Repúblicas que mas tarde, con el nombre de Iglesias surjian en todos los puntos del Imperio, vivian medio ignoradas de los demas hombres i sólo se daban a conocer por la trascendencia de sus virtudes i de un proselitismo discreto i perseverante, i que se gobernaban por ese principio que puede servir de lejislaçion de lejislaçiones: «Entre vosotros, el primero de todos será el servidor de todos». Naturalmente, en este precepto la palabra servidor no está tomada en el sentido de servidor de las voluntades del pueblo que Platon acusaba tan duramente, sino en el sentido de servidor de los intereses inmortales que deben imponerse aun contra la mala voluntad del mayor número.

¿Pero acaso estas consideraciones constituirian una razon para justificar el olvido en que los cristianos han dejado por tantos siglos el jenio político de la Grecia, i especialmente de Sócrates i de Platon? Yo creo que no. Jesu-Cristo, al hacer una nebulosa abstraccion del jenio político, hizo la integridad de su persona i de su propio jenio. Cada jenio tiene su integridad i su plenitud convenientes, i la amplificacion o la diversidad que podian enriquecerle, tienen a menudo, el inconveniente de ofuscar su belleza i debilitar su intensidad. Jesus hizo la plenitud de su propio mundo moral en su persona; pero eso no impedía que los cristianos se elevaran al conocimiento, a la admiracion i a la imitacion de otros jenos i de otros pueblos. I yo creo que la ausencia de la Grecia i de Platon en las concepciones políticas del Occidente ha tenido deplorables consecuencias. Jesús no es toda la verdad; es el lado mas bello de la verdad. I el hombre de los nuevos siglos que aparece como la espresion de la humanidad que se reconoce i se abraza a sí misma, tenia el deber de comprender i de asimilarse todas las bellezas i todas las virtudes de la Historia. Sócrates i Platon eran otros mundos morales, con virtudes i grandezas propias, i si Jesus,

que no los conoció, no pudo comprenderlos ni aprovecharlos, debieron los cristianos de otros siglos, suplir i corregir la falta natural del maestro, en vez de sancionarla. Falta de virtud i funesto error ocasionado por la influencia del mesianismo, el cual ha de tender, necesariamente, a anular el espíritu innovador i de iniciativa.

Jesus no fué un modelo absoluto de perfeccion, i pudo ser mas grande de lo que fué. Existe en el hombre un poder infinito; Jesus pudo ser aun mas sublime, i yo creo como mui posible que su espíritu inmortal sienta ahora remordimientos por haber redimido sólo la mitad de un mundo cuando pudo redimirlo todo entero, i que alumbrará a los suyos para conseguirlo. La propia acusacion i la creencia en lo infinito i maravilloso son propias de las grandes almas. Si Jesus no supo, ¿acaso no pudo saber que habia otros pueblos dignos de ser imitados? Si no podía fundar una república, ¿acaso no pudo sembrar en el espíritu de sus discípulos ciertas ideas adecuadas para llevarlos en tiempo oportuno al respeto i a la imitacion razonada de los pueblos griegos? Pues, si en los primeros tiempos hubiera sido imposible fundar grandes repúblicas cristianas, no lo habria sido talvez en los siglos futuros, i si la humanidad jimió por tanto tiempo bajo el yugo tiránico de monarcas i patricios, fué talvez de ello una de las causas principales la abdicacion política del fundador del cristianismo: «Mi reino no es de este mundo». «Dad al César lo que es del César». I en seguida, la deplorable sancion dada por S. Pablo a estas ideas desdeñosas del mundo i a la sumision a los poderosos; he ahí una de las principales causas que aletargaron el espíritu público de los creyentes.

Unas pocas palabras de Jesus, unas cuantas parábolas oportunas pudieron haber dejado en el espíritu de sus discípulos un lugar conveniente para el respeto de la sabiduría política de los jentiles, para la asimilacion oportuna

tuna de sus principios i de la experiencia política de sus sabios, presentándolos como profetas alumbrados por la sabiduría divina. I esta idea autorizada por la palabra de Jesus, pudo haber sido acogida i fecundada por muchos hombres jenerosos en las múltiples oportunidades de la Historia, muchos siglos ántes de lo que lo ha sido. Este defecto de saber ha sido atenuado i corregido en Jesu-Cristo por la eminencia de su espíritu sentimental, pero tambien a costa de sacrificios sangrientos i de siglos de esclavitud i de infortunio. Esa alma sentimental, presentándose como un modelo hasta ahora inaccesible, tiene necesariamente, que despertar todos los esfuerzos humanos, tanto sociales como políticos para realizarlo, por cuanto su triunfo es imposible que coexista con formas políticas que segun la ciencia significan despojo e injusticia.

Jesus no pudo ni debió fundar repúblicas, ni dejar códigos políticos, pero podía, no obstante, haber hecho en su espíritu i en el de sus apóstoles, un lugar para el respeto de la sabiduria política de los antiguos, i echar los jérmenes de pensamientos mas precisos para lo futuro en esa materia. Pero llega el triunfo del Cristianismo i llega despues la Edad Media, i los hombres que piensan i los directores de la opinion, no tienen un dogma, una palabra consagrada, ni un simple permiso autorizado que oponer a la rapacidad i al despotismo de sus señores, escudados con el dogma de la humildad i de la obediencia ciega a los poderosos.

Los primeros talvez que sintieron toda la inconsecuencia i toda la pesada responsabilidad de esta abdicacion política del cristianismo fueron los pontífices. Pero cuando el papado consigue elevarse al rango de poder temporal, es, precisamente, cuando su decadencia principia. Sin enseñanzas del maestro a este respecto, tomaron por modelo la política judáica o la romana en lo que de peor tenian;

mas lo peor de todo fué, que fueron ellos mismos, los representantes de Jesus, los institutores de ese poder. La relajacion de la corte romana debe haberse hecho radical, necesaria i progresiva, el día en que el poder espiritual no fué ya un sacrificio i un desprendimiento, sino que significó mas bien la investidura de un poder temporal con rentas i con honores mundanos, i con la mision de crear una administracion política que debia servir de modelo a las demas naciones. A los vicios que nacia de las tinieblas de la época se juntaron entónces los que provenian necesariamente, de la codicia i de la ambicion de los bienes temporales: la dignidad pontificia fué entónces ocupada por los mas ambiciosos i sagaces en vez de serlo por los hombres de abnegacion i de virtud. Pero aun haciendo abstraccion de estas causas de corrupcion i suponiendo que la silla de S. Pedro hubiera sido ocupada por hombres excelentes, bastaba que se erijiera un poder político como encarnacion del cristianismo para que este sufriera en la pureza de su moral i en su espíritu social. ¿Por qué? Porque no habia ciudadanos para fundar un Estado modelo, ni hombres bastante puros para administrarlo; resultando entónces, necesariamente, un Estado que en su comienzo seria tan vicioso como los otros, i en seguida, mucho mas vicioso que ellos. En efecto, presentar un ideal mui puro a los fines i a las actividades políticas de un pueblo que está mui léjos de esa norma, es establecer un antagonismo mui activo entre la realidad i esa verdad superior, es obligar a todo el mundo a ver contradicho i burlado a cada paso el precepto por los hechos i obligar a los ciudadanos a acostumbrarse con este desacuerdo entre la conciencia i la realidad, entre las ideas i los actos, i al fin, entre las palabras i las cosas que ellas significan. El sofisma i la declamacion vacía llegan entónces, la palabra pierde su sentido real i la conciencia desaparece bajo los oropeles de la hipocresía

o de las conveniencias egoistas i serviles de la sociedad. Corrupcion moral e intelectual mucho mas incurable que las otras. «La corrupcion de lo que es bueno, es la peor de todas», dice B. Constant. En fin, i en aquellos tiempos, sobre todo, toda tentativa para fundar un Estado que fuera la encarnacion política del Cristianismo habria traído por consecuencia falsear i adulterar el espíritu cristiano; porque el cristianismo político, siendo el espíritu del Cristo en su realidad i en su triunfo final, necesita hombres mui superiores para constituirlo i dirigirlo, i porque, en vez de ser un medio de marchar a la perfeccion cristiana, es, al contrario, el fin del cristianismo o la última i mas perfecta forma del mismo.

No habria sucedido lo mismo si Jesu-Cristo, reconociendo la superioridad política de los griegos, hubiera autorizado a sus creyentes a buscar en ella la fuente de una sabiduría política ménos pretenciosa, pero mas provechosa i mas práctica. Pues entónces, no se habria unido a la política el principio del poder divino otorgado por Dios, como sucedia con el poder del papa o de los reyes que él sustentaba i consagraba en nombre de Dios.

Justo es, miéntras tanto, que los Estados vayan acercándose a ese ideal cuya divisa es que el primero de todos sea el servidor de todos, (pero no el lacayo i el adulon del pueblo); mas, no sería conveniente que un Estado de los conocidos hasta ahora, pretendiera darse por modelo de un Estado cristiano, porque, como hemos dicho, esto traeria consigo una oposicion mui resaltante entré los actos i los preceptos, i al fin, la indiferencia con que se miraba este desacuerdo, i por consiguiente, el desprecio de los preceptos mismos.

El papado, que no comprendió esta verdad i que quiso convertirse en poder político, tuvo necesariamente, que dejenerar el cristianismo, tanto en Roma como en los países rejidos por monarquías de su amaño, llegando

hasta las infamias de la Inquisicion i de las matanzas humanas; i algo parecido sucedió despues al jesuitismo.

De los principios que dejamos espuestos se deriva necesariamente, la condenacion absoluta de los conatos de predominio político en el clero, condenacion fundada i pronunciada triunfalmente por E. Quinet en su libro del Ultramontanismo. Echemos una ojeada sobre esta importante cuestion.

Cuando en un país sin preparacion i sin méritos históricos suficientes (que es lo mas jeneral) se levanta un poder político relijioso con pretenciones a una perfeccion absoluta, lo primero que se ve aparecer en el espíritu público, es la intolerancia. Por lo ménos, esto es lo mas lógico i lo mas histórico.

Un poder semejante tolerará las fragilidades ordinarias de la naturaleza humana, aun las peores, con tal que se pongan sumisamente bajo su amparo; pero ¿cómo podrá tolerar las hostilidades i las protestas de un partido enemigo i de contrarias ideas, que lo acusa i lo amenaza a él, poder divino e infalible, encargado por Dios de la salvacion del jénero humano?

Si a esto se agrega la accion que debe ejercer sobre el espíritu público el dogma de las penas eternas, elaborado i consagrado con tanta solicitud por la Iglesia católica i hecho derivar de un modo poco escrupuloso de las palabras de Jesucristo, en tal caso, digo, la intolerancia no sólo es un derecho simplemente social, sino un derecho divino i un deber sagrado. En efecto, ¿qué deber mas grande que el que nos ordena salvar las innumerables jeneraciones futuras de los tormentos eternos del infierno? ¿Qué valor real puede tener la vida de unos cuantos individuos pretenciosos i audaces si se les compara con la suerte eterna de esos millones de millones? Luego, el

deber nos ordena amordazar, encarcelar, torturar i estirpar a los corruptores de la conciencia, a esos emisarios insubordinados de Satanás. Puede ser que esto no suceda, pero aquí hablamos consultando las lecciones de la lógica i de la Historia. Puede ser que un poder semejante principie con una mansedumbre ejemplar; pero aquí nos referimos a lo que debe ser su tendencia final i necesaria.

Ahora se presenta la cuestion mui grave de determinar cuál debe ser la actitud de un partido de libres pensadores en presencia de una situacion política semejante, ya se encuentre ésta en estado de triunfo, o en estado sólo de amenaza.

En la bandera de los hombres de libertad está escrita esta divisa: *el respeto del pensamiento libre i la tolerancia de las opiniones i de las creencias*. I la cuestion se presenta en tal caso, bajo esta forma: *¿En nombre de la tolerancia deberemos tolerar la intolerancia?* O bien: *en nombre de la libertad del pensamiento deberemos tolerar el dogma que la condena i que acecha el momento de estirparla?*

Tratemos de resolver esta cuestion.

En todo principio moral hai dos elementos esenciales: la forma i el contenido. Hegel, maestro en la materia, identifica estos dos elementos: Kant da la supremacía al primero; por lo ménos, así lo hace en su crítica de la Razon Práctica, al hacer completa abstraccion del espíritu que debe animar las máximas universales de la moral o al asignarles un espíritu esclavizado. Pero es fácil demostrar que ámbas cosas se necesitan mutuamente como distintas, que la una sin la otra se anula o se pervierte, como el precepto formal de los fariseos, o como el amor soñador i sin trabas de los místicos. Para nuestro objeto nos basta tomar por base de discusion el principio de Kant.

Tomemos como ejemplo algunas de las máximas universales de Kant, universalidad que él toma como fundamento suficiente de la moral. El deber de cumplir las promesas, es absoluto, según él: no debemos fijarnos en el espíritu o en el contenido, sino en la forma esterna i universal con un culto religioso; debemos cumplir siempre las promesas, dice, pues, ¿qué sucedería si no se cumpliesen? Que no habría ya promesas.

Pero el valor que tendrá la promesa será proporcional al valor del espíritu con que se hace. Si este espíritu es bueno, la promesa será valiosa. I aun si ese espíritu es bueno i la promesa ha sido hecha con un buen fin, pero al fin resulta que su cumplimiento va a orijinar un gran mal, ¿no es evidente que cumpliendo con su forma faltamos al espíritu con que la hicimos, i que será mas conforme con el espíritu de veracidad el faltar a la forma i respetar el espíritu? Antes que todas las promesas está la gran promesa hecha a nosotros mismos i a Dios, de conducirnos dignamente; i si para cumplir una promesa particular tuviéramos que faltar a esta promesa solemne, nuestro deber seria mas bien faltar a aquella por salvar esta última. Si la gran promesa hecha a nosotros mismos o a Dios deja libre al espíritu para elegir la forma, ¿cómo podrian las promesas particulares hacer dominar la forma sobre el espíritu?

De otro modo resultaria que Heródes, Júdas, Efiáltes hicieron bien en cumplir sus promesas, i se podria justificar la perseverancia del espíritu satánico que ha sido necesario para llevar a su consumacion los grandes crímenes de la Historia, como la San Barthélemy, el asesinato de los albijenses, etc., etc., porque todo crimen en que se mezclan muchas voluntades i muchos ejecutores es como un organismo cuyas articulaciones son otros tantos compromisos i promesas.

Lo mismo sucede con la veracidad: ¿qué sucedería si

los hombres la desdeñasen? que la palabra seria inútil. Pero eso no nos autoriza para someternos ciegamente a la forma, desdeñando el espíritu. Si los sayones judíos me hubieran preguntado: ¿dónde está Jesús? Yo les habría engañado, pues callándome, me esponía a que me arrancaran la verdad por la fuerza, i yo, por veracidad, no estaba obligado a entregar a los apóstoles de la verdad en manos de los fariseos de la mentira.

Lo mismo sucede con el asesinato, el cual, no sólo es permitido en la propia defensa, sino en defensa del prójimo, en defensa de la patria i de la humanidad, siempre que nuestro acto sea fácil de hacerse comprender en su moralidad positiva i no se preste a interpretaciones dudosas, ni se funde en creencias particulares de una secta, sino en las creencias que son jenerales a la humanidad.

Entónces, en vez de decir: *sé veraz*, debe decirse, *obra de modo que el espíritu de veracidad reine cada vez mas sobre la tierra*. I en vez de decir: *no matarás*, debe decirse, *haz lo posible porque el asesinato sea cada vez ménos necesario*. Luego, no debemos esclavizar el espíritu a la forma.

Lo mismo el amor al prójimo, como a nosotros mismos, seria absurdo si no distinguiéramos quiénes son aquellos mas dignos de recibirlo i mas capaces de aprovechar de él, i si lo otorgásemos sin discernimiento a los que no harian mas que recibirlo como una simplicidad de tontos: no deben echarse al fango las semillas sagradas, ni arrojar las perlas a los puercos. Jesús dice: «amad a los que os aborrecen i rogad por los que os persiguen i calumnian». Esto es sublime. Pero si se trata de vándalos que vienen a saquear la patria, o de hombres que sólo serian sensibles al látigo, ¿que significaria esa abnegacion? El bien debe colocarse donde puede fructificar i nó sobre las rocas.

Luego, si la forma sin el espíritu es absurda, el espíritu sin la forma también lo es.

No hai, por lo tanto, reposo posible en el cumplimiento del santo deber, no hai letra infalible, ni espíritu infalible, no basta la regla formal ni la intencion buena del corazon, sino que es indispensable querer lo mejor con la voluntad i buscarlo con la razon; es el espíritu razonador i activo el único que puede dar su contenido adecuado a los preceptos; mientras que, segun Kant, debemos obedecer el precepto universal con sumision i respeto. Ciertó que el respeto a Dios (o a la lei, segun Kant) debe dominarnos, pero léjos de convertirnos en autómatas, debe levantarnos a una actividad i a una responsabilidad mas altas.

Ya se vé que un jesuita haria un abuso desenfrenado de estos principios, que serian sumamente corruptores en una sociedad corrompida i del todo chocantes en un pueblo ignorante, el cual necesita una moral formal i rutinera: por lo tanto, sólo son aplicables a una sociedad ilustrada que busca sinceramente el bien, sin religion revelada, i sobre todo, sin penas eternas, pues, por lo que llevamos dicho, se comprenderá que un pueblo que creyera en tales penas haria uso de dichos principios para sancionar i restablecer la inquisicion.

I volviendo ahora al asunto que nos ocupa, podríamos decir lo mismo, que por respeto al principio de tolerancia no debemos tolerar en nuestra patria las asechanzas de un partido enemigo nato de la tolerancia i que la estirpará cuando pueda, pues nos espondríamos a quedarnos con las palabras i sin las cosas. I en lugar de que el precepto diga: *sé tolerante*, debe decir: haz lo posible porque la tolerancia reine cada vez mas. Así se eleva la tolerancia a su sistema salvador, lo mismo que la libertad cuando deja de ser libertad formal i, elevándose a sistema, dice: *ejerce tu libertad de modo que seas cada vez mas*

libre; lo cual sólo se consigue obrando segun la finalidad mas alta.

I por lo que hemos visto, si es posible dictar máximas morales, éstas deben ser de tal naturaleza que la forma no esclavice al espíritu i que, por el contrario, sea el espíritu el que rije la forma i le da su verdadera realidad. Pero no debe olvidarse nunca que esta moral elevada no es aplicable a los pueblos ignorantes o relajados, o sometidos a dogmas, i que sólo es fecunda i buena en los pueblos que buscan enérjicamente el bien i que no tienen relijiones reveladas.

Conforme con estos principios, ¿hasta dónde tendríamos derecho de reprimir a los enemigos de la tolerancia? ¿Deberíamos llevar estas consecuencias hasta la esfera de accion de las leyes, o sólo deberíamos mantenerlas en el campo de la discusion i de la propaganda? Veamos.

Antes de atacar racionalmente una institucion debemos tratar de conocer la naturaleza de sus fuerzas i su espíritu. Supongamos que esa institucion es el catolicismo, i tratemos de comprenderlo en su significado histórico i social a fin de saber con qué armas i con qué espíritu debemos combatirlo.

En jeneral, puede considerarse toda relijion como el órgano estético de las sociedades, como el arte de conservar i educar el sentimiento, manteniéndolo en esa esfera elevada en que viene a constituirse en criterio de lo bueno, de lo bello i de lo grande. Sus dogmas pueden contener muchos errores perniciosos; pero contienen tambien verdades sublimes i profundas que no han podido alcanzar los pensadores que se glorían de estar exentos de aquellos errores. Las relijiones son obra de la inspiracion i de la intuicion, son obra de espíritus infan-

tiles i grandes, donde el sentimiento está en toda su efervescencia. Miéntas que lo que distingue a la crítica i a la razon abstracta es que sus obras parecen hechas por espíritus correctos, pero estériles; sin debilidades i sin errores, pero sin grandezas i sin verdades. Las relijiones son las que dan a la voluntad esos puntos de apoyo que buscaba Arquímedes, con cuyo ausilio pueden levantarse mundos, i pueden considerarse como las institutoras del espíritu moral i sensible: sin ellas, la sociedad se petrifica en una actualidad eterna, sin progreso verdadero i sin verdadero movimiento.

Estas consideraciones nos inducirian a creer que debemos tolerar a los intolerantes. Pero por otro lado, debemos considerar que son tambien las relijiones las promotoras de las grandes atrocidades que estremecen al mundo, i que son ellas tambien las que despues de haber sofocado toda contradiccion vivificante i toda hostilidad despertadora, conducen a los pueblos a esos lodazales que se llaman Bizancio, Roma, Turquía, Ejipto, a esos hipojeos pestilentes, donde se puede disputar sobre el ayuno i sobre el rito, pero donde nunca se ajitan las grandes cuestiones de la vida humana. La discusion libre es necesaria i saludable en el estado de imperfeccion en que se encuentran las sociedades humanas; i son los pueblos que han tolerado las grandes contradicciones, la Inglaterra i la Alemania a la cabeza, los que hasta ahora dan la medida mas patente de la grandeza humana. Porque la tolerancia es una forma mui alta de la caridad que enriquece copiosamente el espíritu, por cuanto va conduciendo al hombre hácia esa forma suprema de la fraternidad que se llama comprension del pensamiento ajeno. Debemos considerar tambien que el triunfo de la intolerancia traeria consigo la estirpacion de los principios liberales, la opresion de las mejores aspiraciones, el agotamiento de las fuerzas de la vida, la dejeneracion, el

silencio i la podredumbre: estas consideraciones nos inclinan a creer que nuestra tolerancia traeria por resultado lo contrario de lo que nos habíamos propuesto i que no debíamos acordarla. Hai tantas cosas en la historia religiosa que nos hacen temblar: i es menester mirar esta cuestion con mirada tenaz i severa.

¿No habria sido mui bienhechor i mui laudable que en Francia, en Italia i España, hubieran aparecido, oportunamente, hombres audaces i patriotas que habiendo detenido los avances de la intolerancia i evitado las hogueras, las batidas de herejes i las persecuciones de todo jénero, librasen así a esas naciones de caer al letargo corruptor en que cayeron, e inculcaran al mundo con una enseñanza positiva i fecunda las mismas verdades históricas que hoi sólo conoce por una enseñanza negativa i brutal? Cuán justo no será, entónces, que tratemos de evitar a todo trance que unos mismos principios religiosos vuelvan a producir situaciones análogas, i la estenuacion de las enerjías de la libertad.

Hai una voz interior que nos dice: si no podemos combatir contra nosotros mismos en la estirpacion de nuestras fragilidades i defectos, hasta el punto de hacernos aptos para rejenerar al pueblo con nuestro ejemplo, mucho ménos capaces nos haremos de esa grande empresa combatiendo contra nuestros prójimos. Hacernos capaces de los grandes ejemplos de virtud, he ahí el medio de seducir i de convertir a los hombres. «Vale mas sufrir una injusticia, que cometerla». (Sócrates). Vale mas ser perseguido que perseguidor, i mas ser víctima que vengador; i el que tiene la fuerza de carácter para sufrir las persecuciones resignadamente, da un ejemplo mas fecundo al pueblo que el que tiene la enerjía de atacar. Si no tenemos la fuerza de triunfar por el sufrimiento, ¿cómo la tendremos, lejítimamente, para triunfar haciendo

sufrir? Mostrar una medida mas grande del poder del alma es imponer un nuevo deber a los hombres.

Pero hai otra voz que se levanta i que contesta: ¿Acaso es la paciencia la única o la mejor de las enerjías humanas, o acaso podemos disponer de ella a nuestro arbitrio sin dejenerarnos? ¿Si los opresores van hasta mancharse con locas atrocidades, con crímenes insensatos, ¿no nos impone el deber la resistencia, a fin de evitar nuestros propios males i los que se acarrearían nuestros enemigos por la consumacion de tan malas acciones? ¿No somos los tutores de la posteridad amenazada de corrupcion o decadencia? Si no queremos para nosotros la mancha de tales atentados, no la queramos tampoco para nuestros enemigos; hagamos lo posible por librarlos de ella, i no seamos como aquellos santos de que se gloria la Iglesia, que se regocijaban de los descarríos de sus perseguidores (o los miraban con indiferencia) pensando sólo en la gloria del martirio que ellos les procuraban, i olvidando la tristeza del Cristo al ver la iniquidad humana. ¿Acaso no debemos aflijirnos de los extravíos de nuestros prójimos i no debemos tratar de evitarlos, no sólo por la persuasion, sino por la fuerza, si es conveniente?

De otro modo caemos en un heroismo pueril, estéril i reprehensible.

Aceptemos el sacrificio miéntras el sacrificio sea mas fecundo que la protesta.

Es malo seguir a Jesus sólo hasta la fraccion del pan; es necesario seguirlo siempre hasta la cruz, ¿pero acaso sería necesario seguirlo siempre hasta el sepulcro? Jesus tenia el poder de resucitar i volver a alentar a los suyos desalentados. Mas, nosotros, pobres hombres sin potencias milagrosas, que no tenemos el poder de resucitar ni de mandar al espíritu consolador, debemos reflexionar mucho ántes de entregarnos. Ademas, entónces sólo se trataba de la estirpacion de un solo individuo; i Sócrates,

por ejemplo, hubiera hecho mui bien, en vez de aceptar la muerte, de ponerse a la cabeza de los libre-pensadores de Atenas para hacer frente a sus enemigos, si éstos hubieran dictado una lei de esterminio contra ellos, en vez de condenarlo a él solo.

Siguiendo a Quinet, puede decirse que nunca será indiferente la desaparicion de los grandes hombres, que al fin su ausencia se revela por un gran vacío moral; que no debemos confiar mucho en la jermiacion de la sangre jenerosa i que las crueldades han conseguido muchas veces estirpar las raices del bien. ¿Cómo, entónces, dejaríamos a nuestros enemigos segar las mas nobles cabezas de los caudillos de la libertad? Justo es que esos caudillos mueran en las avanzadas del heroismo, pero sería imperdonable que los dejáramos asesinar estérilmente.

Cada uno debe hacer aquello de que es capaz i no aquello que es superior a sus fuerzas, comprometiendo con un fracaso el crédito del principio que defiende. I si porque no somos capaces de hacer lo perfecto, nos resignamos a no hacer nada, nos hacemos reos de una negligencia culpable. Suframos, miéntras la resignacion sea mas fecunda que la accion; i yá que no somos capaces de imitar al Cristo, trabajemos porque otra jeneracion lo sea; porque en política, sobre todo, cada uno debe llevar el cristianismo hasta la altura que le es posible, i dejar la mision de subirlo mas arriba a los que vienen tras él.

¿Seria acaso el cristianismo la fuerza por excelencia, i si ella no puede conseguir un fin social, ménos podrá conseguirlo otra fuerza inferior? ¿La moral mas pura es gualmente obligatoria para todos? Pero entónces, ¿por qué el triunfo de los primeros cristianos i el fracaso de los de la Edad Media? ¿No se ve de manifesto en la Edad Media que ese alimento superior no era adecuado ni asimilable para esos organismos groseros? Es verdad que

algunos hogares alrededor de los santos i reformadores conservaban la continuidad de la tradicion cristiana; pero, en jeneral, ¿no habria sido mejor para esas jentes un código de justicia mas elemental, ménos sublime, pero mas práctico? Un código sacado, no de la lejislacion bárbara, sino de las lejislaciones cultas de la antigüedad, i que el cristianismo no hubiera salido del templo? I que el pueblo, en vez de envilecerse, en vez de podrirse bajo el dogma de la obediencia i de la humildad, hubiera sentido mucho ántes esos arrojos de justicia i de indignacion contra sus señores inicuos? El grado está en todo como pauta, i el cielo mismo debe tener una moral mas o ménos exigente, para sus jerarquías. No existen hombres a quienes el fanatismo o la soberbia hacen descender mas abajo que los orangutanes? I que sabrian de cristianismo esos cuadrumanos?

Pero ¿no seria mas bello Jesucristo que Bruto en presencia de un tirano? Rogar por la conversion de los tiranos ¿no es mas noble que derribarlos?

Bello seria el naranjo o el limonero en las zonas frías del globo; pero se haria mui mal en llevar allí esas plantas preciosas: se secarian ántes de dar fruto. Cada semilla debe sembrarse en la tierra que le conviene; i lo mismo los sentimientos mui jenerosos, debemos sembrarlos en las almas que son hábiles para fecundarlos i en las situaciones que les son propias. No des a todos los hombres i a todas las situaciones sentimientos e ideas de una esencia esquisita que no son capaces de apreciar ni de asimilar. Guarda lo mejor para los mejores, i lo mejor de lo mejor para los dias de júbilo, esto es, para las bellas oportunidades en que mas se deben apreciar. ¿No nos dice Jesucristo que no arrojemos las perlas a los puercos?

Bruto libertó a su patria arrojando a Tarquino. Qué hizo Jesus en presencia de Heródes i de Pilátos? Éste ni

se dignó esperar la respuesta de Jesus a la pregunta irónica: ¿qué cosa es la verdad? Por supuesto, esto no quiere decir que Jesus debió imitar a Bruto.

En la mano del pobre está mejor el hacha del labrador que la lira del poeta. I un pueblo donde hai tiranos es como un pobre; i aquí el hacha quiere decir acto sencillo i conducente al fin práctico de la vida.

Sometido a este sistema, el cristianismo conserva la sublimidad con los sublimes, su belleza con los buenos i su utilidad práctica con los inferiores.

Pero ¿no seria mejor promulgar el ideal puro, dando por sentado que no es menester estimular las enerjías inferiores para que ellas despierten, por cuanto tienen que despertar por sí mismas? Así es. Pero es bueno dejar por sentado que esas enerjías inferiores tambien pueden ponerse bajo la proteccion del cristianismo, i que es bueno ocuparse de ellas para reglamentarlas, para que despierten a tiempo, para que su despertar no sea el de la demencia enfurecida.

Otro aspecto de la cuestion.

Para hacer la guerra a una relijion intolerante es necesario, como utilidad i como deber, apropiarse las virtudes i las enerjías de esa relijion, 1.º porque sin ello no puede ser vencida; 2.º porque sin ello seria pernicioso proscribirla. Una relijion sólo puede ser vencida por otra relijion, dice E. Quinet. I se podria decir tambien que una relijion sólo puede ser vencida por otra relijion que se haya apropiado las enerjías de la relijion enemiga cuando ellas son superiores a las suyas propias. Una relijion es el arte de producir la emocion mas enérgica de que es capaz un pueblo. I siempre ha de vencer aquel pueblo o aquella faccion que tenga una medida mas grande para

producir la emocion. Jesus venció a Mahoma porque la emocion de Jesus era mas vasta que la de Mahoma. El cristiano combatia segun su perseverancia i su valor, i su perseverancia i valor hallaban i rehacian su medida en la medida de la emocion suministrada por el cristianismo. La emocion mas bien organizada i mas enérgica debió vencer a la otra: esta organizacion mejor de la emocion, debe resultar de la revelacion de una verdad mas profunda de la naturaleza humana.

Si en nuestros dias el cristianismo llegara a ser suplantado por lo que se llama Sistema positivista, eso seria una de las peores calamidades que pudieran sobrevenir a las sociedades modernas, por cuanto ese sistema es impotente por su naturaleza misma para asimilarse las potencias estéticas del cristianismo, desde que esas potencias nacen de la creencia en un Dios paternal i en una inmortalidad remuneradora, cosas que no pueden ser jamas objeto de esperiencia inmediata i sensible, que es lo que el vulgo llama *positivo*. Del triunfo de ese sistema resultaria una sociedad erudita i sin errores, pero vana i sin verdades: vana, porque su erudicion versaria sobre cosas que no engrandecen el alma sensible; sin verdades, porque, no afirmando nada, en realidad, fuera de los hechos de los sentidos, seria inepta para elevarse a la idea de lo infinito i de lo eterno que son los caractéres de la verdad. En vez de complacerse en las condensaciones poderosas del sentimiento i en las expansiones del espíritu en lo infinito, sólo se complaceria en eso que Hegel llama falsa infinidad, en el número i en la estension, ámbos indefinidos. Contar por miles de miles las especies animales i vejetales, arregladas i numeradas segun sus caractéres específicos, he ahí su gloria. Describir las leyes de las moles celestes, lanzarse a la investigacion de los diversos centros siderales, calcular órbitas i masas, agregando cifras enormes, he ahí su majestad. Sin em-

bargo, un hombre de mediana capacidad podría probarles que esa vaguedad misteriosa i divina que sentimos al calcular las leyes i las magnitudes siderales, nace mucho ménos de la magnitud i de la legalidad de las cifras, que de la potencia sentimental del espíritu, acumulada en otra esfera de actividad. Todos nos regocijamos al ver a Galileo i a Keppler abrumar con la verdad austera, pero resplandeciente como los cielos, a la ignorancia orgullosa de una tradicion decrépita; para esa época de tinieblas la ciencia del cielo fué una revelacion, i lo mismo puede decirse del descubrimiento del hombre pre-histórico i de otras grandes jornadas de la ciencia que han dado a la ignorancia entronizada i soberbia, un desmentido espléndido e irrecusable. Esos grandes exploradores han sido los profetas i los reveladores del Altísimo, los emancipadores de la humanidad, encarcelada tantos siglos en la caverna de la supersticion i del espanto.

Pero ¿cómo soportar jamas que una jeneracion de enanos, de cuyos cerebros aplastados no ha salido jamas un gran descubrimiento, pretenda desfigurar i dejenerar la ciencia, renegar del elevado espíritu que animaba a sus grandes fundadores, quitar a la cabeza de Minerva sus mas nobles amplitudes i hacer de la Diosa augusta una diosa enana i-contrachecha como ellos?

Es, pues, necesario precaver a la sociedad contra el advenimiento de supremacias como esta, o de otras que sean como antecedentes apropiados para producirlas porque están animadas del mismo espíritu político, invasor de las libertades individuales i destructor de instituciones altamente provechosas a la dignidad del hombre, en beneficio de una emancipacion mentida del espíritu.

De las consideraciones precedentes se deduciria que una relijion intolerante sólo debiera proscribirse en los casos en que concurrieran las dos condiciones siguientes:

- 1.º cuando se la proscriba en nombre de una idea mas

grande i mas rica que la que ella representa; 2.º cuando hai peligro evidente de que se eleve al dominio i al triunfo definitivo.

Parece que tambien pudiera proscribirse una religion intolerante cuando ha quedado reducida a una secta sin importancia i que sólo inspira compasion. E. Quinet dice que es preciso obligar a morir a una religion i que de otro modo no muere: él, que conoce la materia mejor que nadie, debe saber lo que dice. Sin embargo, yo me inclino a creer que una actividad social bien disciplinada puede dejar reducida esa inmortalidad a proporciones bien mezquinas. Ciertos espíritus mas pobres i tenaces, una minoría de pequenísima importancia, i que, segun dice Quinet, carece hasta de la actividad necesaria para convertirse, podrá empecinarse en las antiguas prácticas; pero al fin se hará tan pueril a los ojos de todos, que nadie estrañará que se le obligue a no vivir mas a espensas de la compasion pública, i que un movimiento espontáneo del pueblo derribará e inutilizará sus templos, como lo hicieron los cristianos respecto del paganismo.

Pero volvamos al exámen de la parte esencial del asunto, esto es, al exámen de las condiciones antes señaladas como las únicas en que una religion intolerante podria ser proscrita, i veamos si, realmente, esas condiciones son suficientes para justificar su proscripcion.

El hecho de existir en un Estado, uno en frente de otro, dos partidos, uno tolerante, el otro intolerante, sólo puede haberse producido, verosímilmente, de uno de estos dos modos:

1.º O el partido intolerante i el principio religioso que representa, han hecho incursion en un pais libre i se han propagado ahí.

2.º O un partido de hombres libres ha surjido del seno del Estado intolerante, ya por el influjo de la prensa es-

tranjera i nacional, ya por otro jénero cualquiera de propaganda.

Analicemos el primer caso.

¿En qué estado debe hallarse el sentimiento moral i relijioso en un Estado de creyentes liberales o de libres-pensadores para que una propaganda católica, por ejemplo, haya hecho fortuna hasta el punto de comprometer la existencia del partido que ántes dominaba casi sin contradiccion? Para comprender un hecho tal, hai que suponer que ese sentimiento relijioso i moral se hallaba en un estado de suma estenuacion, de palpable decadencia, i aun de corrupcion o descomposicion.

I si, a pesar de los avances del enemigo, la creencia o la moral tradicionales no se alarman, no despiertan de su letargo, es porque están muertas, i el pueblo que las profesa no será talvez mas que una momia, o un sepulcro blanqueado.

Yo creo que en tal caso, es conveniente para ese pueblo que un enemigo lo sacuda, lo hostilice, hasta despertarlo, a fin de que se apreste para la lucha, recoja sus armas, retemple su espíritu i haga una apelacion a la vida antigua que lo animaba en sus dias de prosperidad. Que si, a pesar de esto, la doctrina tradicional de ese pueblo es vencida i suplantada por la del enemigo, no obstante las ventajas de su antigüedad i de su dominio, en tal caso, la inferioridad de su antiguo estado de paz respecto al nuevo de lucha o de trasformacion, si fuera cuestionable, lo seria del mismo modo que podria serlo el proceso de las ventajas i desventajas en valor i en moralidad con que han combatido ámbos adversarios; por cuanto las ventajas i desventajas de moralidad i de valor de ámbos deben haberse reflejado en la lucha. Yo creo que en este caso, la proscripcion del invasor, cuando este era débil aun para hacerla efectiva, habria sido de un provecho problemático, o negativo para el invadido, pues, el

hecho de ser vencido está indicando que sus facultades intelectuales i morales eran inferiores, i que era incapaz de asimilarse las del enemigo sin asimilarse sus creencias, al mismo tiempo.

¿Pero si el pueblo de hombres libres es mui reducido, i si sus enemigos mui numerosos, lo rodean por todas partes, lo asedian con la propaganda i con las armas? Entónces, el caso es mui distinto. Solo el heroismo podria salvar a ese pueblo. Ejemplo, los Países Bajos, bajo la dominacion española. En tal caso, la repulsion armada es un deber i una grandeza. I lo mismo debe decirse siempre que se trata de un principio relijioso que, como el mahometismo i el catolicismo de la Edad Media, trata de imponerse por la fuerza.

En el segundo caso, esto es, cuando la creencia tradicional e intolerante, ha llegado al punto de verse amenazada de proscripcion o de represion por el espíritu nuevo, si este ha llegado hasta adueñarse de la fuerza i del poder, entónces la cuestion puede presentarse de este modo: si ese partido liberal ha tenido la enerjía de surgir de la nada i elevarse a un estado de igualdad o de superioridad respecto de su enemigo, sin que éste haya podido oponerse, eficazmente, a sus triunfos, ahora que está en su vigor i alentado por una serie de victorias, ¿hasta dónde puede temer la reaccion poderosa del partido intolerante? Ese partido nuevo, no sólo se halla en igualdad o en superioridad de fuerzas numéricas respecto del antiguo, sino que tambien sus hombres deben hallarse en posesion de esas dotes que son necesarias para vencer, puesto que están vencedores; miéntras que de los hombres del partido opuesto debe decirse lo contrario. Que si estos últimos experimentan una reaccion de actividad i aquellos de relajacion, esta nueva situacion entraria bajo el dominio de las consideraciones anteriores: siempre es bueno despertar al que se duerme.

Todo esto nos hace creer que los liberales deben contar con el triunfo definitivo i que no tienen necesidad de apelar a la intolerancia de la intolerancia con la fuerza. Si el adversario tiene enerjías que le son propias, ellos se las han asimilado, o bien, poseen otras superiores, puesto que lo han vencido.

En cualquier punto de este proceso social que hagamos una seccion a fin de aplicar a esa actualidad o momento que resulte, el mismo criterio, siempre la configuracion de ese momento se resuelve con la misma fórmula: trabajar i tolerar. Así, cuando los liberales están en notable minoría, pretender dominar i plantear la intolerancia de la intolerancia seria comprometer todo el terreno conquistado, cuyo secreto de incrementacion les era ya conocido experimentalmente, en la forma de la propaganda pacífica. Sin embargo, este mismo caso cambiaria por completo si el partido dominante pretendiera exterminar a los disidentes o someterlos por la fuerza, i si éstos contaban con recursos bastantes para resistir a la fuerza con la fuerza. Entónces el deber seria armarse i defenderse, i aun espulsar o sojuzgar a los enemigos. ¿Acaso no es un deber defender los principios de la equidad i del bien, e impedir que los enemigos los mancillen con crímenes horribles?

I si tomamos en consideracion el momento en que los liberales están en mayoría, o bien, en posesion de fuerzas superiores, i los enemigos, impotentes, sólo pueden hacer inútiles protestas, ¿a qué molestarlos, supuesto que ya saben los vencedores el medio seguro de avasallarlos i de anonadarlos? Si los han vencido cuando eran uno contra diez, no los vencerán ahora que son uno o dos contra uno? Luego, tolerancia. Lo que deben hacer entónces los liberales es aprovechar de las ventajas que les da el poder, monopolizar la direccion de la instruccion pública pagada por el Estado, cerrando al enemigo toda

intervencion en ella, lo mismo que a sus dogmas, i dejar a los retrógrados entregados a sus propios recursos, retirándoles toda subvencion fiscal.

Luego, siempre tolerancia de parte de la lei.

Pero si la lei debe mantenerse a esa altura augusta, los particulares i sus asociaciones especiales deben trabajar sin descanso i hasta con intolerancia hácia los intolerantes, por el triunfo de sus principios. En este caso, aunque los enemigos pretendiesen usurpar el poder con siniestros fines, ya no seria lejítimo proscribirlos como en el caso anterior, porque el peligro podria conjurarse por otros medios de actividad mas morales i mas moralizadores.

Pero así como hai tiranos que se levantan i dominan un pueblo, ya sea sobornando el ejército, o alucinando las masas, así como hemos visto Rosas i Francias en nuestros tiempos, ¿no podria tambien un caudillo apelar al fanatismo o a las peores pasiones de la sociedad o de una faccion, derrocar el poder legal i establecer una tiranía teocrática o clerical, burlando las fundadas esperanzas de los hombres de libertad que se creian vencedores?

I en jeneral, ¿no está la Historia llena de sucesos imprevisos, i acaso las ideas marchan en su seno con la regularidad con que se desarrollan las figuras jeométricas? No hemos visto surgir dos Bonapartes despues de la revolucion francesa, i al jesuitismo levantarse de sus ruinas, cada vez mas poderoso?

La naturaleza humana es desconocida en sus misterios, tiene secretos raros i sorprendentes, es un mundo mui grande cuyos continentes i cuyos mares no están aun explorados sino a medias, i por eso se vé que las leyes que pretendemos aplicarle se ven desmentidas con frecuen-

cia, a veces por sorpresas halagadoras, a veces por fracasos, i otras, por catástrofes. Ejemplo de esto, es el hecho del triunfo de los jesuitas que se verifica en plena libertad i en libre competencia con el Evangelio i con las grandes instituciones sociales que de él se han derivado. No han surjido tambien en nuestros dias los nihilistas, los mormones i los comunistas? I parece que cuando la humanidad cree estar mas segura de sus fuerzas i de su rumbo, es cuando aparecen esos mares procelosos, levantándose del cáos del alma humana i llenando al mundo de sorpresa. ¿No seria entónces mui sensato adoptar un réjimen social i político previsor i vigoroso que ponga la sociedad a cubierto de lo imprevisto, que puede ser la ruina, refrenando los instintos sociales perturbadores que vienen a ponerse en pugna con el órden de las ideas dominantes? Pues, si así no nos ponemos a salvo de lo imprevisto, por lo ménos, circunscribimos mucho su esfera de accion. I este argumento, aunque pueda ponerse al servicio de toda clase de intolerancias, es excelente cuando se trata de prevenir el triunfo de un poder enemigo que lleva el carácter de lo irrevocable i fatal, que es el de las relijiones reveladas.

He aquí la cuestion que renace, al parecer, con todas sus dificultades.

Como el argumento tiene un carácter de jeneralidad i parece adaptarse a la defensa de todo jénero de intolerancias, es menester combatirlo primero en su jeneralidad, aunque esta misma jeneralidad lo desvirtúe.

Si se descubriera un medio mui hábil para que los males sociales no se manifestaran nunca i para que en los individuos todo lo malo permaneciera siempre en estado latente, este medio seria un secreto diabólico que por sí sólo seria peor que todos los males que pueden aflijir al mundo. En efecto, eso importaría nada ménos que la petrificacion del hombre i la muerte social. Llevar el vicio

i el pecado i no saberlo; llevar el crimen, la ferocidad, en estado de mezcla informe i emponzoñada envuelta en una inocencia bestial; guardar lo horrible e infernal envuelto en el amor, en infusion con la fraternidad; incubar en el alma esa masa envenenada i con un candor de bruto comerla i darla a comer como el pan cotidiano; eso seria la depravacion de las depravaciones i la abominacion de las abominaciones. Eso no es el hombre, eso es el batracio o el reptil, con mas, el disfraz usurpado de lo superior.

Para que el bien sea bien, es menester que el mal sea conocido como mal; pero si el mal no se manifiesta ¿cómo podrá conocerse? Eso sí que el hombre debe tratar de reducir en lo posible sus manifestaciones, nó por la esclavitud, sino por la revelacion de lo mejor, lo cual basta para que sólo al sentir en nosotros el advenimiento del mal, lo rechazemos ántes que nos domine, o bien, para que la caridad, haciéndonos compadecer a los malos, nos haga tambien comprender el horror del mal: de este modo, la caridad hace que unas pocas caídas aprovechen a todos. Es menester la libertad para que el mal se revele i sea odiado, pues de otro modo, permaneceria como un debilitante interno i disimulado de la virtud, produciendo una humanidad bestial.

Pero Dios no ha permitido que el hombre descienda a esos fangos. Le ha dado la enerjía de la expansion i la virtud de la comunicacion: lo cual obra en el hombre como una tendencia natural a revelar lo malo i a comunicar lo bueno. Hai una lei providencial que obra incesantemente en el corazon humano, i esa lei es aquella en virtud de la cual toda enerjia humana, buena o mala, debe tender en el individuo i en la jeneracion social, a aumentarse sin cesar, a crecer hasta donde no encuentre un obstáculo mas poderoso que ella. Así, el mal tiene que llegar a hacerse patente, reconocido como tal i odio-

so para la jeneralidad; así como el bien tiene que manifestarse como bien patente i amado de todos.

De modo que si es esa virtud expansiva la que ha producido los grandes males de la humanidad, en cambio, es ella tambien la que nos ha elevado a este rango i a esta gloria del mundo moderno. Porque la enerjía mala se hace al fin tan mala que provoca el odio i tiene que detenerse en su progreso, por cuanto su carácter es el de no fundarse en el bien general; miéntras que la enerjía buena puede crecer eternamente, desde que su esencia es el bien de todos i es, ademas, un bien que siempre tiene algo de imperecedero. La primera tiene que provocar antagonismos i luchas miéntras el mundo sea mundo; al paso que la segunda debe contar con que los obstáculos que se le oponen irán desapareciendo con los esplendores progresivos del pensamiento i de la conciencia.

Esta virtud providencial es la que ha hecho que lo malo sea universalmente reconocido como malo, porque sus consecuencias finales son desastrosas; i así Sodoma i Gomorra, Babilonia i Nínive, Roma i Bizancio, no han pasado en vano: sus ruinas señalan los grandes escollos en el mar misterioso del espíritu humano. Esa virtud es la que ha hecho tambien que lo bueno sea al fin universalmente reconocido como bueno; i a ello se debe el bien inmenso de hacer mas tarde innecesaria la manifestacion del mal i necesario el derecho de condenarlo, una vez conocido como tal, i de hacer lo posible por circunscribirlo. I por fin, a esa misma virtud se debe igualmente que el hombre de bien se haga cada vez mas insaciable de bien, que abarque el universo en su esperanza, i que así la propaganda del bien llegue a hacerse un deber i una necesidad espiritual hasta la consumacion universal del bien.

I esas catástrofes, esas ruinas que ha sufrido la humanidad i que un conato excesivo de prevision querria pre-

venir a todo trance i en todo caso, sin atender en cuales pueden ser saludables, léjos de haber sido infructuosas, han sido, si se quiere, los elocuentes e irrecusables reveladores del alma de la humanidad.

Prevenir las manifestaciones del mal, si es que existe latente en la sociedad, seria doblemente pernicioso: 1.º porque el mal existiria latente, sin conocerse i sin condenarse, en estado de masa confusa, de debilidad, de inconsecuencia del bien o de indolencia i de incuria; 2.º seria evitar la aparicion de la enerjía vencedora de ese mal, i que tiene que llegar a hacerse una virtud activa i fecunda. De modo que, si es justo condenar i prevenir la manifestacion de los males conocidos por medio del desarrollo de virtudes correlativas, es malo i es pésimo llevar la intolerancia hasta la sofocacion absoluta del mal, i sobre todo, hasta la sofocacion de males desconocidos o de innovaciones desconocidas, que si no llevan oculta una virtud nueva, llevan, al ménos, la revelacion de un vicio social que estaba latente, i cuya eliminacion exige el despertamiento de virtudes correspondientes que ántes no se conocían.

En este sentido debe decirse que una vez que el mal existe arraigado en la sociedad i amenaza perpetuarse desconocido como mal, es bueno que, como manifestaciones suyas, sobrevengan catástrofes o hechos deplorables i desventurados, a fin de que el mal se revele como mal. I tambien, en este sentido, deben considerarse como beneficios una multitud de guerras aciagas i ricas en calamidades, sin que aquellos que las prepararon sean disculpables, pues, al hacer esas guerras, no han hecho sino poner en accion mas enérjica el mismo mal que ántes abrigaban; i porque el bien que hicieron, manifestando lo malo como malo a la conciencia pública, no era un bien que estaba en el ánimo de ellos ni en sus propósitos,

sino que es un bien que nace de la reaccion de la naturaleza humana contra el mal.

Así, hai dos modos de inculcar la verdad en el desarrollo humano: de un modo negativo, condenando el mal como mal, i de un modo positivo ensalzando el bien como bien: este último es el mas final i fecundo.

Esas grandes negaciones del mal i esas poderosas afirmaciones del bien, haciendo la actividad creciente del espíritu que se penetra i se mira a sí mismo de todos modos, es lo que ha hecho el esplendor del espíritu moderno.

No acepto el hombre que se equilibra en el mal. Prefiero mil veces al que va hasta sus extremos i hasta el horror del mal. El primero, es la bestia; el segundo es el hombre, aunque sea el hombre malo.

Esta aspiracion del hombre a la totalidad i a lo absoluto, que es lo que conduce al mal a manifestarse como mal patente, es tambien la grande aspiracion a la totalidad del bien i al dominio absoluto del bien, haciendo al hombre apóstol i propagandista de lo que cree ser el bien, i es lo que traerá el triunfo definitivo de éste en el mundo, por cuanto el bien es el único que puede fundarse en el acuerdo universal.

Rebatido así el argumento, de un modo jeneral, dejemos ahora que el partido liberal lo presente i lo refuerce con razones que le son propias i peculiares.

No pretendemos oponernos, podrian decir los liberales, a la manifestacion de los males desconocidos que puedan surgir del goce de la libertad: sólo nos oponemos a la aparicion de males conocidos, revelados por la Historia, cuyas lecciones queremos i debemos aprovechar.

Pretendemos, por ejemplo, prevenir a todo trance, la aparicion de un caudillo pérfido i hábil que, como Bonaparte en nuestros dias, pueda surgir de la mentira i medrar por la traicion para consolidar un poder maldito

fundado en la corrupcion de los corrompidos i en la seduccion de los débiles, i cuyas miras principales converjerán a la estirpacion de los sentimientos mas nobles i desinteresados, de las ideas mas altas i bellas, de los principios liberales i republicanos; i que aliándose a una relijion intolerante, que no se fija en medios para conseguir sus fines ambiciosos, constituyera fácilmente, un vasto poder social, político i relijioso que pueda arruinar para siempre todos los jérmenes de la libertad; porque este ayuntamiento monstruoso le dará ese dominio prepotente que resulta de la union de la fuerza bruta que domina los cuerpos, i de la fuerza moral que domina las conciencias. Es preciso estar en guardia contra ese poder tenebroso de una Iglesia desmoralizada por el miedo i por el deseo desenfrenado de predominio, i para la cual todos los medios son buenos para conseguir sus fines, aliándose hoy a la República i condenándola mañana a peticion de un despotismo hecho de perjurio i de ferocidad, que le ofrece mejores garantías de predominio.

Porque un tirano no es temible en nuestros dias, i no será mas que un meteoro pasajero si llega a aparecer, si no cuenta a su servicio una relijion complaciente i servil que alucine las masas en su nombre i las doblegue a su tiranía. No hemos visto siempre a esa Iglesia romana ponerse del lado de los que triunfan sin entrar a calificar la moral del buen éxito, i sin que salga jamás de sus labios una palabra de protesta i de misericordia en favor de los vencidos, desde que echa de ver que el buen éxito se presenta con el carácter imponente de los hechos consumados?

Luego, aprovechemos las enseñanzas de la Historia, por que, bien interpretadas, son los fallos de Dios, i proscribamos sin vacilar esa relijion avezada al ayuntamiento con la maldad i al adulterio con el tirano. ¡No veis que es una fiera que del fondo de su caverna ace chela

momento de lanzarse sobre su presa i devorarla? Esa presa somos nosotros, indudablemente. ¿Con qué derecho, desdeñando las enseñanzas divinas, nos pondríamos a darnos constituciones perfectas que sólo serian buenas para seres anjelicales? Estamos en la prueba, atravesamos el valle de las miserias i de los crímenes, i nuestro deber es defendernos de los miserables i de los criminales. Un hecho execrable, que aparece en el mundo negando los mas sagrados derechos que hasta entónces habia venerado el hombre, es como una inyeccion emponzoñada que vicia la sangre de la humanidad, o como una presion feroz que aplasta el cerebro humano i degenera i deprava al hombre hasta el punto de hacerlo mirar como mui natural que trate de cercenar esos derechos i de encerrarse en los límites de una lejislacion mas humilde, mas pobre i recelosa. Es menester, en tal caso, comprimir muchas amplitudes jenerosas del cerebro i desenvolver otras menos nobles, pero mas conservadoras. I en cierto modo, i hasta cierto punto, la naturaleza de las enerjías del adversario tiene que determinar la naturaleza de las nuestras. Qué no será permitido para combatir a un enemigo que se sirve de la santa cruz de Jesucristo para amparar a los tiranos i a los verdugos de los pueblos, i que sólo tiene las amenazas del infierno para los oprimidos?

I en cuanto a esas potencias estéticas de que hablais, qué clase de potencia puede dar una relijion desnaturalizada i adúltera que ha viciado el espíritu del Evangelio que es la única fuente verdadera de todas las potencias i de todos los sentimientos fecundos de que puede creerse depositaria? Así es que no sólo debería proscribirse a nombre de la libertad, sino a nombre del Evangelio a fin de que no enturbie estas aguas divinas con sus vertientes emponzoñadas.

Nos recomendais la accion puramente social, prohi-

biéndonos la acción política, para combatir al terrible enemigo; pero debiérais tener presente que la acción puramente social sólo es suficiente en los pueblos muy adelantados en la carrera del progreso i que han atravesado ya el valle de las fieras. Pero nosotros, pobres peregrinos del desierto lleno de acechanzas, creemos que el poder político, no sólo es un medio de desarrollo i de economía de fuerzas, sino i sobre todo, un órgano de acción i de poder, un arma de combate i de defensa, una condensación fecunda de potencia purificadora i rejenradora que sólo de ese modo podemos producir, i de cuyo uso no podemos prescindir cuando se presentan las grandes ocasiones. Es esa arma del poder político la única que puede salvarnos de los grandes peligros. «No hai nada más vano que creer que la fuerza no puede nada contra las ideas», dice Quinet, en su Historia de la Revolución.

Es cierto que así nuestra estatura se achica i nuestro nivel moral baja mucho; pero preferimos vivir como una raza humilde que ha cumplido con el deber de conservarse lo mejor posible ante sí misma i ante Dios, ántes que entregar nuestro destino a las soluciones del acaso.

I por fin, i como antecedente histórico irrecusable de lo que decimos, ¿no hemos visto a los pueblos del Norte que están a la cabeza de la civilización i de la moralidad, vencer a la Iglesia romana por medio de la palabra i la fuerza, proscribirla por largo tiempo de sus dominios i alcanzar de este modo un éxito maravilloso? I este triunfo, como dice Schiller en su «Guerra de 30 años», no se habria conseguido si los intereses temporales no hubieran puesto a los príncipes (poder político) del lado de la Reforma. Ved lo que dice Michelet en sus «Guerras de Religión», ved la crítica amarga que hace de los reformadores franceses, cuya divisa era: *aceptar el martirio*, a fin de vencer a fuerza de sufrir. Ved lo que dice acerca

de la persecucion de los grandes pensadores, Paracelso i Vesale, i en fin, Goujon, Ramus, Goudimel—«muertos en un mismo dia. No se reponen tales hombres. I es menester creer que la naturaleza no es infatigable. La Historia dice lo contrario, i el buen sentido tambien». (Michelet, G. de R).

A estas terribles conclusiones, un observador mas frio i mas práctico podria responder: Vuestras conclusiones son irreprochables en cuanto a lójica; pero al hacerlas echais completamente en olvido que la sociedad no es un agregado mecánico de unidades o de fuerzas, sino un organismo vivo hecho bajo un tipo semejante al organismo individual. ¿Qué diríais de un médico que para curar las lesiones orgánicas ordenara arbitrariamente la amputacion de los órganos enfermos? Pues yo os digo que el caso es semejante respecto del cuerpo social.

Hablais de proscripcion i debo creer que por ella no entendeis la proscripcion de los creyentes, sino la prohibicion de la profesion pública de la creencia. En efecto: ¿cómo podríais llevar a cabo la proscripcion de la mitad de los ciudadanos por los esfuerzos de la otra mitad? Suponiendo que para ello contaseis con la fuerza material suficiente, de ¿dónde sacaríais la fuerza moral, o mas bien, la bárbara enerjía que seria menester para espulsar del territorio a la mitad de vuestros conciudadanos desolados? Ademas, tendríais que partir en dos la mayor parte de los hogares i se veria entónces al hijo espulsando a sus padres, al hermano espulsando al hermano. Para esto se necesitaria todo un pueblo del temple de Felipe II. Por consiguiente, no se trata de esto, sino simplemente, de prohibir la profesion pública de la creencia. Veamos cómo se puede llevar a cabo esta empresa.

Desde luego, debeis contar con la protesta unánime

de los pacientes, protesta oral en la mayoría, pero que llegará a las vías de hecho en la minoría de los más enérgicos.

Dice E. Quinet que los jirondinos, con Vergniaud a la cabeza, se opusieron a la tolerancia del culto católico i agrega: «Ese día, 19 de Abril de 1793, Vergniaud i sus amigos, sobrepusieron en veinte codos de estatura a los jacobinos». Los jirondinos querian la prohibicion del culto católico, al ménos, por algun tiempo, siguiendo el ejemplo de Lutero, de Calvino o de sus sectarios. Pero si en aquel estado de ebullicion extraordinaria en que se encontraba el pueblo frances era posible una prohibicion semejante, ¿debemos acaso contar con que lo seria igualmente en las condiciones ordinarias de los pueblos? No seria racional creer que, si en aquellas circunstancias ese hecho era posible (i si no lo es ordinariamente sino con gravísimas dificultades) su ejecucion actual traeria consigo la evocacion de otros hechos extraordinarios que crearian una situacion semejante a aquella en que era tan posible? Tal medida sólo es compatible con tal temperamento social; pero si provocamos, deliberadamente, esa medida, ¿no nos esponemos tambien a despertar ese temperamento social i su séquito de consecuencias? «Es grande el peligro que se corre al servirse de los antiguos medios, dice Quinet, porque ellos traen consigo casi infaliblemente, bajo otras formas, las cosas antiguas».

Como este gran problema está latente, esperando su día en el destino de América, es preciso estudiarlo con mucha atencion.

Veamos. ¿Qué hariais con esos perseguidos mas enérgicos que no dejarian de levantarse, protestando con la palabra i con los hechos? ¿Los encarcelais, los desterrais?

Debeis contar, en tal caso, con que tendrian imitadores que será necesario desterrar; i será menester seguir adelante hasta llenar las cárceles i diezmar las familias, i vivir con el fusil al brazo; porque esa fermentacion del sentimiento relijioso tendrá que propagarse por mucho tiempo, por muchos años, sin que falten actos de heroismo, arrojos de abnegacion para mantener vivo ese sentimiento. I como habrá conatos de rebellion, intentos audaces de asesinatos, conciliábulos secretos, será necesario rodearse de un cuerpo de delatores, ante cuya faz temblarian no sólo los oprimidos sino la gran mayoría de los inocentes i sospechosos. Habrá tambien cadalsos para los casos mas graves; i se verá entónces una sociedad dividida en dos bandos, el uno que acecha i que amenaza, el otro que es acechado i que tiembla: las familias desoladas, los hombres que temen ser escuchados hasta por los muros, recelando del amigo, i viendo un delator hasta en el hermano.

Pero sabeis ¿cómo se llama ese estado de cosas? Se llama el *Terror*. Ya lo hemos visto en Francia i podemos analizarlo i apreciar sus efectos

En primer lugar, este despotismo popular compromete el porvenir de una república.

«El que penetre al fondo de estas esperiencias», dice Quinet, (La Revolucion) «verá que lo que hai de mas difícil en el mundo es hacer pasar a un pueblo del réjimen del terror al réjimen de la libertad». El mismo dice: «el terror no puede aprovechar a la libertad», i que sólo puede aprovechar a las aristocracias, a las monarquías i teocracias, porque sólo ellas poseen el temperamento glacial que conviene al terror. Los suplicios sordos, sin brillo ni ostentacion, la Siberia, las minas del Ural, los *inpace*, lo inconmensurable para llenar la imaginacion toda entera, lo sin esperanza, para pulverizar todo resto de protesta, he ahí lo que necesita el *terror*, segun Quinet.

Otra cosa: una vez alzada la cuchilla, es mui peligroso soltarla, es necesario seguir el oficio de verdugo; ¿hasta donde? Hasta el agotamiento de la vida pública. Sylla, despues de abdicar, se paseaba desarmado por las calles; pero era porque contaba con el afecto de los pretorianos. (Véase Quinet).

Si se pudiera establecer una línea de demarcacion entre liberales i ultramontanos, se podria contar con un partido seguro que sirviera de apoyo a la administracion i que seria una base sobre la cual se conservaria bien o mal el espíritu republicano, libre de los peores estragos del terror, aunque no libre del estrago de haberlo impuesto. Pero es el caso que la sociedad es una trama mui complicada donde no es posible separar los individuos en dos bandos enemigos sin que una parte del uno tenga sus vínculos estrechos en el otro. Ha de haber muchas indecisiones en los individuos para resolverse i en los jueces para calificar, por lo tanto. De ahí mil dudas, mil sospechas, mil acusaciones mas o ménos injustas; i de ahí provendrá tambien que los resueltos i los audaces sostenedores del terror no sean los mejores ciudadanos, sino los mas apasionados, i a veces, los mas desalmados. Grave inconveniente, porque sólo dejaria a la república por fundamento una faccion de las ménos a propósito para el restablecimiento de la vida libre.

Si en el 93, cuando el terror habia producido ya sus desastrosas consecuencias, hubiera sido bueno utilizarlo en estirpar el culto enemigo i en atraer un culto nuevo, mui diverso es el caso cuándo se trata de crear el terror con este sólo objeto. Entónces, la suma de bienes i la suma de males son difíciles de calcular, comprometiéndose, ademas, el porvenir de la República por el deterioro de los caracteres i por la exaltacion de los fanáticos.

Hai actos tan atrevidos i de tal naturaleza, en la esfera política sobre todo, que su realizacion, para ser eficaz o

para alcanzar sus fines, exige una suma mui grande de heroismo i de abnegacion, a fin de que no dejenere i que no traiga consecuencias mui diversas de las que se esperaban. De ese jénero es el hecho que nos ocupa. I si se hallara un pueblo que pudiera disponer de esa gran suma de virtud, seria evidente para todos que esa misma virtud, puesta al servicio de ese mismo fin que se tiene en vista, lo conseguiria mui fácilmente con otros actos mas sencillos i ménos atrevidos, por procedimientos mas ordinarios. Esa falanje de apóstoles i de héroes que hubiera sido capaz de proscribir una relijion sin incurrir en los excesos consiguientes a esa proscripcion, i sin sufrir en su moral política i en su carácter personal las injurias i decadencias de que hemos hablado, no pensaria jamas en hacer tal cosa por la fuerza, tendria mil medios mas suaves i mas seguros para realizar sus fines: su palabra, su conducta, sus virtudes i constancia, los harian mirar como la obra mas sencilla del mundo el convertir a sus propias creencias a sus conciudadanos disidentes en doctrina. De modo que el único pueblo a quien pudiera aprovechar la violencia, es precisamente el que no tiene necesidad de ella. I por supuesto, no existe tal pueblo en el dia.

Esplicado este caso estremo, ya hemos indicado el procedimiento con que deben explicarse los casos intermedios.

Pero si todas estas consideraciones no fueran bastantes, i si la proscripcion quisiera llevarse a efecto, estónces seria necesario contar con la posibilidad de un fracaso. ¿Qué harian en tal caso los enemigos vencedores? Estirpar a los estirpadores, es claro, i restablecer la hoguera i la tortura. Caída de los titanes. «Antes de tentar una revolucion, pueblos, sondead vuestras fuerzas (sondez vos reins); porque el mal que haceis a los hombres abandonando la causa de que os habeis encargado, ese mal es mas grande que todos los bienes que una revolucion puede

traer consigo; porque destruye la fé, la vida: así se consuman las grandes caídas de la Historia».

«Un pueblo que se reniega a sí mismo, despues de haber tomado a su cargo los intereses de todos los otros, no hai nada peor en el mundo. Primer término de las épocas de corrupcion: el ejemplo de un Estado se convierte en la lei de todos, i la vergüenza de uno sólo, en la vergüenza del jénero humano». (Quinet).

La cuestion toma un aspecto mui distinto cuando se combate una relijion con otra. Porque entónces la lei o la institucion política, absteniéndose o procediendo con prudencia, salva a medias su responsabilidad: entónces el pueblo obra por su propia cuenta i riesgo, i aunque se manche con actos de crueldad, la sociedad, como entidad orgánica, conserva cierto carácter de irresponsabilidad jeneral, aunque sea ella la causa de todo lo que se hace. Pero como hai muchos que se abstienen, i como el poder público no toma parte sino con la intervencion inoportuna e ineficaz de la policía, esos actos de crueldad aparecen como arranques singulares del pueblo, que no pueden atribuirse a la nacion ni al Estado.

I si en tales circunstancias, la proscripcion del culto enemigo se pronuncia por el Estado, este apareceria entónces como un poder casi imparcial, i en cierto modo, como un poder humanitario que interviene para evitar desafueros i crueldades i para evitar a la relijion perseguida las injurias de sus perseguidores, o bien, para librar al Estado de las exigencias i de los desmanes de estos últimos. Entónces podria dictarse la lei de la no tolerancia del culto enemigo, i si sobrevenian desórdenes, bastaria desterrar algunos cabecillas para restablecer la calma.

Mas, para esto no basta que un partido político pretenda improvisar una creencia i que diga, por ejemplo: combatimos a nombre del Evangelio, sino que es necesario fundar una nueva religion en la sociedad o crear en ella una o varias sectas cristianas de las mejores, pues de otro modo, no habria ni perseverancia, ni espontaneidad, ni ardor en la lucha.

Ojalá que la ciencia, que todo lo penetra, i que disuelve los errores, haga mas fácil de resolver este problema, conjurando conflictos sangrientos.

En los pueblos del Norte de Europa esto era mucho mas hacedero, atendiendo al jenio de las razas sajonas i escandinavas, que les hacia mas fácil la ruptura con la tradicion antigua de los pueblos del Mediterráneo. Nosotros, pueblos latinos, gravitamos hácia esa cuenca de la Historia, como la sangre hácia el corazon, sentimos que allí vaga el espíritu de las edades i que allí há palpitado el corazon del mundo, i que si rompemos con Roma, debemos hacerlo a nombre de un amor mas grande por las bellezas del mundo antiguo. La teogonía escandinava i jermánica, esa espresion ideal, pero enérjica del jenio del Norte, era mui distinta de la del catolicismo; así es que cuando los hombres del setentrion aceptaron el catolicismo, o le han cambiado el fondo estético o lo han tomado como una cosa convencional i esterna: el sentido de lo absoluto i eterno, debe, en tal caso, perder su vigor mas esencial; a diferencia de lo que sucede a los hombres del Mediodia, entre los cuales la pasion parece haberse elevado i condensado en la meditacion de la lógica de esas dos palabras sublimes.

Por esta razon, lo que es un error en el Norte, es un

pecado en el Mediodia. En el Norte, dos partidos religiosos opuestos son como dos errores que se combaten sin llegar a la exasperacion, a ménos que el Mediodia no lleve allí sus propios elementos. Pero entre nosotros, dos bandos religiosos enemigos se miran mutuamente como dos pecados, i aun como dos blasfemias que se odian a muerte, i entre ellos la lucha, una vez entrada a las vías de la violencia, no puede contenerse en sus límites ordinarios, va hasta los mayores estravíos, hasta el esterminio sangriento.

Aun queda un argumento valioso que presentar en favor de la tesis que defendemos. Cuando una revolucion social se lleva a cabo por el poder, éste se crea para el porvenir un título de predominio i de tutela i un derecho de intervencion en la órbita de los fueros sociales primitivos. I parece que la iniciativa individual hiciera tácita abdicacion de la mejor parte de esos fueros sagrados. En el caso que suponemos, los liberales se hallan en condiciones sociales adecuadas para aumentar sus filas a espensas de los ultramontanos; ¿por qué razon los primeros no han encontrado a su iniciativa individual los recursos necesarios para cercenar i anular las fuerzas de sus enemigos sin la intervencion del Estado? I los directores liberales, en vez de hacer algo por librar a los suyos de esa pesada, pero fecunda obligacion del proselitismo, i en vez de dejar que el poder usurpe sus derechos ¿no seria mucho mas racional que hicieran lo posible por despertar en ellos esas facultades preciosas de la individualidad, que hacen surgir a los hombres iniciadores, activos i ejecutivos, en vez de dejar que sean los simples sufragantes de una idea anónima que se ha de llevar a cabo por las fuerzas automáticas del poder?

La intervencion religiosa del poder es talvez la peor de todas, i en este principio yo creo encontrar la causa por

qué la Alemania i la Inglaterra, a pesar de sus excelentes disposiciones para constituirse en repúblicas, permanecen todavía, o bajo el peso de una monarquía semidespótica, o bajo el predominio de una aristocracia avara. El poder ha privado al pueblo de administrar sus intereses religiosos, constituyéndose en una especie de pontificado.

La fuerza, aunque sea privada, debe emplearse, sin embargo, con mucha circunspeccion en materias religiosas, pues raras veces aprovecha al que la emplea sin mengua de otros intereses solidarios. En Francia, la fuerza casi acabó con los protestantes; pero con ello los franceses perdieron en fuerzas creadoras i libres lo que ganaron en ortodoxia, i es difícil hallar un caso en que la fuerza sea realmente útil en semejantes cuestiones. Michelet acusa a los calvinistas franceses de no haber resistido a la fuerza con la fuerza, i de predicar el principio de la inmolacion pasiva. Pero cuando eran débiles, ¿qué otra cosa podian hacer? Si el calvinismo no proclamaba una moral superior, ¿a nombre de qué se levantaba, con qué nueva idea podia surgir? Si hubiera surgido con la espada en la mano, no habria habido calvinismo; habria sido sofocado ántes de ser una religion. Al paso que, proclamando la mansedumbre, pudo crecer sin levantar las iras que sólo provocó cuando llegó a ser una potencia. Sin embargo, llega un momento en que la resignacion i la mansedumbre traen una suma de males mayor que la de bienes, por cuanto toda enerjía humana tiene su límite. En tal caso, debe recurrirse a la resistencia armada. No tomar la espada cuando ya el proselitismo decae, i cuando la fuerza que lo oprime es mas poderosa que él, es signo de incapacidad, de impotencia o de inercia. En este caso, al principio de Calvino que decia: «Sí, resistamos espiritualmente, salvemos el alma i dejemos el cuer-

po», debe oponerse esta observacion de Michelet: «Si os entregais vosotros mismos a los tiranos, vais tambien a entregar el niño, la mujer, todos los débiles, que en tan crueles pruebas podrán abandonar la fé?»

CAPÍTULO XXVIII

Continuacion del anterior.—Los jesuitas

Mas, a los impacientes de la libertad a todo trance, aun les queda un baluarte formidable. Es el que se apoya en la doctrina i en los precedentes de los jesuitas.

Para impugnar al enemigo, es necesario comprenderlo, i comprenderlo mejor de lo que él se comprende a sí mismo. Tratemos, pues, de investigar cuál es el carácter esencial i distintivo de esa secta relijiosa, cuya existencia se discute hoi en Francia. He aquí lo que yo pienso. Para juzgar debidamente, es necesario comparar la cosa que se juzga con un modelo del mismo jénero. Para juzgar un hecho histórico, igual cosa: hai que tener una idea normal de lo que debe ser el hecho, dadas las condiciones que lo rodean. I para juzgar al jesuitismo, nada mas natural que tomar por término de comparacion la misma doctrina de Jesus, a quien pretende imitar, porque de este modo, si el juicio es lójico, será irrecusable para la entidad que se somete a juicio. Podria objetarse, a esta manera de comprender el juicio, que no es menester ninguna norma, por cuanto las malas consecuencias que trae un hecho bastan para calificarlo de malo. Pero ¿cómo sabremos que esas consecuencias son malas? Comparán-

dolas con ciertos tipos de lo que creemos ser el bien i que llevamos interiormente. I yo sostengo que, en lugar de servirse para el juicio de un conjunto mas o ménos bueno de tipos del bien, es mejor tomar una idea única que se desenvuelve en muchos tipos particulares, porque esto da al acto del juicio el carácter de sistema, o bien, de verdad deliberada i organizada, en vista de un fin superior. De este modo, la dificultad sólo versa sobre la calificacion del fin. Aquí tomamos el fin cristiano. Veamos cuál es.

Jesucristo nos ordena tener fe en el amor divino i omnipotente del Padre, asegurándonos que, siuviésemos fe como un grano de mostaza, seríamos capaces de trasportar los montes, de resucitar los muertos i aun de cosas mas grandes que las que él hacia. Esta es la creencia imperativa en lo maravilloso de la naturaleza humana i en la omnipotencia de su espíritu creador. Yo te haré pescador de hombres, dice a Pedro; lo cual quiere decir, yo te haré creador de hombres nuevos, los cuales se harán creadores, a su vez.

Segun él, nuestro espíritu está unido con el espíritu del Padre, es una misma cosa con él; al ménos, la fe cristiana debe realizar este fin, esta union venerable, que es el oríjen de ese poder infinito de la voluntad i el secreto de esa felicidad inmensa que sentimos al hacer el bien a los hombres en nombre de Dios. Ideal eterno de amor que se levanta como el sol de la humanidad, i que es la pauta de toda verdad en el mundo. Jesus nos enseña el desprendimiento de las cosas de este mundo, la abnegacion de nuestra persona, amar a nuestros enemigos i rogar por los que nos persiguen i calumnian. Nos ordena la confianza en la Providencia, no afanarnos por el dia de mañana, seguros de que no caerá uno solo de nuestros cabellos sin la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos. Jesus creia en la perfectibilidad humana hasta el

punto de decir: «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». ¿Qué mejor proclamacion de la plena libertad individual i de la omnipotencia de nuestra voluntad?

En toda su moral, el cristianismo es una religion de expansion i de libertad. I cuando habla de subordinar nuestra conducta a los fines inmortales del hombre, nunca lo hace limitando las expansiones del bien, las abnegaciones de la caridad para con todos los hombres, sin distincion de creencias religiosas. La caridad hace al samaritano mas prójimo del judío que otro judío, i la fe hace a un gentil mas meritorio que los hijos de Israel. Cuando habla de la subordinacion de nuestros actos a nuestros fines inmortales, nunca ordena la represion condicionada de nuestros nobles instintos, o la estirpacion de nuestras facultades morales i libres, sino solamente el sacrificio del ser físico i la renuncia de los intereses mundanos de la concupiscencia i del egoismo. Atendiendo mas al espíritu que a la forma del Evangelio, el fin último no está en el cielo sino como sancion de un bien que ya se ha conseguido en este mundo, pues no se puede conseguir el cielo si sólo se pone el miedo, el interes o el egoismo al servicio de su consecucion. Véase sobre esto la magnífica i alegórica profecía que hace Jesus hablando de su venida al mundo i del juicio final de los hombres: a su derecha, estarán los misericordiosos i caritativos, a su izquierda, los inhumanos i los indolentes. Lo cual prueba que, según él, el fin es la pureza i la bondad del espíritu, la magnanimidad del alma, es ser perfectos como nuestro padre celestial es perfecto; porque sólo de ese modo el misterio divino de nuestra union con Dios deja de ser virtual i se hace radiante, manifestándose como la felicidad inmensa del amor, i a veces, con el milagro i con la omnipotencia relativa de la creatura. La felicidad viene, sin embargo, como un resultado de la virtud, o bien,

como el gozo de ser virtuoso, o como el gozo que procura el amor al Padre, i nó como un resultado conseguido por medios ingeniosos i estraños a la naturaleza de esa felicidad. Mucho ménos aparece proviniendo de una ortodoxia.

A la luz de estas ideas, echemos una rápida ojeada sobre la doctrina de esta secta que ha tomado por bandera el nombre mismo de Jesus.

Abramos al acaso las «cartas provinciales». Pascal acusa en ellas a Vazquez, insigne doctor de la Compañía, entre otras cosas, de restringir enormemente la obligacion que tienen los ricos de dar limosna, pues sólo deben darla «a condicion de que la necesidad de ese pobre sea tal, *que esté amenazado de un accidente mortal o de perder su reputacion*».

Lessius, otro de sus doctores, dice: «El que ha recibido una bofetada puede perseguir inmediatamente a su enemigo, i aun, a golpes de espada, nó para vengarse, sino para reparar su honor».

«Sobre la cuestion de *si es permitido matar por maledicencia*, vuestros autores Filiutius, Reginaldus i los otros, responden: *Esto es permitido en la especulacion, ex probabiliori opinione licet; pero yo no lo apruebo en la práctica, a causa del gran número de asesinatos que tendrian lugar con daño del Estado si se mataba a todos los maldicientes, i porque tambien uno seria castigado con justicia al matar por este motivo*».

—«Es permitido a un relijioso defender el honor que ha adquirido por su virtud, aun matando al que ataca su reputacion».

—«Que pueden calumniar sin crimen a aquellos de que son atacados injustamente»:

He ahí algunas opiniones de sus doctores. Hai muchísimo por el estilo, pero basta lo dicho para conocer el espíritu de la órden; pues, aunque estos principios no

sean aceptados por todos sus miembros, basta que sean aceptados por algunos o que sean objeto de sus discusiones para formarse una idea de la elevacion moral e intelectual de la comunidad.

Ahora bien, ¿qué cosa mas opuesta al espíritu i a las máximas del Evangelio que los principios de los autores jesuitas que citamos? Esto no necesita comentarios; i por lo que hace a exactitud, Pascal es autoridad en la materia.

¿A donde va a parar esta perversion intelectual? A la obediencia, que, elevándose a sistema, llega hasta decir que nadie puede cometer un pecado mortal a no ser que el superior lo mande; a aquello de reducir el alma a un cadáver que cae si no se le sostiene, o a un baston en las manos de un viejo, o a un títere que no se mueve sino por el que tiene los hilos i lo tira (Michelet. G. de R.) Hacerse partidario del libre arbitrio, como Loyola i los suyos, reducir la influencia de la gracia, i en seguida, hacer del espíritu una máquina de sofismas, gastando todos los resortes de la evidencia personal i de la soberanía objetiva de la razon, poniendo a esta última al servicio de la pasion, de los intereses temporales i de las vanidades humanas, es quitar al individuo todo el apoyo de sí mismo i entregarlo maniatado en brazos de los mas audaces sofistas i de los mas hábiles corruptores de la moral, esto es, en manos de sus doctores mas eminentes, es decir, en manos de sus superiores, con tanta mas seguridad de buen éxito cuanto mas moral es el fondo del subalterno. Consumacion del servilismo de todos al despotismo del superior. I mientras Jesucristo dice: «el primero de todos será el servidor de todos», el jesuita dice: «los inferiores deben ser los títeres del superior». Por esto tiene mucha razon Michelet de decir: «Los jesuitas, en Trento, mucho mas hábiles, hicieron ver que, por el contrario,

era preciso darlo todo a la libertad en especulacion, a fin de apoderarse de ella en la práctica.

Ademas, resalta en las máximas de los jesuitas ese mismo espíritu que siempre ponen en práctica en todas partes; es el espíritu de adulacion a los poderosos, de condescendencia para con las faltas que son propias de la aristocracia i que le permitirá llevar a cabo en grande escala su pacto con las riquezas. Mariana proclamaba el derecho de asesinar a los reyes, a la faz de Felipe II, pero hablaba bajo el amparo de la Inquisicion omnipotente. Por eso se ve siempre que los colejos de la Compañía no se abren para el pobre: son el albergue de la infancia aristocrática, cuyo influjo futuro en el Estado ha de abrirle las puertas de las influencias gubernativas i de los festines de la opulencia.

I mientras Jesucristo nos ordena no convidar a nuestra mesa ni a los poderosos ni a los ricos, sino a los pobres i a los inválidos, i mientras él manifestó su predileccion por los pobres en la práctica de su vida i en la eleccion de sus apóstoles, el jesuita se alía con el rico, lisonjea sus pasiones, i elije entre sus filas sus adeptos.

El dominio de este mundo, he ahí su fin, i ese ha sido el principal cuerpo de delito en el proceso secular que se le ha seguido en el mundo. I mientras Jesus decia: mi reino no es de este mundo, el jesuita se mancha con todas las intrigas i todos los crímenes imajinales a fin de alcanzar ese reino temporal. I en cuanto a resultados de ese dominio, no tenemos necesidad de recurrir a la lójica para conocerlos; basta echar una ojeada sobre el Paraguai, de cuya organizacion comunista tanto se enorgullece la Compañía. El pueblo de Francia i de Lopez, el pueblo de las sumisiones ejemplares, el pueblo modelo de disciplina i obediencia militares, es hijo nato del sistema jesuita. Bajo este punto de vista, el jesuitismo es el mas satánico de los sistemas: anulacion del hombre, i depresion des-

naturalizada de las amplitudes creadoras de la vida. He ahí la disciplina jesuítica del Paraguai. Fuera del tirano, ni un solo caudillo aparece, ni un talento descuella, ni un jenio se levanta. Incomparables como soldados, ineptos i dejennerados como hombres. Máquinas hechas para ser movidas e impulsadas por otro, no llevan en sí el principio de la reproduccion i de la rejeneracion, i una vez entregadas a sí mismas, yacen i dormitan, i parecen echar de ménos un dominio extraño. Esto es lo contrario de lo que sucede, jeneralmente, en los pueblos cristianos.

De este antagonismo entre el cristianismo i el jesuitismo resulta que, si el cristianismo es modelo del bien, el jesuitismo será la negacion del bien, será el mal.

¿I Santa Teresa i Francisco Javier? Es imposible apreciar debidamente el jesuitismo si no se le concede que a sus estravíos se ha mezclado, jeneralmente, un espíritu bueno. De otro modo, ¿cómo se esplicaria la constancia prodijiosa de esa secta?

Es un estravío intelectual que no ha alcanzado a todos. He aquí cómo yo comprendo la cosa.

La gran lei de la naturaleza es aquella que nos ordena crecer haciendo el bien i esponiéndonos al mal. I el que quiera escapar al contagio del mal, a todo trance, tendrá que inventar un sistema contra la naturaleza. Es lo que ha hecho el dogma del infierno.

El dogma que mas impresion hace en todo católico, es el de las penas i recompensas eternas. ¿Qué vale esta vida efímera en presencia de la eternidad? ¿Ser condenado eternamente! ¿Qué no nos será permitido a fin de salvar del infierno nuestra alma i la de nuestros prójimos? Este dogma blasfemo i terrible es el que debe haber herido profundamente la imaginacion de Loyola. Con su tenacidad inexorable de vizcaino ha abrazado el dogma en todo el alcance de su lógica horrorosa, i ha sometido todo el hombre, el moral i el intelectual, a ese molde de fierro.

El dogma ha encontrado su hombre; el hombre ha encontrado su dogma. Ha ceñido con él sus riñones i lo ha tomado por bandera de combate. ¿Qué importa deprimir las facultades humanas hasta convertir al hombre en un cadáver, si de ese modo nos libramos del desenfreno de las pasiones i de las penas eternas, a donde ellas nos conducen? Loyola es el titan de la lójica católica. Todo es bueno con tal de salvarse i con tal de salvar al mayor número. He ahí su divisa. No entendía así la cosa aquel otro fundador de la órden de la Trapa.

Quién sabe hasta dónde Loyola habria aprobado las audacias de sus discípulos; pero de todos modos, las complacencias casuísticas de los doctores jesuitas para con los poderosos de este mundo, sólo deben mirarse como un extravío derivado lójicamente del primero. En efecto: para salvar las almas es menester educarlas bajo una disciplina severa, i para dar a esta educacion todo el ensanche posible necesitamos dinero, i el dinero sólo pueden dárnoslo aquellos que lo poseen. Lo que importa mas que todo para asegurar la suerte relijiosa de los pueblos es dominar a los que dominan, esto es, a los poderosos.

I si se les objeta que esto está en pugna con el espíritu del Evangelio, que seria mejor educar a los pobres i hacer entre ellos un corto número de elejidos que, aunque pocos, valdrian mas que los muchos enseñados con el dinero i bajo la influencia indirecta de los ricos, ellos responderian mui lójicamente:

«Ese lujo de virtud se opone a la humildad de nuestra naturaleza: no debemos pensar en hacer unos pocos espíritus anjelicales que irian a ocupar lugares mui altos en las jerarquías del cielo, sino en salvar al mayor número posible de las penas del infierno. No seria para nosotros un motivo de eterno remordimiento el mirar desde el seno de Abraham a esos millares de millares sumidos en

el averno por nuestro error, por nuestra presuncion, por nuestra negligencia? La naturaleza humana es miserable, i es pernicioso, funesto i criminal el pretender gobernarla por leyes i por reglas que sólo serian buenas para los arcánjeles.»

«Si hai algo en nuestra moral que se opone al espíritu del Evangelio, no hai nada, en cambio, que se oponga a sus preceptos; i al apartarnos, a veces, de ese espíritu, es para conformarnos mas estrictamente con ese fin supremo que es salvar a los hombres de las penas eternas, amoldando, cuando conviene, la enseñanza i la conducta al espíritu de los tiempos que atravesamos, i aplazando i preparando la perfeccion última del cristianismo para la época final i gloriosa de la humanidad.»

«Por eso es que, en vez de buscar nuestros discípulos i nuestros adeptos entre el pueblo, nuestro deber es buscarlos entre los acaudalados, que nos dan su dinero, i entre los poderosos que nos abren el camino de las influencias del poder; influencias mui necesarias, por cuanto la esfera política guarda la mitad del destino de los pueblos. Salvar el mayor número—¿entendeis?—he ahí el verdadero fin del cristianismo, i para esto necesitamos dominar a los dominadores i a los que ejercen mas influjo en la vida social, porque de ese modo, es nuestro espíritu cristiano el que domina i el que preserva a la sociedad de los avances de la impiedad i de la herejía». Esta respuesta es lógica.

De modo que, si para Jesu-Cristo, conseguir el cielo era hacerlo en nosotros mismos, crearlo en nuestra alma por la virtud, i la inmortalidad sólo iba a dar sancion i esplendor a esta realidad humana, para el jesuita, el cielo se consigue por una negacion completa de la grandeza del hombre, i el cielo o Dios, no es una cosa espiritual que alcanza a este mundo i lo comprende, sino un lugar material cuyo acceso no exige la superioridad mo-

ral como condicion, pues se puede obtener por procedimientos del simple ingenio.

Pero, entónces, un hombre sincero i enérjico, que obra bajo el imperio de un dogma aceptado por todos los cristianos i que lo lleva hasta sus últimas consecuencias, no seria culpable. Yo no lo culpo, pero puedo calificarlo. Un hombre cuya atencion se ciñe a profundizar el espíritu del peor de los dogmas de su relijion, con perjuicio de los mejores, i va hasta darle en su doctrina i en sus actos una enerjía predominante, formidable i absoluta, es un hombre de un espíritu árido i pobre, despojado de esas enerjías mas ricas i bellas que, nacidas tambien de preceptos cristianos, parecen contener una negacion secreta de ese dogma del infierno i le dan un contrapeso moral que es mui esencial para el equilibrio humano i para el cultivo de las mas bellas virtudes del cristianismo.

El principio de que: *el fin justifica los medios*, que se atribuye a los jesuitas, no seria malo en sí, puesto que los lejisladores i los moralistas lo aceptan al subordinar la vida social i pública al fin social i al fin moral del hombre, imponiendo penas i sanciones morales; muchos hombres enérjicos lo aplican de un modo atrevido i laudable, a despecho de la moral puramente formal; ya hemos hablado sobre esto mas atras; pero el principio se hace desastroso para las relijiones reveladas que creen en un infierno eterno, i sobre todo, para los tontos i los menguados. En estos casos, el fin subordinante es pervertido o se pervierte. Así, lo que hace que el principio se haga erróneo i bárbaro en manos de los jesuitas es la ignorancia completa en que se hallan acerca de lo que debe llamarse fines lejítimos del hombre. Jesu-Cristo i los mas grandes pensadores cristianos han demostrado que el fin del hombre no es una cosa esterna al espíritu, que es el espíritu mismo (véase Kant, principalmente).

Si hai un fin que no es el espíritu, ese fin solo puede ser Dios, cuya union con nosotros sólo puede perfeccionarse por la virtud del espíritu; de modo que, aunque Dios sea el fin, sólo puede serlo en cuanto es un Dios que reclama la grandeza del espíritu. Nadie está obligado a adorar un Dios absurdo i embrutecedor. A ese gran fin deben, pues, subordinarse los medios prácticos de la actividad, de modo que si entre los medios i el fin, hai oposicion, ésta sólo sea temporal i necesaria para establecer entre ámbas cosas un acuerdo mas definitivo. El jesuita ignora que cuando el medio adoptado arroja sombras en el alma, ésta se hace indigna de la prosecucion de grandes fines, i que, sobre todo, obra en contra del gran fin, que es ennoblecerla i ennoblecer la humanidad, atrofiando las facultades espresivas i naturales de la conciencia con el hábito de una obediencia ciega i con el exajerado espíritu de cuerpo.

Los jesuitas sostienen que el fin no es el alma, que es la vida eterna, i que, por lo tanto, no importa que se manche el alma en servicio de ese fin, sobre todo, cuando se hace por salvar un mayor número. El hombre bruto hizo al Dios brutal; i esa creación brutal sigue embruteciendo a la humanidad, i la brutalidad no se adora impunemente.

Pero si el fin jesuita es salvar el alma, su fin viene a ser el alma. Pero es que en este caso se consultan solamente el egoismo i las facultades pavorosas del corazón humano; al paso que en la determinación del fin racional lo que debe consultarse es la naturaleza moral en la integridad de sus facultades lejítimas, i la recompensa inmortal sólo viene a presentarse como una consecuencia i como una corroboración naturales. En este sentido, el amor cristiano no es un medio de conseguir el cielo, sino que es el fin, es el cielo mismo, tal como lo ha concebido Santa Teresa de Jesus, que nada tenía de jesuita: el

cielo así concebido puede alcanzarse desde este mundo.

Jesús daba, pues, por sentado, que Dios era amigo de la naturaleza humana, que Dios podía residir en nuestro espíritu purificado, i que esta union se hacía sentir por la plenitud de la vida i era el cielo mismo. «A fin de que todos no sean mas que uno, como tú, oh Padre mío, tú eres en mí, i que yo soi en tí; que ellos tambien sean en nosotros». (S. Juan) Mientras que el jesuita parece creer que en Dios hai un creador descontento de su obra i un enemigo terrible de la naturaleza humana; parece que su espíritu estuviera siempre bajo el imperio del dogma de la caída.

Este miedo, este pavor que anonada el espíritu no puede vencerse mas que por una actividad excesiva, constante i metódica; pero ¿cómo podrá el jesuita ejercerla conforme al espíritu del Evangelio? La predicación del Evangelio puro no encontraría verdaderos apóstoles, ni un auditorio capaz de comprenderlo i de aprovecharlo. Unos cuantos desvalidos, unos pocos sencillos de corazón, he ahí todo el séquito posible de una propaganda semejante. No quiere decir esto que en nuestros días sea imposible la predicacion de un cristianismo verdadero, pero el jesuita no es de esa talla, i su esfera de actividad infatigable sólo puede hallarla por una serie de transacciones con los intereses temporales. En vez de algunos pobres discípulos i de unas cuantas escuelas para pobres, ¿no seria mejor muchos colejos para ricos? Así se incrementa poderosamente el número de los que se salvan i se asegura el porvenir del mundo, aunque la estatura espiritual del cristiano haya disminuido mucho.

Esta misma actividad esterna no bastaria a su objeto: es menester desenvolver desmesuradamente el gusto de las especulaciones morales i teológicas. De ese miedo a

la voz secreta de la conciencia ha nacido esa tendencia desenfrenada a la especulación casuística, llevada hasta el extravío. De este modo nos libramos de los terrores del infierno i estamos seguros de conseguir el cielo.

Mas, si lo que llevamos dicho explica los extravíos del jesuitismo, en cambio, no explica su formidable fuerza de proyección i su potencia prodigiosa de resurreccion. El miedo carece de esa magnífica virtud del proselitismo, el cual sólo se aviene con las potencias heroicas del hombre. ¿Cómo explicar los hechos maravillosos de esa órden, los milagros de sus mártires, las hazañas de sus apóstoles abnegados? El boudhismo, que entrega el destino del hombre a la gran nada, se propaga porque esas masas oprimidas del Asia tratan a toda costa de librarse de la tiranía de las castas indias o del terror del despotismo chino.

Pero ¿qué es lo que da al jesuitismo esa tenacidad vital i esa fuerza admirable de proyeccion? Esta fuerza proviene del espíritu de cuerpo: cada jesuita lleva toda la órden como alma; eso es una gran cosa. I esa tenacidad vital proviene de la universalidad de los medios que pone en juego para alcanzar sus fines; lo cual hace que tome a los hombres por todas sus facultades, i de los unos hace sabios, de los otros mercaderes, de aquellos misioneros, de estos intrigantes. Es un mundo en el mundo. Además, debe contener un buen espíritu, i ese es el que hace sus santos i la causa principal de su fuerza, como respetabilidad para sí mismo i para los estraños.

El espíritu de cuerpo es el que hace invencible a un rejimiento, el que funda a Roma i la hace señora del mundo, ayudado de la libre selccion que reúne a los mas fuertes i audaces; pero la potencia resucitadora e inmor-

talizadora, sólo puede provenir de lo que es inmortal, esto es, del bien. El espíritu inmortal de sus santos es lo que hace la inmortalidad del jesuitismo. Lo demas, son causas concurrentes i auxiliares.

Agregad a esto la habilidad i la experiencia acumuladas en mas de tres siglos de actividad, de peligros i de combates; una esfera mui vasta de accion en que poner en juego todas las actividades i disposiciones individuales. Establecidos en todo el mundo, los jesuitas tienen puestos disponibles i adecuados para todas las especialidades del jenio i del talento, para el paciente i para el humilde, para el audaz i para el temerario, para el sagaz i para el solapado, para el sabio i para el pensador, para el santo i para el mártir, para el hombre de diplomacia, de reserva i de penetración, i hasta para el malvado, probablemente. Todas las facultades humanas encuentran allí su campo de accion i de fortificacion. Pero esa misma riqueza de organizacion es tambien la que ha producido en la órden esa larga madeja de estravíos i de maldades que son el asunto de acusaciones universales. Es imposible asimilarse todas las enerjías humanas para someterlas a una finalidad absurda sin que dejeneren en descarríos de todo jénero i sin que vayan hasta el crimen.

Si a este antagonismo entre el espíritu jesuita i el espíritu evangélico, antagonismo que nace de lo que hai de mas profundo i esencial en ambos sistemas, se agregan los cargos terribles de la crónica i de la Historia, los crímenes sin número de que se acusa al primero, si se tiene presente que los conatos de la órden de Loyola tienen por norte el predominio político, i en vista de las aberraciones sociales i políticas que ha producido donde ha dominado, parece que un pueblo cristiano tendria

el derecho de espulsarla de sus dominios. En este caso, sólo se trata de una congregacion relijiosa, i no habria los inconvenientes que antes señalamos cuando se trataba del catolicismo, o de otra relijion análoga.

Prescindamos de los inconvenientes prácticos de una empresa semejante, los cuales pueden variar mucho, i pasemos a tratar la cuestion en el campo de las ideas, esto es, en el terreno de la filosofía, donde se prescinde de los efectos sensibles i pasajeros, para ocuparse solamente de lo que es el asunto de que se trata en su nocion activa i en su funcion social.

Suprimiendo a los jesuitas, ¿se suprimiria tambien el espíritu jesuítico de la sociedad? ¿No seria permitido creer que así como el jesuita no hace mas que tomar por seleccion libre ese mismo espíritu en estado bruto para darle su forma correcta i acabada, en caso que él no lo tome, será absorbido por otras enerjías o funciones ambientes i tomará alguna de las formas del espíritu conservador (a cuya categoría pertenece), tal como la usura, la intriga, la chicana, la política de los mediocres, la erudicion vacía de las academias, el afan de los honores, etc., etc., cosas mucho peores que el jesuitismo?

Es verdad que, así como en el organismo humano un órgano de secrecion no se ciñe, jeneralmente, a estraer de la sangre la materia que segrega, sino que tambien aumenta la cantidad de esas materias, del mismo modo, una institucion social, no sólo absorbe de la sociedad aquello que le es asimilable, sino que por este mismo hecho hace a la sociedad cada vez mas apta para producir la materia de esa asimilacion: 1.º porque en la sociedad un carácter que se elimina es como un espacio libre i como una comodidad vacante que tenderán a ocupar los caractéres mas análogos; 2.º porque el órgano absorbente se hace, a su vez, órgano secretorio, i la materia que segrega, obrando selectivamente sobre la mate-

ria alimenticia que va a ser absorbida por el organismo social, introduce en éste una cantidad mayor de materias adecuadas para su propia nutricion. En otros términos, el jesuita obra sobre el niño i sobre la mujer, i éstos, a su tiempo, obrarán sobre los demas i sobre sus hijos; i todos los caractéres, así preparados, así como otros flo-
tantes, pasarán a engrosar las filas de su órden. A dónde va a parar esto? Hai un límite? Por lo ménos, hai reguladores. El celibato es un grande obstáculo a la propagacion de las relijiones que lo practican, o al ménos, es un coeficiente modificador de su espíritu primitivo. En efecto, lo mas potente en ese espíritu va a esterilizarse bajo el hábito, muere, probablemente, sin descendencia, heredera de su propio jenio, sin que sea permitido asegurar que esa potencia reproductora, perdida para la naturaleza, se indemnice de su esterilidad con las conquistas hechas por la virtud de la palabra o por el influjo del culto i del confesonario; pues que debe contarse con que el medio social en que se ejerce, del cual se toma siempre sin restituirle nunca, se irá haciendo cada vez mas pobre i mas rebelde a la accion asimiladora. Esto último tendrá precisamente lugar si la sociedad contiene en su seno, potencias, virtudes e ideas mas ricas que la secta celibataria no es capaz ni de asimilarse, ni de destruir. Es el inconveniente con que debe contar en tales condiciones un proselitismo, por mas activo que sea, sobre todo, cuando la idea que le sirve de alma es una idea pobre i sin profundidades morales. El celibato puede ser una gran cosa como fortificante i condensador de la voluntad, pero la naturaleza se pone contra los que lo profesan, negándoles la perpetuidad de lo que mas veneran; i aunque conduzca a la veneracion, a conservar el sentimiento respetuoso, a aquella causa debe atribuirse en gran parte, la desaparicion del espíritu de reveren-

cia en los pueblos católicos, espíritu tan esencial para el equilibrio moral i para la elevacion de los caracteres.

Mas, tambien hai otra cosa. El principio de la asimilacion i de la simpatía no es el único que rije los organismos vivos. Existe tambien el principio de las oposiciones. Si una sola especie animal invadiese la tierra, en algunos siglos, esa especie se diversificaria tanto que se dividiria en otras muchas, i así en lo sucesivo, hasta formar jéneros, familias, órdenes i ramas. La prueba de esto es que todo ha salido del átomo. I aunque lo mas chico sea mas apto para producir la diversidad en las formas, en cambio, lo mas grande lo es para producirla en el jenio i en el espíritu. ¿Acaso no hai mas variedades en el jenio vital de los individuos de la especie humana que entre los individuos de las demas especies animales, tomadas en conjunto? Un carácter determinado i constante, no sólo atrae i se asimila a los homojéneos, sino que provoca la oposicion mas marcada de los heterojéneos.

Así, el jesuita evoca a su contrario i estimula a su antagonista. I si esto es cierto, ello no redundaria sino en un bien jeneral, por cuanto los grandes ejemplos morales que enaltecen el espíritu han resultado siempre de grandes antagonismos. Esa oposicion nos la procura el cristianismo verdadero i la enerjía de sus virtudes dispersas, la franqueza, el valor público, la abierta audacia, el patriotismo atrevido, que juzga, condena i obra, cara a cara.

En tales condiciones, i conforme a lo espuesto, el Estado, cuya primera mision es formar al hombre, abriéndole todas las sendas de la fecunda i libre iniciativa, en vez de decretar la espulsion violenta de los jesuitas, obraria mucho mas cueradamente favoreciendo la aparicion del espíritu opuesto, porque así fortifica el alma de los ciudadanos, obliga a éstos a asimilarse el poderoso espí-

ritu de asociacion de los jesuitas i prepara el dia en que el jesuitismo sea espulsado, nó del territorio, sino del espíritu nacional.

Para ello puede disponer ampliamente de los tesoros del rico i saturar al pais de escuelas i de colejos rejen-tados por los fanáticos de la libertad, por los entusiastas del cristianismo, i este sistema le dará, ciertamente, el triunfo definitivo sobre su enemigo. El Estado no debe limitarse a reprimir el mal público i a dejar que el bien venga por sí sólo, como lo afirma B. Constant, sino que debe hacer lo posible por ser cada vez ménos Estado i ménos Poder, haciendo que el Estado i el Poder se encarnen cada vez mas en cada ciudadano, haciendo al hombre-Estado i al hombre-nacion. El Estado sólo debe dar armas al pueblo, i esas armas son la enseñanza i la libertad.

Mas, ¿si no sucediera tal cosa? ¿i si en vez de antagonis-mos sólo viéramos aparecer una sociedad que se postra mas cada día, porque carece de enerjías que oponer a su enemigo? Una sociedad semejante sólo podria ser una sociedad de guaranies, o lo que es peor, de hipócritas, de serviles i de eunucos. ¿Qué nos importa eso?

Luego, siempre la libertad.

Cuando el pueblo se acostumbra a dejar al Estado el cuidado de salvarlo de sus conflictos domésticos, el Estado invade las iniciativas del pueblo, hasta que se pronuncia una especie de separacion entre el espíritu público que se estravía desfalleciente i el Poder, que cree debér-selo todo a sí mismo. El Estado se hace una máquina de fuerza en cuyo manejo sólo toman parte ciertos iniciados, unos pocos ambiciosos que lo ponen a su servicio.

Pero se dirá, un pueblo puede razonar así: el enemigo (el jesuita) está organizado para atacarnos, i nosotros sólo podemos defendernos organizándonos tambien: pero he aquí que toda nuestra fuerza de organizacion la he

mos gastado en la organizacion política, se llama fuerza política: ¿cómo quereis entónces que prescindamos de ella para combatir la fuerza organizada del enemigo?

El Estado sólo debe proporcionar a los ciudadanos los elementos necesarios para la actividad social: esos elementos son la educacion, la justicia i la libertad. Con ellos favorece el desarrollo de las fuerzas organizadoras i hace aparecer los hombres eminentes que las representan. El Estado no debe organizar sino aquello que es indispensable para enseñar a organizar, para crear organizadores, para hacer de cada ciudadano un organizador. El enemigo os ofrece un ejemplo admirable de los prodijios que pueden realizarse con el auxilio de esas fuerzas de organizacion. Imitadlo, i en vez de sus ideas malas tomad ideas buenas; haced por el bien, los prodijios que que él ha hecho por el mal, i así conseguireis eclipsarlo para siempre. Es mui bello agruparse alrededor de un gran principio. Ello constituirá la mas grande de las fuerzas i de las bellezas de la humanidad futura, i hará, a ejemplo del jesuitismo, esas patrias ideales que prescinden de los territorios i viven en la fraternidad de la ciudad divina de las ideas. Entónces, una idea típica será una patria, i los amantes de esa idea serán los ciudadanos de esa patria inmaterial que nadie podrá invadir, porque, estando en todas partes, no está en ninguna

Antes de concluir, resumamos las conclusiones:

La persecucion es buena para los malos i mala para los buenos. Ella aprovecha a la perversidad de los perversos i a los instintos feroces de los sanguinarios; pero no puede aprovechar a los hijos de Dios que, ántes de la satisfaccion de sus apetitos personales, tienen en vista

el bien de los bienes, el mayor bien jeneral de la humanidad.

Si los católicos se han manchado con esas infamias sacrílegas, nosotros, los libre-pensadores, debemos dejarles todo el peso de su negra responsabilidad i no tratar de imitarlos nunca.

Si es bueno oponerse a que los pícaros lleven a cabo ese gran salvajismo de la persecucion del libre pensamiento, es malo imitarlos cuando las circunstancias nos favorecen.

Así la lei se coloca a una altura augusta i se hace mas venerable que los dogmas, pues nunca descende a ponerse al servicio de las pasiones.

Del modo que ántes dejamos indicado, se lleva a cabo, de una manera eficaz, segura i perpetua, el principio lógico que dice, intolerancia de la intolerancia, que, entendido i manejado de otro modo, tendríamos que someterlo a todas las volubilidades i a todas las contingencias del poder. Si el poder de hoi espulsa a los jesuitas, el poder de mañana podria llamarlos. Miéntras que cambiando i enalteciendo el talento de los hombres i sus potencias de iniciativa con un espíritu contrario al jesuitismo, éste tiene que retirarse, i entónces, su ingreso a la sociedad se haria tan difícil como el ingreso de los judíos al cristianismo. Lo mismo puede decirse respecto de cualquiera religion intolerante.

CAPÍTULO XXIX

La sociedad i los dogmas.—El catolicismo i los pueblos latinos.—Jesucristo.—Engrandecimiento i purificacion del cristianismo.

Varias veces, en el curso de este libro, hemos hablado de la funesta influencia que algunos dogmas religiosos han tenido en la marcha de las sociedades; como así mismo de la accion bienhechora de las relijiones, de un modo jeneral. Como este es talvez el asunto mas interesante de la personalidad política, conviene estudiarlo mas detenidamente.

El dogma i la relijion, en jeneral, han sido la espresion de una poderosa voluntad: esto es libertad. Pero esa idea no marcha; los pueblos se aferran a ella como a una patria; i cuando al fin se les demuestra la necesidad de marchar, i que lo inmóvil se hace absurdo, grande es la cólera con que protestan o grande es la pena con que os comprenden. El hábito continuado de una vida espiritual inmóvil los hace mirar con miedo toda innovacion, i lo que fué al principio la espresion de una poderosa libertad, se hace ahora una causa de esclavitud. Parece que entónces los hombres cobraran miedo a su libre arbitrio en lo que tiene de mas elevado i responsable, i que mas

allá de los linderos del dogma sólo vieran abismos i naufragios. A veces tienen razon; a veces yerran. I eso mismo que los salva viene a ser al fin lo que los pierde. La extrema movilidad como la inmovilidad suma, son igualmente perniciosas.

Los dogmas, señalando las miras i los linderos eternos que deben servir de guía al pensamiento, hacen en el mundo espiritual el mismo papel que los astros fijos en las largas travesías del océano. Eso habitúa a los hombres a conducirse en la vida en vista de remotos i grandes fines, dilatando poderosamente su libre arbitrio i los emancipa de esa miseria casi bestial en que yacen los pueblos materializados que sólo viven de su actualidad, así como de la volubilidad de la opinion, naufragio seguro de la moral.

El dogma de un Dios suministra el tipo mas elevado de la estética i de la moral: ese amor i ese respeto tan santos es lo que penetra mas hondamente el corazon del hombre, i es lo que hace a este capaz de las acciones mas sublimes i fecundas. Ese amor venerable da su propia medida i su propio jenio a todas las pasiones, i es él el que constituye el fondo misterioso de la historia de cada pueblo. Tal es el Dios, tal es el jenio de una nacion, i vice versa. I el dogma de la inmortalidad i el de las penas i recompensas futuras no vienen a ser mas que la configuracion mas acabada de aquel dogma fundamental: lo mismo debe decirse de los preceptos que atañen a los deberes de los hombres entre sí.

Tal es el concepto de Dios, tal será la manera de formar la emocion en jeneral; i cual es la emocion, así será la enerjía i la perseverancia con que se obra i con que se piensa, i por lo tanto, así será la sociedad. Jesus venció a Mahoma porque el Dios de Jesus era mas paternal, mas amante, mas misericordioso, mas puro, mas profundo que el Dios de Mahoma. Porque la emocion i todas las ener-

jías siguen creciendo mientras no se eleven a la potencia de esa emocion con que debe concebirse a Dios. De modo que si la creencia en un Dios no se impusiera a los hombres de un modo espontáneo, seria necesario inventarla. I si alguien viniera a probarnos de un modo irrecusable que Dios no existia, seria necesario, al mismo tiempo que renunciábamos a la creencia trascendental, crear una psicología i una estética nuevas, segun las cuales se demostrara que el alma es múltiple sin dejar de ser una i que puede crear dentro de sí misma tipos sublimes cuya contemplacion i cuyo amor la eleven a una existencia mas completa i mas perfecta. Dios o el Ideal vendria a ser una creacion del espíritu humano. Así entraríamos por un momento en el idealismo trascendental de los alemanes; pero como nuestra raza no se aviene con ese sistema, mui pronto iríamos a parar a un cristianismo puro, a ese cristianismo atrevido que dice: *mi padre i yo somos una misma cosa*; se entiende, sin dejar de ser diferentes, pues el amor une sin destruir, i sin confundir lo diverso.

I entónces, si esos dogmas están llamados a hacernos tanto bien, i si realmente lo han hecho, ¿por qué razon nos han hecho tambien tanto mal? Porque han tomado formas erróneas: la parte animal del hombre ha viciado la concepcion altísima; i porque ha creido necesario inventar otros dogmas, absurdos como la intelijencia que los crea, a fin de explicar la creacion. Así se ha creido que un Dios perfecto sólo podia crear seres acabados i perfectos, porque no se comprendia que la perfeccion es el mérito, i que el mérito se forma a sí mismo. De este modo, se inventa la caída i el infierno. I así se ha ido hasta atribuir a las penas de la vida futura el carácter de la eternidad, aunque sea cierto que el concepto de lo eterno no tiene el mismo sentido entre los hombres que primero lo aplicaron i entre los que son mas lójicos en nuestros dias, pues en aquellos tiempos *eterno* no pudo signi-

ficar mas que *indefinido*, pero no *sin fin*. Para pueblos sencillos, cuyo pensamiento no estaba versado en las ideas metafísicas, i cuya sensibilidad estaba aun mui léjos de ser adecuada para ser conmovida por las demostraciones i consecuencias finales de una lógica exigente, un Dios semejante, creador de un infierno i de un castigo eternos, podia ser un Dios aceptable; pero para los hombres habituados a sentir al compas de las demostraciones de una lógica tenaz, un Dios semejante seria un Dios bárbaro e inaceptable; 1.º porque ningun hombre de bien podria ser feliz en el seno de un Dios que condenaba al fuego eterno a sus padres, a sus hijos, a sus prójimos; 2.º porque un Dios semejante seria abominable por el hecho de haber creado seres que él sabia tendrian que condenarse, digan lo que quieran los charlatanes i los pedantes de la chicana filosófica. Este tipo absurdo, erijido sobre los pueblos, si ha retemplado los caractéres en las épocas de relajacion, ha corrompido, en cambio, el corazon de los hombres, habituándolos a la ferocidad implacable i a las venganzas horrorosas. Agregad a esto, la corrupcion mucho peor de las inteligencias al habituarlas a aceptar como justa esta suprema injusticia i al verse obligadas a forjar todo un curso completo de sofismas a fin de probar que este supremo absurdo de un Dios creando a sabiendas seres libres de condenarse eternamente, es una verdad venerable i divina.

Despues de emponzoñar el corazon, se trastorna el criterio i se desorganiza el pensamiento; i el hombre educado de este modo no dejará de sentir en el fondo de su ser que es un miserable condenado a sofocar lo mejor i mas noble de sí mismo so pena de ser un réprobo, hasta que al fin, una larga continuidad del mal lo connaturaliza con su vergonzosa degradacion. ¿Cómo fiarse entónces a sus propias fuerzas? La lectura saludable i vivificante del Evangelio, el agua fortificante, le está prohibida; ese li-

bro sólo se lee en voz baja i en una lengua muerta que el pueblo no comprende; i sólo se oye la predicacion adúltera, la palabra bastarda de un clero interesado en la perpetuidad de las sombras i en el triunfo del error. Así educado, el hombre clamará por la sumision i pedirá a gritos la servidumbre. Que otro piense por él, que otro lo dirija en el cumplimiento de los primeros deberes de la vida, he ahí su deseo, que no dejará de conseguir. Por eso hemos visto siempre en la historia de las sociedades católicas que los pueblos mas lójicos i mas enérjicos que han radicado en sus pasiones i en su temperamento el espíritu i el sentido de los dogmas, son aquellos que mas han sufrido bajo el absolutismo; i que, por el contrario, aquellos que por su raza i por su antecedentes eran ménos apropiados para apasionarse por esas mismas creencias han sido los mas aptos para la vida de la libertad. Por eso el mundo latino será el mundo de las grandes reacciones.

Lo mismo decimos de la creencia mosáica relativa a la manera como Dios creó al hombre. En el dia, todo hombre que quiere saberlo, sabe que el espíritu no puede improvisarse, que es el fruto de sus propias obras, i que si él no se crea a sí mismo por medio de la esperiencia, es imposible que nadie distinto de él venga a crearlo, aunque sea cierto que el amor a Dios sentido en toda conciencia, mas o ménos oscuramente, sea el esencial estimulador de esa creacion del espíritu por sí mismo, i aunque algo parecido pueda decirse del amor de la madre i de otros seres inmediatos.

¿Cómo hacer hablar, cómo enseñar el lenguaje a un ser recién formado de lodo? Cada palabra saca su valor de una larga esperiencia i de una múltiple comparacion que sólo se efectúan mediante el tiempo. Además, es fácil demostrar que los fundamentos del lenguaje son bárba-

ros, i que todo idioma tiene su oríjen i su raiz en el lenguaje de los conceptos mecánicos del hombre bárbaro.

Ahora, para hacer creer a los hombres este cúmulo de absurdos, es menester ir creando un cúmulo de sofismas, i por cada albor del pensamiento que despierta, hai que arrojar un puñado de tinieblas. El corazon se corrompe i la razon se pervierte, ámbos se turban i caen en una pendiente que los arrastra sin esperanza; i todos los infortunios, todos los horrores, todas las tiranías pueden cerneirse impunemente sobre un pueblo que se somete a un réjimen semejante i sumirlo en los limbos morales por muchos siglos, por cuanto el ojo del alma, el pensamiento, ese ojo puesto en Dios, ha sido estirpado o mutilado.

De aquí han nacido esas falanjes de argumentadores terribles que han hecho de la metafísica una fragua tenebrosa de sofismas i han hecho apartarse con horror a una multitud de hombres honrados i retirarse a la incredulidad.

Así hai filósofos que para sostener el dogma bárbaro de la caída han llegado a decir i a sostener que Dios no es Dios porque es lo mejor posible, sino que lo mejor posible es tal, porque Dios quiere que así sea; que dado el Ser primero, la verdad i la lei de lo mejor no quedan establecidas aun por su voluntad primera de ser, sino que no habrá mas lei que su capricho, ni mas finalidad que su antojo. Secrétan, el filósofo de los suizos, autor de la «Filosofía de la libertad», parece pensar de este modo. Error mui grave que es menester estirpar de raiz, por cuanto segun él resultaria que el sér no tiene una lei absoluta ni la verdad tampoco, i que la razon humana no debe someterse a la lei de Dios o del sér, sino al capricho divino, el cual, para ser conocido, ha de ser revelado i aun ha de tener un cuerpo de intérpretes.

Pero desde que el Sér primero es, su ser, para que sea conciencia reflexiva i racional, ha de ser la concien-

cia de una voluntad racional, que no sólo es voluntad, sino que desea ser lo sumo de la voluntad, i como este grado sumo de la voluntad no es el capricho ciego, sino la suma reflexion del Sér, i como esta suma reflexion del Sér no puede existir sin la concepcion de las infinitas posibilidades del sér, se sigue que el Sér primero, por el sólo hecho de ser, es la concepcion de todo lo posible del sér, el creador legal que tiene en vista la mas alta finalidad de la voluntad i de la libertad. Porque Dios, no sólo es libre, sino que es necesariamente libre, i no sólo es necesariamente libre, sino que es necesariamente la suma libertad, i como la libertad o la voluntad es el amor creador, se sigue que Dios es, necesariamente, el sumo amor, el amor de todo lo posible del sér i el mejorador de todos los séres segun el modelo de su propio ser.

Así, Dios es lo que es, i lo que es sólo puede ser de un modo único i absoluto; ha de ser la suma libertad i el sumo amor, que dejando en libertad a sus creaturas para crearse a sí mismas, se pone, sin embargo, como el modelo final e imperativo, al cual deben ellas someterse cada vez mas.

Dios no es el capricho, ni puede negarse a sí mismo como Sér Supremo, i ponerse como Sér idiota i absurdo que crea (afirma) séres para condenarlos a una perpétua aniquilacion, negando así su primera voluntad. Porque entónces no seria ni la suma voluntad, ni la suma libertad.

El sér es el sér verdadero, i el ser verdadero no es simplemente lo que es, sino lo que ha sido i será eternamente, pues verdad i eternidad se suponen i se necesitan: el *es* de Dios, es el *es eternidad*. I lo mejor que álguien podia imaginar latente en Dios, no puede ser latente, porque eso mejor, siendo el verdadero sér de Dios, ha de ser eternamente, en la eternidad que fué i en la que será, pues la eternidad es un solo instante. De modo que,

contra lo que dice Secrétan, Dios no se puso en un tiempo como Dios por una voluntad arbitraria, sino que la voluntad de Dios es eternamente la de ser Dios. I esto, en vez de privar a Dios de la libertad, como lo afirma Secrétan, por el contrario, es la única manera de que Dios sea libre, por cuanto la libertad verdadera ha de ser la libertad de ser la libertad mas grande i no la de anularla. Libertad no es arbitrariedad, como lo cree este filósofo, sino el amor de lo mas grande del sér, de la reflexion mas poderosa del sér, lo cual es la infinitud de los séres posibles. Un Dios que no tuviera mas idea de la grandeza que la de su voluntad arbitraria, seria un Dios ciego, pues la conciencia es la comparacion, i la conciencia infinita es la comparacion infinita. Luego, Dios ha sido siempre creador, siempre la infinita libertad, es decir, infinito amor, pues el amor es la forma final i suprema de la voluntad o de la libertad. Pero citemos a Secrétan.

«Con frecuencia se ha desconocido, dice, el principio jenerador de la filosofía. Este principio, que Descártes espresa con la injenuidad de su jenio, es el sentimiento de la perfeccion. La razon humana es teogónica i no panteísta. Ella no resuelve el enigma del mundo; pero afirma que fuera de este mundo, en oposicion con este mundo de flaqueza i de miseria, hai un sér perfecto. Si su testimonio es fiel, es preciso confesar que el sér perfecto, reuniendo en sí toda plenitud, se basta a sí mismo i no tiene necesidad de nosotros. Armonioso o discordante, el conjunto de los séres finitos entre los cuales nos colocamos, podria, pues, no ser; él no podria concebirse sino como el producto de una libre creacion. El sér que se basta a sí mismo no encuentra en su naturaleza ningun motivo para crear otra cosa que no sea él: luego, el motivo de la creacion debe buscarse en la creatura misma, es decir, que el acto que la produce es un acto de amor.»

«Es preciso salir de la razon para esplicarse la existencia del mundo. El mundo es irracional. ¿Para qué el mundo, puesto que el absoluto se basta a sí mismo? *A priori*, la creacion no es necesaria, i por cierto, nosotros no la hubiésemos imaginado.»

I ántes, dice, tratando de probar que Dios no tiene naturaleza: «El amor es la perfeccion, dirá el místico, por consiguiente, Dios es amor. El amor está sobre la libertad; si es preciso escojer cuál de ellos espresa la esencia divina, es el amor el que escojeria.—Si es preciso escojer; pero esta eleccion es inutil, es imposible. El amor no podria ser una naturaleza, una necesidad, una esencia. Sólo puede ser un hecho; él no puede florecer mas que sobre el tallo de la libertad. La idea de que el amor pertenece a Dios a título de esencia, independientemente del hecho de su libre determinacion, implicaria en Dios la necesidad de crear otro sér para hacerlo feliz». Secrétan sostiene que Dios no tiene tal necesidad.

He ahí el último baluarte de la añeja blasfemia, corruptora del mundo, i que es necesario derribar hasta sus cimientos.

He ahí el absurdo mosáico, que para sostenerse se eleva cínicamente a la paradoja, i nos ordena *salir de la razon*. Pero es claro que si salimos de la razon, saldremos sin razon. I es evidente tambien que si damos por sentado el absurdo de un Sér primero sin creacion, ésta no podrá esplicarse sin otro absurdo. Pero Dios ha sido siempre necesariamente libre, Dios no ha podido nunca dejar de ser libre, i como la suprema libertad es la suprema voluntad, i como la suprema voluntad es el supremo amor, Dios ha sido siempre creador desde toda eternidad. El amor no vino a ser la libertad porque Dios se determinara por el amor en vez de determinarse por el odio o por otra cosa, sino que la libertad no puede ser libertad si no es amor. Dios no ha tenido nunca la facul-

tad de no ser lo que es, Dios no ha tenido nunca la facultad de ser esclavo, monstruo o nada. Dios se ordena a sí mismo ser Dios, i es libre porque se lo ordena; i si se ordena a sí mismo otra cosa, o el no ser, no seria Dios, ni seria libre.

Dice Secrétan que en el Sér Absoluto no hai naturaleza, pues eso lo esclavizaria; pero es evidente que no hai libertad sin finalidad i que no hai finalidad sin ideas i sin sentimientos legales; tal es el fin, tal es la libertad, i si el Sér Absoluto no puede crear el concepto de lo magno i de lo máximo, creando la infinidad de lo comparable, el Sér Absoluto no podria tener conciencia de lo mejor, ni de lo mas grande, i por tanto, no podria ser la suma libertad. Dios es libre porque se realiza a sí mismo del modo mas grande, produciendo la creacion i la infinidad de lo comparable.

¿Con qué derecho blasfemamos diciendo que Dios como Dios no es eterno, i que ántes de él hubo un monstruo que tenia la facultad de convertirse en Dios? ¿Por qué aplicamos a Dios nuestra mudable manera de querer i la noción de tiempo?

Desde que el Sér primero es, ya la lójica es, i por consiguiente, ya es la lójica en la cantidad i la lójica en la cualidad. Pero la lójica en la cualidad es el juicio estético i el juicio moral; i la lójica en la cantidad son las matemáticas. Luego, desde que el Sér primero es, ya las matemáticas son, i ya es el juicio de lo mejor i de lo peor. I como el Sér Absoluto es el verbo o la actividad absoluta, ha de querer lo mas en el número i lo mas en la cualidad.

¿Acaso el Sér Absoluto pudo hacer que mil fuese ménos que cuatro? ¿Acaso el Sér Absoluto pudo hacer que un universo compuesto de todos los séres posibles fuese ménos numeroso que un universo compuesto de siete u ocho séres? ¿O acaso pudo hacer que la variedad infinita

de la vida, desde los espíritus sublimes hasta el hombre, i hasta el átomo, fuese inferior a tres o cuatro seres idiotas? ¿Pudo hacer que el idiotismo fuese superior al jenio sublime? Ser, es saber i amar, i el saber i el amor no pueden existir con un progreso infinito si no hai una creacion compuesta de una infinidad de seres capaces de conocer i de amar, susceptibles de ser conocidos i amados. ¿O acaso Dios pudo hacer que la ignorancia i la indolencia fueran mejores que el saber i el amor?

No hai existencia sin lei, i si esa lei es primero la voluntad, es menester que esa voluntad sea legal, es decir, que tenga un fin invariable i un órden congruente de medios para acercarse a él. Pues, si el fin de la voluntad puede cambiar a cada rato, el sér racional deja de ser tal. No basta decir que el fin es el sér mismo, pues ese sér debe tener conciencia del fin invariable i final que quiere en sí mismo para sí mismo. Dios se quiere a sí mismo invariablemente como Dios i como creador, como el ser verdadero, porque desde que el Sér es, es dictándose a sí mismo las leyes que se subentienden en la voluntad de ser; i cuando esta voluntad es lo sumo de la voluntad de ser, esas leyes son eternas e inmutables. Luego, Descártes, Schelling i Secrétan, al sostener lo contrario, no son mas que sofistas de la peor especie. Dios, por el hecho de ser lo sumo, se resuelve sin vacilaciones, por cuanto su voluntad abarca todo lo posible de la voluntad que es capaz de realizarse al infinito sin contradicciones; pues las otras voluntades que no pueden perpetuarse sin contradecirse no son dignas del Sér absoluto ni le son adecuadas. Así es que el infierno eterno i la caída serian contradicciones de Dios i son absurdos. De otro modo, Dios seria infierno i demonio de sí mismo, pues nada puede salir fuera de la conciencia de Dios i todo está en ella. Para crear hai que formar conciencia de lo que se va a crear, i una vez formada esa conciencia creada por

la conciencia creadora, ya el sér creado o concebido eixste en esta última; mas ¿cómo hacer salir la conciencia formada fuera de la conciencia que la forma? Imposible. Luego, los dogmas de la creacion *ex-nihilo*, de la caída, del infierno, son absurdos i blasfemos.

Para negar esto, seria preciso sostener que la razon humana pudo haber sido de muchos modos, i aun contraria a lo que es, si Dios así lo hubiera querido; que por consiguiente, en el Sér Primero no existia la nocion de lo mejor i de lo peor, la nocion del mérito, del bien moral, i la nocion del bien infinito, la cual sólo puede formarse por una comparacion infinita que requiere infinitos términos comparables: en fin, el Ser Absoluto careceria de juicio, pues el juicio es una comparacion, i el juicio infinito es la comparacion de lo infinito posible con el modelo absoluto. Para negar lo que decimos seria necesario probar que Dios pudo hacer la razon humana de modo que esta creyera que la destruccion era superior a la creacion, que el odio era superior al amor, o que el amor se complace mas en la inmovilidad del uno que en la diversidad múltiple. Pero si la razon no es la revelacion de la verdad augusta, sino la revelacion de una voluntad particular del Supremo Arbitrario, es evidente que la razon se cubre de los horizontes sombríos de la duda i que Dios pierde en respetabilidad lo que gana en arbitrariedad. El modelo supremo no tiene lei, luego, es mas grande el hombre que tampoco la tiene; los mas elevados caractéres se escapan por ahí, i en la lei servil sólo quedarán los serviles. Si el Sér Absoluto pudo hacer que la lójica, las matemáticas, la estética i la moral fueran lo contrario de lo que son, que dos fuera ménos que uno, que si el hijo es hijo de su padre, en cambio, el padre no es padre de su hijo, que la belleza del Evangelio fuera mui inferior a un romance obsceno, i que las máximas del cinismo fueran superiores a la moral de Jesus, entónces

el Sér Absoluto pudo hacer que lo que llamamos infame ahora, hubiera sido el bien supremo; i así es como la moral pierde su carácter augusto, i la razon se mira así misma con tanto mas desden cuanto mas elevado es; i en fin, sacamos por consecuencia que la esencia de Dios no es eso que llamamos bien, belleza, sublimidad, pues la esencia de Dios es la arbitrariedad; i el bien, la belleza i lo sublime pierden la respetabilidad que pudieran sacar de un oríjen augusto.

Pero la esencia de Dios o del Sér Absoluto no es la arbitrariedad, sino que es el amor, i el Sér Absoluto es libre porque es amor, i si no fuera amor no seria libre. Luego, si el amor i la libertad son una misma cosa i si Dios es libre, como el amor es creacion, i redencion o mejoramiento de lo que se crea, i como el amor verdadero ha de amar a la creatura libre en todas las posibilidades que la solicitan, Dios amará todo lo posible del Sér i se hará redencion de todas esas posibilidades, esto es, de todos los seres posibles; pues todos los seres creados no son mas que las posibilidades realizadas de un sólo sér. Amar a un sér con un amor absoluto es amarlo bajo todas sus formas posibles, es crear como reales todas esas formas posibles, es crear la infinidad de los seres; i es, en fin, hacer triunfar cada vez mas en toda creatura libertad verdadera que es el amor al bien verdadero, al Ideal absoluto, el cual, al amar, juzga segun él i atrae segun él. Dios no puede hacernos querer, dice Secrétan; pero si no puede hacernos querer, improvisarnos en un instante, en cambio, puede hacernos querer en el porvenir, crearlos cada vez mejores en el tiempo indefinido, porque la creacion es perpetua, es el acto perenne de Dios. ¿Cómo comprender entónces esa trinidad de Schelling i de los teólogos, solitaria durante una eternidad? Esa soledad es tan absurda como la trinidad misma. La creacion es eter-

na como Dios mismo, es el juicio eterno que Dios forma de la creatura, comparándola consigo mismo.

Ahora, suponed toda una raza educada bajo el peso abrumador de esta atmósfera tenebrosa de absurdos, i decidme qué estragos no se producirán en el corazón i en el pensamiento de los hombres que la componen.

¿Sabéis lo que contestan los creyentes, á estas razones? Nos señalan los progresos de la Europa, su alto grado de civilizacion, parangonándola orgullosamente con los pueblos del Asia, sin pararse a pensar, 1.º que esos pueblos del Asia, están dominados por errores mucho mayores aun; 2.º que si la Europa es lo que es, a pesar de sus errores, es mui racional creer que sin ellos i bajo el dominio de una religion mas pura habria podido ser algo tan grande i tan superior que el hombre de hoy no puede ni alcanzar a imaginárselo, i 3.º que el mal ha principiado a disminuir precisamente con los progresos de la filosofia i de la ciencia, i cuando los hombres empezaron a escapar a la lógica infernal de los dogmas absurdos i a mirarlos como simples abstracciones sin realidad verdadera. El error deprava, i en este sentido parece que la razon por sí sola debiera ser la única emancipadora del mundo; pero ella permanece muda mientras no se levanta un gran corazón que la pone al servicio de sus aspiraciones de justicia i de libertad: la inteligencia entregada a sus únicas funciones discursivas, no es mas que un agente conservador i acumulador de fuerzas creadas anteriormente.

Ya hemos visto cuáles son los frutos de esa encarnacion monstruosa que resulta del último grado de identificacion de un dogma absurdo con el espíritu de una sociedad. La España fue, sometida a esa prueba ejemplar

para enseñanza de las jeneraciones, entregada en cuerpo i alma en manos de una teocracia absoluta se precipita en la pendiente de las aberraciones más monstruosas, i de la cúspide de la gloria cae al abismo de todas las miserias. Hemos visto las atrocidades de buena fé, las torturas piadosas, los crímenes sagrados; hemos visto el sacrificio de los mártires como Galileo, ese arcánjel juzgado por los reptiles de la ortodoxia; los santos calvinistas condenados al destierro i a la muerte; hemos visto la perversion de los mejores caracteres, i a ese cumplido caballero Francisco de Sales arrastrar a los calvinistas a cometer una infamia (la abjuracion de la creencia por intereses pecuniarios) a fin de atraerlos al catolicismo, i mil ejemplos como este.

Pero, ¿por qué no se han cambiado esos dogmas, por qué razón nos hemos arrastrado tantos siglos bajo su dominio depresivo i degradante?

En la naturaleza humana no hai un acto mas trascendental que el de la adoracion al Sér Supremo. En esos momentos sagrados de la vida en que ese modelo divino que creemos ver fuera de nosotros, es creado por el alma en lo mas secreto de sí misma i con el auxilio de sus potencias mas nobles, el alma se hace una misma cosa con ese modelo, o hace de él lo mas venerable de sí misma. I tal es el Dios creado i adorado por ella, tal será la manera como se crea a sí misma. Este es un hecho experimental, repetido en los siglos, i todo hombre honrado tiene que aceptarlo. Un Dios lleno de reservas feroces hará un alma de ese mismo carácter; un Dios jeneroso i magnánimo hará un alma jenerosa i magnánima tambien. Tal es el Dios, tal es el hombre. Porque si la razon demuestra que Dios crea en sí mismo a la creatu-

ra a su imájen i semejanza, la esperiencia demuestra que la creatura, de lo mejor de sí misma, hace a su vez un Dios que se le asemeja i al cual trata de asemejarse cada vez mas. En esta reciprocidad de accion de Dios i la creatura, Dios o la verdad va venciendo, porque obra perpetuamente en el mismo sentido, i la creatura es dominada cada vez mas porque sólo obra con impulsos irregulares.

En efecto, esta alta concepcion de Dios no está al arbitrio de todos los hombres el cambiarla o mejorarla: son ciertos hombres i ciertas épocas los que están llamados a esa altísima funcion del espíritu, la cual está íntimamente ligada en sus manifestaciones al temperamento de nuestra raza; porque es en ella donde mas bien se ve que, así como el hombre condensa la vida de algunos años en unos pocos dias, las jeneraciones condensan la vida de algunos siglos en uno sólo, o en algunos años, i sobre todo, en un sólo hombre, el cual, palpitando con la potencia universal, se levanta como un Sinaí espiritual i verdadero, de cuya cumbre procelosa salen las voces divinas i los mandamientos eternos. I la humanidad queda así envuelta en los cendales de la palabra poderosa, miéntras un espíritu mas grande no le sea revelado. Tal es, principalmente, nuestra raza, la cual no sólo es raza latina i helénica, sino que lleva en sí todos los elementos étnicos de la historia antigua.

No es fortuito el hecho de que las mayores luchas religiosas hayan tenido lugar entre los pueblos del Mediterráneo, ni que el cristianismo haya reclutado entre ellos sus mas apasionados colaboradores; i si el pueblo de Israel no hubiera tenido ciertas homojeneidades secretas con esos pueblos del Occidente no habria habido cristianismo milirante i vencedor. Entónces, ¿por qué Jesus fué judío? Los grandes infortunios i las grandes pruebas tienen la propiedad de achicar i abatir a la mul-

titud de los débiles i de fortificar i enaltecer a los fuertes. Esos cautiverios de Israel son únicos en la Historia, como son únicos otros muchos sucesos de su vida pública; ningun pueblo resistió jamas a pruebas semejantes sin perder la conciencia de Nacion. I ese destino tan duro tuvo por consecuencia la degradacion de la masa social i la exaltacion de los hombres mejor templados. De ahí esos profetas tan grandes en valor, tan libres en espíritu i tan llenos de noble patriotismo. Condensando ese mismo espíritu rejenerador de los profetas apareció Jesus como la encarnacion final de todas las grandezas morales abarcadas por su nacion, como la consolidacion inteligente de esa larga epopeya de padecimientos en palabras i en acciones divinas; i aunque es permitido creer que algunos rayos de luz venidos de la Grecia i de otros pueblos, habian alumbrado su frente, lo cierto es que la potencia de su espíritu es el resultado de esa historia judáica, i que su alma fué templada segun la medida de fortaleza que las numerosas calamidades vencidas habian dado a los grandes hombres de su nacion.

Fácil es hacer ver los errores de una doctrina relijiosa, pero es mui difícil corregirlos, por cuanto su autoridad está estrechamente unida con la de la gran personalidad que la fundó. Esa personalidad era bella i poderosa con sus errores, formando un sólo cuerpo con las verdades que reveló; encierra el secreto de la grandeza humana, e imitándola estamos seguros de acercarnos a esa magnitud; lo erróneo i lo verdadero están allí íntimamente unidos, forman un sólo todo, un solo espíritu, una sola intuicion, una sola personalidad imponente, rodeada de divino prestigio. Al paso que el crítico como Kant, por ejemplo, por mas limpio de errores que se le suponga, está mui léjos de habernos demostrado que el cuerpo de doctrina que nos presenta tiene el poder de crear grandes virtudes, ejemplares abnegaciones, hombres poten-

tes, capaces de formar una historia de progreso secular garantido contra las contrariedades. ¿Quién revelará al mundo un sentimiento mas bello i mas divino que el revelado por Jesus en ese amor tan santo que lo unia a Dios? Esa personalidad altísima de Jesus nos subyuga con una evidencia irresistible, i su autoridad, levantando en las etapas de los siglos esas columnas monumentales de sus grandes defensores, se dilata hasta nosotros bajo sus arcadas colosales cuyas bóvedas resuenan con los himnos unánimes de las jeneraciones. Esa unidad de una tradicion secular nos abriga, como las naves de un templo inmenso, ornadas de figuras simbólicas i divinas, i forma hondamente en nosotros el sentimiento artístico i creador con una potencia sin igual.

Salir de ahí es sentir el frio i la aridez del desierto, es sentirse en una especie de destierro, rodeado de una soledad aterrante, sin paisajes, sin sol, sin poesía, agobiado de una pena misteriosa como la nostalgia.

I sin embargo, ese es el deber de los hombres de corazon de nuestros dias. Salir de ese templo de nuestras esperanzas, de nuestra paz, albergue de nuestras ilusiones i ternuras, salir bajo la bóveda del cielo nocturno donde se ven los remotos resplandores de las constelaciones fijas, i allí, en esas sombras invocar como los pueblos primitivos, i como todos los seres de la naturaleza, la venida del astro del dia, del nuevo sol de la humanidad.

I ¿por qué salir de la relijion cristiana? No debemos salir del cristianismo; pero debemos purificarlo de su liga mosaica, continuarlo i desenvolverlo hasta llevarlo a la política i a la ciencia; engrandecerlo hasta coronarlo con los resplandores de la nueva filosofia; en fin, debemos hacer que no sólo reine en el otro mundo, sino tambien en este. Sobre todo, tenemos que purificarlo de los errores bárbaros con que Roma lo ha manchado. El cristia-

nismo en su oríjen se prestaba para ser mejorado, pero vino el reinado de los pedantes i afirmó que Jesucristo era Dios, i vino Roma, i despues de plagarlo de errores i de absurdos, i despues de haber sacrificado el cristianismo al mosaismo, lo inmovilizó, lo petrificó i decretó dogmáticamente su prematura decrepitud.

El Decálogo debe sustituirse por una moral científica i positiva, segun el cristianismo puro, i el infierno i el Jénesis, por las revelaciones de la razon i las aspiraciones atrevidas del corazon.

La moral de Jesus en lo que tiene de libre i de orijinal vale mucho mas que la de Kant i que la de todos los pensadores modernos, porque la moral no es, en resúmen, mas que la revelacion del alma humana en sus relaciones con Dios i con la inmortalidad, i aquel que revele un alma mas grande i mas divina en esa esfera de lo infinito i de lo inmortal, es tambien el revelador de la moral mas grande. La moral es el arte de ennoblecer al hombre i la moral que encuentra el mejor modelo i el mejor medio de realizarlo es la moral superior. La persona de Jesus es el gran modelo moral i nuestro deber es reverenciarlo, desenvolviéndolo i engrandeciéndolo a fin de hacerlo adaptable al jenio de todas las naciones i a los jenios legítimos de los hombres, porque cada pueblo i cada hombre superior deben desenvolverse segun su propia estética, diferenciarse cada vez mas en ese sentido, pero unirse cada vez mas en la prosecucion de los altos fines del cristianismo.

Cada pueblo, i sobre todo, cada pequeña raza, está llamada a producir una idea final, condensando los esfuerzos de su vida secular en un sólo individuo, que será como su símbolo i como su jenio; pues, si Jesus es la personificacion de las virtudes del pueblo judío, mui justo es que los demas pueblos de jenio i de historia diferentes tengan tambien su ideal distinto i que aspiren a producir al hombre que mas altamente los represente.

LIBRO V

La personalidad política en América

CAPITULO XXX

Las dos Américas.—Formacion de las razas humanas.

¿De dónde viene la especie humana? El vulgo ignorante o ilustrado se indigna cuando la ciencia inexorable asigna a nuestra especie un oríjen humilde; pero es porque la esterilidad propia de su alma no le deja comprender ese gran principio con que Dios ha creado el mundo, i que no es otro que el siguiente: el bien es trabajar por el bien, i el bien supremo es crear; luego, el hijo del bien se creará a sí mismo, i deberá a sus propios esfuerzos la hoja de sus méritos i sus títulos de nobleza. I lo mas raro es que haya hombres de gran talento que aun no han comprendido una cosa tan sencilla.

Un par único ha enjendrado la especie; pero ese par, ¿dónde debemos colocarlo?

La solucion mas aceptable es la que conciliaria las conclusiones de Darwin con las de Quinet i otros sabios.

Segun esto, el único par seria el productor de todos los primados, a los cuales habria dado ciertas analogías constitucionales comunes a todos; la especie humana vendria separada de los cuadrumanos desde ántes que el hombre apareciera como hombre i el cuadrumano como tal; pero la ascendencia comun de ámbos jéneros

explicaría las analogías orgánicas señaladas por Darwin. A ese primer par archi-progenitor de los primados deben haber sucedido otros pares privilegiados que marcaron cada vez mas las diferencias de ámbos jéneros, hasta que al fin el hombre se presentó como hombre i el cuadrumano como cuadrumano, aunque sus anatomías estuvieran desde mucho ántes vaciadas en moldes diversos.

Pero dejando a un lado la cuestion especulativa, veamos lo importante de la poblacion progresiva de la tierra.

Parece lo mas cierto que la emigracion, pacífica o guerrera, ha hecho el principal rol en la poblacion del planeta i en la formacion primera de las razas, las cuales van vaciándose en los moldes diversos de los jenios que despuntan i de los continentes i zonas que las reciben i las adoptan.

La formacion de las razas debe haber obedecido a estos dos principios orgánicos: la asimilacion i la diversificacion. Si han aparecido esporádicamente algunas especies humanamente homojéneas han debido hostilizarse mutuamente o asimilarse hasta no dejar subsistente mas que una sola raza, mas o ménos mezclada, informe, compuesta de elementos heterojéneos que se fusionan cada vez mas, pero que se mantienen disimulados como jérmenes de otras razas futuras que han de aparecer mas tarde. I si la humanidad ha comenzado por una sola raza, la diversificacion debe haberse producido al fin cuando el desenvolvimiento intelectual hubo llegado a ese grado en que un grupo (o muchos) se reconoce i se acepta a sí mismo como diverso i se siente con las fuerzas para conservarse como tal i constituir una raza. Así aparecerian muchas razas al fin (o mas bien, embriones de razas), las cuales deben haberse fundido en una sola para diferenciarse nuevamente, i así hasta formar las razas verdaderas i definitivas, ya por la guerra, ya por simpatía, ya por espíritu de libertad.

Con el auxilio de este principio de economía orgánica, aun bajo esta forma bárbara, se conseguía hacer de los progresos de cada pueblo u horda el progreso comun de todos i que las nuevas diferenciaciones llevasen mas elementos de progreso. Así debe haberse enriquecido el lenguaje humano en cuya formacion deberian hallarse como estratificaciones los diversos momentos de unificación i de diversificación de la humanidad.

En el estado actual de la civilización, estos dos principios obran de un modo diverso. El comercio de los sentimientos i de las ideas hace veces de principio unificador, i el espíritu nacional de diferenciador.

La formacion definitiva de las razas supone en alto grado la facultad de conservarse i aun de perpetuarse. I parece racional que ellas se determinaron cuando la inteligencia habia adquirido un grado notable de desenvolvimiento. En efecto: las necesidades eran urgentes i feroces, i todos no tenian mas que un solo i único medio de satisfacerlas. Carne i pieles, he ahí el objetivo universal; esto debia traer consigo un estado continuo de guerra, de conquista, de absorcion i aun de exterminio. Eran rivalidades de hordas de cazadores; la caza i el campo eran cuestiones de vida o muerte, i la misma superioridad de la especie humana sobre las demas hacia en ella mas difícil la coexistencia de razas diversas durante mucho tiempo; la facultad de asociacion, sobre todo, hacia mas terrible i poderoso ese antagonismo. La horda mas fuerte recorria talvez, en uno o dos siglos, todo el continente, arrebatando a las mas débiles los mejores apostaderos para la caza.

Por esta razon yo creo que al tiempo de la formacion de las razas que se han perpetuado hasta nosotros, las potencias intelectuales estaban mui desenvueltas. Era necesario saber huir, i saber cómo i a dónde. Era necesario tener ciertas ideas jenerales sobre la jeografía local, ta-

lentos guerreros, un poder relativamente grande de cohesión i de organización, el espíritu de la raza, espíritu de cuerpo i de nación. Así debemos creer que es relativamente moderna la formación de las razas semítica, caucásica i africana, las cuales pueden considerarse como agrupamientos de razas antiguas (que aun podrían distinguirse) groseramente asimiladas por la dominación i por parciales esterminios. Las condiciones continentales habrían conservado esas tres grandes diferencias. También podría creerse que la simpatía i la libre elección habían tenido mucha parte en esas asimilaciones.

Lo mas probable en este supuesto sería que las razas semítica, caucásica i africana, se hubieran formado por desmembraciones de una gran raza asiática, la cual habría sido la última forma de las absorciones periódicas de las demás razas por una sola; porque la humanidad prehistórica podría considerarse como una masa en que jermenan, se producen i se separan las diversidades sociales, para ser de nuevo absorbidas por la mas poderosa i renacer nuevamente por la propagación i la dispersión. Hasta que la dispersión estracontinental formó las tres grandes familias humanas, i hasta que la inteligencia robustecida, dió garantías de conservación a las pequeñas razas o grupos humanos, como los parsis, los aryas, los pelasgos, etc., porque sin estos organismos particulares, el gran organismo de una raza no tendría consistencia. Antes de la raza definitiva deben haber existido naciones dentro de ella.

Sería un gran error suponer que el proceso de las razas ha terminado. Por el contrario, la potencia diferenciadora, que va siempre en aumento, debe convertir los pueblos o nacionalidades en verdaderas razas diversas. Ejemplo, los pueblos de Europa, la raza española en América, que no sólo se diferencia cada vez mas de la peninsular, sino que se diferencia entre sus mismas sec-

ciones, no sólo bajo el influjo del clima i del lugar, sino por la libre seleccion de los inmigrantes.

Una vez que las tres grandes familias se fijaron con sus caracteres definitivos, las emigraciones deben haber continuado, pero bajo otra forma. Entónces ya habia naciones fijamente establecidas en sus respectivos territorios con ciertos principios de civilizacion, i la emigracion debió ser un tanto comercial, guerrera i aventurera, pero mas fecunda que ántes en grandes resultados, pues es ella la que ha debido formar por libre seleccion los pueblos mas interesantes de la Historia. Ademas de esto, la barbarie debia continuar su proceso en los confines de la civilizacion i es de creer tambien que, fuera de las irrupciones bárbaras que recuerda la Historia, ha habido otras muchas que han vuelto a sumir en la barbarie civilizaciones como la de Roma.

Ahora preguntamos: ¿cuál es el pueblo mas antiguo, el que hace mas tiempo que se ha encontrado en posesion de sus tradiciones, el de mas antiguas instituciones i costumbres (mas o ménos perfeccionadas con el tiempo) i de cuyos flancos han salido las mas notables emigraciones?

¿Será aquel que, despojado de las potencias de movilizacion por las emigraciones, de sus elementos mas móviles, ha permanecido inmóvil?

¿Será aquel que, privado de los atributos jeneradores del espíritu por la fuerza expansiva de las emigraciones que llevan al exterior lo mas innovador, ha quedado reducido a la mayor esterilidad espiritual?

Todo esto puede ser. Pero es menester comprender esto en su nocion completa i verdadera. La civilizacion es relativa. Ha habido civilizaciones en la alta antigüedad; pero las barbaries que han venido despues de ellas, han valido muchas veces mas que ellas. ¿Qué es lo que distingue la civilizacion? Es, ante todo, el espíritu de organizacion. Organizar lo que existe, bueno o malo, he

ahí una civilizacion. De ese modo los hombres progresan, pero sin salir de ciertos carriles trazados por las leyes i las costumbres; progresan en la manera de satisfacer sus necesidades conocidas i en la manera de espresarlas; pero sin aceptar otras nuevas. De aquí nace el espíritu conservador, el cual, si no triunfa, condena a la ruina a la civilizacion que lo solicitaba, para ser reemplazada por otra o por el caos político i por la invasion extranjera. En los tiempos hiperhistóricos el espíritu de conservacion debió ser necesario para evitar toda crisis interna en una nacion i por lo tanto, para evitar una irrupcion bárbara que siempre amenazaba. De modo que el pueblo mas antiguo (como nacion culta) debe ser aquel que unia la mayor potencia de organizacion a la mayor potencia conservadora, i que va sacrificando sus demas enerjías a esa sola potencia que entónces es la mas capaz de estender su dominio. Esa potencia debió dominar lo circunvecino i semejante i debió atraer lo simpático, el mercader, el esclavo, el cobarde, el servil. I debió rechazar de sí lo mas activo, lo mas innovador, i, a medida que conquistaba, debió obligar a los más enérjicos de los países conquistados, a espatriarse, a emigrar a otras rejiones.

No hai duda de que en aquellos tiempos, sobre todo, los buenos, los justos, los mas amigos de la libertad, han sido del menor número; i entónces, esos han huido... ¿a dónde? Han huido de lugar en lugar, hasta que han comprendido que los mas fuertes debian refugiarse en lo mas inclemente de los climas i de las tierras. El bueno ha tenido que fortificarse, el justo ha tenido que robustecerse hasta hacerse heróico. Las montañas frias, las pampas heladas del Norte han debido servir de refujio a los mas enérjicos. Los cuales, multiplicándose, pueden haber descendido a los valles templados i cálidos, i haber dominado a los pueblos mas cultos e inferiores por la fuerza física i moral, i que ántes habian sido los mas fuertes. Estos

nuevos dominadores, aunque hubiesen perdido su fuerza de organizacion i de civilizacion por su larga vida de pueblos pastores, conservaban, sin embargo, su fuerza de heroismo, su fuerza de pueblos libres, laboriosos i justos, i a ello debieron su triunfo. Así podria explicarse cómo el culto primitivo de los aryas por el fuego, sus himnos, fuesen trasportados a una lengua i a una escritura cultas. Bajando a la India hallaron allí literatos que dieron forma escrita a sus tradiciones, las cuales era imposible que coexistieran con el arte de la escritura, ni que se conservaran hasta que ésta se inventó si el arya hubiera estado circunscrito a sus propios recursos intelectuales. El arya bajó a la India, la dominó, i allí elevó al rango de literatura sus tradiciones primitivas. Fué probablemente la raza guerrera de ese pueblo, i así podria explicarse cómo el guerrero en sus poemas suplanta al brahmin o al sacerdote. Quizas, tambien, se apropió el arte de la escritura sin dejar su lengua, i aun imponiéndola, en gran parte.

Así me explicaria yo la formacion de la raza blanca (caucásica) informando primero la India i la Persia con su espíritu progresivo i proyectándose al Occidente hasta poblar una parte del Asia occidental i la Europa. Esta parte de la humanidad que conteniendo mas elementos estéticos debia llegar mucho mas tarde a la cultura de las facultades de organizacion política i social i que protestando de las tiranías primitivas de los Estados cultos se separaba de ellas i emigraba al Himalaya, a la Bactriana, a los lugares mas remotos i adecuados para recibir i guardar a los hombres enérgicos. Así deben haberse formado la Grecia, la Italia i demás pueblos europeos. I segun esto, la raza amarilla del centro i oriente del Asia, seria el residuo o el sedimento de la humanidad, la masa conservadora sofocada bajo el peso de su misma potencia de organizacion estática. Así, pues, esta raza seria

la que ha constituido las primeras civilizaciones del mundo.

Lo mismo respecto de las lenguas. Aunque los principales idiomas de la Europa tengan sus raíces en el sanscrito, ¿no podría creerse tambien que el sanscrito i los dialectos que lo formaron tenían sus raíces en otro idioma primitivo i mas elemental? ¿No es lo elemental lo primero i lo compuesto lo segundo? Conforme a esto, la lengua i la civilizacion chinas serian las mas antiguas del mundo, aunque esto está en oposicion con las conclusiones de los filólogos.

Esto induce a creer que la emigracion o la disidencia activa ha sido el gran principio rejenerador i perfeccionador de la humanidad i la fragua en que se han forjado las lenguas mas ricas; el principio diferenciador i selectivo que busca al simpático i huye de la tiranía organizada de los Estados primitivos para constituir Estados mui superiores en el porvenir.

El que emigra lleva casi siempre una enerjía mui activa que no puede ejercer en su país, o por lo ménos, lleva el amor a lo desconocido i la disposicion a innovar, hasta cierto punto. Así se han formado la Grecia i la Inglaterra. Mas, si el pueblo que emite la emigracion es superior i libre, lo que emigra es lo peor.

Por otra parte, los elementos creadores e innovadores saliendo sin cesar con los emigrantes del pueblo tiránico, fuente de una emigracion, éste, al fin va quedando reducido a sus elementos conservadores, lo cual hace que se inmovilice i se petrifique como los pueblos del oriente, como la España, si no recibe de otra parte una inmigracion compensadora. Sin embargo, no sucederá lo mismo a un pueblo que ha abierto campos de actividad a todas las facultades creadoras, i libres esferas al pensamiento. Ejemplo, la Inglaterra, que civiliza a medio mundo i conserva casi intactas sus fuerzas de innovacion, i que desde

que restableció la libertad religiosa, desde Cromwell, puede decirse que lo que sale de ella o de sus dominios es mas bien lo peor que lo mejor, el irlandés, el feneano i aun los criminales.

Pudiera mui bien creerse que en la remota antigüedad tambien puede haber ocurrido esto último, o bien, que los emigrantes huyesen de la servidumbre, habiendo sido los esclavos i los serviles, lo cual mejoraba al pueblo que los emitia i empeoraba al que los recibia. Mas, en primer lugar, segun hemos visto, lo que se organizó primero en Estados se hizo al fin lo mas pobre en ideas elevadas porque necesitaba un poder tiránico para conservarse, i mal podia estimular o atraer lo mejor; i en segundo lugar, la Historia parece demostrar que son los esclavos los que ménos emigran: i dado el caso de que lo hagan ¿no es evidente que el esclavo que sale en busca de libertad vale mas que el se queda resignado a la servidumbre? Sin embargo, puede mui bien haber sucedido en una antigüedad no mui remota, que pueblos cultos i moralmente buenos, rechazaran lo malo de su seno: de este modo explicaríamos la existencia de esas naciones salvajes modernas, tan destituidas de todo sentimiento elevado.

Demos un salto i pasemos a la América. Talvez la cuestion que nos ocupa tendria mucha ménos importancia aplicada a las poblaciones indíjenas del Nuevo Mundo. Si las emigraciones han venido del Viejo Mundo, deben haber sido mui poco numerosas, talvez casi individuales o casuales; i entónces la virtud selectiva de la emigracion casi se anula. Unas pocas tribus agobiadas por las necesidades en un mundo desierto, tienen que perder casi por completo el caudal de sus ideas i de sus conocimientos, o mas bien, no podrán transmitirlo a sus

descendientes sino cada vez mas empequeñecido. La misma oscuridad que envuelve los orígenes de los pueblos primitivos de América parece corroborar lo que decimos. I si la inmigracion fué casual no hubo seleccion. I en cuanto a las emigraciones de esos mismos pueblos en su propio continente, no parece aun una cuestion urgente. Nos ceñiremos, pues, a los dominadores actuales de América, a las razas sajona i latina.

Aquí se nos presenta el espectáculo mas interesante de la vida de la humanidad i el momento mas decisivo de su destino. Si las emigraciones han hecho a la humanidad moderna, i si la América está sirviendo de campo a la última i mas libre e inteligente de las emigraciones humanas, evidente es que es este el momento mas solemne de la Historia. A cada hora, a cada momento, llega a las playas del Nuevo Mundo un barco cargado de familias, de aventureros ansiosos de pisar estas tierras de prodigalidad i de rejeneracion. Es un mundo en viaje para otro mundo, viaje perpetuo, que si no nos trae lo mas selecto, es seguro que tampoco nos trae lo mas añejo i lo mas apegado a la tradicion: son almas jóvenes, casi todas dispuestas para recibir el bautismo de un mundo lleno de promesas de renovacion i de grandeza. Aquí será descifrado el enigma del mundo i roto el último de los sellos del destino humano.

Pero hai dos jenios i dos mundos en este Nuevo Mundo i es preciso distinguirlos absolutamente.

Son dos fuerzas i dos ideas que siguen rumbos diversos, i el que los confunda perderá el verdadero sentido de la Historia.

Son dos humanidades de antecedentes opuestos i con misiones distintas, i tomar la una por la otra seria frustrar los altos fines de la Providencia. Veamos.

La Inglaterra se ha formado en las grandes luchas del pensamiento libre. Su posicion insular i la distancia de

Roma la han favorecido, i por esto, i por las inmigraciones de los sajones i de los normandos, pueblos selectos, ha sido el teatro de los mas ilustres hechos políticos. En el siglo XVII la Inglaterra estaba mas adelantada que la España en nuestros dias. La Inglaterra es la patria del puritano, del cuákero i del metodista; i con la Suiza i la Holanda es la cuna de la libertad moderna. ¿Qué estraño es entónces ver esa América del Norte asombrando al mundo con su saber i su prudencia política cuando el continente europeo yacia aun en la servidumbre? Formadas esas colonias inglesas, en virtud del principio de libre seleccion de los inmigrantes i principalmente de puritanos, aparecen en su infancia como esos niños celestiales de Miguel Anjel que unen al candor infantil la severidad de los ancianos. Esa cordura i esa sabiduría asombraron a Chatam hasta hacerle decir en plena Cámara de los lores que nada semejante habia visto en las repúblicas de la antigüedad. Otis, Patrick Henry, los Adams, Jefferson, Hamilton, i en fin, Washington i Franklin, i tantos otros causan admiracion aun a los hombres de nuestros dias por la profundidad de sus ideas políticas. ¿Quién dió a Washington, simple agrimensor del desierto, a Franklin, pobre cajista, ese tino admirable que ignoró Pericles i que Sócrates habria admirado?

¿Cómo se hizo ese prodijio? Primero, la alta educacion de la libre Inglaterra, i en seguida, la seleccion migratoria i el fuego rejenerador de los puritanos yendo a buscar a América una patria mas propicia, he ahí el secreto de esa grandeza. El ciudadano, el libre pensador, el reverenciador del semejante, estaba hecho, i el nombre de república no tenia mas que pronunciarse para convertirse en una realidad.

Medio siglo despues, las colonias españolas emancipa-

das, empezaron a balbucear a Montesquieu i a Rousseau.

¿Por qué esta distancia tan enorme? La Inglaterra habia sido un palenque de libertad, de discusion i de libre pensamiento. La España era una arena ensangrentada por ocho siglos de batallas. De un lado los combates de la vida libre, del otro, el despotismo i la sangre. Era la fuerza del pensamiento la que arrojaba a los puritanos a la América del Norte, i era la sed de batallas i de conquistas la que arrastraba al español a la pobre América del Sur. Dos espíritus, dos jenios opuestos han presidido, pues, a la poblacion del Nuevo Mundo, i a nuestra América le tocó el malo.

Segun hemos dicho, la América en su estado moderno representa la última i mas interesante de las selecciones migratorias de la humanidad, aunque el trabajo de la emigracion se halla aun en todo su vigor i que en la América latina tenga que hacer prodijios; pero la mision histórica es mui distinta en ámbos hemisferios. El americano del Norte no ha tenido mas que combatir lealmente a la Inglaterra para hacerse republicano: una vez hecha la paz, esa fraternidad con el pueblo ingles, ese orgullo de su oríjen británico a que apelaban en sus manifestos los americanos al tiempo de romper con la metrópoli, no tuvo inconveniente para volver a renacer: la América de Washington siguió siendo la hija de la Gran Bretaña.

La América del Norte se nos presenta entónces como una expansion del pueblo británico, como una emanacion de esa gloriosa i libre potencia, pero mas gloriosa i mas libre que ella, porque representa tambien las conquistas de la filosofía i cierta adopcion de las bellezas humanas de todos los siglos. Los Estados Unidos son una Inglaterra perfeccionada, i talvez podrá luego considerarse como una expansion de la Europa rejuvenecida.

No ha sido ese nuestro destino. Hijos de los espulsores de los judíos, de los erectores de hogueras i per-

secutores de herejes, de esterminadores de protestantes; hijos de los súbditos del absolutismo sanguinario, de los saqueadores de América, de los traidores del Perú, de los victimarios de Méjico, de los asoladores de Santo Domingo i de Cuba, hijos de tanta ignominia, cuando despues de tres siglos de ominosa opresion dimos el grito de independencia, evocando en nuestra memoria los hechos gloriosos del heroismo que fortifican a los débiles oprimidos cuando toman la espada de la libertad, acordándonos de Grecia i Roma, pensando en esos libres americanos del Norte, al comparar tantas cosas bellas que se cernian sobre nuestro destino con ese piélago de tinieblas a que nos condenaba la España, entónces comprendimos que no sólo teníamos que combatir a un enemigo poderoso, armado de sable i de mosquete, sino al enemigo nato de las ideas, del pensamiento i de la dignidad humana, al jenio infernal de las sombras, enemigo de esa luz divina que acababa de alumbrarnos al invocar la independencia.

I una vez emancipados, comprendimos que ese enemigo arrojado de la América en Ayacucho por las espadas heroicas de Sucre i de Córdova, ese enemigo de la luz i de la humanidad, quedaba aun arraigado en nuestros hábitos como un númen de desgracias e incorporado en nuestra sangre como un fermento venenoso. I con nombre de odio i de venganza, de ignorancia i de supersticion, de discordia i de ambiciones malsanas de todo jénero, ese enemigo trabajaba con nuestras propias manos para labrar nuestra ruina i para esterminar la república, como si hubiera un antagonismo invencible entre el jenio de la raza española, que nos seguia como temperamento, i la república, que era nuestra esperanza i el ideal de nuestra razon.

¿Qué hacer entónces? Era menester combatir contra nosotros mismos, estirpar de nuestra vida esos hábitos

constitucionales. Teníamos que deshacernos i rehacernos; en fin, teníamos que desespañolizarnos, como dice Bilbao, i aun no ha concluido esa tarea de abnegacion i de renuncia de nosotros mismos. Tenemos que despojarnos de ese espíritu antiguo para llenarnos con el espíritu nuevo, que es lo que hai de bello i de inmortal en los siglos, desde Aténas hasta Boston. Huérfanos, la Historia nos acoge i nos ofrece una nueva patria henchida de bellezas infinitas, i sus pensadores nos ofrecen el pan de la vida eterna, de las ideas inmortales. Ella nos infunde un alma para toda belleza, un corazon para toda virtud, una esperanza para toda grandeza. No somos españoles, somos los hijos de la humanidad. Mientras la España vive en el orgullo de sí misma, alimentando con amor la memoria de sus crímenes, nosotros debemos incorporarnos a la vida de la familia universal, recitando el *mea culpa* de nuestro linaje.

El español refractario se encoleriza al oir esto, i responde que si no hubiera sido por ellos aun andaríamos vestidos de plumas, como si el descubrimiento de América no hubiera sido un hecho inminente i necesario. La ciencia, que despertaba i se rehacia apresuradamente, i la América que la esperaba, debian encontrarse fatalmente; i si la América no hubiera sido española, habria sido francesa o inglesa, por ejemplo. No comprenden que no podrán rejenerarse mientras no lloren como Quintana sus crímenes de América. No comprenden que sólo a ese precio puede reaparecer acrisolado su jenio nacional, ese jenio de la rectitud severa, que no obra en vista del espectador del mundo, i que tan gran papel debe desempeñar en el porvenir de la humanidad. I es un deber nuestro reconocer que debemos a la España el jermen de ese jenio poderoso de la tenacidad, i del proselitismo imperioso del deber, que toma las cosas en serio i las lleva hasta sus últimas lójicas consecuencias.

He ahí planteada la diferencia esencial de las dos Américas. Los anglo-americanos se han formado afirmando i desenvolviendo los instintos de su raza. Nosotros nos formamos negando los instintos de la nuestra. Ellos se forman afirmando lo mejor i nosotros negando lo peor de la Europa.

La América del Norte tiene la mision de manifestar lo que debe ser la Europa rejuvenecida i embellecida. Nosotros tenemos la mision de manifestar lo que debe ser un Nuevo Mundo que niega a la Europa i que sólo se inspira en la libertad de la razon i en la seleccion libre de las bellezas de la filosofía i de la Historia.

Estos mismos principios diferenciales que presiden al destino de las dos familias americanas servirán para calificar el influjo diverso que la emigracion europea debe tener en ellas. Una emigracion copiosa tiende a hacer de la América una simple expansion de la Europa, modificada hasta cierto punto por las instituciones i costumbres americanas i por cierta dosis de despreocupacion i de libre innovacion que trae el emigrante; pero cada vez menos trasformada por cuanto ese algo de espíritu innovador disminuye notablemente por la facilidad del transporte, i por un aliciente material excesivo, pudiendo hasta llegar a anularse, frustrando completamente las ventajas señaladas a la inmigracion. ¿Qué gana el Plata con su inmigracion de napolitanos i los Estados Unidos con la inmigracion irlandesa, i cuánto no pierden por la asiática? Mas, de todos modos, esto, que sólo seria un inconveniente secundario para la mision histórica de la América sajona, seria nocivo en alto grado para la nuestra, porque la primera ya ha constituido fuertemente su jenio nacional, i nosotros todavía nó; i porque ese jenio tiene que ser mas orijinal entre nosotros. La inmigracion nos es indispensable para completar la dotacion étnica de nuestro continente, porque ésta es mui inferior a la de los

Estados Unidos. En efecto: si la inmigracion colonial, es cierto que trajo lo mas atrevido de la España, no ha tenido, sin embargo, toda la virtud que en jeneral hemos señalado a la inmigracion, porque el réjimen del absolutismo seguia al emigrante i porque este sólo buscaba riquezas, i para obtener aquella es menester: 1.º que ese espíritu atrevido, fruto de la seleccion migratoria, lo ocupemos en una reaccion poderosa contra lo que somos i no en desenvolvernos tales como somos; la virtud de la seleccion migratoria, dadas nuestras condiciones especiales, i dado nuestro fin histórico, no dará sus buenos frutos sino por una conversion reflexiva i perseverante hácia el destino singular que la Providencia nos señala; 2.º se necesita que la inmigracion que nos viene sea libre, o que, si es favorecida, no lo sea por fines puramente materiales i que venga de naciones de jenio opuesto al de la España: el mejor aliciente que debemos dar al inmigrante, es la libertad, el respeto al derecho i a la humanidad. De este modo se corrije el defecto constitucional de la inmigracion primitiva, que trajo lo mas díscolo i ambicioso por lo jeneral, i nos hacemos de ausiliares para efectuar esa reaccion contra nosotros mismos. Mas, una inmigracion copiosa dominaria nuestro jenio naciente, i no nos conviene hasta que nos hayamos elevado a la energía constitucional de los Estados Unidos.

La América se compone, pues, de dos organismos distintos que no deben someterse al mismo réjimen, i su educacion debe estar rejida por dos ideas típicas mui diversas.

El ideal del norte-americano es, jeneralmente, Washington, el rico propietario de Mount Vernon que concilia las virtudes públicas i privadas con todas las comodi-

dades materiales de la vida. Un pueblo sin mancha que, en vez de gastar sus fuerzas en empresas estériles o culpables, las ha empleado en el trabajo, cegando en su suelo todas las fuentes de la miseria i abriendo sin cesar las del bienestar jeneral, tiene, segun parece, derecho para pensar i obrar de ese modo, sobre todo, si a ese modelo asocia otros diversos.

Pero nosotros, los audaces culpables e impenitentes de la Historia, ni podemos mantenernos en ese equilibrio, ni tendríamos derecho para ello; i por nuestro temperamento i por nuestro estado social i económico, o subimos mucho mas arriba, o descendemos mucho mas abajo, o nos elevamos a la abnegacion para redimir nuestras masas desheredadas, o descendemos a una malhechora opulencia sostenida con todas las miserias del pueblo. «Nuestro destino es feliz, pero a condicion del heroismo», ha dicho Bilbao, i aun pudiera decirse que es el mas grande si sabemos comprenderlo; porque los antecedentes sociales no son jérmenes que han de desarrollarse de un modo necesario: es la conciencia la que les da su verdadera significacion, i la voluntad los pone al servicio de los fines que mejor le parece.

No obstante, nuestros políticos toman jeneralmente por modelo a los pueblos opulentos de la Europa i a esa misma América del Norte, no en vista del secreto moral que hace su grandeza, sino en contemplacion de sus riquezas i de su bienestar material, i no nos hablan mas que de ferrocarriles, de navegacion, de industria i de inmigracion favorecida. Hacer grandes centros comerciales a la europea, reproducir en nuestro continente los portentosos ejemplares de esos enormes agrupamientos de mercaderes que se llaman Lóndres, Liverpool, Nueva York, echar sobre el Nuevo Mundo los fundamentos del antiguo i hacer sobre nuestros vírjenes valles i montañas un plajio colosal de las viejas obras de la humanidad, he

ahí, mas o ménos, el ideal de nuestros hombres públicos. Pero la enseñanza secular nos dice que las naciones plagiarias están condenadas a desaparecer i que los pueblos sólo viven miéntras representan una idea nueva i necesaria a la economía del mundo. Así, nosotros no podemos ser los iguales de los Estados Unidos; tenemos que ser mucho mas o tenemos que ser mucho ménos. Ellos poseen el don del equilibrio i de la regularidad, miéntras que nosotros marchamos con velocidades desiguales i parece que cuando no corremos nos paramos. Somos los creadores del libre arbitrio i los hijos de las mayores osadías i vicisitudes de la humanidad del Mediodía; i ese ritmo de las edades antiguas que va del cielo al abismo se ha encarnado en nuestro temperamento i nos domina como la lei de nuestro progreso. Tenemos el temperamento heroico de los pueblos clásicos, i si renunciamos a ser héroes tendremos que ser los audaces de la maldad.

Luego, hagamos la elucubracion profunda de la idea que debemos representar en el mundo, idea nueva i original que debe servir de matriz a un mundo nuevo i original tambien.

Luego, no imitemos a la Europa i no tomemos a los Estados Unidos como un modelo adecuado que debemos copiar servilmente, sino como una escuela de profundas enseñanzas i de altas virtudes que debemos asimilarlos i amoldar a nuestro jenio, subordinándolas a esas virtudes mas bellas que sólo nosotros poseemos i que parecen echar en olvido nuestros pensadores.

Luego, nuestra mision no es hacer bellos pueblos a la europea, sino los pueblos de un nuevo mundo de justicia.

Luego, una inmigracion de masas ávidas de oro, no nos conviene, porque ellas desnaturalizan nuestra fisonomía, adulteran nuestro jenio i oscurecen nuestra mision, yendo al fin a engrosar las filas de los partidos conservadores i de los amigos de la rutina i de la estagnacion.

El fin no es hacer grandes agrupamientos humanos, sino hacer grandes hombres, grandes ciudadanos, porque unos cuantos hombres de honor valen mas que toda la canalla del mundo. Una inmigracion semejante sólo conviene a los pueblos como Bolivia que necesitan de un elemento estático poderoso.

CAPÍTULO XXXI

Mision de la América latina.—El mundo espiritual i el mundo físico.

Pero si el comercio, la riqueza, i la ciencia económica que los dirige no son nuestra gloria, ¿cuál puede ser el campo de nuestra actividad en esta vida?

Hai dos mundos para el hombre considerado en su economía vital: el mundo externo i el mundo interno, la naturaleza i el espíritu. El mundo de las realidades en sí, i el mundo realizador i por sí.

El mundo externo o de las realidades en sí, no es una quimera fuera de nosotros como lo ha pretendido una escuela alemana, aunque las espresiones *dentro* i *fuera* *externo* e *interno* sean inadecuadas i bárbaras aplicadas en este caso. Ese mundo es una realidad que vive en Dios i en él se desarrolla. Pero para nosotros no existe sino en cuanto lo creamos, en cuanto ejercemos la potencia de reproducirlo en nosotros mismos, pues no conocemos de él sino la reproduccion que del mismo hacemos interiormente. El espíritu creador es, por consiguiente, el único que dá realidad para nosotros a ese mundo externo. Esto que es vulgar en Alemania, es un enigma en el Mediodía, i aunque su demostracion sea sumamente

sencilla, no nos ocuparemos de ella: ahí está Fichte, allí está Kant que lo han hecho.

Segun esto, ese mundo eterno será para nosotros segun nuestro espíritu, segun el mundo interno.

La primera manifestacion de ese mundo eterno en nosotros es la de nuestro organismo fisiológico o vida orgánica, la cual, como tal vida orgánica, sólo es en nuestro espíritu i por nuestro espíritu, pues aquello de que no tenemos conciencia, no existe para nosotros, i la conciencia no es mas que el espíritu conociéndose; de modo que la vida orgánica, como tal, sólo la conocemos i la sentimos tal como es realizada por la actividad espiritual; i la reciprocidad de accion que existe entre el organismo i el espíritu, sólo existe para nosotros en cuanto este último la tolera i la realiza. La pasividad espiritual enfrente del organismo es la obra de las jeneraciones animales productoras del hombre, i el sér vivo sufre sólo porque ha querido ser lo que es. Ademas, la esperiencia demuestra que el querer del hombre puede llegar hasta dominar casi por completo las influencias orgánicas (fruto de voluntades pasadas) sobre la voluntad presente del espíritu.

Lo mismo puede decirse de la reproduccion que hacemos del mundo eterno por el intermedio de los sentidos: el espíritu es siempre el mundo realizador, i el mundo físico no es para nosotros mas que un mundo que realizamos; pues aunque la lógica trascendental nos demuestre que ese mundo existe independiente fuera de nosotros, la ciencia económica i social sólo debe considerarlo tal como puede existir en nuestra conciencia.

No obstante, aunque el sér vivo no sufre o no goza organicamente, sino en virtud de voluntades propias acumuladas en los siglos, como la vida orgánica es una cooperacion de seres vivos (glóbulos, células, jérmenes) atraídos i tolerados por el sér central, como algo seme-

jante sucede con el resto del mundo llamado físico, i en fin, como el ser vivo no puede prescindir de sus voluntades acumuladas en el pretérito, es menester aceptar que hai dos factores que entran a componer la vida individual: el mundo de las realidades esternas que relativamente permanece fijo, i el espíritu del hombre. I segun esto, habrá dos modos de obrar sobre el hombre: o modificando el mundo esterno que lo afecta, o modificando el espíritu en virtud del libre arbitrio o libre voluntad.

Mas el hombre sólo puede cambiar el mundo esterno hasta ciertos límites, en cierta medida i en aquello que lo rodea inmediatamente, como su propio organismo, o como ciertos objetos que constituyen lo que se llama su propiedad particular, o la de los otros.

¿I cuál es el límite de las modificaciones del espíritu? ¿Quién podrá determinarlo?

Miéntras mas progresan las ciencias experimentales mas de manifesto se ve la imposibilidad de multiplicar indefinidamente las fuerzas orgánicas, i aumentar ilimitadamente los objetos propios para conservarlas.

I por el contrario, miéntras mas se profundiza el espíritu por la especulacion i por la esperiencia, mas nos convencemos de que sus potencias de desenvolvimiento i de fortificacion son ilimitadas.

La primera es la esfera física, que, bajo el aspecto económico en que consideramos la cuestion, nosotros podemos llamar esfera mecánica, por cuanto cada uno de sus productos es equivalente a cierta cantidad de fuerza determinada, gastada por el hombre; i por consiguiente, en esa esfera domina la lei de las matemáticas, esto es, de las cantidades determinadas o determinables; pues aunque de tiempo en tiempo ciertos principios de la naturaleza aprovechados por la ciencia vengan en auxilio de esa esfera mecánica, sucede que ese incremento de recursos aumenta proporcionalmente la poblacion i

las necesidades superfluas, i la rijidez matemática vuelve a aparecer en el manejo de los recursos de la vida orgánica.

La segunda esfera está rejida por leyes misteriosas y sorprendentes, mui diversas de las leyes matemáticas. El espíritu se manifiesta i se afirma como infinito, pues no puede salir de sí mismo, i en él es todo lo que para él es; él es él mismo i es el mundo concebido que parece contenerlo, i la esfera mecánica no tiene mas realidad que la que él le concede en último resultado. No es este el idealismo de Fichte: aquí reconocemos la realidad del mundo i la perfectibilidad en la manera de concebirlo. No es tampoco el subjetivismo de Kant, porque suponemos que el noumeno del mundo esterno puede ser conocido cada vez mejor. Pero aquí sólo consideramos esta cuestion bajo su aspecto económico.

La primera es la esfera de los conflictos, de los intereses temporales, oríjen de las luchas de la humanidad; porque miéntras mas tengan los unos en ella, ménos tendran los otros, i lo que hace la alegría de éstos produce el dolor de aquéllos. Esta es, pues, la esfera de la discordia.

La segunda encierra la esperanza final de los hombres; allí vuelven sus ojos los infortunados i los pensadores, i allí parecen dirigir sus miradas los pueblos en sus calamidades. Es la esfera de la esperanza infinita, la esfera de la concordia, porque allí van a sumerjirse los dolores i los júbilos supremos, i porque en ella los dones se reparten aumentándose i se consumen para producir ciento por uno; i lo que es bien para los unos es igualmente bien para los otros. Una grande idea se divulga engrandeciendo a todos i engrandeciendo al que la produce; un acto heroico enaltece el espíritu jeneral i hace mas eminente al hombre que lo ejecuta.

I si en la esfera mecánica sucede con frecuencia que el

bien de los unos aumenta el de los otros, es porque en ello se mezcla la acción de la esfera espiritual, como fraternidad, como unidad nacional, como comercio de ideas, como respeto, i en fin, bajo todas las formas de esa caridad universal que se llama humanidad i espíritu público. Es porque hai en actividad esas virtudes que se llaman confianza mutua, veracidad, enseñanza, resignación, esperanza, etc., i son ellas las que dispersan los capitales en las manos de todos; las que alivian las miserias, las que hallan las ideas nuevas i los grandes recursos. Es porque el sentimiento de la conveniencia personal, saliendo de la órbita puramente individual, se eleva a la idea de esa conveniencia mas grande que halla el hombre al sentirse el hombre-humanidad, el hombre-nación, i el espíritu-inmensidad: secreto impalpable i recóndito que no puede explicarse por las leyes mecánicas sino por las leyes maravillosas i divinas del espíritu.

El mundo exterior tiene infinitos sentidos según el espíritu con que se acepta. De mil observadores de la naturaleza hai dos o tres que observan mas que todos los otros juntos. De muchos hombres que viven sesenta años hai uno sólo que ha vivido mas que todos los otros. ¿Cómo no han comprendido esto los partidarios de la economía política i del positivismo, i por qué cuando hablan de la intensidad de la vida lo hacen subordinando el espíritu al mecanismo de la vida eterna i de un modo tan empírico i superficial? Si el espíritu es susceptible de dimensiones infinitas, si relativamente el mundo mecánico permanece casi constante, i si no tiene mas valor que el que saca de la naturaleza espiritual que lo conoce, ¿cómo no han visto esos hombres que lo esencial i eterno es cambiar i engrandecer el alma, i lo auxiliar i transitorio cambiar i mejorar el mundo mecánico?

Así, por ejemplo, ¿cuánta diferencia no existe entre mirar el mundo con el alma de Neron o de Marat i mi-

rarlo con el alma de Virjilio o de Frai Luis de Leon? Lamenais al contemplar la sociedad humana sentia el entusiasmo sagrado i heróico, miéntras Tiberio sólo veía en ella al censor secreto o al asesino oculto. Esto es vulgar, pero es necesario repetirlo. Un pan produce una vida copiosa i bella en el hombre disciplinado i activo, miéntras la buena mesa sólo produce hastío en el hombre ordinario. Está probado por la esperiencia que el hombre puede restringir sus necesidades materiales hasta dejarlas reducidas a lo mas simple sin que su persona esperimente ninguna decadencia moral e intelectual, i aun parece estar demostrado que la vida sóbria i austera enaltece a la persona moral e intelectualmente. Todo esto no es mas que cuestion de método, de disciplina i de enerjía, sobre todo, si sólo se exige la moderacion en el uso de lo superfluo. Ahora si el tiempo i las fuerzas que invierte el pobre en un exeso de trabajo i el tiempo i las fuerzas que invierte el rico en gozar excesivamente de lo superfluo se empleasen en el cultivo de las facultades espirituales, es evidente que esa moderacion de costumbres vendria a redundar en un ascenso mui considerable del nivel moral de la sociedad. Al paso que la accion inversa trae la degradacion creciente del pobre por el exeso de miseria i la degradacion creciente del rico por el exceso de goces i de holgura. Mostrar lo posible i mejor realizable es imponer un deber mas alto, i es bueno divulgarlo a fin de que la respetabilidad cambie de lugar i que una nueva opinion pública se levante. ¿Quién no ve entónces que un pequeño cambio en la esfera espiritual vale mas que todos los recursos de la economía política, la cual sólo debe ser un pequeño suburbio de la moral? Pero el positivismo condena estas ideas llamándolas metafísicas i ahí se queda. En el mismo mundo aparente han vivido Marco Aurelio i Neron, Antonino i Tiberio, Probo i Eliogábalo, los grandes hombres i la canalla. ¿Por qué esas diferencias enor-

mes de espíritu a espíritu? Porque los grandes crean el mundo de un modo grande i los miserables de un modo miserable.

Lo mismo en los hechos comunes a muchos hombres. El mismo ardor militar abrasaba a los combatientes de Farsalia i de Munda, i a los griegos de Salamina; sin embargo, las dos primeras batallas fueron brutales i la otra fué inmortal. ¿I dónde está la diferencia? En las primeras no habia una grande idea; la otra estaba dirigida por un espíritu sublime; porque es la idea la que engrandece a los hombres i la que da a sus obras un contenido i un alma. Por esta misma razon las batallas de la revolucion francesa fueron grandes, i las de Bonaparte fueron miserables.

Luego, si nuestra herencia es la filosofía i la libre verdad, nuestro deber es educar intensamente el espíritu. El deber i el ideal es hacer los espíritus engrandecedores del mundo, o mas bien, los espíritus creadores de mundos grandes. Porque conocer el mundo no es conocerlo en su actualidad circunscrita, sino conocerlo en su aspiracion hácia el modelo, en su lei de progreso: toda existencia resulta de lo que ha sido i de lo que quiere ser, i hallar la mas bella espresion de ese *querer* es hallar la mejor realidad de la existencia. La bestia conoce al mundo en su instante presente, tal como es en su actualidad limitada, i nada mas; el hombre debe conocerlo ademas, tal como debe ser, esto es, en su lei de progreso i en el tipo divino que lo solicita. Todo hombre tiene un tipo de lo mejor que no existe i eso es lo que hace el progreso. I si todos los pueblos antiguos i modernos se hubieran puesto de acuerdo para no entregarse jamas al espíritu creador i para crear el porvenir con los elementos mas jeneralizables del pasado, como lo quiere el positivismo, nada de grande se habria visto en el mundo.

Así como hai infinitos hombres en cada hombre, i el

hombre superior trata de evocar siempre el mejor de ellos, así tambien hai muchos mundos en el mundo, i el grande hombre evoca un mundo semejante a él i lo realiza en cierto grado. Luego, lo que importa es la educacion i el engrandecimiento del alma; i así el ajente intelectual i el transformador manual del mundo mecánico quedará hecho tambien por muchos siglos.

Ahora, para formar el nuevo mundo del espíritu individual, miéntras mas numerosos sean los hombres que componen la sociedad, mas difícil será difundir la conviccion i dirigir los esfuerzos. ¿De qué nos servirán entónces esos millones de inmigrantes con que sueñan nuestros políticos? ¿No valdrán mucho mas unos pocos buenos que muchos malos? Para que la inmigracion pueda ser copiosa sin dañarnos es menester ante todo renovar nuestras instituciones, pues de este modo, los que vienen, siendo los que simpatizan con ellas, vendrán a sostenerlas. En el caso contrario, esa inmigracion copiosa nos seria perjudicial. En efecto: en vez de emprender la educacion de esos elementos improvisados i hetereojéneos, ¿no seria mucho mejor hacer converjer todos nuestros esfuerzos a la rejeneracion de nuestro pueblo tan patriota i tan dispuesto para las grandes iniciaciones? Una vasta instruccion obligatoria, numerosos internados de educacion gratuita en nuestros campos, he ahí lo que debemos emprender. Arrebatat al niño al trabajo manual prematuro. Disminuir las horas de trabajo de la mano de obra, a fin de obligar a todos los trabajadores a asistir dos horas diarias a la escuela, disminuir de este modo la oferta de brazos para elevar los salarios, he

ahí la obra rejeneradora que preparará la abolicion del proletariado i la ilustracion jeneral. Así rescataríamos nuestra dignidad comprometida por una espropiacion secular (la espropiacion del pobre por el rico), i en vez del hombre infatuado o necio que desdeña o que ignora los infortunios que causa, vendríamos a ser el hombre decente i honrado, poseedor de la justicia, creador de la luz i del bien, i conjurador de las grandes catástrofes que nos amenazan.

I en fin, como coronamiento de este edificio, los colejos de educacion trascendental para todos los talentos mas nobles sacados de la masa comun de las escuelas i donde se prescindirá de la erudicion vacía para esforzarse únicamente en la creacion de poderosos intérpretes del espíritu humano i de osados continuadores del pensamiento universal. Hacer los continuadores de Jesus i de Sócrates, de Epicteto i de Marco Aurelio, del Dante i de Savonarola, de Lutero i de Lamennais; resucitar esa humanidad sublime i renovar el jénesis de esos creadores del mundo espiritual i verdadero, he ahí el fin glorioso. En vez de apresurarnos tanto en repletar nuestros suelos vírjenes con esta humanidad contemporánea compuesta de imbéciles i de fatuos, frustrando así por completo los fines providenciales de este nuevo mundo, i haciendo de este modo imposible su rejeneracion, ¿no será mil veces mas sensato i previsor educar ante todo, a toda prisa i sin descanso, a esta pequeña humanidad americana, iniciada en la esperanza de nuestro gran destino i heredera de nuestras tradiciones de emancipacion i de libertad? ¿Qué nos importa el número, por Dios? ¿Acaso no vale mas un puñado de hombres sublimes que cuatrocientos millones de europeos o de chinos? Con un puñado de grandes hombres se puede rejenerar el mundo. Con cuatrocientos millones de chinos modernizados en nuestro suelo habria lo suficiente para frustrar el destino

de la América, i con él el de toda la humanidad. Pero hechos los grandes hombres ya todo lo bueno está hecho. «M. Carlyle ha demostrado ampliamente», dice Smiles, «que la historia universal no es en el fondo mas que la historia de los grandes hombres». De modo que si hacemos que los espíritus dispuestos a la grandeza se encarrilen decididamente en el bien con el auxilio de una vigorosa educacion, el porvenir será nuestro.

Dejemos lo aparente i entremos al reino de la voluntad. A ese reino infinito. Lo que Loyola hizo con la voluntad por procedimientos pueriles i con fines descarriados, esos prodijios, nosotros podemos hacerlos mil veces mayores por procedimientos racionales i con fines sublimes, a fin de que el hombre pueda decir con Epicteto:—*Para mí, mi espíritu es un reino.*

He ahí la mision de nuestra América.

La Europa nos amenaza; nuestro destino es precario; necesitamos crecer a toda prisa, engrandecemos de la noche a la mañana, crear millones a nuestras arcas, ejércitos i armadas para nuestra defensa. Vengan en buena hora los inmigrantes, repletan nuestras pampas vacías i hagan de la América un mundo poderoso en que las provincias se tocan entre sí con los surcos del arado i con los rieles de la locomotora; i entónces, al sentirnos vecino con vecino, los pueblos de América podremos unirnos, confederarnos i ser una potencia capaz de desafiar las invasiones.

Estudiemos esta cuestion en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXII

Cómo confederar la América latina.—Cómo resistir al extranjero.

Es evidente que los pueblos no se confederan con decretos, a no ser bajo el absolutismo. En los pueblos libres se necesita para ello algo mas que la voluntad de los mandatarios i algo mas que la afinidad de intereses de raza, de tradiciones i de idioma. ¿Qué se necesita? El espíritu público. Sin él la union sólo será contingente, durará mientras un gran peligro comun amenaza, o mientras la voluntad de cierto número de mandatarios no cambie. I esta inconstancia será tanto mayor cuanto mas estrecha quiera hacerse la union i mientras mas se hagan sentir por lo tanto sus consecuencias en el gobierno interior de los Estados particulares.

Así en la América del Sur, una Federacion semejante a la de los Estados Unidos traeria al fin por consecuencia el descontento de muchas de las Repúblicas o de sus peores facciones, i probablemente, las mas atrasadas, o las dominadas por partidos militares, harian un pacto secreto para romper la union. No sucederia lo mismo si la constitucion se cenía a la órbita de una simple i rudimentaria Confederacion, cuyo poder central no tuviera mas

que atribuciones de vijilancia política i no fuera mas que un congreso de plenipotenciarios, encargado, primero, de la defensa nacional, segundo, de fallar las cuestiones internacionales entre los Estados confederados, i tercero, de nombrar comisiones internacionales que conocieran en el juicio de las querellas privadas de los partidos, en cada uno de los Estados, acerca de las elecciones de sus presidentes particulares. Para el buen equilibrio i para el manejo responsable de los negocios ejecutivos, al lado del Congreso federal habria un Presidente o poder ejecutivo.

De este modo quedaba tanta libertad a las fracciones confederadas que seria mui difícil que unas cuantas se uniesen por el descontento para romper la Confederacion; i teniendo por base una fuerza permanente de diez a veinte mil hombres i algunas naves de guerra, el poder central seria bastante fuerte para obligar a la obediencia a uno o dos Estados insurrectos que desconocieran su autoridad. En este sentido, la union seria una verdadera federacion indisoluble; pues si cada Estado podia segregarse de ella cuando quisiera, la constitucion federal, no teniendo sancion ninguna, vendria a quedar reducida a dos o tres Estados únicamente, i los que mas necesitaran de una tutela superior se segregarian en la primera dificultad.

Para establecer una union mas íntima i un poder federal mas interventor i mas administrativo, dadas nuestras condiciones políticas, seria menester dotar al gobierno federal de atribuciones coactivas exorbitantes i de un poder militar considerable, porque entónces se harian mas frecuentes los conatos de separacion; lo cual daria a la federacion un carácter despótico i comprometeria la constitucion republicana.

Se requiere un gran tino para dar el primer paso en esta grande empresa, porque su fracaso importaria una

desmoralizacion del espíritu público americano, un desaliento de muchos años i el advenimiento del reinado de los bufones políticos.

Con una institucion semejante se conseguiria:

- 1.º Hacernos respetar del extranjero;
- 2.º Evitar las guerras internacionales entre las Repúblicas confederadas;
- 3.º Resolver de un modo conveniente i pacífico las cuestiones de límites;
- 4.º Impedir las dictaduras militares, los asaltos anómalos del poder i las guerras intestinas entre los partidos políticos;
- 5.º Preparar los pueblos para una verdadera Federacion, creando el nuevo espíritu público americano.

I seria una gran cosa, una anticipacion de la revelacion de nuestro destino, eso de sentir el alma de la América, poderosa en todos los puntos del continente, cerniéndose como una providencia i cayendo como la justicia allí donde el derecho se viese hostilizado u olvidado. Seria tambien mui conveniente que el Congreso federal, o las comisiones que él nombrara, se ocupasen de echar las bases de un nuevo derecho público americano. Pues, aunque en sus aplicaciones locales este derecho pudiera sufrir modificaciones, seria esencial que sus principios i sus fines fueran los mismos, sobre todo en lo que atañe a la esfera internacional, en la cual seria necesario romper abiertamente con las tradiciones europeas, tomar por mira la mayor utilidad jeneral, dentro de límites positivos, i declarar que derecho positivo es aquel que se funda en el mayor bien positivo de la comunidad; de este modo, por ejemplo, vendria por tierra el principio del *uti possidetis*. Se comprende que esto no podria hacerse en los principios. Es claro que si las secciones confederadas no querian sacrificar intereses secundarios a la realizacion de los altos fines de la humanidad americana,

no habria fuerza de cohesion ni confederacion posible: sin embargo, en los principios seria menester respetar mucho los derechos particulares de los Estados, porque en esta grave cuestion no hai que perder de vista que es sumamente difícil unir en una lei comun a pueblos que apénas tienen virtudes públicas para constituirse regularmente a sí propios, i que para exigir mucho de ellos seria menester delegar en el Congreso federal una suma tal de poder que convertiria la confederacion en un absolutismo terrible.

Para evitar los inconvenientes que resultan de colocar el poder en un cuerpo colejiado, inconvenientes que son a veces la irresolucion i la debilidad, a veces el abuso i la tiranía irresponsables, seria bueno dar al Presidente, encargado de cumplir sus fallos i sus disposiciones legislativas, el derecho de aplazarlos hasta que obtuviesen cierto exceso de mayoría.

Para las disposiciones de derecho, todos los representantes tendrian votos iguales; pero para los particulares que van a demandar un desembolso comun, el voto tendría un valor proporcional al de la cuota con que cada Estado contribuye a los gastos comunes.

En este punto, los pseudo-liberales nos proponen como antídoto a nuestro atraso social i político, i como acelerador del advenimiento de la Confederacion latino-americana, la inmigracion en grande escala. I en efecto, yo creo que una copiosa inmigracion nos llevaria al fin a ese resultado, i que ella, no siendo mui mala, es el mejor recurso civilizador que se puede inventar para conciliar la conservacion de todo lo añejo, la rutina europea, con el deber de constituir social i políticamente nuestro continente. De ese modo no tenemos que hacer grandes

esfuerzos, alcanzamos el esplendor político sin necesidad de muchos sacrificios i sin despojarnos de las regalías aristocráticas de nuestra raza.

Pero ¿qué viene a ser esto, al fin i al cabo? Es el mismo espíritu conservador de todos los tiempos, vestido a la última moda europea.

Acaso no es sabido que esas masas de mercaderes extranjeros que llegan a América (cuando no son canalla peligrosa) vienen a engrosar las filas de los partidos conservadores i que sólo piden ese orden esterno que a menudo puede hermanarse con la indolencia pública, con el servilismo, a fin de llenar con toda seguridad sus maletas de oro i sus buques de mercaderías? La única libertad que exige el inmigrante, por lo jeneral, es la libertad de cultos, i ésta puede coexistir con la política mas retrógrada. No debemos juzgar de la inmigracion de otros países por la que viene a Chile.

Una Confederacion política fundada en un elemento como éste, necesaria, como modificador, una educacion nacional mui laboriosa i penetrante, una vida pública mui activa e imponente, i en fin, grandes antecedentes morales; todo lo cual se ve en Estados Unidos, pero que seria mui difícil o imposible verlo entre nosotros. Antes de recibir una abundante inmigracion, sin graves perjuicios, tenemos que robustecer, que modelar vigorosamente nuestro jenio americano, que de otro modo se adulteraria i se perderia, haciendo que la América no fuese mas que una gran provincia europea, sin consistencia i sin personalidad nacionales.

Suponed que la Europa viniera a atacar esta Confederacion, formada de este modo, creéis que la masa jeneral estuviera dispuesta al heroismo nacional? Lucharía débilmente, hasta ciertos límites, pasados los cuales, empezaria a hacer transacciones con el enemigo. ¿Por qué? Porque habríamos perdido la orijinalidad de nuestra índole

nacional. ¿Qué perdíamos con hacernos europeos? Nuestra fisonomía americana habria perdido en belleza i en vigor lo que habia ganado en volúmen; i nuestro espíritu, olvidando su iniciacion i su mision en el mundo, habria dejado de ser el espíritu nuevo de la Historia i habria venido a confundirse con el espíritu de todos los pueblos caducos. I el jenio de la América volaria avergonzado a rejiones mas puras.

Lo injenioso puede paliar los compromisos de la conciencia i aplazar las dificultades, pero raras veces trae consigo el bien verdadero. I sin sacrificios, i sin valor, i sin abnegacion, es imposible formar grandes ciudadanos, i sin grandes ciudadanos es imposible formar grandes Estados. «Un grande Imperio i pequeños espíritus no pueden ir juntos», decia un orador inglés. I Tocqueville dice a este respecto: «Se diria que los soberanos de nuestros dias no tratan mas que de hacer grandes cosas con los hombres. Yo querria que se ocuparan un poco mas en hacer grandes hombres: que atribuyeran ménos valor a la obra i mas al obrero, i que tuvieran presente siempre que una nacion no puede permanecer fuerte por mucho tiempo cuando cada hombre es en ella individualmente débil, i que aun no se han encontrado ni formas sociales, ni combinaciones políticas que puedan hacer a un pueblo enérgico si se le compone de ciudadanos poltrones i pusilánimes».

Una institucion federal como la que indicamos, una vez consolidada en su forma rudimentaria, deberia propender a fomentar en el espíritu público las disposiciones convenientes para el perfeccionamiento de ella misma, lo cual sólo podria conseguirlo (aparte de la grande enseñanza de la vida pública) obteniendo de los Estados Confederados el derecho de intervenir o de tomar cierta participacion en la educacion pública, elevando el sistema de

instruccion al rango de ciencia, i sacándolo de la rutina europea.

Como esta cuestion es de una importancia universal, i como la educacion no sólo deberia servir para consolidar la Union latino-americana una vez fundada, sino que debe tambien servir de medio para fundarla i realizar nuestro fin, es menester estudiar mas detenidamente la materia.

CAPITULO XXXIII

Cual es la educacion pública mas adecuada para realizar los fines americanos. Institucion científico-política.

En el día, la instruccion pública no obedece a ningun principio científico i absoluto, i está dirigida por un charlatanismo deplorable. Así, por ejemplo, cuando preguntais a un pedagogo por qué conviene el estudio obligatorio del latin, os da razones que serian igualmente buenas para imponer el estudio del sanscrito, i casi tan buenas para obligar el estudio del árabe, del catalan, del vasco i aun del chino. Esos argumentadores de la pedagogía no salen nunca de la *razon de ser* o del *motivo*, i como todo estudio deja algun provecho, se sigue que hai razon para estudiar todo lo que se les ocurra.

Ni siquiera tienen noticia de que hai una nocion de las cosas i que nada debe juzgarse por el motivo sino por la nocion que le corresponde.

Mas, ¿de dónde sacaremos la nocion de la educacion?

De la naturaleza humana. Dejemos a un lado la manera como han considerado la nocion humana los pueblos de otros tiempos i los pueblos monárquicos de nuestro siglo, i aceptémosla tal como la aceptan o tienden cada

vez mas a aceptarla los pueblos mas libres, i tal como debe aceptarla un pueblo democrático i republicano en armonía con sus fines políticos.

Es claro que un Estado republicano que se precia de sincero i de sensato no debe nunca aceptar que la noción humana que sirve de guía a los fines políticos pueda ser distinta de la que se tiene en vista en los fines de la educacion; i deberá proceder como si la primera no fuera sino la amplificacion i la sancion de la otra, o esta la preparacion de la primera. Ya hemos visto ántes que el Estado debe injerirse en la educacion pública, no arbitrariamente, sino para preparar los elementos que deben crearlo a él mismo segun un modelo mejor.

Luego, al hacer un plan de estudios no debe nunca perderse de vista el fin político; pues si los directores de la educacion proceden como si dieran por sentado que el ideal humano que sirve de divisa en política, ha sido mal elegido por los lejisladores i que ellos tienen el derecho de buscar i de tratar de realizar otro mejor, este conato invasor pudiera ir hasta trastornar las disposiciones del espíritu público, hasta estraviar las inclinaciones políticas de la nación i comprometer la existencia de la República. Esta libertad podria ser permitida hasta ciertos límites a la enseñanza particular, o de sociedades i empresas particulares; pero seria absurdo tolerarla en los colejos i escuelas sostenidos por el Estado, el cual debe dar por sentado que representa la voluntad de la República de ser República i serlo cada vez mas, i que todos los recursos que de ella obtiene debe emplearlos en servicio de esa misma voluntad, cuya forma mas eminente es el Estado mismo.

El mismo criterio que hemos aplicado a la libertad i a la tolerancia debe aplicarse al Estado. Así, a la noción formal e inmóvil del Estado debe sustituirse la noción activa i progresiva, elevando el principio del Estado a siste-

ma, a fin de que tenga la virtud de acercarse cada vez mas a su ideal de *dejar hacer i dejar pasar*, formando al efecto, los hombres aptos para gobernarse de este modo sin peligros para el porvenir. En pueblos como los nuestros, es menester tambien obligar al Estado a que haga el bien en ciertas cosas a fin de que no haga el mal. Toda oposicion entre los fines de la educacion pagada por el Estado i los fines del Estado mismo, es absurda i debe suprimirse en obsequio de este último, pues su deber es crear ciudadanos que sostengan su principio.

Ya hemos visto cuál es el fin de la soberanía: es el hombre en su nocion mas alta, es el desenvolvimiento humano en su mayor potencia, es hacer el Hombre-Nacion, el Hombre-Estado, de modo que cada ciudadano viva de la vida de todos los demas: una grande alma nacional que se encarna en todo hombre. He ahí la nocion humana en su mas alta manifestacion. Es la diversidad mas grande del jenio, coexistiendo con la mayor unidad moral e intelectual.

El fin de la soberanía no es hacer la Nacion rejida i sostenida por combinaciones ingeniosas i que un golpe rudo dispersa o descompone, sino la Nacion que, dispersada a los cuatro vientos, vuelve a reconstituirse, porque cada elemento lleva una fuerza de afinidad i de organizacion, vencedora de todas las oposiciones.

De estos principios se derivan como imperativos de la conducta pública, todos los preceptos del cristianismo puro: humanidad, misericordia, respeto del hombre por el hombre, comprension profunda de la naturaleza humana, etc., etc.

Luego, si la educacion pública debe subordinarse a la mas alta nocion del Estado i del hombre, debe tambien subordinarse a esos fines i debe proponerse ante todo, la humanidad i la misericordia, el respeto mutuo de los

hombres, la comprension profunda de su naturaleza, etc. etc.

Luego, por humanidad debemos gastar todos los recursos de la educacion en enseñar primero lo que es mas caro a la humanidad i dejar la enseñanza de los clásicos para cuando haya recursos de sobra. Deberemos dar a todos los ciudadanos una instruccion de lo mas necesario, a los mas aptos una instruccion especial para los diversos fines humanos, i a una clase selecta de espíritus mas nobles, escojidos imparcialmente, una educacion mas profunda i poderosa, adecuada a los fines políticos i sociales de mas trascendencia.

Así, el tiempo i las fuerzas mentales que se invierten en el estudio del latin debemos tratar de que se empleen en proporcionar a nuestro pueblo, tan desvalido i tan numeroso de los campos, médicos i matronas a bajo precio que disminuyan la mortalidad tan considerable de niños i que divulguen con su trato las nociones de hijiene i de la medicina doméstica entre los menesterosos.

Deberemos proporcionar a la gran mayoría de ignorantes i necesitados, ingenieros i agrónomos que los ilustren en sus trabajos rurales, i abogados que los defiendan de las rapacidades i de los vejámenes de sus señores feudales. I lo mas importante en este proceder seria que el pueblo se ilustraba, se despojaba de su burda ignorancia i entraba en posesion de una nueva dignidad, desde que el trato con la jente instruida se le hacia fácil i necesario

Debemos hacer todo lo posible por dar dignidad a ese pueblo que tanto la necesita, para dar su espresion natural a la fisonomía de la República, para que su dignidad oprimida sea como un acusador de sus espoliadores, para que su degradacion no dé apariencias de sancion al desden con que se le mira, para que aprenda a invocar la justicia, i en fin, para que no sea más la fiera enca-

denada por la supersticion i por la miseria que puede ser lanzada por sus amos con la revolucion i el esterinio sobre la sociedad que la olvida.

Pero el pedagogo, que tiene una gran boca llena de palabras sonoras i de declamaciones, diria a esto: Mas, ¿quién querrá ser médico, injeniero, abogado, agrónomo, por un peso o ménos? Degradais las profesiones, etc.

No obstante, es todo lo contrario lo que sucedería: la profesion, en vez de seguir siendo el vil instrumento de un lucro excesivo, se haria el medio de una vida modesta i se elevaria al rango de institucion de humanidad, de misericordia i de redencion, de un sacerdocio emancipador cuyo ministerio alcanzaba hasta los mas humildes miembros de la sociedad menesterosa. I si los ciudadanos de mayores recursos no quisieran obtener profesiones para ser tan mal remuneradas, tanto mejor, ellas serian el patrimonio del hijo del artesano i del pequeño comerciante. Todo esto no impediria la formacion de eminencias profesionales, pues ellas son hijas de la práctica i de la libre competencia. ¿Cómo se pretenderia probar que un médico progresa mas en su profesion estudiando latin que curando enfermos? ¿O que tiene mas estímulo con ménos competencia?

Para conseguir esto bastaria reducir los estudios profesionales a lo estrictamente necesario, prescindiendo de todo lo que no vaya directamente al fin.

Primero, la dignidad i el honor del deber cumplido, i despues la erudicion.

Por lo demas, convendria dejar subsistentes las cátedras de idiomas vivos i muertos, de literatura, de ciencias de todo jénero; pero para los que quieran facultativamente aprovecharlas, i en caso de que haya recursos sobrantes, (para lo cual basta un buen sistema de contribuciones), pues, si no los hai, los ricos se encargarian de fundar i sostener colejos con sus propios recursos.

I en fin, ademas de los institutos i universidades profesionales, deberia crearse un gran establecimiento de educacion superior, a donde irian los alumnos selectos de las escuelas i de los colejos públicos. Esta instruccion trascendental, que deberia tener por objeto el estudio de los mas altos fines científicos, morales, políticos i sociales, seria pródigamente sostenida i estimulada por el Estado. Allí sólo irian los alumnos cuando ya tuvieran nociones jenerales de ciencias.

Nuestro primer deber es ser, ante todo, humanitarios, cristianos, es decir, hombres de honor, hombres decentes i honrados; i en seguida, el tiempo i las fuerzas que nos sobren podremos emplearlos en trabajos que atañen siempre a la humanidad, pero ménos directamente.

Con un procedimiento semejante en Chile, por ejemplo, se salvarian de la muerte de diez a veinte mil habitantes al año, niños casi todos; se evitarian doscientos o trescientos asesinatos, diez mil crímenes de todo jénero, en el mismo período de tiempo. I yo pregunto: ¿cómo, por medio de qué secreto maravilloso el deleite que procura la lectura de Virjilio o algo semejante, nos va a redimir de esta tremenda responsabilidad que nos echamos encima al preferir la cultura refinada i erudita a la educacion i al socorro de nuestros conciudadanos desamparados? Pues si podemos evitar esos fallecimientos i esos crímenes, i en vez de evitarlos, gastamos las fuerzas que para ello nos habrian servido, en enseñar a Virjilio i otras cosas análogas, es claro como la luz del dia que somos criminales en sumo grado, en una palabra, infames.

La bondad es la única aristocracia lejítima i la única gloria verdadera del hombre. Michelet dice: «Ojalá que la nueva Francia no olvide la palabra de la antigua: sólo los nobles corazones pueden saber cuánta gloria hai en ser bueno»

¿Cómo en Chile se ha podido dejar un asunto tan importante al criterio i a la decision de unos cuantos académicos, mas o ménos honrados i competentes, mas o ménos averiados por la rutina i por las preocupaciones?

Atribuciones de tan alta esencia deben residir en el Congreso de un modo inmanente, porque estan íntimamente ligadas con el porvenir de la República. Estas atribuciones pertenecen al Estado, 1.º porque al Estado corresponde dar los ejemplos imponentes de humanidad i de justicia, i la educacion pública es el mas poderoso instrumento de humanidad i el mejor inculcador de la justicia; 2.º porque la educacion es el mejor medio de inculcar desde temprano i con vigor en el espíritu de los ciudadanos una nocion mas pura del Estado i de la patria, i las ideas i tendencias mas adecuadas para sostenerlos i engrandecerlos; 3.º porque siendo de incumbencia esclusiva del Estado la aplicacion del derecho, es de su deber poner a todo el mundo en ese estado de cultura intelectual en que es capaz de comprenderlo i de cumplirlo; 4.º porque por esta misma razon i para el cumplimiento de ese alto ministerio necesita de hombres versados en las ciencias humanitarias, políticas i civiles.

¿No queda acaso libre su derecho a la sociedad para fundar colejos como le plazca i ejercer su actividad como mejor le parezca en la esfera científica i literaria? En esos colejos pueden los ricos estudiar lo que quieran. Mas, el Estado, está esclavizado a un deber severo i su fin principal es aplicar, enseñar e inculcar la justicia i el derecho, sobre todo, con grandes ejemplos públicos e imponentes, i con la jeneralizacion de una profunda ciencia política; porque los mas comunes estravíos políticos de las naciones vienen de la ignorancia de esa ciencia. I si los directores de las sociedades la conocieran a fondo, lo mismo que los principales ciudadanos, las diverjencias i los errores políticos no traerian nunca con-

secuencias irremediables. Mas, ¿qué sería de un país gobernado por pedantes, por mercaderes o por militares?

Yo convengo en que sea necesario educar amplia i profundamente las grandes inteligencias, porque una sola inteligencia grande puede valer mas, ser mas bienhecho-ra que muchos millones de pequeñas inteligencias; advirti-endo que lo que hace la grande inteligencia es el culto del mas elevado tipo del bien, i no el despejo i la facilidad de comprension. Así es que al mismo tiempo que se da la pequeña educacion a la jeneralidad, educacion que debe tener por base el sentimiento nacional i el culto de los deberes i derechos del ciudadano, creo que tambien debe darse la grande educacion, gratuitamente, a los es-cojidos por la justicia. Mas no creeré nunca que nuestras universidades ofrezcan el modelo de eso que debe lla-marse grande educacion.

¿I a dónde ir á buscar esa grande educacion? ¿No es esto una idea aventarada i sin contenido? Veamos. Sólo daremos ideas jenerales sobre este asunto. No es de la incumbencia de este libro i hablaremos brevemente.

Creo conveniente citar algunas líneas de las *Lecciones sobre el método de los estudios académicos*, de Schelling.

«La preparacion particular para cierta especialidad», dice este filósofo, «debe ser precedida del conocimiento del todo orgánico que forman entre sí las ciencias. El que se entrega al estudio de una ciencia especial debe aprender a conocer el lugar que ella ocupa en ese todo i el espíritu particular que la anima, así como el método del desarrollo por medio del cual se relaciona con la cons-truccion armónica del conjunto. De ese modo sabrá tam-bién cuál es la manera de concebirla, nó como esclavo, sino como hombre libre, i en su espíritu jeneral.»

«Por lo que precede, ya comprenderéis que una doc-trina sobre el método de los estudios académicos no puede salir sino del conocimiento real i verdadero del vínculo

vivo que une a todas las ciencias, i que sin él, toda enseñanza tiene que ser muerta, sin intelijencia, exclusiva i limitada».

«Pero quizás esta exigencia nunca fué tan urgente como en nuestra época, en la cual, todo en la ciencia i en el arte parece tender poderosamente a la unidad, en la cual, las cosas mas apartadas, en apariencia, se tocan, la comunicacion que se produce en las partes centrales se comunica inmediatamente a todas las demás, i un nuevo órgano de la intelijencia se desarrolla, se jeneraliza i se aplica a casi todos los objetos. Una época tal no trascurrirá ántes de ver nacer un nuevo mundo que sepultará en la nulidad a los que no han tomado en ella una parte activa. I el desenvolvimiento de una cosa tan noble debe confiarse principalmente a las fuerzas frescas i puras de la nueva jeneracion. Nadie está escluido de esta participacion, porque la parte que escojerá cada uno responde a un momento del progreso en esta renovacion universal; pero para que su concurso sea eficaz es preciso que él mismo perciba tambien el espíritu del conjunto, que conciba su ciencia especial, como un miembro de un cuerpo organizado, i comprenda de antemano su destinacion en el mundo que se forma. Es menester llegar allí, ya por sí mismo, ya por ajeno auxilio, a la edad en que el espíritu no se ha dejado aun amoldar a las viejas formas.»

«...El que no tiene la idea jeneral de la ciencia es, naturalmente, el ménos capaz de hacerla aparecer en los otros. El que se consagra, laudablemente, si se quiere, a una ciencia de un órden inferior i limitado, no es competente para elevarse a la concepcion del todo orgánico de la ciencia; i en jeneral, esta concepcion sólo puede esperarse de la ciencia de las ciencias, de la filosofía, i en particular, del filósofo cuya ciencia especial es la ciencia absoluta i universal, i cuyos esfuerzos, de consiguiente,

deben dirigirse a abarcar la universalidad de los conocimientos humanos».

«De la facultad de ver todas las cosas, i aun las de detalle, en su relacion con la ciencia primera i única, depende la ventaja de trabajar en cada ciencia particular con intelijencia, i con esa alta inspiracion que se llama jenio. Todo pensamiento que no ha sido elaborado con ese espíritu de la unidad i de la universalidad, está muerto i debe rechazarse. Lo que no es susceptible de ser percibido armónicamente en este conjunto organizado i vivo, es una sustancia inerte, que, segun las leyes orgánicas, será al fin espulsado.»

La ciencia contemporánea puede ser mas esplicita, habrá concretado metódica i laboriosamente el pensamiento de Schelling, pero aun así no creo que encierre mas profundidad. La escuela inglesa, sobre todo, ha condensado en tratados científicos el gran pensamiento de la unidad de las ciencias; pero el pensamiento de Schelling es mucho mas profundo i mas rico, por cuanto para él esa unidad significa la síntesis universal concretándose en una sola idea final i absoluta; i «toda ciencia es una aspiracion del hombre a comunicarse con la esencia divina, a participar de esa ciencia primera cuya imájen es el universo i cuya fuente está en la intelijencia eterna.»

I ciertamente, esto es mas positivo que el positivismo, por cuanto todo orden de ideas lógicas que nos hace sentir grandemente es esencialmente positivo, desde que lo positivo es lo que se siente i se debe sentir cada vez mas, i lo negativo i absurdo lo que se ha de sentir cada vez ménos, i en este sentido debe decirse que sin oir el testimonio espontáneo de la conciencia no se puede saber qué cosa es *positivo*. Spencer, creyendo probar lo contrario, ha demostrado que el sentimiento de lo inmortal es inherente al hombre, que la idea divina se perfecciona sin cesar mejorando á la humanidad, i que, por consi-

guiente, sería burlarse cruelmente del positivismo el suponer *a priori* que era posible una humanidad progresiva e incrédula.

Mas, no nos apartemos de nuestro asunto.

Elevarse a una idea final i sintética de las ciencias, no sólo a esa simple esposicion metódica del positivismo que dilata el espíritu, recreándolo, sino a esa unidad mas viva y mas intrínseca que nos hace sentir en el fondo de nuestro espíritu un espíritu infinito que forma la unidad del universo, no en la percepcion únicamente, sino en la concepcion amante i creadora, eso es, ciertamente, el fin de la ciencia, i eso es mas positivo que todo lo positivo, por cuanto realiza en nosotros un sér más grande i poderoso. Concebir es ser, i lo que se concibe está en nosotros mismos, considerando las cosas por su aspecto económico, por su accion en la economía de la vida. El saber, por sí mismo, no es un goce, ni una felicidad, ni un engrandecimiento si no va a hablar al alma de lo que, segun su naturaleza afectiva, es mas bello o mas bueno; i el pedante i el fatuo que sólo desean saber por pura vanidad, i el frívolo que sólo ve en el saber un objeto de curiosidad, no tienen cabida en la edad moderna.

Por esto es que la filosofía trascendental es la única que puede servir de concepto fecundador a las ciencias diversas, i hallar en ellas el verdadero sentido de una sola ciencia universal i darles el gran significado de re-jeneradoras del mundo i de creadoras de una nueva humanidad, formando al hombre que siente grandemente, que es capaz de lo sublime, porque lleva en su seno el secreto grande i sublime de la creacion, la idea de la omnipotencia productora i bienhechora. ¿No decis que el ejemplo imponente de un poder público, honrado i activo, enaltece el nivel moral de la sociedad? ¿I qué diriais de un filósofo chino que llevando el positivismo a sus últimas consecuencias os demostrara metódica i laboriosa-

mente que toda esa accion administrativa no era mas que el resultado de una serie de fenómenos fisiológicos i que cada uno de estos fenómenos era a su vez el resultado de una serie de fenómenos mecánicos i químicos? Ese chino merecia una bofetada talvez. I si negar la personalidad i el mérito de la vida humana es un atentado contra la dignidad y contra el mejor de los derechos del hombre, i si eso tiende a depravar la especie, ¿cómo no se os ocurre que algo semejante tiene que suceder, si pretendéis suprimir de la creacion o del modo de concebirla la idea mas grande i mas bella que puede animarla, cual es la personalidad i el mérito del principio creador i bienhechor? ¿Acaso en vano tenemos a la vista esa predicadora infatigable que se llama naturaleza, i acaso será indiferente recibir sus palabras con un sentido sublime o recibirlas como una manifestacion fenomenal de fuerzas físicas, químicas i orgánicas? Lo positivo es lo que se siente i ha de sentirse cada vez mas.

Por otra parte, esa filosofía china ya tiene sus representantes en Europa, i ya existen elementos para suponer racionalmente a dónde pretende llevar a la humanidad eso que se llama positivismo.

Tampoco un buen sistema de educacion debe mirar únicamente al orden de estudios mas adecuado para adaptarse a las inteligencias juveniles; porque ante todo debe tenerse presente la formacion del ciudadano i del sér moral.

En fin, al principio de Schelling que dice: «aprende sólo para producir tú mismo», i a las otras ideas de este filósofo que llevamos espuestas, creo que deben servir de complemento las que siguen.

Cuando los jóvenes de verdadero talento salen de la Universidad, al poco tiempo echan de ver que no saben nada, i que si quieren saber algo, deben ponerse de nuevo al estudio i al trabajo. Esto es lo que ha pasado a to-

dos los grandes ingenios, los cuales han tenido que someterse a rudas tareas para llegar a ser lo que han sido: su verdadera educacion ha principiado despues de salir de la universidad. Ahora, si queremos plantear una Universidad donde se organice regularmente esa verdadera educacion, examinemos cómo se han formado a sí mismos los grandes hombres, i ese exámen nos suministrará los datos de un plan de estudios i de un reglamento para un establecimiento de ese jénero.

La primera inspiracion de un gran talento que se pone a la obra, es la de abarcar en una sola síntesis todos los estudios que deben entrar a componer su especialidad; pero de tal modo, que al rededor de esa síntesis sólo se vean aparecer otras síntesis formadas por otras órdenes especiales de estudios, distintos por su fin, i que, tomando por punto de partida o de arribo a la primera, le sirven de preparacion natural o de legal desenvolvimiento. En seguida, tratará de determinar el modo cómo su especialidad se relaciona con el todo orgánico de la ciencia universal porque sólo entónces comprenderá el verdadero sentido i la verdadera tendencia de su ciencia especial, segun dice Schelling, i sólo entónces sabrá estudiarla bajo su verdadera luz, porque la verá como un órgano subordinado a un organismo vivo i a sus fines. Entónces está seguro de propender a un gran fin i sus fuerzas se habrán centuplicado i habrá determinado mejor el impulso i la direccion que debe dar a su especialidad. En fin, por lo que hace al régimen del estudio, el grande ingenio se somete al método i a la constancia, i busca el reposo en otros estudios diversos, en los cuales busca el modo cómo se relacionan con el suyo propio, o bien, en el trato de otros sabios. Así va llegando, a la concepcion de la unidad científica i de la unidad del universo. El verdadero sabio sigue instintivamente el consejo de Schelling.

Segun esto, parece que en una Universidad de estudios trascendentales, lo primero que debe estudiarse es la filosofía elemental de las ciencias (de las cuales ya deben tenerse nociones jenerales, por lo ménos); porque es esa filosofía elemental la que está llamada a indicar cómo deben agruparse las ciencias en especialidades, segun sus dependencias i analogías íntimas, i la funcion que cada una de estas especialidades ejerce en la economía de la ciencia universal; haciendo ver que una misma nocion, la nocion de la vida individual, sirve para explicar toda la creacion, desde el átomo hasta el hombre. Lo segundo que debe estudiarse es un compendio de todas las ciencias, segun las miras de esa filosofía elemental. Lo tercero es el conjunto de las ciencias que componen la especialidad, tratando de abarcar la marcha que en ella ha seguido el pensamiento humano. En seguida vendria la crítica, i en último lugar, el período de creacion o de propia produccion, i la filosofía trascendental.

Mas, a fin de que las especialidades puedan ser objeto de una síntesis activa, fecunda i rejuvenecedora del espíritu, es menester saber determinar sus límites, de modo que haya una estrecha relacion entre las partes que la forman, i bastante diversidad entre esas mismas partes, a fin de que el espíritu se repose del estudio de las unas en las otras i a fin de darle una actividad mas libre i mas noble.

Así, el estudio esclusivo de las matemáticas esteriliza i fatiga tanto mas un talento cuanto mas poderoso es; i lo mismo sucede con la mecánica, con la astronomía, con la física, etc. ¿I cómo hacer las divisiones racionales de las especialidades científicas? He aquí lo que yo pienso.

Las matemáticas no son mas que un instrumento de las ciencias en jeneral. I clasificando las demas ciencias por lo que tienen de esencial, resulta que la mecánica, la

astronomía, la física i la química no son mas que la ciencia del átomo i de la molécula, i por tanto, deben unirse en una sola especialidad, por cuanto se encierran en la misma síntesis de la vida atómica i molecular. En efecto, seria fácil probar que la fuerza, el calórico, la electricidad, la afinidad química, no son mas que manifestaciones diversas de la vida del átomo i de la molécula. La jeología i la química orgánica serian comunes a esta especialidad i a la siguiente que es la biología, o a la vida individual patente, la cual (con cualquier nombre) deberia llegar hasta la época del hombre prehistórico, que a su vez seria comun entre esta especialidad i la que tenia por objeto el estudio de la humanidad. Esta última seria la base de un gran número de ciencias: ciencia de las emigraciones, ciencia del idioma, ciencia del arte creador de las relijiones, ciencia de la literatura, ciencia del derecho, ciencia de la moral, ciencia de la política, i ciencia de la medicina, etc. I en esta grande esfera las especialidades debieran compenetrarse mucho mas. En fin, por encima de todas las ciencias se elevaria la gran ciencia de la filosofía trascendental, que, apoyándose en la filosofía de las ciencias, crearia la estética i la moral, las cuales, con la psicología i la lógica servirian de fundamento a una nueva metafísica, metafísica positiva que en nada se pareceria a la antigua, cuyo principal objeto seria hacer concebir todas las existencias como comprendidas en la misma nocion de lo ideal, de lo infinito i de lo eterno, i demostrar la potencia infinita del hombre.

En cuanto al mecanismo, el profesorado impone al alumno el régimen, la aplicacion, la tenacidad, la asistencia a los cursos y a los certámenes semanales o quincenales, a los torneos de las inteligencias homojéneas, i al veredicto ilustrativo de alumnos i profesores. En las Universidades, tales como hoi existen, ha aprendido a recibir

el saber pasivamente; pero en esas Universidades venideras debe aprender a producir por sí mismo, habitar el espíritu a producir todo lo que puede, aunque los estrenos parezcan desconsoladores. Cada uno en estos certámenes elige el tema de su agrado, porque así cada uno encuentra mejor su camino. A los certámenes especiales concurrirán todos los alumnos indistintamente, a fin de llamar constantemente las inteligencias a la universalidad.

I despues de estos certámenes i controversias particulares, cada alumno debe elevarse a la concepcion de un sistema propio en el estudio de su predileccion. Así, los que estudian política deben hacer cada uno un sistema político segun su jenio personal; los que estudian especialmente la filosofía trascendental (porque en jeneral todos la estudian) deben hacer cada uno un sistema filosófico que sea la espresion de su propio jenio elevado a su ideal; lo mismo las demás especialidades, aunque en las esferas mas elementales, ya la diversidad jenial tendria que hacer mucho ménos. I estos sistemas, para que se eleven a su perfeccion, deben someterse a la controversia i a la oposicion, hasta llegar a compenetrarse i a completarse mutuamente, sin que por esto pierdan su orijinalidad. El ideal de la enseñanza debe ser este: dado el jenio i la índole personal de cada alumno, hallar su forma mas acabada i enérjica; i con este mismo fin convendria que los alumnos elijiesen sus profesores i trataran de constituirse segun la norma de una pequeña república ideal. Es preciso llevar la educacion hasta ese punto eminente en que las diversidades morales o estéticas hallan su razon filosófica, su espresion inteligente i artística; es menester llevarlas a su esfera científica, i he aquí por qué. Uno de los principales fines de la educacion es demostrar, poner en evidencia la eficacia i la suficiencia del pensamiento, a fin de que los hombres, sostenidos por esa fé comun, adquieran en sumo grado la confianza mutua, la seguridad

de que todos tienen que someterse a los imperativos de la razon. Sólo así pueden alcanzarse la calma i la serenidad del alma. Para ello es preciso hacer ver que todas las oposiciones estéticas son lejitimas i conformes a la razon, con tal que encuentren su vía de perfeccionamiento. Hai que vencer idealmente todas las oposiciones de la naturaleza humana, conservándolas como distintas, pero uniéndolas en una nocion i en un fin mas elevados. Así se eleva *la razon de ser* o *el motivo* de las inclinaciones a la esfera de la idea absoluta que comprende en sí, como necesarios, todos los modos de la naturaleza humana. Los sistemas opuestos ya no serán realmente opuestos, sino medios diversos de llegar al mismo fin, de realizar la misma idea final.

Tales deben ser los caudillos de la rejeneracion americana. Una vez educados así, deben lanzarse al campo de la accion i del proselitismo, para lo cual seria mui conveniente que el Estado pusiera a su disposicion un fondo comun para satisfacer modestamente sus necesidades.

Una vez que la fé en la suficiencia del pensamiento ha sido de este modo consolidada, los razonadores de la dissolution, del cinismo, de la indolencia i del egoismo, están vencidos, condenados a la humillacion i al silencio, i con ellos, nuestro grande enemigo, el jenio del pasado, que, apoyado en la tradicion i en la revelacion, predica la inmovilidad, la nulidad i la poltronería como el bien supremo, i cuenta entre sus mayores triunfos los siniestros i los naufragios del pensamiento libre.

El fin último que esta enseñanza debe tener en vista es: 1.º la produccion de la personalidad intelectual americana por medio de la creacion de una escuela científica que sea propia de nuestra América, a fin de que haya

una ciencia americana como hai una ciencia europea, pues es sabido que cada raza puede dar un jenio distinto a la ciencia; 2.º el conocimiento profundo de lo que deben ser la sociabilidad i la política americanas; 3.º la ereccion de hombres capaces de abrigar en su seno el alma del Nuevo Mundo i sentirla jerminar en sus entrañas como la suya propia; porque sólo ellos, o los semejantes a ellos, serán los que puedan infundir la unidad de espíritu nacional en los pueblos del continente, i hacer que se sientan ajitados por la misma mision i llamados por el mismo destino; son ellos los que pondrán fin a ese enigma que nos domina i que nos amedrenta, i que es la ausencia del jenio de la humanidad.

Jamás, en efecto, se había visto en el mundo un momento mas solemne que el nuestro en la marcha del jenio humano. En posesion del mas bello de los continentes que nos mira mudo i respetuoso, esperando nuestra voluntad; en presencia de la mas bella i sorprendente de las misiones históricas, nuestra raza parece ignorarse a sí misma i abdicar su destino providencial. Fuera de uno que otro esplendor de jenio que se estingue como las flores prematuras, ni hombres poderosos en la palabra, ni hombres poderosos en los hechos, nadie aparece en el seno de esta humanidad descarriada, nadie se levanta a descifrar ese enigma. Bilbao parece que ha muerto en el alma de todos: no se vuelven a oir palabras parecidas a las suyas.

¿Cómo encontrar al jenio en América? Creando en todas las naciones del continente nuevas Universidades como la que indicamos, constituídas segun el modelo de pequeñas repúblicas, léjos del influjo de las ciudades, en el desierto, a fin de que alrededor de ellas se echen los cimientos de las ciudades venideras, animadas por el espíritu nuevo; i si fuera posible, llevando a cabo la institucion de una grande Universidad americana donde se

uniesen los hijos de todos los pueblos hermanos. En este caso, esos jóvenes salidos de la Universidad central i diseminados en los varios países del continente, seguirían siendo los miembros de una institucion libre, pagada por los Estados i cuyos fines serian propagar esa alta enseñanza i crear un nuevo espíritu público en América por medio de un activo é ilustrado proselitismo, por la palabra, por la prensa, i sobre todo, por el periodismo, creando un periodismo americano.

Los primeros frutos del proselitismo de que hablamos, debieran alentar a los caudillos para la creacion de nuevas Universidades en el desierto, alrededor de las cuales deberian agrupar un núcleo de emigrantes escojidos, a fin de echar los cimientos de las nuevas ciudades americanas, animadas por ese espíritu nuevo i que servirian de fundamentos a las sociedades futuras. Además, debiera huirse de la uniformidad: los caudillos homojéneos se juntan i asociándose familias e individuos simpáticos, instituyen una nueva Universidad i fundan una ciudad nueva segun su jenio i segun su ideal: así habria diferentes tipos de sociedades que es lo que conviene a nuestra América, tan variada en su jeografía.

Las demas sociedades del mundo se han formado casi por la accion rítmica de la sola fuerza orgánica, con intervenciones irregulares del pensamiento libre; pero la nuestra tiene que formarse por los dictados independientes de la ciencia i de la filosofía. Nuestra América no existe todavía i es necesario principiar a formarla. I para ello debemos echar mano de todos los agentes de libertad que nos presenta la Historia: los profetas de Israel, esto es, nuestros poetas elevándose al estilo del Dante o de Víctor Hugo, los oradores de Atenas, los tribunos i los censores de Roma, los caudillos del pensamiento emancipador que en todo tiempo han trabajado en la renovacion del mundo. Así fundaríamos un mundo nuevo

lleno de sociedades nuevas; los Estados diversos, albergues de jenios diversos. Nada de igualdad, ni de uniformidad, sino en lo que sea necesario; queremos la mas grande unidad intelectual i moral unida a la mayor diversidad estética. Cada jenio funda su pueblo segun sus ideas propias. I esas pequeñas colonias serian las piedras angulares de la arquitectura política i social del Nuevo Mundo.

Mas, nada de esto podria conseguirse sin la educacion amplia e intensa de los hombres de un jenio superior, en el sentido de que el fundamento del jenio superior es el carácter puro i jeneroso.

Es mui comun oir decir que la accion es superior a las ideas o a la educacion; miéntras hai escuelas alemanas que sostienen que la idea es todo i que la accion universal no es mas que la manifestacion necesaria de la idea absoluta. Ambos extremos son absurdos. La idea no llega a su fuerza i a su perfeccion sino cuando se hace la idea de un pueblo o de la humanidad, i se resuelve en una serie de hechos históricos que son como la manifestacion de la idea en toda la riqueza de su contenido. I por otra parte, la accion tiene por contenido a la idea, i es segun la idea. Hacer cosas que por contingencia resultan ser grandes no es ser autor de grandes cosas, si el espíritu o la idea con que se obraba era mui inferior a los resultados; i la verdadera actividad es aquella que levanta la arquitectura de los hechos, segun el plano predeterminado de las ideas i del fin superior que se propone, aunque siempre la actividad ambiente de la sociedad ponga mucho de su parte i aumenta o disminuye enormemente los resultados. De otro modo, la accion tendrá resultados de un carácter fortuito. ¿Por qué fracasó el primer Bonaparte, ese hombre tan activo? Por falta de ideas profundas. Mucho mas talento que él han tenido Penn, Weslei i Knox, o bien, San Martin i Bolívar. El

jenio sin grandeza de alma pretende crear el porvenir a su antojo i al acaso. El jenio verdadero alumbrá el porvenir con el estudio, con el amor i con una incubacion atrevida, i en ese campo alumbrado misteriosamente, abre las rutas i levanta los primeros albergues de la humanidad peregrina que allí se dirige. No hai actividad verdadera sin ideas verdaderas, i ántes de lanzar la juventud escojida al campo de la accion, es necesario ponerle en la frente esa antorcha del jenio previsor i precursor que el Dante creia ver en Virjilio. El saber puede considerarse como la accion virtual o en potencia con que la humanidad entera concurre a nuestras acciones particulares, por cuanto él viene a ser la condensacion prodijiosa de los esfuerzos de toda la humanidad pasada, ya como tradicion i ciencia escrita, ya como espíritu individual, heredero de un organismo elaborado en los siglos i capaz de apreciar ese saber i de aumentarlo. La accion es la vigorizacion del saber, su fecundacion i su difusion mas enérgica. Pero sin ideas, la accion se despilfarra, la enerjía se derrocha en obras fujitivas o inútiles. La accion buena es fecunda, pero será tanto ménos fecunda cuanto mas mal se traduzca la buena intencion en el órden intelectual. La accion es como un pedernal chispeante de ideas, pero si la accion es el fracaso, las ideas son negativas; luego, vamos primero a lo que puede obtenerse sin fracasos, i evitarlos; vamos al saber.

CAPÍTULO XXXIV

Una institucion que hace falta en América para la salvaguardia y el progreso de las formas republicanas.

Es un fenómeno raro el que presenta nuestra América bajo el aspecto de su vida internacional. Todos los americanos sabemos que las Repúblicas de este continente están providencialmente llamadas, si no a formar una confederacion, al ménos a unirse cada vez mas en el mismo espíritu político i en el mismo patriotismo; i sin embargo, mui poco o nada se hace por acercarse a ese fin. No debe darse ninguna importancia al congreso de juristas reunido hace poco en Lima con el objeto de uniformar los códigos americanos, 1.º porque el Perú, bajo cuyo patrocinio se realizaba esta obra, desvirtuaba con una política desleal el espíritu que debia animar a ese congreso; 2.º porque la uniformidad que se pretendia conseguir estorbaria las buenas y atrevidas iniciativas de reforma en los pueblos mas innovadores; 3.º porque no entra en los fines de nuestros pueblos el establecer la uniformidad en nuestras leyes civiles i políticas. Nuestros pueblos marchan rápidamente a convertirse en razas diverzas, de costumbres i jenios mui distintos, i por

consiguiente, cada día exigirán códigos i constituciones mas orijinales i mas en armonía con su particular manera de ser. Esta familia latina contiene riquezas i amplitudes morales desconocidas de los hombres del Norte; entre nosotros, las diferencias de índole i de gusto están llamadas a tomar proporciones mui grandes, i la uniformidad civil i política, tolerable para los hombres de Estados Unidos, para nosotros se haria cada vez mas imposible. En vez de perseguir fines semejantes, ¿no seria mas cuerdo tratar de echar las bases de un nuevo derecho público americano, fundándolo en principios filosóficos i fraternales i sacándolo de la rutina europea? ¿No seria bueno hacer aceptar principios como estos: No se reconoce como legal en América otra forma de gobierno que la republicana (esceptúase al Brasil); la América latina, para los americanos de su propia raza; arbitraje internacional? etc.

No es uniformando los códigos cómo se une a los pueblos; i a veces esa uniformidad se hace una causa de tirantez i de malestar, vecinos de la enemistad i del odio. Es menester para alcanzar ese alto fin, elevarse a una actividad ménos mecánica, ménos hacedera, ménos erudita, pero mas penosa, mas penetrante i mas infatigable. Para ello se requiere algo mas que un congreso de juristas; se requiere la cooperacion de fuerzas mas universales i mas intrínsecas. Hai en todas nuestras repúblicas hombres de un gran mérito en quienes vive i se ajita el sentimiento de esta patria comun i cuya union podria enjendrar un saludable movimiento del espíritu público conducente a ese fin, dando impulso i direccion a fuerzas que se esterilizan en la inquietud i en la duda, a nobles sentimientos que sólo esperan una ocasion para resolverse en hechos i en sacrificios.

Pero ántes de entrar en la indicacion de los medios cuya adopcion seria la mas adecuada para el despertar

miento i para la educacion de ese espíritu americano, creo conveniente señalar de paso las provechosas consecuencias que de ello debian esperarse.

En primer lugar, esa unidad de sentimientos i de esperanzas, ese nuevo i grande patriotismo, vendria a ser para la América como un alma naciente que viniera a animarla, haciendo de sus dispersos fragmentos el incipiente organismo de una nueva personalidad histórica.

I esa alma naciente de la América, identificándose con sus bellezas naturales i con su unidad jeográfica, vendria a ser para nosotros la fuente de una nueva vida estética, vasto sentimiento, noble esperanza, sueños puros de grandeza i el presentimiento de la mision que nos está reservada. Espíritu nuevo de un nuevo mundo donde vendrian a abrigarse todas las apelaciones, todas las esperanzas i todos los júbilos imaginados que han conmovido a los pueblos. Esta unidad espiritual de una gran nacionalidad es lo que ha hecho a los grandes hombres i a los mejores jenios; los mas grandes historiadores i los poetas mas ilustres son hijos de ese vasto patriotismo i de esa fortificante dilatacion del alma; i jamas un pequeño pueblo aislado de espíritu (si se exceptúa el judío) ha tenido hombres de un vasto jenio, i ménos grandes artistas. Como los grandes mamíferos necesitan de dilatados continentes o de inmensos mares para aparecer i desarrollarse, los altos jenios han menester de esos vastos espacios morales creados por las poderosas aspiraciones i por los hechos ilustres de la Historia.

Pero si no quisiéramos detenernos en eso que no parece mas que poesía, fácil nos seria hallar a esa unidad de espíritu públicas ventajas mas positivas o mas tangibles. En efecto: la mejor disciplina del poder político i su correctivo mas eficaz es la accion i la sancion de la opinion pública, i miéntras mas poderosa sea esa opinion, mas

moderado tendrá que ser el poder de los gobiernos; tambien es de suponer que mientras mas se dilata su accion mas imparcial tiene que hacerse. De modo que si consiguiésemos que toda la opinion pública de la América pesara sobre la conducta de cada uno de los gobiernos americanos con una fuerza verdadera, hecha eficaz por la pasion, por las manifestaciones públicas i por la voz atrevida de la prensa i aun por hechos de otra naturaleza, es claro que esta fuerza reguladora ejerceria una influencia mui considerable i mui bienhechora sobre la marcha política de nuestras sociedades.

Ahora, es evidente que esto sólo se consigue fortificando el espíritu público, creando esa alma universal que sentiria en cada americano los infortunios i las glorias de todo el continente.

Ademas de esta fuerza estimuladora i represiva de la opinion, deberia tambien tenerse en cuenta otros medios de vijilancia i disciplina que esta unidad de espíritu público pudiera traer consigo, tales como las advertencias amistosas, las protestas enérgicas i aun la ruptura de relaciones, puestas en práctica por los Estados diversos para con el Estado refractario que atentara contra nuestros principios de derecho público, ya por abandono de las formas republicanas, por tratados injuriosos a la dignidad Americana, por injustas hostilidades, o por otras causas análogas. ¿No estaria en el orden natural, por ejemplo, que nuestras repúblicas se comprometieran por un pacto solemne a no tolerar tratados del jénero indicado i a no reconocer como poder lejítimo el del dictador o presidente que entre ellas violara la Constitucion Nacional?

No hablaremos aquí de otros beneficios que podrian obtenerse por este medio, tales como el desarrollo del comercio por tratados fraternales, por ejemplo, porque damos por sentado que los bienes materiales están su-

bordinados al gran bien del fin social, i que consiguiendo éste, lo demas viene por sí mismo. Señalaremos, sí, como último i mas valioso resultado, el incremento de respetabilidad a que nuestros pueblos se harian acreedores de parte de la Europa, por el incremento de la fuerza de cohesion que nos pondria en aptitud de resistir a las injurias i a los ataques del extranjero.

Estas son las excelentes ventajas que a mi juicio podrian obtenerse por la union de los hombres sobresalientes de la América, representantes de lo mejor de nuestro espíritu público. Examinemos ahora cuál seria el mejor procedimiento para iniciar esa union i para encaminarla por la senda de su fortificacion i de su progreso.

Desde luego, los iniciadores constituirian en su país un consejo al cual invitarian a todos los ciudadanos de la misma república señalados por sus virtudes o sus talentos, especialmente a aquellos que gozaran de una honrosa reputacion pública en América; i este consejo se pondria en relacion con los hombres de las demas repúblicas que a su juicio fueran mas a propósito para servir los fines de la Institucion. De este modo podrian asociarse unos quinientos americanos de los mas distinguidos.

Como lo que sucede jeneralmente, con esta clase de Instituciones que persiguen fines remotos i desinteresados, es que los vínculos que las forman, se aflojan continuamente por falta de una regla de actividad, seria casi indispensable encarnar en fines inmediatos los medios i las actividades necesarias para alcanzar ese fin remoto, imponiéndose al efecto las obligaciones siguientes:

1.º Crear un Colejio Americano en el punto del continente que se creyera mas ventajoso, procurándose al efecto fuentes necesarias de recursos. En este Colejio, cuyas becas se llenarian con jóvenes de todas las repúblicas, se daria una educacion esencialmente filosófica i política, i subordinada a nuestros fines sociales.

2.º Fundar en cada república escuelas de instruccion secundaria, pero dirijida por el mismo espíritu, tratando de llenarlas con alumnos pobres. De estas escuelas se sacaria lo mejor para enviarlo al Colejio Americano.

3.º Fundar en cada una de las principales Repúblicas un periódico de intereses puramente americanos, donde se publicarian solamente los artículos aprobados por los respectivos consejos particulares; de estos periódicos serian suscriptores todos los miembros de la Institucion.

4.º Dar conferencias periódicas a la juventud en las cuales se trataria solamente de los intereses comunes a la América, de su mision histórica, de su historia antigua i moderna, de sus relaciones con la Europa, del jenio naciente de sus pueblos, etc. Tambien deberia discutirse en ellas la manera de echar las bases de un nuevo derecho internacional, tratando de acercarse prudencialmente al principio de que el verdadero derecho es el verdadero deber i que donde no hai deber, no hai derecho. Porque es ya tiempo de romper con los principios de la vieja Europa i de fundar la noción del derecho en una noción mas alta de la naturaleza humana i en un conocimiento mas cabal de nuestros intereses americanos.

5.º Finalmente, esta corporacion visible deberia tratar a toda costa de echar las bases de una sociedad secreta, cuyo fin fuera la defensa armada de las instituciones republicanas, tolerando hasta ciertos límites las dictaduras, pero no permitiéndolas jamas atentar contra la libertad de reunion, la libertad de la prensa, la libertad de la palabra i demas derechos individuales de carácter imprescriptible.

Cuando en una República aparece un tirano que ataca esas libertades primitivas i fundamentales, mientras los miembros visibles de la corporacion lo señalan al juicio de la América, sus miembros invisibles deben darse cita a ese punto amagado, i una vez de acuerdo, obrar de la

manera que lo encuentren mas acertado, ya por la revolucion o por la conspiracion, ya por otros medios mas audaces i espeditos. Es preferible que muera un pérfido o un soldadote brutal i no que perezca una República. Es verdad que de este modo no se corrije a un país del mal crónico que hace surgir las dictaduras, pero así se consigue, 1.º tenerlas sometidas a la crítica de la prensa i de la voz pública, 2.º infundir terror a los dictadores, 3.º impedir que el mal se haga cada vez mas crónico.

Tambien convendria que esta Institucion tratara de hacer adoptar el principio de derecho internacional, que prohibiera a todo Estado americano celebrar tratados que envolviesen una amenaza a las formas republicanas o a la integridad de los territorios nacionales americanos.

Del mismo modo que el espíritu individual no puede crearse sino por los propios esfuerzos del individuo, sin que sea posible que la individualidad surja en ninguna parte como un resultado de fuerzas estrañas, pues la semilla misma tiene que trabajar para ser semilla, así es tambien soberanamente absurdo esperar que se forme una personalidad política americana por la sola marcha de las cosas, sin el concurso deliberado de los pueblos o de sus hombres superiores. Esa personalidad nueva tiene que ser hija de esfuerzos continuos i de perseverantes sacrificios, i jamas los intereses comerciales podrian llegar a producir un hecho de tanta magnitud. ¿Qué hubiera sido de los Estados Unidos sin los esfuerzos de sus grandes hombres para sacarlos de su apatía i traerlos a una Federacion?

El sentimiento de la propia conservacion, la necesidad de prepararnos contra las eventualidades misteriosas que se ciernen sobre la humanidad, podrán ser móviles que

nos induzcan a desear esa union i aún a tratar de hacerla efectiva en un momento de peligro; pero, por sí solo, eso seria insuficiente para unirnos, si no nos elevamos a una concepcion mas orijinal de nuestro destino i si no entramos resueltamente, desde luego, en la via de los sacrificios costosos, i de la actividad constante; porque la union no puede labrarse sino con mutuas abnegaciones. Si los Estados Unidos son tales cuales son, es porque los puritanos labraron esa union en una larga serie de resistencias i penalidades comunes, ántes i despues de tomar el camino de la América, i porque los esfuerzos infatigables de sus patriotas i de sus pensadores los obligaron a entrar en la via de las mutuas concesiones.

¿I qué seria de nosotros sin la proteccion de esos puritanos? Sin ellos, la Europa habria echado ya muchas veces sus garras monárquicas sobre nuestros débiles pueblos, se habria repartido en jirones la herencia de Colon, i de las pobres repúblicas americanas sólo quedaria una leyenda sin sentido histórico.

No obstante, el temor de una invasion europea debiera preocuparnos seriamente. En las innumerables combinaciones de que es susceptible la política actual del mundo, ¿quién nos asegura que esa América del Norte no se vea comprometida el día ménos pensado, en una guerra intestina o internacional que la haga impotente por muchos años para hacer respetar su doctrina de Monroe? ¿Quién nos asegura que entónces, algunas potencias europeas, con frívolos pretextos no se echarán sobre nosotros a fin de satisfacer sus conatos ambiciosos, o de resolver los conflictos necesarios de su sociabilidad viciosa i de su tenebrosa diplomacia? ¿No se ve aparecer ya en el horizonte europeo la nube precursora del duelo colosal entre el absolutismo i la libertad? Mirando nuestra situacion bajo este punto de vista, no hai nada mas absurdo que las

guerras en que nos hallamos empeñados i las que parecen amenazarnos, por cuestiones de orden secundario.

Esta Sociedad internacional americana, constituida en forma de francmasonería, esencialmente republicana i racionalista, deberia poner sus miras políticas en un punto mas objetivo, tender a crearse un centro de actividad mas libre i mas práctica. Condensando sus esfuerzos en un punto dado podria elevarse al rango de Potencia política, crear un Estado modelo i hacerse el centro del espíritu nacional americano i la base de una futura Confederacion.

CAPITULO XXXV

Las dos razas del Occidente en América

Para los pueblos del Norte, por mucho que sobrepasen a los del Mediodía en erudicion histórica i literaria, la antigüedad sólo es objeto de poesía, de instruccion i de recreo; miéntras que para nosotros es objeto de passion i de supersticion, de esclavitud i de heroísmo. Si en una gran mayoría meridional esa comunión espiritual con la antigüedad se manifiesta por la tendencia a la inmovilidad, al fanatismo, i al regreso, en cambio, entre los hombres superiores de esa misma raza se manifiesta como el espíritu asimilador de todas las bellezas antiguas, entusiasta de sus héroes, venerador de sus sabios, en cuyos arranques i en cuyas palabras no ve un símbolo inmovilizador, ni la belleza petrificada, sino la apelacion constante del espíritu a lo infinito, la evocacion perenne de lo divino escondido en todo hombre, la creacion del alma inmortal en un eterno desarrollo. Una sola vida en la Historia i un solo corazon para sentirla, he ahí el fondo del genio de nuestra raza. Eso que sólo fué sistema filosófico en Herder i en Hegel, en nosotros es naturaleza, es verbo creador e impulsador, es plenitud necesaria de nuestro sér e integridad luminosa de nuestro destino.

Secreto profundo que es el único que explica el enigma de nuestra suerte i la grandeza de nuestra mision en el mundo. El sistema nervioso de ese vasto organismo histórico que lleva mas o ménos, latente, cada uno de nosotros en su espíritu, tiene sus fibras repartidas en los focos mas vivientes del mundo antiguo, i es eso lo que ha hecho nuestro destino tan complejo, tan lleno de contradicciones, tan rico en peripecias i dramas políticos i sociales. Porque la Historia i la teogonía no son cosas distintas de nuestro sér como se imagina el vulgo; porque sólo son en nuestro sér i por nuestro sér. Los pueblos del Norte nos han aventajado en el progreso, pero es porque su problema social era mucho mas elemental. El nuestro es tan vasto como el mundo i tan profundo como la Historia, i a su solucion está vinculada la suerte definitiva de la humanidad. I si pedis un signo inequívoco de esa grandeza, os mostraré los grandes hombres de nuestra raza, esos frutos del Arbol del Mediodía, que nunca se producirán en las montañas del Setemptrion; porque el carácter de la individualidad meridional es la universalidad, la dominacion de la humanidad entera, como potencia estética i como potencia intelectual. El espíritu del Norte es comprendido i sentido por el espíritu del Sur, pero la inversa no puede verificarse; i el alma de la humanidad somos nosotros.

La personalidad es mas jeneral en el Norte; casi todos la poseen ya; miéntras que entre nosotros sólo ahora empieza a jeneralizarse; i sin embargo, i a pesar de esta reciente formacion, ved nuestros hombres eminentes, comparadlos a los del Setemptrion i ved si estos resisten a la comparacion. No tendrán jamas un Lamennais, un Víctor Hugo, un Garibaldi, i lo que tienen de mas parecido a esto pertenece a esa familia de pueblos británicos que lleva el injerto antiguo de nuestro linaje.

El nivelamiento de las estaturas espirituales, que es

propio del Norte i que es para el vulgo un signo de superioridad social, es, por, el contrario, un signo de inferioridad de raza. He aquí por qué. El progreso individual está rejido por una lei que puede espresarse así: una vez que los hombres han alcanzado la estatura espiritual que pueden adquirir por la educacion social, i cuando ya empieza a manifestarse con vigor natural la iniciativa individual, es mas fácil a uno cuya estatura espiritual es como 10, alcanzar otra como 100, que a otro cuya estatura es como 1, alcanzar otra como 10. De modo que en las facilidades del progreso hai una progresion desproporcionada en favor de los superiores. ¿I por qué seria así? Porque de otro modo no podrian esplicarse las desigualdades inconmensurables de la creacion desde el átomo hasta el hombre, hasta el jenio. ¿Por qué los séres no marchan todos en línea? ¿Por qué las especies inferiores de la biología permanecen casi estacionarias enfrente del progreso humano? I, ciñéndonos a las especies animales patentes, ¿cómo se esplicaria la inconmensurable superioridad que el hombre ha adquirido en algunos cientos de siglos sobre los demas animales? I entre los mamíferos ¿por qué dejó tan atrás a los cuadrumanos i a sus antiguos vecinos de las cavernas? ¿No puede haber existido una época en que los mamíferos se diferenciaban mui poco entre sí?

I pasando a la especie humana, ¿no vemos en ella a las razas del Oriente i a las del Occidente separadas por inmensidades morales? I en fin, ¿cómo esplicar la aparicion de los grandes hombres? Cada grande hombre vale por muchos millones del vulgo; ¿i cómo se producen esas condensaciones colosales del espíritu sino recurrimos a la lei que hemos indicado? ¿Por qué nadie ha podido igualar todavía la estatura de Jesus, ni aun la de Sócrates? ¿Cómo surjen en el seno de Dios esas eminencias por cuyas cumbres aparece el sol? Si fuera tanto mas di

fácil subir cuanto mas se sube, en tal caso no sólo no habríamos podido igualar a Jesus i a Sócrates, sino que tambien se habria verificado que ni Jesus ni Sócrates habrian podido ser lo que fueron. No hai nada mas conocido que el espíritu. I no hai nada mas misterioso que el espíritu. Eso que el vulgo llama conocimiento positivo no es mas que la ceguera que nada puede conocer, i el verdadero conocer está siempre circundado por resplandores i piélagos infinitos.

En el Mediodía, sobre todo, hai una inmensidad entre dos espíritus, al parecer, gemelos; i esa inmensidad se hace mas grande con la superioridad. Miradlos: su exterior, sus modos, su lenguaje, sus ideas, todo se parece; pero entre uno i otro existen diferencias insondables. Los dos han vivido siempre unidos i recibido la misma educacion; pero el menor cambio de la primera vida ha traído por consecuencia otros cambios mucho mayores, i éstos, otros mayores aun; cambios que están latentes como esperanzas remotas diversas. I si esto se verifica en las mediocridades que se agrupan al parecer formando continuidades, entre los pocos superiores, que abarcan espacios mas grandes, debe verificarse en un grado mucho mayor.

Estas inmensidades que separan los espíritus es la prueba mas espléndida del infinito espiritual. Dios se puede comparar a una vasta morada, que por mas huéspedes que reciba, éstos parecen no ser mas que simples encargados de preparar esa morada para la venida de convidados innumerables.

Esa inmensidad espiritual da en cierto modo la clave del fenómeno que señalamos como demostrado por la experiencia.

El dominio espiritual es infinito, i mientras mas se posee, mas fácil es poseerlo en un grado mayor. I por eso, el fin social no es producir el nivelamiento de las estaturas

morales, sino, por el contrario, producir el pueblo de las desigualdades enormes: i esto pone mas de manifiesto el error de los que prefieren la igualdad a la fraternidad. En el pueblo modelo del porvenir toda facultad creadora será sorprendida en su aparecer i educada i fortalecida hasta llevarla a sus últimas consecuencias, a su forma mas libre, i eso hará que los niños que valen 10, 20, 30, lleguen a ser los hombres que valgan millones de millones, i entre los cuales habrá enormes diferencias de estatura, pues, miéntras mas crecen los individuos, mas crecen tambien esas diferencias.

Esta facilidad de cambio i de crecimiento progresivo de que goza el espíritu individual en el océano infinito de Dios es: 1.º la seguridad de la libertad; 2.º el miedo sagrado de esa libertad misma; 3.º el entusiasmo de los grandes hechos i el ansia de lo maravilloso. Mover un poco la voluntad es lanzarse en lo inmenso. I si Dios no nos atrajera a su seno amante nos veríamos arrebatados por un infinito arbitrario, escondido en nosotros mismos.

He ahí por qué nuestra raza vale mas que la del Norte: nosotros llevamos el jérmen de las progresiones maravillosas, el testimonio ardiente de la libertad humana, el secreto de las transfiguraciones sorprendentes. Hai un mar mui profundo bajo nuestro rumbo i una atmósfera mui alta sobre nuestras velas, i ese mar i esos vientos pueden imprimir a la nave incalculables velocidades o calmas desesperantes.

Yo no sé cómo Tocqueville, que casi siempre dice cosas tan buenas, suele incurrir en graves faltas de observacion.

Tal es la que comete en el estudio de las costumbres de Estados Unidos, atribuyendo únicamente a las instituciones democráticas lo que es en gran parte el producto del jenio sajón. En primer lugar sostiene que la libertad democrática ha desarrollado la igualdad individual en Estados Unidos; i en seguida, que la masa i la opinion de

la masa es la que mas dirige el pensamiento i la accion en ese pueblo. Pero, a mi modo de ver, la libertad, cualquiera que sea su forma política, tiene que propender a la diferenciacion progresiva de las individualidades i a la produccion de las grandes desigualdades. ¿Qué cosa mas igual, mas sin diferencias, que la masa popular de las monarquías absolutas? I, bajo otro aspecto, acaso no hai mas diferencia entre un yankee ordinario i un Lincoln, que entre Luis XIV i un patan frances de su tiempo? Lo que Tocqueville debió decir a este respecto, es que un pueblo latino colocado a la altura de Estados Unidos produciria desigualdades mucho mayores, cumpliendo así mejor con ese gran fin social que es producir i acentuar todas las desigualdades lejitimas, en vez de atribuir a la libertad lo que es el fruto de la raza. ¿Acaso ese campo libre de la igualdad política no es el mejor elemento en que pueden surgir los grandes corazones inspirados por la fraternidad i alumbrados por las promesas de lo mejor? Tocqueville debe comparar la masa yankee a la masa francesa de los Bonaparte, por ejemplo; i la aristocracia yankee a la francesa de esa misma época.

Si los yankees se gobiernan por la opinion, es necesario advertir que en la formacion de esa opinion, entra como factor principal la opinion o la conducta de sus grandes hombres pasados o presentes, i que no sucede entre ellos que cualquier personaje de teatro como los Napoleones o como Luis XIV seduce e impone su opinion a la muchedumbre, desprovista del apoyo de esas columnas ciclópeas de la certidumbre que son los grandes hombres i la veneracion que los acompaña.

Lo que hai realmente que temer en ese pueblo, i Tocqueville lo conoce, es que el predominio de la vida material no lo haga inepto para gobernarse por ideas superiores, porque entónces los que dominaban i dirijian la opinion i la política, serian las turbas, dirijidas por me-

diocridades insolentes, i nó los hombres superiores que componen la aristocracia lejítima.

Este parangon entre los pueblos del Norte i los del Mediodía, es mui necesario, para dejar establecido que la raza sajona no debe servirnos de modelo en la accion (como queria Laboulaye), sino únicamente de modelo de enerjías particulares que debemos asimilarnos gradualmente.



CAPÍTULO XXXVI

Temperamento político de los pueblos hispano-americanos. — ¿Cómo hallarle una expansión saludable?

¿Cómo se aquilata la superioridad de una raza?

Es seguro que las sociedades humanas, i especialmente las latinas, tienen su ritmo particular en el progreso: su marcha no es igual i monótona, tiene sus épocas diferentes, i en cada una de ellas hai un período de efervescencia i de velocidad vertiginosa, otro de velocidad media, otro u otros de velocidad decreciente, i en fin, un período final de calma i de estagnacion que se termina por una reaccion de efervescencia, de confusion i aun de ruina. La época que sigue, se confunde con la que acaba, en esta polvareda de hechos humanos. Ahora, si de un punto de este nuevo horizonte, lleno de brumas i de sacudimientos, miramos el pasado, éste se nos presenta como el reino de la paz i la justicia, i el presente como un regreso deplorable hácia el mal; sin tomar en cuenta que esa época pasada habia llegado a su período de vigor i de belleza, i que la nuestra se halla en su estado de formacion i de embrion. Los caracteres se han embrollado i confundido o se manifiestan en una grandeza excéntrica, las estatu-

ras morales no se distinguen bien aun, la armonía ha desaparecido, i todo eso era bello i acabado en la época extinguida. He aquí un miraje histórico i una causa de errores. La época pretérita nos parece el cielo, i la nuestra el infierno. De ahí el culto del pasado que tanto ha estraviado el criterio de los hombres i aun el de grandes pensadores como Schelling, el cual llegó a decir que la humanidad habia salido de un centro comun de alta civilizacion que era propio de los tiempos primitivos.

Por esta razon, para juzgar una época histórica con respecto a otra, no debemos comparar el momento de vigor i de plenitud de la una con el momento embrionario de la otra; debemos compararlas, pues, correlativa i paralelamente. Casi siempre la época producida contiene elementos morales e ideales de que carecia la época productiva: es una humanidad mas rica, mas compleja i mas espiritual.

Un criterio semejante puede aplicarse a la comparacion de las razas sajona i latina. La primera ha llegado a su momento de perfeccion i de vigor; la nuestra se halla aun en un momento preparatorio de su formacion; no son, pues, términos análogos que se prestan a una comparacion lójica. Pero en este parangon la diferencia se complica; no sólo atañe al período de formacion, sino tambien a la manera de formarse, o al ritmo de la actividad. Las sociedades del norte marchan de un modo casi regular, i las diferencias de velocidad apenas se notan entre ellas; mientras que entre nosotros las velocidades de los diversos momentos de una época forman contrastes mui notables i oposiciones resaltantes.

¿Pero qué significa esta diferencia de velocidades? Significa la facultad de condensar la vida i su potencia en un momento dado, a riesgo de sufrir una estenuacion en un momento siguiente, mas o ménos remoto, sin que deba decirse que haya en ello una compensacion mecánica de

fuerzas. Esto que es ritmo en la Historia, es temperamento en el pueblo i en el individuo.

¿Pero esta facultad, este temperamento será acaso una cosa buena i provechosa, o será talvez, una cosa mala i perjudicial?

Veamos.

Las altas nociones del bien i del mal morales i del libre arbitrio del hombre se han constituído sólidamente en la conciencia de los pueblos, en virtud de esa tendencia injénita i recóndita que impulsa en grados diversos a todo hombre a buscar lo sumo de sí mismo i la expresión mas enérgica de sus satisfacciones; i esta virtud es la que llevando el bien i el mal hasta sus últimas consecuencias, ha revelado a los hombres el bien como bien, i el mal como mal, ambos morales i personales; por cuanto el bien i el mal que hubieran sabido equilibrarse en ciertos límites habrían sido insuficientes para despertar e ilustrar el juicio aun débil de los hombres de las antiguas edades: para ello se necesitaban las pruebas palpitantes de interes i de pasión.

Estas ideas nos van a servir de clave para explicar la diferencia de las dos razas que hoy dominan la América. La facultad de condensar la vida es mucho mas poderosa entre nosotros, i de ahí las vicisitudes de nuestra Historia, en la cual no sólo debemos comprender nuestra Historia de América, sino tambien la del Viejo Mundo.

¿Por qué nosotros llevamos la fé en los dogmas revelados o en los principios filosóficos hasta la pasión, hasta el fanatismo, hasta el heroísmo, hasta el martirio, i tambien hasta la ferocidad i la monstruosidad, mientras que entre los hombres del norte esos dogmas i esos principios sólo son objeto de discusiones? ¿Por qué razón lo que para ellos es un simple error, para nosotros es una fuente de corrupciones i de estravíos morales i políticos? Porque cuando defendemos un principio o un dog-

ma condensamos el pasado i el porvenir en un sólo instante, pensamos sintiendo las consecuencias imperecederas e infinitas de lo que defendemos no sólo con la idea, sino con todas las fuerzas de la pasión. Lo que echamos de ver que han sentido las jeneraciones pasadas i lo que presumimos que van a sentir las jeneraciones venideras, lo sentimos en un sólo instante i tratamos de realizar lo que nos parece mas justo bajo el imperio de promesas infinitas o de amenazas eternas. Lo que es fogosidad orgánica en el temperamento fisiológico, se hace proselitismo i fanatismo en el temperamento moral.

De ahí provienen los grandes crimines i las grandes virtudes de nuestra historia. Tocqueville, al tratar de la oposicion entre las aristocracias i las democracias, se ha olvidado del punto tan importante de las razas i no ha explicado satisfactoriamente la diferencia de índole entre la Francia i los Estados Unidos.

Pero en fin, esta facultad de condensar la vida ¿es un signo de superioridad o de inferioridad?

¿Será acaso el temperamento de la fiera desenvuelto i perfeccionado?

Este no es un signo característico del jénero fiera, pues hai fieras frias i aun glaciales. Todos los temperamentos humanos tienen sus homojénos en las especies inferiores del reino animal i talvez el que ménos los tiene es el temperamento nervioso, que es el nuestro.

¿Pero sería bueno para un hombre poder condensar la vida de muchos dias en un sólo instante? Es cierto que en ello hai un peligro, pero tambien eso es hacerse vencedor de grandes obstáculos. ¿Será bueno para un pueblo el poder condensar la vida de muchos años en unos pocos dias? Es cierto que eso lo espone a descarríos deplorables; pero tambien ese es el medio de realizar cosas maravillosas.

Somos poderosos en el bien i en el mal, i por eso

nuestro destino es el mas interesante de la Historia. I si se me pregunta de dónde nos viene esta facultad de condensar la vida, yo diria que la hemos heredado de nuestros abuelos. Somos los hijos de esa serie secular de vicisitudes históricas de los pueblos del Mediterráneo i los herederos de los frutos espirituales sacados i desarrollados por ese vasto órgano de seleccion. ¿Cómo se ha formado el hombre en esa escuela de las contrariedades i de lo imprevisto? El que no sabía resistir a lo inesperado desaparecía o se degradaba, hasta que al fin la tierra fué el dominio esclusivo de esas familias habituadas a los milagros de la improvisacion i de la audacia. Esta potencia vencedora de lo inesperado i que improvisa lo sorprendente, no viene a ser otra cosa que la facultad de condensar la vida,

Las rudas pruebas i las desventuras tenaces fortificaron a los fuertes i aniquilaron o degradaron a los débiles i al fin fué quedando un corto número de grandes i de fuertes i una muchedumbre de pequeños (esclavos o populacho), un pueblo de iguales i poderosos dominando a otro pueblo de iguales i desvalidos. Primera manifestacion de la libertad i de la república, de la sociedad como potencia creadora, personal i libre. I lo que al principio sólo fué fuerza del temperamento individual comienza a manifestarse como enerjía política i como proselitismo cívico. La ciudad será el mundo, será la totalidad humana.

I como consecuencia final de todo esto, como una idea profunda, puede considerarse como una condensacion colosal de vida o de esa esencia vital que se llama pensamiento, los pueblos del Mediterráneo han representado el centro forjador de las ideas religiosas i políticas; ese anfiteatro de mil lenguas circundado de los templos de tantos dioses i de los pórticos de sus escuelas, aparece en la Historia como el grande Ateneo de la humanidad,

donde se fraguaban i se sometian a prueba esas ideas profundas, creadoras de relijiones, de sociedades i de imperios. Allí es donde puede contemplarse en su Odisea homérica la emigracion de las ideas, sus peregrinaciones, sus combates i sus triunfos, i tambien sus metamórfosis maravillosas, los diversos momentos de la idea filosófica que Hegel compara a «un panteon de figuras divinas». Hegel no vió, sin embargo, en esas metomórfosis de la idea el momento mas interesante i mas solemne en la libertad del hombre, rompiendo en Maraton las seculares cadenas de la vieja fatalidad con las alas prodijiosas del heroísmo i alzándose como un águila gloriosa en los cielos de la conciencia humana. Schelling i Hegel han visto la Grecia con el ojo de su propia raza, sólo han visto en ella el destino i la fatalidad que parecen dirigir su trajedia; pero no han visto lo que sólo nosotros somos capaces de ver, esto es, cómo la fraternidad nacional ensalzada al heroísmo i a la gloria puede intervenir en el desarrollo de la idea, romperla como un capullo i hacer surgir de ella misma otra idea rejeneradora del mundo. El libre arbitrio que ya latía en el alma griega desde Troya i desde Homero, surgió radiante en Maraton i en Salamina para ser la corona i la herencia inmortal de nuestro linaje. Un hecho heróico i feliz creó una nueva filosofía i una nueva trajedia. «Los Persas» fueron dictados a Esquilo por los hechos mismos, i «El Banquete» i la «Apolojía de Sócrates» llevan la misma majestad de esas grandes victorias.

Todo eso está en nuestra sangre; ese númen de la antigüedad preside el secreto de nuestro destino. Nuestro linaje viene de ese corazon del mundo, vasto creadero de divinidades, de misterios, de relijiones i de sistemas. Somos los creadores del dogma i de lo inmortal, de las ideas i de las verdades eternas; mas, por lo mismo que eso ha salido de nuestras entrañas, eso nos penetra i nos

subyuga; por lo mismo que el dogma i la verdad inmortal representan la condensacion mas rica de la vida, el momento de apojeio de una época histórica, el dogma i la verdad, aunque sean nuestra creacion, siguen dominándonos i arrastrándonos por muchos siglos, i los abrazamos en todas sus consecuencias i en todas sus intimidades; porque tenemos ese mismo cerebro que al descubrirlos i al dictarlos los concibió en toda su trascendencia infinita i como mui dignos de subyugar al jénero humano.

Toda la Historia antigua encarnada en nosotros no sólo como idea, sino como espíritu i como estética nos hace mucho mas amplios i mas ricos como seres sensibles. La escala musical de nuestro sentimiento tiene mayor número de notas que la de los hombres del norte. Subimos mucho mas arriba en lo ideal i descendemos mucho mas abajo en las pasiones de la vida práctica.

Entre nosotros la idea hace al hombre, porque la idea es pasion; i en esa magnitud espiritual, los hombres se dispersan sin poder unirse. Nadie sabe tocar ese vasto teclado de modo que las notas salgan en armonías i las armonías en cadencias. Independencia orgullosa i grande que trae por consecuencia no sólo la ponderacion de lo bueno si no la ponderacion de lo malo.

Analicemos nuestra historia a la luz de estas ideas, i yo creo que la hallaremos mucho mas intelijible.

Entre nosotros, la amistad, ese elemento de la unidad política, la amistad sincera i verdadera, se establece difícilmente, pero cuando se forma, es intensa i fuerte; lo cual hace que, si los buenos suelen unirse entre sí, los malos quedan cada vez mas entregados a sí mismos, i se hagan cada vez mas malos por falta de un contacto mas íntimo con los primeros; i de este modo vienen a constituir un medio de accion de que se sirven las mediocridades poco escrupulosas que tratan de surjir a todo trance.

La opinion pública se hace entónces una exhibicion artificial de egoístas intereses. Los centros de amigos, que son como los focos lejitimos de la opinion, se convierten entónces en centros de camaradas inmorales, institutores de esa falsa opinion pública que hoy domina. Entónces el pensador se llama soñador, porque en efecto, va mucho mas allá de la actualidad; al político jeneroso se le desecha como inesperto i visionario. Los grandes espíritus se dispersan, los pequeños se unen. I esta dispersion de los pensadores, dejando solos i entregados a sí mismos a los conservadores i a los prácticos, éstos, por espíritu de oposicion, se hacen rutineros insolentes i políticos bufones que degradan la administracion pública, si es que no van hasta entronizar dictaduras sangrientas, Miéntas que cuando es posible la asociacion de los buenos i de los malos, si ella perjudica un tanto al enérgico desarrollo de los primeros, en cambio, contiene a los segundos i los modera mejorándolos. Esto tal vez tenía presente Solon al prohibir la abstinencia política, notando que los mejores ciudadanos, por pudor i por altivez natural, se abstenían jeneralmente de mezclarse en las elecciones i en la administracion, viciadas casi siempre por la intervencion de bastardos intereses.

El mundo moral de los hombres del Norte es mui reducido i su amplitud es mas bien atmosférica o ideal, de modo que la oposicion de ideas no importa entre ellos una oposicion de intereses o de jenios personales. Al paso que el mundo histórico en que reside nuestro espíritu tiene latitudes inmensas i zonas mui diversas, i nuestras oposiciones son como oposiciones de mundos distintos o de espíritus que habitan mundos contrarios. Por eso vemos que, a pesar del gran desenvolvimiento intelectual i moral de los Estados Unidos, nuestra América latina puede competir con ellos ventajosamente, en la diversidad de los caracteres.

Si entre nosotros esos mundos opuestos no se dispersan hasta separarse del todo, es porque la fuerza de repulsion nace de la fuerza de atraccion, i porque si aquella es mui grande, es porque ésta tambien lo es. No hai oposicion entre dos objetos del todo distintos i heterojéneos, porque en tal caso sólo serian indiferentes el uno al otro; la oposicion nace: 1.º de la unidad de la tendencia final, i 2.º de la diversidad de las tendencias auxiliares o de los medios que se prefieren para realizar la tendencia final. Hai oposiciones entre nosotros porque todos tenemos el mismo fin, la patria: i cada uno quiere organizarla a su imájen i semejanza; al paso que entre los hombres del Norte, el fin principal es organizar la patria para la mayor amplitud de la vida individual i de la familia. Nuestro individualismo es mas trascendental i mas grande, i si no parece así, es por la misma violencia con que tratamos de sancionarlo políticamente, armonizando la libre expansion del individuo con la penetrante intervencion política. I tambien porque entre nosotros hai una masa considerable de mediocridades elevadas por la misma falta de concentracion i de fusion entre los grandes entre sí, entre los buenos i los malos, como tambien entre los hombres del porvenir i los hombres de la tradicion: las turbas de nulidades casi dominan por completo en esta América, no porque armonicen las oposiciones o porque comprendan los *contrarios* en una síntesis mas grande, sino porque prescinden de esa contrariedad.

He aquí, pues, el hecho capital de la América latina: los hombres superiores se oponen i se dispersan; las mediocridades se acuerdan i dominan. Mas la América verdadera es la que vive en la conciencia de los hombres superiores i en ellos se ajita el problema mas complicado i trascendental que haya presenciado la Historia: la penetracion mas activa del Estado por el individuo,

coexistiendo con la mayor independencia del ciudadano i de la familia. El hombre del Norte hace la patria para la mayor libertad del hogar; pero en nuestra idea política entra tambien como necesaria la formacion progresiva del hombre-Estado, del hombre-Nacion, del yo-muchedumbre, del espíritu que se ajita con la vida entera de la patria i de toda la humanidad. Ser lo sumo, serlo todo, elevar la vida a su potencia mas alta i a su amplitud mas absoluta, he ahí la voz secreta que dirige nuestro gran destino. I es la actividad de esta misma idea la que hace que los hombres superiores se separen i se opongan entre sí; cada uno es una encarnacion mui activa de la patria i cada uno quiere crearla a su manera i como las diferencias estéticas e ideales son mucho mayores entre nosotros que entre los hombres del Norte, resulta que esas oposiciones llegan a parecer insolubles o invencibles. De aquí resulta tambien otra consecuencia no ménos deplorable. Cuando un hombre superior se eleva al mando supremo, los demas se le separan como estraños o como enemigos, i ese mandatario se ve entónces rodeado de una multitud sin valor i sin prestigio de quien tiene que servirse necesariamente, con gran detrimento de la dignidad i de la grandeza del país.

¿Por qué razon se ha visto casi siempre en América que los buenos mandatarios eran impotentes para poner en práctica el bien que proyectaban i que eran suplantados por caudillos poco escrupulosos i sin elevacion moral? La maldad se ha sostenido muchos años allí mismo, donde el hombre de bien no había hecho mas que dejar un recuerdo fugitivo i sin prestigio; de lo cual no tardó en sacarse por consecuencia que así como el mal se sostenía por la violencia i contra el derecho i daba sus frutos venenosos, el bien podia hacer lo mismo con un provecho correspondiente. I como el gran bien es la libertad, se sacó por consecuencia que la dictadura era buena pa-

ra fundar la libertad; principio funesto refutado majistralmente por Edgar Quinet en su estudio sobre *el terror* i que en nuestro temperamento político debía dar sus frutos emponzoñados mas que en otra parte. De ahí esa serie de dictaduras de buena fe seguidas de otras mas audaces i personales, como consecuencia necesaria de ese ritmo natural de nuestro temperamento, que hace que, lo malo tienda a hacerse cada vez mas malo i que los hombres superiores miren como grave falta sus mutuos errores.

Segun hemos dicho, lo que hará mas difícil el triunfo de las buenas ideas en América es esa tendencia de raza, en virtud de la cual los hombres superiores tienden cada vez mas a separarse i a oponerse a medida que se desarrollan i se acentúan caractéres, porque las suyas son mas bien oposiciones estéticas que de principios. Los partidos liberales en América, por la misma superioridad de sus hombres, tenderán cada vez mas a fraccionarse i a multiplicar el número de sus directores o de sus caudillos, i para precaverse contra su propio debilitamiento es menester: 1.º que se penetren de la necesidad de aceptar i de respetar esas diversidades como un signo de superioridad política, i 2.º, que aprendan esa alta sabiduria de la conciliacion, elevando al poder hombres conciliadores e indulgentes. De otro modo, los grandes intereses que esos partidos representan, serian esplotados i pervertidos por los partidos conservadores, aliados naturales del partido ultramontano, que por su fuerza tradicional i por su disciplina teocrática constituye por sí la mas seria amenaza contra el porvenir de las instituciones libres.

I ya que hemos llegado a este punto, creo que es ocasion de explicar la diferencia de índole i de actitud tan marcada entre el partido católico de Estados Unidos i ese mismo partido entre nosotros. ¿Por qué razon ese

partido en Estados Unidos no se deja sentir ni como ultramontanismo, ni como enemigo de la libertad, ni como defensor de la prerrogativa i del privilegio? Tocqueville, que se inclina a su favor, nada nos dice sobre esto i no parece preocuparse de la grave cuestion de la raza que es la única que puede darnos la clave de esta diferencia, i lo mismo se nota en los escritos de Laboulaye.

Los hombres del Norte dejan su destino, o la mejor parte de él, a cargo de la Divina Providencia; los hombres del Mediodía, los creadores del libre arbitrio i de las ideas eternas, creen que tienen la eternidad a su cargo i que Dios les pedirá cuenta de ella. Nuestro destino es crear lo eterno i nuestras grandes voluntades tienen el carácter de lo irrevocable i de lo absoluto. Por esta razon los dogmas católicos que tienen este mismo carácter hallan en nuestro temperamento un medio mas adecuado, i en nuestros hombres, órganos de accion mas en armonía con su espíritu. I como la actitud del adversario hace la nuestra, los partidos liberales, bajo la intimacion de lo irrevocable i de lo absoluto, que amenaza acabar para siempre con las ideas nuevas i con las instituciones libres, asumen la actitud de partidos intransijentes i de enemigos irreconciliables en frente de los ultramontanos. (Véase Bilbao.—América en peligro).

¿De quién será la victoria en esta lucha? Todo nos hace creer que las mayores probabilidades de triunfo están de parte de los progresistas, como mas capaces de adoptar una política comprensiva i liberal. Los ultramontanos, esclavizados a Roma i a la letra del dogma, de cualquier modo que principien, tienen que ir a parar a la intolerancia, arrastrados por la lógica de sus creencias. Los liberales, si consiguen mantenerse en la tolerancia i en el proselitismo laborioso de su sistema, es casi seguro que al fin obtendrán una superioridad tal que les per-

mita dar ejemplo de honradez política i amplia libertad a todos, constituyendo una verdadera república.

La diferencia esencial entre el ultramontano i el liberal, consiste en que el primero cifra toda su fuerza i toda su esperanza en la virtud de la revelacion i en las promesas divinas, mientras el segundo se apoya en la potencia infinita del pensamiento, cuya fe es la fuente de la union i de la concordia. De un lado, el pensamiento circunscrito i paralizado, del otro, la marcha vencedora del espíritu. Reverenciar el pensamiento libre en todo hombre como el único revelador de la verdad, he ahí el principio pacificador que establecerá definitivamente la tolerancia universal i el respeto mutuo de los hombres. I si el hombre libre es el único que lleva el secreto de la paz del mundo, es seguro que la victoria final ha de ser suya.

Dada la marcha de nuestra Historia i en vista de los progresos de la ciencia, todo nos hace creer que la fé en la eficacia i en la potencia rejeneradora del pensamiento debe seguir aumentando, i por consiguiente, a espensas de la fe en la revelacion. El espíritu creador i renovador del mundo debe entónces vencer al espíritu antiguo e inmovilizador, absorbiéndole toda su savia vital (fuerza estética) i dejándolo convertido en una momia de los siglos pasados.

¿Cómo hallar a nuestro temperamento una expansion saludable? He aquí una cuestion mui digna de ser presentada al exámen de nuestros pensadores.

Educarlo en las grandes ideas. Esa gravitacion a lo infinito i a lo absoluto cuando se halla encerrada en los límites del mundo físico, tiene que provocar luchas incessantes i antagonismos terribles, porque buscando la última consecuencia de las cosas, en esa esfera tiene que aparecer como ambicion desmedida i como conato de

despotismo. Es, pues, necesario dar a nuestro genio otra esfera de accion mas conforme a su naturaleza i que participe tambien de la esencia de lo infinito; es menester abrir a su actividad el continente sin fronteras del espíritu, los mares ilimitados de las pasiones divinas, los cielos cuyas constelaciones son los pensamientos inmortales. Impulsar al talento a las grandes pasiones del arte i de la ciencia, creando verdaderos establecimientos artísticos i científicos, donde todos los estudios superiores estén subordinados a una misma idea final i sean enseñados como partes de una misma ciencia absoluta, segun la idea de Schelling, he ahí el medio de resolver nuestras oposiciones jeniales, pues de este modo, elevándose a una espresion estética mas enérgica de sí mismo, el individuo se eleva tambien a esa alta espresion intelectual en que esas oposiciones se ven como lejítimas i necesarias i como otros tantos medios de elevarse a la misma idea absoluta. I por fin, sería menester abrir al patriotismo impaciente de nuestra juventud un campo mas vasto de actividad i de esperanzas, mostrándole sin cesar mas allá de esta patria esa gran patria americana, tan llena de misteriosas promesas, tan llena de grandes i nobles esperanzas, tan propia para el entusiasmo, para las grandes ideas, para las nobles luchas i tan digna de los ardientes desvelos de nuestros pensadores.

¿Acaso la América predestinada no sería mas que esta miserable América de hoy, tan llena de mezquindades i de talla tan mediocre? Nó, ciertamente. El pedestal es grande i sublime, i la estatua es necesario que tenga talla de gigante. I los modernos pueblos de América no son mas que los obreros i los artistas que labran i cincelan en las canteras eternas del espíritu, la figura colosal del Nuevo Mundo.

CAPITULO XXXVII

¿En qué se distingue un pueblo viejo de un pueblo joven?

Disculpa de los errores relijiosos.—Diversos roles de la ciencia i del arte.—Juventud i vejez del Nuevo Mundo.—Chile i El Plata.

Sólo un pueblo joven es capaz de elevarse a la personalidad política, esto es, a esa esfera de alta actividad en que se puede labrar el porvenir segun ideas racionales i preconcebidas. ¿Pero cuándo se dice que un pueblo es viejo i cuándo se dice que es joven?

En el primero, el discurso está formado por conceptos de un contenido determinado i fijo, i como petrificado. I la emocion está circunscrita i determinada en cada uno de sus momentos i en su totalidad. No hai en ella nubes ni presentimientos del mas allá, ni de lo posible i mas bello que envuelve misteriosamente las cosas. Todo está a la luz; pero todo tiene un contenido pobre i analizado. Es un pueblo sin aspiraciones espirituales, un pueblo petrificado, un pueblo que no va mas allá de su actualidad, cuando desea, cuando piensa i cuando siente.

En el segundo, la emocion está como envuelta en otra emocion mas grande que se presiente, i todos sus conceptos i momentos están contruídos de este mismo

modo, como crisálidas envueltas en presentimientos. Es un pueblo de fé i de aspiraciones espirituales, es un pueblo en el acto de crearse a sí mismo, un mundo se elabora en sus entrañas, un universo moral va a surgir del fondo oscuro de ese espíritu ajitado i a coronarse con las constelaciones del pensamiento. Es un mundo envuelto en la luz i en las sombras, pero esas sombras, no son mas que la percepcion abreviada del mas allá i de lo infinito que lo penetra i que conmueve sus entrañas.

Un pueblo envejecido es, pues, un mundo fósil. I su cerebro paralizado, como un cielo que se detiene o se inmoviliza, no comprenderá el órden i la belleza sino como la inmovilidad misma i como la inercia moral, i la creacion entera no será para él mas que una idea del Altísimo petrificado en los abismos. Cifra maravillosa, que habla de lo que ha sido, escritura sacrosanta que recuerda los momentos pasados de la vida i de la accion, i que ahora i siempre no serán sino palabras conjeladas.

En vano la ciencia le demostrará la evidencia de la vida en todos esos mundos; sus labios hablarian talvez de vida, pero su alma sólo sentirá la muerte. En este pueblo los corazones sólo latén por la vida orgánica, i las ideas al pasar de un espíritu a otro se oscurecen tanto mas cuanto mas grandes son.

Un pueblo jóven es, al contrario, un mundo ajitado por el tumulto interior de las ideas ardientes i de las pasiones divinas, i su cerebro es como un cielo sembrado de astros palpitantes de vida que se lanzan al cáos a la voz de la omnipotencia.

En ese pueblo, todo corazon desborda, todo espíritu crece o se remueve profundamente, las ideas jerman, i al pasar de un espíritu a otro se robustecen i se alumbrian con un esplendor tanto mas bello cuanto mas grandes son.

En este pueblo cada hombre presiente un infinito que

vaga en los demas espíritus como en el suyo, siente las emociones sublimes de la creacion espiritual en el seno del creador.

I al mirar los montes i los mares, los rios majestuosos i las pampas virjinales i sin límites, i al contemplar lor firmamentos que parecen hablarnos de una fraternidad augusta, al mirar todas las bellezas del cielo i de la tierra, sentirá la emocion recóndita i la idea altísima que se ajitan en todas las cosas, i el acto de la creacion aparecerá a su vista con toda la magnificencia de los primeros dias.

Un pueblo es nuevo cuando, en lugar de complacerse i de vivir en la admiracion de sus obras pasadas, siente lo incompleto de su sér i lo imperfecto de su vida, i, acosado por una inquietud anhelante i poderosa, tiene constantemente encendido en el hogar de su mente el fuego de la investigacion i de la esperanza, del trabajo i de la fe, del amor insaciable a lo desconocido. En ese pecho hai latidos de admiracion i de amor para los demas pueblos, i su vida, abrigando tantas vidas, se multiplica en la potencia de la invencion i de la creacion. En su alma hai sombras porque hai esplendores intensos i porque el espíritu explorador abarca o ama no sólo lo que posee, sino lo que presiente o desea poseer.

Un pueblo es viejo cuando vive satisfecho en la contemplacion de sí mismo i de sus hazañas pasadas, e incapaz de comprender la belleza i la vida de los demas pueblos, no tiene para ellos ni admiracion, ni emulacion, viviendo únicamente de egoístas complacencias. La lámpara de la inquietud i de la vijilia se estingue en ese pueblo, i en sus aras sólo arde el pebetero de los perfumes i de la adulacion. Habla con desden de las demas naciones, las hiere con el dardo de su vanidad irritable i se coloca a sí mismo a una altura olímpica.

En este espíritu no hai sombras, todo está a la luz;

pero es porque no trata de ver mas allá de su actualidad.

Al hacer estas consideraciones, se viene a la memoria aquella época histórica que es como el amanecer de la ciencia, de sus nobles inquietudes, de sus grandes aspiraciones, en presencia de esa Iglesia vetusta i enemiga, cobijadora de pueblos envejecidos. I uno está tentado a considerar la ciencia como el principio rejuvenecedor del mundo. Pero la cuestion tiene otro aspecto: tambien las observaciones precedentes pueden traer a la memoria el parangon entre una sociedad de creyentes entusiastas de lo inmortal i de lo magnánimo, i una sociedad de eruditos infatuados, desdeñosos de lo infinito inaccesible a los sentidos. Las relijiones no sólo tienen el momento de decadencia i de petrificacion, sino tambien su época de juventud i de fuerza, i en este sentido merecen una atencion particular, por cuanto representan la potencia estética de la sociedad en su mayor pujanza.

La perseverancia de las creencias relijiosas, el celo por sostener la fuerza de los dogmas, de las reglas i de las costumbres, tienen su raíz en los arcanos de la personalidad. Es, 1.º el ensanche i la prolongacion progresiva de la idea histórica, que, sin perder su unidad, abarca así mayor número de pueblos, de hechos i de edades, i que forma como el fondo comun de las personalidades, fondo sobre cuya materia homogénea labra cada una de ellas las figuras ideales de su estética interior apropiadas a su jenio. I 2.º es la union de todos los espíritus en el mismo modelo de un amor divino i de una misma esperanza, modelo que es un criterio intelectual i moral. Así, en este sistema de afirmaciones audaces i trascendentales sucede casi siempre que hai mas errores en la forma de las ideas patentes de los hombres; pero en cambio, hai mas grandeza en la concepcion, mas vigor en el colorido, mas animacion en las actitudes, mas espíritu animando lo

ideal i lo sensible; lo cual da al hombre cierto carácter de niño lleno de vida i de esperanza que le hace disculpables sus errores i estar dispuesto a los arrojós del entusiasmo. Ese fondo de respeto por lo desconocido redime sus faltas i le da el aspecto de un jóven lleno aun de candor infantil.

No sucede lo mismo con un pueblo adornado con todos los privilegios de la ciencia, que no yerra en sus juicios científicos o eruditos, que no es víctima de preocupaciones, que es librepensador, desdeña lo que no comprende mui bien, se mofa de las mas sublimes especulaciones del idealismo, que no yerra en sus afirmaciones porque en realidad, nada afirma; pero que ha cometido el gravísimo error de encerrar el espíritu en la pobrísima esfera de las sensaciones inmediatas. Este pueblo es de otra clase: en él la personalidad, si es que existe, es sencillísima i sin arte, sin esas amplificaciones misteriosas de la media oscuridad; todo está en pleno día. Todos se comprenden en ese pueblo, pero todos tambien son casi iguales i la personalidad es débil, el entusiasmo nulo, el arte colosal, pero sin orijinalidad, como las obras de ecónomos o de contadores. I los hombres tienen el aspecto de una jeneracion adulta i civilizada, pero de una especie de hombres que, inferiores por la raza a los anteriores, deben paralizarse mucho ántes en su c'esarrollo, teniendo ya el aspecto de hombres envejecidos sin haber sido jóvenes. En un pueblo semejante debe suceder, probablemente, lo que ha sucedido en la China, segun Tocqueville; esto es, que al fin se olvidan las altas aspiraciones de la ciencia, i los espíritus se circunscriben únicamente a sus aplicaciones materiales.

Segun esto, parece indispensable a la dignidad de la especie humana que el hombre se fabrique con una audacia casi infantil esas bóvedas gigantescas de las ideas, sombrías i misteriosas por su misma magnitud, donde

aparezca como el niño nunca adulto de la eterna nodriza. Esas bóvedas de la idea religiosa son magníficas, muchos pueblos caben allí, i en ellas la voz del cántico toma proporciones enormes; pero esa arquitectura espléndida, como obra superior a la fuerza que la levantó, debe estar llena de errores, necesariamente. Abarca muchas edades históricas, muchas razas unidas en el mismo espíritu i en la misma finalidad, i la individualidad humana se hace así la encarnacion de una magnitud moral mas inmensa; pero sus estravíos pueden ser mui largos i dificultosos, como los de los grandes mares.

Lo que equivale a decir: 1.º que sin tocar en los errores no se pueden tocar tampoco las cosas que relativamente a muchas fuerzas i estaturas son sublimes; 2.º que vale mas tener esos errores con tal de tener tambien esas cosas sublimes; aunque muchas veces ese follaje superfluo del error oculta muchas constelaciones del cielo de la verdad.

Esto no quiere decir que las cosas erróneas deben dejarse como están, sino que, al contrario, debemos atacarlas para elevarnos siempre a otras cosas mas verdaderas i mas sublimes, aunque talvez mezcladas de errores; pues de este modo, creciendo nosotros en intelijencia, el viejo error, analizado i reconocido, dejaria de ser sublime para nosotros. Aquí empieza la intervencion lejítima de la ciencia en la relijion. I el gran problema consiste en corregir la relijion por la ciencia i en enmendar i amplificar la ciencia por el espíritu relijioso. El análisis i la síntesis deben completarse mutuamente. La síntesis, cuya forma final es lo sublime, es la obra del jenio relijioso, el cual es el jenio arquitectónico del espíritu i de la Historia. I el análisis o la ciencia, es indispensable para renovar esa síntesis i dotarla de nuevos elementos de grandeza i de duracion. El arte i la ciencia, el amor creador a lo que debe ser i el amor a la realidad verdadera, deben andar

unidos en la vida social, pues el primero, entregado a sí mismo, se sumerge en el error irreparable i funesto, i el segundo, sin el auxilio del primero, se estanca i se paraliza, como una momia de la Historia, como el Egipto i la China.

Podria ereerse por esto que la ciencia i el arte son dos cosas opuestas, necesariamente, pero ámbas deben coexistir en todo individuo para el buen éxito de una obra. No se hace un buen poema sin un gran caudal de ciencia, esto es, sin gran copia de conocimientos adquiridos por el estudio. I el arquitecto i el escultor tienen que someter sus obras a una multitud de principios racionales adquiridos en una experiencia anterior i recopilados por la tradicion o por el libro. Miéntras que por otra parte, el jeólogo i el astrónomo, para merecer realmente los nombres de tales, necesitan producir por sí mismos, crear constantemente el concepto orijinal, la intuicion nueva, o la naciente teoría, a fin de ensanchar las conquistas de la ciencia; de otro modo no serian mas que simples compendios de lo descubierto por otros. Ahora, ese espíritu creador del hombre de ciencia es el espíritu artístico. «Estudia sólo para producir tú mismo», dice Schelling.

I, en sentido mas vasto, puede tambien afirmarse que toda relijion que se inmoviliza o se petrifica en dogmas revelados e indiscutibles, divorciándose de la ciencia, tendrá que entrar en su período de decadencia i arrastrar a la ruina i a la muerte a la humanidad desgraciada que la sigue. I que toda ciencia que, despojándose del espíritu creador, renuncia a las ideas inmortales i unificadoras, para encerrarse en los límites de la experiencia i de la aplicacion prácticas, tendrá que descender hasta los últimos escalones de la rutina i de la imitacion servil.

Dos fases pueden, pues, presentar los pueblos viejos: La faz de la ciencia petrificada i envilecida, como la China, donde quedan vestijios de una ciencia olvidada; o la

faz de la relijion, detenida i momificada en una senda desierta de la historia. En el primer caso, la humanidad vive de un egoísmo calculador e inflexible como la lei del número; en el segundo, vive de esa sensibilidad enfermiza e irritable que tiene imperiosa necesidad de expandirse todos los días en el ejercicio de las mismas prácticas devotas, i que se exaspera a la sola idea de mutacion o de innovacion. Tal es el pueblo mulsuman, el israelita i una gran parte del católico.

Al paso que la coexistencia regular de las dos grandes actividades del espíritu (síntesis i análisis) tiene que producir necesariamente, al pueblo juvenil que crece sin cesar en estatura, en sabiduría i en beneficencia.

Como la ciencia eleva al arte i el arte eleva a la ciencia, esta elevacion progresiva tiene que llegar a ese punto culminante de las ideas primeras i de los sentimientos divinos, i la relijion aparece como el último esfuerzo i como la unidad final del arte, i la filosofía, como el criterio mas alto de la unidad científica, por cuanto no es mas que la forma del pensamiento donde se ven todas las ciencias particulares, como aspectos parciales de una misma ciencia absoluta.

Aquí tomamos la palabra relijion en su sentido mas esencial, significando por ella la creencia en Dios, en la lei moral i en la inmortalidad, sin dejar de reconocer que, para que sea eficaz, estos principios que la constituyen deben hacerse trascendentales a la vida práctica i resolverse en instituciones mas o ménos libres, pero encaminadas todas a la inculcacion de la lei moral i a la educacion estética en su mas alta acepcion.

En nuestra América tenemos escuelas, científicas, pero no tenemos, como los americanos del Norte, un vasto sistema de libre educacion relijiosa; i una relijion caduca, cuyos dogmas i cuyo cuerpo de creencias están en abierta oposicion con las demostraciones irrecusables de la

ciencia, se enseñoorea de las jóvenes jeneraciones i mantiene en el fondo de los espíritus una contradiccion insoluble que se refleja al exterior como infecundidad i debilidad; este estado durará entre nosotros mientras no se echen las bases de ese nuevo poder espiritual, que Edgard Quinet echa de ménos para todas las sociedades del occidente. Pero ¿de qué modo podria constituirse este nuevo poder? ¿Seria acaso por la creacion de grandes Institutos de alta educacion científica i estética? ¿Seria por la educacion penetrante de las masas? Eso i mucho mas. Seria necesario la declaracion del nuevo credo americano, su elaboracion activa con la cooperacion de todos los pueblos del continente.

Un amigo me decía, hace poco, mas o ménos, lo siguiente: Sería mui excelente que en América los pueblos comenzaran a entenderse entre sí directamente i no dejaran todos sus negocios e intereses internacionales en manos de sus gobiernos. ¿De qué modo? El pueblo de Chile, por ejemplo, se reúne en comicios en los principales centros de la República con motivo de su cuestion de límites con la República Arjentina i declara lo siguiente: 1.º el pueblo de Chile siente i reconoce su fraternidad para con el pueblo arjentino, con el cual ha mezclado su sangre en las batallas gloriosas de la independenciam, i está resuelto a mantener i a cultivar esa fraternidad como un timbre glorioso que vale mucho mas que todas las riquezas i que todos los territorios; 2.º el pueblo de Chile hace saber al pueblo arjentino que su gran deseo es que la cuestion de límites pendiente sea resuelta por arbitraje; 3.º que considerará como un atentado a su voluntad soberana la declaracion de guerra o una amenaza hostil por parte de su gobierno contra ese pueblo hermano; i 4.º que se opondrá con todas sus fuerzas a que esa guerra se lleve a efecto.

No precisamente esto, pero algo como esto i otras

cosas mejores que omito transcribir, decía mi amigo, i disertábamos en seguida sobre los grandes resultados morales que traería consigo un hecho tan sencillo, tan bello i tan grande, como sobre los graves obstáculos que los políticos i los doctos opondrían a su realizacion.

I pensando despues en esto me he preguntado a mí mismo: ¿no sería este el medio de crear ese gran pontificado de los pueblos que invocaba Francisco Bilbao? ¿No podría de ese modo elaborarse el credo relijioso i político de América? La palabra, jirando alrededor del vasto continente, llevada por la lengua de los pueblos, se purificaría i se engrandecería, i purificada i engrandecida, volvería al lugar de donde había partido.

Suponed que ese poderoso espíritu público se alzara en América, penetrando todas sus zonas, todas sus comarcas, todos sus pueblos, i tendreis que suponer tambien que la injusticia i la arbitrariedad han huído para siempre de esta tierra sagrada, habitada por una sola i grande alma, poderosa i divina. Hai ideas grandes i jenerosas que yacen mortificadas i ocultas en el espíritu de los pueblos, sentimientos divinos que viven oscuros i penitentes en el corazon de los hombres i que no surjen, ni respiran, ni se proclaman porque la atmosfera en que podían vivir i desenvolverse está plenamente ocupada por los poderosos del mundo, por los grandes de la tierra; pero la union es una fuerza mas grande i poderosa que todo; un pueblo que se une para proclamar la justicia i la fraternidad es como la omnipotencia misma en el acto solemne de la creacion, i ante esa potencia divina tendrían que doblegarse todos esos poderes de pura conveniencia, todas esas fuerzas facticias de la opinion estraviada i egoísta.

He ahí una grande esperanza i una empresa digna de muchos, porque llegar a esa eminencia moral sería llegar

a las orillas de esa divina fuente de la fábula cuyas aguas procuran una juventud eterna.

¿Pero acaso no estamos sintiendo el clamor formidable de los odios que atraviesa las pampas i las montañas frías, cargado de amenazas i reproches? ¿Acaso no se sienten los pasos sordos de la enemistad que avanza i nos acecha desde el Guayas hasta el Plata?

Nos odian.....

¿Por qué hablan entonces de fraternidad?

Nos odian.... ¿Pero por qué nos odian i quiénes son los que nos odian?

¿Acaso nos odian porque somos el amanecer del Nuevo Mundo, i nos odian los rezagados de la civilizacion que vejetan en la inercia irresponsable de las tinieblas? ¿Acaso nos odian porque somos el grito que llama a la actividad i al trabajo, i nos odian los maltratados de la orjía, anhelantes de reposo? ¿Acaso nos odian porque nos levantamos en América como la estatua severa del deber augusto, i nos odian los que quisieran hallar un refugio a su impunidad en el naufragio de la moral i de la razon?

No digo yo tanto: que lo digan otros. Yo digo que no son los pueblos los que nos odian; es la masa pervertida, la turba acéfala, la plebe privada de esa expansion cerebral que se llama grande hombre, grande espíritu, gran patriota. El pueblo entregado a sí mismo se hace masa impersonal i populacho irresponsable. Miétras que bajo el influjo de sus grandes hombres el pueblo se hace ese ser colectivo i personal que se llama nacion i sociedad libre. Entónces esa conciencia superior del grande hombre se hace conciencia pública, i el pueblo, antes cie-

go, queda así alumbrado por un mismo pensamiento i unido en el mismo fin.

La patria no es la tierra, no es la riqueza, ni el comercio, ni las ciudades, ni los palacios; porque la patria es la que vive como conciencia inmortal en los grandes espíritus, como organismo ideal de ese ser colectivo e impercedero que se llama nacion. «Los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad a que pertenecen», dice Emerson.

La nacion no es, pues, el populacho, no es la turba brillante de mercaderes i de acaudalados, ni es la chusma que grita en las plazas de Buenos Aires o de Montevideo. La nacion es el grande hombre, es el gran corazon del prócer i del patriota iniciando al pueblo en los secretos providenciales de su destino; el pueblo arjentino es Mitre, es Gómez, es Sarmiento; no es la muchedumbre de declamadores de gloria fácil, nautas de todo viento i de todo rumbo; el pueblo arjentino es lo que es en sus grandes hombres, en esos nautas inmortales que le señalan el rumbo sagrado del deber. I a ese verdadero pueblo arjentino, a ese pueblo de labor, de pensamiento i de dignidad, a ese pueblo hacemos apelacion formal del veredicto de su prensa. I a ese verdadero pueblo arjentino debe dirigir el verdadero pueblo de Chile su palabra de paz i de fraternidad.

Batallar entre hermanos por la posesion de tierras inhabitables, he ahí un acto propio de pueblos dementes i caducos, indignos de habitar esta tierra predestinada a servir de teatro a la mas grande de las manifestaciones de la humanidad; sería entrar en la senda de todas las decadencias, morir ántes de haber sido jóven, retroceder a Sardes i a Babilonia cuando estábamos en camino de la ciudad ideal de la filosofía, del nuevo universo moral, del mundo de la fraternidad i de la eterna juventud.

CAPÍTULO XXXVIII

El porvenir de la América latina. I el problema social en Europa i en Estados Unidos

El problema social es al problema político lo que el sistema sanguíneo es al sistema nervioso.

Como la pobreza del primero de estos sistemas trae la irritabilidad enfermiza i las crisis del segundo, así hemos visto siempre en la Historia universal que el empobrecimiento i la relajacion de la vida social, han traído consigo la postracion pública algunas veces, otras, la licencia de los partidos políticos, las reyertas intestinas, la abdicacion de los débiles, la usurpacion de los poderosos, o bien, las grandes i saludables revoluciones, en casos mas singulares.

Pero en nuestros días, estas ideas tan elementales, serian insuficientes como pauta para explicar los sucesos: entramos en un mundo desconocido de las jeneraciones pasadas, el problema social se complica, el hombre se dilata i se condensa en pensamientos soberbios i en aspiraciones altivas, i empiezan á hacerse añejos aquellos principios de la economía social del derecho al trabajo i de la emancipacion del obrero, i aquello de Proudhon de que «trabajar i comer es el único fin aparente de la vida.»

«No solo de pan vive el hombre»: he ahí la idea que parece preocupar i dirigir al hombre moderno, que trata a toda costa de salir de las tinieblas del destino antiguo para marchar como pensamiento i como idea en los mares de la Historia. En efecto, el hombre vive tambien, i mucho mas, de dignidad i de justicia, de verdad i de libertad. I ese hombre nuevo, que se levanta en todas partes con diversos nombres, no es otra cosa que la marcha del pensamiento eterno en el espíritu humano, nó fatal i necesaria como la marcha de la idea hejeliana, sino obedeciendo a los impulsos humanos del jenio i del mártir, del pensador i del héroe; nó como una teogonía primitiva, naciendo de esa quimera del ser que pasa al no ser, sino como una manifestacion del imperativo divino del ser eternamente infinito i perfecto que dice en todo hombre: «sé creador, como yo soi creador». Ese espíritu nuevo que surge en todas partes i que se llama nihilismo en Rusia, socialismo en Alemania, comunismo en Francia, fenianismo, proletariado en el Reino Unido, partido democrático i puritanismo en Norte América, ese es el hombre nuevo que nace i rompe el involucro secular de la fuerza, i que dice al mundo antiguo: «tú eres idea por que eres fuerza; yo soi fuerza porque soi idea». Es el espíritu que se reconoce a sí mismo como infinito i como creador de todo, porque no sólo es fuerza en el átomo i en toda individualidad, sino que es tambien, i sobre todo, la potencia que eleva el átomo a molécula, la molécula a célula, la célula a óvulo i a individualidad animada i patente, i a ser racional i personal, representante del derecho i de la libertad.

Nueva faz del mundo, la verdad va a ser soberana, i el que la encuentre será el que domine i el que ha de ser obedecido.

Pero esas masas revolucionarias de Europa que se agitan i surgen con la fuerza de lavas primitivas, como la

aspiracion urgente hacia la verdad i hacia su forma estética, que es la fraternidad, esas masas, decimos, son, por lo jeneral, injustas i ciegas; no saben que se ponen en contradiccion con el fondo de sus principios al pretender imponerlos por la fuerza i que su triunfo seria un regreso deplorable. Deben ser vencidos i dominados por fuerzas orgánicas superiores; i a los impacientes amantes de la verdad no quedará mas recurso que la emigracion hacia esta América mas libre i mas expansiva, mas adecuada a las índoles altivas i oriijinales. La seleccion migratoria seguirá trayendo de Europa sus mejores elementos de renovacion i de oriijinalidad; i esa inmigracion libre, i nó favorecida, será mucha mas rica en sus resultados que las inmigraciones traídas por los gobiernos o por el incentivo de fáciles prosperidades, las cuales sólo pueden ser útiles en casos mui escepcionales. De modo que en la produccion del porvenir americano seguirán siempre entrando, como factores principales, el elemento criollo, habituado a la vida republicana, i el elemento europeo, atraído por seleccion migratoria i compuesto, por lo jeneral, de lo mas libre i oriijinal de la Europa.

Bajo este punto de vista, el problema del porvenir de nuestra América parece mui sencillo, como parece asegurado nuestro destino de naciones libres: el nuevo mundo parece robustecerse a espensas del antiguo. Pero elevémosnos a una intuiciou mas completa i mas activa de las cosas i tratemos de ver claro en este asunto que tanto nos interesa. Tratemos de concebir lo que será la Europa para la América, porque estos dos mundos se estrechan, i sus intereses se mezclan i confunden cada vez mas.

La primera cuestion que sobre este punto se nos presenta, es la siguiente: ¿Podrá la Europa emprender conquistas en América? I en seguida esta otra: ¿Los Estados Unidos serán siempre un resguardo para nuestro independencia? Tratemos de resolver primero la segunda de

estas cuestiones, porque así puede ser mucho mas interesante el estudio de la primera, que es la mas grave. Emplearemos pocas palabras, dejando a otros el exámen detenido i erudito de la materia, i señalando sólo sus puntos capitales.

Desde luego es de notar que la seleccion migratoria, por libre que sea, se desvirtúa muchísimo en sus efectos, cuando las facilidades del transporte i los incentivos del lucro son excesivos. Esto se ve en Estados Unidos i se ve tambien en Buenos Aires, cuando se compara la masa jeneral de su inmigracion con la que viene a Chile, i cuanse observa que al pueblo entusiasta i espontáneo de los primeros tiempos va sucediendo la masa de mercaderes que no sueñan mas que con los engrandecimientos materiales del comercio i de la industria, que miran a la Europa como un modelo, i que si son un excelente regulador de las pasiones i de las impaciencias políticas, llegan, en cambio, a convertirse con el tiempo, en un calmante nocivo para la virilidad de las naciones jóvenes. La emigracion se hace entónces una simple expansion; i es seguro que las diferencias de gustos i de caracteres desaparecen cada vez mas entre la nacion que emite i la nacion que recibe la emigracion, i que el sentimiento nacional se debilita en las relaciones de esos mismos pueblos, como amor de la independencian i como jenio popular. Esto quiere decir que el antagonismo social entre la Europa i las naciones americanas del Atlántico será, por lo jeneral, cada vez mas débil, i que el sentimiento de repulsion con que estos últimos han mirado siempre la intervencion europea en los asuntos de sus vecinos, se irá haciendo ménos inaccesible a las transacciones. La América del Norte será cada vez ménos celosa de nuestra independencia, i lo mismo podría decirse que las naciones del Plata i Méjico, mas favorecidas por la inmigracion que el resto de la América latina, mirarán cada vez con ménos

aversion las intervenciones europeas en los asuntos de otros pueblos americanos.

En seguida, cuando pensamos en la absorcion de Tejas i de California, se ocurre mui lójicamente que el guardian de nuestra casa puede otra vez convertirse en lobo rapaz, i tragarse primero a Méjico i despues la América del Centro, hasta Panamá. Una vez que el yankee tienda sus rieles a Mazatlán i a la imperial Tenoxtitlan, ¿quién no ve que esas comarcas, saturándose cada vez mas de sangre sajona, acabarán por incorporarse al coloso del Niágara? Todo esto debiera ser asunto de serias preocupaciones para nuestros pensadores.

Por fin, lleguemos al punto capital de esta materia: ¿se hallarán siempre los Estados Unidos en aptitud de sostener su doctrina de Monroe en cualquier punto del continente amagado por la Europa? ¿No volverán a verse envueltos en conflictos intestinos como el de la Guerra de Separacion?

Desde el tiempo de la independencia se acentuaron dos partidos opuestos en Estados Unidos: los aristócratas de los Estados del sur con el de Virginia a la cabeza, i los demócratas del norte, cuyo centro natural era la puritana i severa Boston. Los primeros, celosos de sus libertades locales i de sus prerogativas aristocráticas, fanáticos de la lei comun, los segundos, i pretendiendo transportar a la esfera política su temperamento relijioso. Ahora, ese antagonismo ¿podria mantenerse en la moderacion que le señalaron ejemplarmente esos grandes caracteres de Wáshington i de Jefferson? Esos aristócratas del sur no gustan mucho del término medio i llevan infusa mucha sangre del Mediodía.

Hai cuestiones sociales que pueden resolverse por transacciones, i otras que están llamadas a tener una solucion perentoriamente positiva o negativa. La cuestion social que hoi ajita a la Europa, llamada a un aplazamiento in-

definido por la fuerza de los poderes constituídos i por las facilidades crecientes de la emigracion, condensa en la América del Norte sus elementos mas activos; i por muchas que sean hoy las facilidades que los nuevos territorios ofrecen a la actividad de los proletarios, al fin ha de llegar un momento en la vida de esa gran nacion en que la falta de tierras nuevas, por una parte, i las crecientes exigencias de los demócratas, por la otra, produzcan una crisis política cuyas proporciones seria aventurado calcular. En tales condiciones la revolucion seria bien pronto una separacion i probablemente una nueva guerra intestina entre los del norte i los del sur, mucho mas larga i mas terrible que la pasada. Sólo habría un medio de sofocar esa revolucion i seria la absorcion de Méjico i la marcha invasora del pabellón de las estrellas sobre el Mediodía.

Pero ocupémonos del caso en que esto último no suceda i que se prolongue el estado revolucionario en la patria de Wáshington.

Este es, precisamente, el momento esperado i fatal en que la Europa monárquica se restrega alegre las manos i trae al tapete de su diplomacia tenebrosa el cartapacio de sus viejas codicias.

Meditémoslo, porque es necesario meditarlo. Se trata de ser, o de no ser; de ser un feudo servil de las monarquías europeas, o de ser el pueblo ideal de la filosofía, la república, en su majestad i en su gloria. Veamos si hai un medio de salvarnos, seguros de que ese medio, no sólo sería bueno para defendernos contra la Europa, sino contra nuestros poderosos guardianes del Norte.

Planteemos esta gravísima cuestion, i planteémosla del modo mas claro: ¿Podrá la Europa monárquica emprender eficazmente, conquistas en América, una vez que los Estados Unidos, absorbidos por sus cuestiones internas,

sean impotentes para defendernos? ¿Qué Estado europeo se atrevería a iniciar la invasion?

Ello se ha emprendido i ello puede emprenderse. I allí está esa Austria ambiciosa, perseverante, vengativa i fría. Esa España soberbia que no quiere creer aun en su miseria providencial. I por encima de ellas, allí está esa docta Alemania, que desde principios del siglo viene forjando sistemas audaces de predominio universal, i que tal vez no espera mas que ver a la Francia arrastrada por la vorájjine de sus cuestiones sociales, para realizar sus sueños hegelianos en una escala jigantesca. I esa Europa aterrada ante la lójica del socialismo frances, que amenaza trastornar las nociones del derecho civil, es seguro que se manifestaría bien complaciente para secundar las miras de esa audaz Alemania, presentándose como iniciadora del dominio absoluto de la monarquía i de la extincion de la república en el mundo. Esto parece inverosímil i absurdo para nosotros. ¿Pero quien hubiera creído despues de Platea i Salamina que habría la de Queroenea, i un regreso al absolutismo? ¿Qué hombres hubieran creído en Roma despues de la de Cartago que ese triunfo era celebrado por los abuelos de los que habían de ser sus tiranos?

¿Será cierto que han de volver a verse esos días horribles para la humanidad? ¿Será verdad que la Providencia prepara ese duelo colosal entre el absolutismo i la libertad? La Providencia parece haberse complacido siempre, desde Maraton hasta Ayacucho, desde Filipos hasta Yorktown en la preparacion de esos grandes espectáculos, i el pueblo que se mantiene dispuesto a afrontar lo imprevisto i lo maravilloso, ha sido siempre el heredero del mundo i de la gloria.

¿Estará esto en la marcha natural de las cosas, bajo el supuesto de que en lo natural no entra sólo lo rutinario i

lo mezquino, sino tambien las grandes jornadas de la humanidad?

¿Acaso en el ánimo de esos monarcas del viejo mundo no está clamando venganza esa rejia cabeza ensangrentada, arrojada a su faz por la mano de Juárez?

¿En vez de poblar estraños territorios con sus propios súbditos, no ansiarán esos monarcas constituir con ellos vastísimas colonias productivas, i alumbrar sus coronas con los esplendores de este mundo maravilloso, acallando para siempre el reto que la libertad parece lanzarles al traves del Atlántico?

Esa potencia intelectual acumulada en esas cabezas rejias, en sus largos siglos de actividad, i en esa escuela de los grandes hechos, ¿acaso no mira con un desden soberano nuestra fe candorosa en el triunfo de la libertad?

I si esto fuera cierto, ¿qué es lo que hacemos en prevision de ese gran peligro?

No olvidemos que los verdugos de Polonia han sido templados al fuego de los grandes crímenes.

* El canal de Panamá va a abrir a la marina europea un fácil camino a las salubres playas del Pacífico. El comercio de una parte del Asia i de las dos Américas con la Europa, va a hacer de ese punto jeográfico un *rendez vous* comercial de todas las naciones, i el Viejo Mundo va a rodearnos i a cubrarnos tan estrechamente i con una manifestacion de fuerza i de riqueza tan imponente, que se verá entónces como una evidencia, eso que sólo parece hoi una posibilidad remota: el peligro inminente en que se halla nuestra débil América, en presencia de las naciones europeas. Todas las playas del Pacífico, casi indefensas i casi exentas de enfermedades endémicas i epidémicas, desde el golfo de California hasta Chiloé,

abiertas a los golpes de mano de un invasor, serían el principal objeto de las preocupaciones ambiciosas del Viejo Mundo.

¿Qué hacemos para prepararnos a la defensa? Si esos temores son vanos ¿qué habremos perdido con estar preparados, nó por la vasta provision de nuestros arsenales, sino por la creacion de un espíritu público americano? Habríamos ganado muchísimo.

I si salieran ciertos, i nos hallaran en el sueño i estinguidas las lámparas de la vijilia i del trabajo, entónces, la partida sería trájica i nuestra suerte implacable.

¿Qué es lo que puede perdernós?

Es el culto del error. Es la veneracion de la Europa i de las tendencias europeas. Es la falta de orijinalidad nacional. Es la ignorancia de nuestro destino. Es la relajacion política i social de que tan triste ejemplo han dado Perú i Bolivia. Son las guerras civiles i son las guerras entre sí de los pueblos americanos, por cuanto ellas perpetúan los odios i nos separan debilitándonos.

¿I qué es lo que puede salvarnos?

Es el respeto a la lei natural de los pueblos americanos, itinerario sagrado, marcado por el conocimiento de nuestra finalidad providencial; lei divina que debe unirnos, respetando nuestras diferencias jeniales; unirnos en la misma finalidad i diferenciarnos en los medios de conseguirla segun la índole peculiar de cada pueblo.

Ahora esa lei, para que sea actividad i sancion, debe estar representada en un areópago americano, en un tribunal federal, encargado de allanar nuestras diferencias,

de mantener la república, de representarnos en los conflictos con el extranjero.

No podemos hacer una confederacion, pero podemos ponernos de acuerdo para defendernos i para hacernos cada vez mas fuertes. Acabar con la guerra en América, acabar con las dictaduras, con los caudillajes i con los motines de cuartel.

En otro artículo hemos espuesto cuáles deberían ser a nuestro juicio, las bases del derecho federal, i respecto de ellas podría agregarse lo siguiente.

Para acallar la protesta de las naciones mas ricas i mas fuertes, que no aceptarían que, siendo desiguales las cargas, la representacion no lo fuese tambien i de un modo proporcional, podría establecerse que en la discusion i aprobacion de las leyes jenerales, los votos serían iguales en valor; pero, para declarar la guerra o para casos que podían envolver una guerra, así como para la aprobacion de los presupuestos federales, los votos tendrían un valor proporcional a las cargas u obligaciones de cada Estado para con el gobierno central.

Finalmente, como coronacion de esta obra, el congreso federal debería ardientemente propender a la creacion de un gran Instituto Americano, para la alta educacion de lo mas escogido de la juventud del continente. Allí sería el foco del nuevo espíritu público, unido a las grandes pasiones científicas i a las mas elevadas aspiraciones del arte. Sería la América futura que nacía, el nuevo espíritu que iba a encarnar en el Nuevo Mundo.

CAPÍTULO XXXIX

Las Repúblicas de la América Latina

En vano miramos i remiramos nuestro continente para contar sus entidades políticas, i en vano es que interroguemos su historia buscando los jérmenes de fuerzas futuras. Cuando el pensador abrumado bajo las sombrías reflexiones que sujiere lo precario de nuestra situacion en el mundo, se pone a pasar revista a las fuerzas con que cuenta nuestra América para defenderse de las asechanzas que se ciernen en el destino oscuro, no puede ménos de esclamar con dolor: no somos sino unos cuantos Estados desunidos i débiles contra todo el mundo.

Si al ménos estos Estados estuvieran unidos por el mismo espíritu i por los mismos fines, esa union sagrada de los pueblos que se aman, sería la fuente de esas grandes inspiraciones, creadoras de los grandes hechos. Pero parece que estas naciones hubieran salvado del gran naufragio sólo para medir la tension de sus inquietudes por los progresos del vecino. Ninguna parece preocuparse de indagar cuáles son las condiciones históricas, sociales i políticas en que se halla necesariamente colocada dentro del mecanismo universal de los pueblos modernos, cuál es la base verdadera de su destino dentro

de ese vasto escenario de la Historia comtemporánea, donde se plantean, se ajitan i se resuelven los mas sorprendentes problemas de la humanidad.

I no somos sino unos cuantos estados para defender un mundo, para poblarlo de nuevas jeneraciones, para iniciarlo en su mision, para dar cuenta de su destino.

Casi nada se habrá perdido, sin embargo. Méjico, las Repúblicas del Centro, Ecuador, Venezuela, Perú, Bolivia, pronto dejarán de ser las plantas abrasadas i la zizaña de nuestra América, los nautas que perdieron su rumbo i se echaron a dormir sobre el abismo. Una época de florecimiento se iniciará en casi todas ellas, i un soplo vivificante i despertador hará jerminalar la semilla que parecía haberse arrojado en los abrojos, en las arenas i en el camino.

Miéntas tanto, el viento del Norte arroja hácia el Mediodía las impetuosas ondas boreales que crecen i marchan sin cesar, amenazando invadir cuanto encuentren a su paso. Ondas, es decir, pueblos que se desenvuelven i que avanzan.

Asistimos al momento mas decisivo i mas solemne de las emigraciones históricas. Todo un hemisferio repleto de hombres impacientes, i saturado de fuerzas desconocidas, se estiende hácia el Mediodía con la fatalidad de una montaña de hielo que se derrite, se desprende i corre, cubriendo con sus aguas los continentes.

Es todo el hemisferio boreal; son cuatrocientos millones de hombres que desbordan sobre las casi desiertas comarcas del Mediodía, modificando i dominando las razas i trayendo consigo nuevos elementos de sociabilidad i otros hábitos políticos.

¿I qué hacemos en presencia de esa amenaza formidable que nos envuelve? Confiados en la supremacía de los intereses mercantiles que domina a los pueblos modernos, parece que diéramos por sentado que nada tenemos

que temer del porvenir, como si nos complaciéramos en desdeñar las lecciones de la esperiencia, o como si creyésemos que la naturaleza humana había cambiado.

Pero ha llegado el momento en que los pueblos que en esta América son capaces de elevarse a una seria meditacion de su destino, se preocupen tenazmente de estas gravísimas cuestiones i las estudien i profundicen a la luz de las severas enseñanzas de la Historia i desde las alturas serenas del pensamiento.

La fuerza creciente del espíritu humano, manifestándose como exigencia progresiva del individuo i como multiplicacion de los elementos que la satisfacen, tiene que seguir produciendo un incremento tal de emigracion europea, que en una época próxima, esto hará necesariamente que las virtudes o los principios que rijen la seleccion migratoria se perviertan cada vez mas, i en poco tiempo hemos de ver nuestras vírjenes comarcas invadidas por innumerables masas heterojéneas e inasimilables, por formidables hordas de mercaderes, ávidas de oro, codiciosas de bienestar i enemigas de todo movimiento atrevido que pueda trastornar esa estabilidad egoista i cobarde que llaman orden los reaccionarios. Entónces se verá claramente que la actividad moderna ha puesto en evidencia un nuevo método de realizar conquistas i de trastornar instituciones: para ello sólo bastará lanzar una poderosa corriente de emigracion en una direccion determinada, i en un pueblo como el Ecuador o Bolivia, por ejemplo, acumular dos millones de hombres de una misma nacionalidad, los cuales serian suficientes para rendir esas naciones a un país extranjero, casi sin derramar sangre. Una vez que el poder extranjero haya puesto el pié en nuestro continente, por este o por otro medio, ya bastaria seguir la política que los rusos i los ingleses han empleado en el Asia para consumir la conquista.

Pero nada de esto nos preocupa i sólo parecemos ocupados de fiscalizar los progresos de las fuerzas del vecino, como si nuestra grandeza dependiera de su miseria. ¿Acaso no sería mucho mas cuerdo desearnos mutuamente el bien, ayudarnos para engrandecernos, para unirnos i para prepararnos a las grandes jornadas del porvenir?

Que crezca la República Argentina, que crezcan Colombia, Chile i Méjico, i ojalá mañana nos comunicara el telégrafo la incorporacion del Uruguay i del Paraguai a la Confederacion Argentina, i la incorporacion de Venezuela i del Ecuador a la Confederacion Colombiana. I a esa miserable política de Thiers, que deploraba la unificacion de Italia como un prefacio necesario de la unificacion germánica, i por consiguiente, como una disminucion relativa de la preponderancia francesa, a esa mezquina política de egoistas i de miopes, debemos oponer en América un veto absoluto, suplantándola por la gran política de la libre competencia en la grandeza i en el progreso despertador, por la política mas sabia (i ménos hábil) del bien universal i de la fraternidad solidaria de nuestros pueblos en la elaboracion i consecucion de ese gran fin humano que es la planteacion de la República i la soberanía del hombre libre sobre la tierra.

¿Qué significado tienen entónces esos gritos de alerta lanzados por nuestros vecinos a la vista de las victorias de Chile? ¿Qué quieren decir con esa frase vacía i sonoro de *equilibrio americano*, lanzada como un brulote ardiendo para espantar a los eternos niños de nuestra política? ¿Qué grandeza puede Chile esperar de esta guerra tan comprometente para su porvenir, tan saludable para sus enemigos?

¿I acaso no es nada para el equilibrio vital de la América eso de arrancar a esos dos pródigos de la disipacion i de la orjía nocturna, sacarlos a la luz de la realidad, sacudirlos, mostrarles todo el horror de sus disolu-

ciones i colocarlos en el camino de la dignidad i del trabajo, no recibiendo en pago mas que graves compromisos económicos en su vida privada i crueles amenazas en su vida internacional? Chile ha vencido a un cadáver, dicen nuestros vecinos; sin embargo, sería mas exacto decir que Chile ha arrancado de su lecho de muerte a un pueblo en putrefaccion. Es cierto que este no es el hecho tal como pasa en la conciencia del vulgo; pero es el hecho tal como es, conocido en las conciencias superiores i tal como debe acentuarse cada vez mas en la conciencia de la posteridad. Chile ha restablecido el equilibrio americano, la autonomía integral del nuevo mundo sacudiendo a los que yacían a la sombra de la muerte, inculcando una conciencia mas alta del deber i una noción mas grande de la dignidad pública en el espíritu de dos naciones americanas, apóstatas de la libertad i que en una serie creciente de abdicaciones marchaban derecho a una disolucion final. ¿De qué equilibrio hablais entónces? ¿Acaso no es restablecer el equilibrio vital, llamar los muertos a la vida, encaminar al extraviado, sacudir el lecho del perezoso, saldar las deudas del insolvente i alejar de nuestro continente las codicias impacientes de los acreedores extranjeros i la intervencion europea en los asuntos americanos? ¿Qué equilibrio quereis entónces, o acaso quereis el equilibrio de la muerte, de la insolvencia, de la corrupcion, i en fin, de la intervencion europea? Golpeaos la frente, por Dios, i haced surjir ideas mas grandes de vuestros cerebros. Mirad hácia el porvenir de nuestra América i juzgad los hechos contemporáneos a la luz de ese destino misterioso que nos espera i a la vista de los grandes peligros que nos amenazan. Nos echareis en cara a este respecto que hemos desguarnecido al Perú; pero el Perú desguarnecido i amenazado será mucho mas apto para cumplir con el gran fin de crear la patria i el ciudadano, que guardando su corrupcion

con sus cañones. Orientaos i mirad el gran fin. Creced i fortificaos i Chile os enviará sus cordiales felicitaciones; i en vez de abrumarnos con vuestros clamores i alarmas en los momentos de conflicto, preparad la senda del porvenir, abrid la ancha ruta de la libertad i del amor a las jeneraciones que vienen, en vez de bautizarlas en la vertiente de vuestros odios. Es cierto que este lenguaje no cuadra al mayor número, pero es el de los hombres de corazon. No abuseis tanto de la palabra *conquista*, porque los buenos chilenos no la quieren, i si el Perú entra en la buena senda, esa voluntad de los buenos ha de prevalecer. Nos echais en cara las crueldades de la guerra; pero nosotros fuimos a ella a pesar nuestro, i el enemigo nos dió la medida de la crueldad. I si es cierto que en vez de ir a la guerra pudimos elevarnos a grandes virtudes i no lo hicimos, no olvideis que a nadie gusta echar sus semillas preciosas en el campo de los abrojos. Sacrificando el espíritu a las formas, abusais cruelmente del hábil manejo de las palabras i poneis al vulgo de vuestra parte. Escribis con letras de oro nuestras malas acciones i no os acordais para nada de las buenas.

Pero los tiempos se acercan, el problema del mundo se desenvuelve i se plantea con sus cifras inexorables, el espíritu avanza alumbrando en sus profundidades la temible incógnita del destino, i el porvenir será del que haya puesto en las cifras de ese oscuro problema el coeficiente de las grandes voluntades. La ruina será de los imprevisores i de los inertes, i nadie sabe aun con qué signo será marcada su frente en ese juicio final que se aproxima. I miéntras todos los pueblos, desde la Rusia hasta la Inglaterra, hasta los Estados Unidos, desde el Austria hasta la Alemania, hasta la Francia, forjan sistemas de predominio universal, enardecen sus espíritus con sueños de omnipotencia, nosotros, los pobres americanos del sur, los herederos de esta hermosa América que ha de

ser necesariamente, el último palenque en que se den batalla las ambiciones de las naciones poderosas, nosotros, desunidos i dispersos en esta vasta tierra, vivimos entregados a disputas de lacayos i rufianes, i a controversias de leguleyos i sofistas. Nueva Grecia que te preparas a desgarrarte en luchas intestinas i no divisas a tus espaldas a Queronea i mas allá la espada de Roma, echa lejos de tí tus Alcibíades i tus Lisandros i escucha los consejos de tus pensadores i de tus patriotas, porque sólo así puedes evitar tu ruina i condensar los pensamientos poderosos i las voluntades atrevidas.

Ante todo, es menester que contemos nuestras fuerzas. Somos unas pocas naciones con algunos millones de habitantes, separadas por altas cordilleras i por vastas comarcas: Méjico, Chile, el Plata, Colombia, etc. Los pueblos intermedios, lejos de ser vínculos de union i elementos de fuerza, no son mas que otros tantos puntos vulnerables ofrecidos a la codicia extranjera: porque está demostrado que un pueblo que no tiene fuerzas para constituirse, tampoco las tiene para defenderse. Sin embargo, si los hombres públicos se elevaran a una concepcion mas cabal de los intereses americanos, bien pronto echarian de ver, lo que hoi parece casi imposible, que el engrandecimiento de esta América exige imperiosamente la union de estas Repúblicas hispano-americanas, nó en forma de una confederacion sino en la forma de un pacto solemne para defender la integridad del Continente, para proteger las instituciones republicanas i para trabajar por la incorporacion de los demas Estados a los derechos i deberes de ese mismo pacto; i en caso que hoi fuera imposible la instalacion de un Congreso americano, trabajar por establecerlo cuanto ántes.

La República Argentina i Colombia llevan a este respecto una gran ventaja sobre Chile. Este último no pue-

de incorporarse ninguna de las naciones vecinas; sus instituciones unitarias i la diverjencia de jenio se lo impiden. Mientras que a las dos primeras les será mui fácil incorporar a su sistema de gobierno las naciones que les avecinan. Es indudable que los grandes intereses de la república trasandina están cifrados en el norte: allí está el predominio de los grandes ríos, la integridad de su sistema económico, la garantía de su predominio político. I Colombia, mucho mas cuerda i mas poderosa ahora, sería mucho mas apta para restablecer i consolidar la antigua union colombiana.

Pero esta cuestion tan seria i tan profunda tiene un punto de vista mas verdadero i mas eminente. La cuestion *territorios* es subalterna al lado de la gran cuestion del espíritu público, de su educacion, de su elevacion. ¿Qué nos importan las magnitudes del suelo que pisamos, los millones del tesoro público, si nuestro espíritu miserable se detiene i se estanca en el fango de miserables pasiones o se lanza en la pendiente de las abdicaciones? ¿Por qué nos exaltamos tanto por la integridad o por el incremento del suelo i miramos con tanta indiferencia la integridad del espíritu, el incremento del hombre como libertad, como dignidad, como potencia creadora de un nuevo mundo de fraternidad i de justicia? ¿No bastó el pequeño territorio del Atica para la creacion del pueblo mas grande, mas revelador, mas sublime de todos los tiempos? ¿I acaso no fué el conato de la conquista lo que orijinó la ruina de ese pueblo inmortal? ¿Qué hace la Rusia con dos mitades de continente bajo sus piés, qué idea reveladora salió jamas de esa humanidad esterilizada? Es el hombre nuevo, el hombre que lleva en su frente las fuerzas de las jeneraciones, i en su pecho las nobles pasiones i los grandes anhelos de la Historia, es ese hombre condensacion del pensamiento final del mundo, la conquista mas bella que se deben proponer las naciones americanas.

Eso conseguido, todo lo demas viene por sí mismo; pero la inversa no se verifica: hecho el hombre del trabajo i de la economía, en vez del hombre moral, puede ser mui bien que aparezca el hombre de la usura i del orgullo, i con él, el culto de las riquezas, la ignominia del pobre, las codicias que desbordan, las luchas sordas i terribles, el desencadenamiento de las peores pasiones, la podredumbre de los caracteres i el infierno sobre la tierra. ¿O acaso diremos como M. Jules Simon, «principiemos por el principio, que son las necesidades de mi cuerpo»? Pero eso es bajo i es absurdo. Porque ántes del derecho de vivir está el deber mas sagrado de los deberes, que es el de «ser digno de la vida», lo cual es tambien el derecho mas santo. Todo hombre trae ese santo derecho al nacer, todo hombre tiene el derecho de trabajar porque la sociedad sea el medio mas adecuado para hacer al hombre digno de la existencia. «Buscad el reino de Dios i su justicia i lo demas se os dará por añadidura». Lo cual quiere decir que, hecho el hombre del deber, queda tambien hecho el hombre que mira el trabajo como la mas sencilla de las obligaciones. El verdadero derecho es el verdadero deber. I el deber es la actividad en busca de lo mejor, lo cual es tambien el bien verdadero.

Luego, es necesario buscar lo mejor i realizarlo. Dadas nuestras condiciones históricas i políticas, eso mejor se halla indudablemente, en la creacion de un nuevo mundo americano, uniendo los elementos dispersos en la misma idea i en el mismo fin. Crear el ciudadano de América, encarnando en cada hombre ese potente espíritu que el pensador i el poeta sienten bullir en su pecho cuando se alzan a la concepcion de esa patria futura, ver lo bueno de los otros pueblos hermanos i admirar lo mejor de cada uno de ellos, he ahí un deber de todo americano. Así haremos el mundo nuevo, el mundo de las primeras i de las últimas esperanzas. I así haremos la

nueva i jenuina literatura del continente, porque, así como los grandes mamíferos sólo pueden desenvolverse en las estensas comarcas o en los dilatados mares, los grandes jenios necesitan para dilatarse i aparecer, de ese continente moral que es el espíritu público de una patria poderosa, impulsada por la expectativa de un gran destino. El jenio griego llegó a su esplendor cuando hubo un espíritu público griego. I los mejores escritores i hombres públicos de América son aquellos en quienes vive de un modo mas radiante la noción de esa patria venidera. La fraternidad pública es el continente en que se ajitan i se desenvuelven las pasiones i las ideas, i ensanchar las fronteras de ese continente divino es ciertamente mucho mas racional que consagrar las mejores energías humanas al ensanche del territorio que pisamos, en las horas mas solemnes de nuestra vida.

El porvenir ha de ser, i ha de ser de algun modo, i ha de haber una posteridad que se nutra i que viva de lo que ahora son simples ideas de los contemporáneos i cuyo juicio favorable o adverso para nosotros, ha de componerse de la misma sustancia de nuestros juicios actuales de prevision i de prudencia. Porque en nuestro espíritu de hoy viven i se ajitan las jeneraciones que vienen, i los actos i pensamientos que nos ocupan, son como las funciones jeneradoras de esa jestacion infinita. Todo lo grande o lo mísero del porvenir vive hoy latente en nosotros, i nada habrá en los siglos venideros que no lleve el sello de nuestras voluntades de hoy. Todas esas jeneraciones, esas ondas humanas que se dilatan proyectándose en las épocas futuras, todo ese caudal inagotable saldrá necesariamente de las fuentes de nuestro espíritu, de este espíritu que ahora es todo nuestro, que no tiene

nada que no sea nuestro i que no pueda ser penetrado por nuestra voluntad.

La América futura vive i se cria en nuestra mente. Del cerebro de los contemporáneos puede surgir, como del cerebro de Júpiter Olímpico, la Diosa invulnerable de la Sabiduría, la República en su grandeza i en su gloria, así como pueden salir tambien los abortos de la incuria i de la impotencia. Cuando los cristianos destrozaron el Júpiter Serapis de Alejandría, de la cabeza colosal de la divinidad inerte se escapó una nidada de ratones. Un pueblo es inmortal i tiene su omnipotencia como un Dios. Tiene su propia posteridad entre sus manos i puede modelarla a su voluntad, porque esa posteridad es el mismo niño que vive entre nosotros, que vive de nuestro aliento, que nos interroga sin cesar i que se modela por nuestras lecciones i por nuestro ejemplo. Hacer un pueblo: eso es divino, realmente. Crear las naciones futuras con el soplo de nuestra palabra, las naciones heroicas, dignas de esta tierra de prodigalidades i de belleza, ¿qué mision mas grande?

I ya que los gobiernos mas sensatos viven ocupados de miserables rencillas de límites, i ya que parecen empeñados en colonizar nuestras comarcas con inmigraciones favorecidas, bueno será que los pueblos empiecen a ocuparse por sí mismos de su suerte, que alcen la voz en favor de nuestros infelices proletarios, i que a nombre de la grandeza futura de nuestra América exijan para ellos una participacion mas activa en las funciones de la vida libre, preparada por una amplia educacion obligatoria, educacion práctica, provechosa i emancipadora; porque es indisputable que nuestro pueblo es mucho mas apto para alzarse a constituir la personalidad de este mundo de libertad que las masas de serviles mercaderes traídas por nuestros gobiernos i que llegan a esta tierra de rejeneracion, murmurando el credo de la fatalidad lu-

terana, del culto ciego a los poderosos i de la veneracion por la riqueza. Doble injusticia i doble ceguedad que puede ser que un dia tengamos que deplorar amargamente. ¿Qué nos importa que esas individualidades exóticas vengan a incrementar las cifras de la produccion material? ¿Acaso el hombre vive de cifras? ¿Por qué ese grito de: *brazos, brazos*, como si creyéramos que el pueblo es la estadística de sus productos, i como si ignoráramos que la mayor oferta de brazos tiene que deprimir la condicion de nuestros proletarios? ¿Acaso no vale mas un puñado de hombres de corazon que muchos millones de canalla?

Es cierto que la dotacion étnica de nuestro continente no está aun terminada, que ella debe seguir enriqueciéndose con los repetidos i progresivos continjentes de la libre inmigracion, rica en elementos innovadores i creadores; pero ¿acaso no sabemos que las mejores virtudes de la inmigracion se pierden por el sólo hecho de facilitarla demasiado, quitándole así el carácter de libre i enérgica eleccion que distingue a las emigraciones espontáneas? Los inmigrados extranjeros cuyos descendientes figuran en Chile, han venido libremente.

Primero en el peligro i en la muerte, primero en el trabajo i en la muda abnegacion, i capaz como ninguno de abrigar el sencillo patriotismo, nuestro pueblo es digno, por cierto, de elevarse a la plenitud de la vida republicana, i mucho mas acreedor que el ignorado extranjero, a los beneficios que puede dispensar la República. I ya que nuestros gobiernos no han hecho nada por estas grandes responsabilidades del porvenir, necesario es que el pueblo se alce al cumplimiento de esos altos deberes o que imponga al poder una opinion mas activa i mas enérgica en este sentido, haciendo uso de los poderosos recursos del meeting o de la prensa. Mas fraternidad i ménos territorios; mas grandeza individual i ménos ci-

fras; porque como dice Tocqueville, «se diría que los soberanos de nuestros tiempos no tratan sino de hacer grandes cosas con los hombres; yo querria que pensaran un poco mas en hacer grandes hombres». I podria agregarse que el grande hombre sólo se hace a sí mismo produciendo hombres. De otro modo la China seria un ejemplo i un modelo. ¿Qué otro pueblo puede igualar las cifras de su estadística?

CAPITULO XL

. El Congreso de Panamá

La América despierta. I todo parece venir anunciando que va a entrar a uno de los momentos mas solemnes de su Historia.

Colombia, ese centro jeográfico del continente, ese centro político del Nuevo Mundo, en cuyo corazon van a concentrarse con mas vigor las palpitaciones de las sociedades americanas, evocando los recuerdos de sus grandes dias, ha dado un paso adelante, i a nombre de la situacion política i de los altos fines históricos de la América Latina, ha dirigido la palabra a los pueblos hermanos, invitándolos a reunirse en un congreso internacional.

¿Se llevará a cabo ese pensamiento? I si se lleva, ¿qué va a debatirse en esa reunion? ¿Podrá ésta mantenerse en los límites marcados en la invitacion? He aquí las cuestiones que se presentan en esta materia.

Yo creo que talvez nunca ha habido una situacion mas propicia para hacer fácil i talvez necesaria la reunion de un congreso americano; pero que tambien nunca ha habido una situacion mas erizada de dificultades para que esa reunion tenga resultados positivos. Estas dificultades i aquella necesidad harán, probablemente, que el congreso

tenga dos fases, o mas bien, dos períodos: el primero de reservas i de indecisiones, i pobrísimo en resultados; el segundo, si lo hay, de espansiones i de miras atrevidas, i en el que, saliendo de los límites señalados en la invitacion, abarcaria todas las grandes cuestiones americanas. En estas condiciones no seria dificil arribar a resultados eficaces, tales como el de la creacion de un gran tribunal de justicia en América, de un tribunal supremo, encargado de fallar en todas las cuestiones internacionales i aun de mantener la forma republicana en los Estados contratantes, i que dispusiera de una fuerza activa para dar sancion a sus fallos.

En cuanto a confederacion o a la aceptacion de una constitucion federal rudimentaria, la cosa parece imposible: todo el mundo echa de ver que, dadas las condiciones de nuestras sociedades, esa es tarea mui laboriosa i sembrada de gravísimos obstáculos, i que los pueblos mas poderosos que van a figurar en el congreso, serian los primeros en querer separar su destino de las contingencias que amenazan a las naciones débiles de América. Aún la simple idea de un tribunal supremo, es seguro que alarmaría a tres grandes estados del Mediodía. El Brasil, que por antagonismo de instituciones i de raza, no entraria jamas en una confederacion, ni seria aceptado por ella, tampoco querria aceptar la idea de un tribunal federal, ante el cual creeria humillarse reconociéndolo; i Chile i la República Argentina tienen entre manos serias cuestiones internacionales que no querrian entregar a las decisiones de un árbitro. En prevision de un hecho como este, ya la última empieza a ajitar la cuestion de una mancomunidad diplomática del Brasil i de los vecinos Estados del Plata; vana tentativa desde que el Brasil ningun interes tiene en entrar en esta liga diplomática i desde que ella, sin el concurso del Brasil, no tiene significado alguno.

Por el contrario, la invitacion de Nueva Granada a un congreso internacional americano con fines simplemente diplomáticos, no podrá ser rechazada ni desoída por ninguna de las potencias convocadas, por las razones siguientes:

El Brasil, que no podrá entrar jamas, mientras sea imperio, en una confederacion americana, es, no obstante, el mas interesado en la política de este continente. No concurrir al congreso, seria para él dejar en plena libertad el antagonismo republicano, lo cual importaria crear para el futuro los elementos de una coalicion republicana en contra suya; seria renunciar a su influencia en América i esponerse a un aislamiento peligroso. Además, i ciñéndonos a un círculo de ideas mas limitadas i concretas, el imperio lusitano no querria perder, con su abstinencia, el derecho de intervenir en la suerte de un pueblo amigo, como lo es Chile, cuyos últimos actos internacionales van a ponerse en discusion, así como en la cuestion patagónica, que afecta no sólo a Chile, sino tambien a un vecino que lo amenaza con hacerse gigantesco.

Méjico, contra lo que ha dicho hace poco un respetable estadista arjentino, seria de los mas solícitos en asistir al llamado de Nueva Granada, porque con su asentimiento nada tendria que perder, mientras que el alto significado político de la reunion de Panamá, los nuevos principios de derecho público que se proclamarian en él i se pondrian bajo el amparo del gran respeto que inspira siempre el acuerdo de muchos pueblos reunidos para discutir sus grandes intereses comunes, importarian para la nacion azteca una garantía moral de primer orden contra la amenaza del absorbente coloso que la circuye por el norte. Por otra parte, Méjico está mui ocupado de sus cuestiones internas i no se halla en situacion de conquistar, para que tema someterse a los principios de equidad pública.

Venezuela está bajo el réjimen de un hombre que se

dice dominado por ideas i proyectos del mas alto americanismo, y la patria de Bolívar no vacilaria mucho tiempo en posponer sus rivalidades de vecino a fines tan caros al patriotismo americano, del cual se hizo en la independencia el caudillo mas interesante.

Nueva Granada es la iniciadora, i con ella llevamos ya pasadas en revista cuatro potencias de primer orden.

En cuanto al Ecuador, a las repúblicas del Centro, al Estado Oriental i al Paraguai, claro está que como nacionalidades débiles i mas espuestas que nadie a sufrir los avances de la fuerza, están altamente interesadas en poner sus territorios, su comercio i su dignidad de naciones libres bajo la salvaguardia de un derecho de jentes bien definido i unánimemente respetado.

Para Bolivia, la idea de un congreso de Panamá quizás es la única que puede realizar definitiva i honrosamente su esperanza de romper de una vez i para siempre las barreras de su clausura jeográfica i comercial; i para el Perú esa misma idea representa el último refugio de su desastre.

Por fin, nos resta ver cuál será la actitud de Chile i cuál la de la República Arjentina en presencia de esta cruzada de alta política americana, iniciada por ese gran pueblo de Colombia, que junto con estas otras dos naciones meridionales, viene a formar el triángulo jigantesco que sirve de base fundamental a los destinos políticos de este continente.

Chile ha empeñado su palabra, i cualesquiera que sean las nubes que su política divise en la atmósfera de su reunion internacional, no tiene mas que aceptarla. Veremos mas adelante que hai poco que temer a este respecto.

Para la República Arjentina, la invitacion colombiana, aunque tenga todas las virtudes de un calmante, tiene tambien todos los caracteres de un contratiempo. Su irritacion contra Chile se calmará indudablemente, mirando

en perspectiva los actos i las miras de esta potencia en el Pacífico sometidos al juicio de un congreso; pero al mismo tiempo la cuestion patagónica, esa cuestion tan vaga i tan vasta como esa pampa nebulosa i muda que le ha dado su nombre, tan cara i tan llena de fantasmagorías para la imaginacion de los hombres de las orillas del Plata, esa cuestion patagónica, decimos, que indudablemente tiene que caer bajo el dominio del nuevo pacto internacional, hará bien dura para la república trasandina la asistencia al congreso de Panamá. En efecto, segun veremos luego, este cuerpo diplomático se ocupará, indudablemente, de discutir en tésis jeneral el principio del *uti-possidetis* en contraposicion del principio mucho mas racional i filosófico, aunque ménos autorizado, de lo mejor i de lo mas útil i de lo mas humanitario; i bajo este punto de vista, i dado el caso que triunfe la filosofía sobre la tradicion, los derechos de la vecina república serian mui inferiores a los de Chile. Por estas razones, esa república desearía que la reunion de Panamá saliese frustrada, por cualquier evento, o bien, hallar motivos plausibles para esplicar su inasistencia. Pero, como segun lo hemos dicho, el Brasil, Paraguai i Banda Oriental, concurrirán allí con seguridad, puesto que, o pierden mucho con la ausencia, o bien nada pierden con su concurso, i pueden con él ganar mucho, resultaría que la República Argentina se veria aislada en su negativa; situacion inaceptable, dados los antecedentes i el noble carácter de ese gran caudillo de la libertad americana.

En este momento leo en un telegrama que el gobierno arjentino no aceptará la invitacion del de Colombia a ménos que no se tome por base de la discusion en la proyectada reunion, el respeto de los antiguos límites coloniales. Esta condicion no será aceptada jamas por Bolivia ni por ninguno de los pùeblos invitados que, guiados por un interes puramente americano, deseen un mejora-

miento en la suerte de esta nacion, ni por ninguno de los hombres eminentes de América que aspiran a establecer en el Nuevo Mundo los fundamentos de un derecho público mas grande, mas racional i mas humanitario que el de Europa. Es verdad que una tendencia como esta, nos llevaria al terreno de las leyes especulativas tan justamente condenadas por Benjamin Constant i otros publicistas; pero es el caso de hacer notar que el campo de las leyes positivas se dilata con la experiencia i con la ciencia, estendiéndose lejitimamente en la órbita de lo que ántes se miraba como simple especulacion, i que si es un signo de sabiduría el abstenerse en cuanto sea posible de las leyes especulativas, tambien es un signo de ineptitud i de impotencia el encerrarse en un positivismo estricto.

Ademas, Colombia no puede dar a este respectó a la república vecina una respuesta categórica: es el mismo congreso de Panamá, dirá a aquella nacion, el que debe plantear las bases sobre las cuales va a discutirse el principio de arbitraje; yo no debo prejuzgar nada sobre esta materia. ¿Qué hará entónces la nacion vecina? Si tiene interes en el establecimiento de esa base de discusion, debe concurrir a Panamá para sustentarla con el poder de su palabra i con su prestigio nacional.

Yo creo que el congreso se instalará i obrará con la asistencia de todas la naciones americanas de raza latina.

Ahora se nos presenta la cuestion mucho mas grave de «las materias que serán objeto de las deliberaciones diplomáticas de Panamá».

Esta no es materia tan sencilla como a primera vista parece, i seria absurdo prescribir a los plenipotenciarios el mantener la discusion dentro de ciertos límites infran-

queables. Esta clase de cuestiones son complejas por naturaleza, i la una llama a la otra; así el principio del arbitraje llama al de la sancion, i este al de la mancomunidad federal para casos dados. Por otra parte, no debe olvidarse que los principios tienen que transijir con las cosas. Supongamos que se pretendiera dar por base a las deliberaciones el principio del *uti-possidetis* colonial en absoluto. En primer lugar, esto podria traer por consecuencia la emergencia de cuestiones retroactivas, la resurreccion tumultuosa de la historia internacional americana, un cúmulo de reclamos i de protestas, un enjuiciamiento político de medio siglo. En segundo lugar, ello importaria dejar a Bolivia en su prision mediterránea; i finalmente, importaria sancionar los absurdos de la metrópoli, aceptar sin murmurar la herencia de su ignorancia política, renunciando los nuevos dones de la ciencias económicas i sociales. I entónces, en vez de un congreso americano, sólo tendríamos un congreso de abogados llamados a juzgar sobre cuestiones de derecho consuetudinario. Ciertamente que eso no sería la América, eso no sería el alma del Nuevo Mundo proclamando los nuevos principios de humanidad política, i al efecto, presentamos la siguiente disyuntiva: O el congreso debe tener prestigio, o no debe tenerlo: si no lo tiene, es evidente que sus decisiones o sus acuerdos serán rechazados desde luego o eludidos mas tarde por los gobiernos a los cuales no convinieren, sin que estos gobiernos tuvieran que arrastrar graves responsabilidades morales en la historia del continente. Luego es menester que ese congreso, para que responda eficazmente a sus altos fines, esté rodeado del prestigio que sólo pueden dar la magnitud i la elevacion de las intenciones de los pueblos que se congregan: debe, pues, llevar consigo esa alma americana de los grandes días que es la única que puede poner sobre sus palabras el sello imperativo de la justicia i del bien.

Insistimos. Si las entidades políticas que van a reunirse en Panamá, son entidades egoístas que sólo van en persecucion de fines particulares o individuales, si sólo van a representar la equidad o la justicia en el sentido pobrísimmo que tienen esas cosas en el criterio de los leguleyos, de seguro que no saldrá de ahí ni una luz, ni una esperanza, pero sí un gran desengaño para la América, el desaliento de muchos años, la abdicacion indefinida de su mision histórica. I ciertamente, los hombres allí reunidos sentirán esto mismo, i en presencia de tanta responsabilidad no dejarán de lanzarse en discusiones atrevidas i valerosas en el campo de los principios, aunque conserven la prescrita reserva en la esfera de los arreglos ejecutivos. ¿No sería posible entónces que este gran corazon de la América, dilatando sus latidos a todas las rejiones del continente, haga surgir un nuevo espíritu público, aji-te la prensa, despierte mas nobles aspiraciones entre los pueblos i obligue a sus gobiernos a obrar bajo el influjo de un númen mas expansivo i jeneroso? Todo esto es mui posible, i dependerá, ciertamente, del carácter de los hombres enviados a Panamá.

En este punto comenzaría la segunda faz de la reunion de Panamá i probablemente, la renovacion de una parte de su personal i la modificacion de sus instrucciones.

En este nuevo estado de los espíritus habrá bastante luz para conocer que por encima de la integridad territorial está la integridad de la justicia i que las grandes injurias inferidas al derecho, son mucho mas aciagas en la Historia que las desmembraciones territoriales; que mas arriba de la soberanía de la tierra está la soberanía de la humanidad, i que la personalidad política vive mucho mas del respeto de los principios morales que de las dimensiones jeográficas de los Estados; que la traicion i la perfidia son mucho mas disolventes i corruptoras i han destruído mas naciones que la conquista, i que el Esta-

do verdadero es el que vive como ideal político i como conciencia pública en el espíritu de los ciudadanos; i por fin, que salvar el ideal del Estado o de la nacion en su integridad mas verdadera, es un deber mucho mas racional i mas sagrado que conservar sin menoscabo el número de kilómetros cuadrados del suelo nacional.

Del mismo modo se comprenderia entónces que es una soberana injusticia entre pueblos que se sienten llamados a una federacion fraternal, el que uno de ellos no ceda al vecino (mediante indemnizaciones, si se quiere) una porcion de territorio que para el cesionista sólo vale *uno* i para el cesionario vale *ciento*. Ejemplo, el departamento de Tacna entre Perú i Bolivia.

Tambien se echaria de ver entónces que cuestiones como la de Patagonia, no deben resolverse jamas como lo han pretendido Chile i la República Argentina, i que en ella debe ser el tiempo el único juez que pronuncie su veredicto. En efecto, asistamos con la imaginacion a la observacion de las condiciones políticas que pueden afectar en el porvenir a los dos pueblos que se disputan el territorio patagónico, i veamos la suerte que él correría, cualesquiera que fuesen los arreglos internacionales que se hicieran desde luego, o cualquiera que fuese en el día la potencia a quien lo adjudicaba la suerte de las armas. I veremos entónces que, cualquiera que sea el avenimiento, o cualquiera que sea la potencia favorecida por la guerra, es evidente que corriendo los años, ese territorio vendria a ser del mas fuerte en el mar i mas interesado en su posesion. ¿Acaso no sabemos todos que en la larga vida de los pueblos nunca dejan de presentarse muchas ocasiones de desavenencias i que estas pocas veces se dejan escapar por el que puede aprovecharlas? Pero fijémonos en otro aspecto mas racional de la hipótesis. O la América realiza sus altos fines políticos, la última i mas bella forma del derecho públi-

co, la mas interesantes de las misiones de la humanidad, o bien se detiene, se paraliza, se estanca como un producto espúreo de la Historia, como un plajio estéril i sin objeto de los anales antiguos. En el primer caso, es evidente que la cuestion patagónica ofreceria mil soluciones cómodas: todo se arreglaria en pocos días. ¿No tenemos en la América del Norte el ejemplo de los Estados de Pensilvania i de Virginia desprendiéndose de inmensos i valiosos territorios en beneficio de los futuros Estados de la Confederacion? I en el segundo caso, ¿qué nos importa la suerte de esas jeneraciones futuras que han de venir marcadas con el sello de una esterilidad vergonzosa a reedificar infames Babilonias i Sodomias inmundas en esta tierra inmaculada, designada por la Providencia para la realizacion de las mas altas formas de la verdad i de la belleza?

Los hombres públicos de nuestra América no debieran echar nunca en olvido, que el temperamento de nuestra raza no está hecho para el equilibrio i para el término medio de las razas setentrionales, i que si no subimos mas arriba, tendremos que descender mucho mas abajo, que, o nos elevamos a una esfera mucho mas alta que la del mecanismo i de la economía, a la grande esfera del espíritu i de la armonía, o bien descendemos a la esfera de un materialismo inflexible, a la esfera de las discordias i de la ruina. Somos los hijos de los creadores del libre arbitrio, de los grandes bienhechores i de los insignes malvados del linaje humano que han hecho conocer el bien como bien i el mal como mal, esto es, el bien i el mal morales i personales, sacando a la humanidad de los limbos del destino, de las tinieblas de la fatalidad; i es el mas solemne de los absurdos de parte de nuestros estadistas el pretender arrastrar servilmente nuestra jóven América por las huellas de esos pueblos del Norte, sumerjidos en el fatalismo de Lutero, de Calvino i de He-

gel, i que no conocen la libertad i la potencia humanas mas que por las enseñanzas que reciben de las razas del Mediterráneo, creadoras del mundo moderno.

O la América Latina ha de ser la mas bella revelacion de la fraternidad política i social, o ha de ser un vasto plantel de Babilonias modernas, como Lóndres i Paris, plajio exasperante i bochornoso que haria desesperar a todos los creyentes de la verdad inmortal e infinita i mirar con desden «esta última jornada del Creador». La Providencia no se repite, i cuando el feo pleonismo empieza a aparecer bajo su mano divina, lo borra, i abre en la Historia un capítulo inesperado.

Segun estas consideraciones, ¿no es un insigne desatino casi todo lo que se habla i se siente sobre esa cuestion patagónica i no seria mucho mas razonable que las dos naciones que la sostienen, constituyeran en ese territorio una colonia libre, de suecos i daneses, por ejemplo, subvencionándola pródigamente, agregando a su consejo de propio gobierno algunos representantes chilenos i argentinos, i poniendo la libre navegacion del Estrecho bajo la proteccion de todas las naciones del mundo, salvo el caso crítico en que un mutuo acuerdo de las dos naciones determinase su clausura?

Mui posible es que los ilustrados representantes que van a reunirse en Panamá, una vez rota la telaraña de miserias que cubre nuestra actualidad, elevándose a la alta esfera de las ideas i a la concepcion del verdadero destino de esta América, resuelvan las cuestiones apuntas, si no en el sentido que indicamos, de un modo satisfactorio para el mayor número o para los mejores, echando así los fundamentos de un nuevo derecho público i en conformidad con aquel principio de la filosofía de Kant: «obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda ser tomada por un principio de lejislacion universal».

Con un espíritu semejante, fácil seria llegar a la confeccion de un código internacional, cuyas bases principales serian las siguientes:

La América Latina para los americanos de su propia raza. No se reconocerá jamas ni la conquista, ni la cesion, ni la enfiteusis, ni la hipoteca de una parte de su territorio en favor del extranjero.

Las cuestiones internacionales entre los Estados latino-americanos serán falladas por un tribunal federal bajo el principio de que justicia no es la igualacion i la indiferencia de las leyes romanas i europeas, sino el triunfo de lo mejor, la redencion del débil, la fraternidad venciendo, pero sin entrar en el terreno de las especulaciones.

Las formas de gobierno de los Estados contratantes deben ser republicanas, i el tribunal federal, ademas de obrar por sí propio, puede facultar a todos los Estados contratantes para derrocar todo gobierno que las desconozca, declarándolo fuera de la lei.

Cada Estado puede celebrar tratados con el extranjero, pero con la sancion del tribunal federal.

En caso de guerra extranjera, la nacion americana amenazada delegará su soberanía internacional en el tribunal federal, el cual hará la guerra solidaria de la comunidad americana i tendrá el derecho de llevarla a cabo, o de llegar a una transaccion o a un arbitraje.

El tribunal i las fuerzas militares que tendrá a sus órdenes se sostendrá con los caudales comunes erogados en proporcion de la riqueza de cada Estado.

El tribunal debe fallar sobre la legalidad de las elecciones presidenciales que tengan lugar en cada una de las Repúblicas, sancionándolas o anulándolas.

Para anular elecciones presidenciales, para declarar a un Estado fuera de la lei internacional, o para declarar la guerra, se necesita el voto afirmativo de los dos tercios de los representantes.

Para su residencia se cederá al congreso un territorio federal.

A los chilenos que se alarmen ante la expectativa de las precedentes conclusiones, conviene hacerles las consideraciones que siguen:

La cuestion de Chile con Perú i Bolivia no entra en el número de las que pueden ser objeto de las atribuciones del congreso internacional.

Bolivia rechazó el arbitraje cuando era posible, i el Perú apoyó este rechazo. Despues de la victoria no cabe arbitraje.

Cuando el congreso de Panamá arribe a conclusiones de algun valor, ya la cuestion de Chile con sus enemigos será una cuestion largo tiempo fenecida en lo que tiene de comprometente para él. Sólo quedará en cuestion, probablemente la cesion del departamento de Tacna. Las tareas de la reunion de Panamá, o serán sin resultados eficaces, o se prolongarán mucho tiempo. El pensamiento público no está preparado i necesita ser hondamente removido i tenazmente impulsado por la prensa.

Si el congreso de Panamá se limita a la aprobacion del principio de arbitraje, el tal resultado sería sin valor alguno: lo ha probado el debate chileno-arjentino evadiendo un pacto análogo. ¿Qué impediria a la nacion refractaria decir: esto que se me disputa es mío i no puede ser cuestion de arbitraje? Esa pobre América que al reunirse i verse así misma, nada grande sentia ni invocaba, i que se conformaba con una obra tan mezquina, ¿qué prestigio tendria para dar respetabilidad a sus acuerdos i ponerlos al abrigo del subterfujio i del sofisma?

CAPITULO XLI

Ministerio social de la mujer.—Cómo crear la mujer americana

La mujer es la creadora del niño; i el niño i la mujer son los creadores del hombre: del hombre en lo que tiene de mas íntimo, de mas creador, de mas perseverante i de mas decisivo en su destino futuro, esto es, del carácter.

El carácter es el creador del hombre. I todas las obras de la vida, i el encadenamiento de los sucesos individuales, no son sino el fruto del carácter.

La ciencia misma recibe sus mejores impulsos i su direccion final, de las tendencias estéticas del individuo creadas por la mujer; de modo que la ciencia, este gran factor de la civilizacion moderna, viene a reaccionar sobre la juventud despues de haber recibido indirectamente las tendencias del alma maternal; pues, si es cierto que la buena ciencia enaltece el espíritu sensible, no lo es ménos que son los que mejor sienten los que han hecho la buena ciencia.

El espíritu, en su marcha divina, ha llegado en nuestros días a uno de sus momentos mas solemnes, al momento de una eflorescencia final de reflexion sobre sí

mismo. El pensamiento humano, volviendo sobre sus orígenes, se ve a sí mismo saliendo de esa túnica sagrada del amor materno, i el sentimiento de la perfeccion i de la gratitud, lo han hecho prorrumpir en todas partes en esta misma exclamacion votiva: «educacion de las madres».

Es decir, educacion de la mujer que va a ser madre i educacion de la niña que va a ser mujer.

Dice Quinet que «el grado de civilizacion se mide por el acuerdo o por la desunion intelectual de los dos sexos». I esto podria hacer presumir que la educacion de ambos sexos debe ser la misma. Pero él mismo dice: «los hombres harán leyes, sólo las mujeres harán las costumbres». Lo cual hace pensar que, siendo diferente la mision de ámbos sexos, su educacion tambien debe serlo. I entónces, ¿cómo establecer ese acuerdo i hacer al mismo tiempo a la mujer fundadora de las buenas costumbres? ¿Cómo educar a la mujer? He ahí la cuestion; i es menester estudiarla profundamente, porque los resultados hasta hoy obtenidos no son satisfactorios.

La europea, i su imitadora de América, obran en vista del espectador del mundo, i crean al hombre esclavo de la opinion, sin osadías i sin orijinalidades. Es menester hacer a la mujer que obra en vista del ideal eterno, i que hace de cada hombre un legislador de sí mismo i un ministro del Creador.

La yanke, con su ciencia de especialidad, se ha hecho la creadora del hombre honrado i útil; pero es la mujer metódica, sin efusiones maternales, sin intensidades de ternura, madre de niños sin infancia, sin descarríos i sin caprichos, pero tambien sin arranques de abnegacion i sin audacias heróicas. Es necesario crear a la mujer que, despues de incubar al hijo en el vientre, lo incuba con su espíritu, lo crea incesantemente en su espíritu, i con el calor maternal hace surgir del alma infantil todas las ori-

jinalidades i todas las bellezas estéticas de que es susceptible.

Mejor es la sociedad con mujeres doctas que con mujeres ignorantes; pero no es esa la cuestion. No se trata de saber si este modo de ser social particular es mejor que tal otro modo de ser social particular tambien; se trata de saber cual es la mejor funcion social de la mujer i cómo alcanzarla. Vale mas la mujer que sabe lo que debe ser i saber para educar bien sus hijos que la docta que gasta su tiempo en adocrinarse en otras cosas. Mas, ¿cómo hacer esa mujer mejor?

Comparando la elevacion intelectual de los hombres i de las mujeres de nuestra sociedad, desde luego se presenta esta cuestion: ¿por qué la mujer no sabe apreciar la verdadera superioridad, por qué está dominada por preocupaciones frívolas, por qué ejerce tan poco influjo directo en la vida pública? I se echa de ver inmediatamente que esta diferencia tan notable viene mucho ménos de la diferencia en el saber que de la diferencia en el vivir i en el obrar. Entre los hombre, los superiores, los mas capaces, descuellan casi siempre i se imponen como autores de la vida pública, i esa justa imposicion es como una medida de moralidad mas justiciera, mas elevada i mas activa que la de la vida meramente social, es como un criterio mas noble i mas alto a que se somete la sociedad i que no siempre se acepta en las relaciones privadas. La publicidad, la responsabilidad de los actos públicos i trascendentales, el hecho sólo de reunirse con fines superiores, eleva al hombre a un deber mas alto i a una dignidad mas severa; entónces callan o se ocultan las pretensiones bastardas o por lo ménos se disfrazan; entónces surgen los mejores sentimientos con mas imperio i con mas eficacia, porque el bien jeneral acalla los demas intereses i se impone como criterio. Miéntras que en la vida privada, por una especie de reaccion maligna,

esas mismas pretensiones bastardas que no se atrevieron a presentarse en público, se levantan altaneras, como desahogos necesarios de espíritus apocados. I esa es la atmósfera que respira la mayoría de las mujeres.

De aquí saco yo por consecuencia que uno de los mejores medios de educar bien a la mujer, es iniciarla en el ministerio de la vida pública, aunque en una esfera distinta de la del hombre.

Hai dos grandes esferas de actividad en la sociedad: la esfera política i la esfera moral. La primera está plenamente ocupada por el hombre, i hasta la fecha es un problema en averiguar la conveniencia que habria en hacer participar de ella a la mujer, o bien, si esa conveniencia es de aquéllas que vienen a favorecer su mision educacionista, que es lo que mas debemos tener en vista: hacer a la buena madre. Miéntras que en todas partes se proclaman con el libro i con los hechos las grandes ventajas que resultan de elevar al bello sexo al alto ministerio de la beneficencia, de la moralidad pública i de la disciplina de los hogares. Una de las mayores glorias de Inglaterra es la que le han dado sus mujeres benéficas.

Pero es menester no confundir la beneficencia pública en los estrechos límites que hoi le conocemos en Chile, con la beneficencia realmente eficaz, a que sólo saben elevarse las personas de un verdadero mérito. Aquí tratamos de la manera de realizar esta última elevándola a una institucion pública, dotada de una constitucion propia, i que sirviera de gimnasio moral a los espíritus femeniles i de fortificante disciplina para las tareas de la maternidad. Hacer en el espíritu femenino la matriz de beneficencia penetrante que debe abrigar el espíritu del niño por un esfuerzo de reflexion i de virtud, así como la seleccion sexual i la natural han hecho la matriz fisiológica.

Hacer una institucion nacional de beneficencia, un Es-

tado moral en el seno del Estado político, una nacion femenina dentro de la nacion masculina, he ahí el medio de despertar en la mujer las mejores facultades estéticas las virtudes mas valiosas, así como el nuevo criterio de la belleza i de la superioridad.

Habria, pues, un poder electoral femenino, un congreso femenino i un poder ejecutivo compuesto de mujeres. Su esfera es la moral, haciendo el bien i evitando el mal. Las sanciones penales no le pertenecen; pero tiene en sus manos la sancion mas poderosa de la moral i de la opinion.

Sería menester, ante todo, simplificar el mecanismo electoral reduciéndolo a lo siguiente:

Cada cabecera de departamento elije un número proporcional de delegadas, ya por escrutinio, ya de viva voz, en simples reuniones, pues se escluiría a la plebe. Estas delegadas, a mas de constituir la administracion local, elijen un número proporcional de representantes para constituir en la capital un cuerpo lejislativo, como asimismo para elegir una presidenta i dos o mas vice-presidentas que se alternan en el mando. La presidenta elije sus secretarias i en union con ellas nombra los empleados de la administracion central.

A mi juicio, nuestra América, llamada a dar una forma mas acabada i atrevida a las buenas instituciones sociales, debería elevarse a una concepcion mas alta sobre esta materia, hallando para la mujer americana una mision mejor i mas activa, mas en armonía con nuestros fines políticos. Esa beneficencia ruidosa i deficiente, de la cual se hace un objeto de vanidades, esa beneficencia altisonante i mezquina que mas bien sirve para tranquilizar la indolencia i para hospedar la irresponsabilidad,

está mui distante de satisfacer las urgentes necesidades sociales, mui léjos de ser alivio i redencion eficaces de la miseria, i mas lejos aun de ser un campo de actividad adecuado para despertar en la mujer americana las buenas energías estéticas i morales que deben redimirla, i de las cuales da a veces tan admirables testimonios: allí no despertará jamas ese ideal tan bello de la mujer, soñada por el poeta, inducido por el pensador. Se trata de crear la mujer de los deberes santos i de los entusiasmos jenerosos, la hija i la madre de este nuevo mundo, sobre cuya frente se ciernen las mas bellas promesas del Altísimo.

¿I cómo llegar allí?

Haciendo de la beneficencia un poder público, elevando a la mujer a la esfera de las grandes responsabilidades, arrancándola de la esfera de las frivolidades donde sólo reina la competencia del lujo, para alzarla a la competencia del talento i de la virtud, a fin de que las mas nobles sean realmente las mejores i las que impongan la lei a la sociedad.

Así se constituiría: 1.º una nueva i lejitima aristocracia femenina que se impondria gradualmente como modelo a la jeneralidad; 2.º un poderoso ajente regulador del lujo, moralizador del bello sexo i mui apto para ejercer la beneficencia en una grande escala.

Pero hai que desvanecer un grave argumento que se puede hacer contra estos propósitos.

Organizais el poder femenino, se dirá, i no veis que de ese modo poneis en manos del clero un arma omnipotente. ¿Acaso no sería el espíritu clerical el que seguramente iba a animar a ese poderoso cuerpo social que se alzaba en el país como una nacion dentro de la nacion? Si la mujer, así aislada como hoi vive, es el ajente poderoso de que se sirve el clero para saturar la sociedad con sus principios retrógrados, ¿no es evidente que poniendo en sus manos ese poder tan grande de organiza-

cion i de actividad, no se hacía otra cosa que armar al hombre del pasado con un arma terrible, hasta ahora desconocida?

Respuesta. Si entre los hombres a quienes los deberes públicos i sociales llaman incesantemente a la vida ostensible i a la pública manifestacion, sucede con frecuencia que los mejores viven i mueren desconocidos, ¿qué no sucederá entre las mujeres cuya vida no sale del hogar? Hai entre ellas muchas almas eminentes, ignoradas de los demas i de sí mismas, espíritus ricamente dotados, caractéres de una alta belleza que vejetan sin cultivo, que se estravían en las sombras, que se pierden en la noche de nuestros olvidos, i que, bajo el influjo de la luz, de esa luz que es el querer i el conocer de los demas, el juicio estético i moral de la publicidad, podrian llegar a su eflorescencia i a su belleza cabal, a la fuerza i a la beneficencia. La publicidad i la libre competencia de los actos i de las ideas, es como la hematosis de los espíritus, es la aspiracion del aire fortificante que hace circular mas activamente las arterias de la vida. En ella lo superior tiene casi siempre que surgir i ser reconocido como tal, i es ella la que debe constituir entre las mujeres una aristocracia lejitima, fundada en las categorías del alma, i que será como una atmósfera apropiada para lo grande i lo bueno, donde las pequeñeces humanas tienen que morir sofocadas.

Ahora, ese nuevo espíritu público femenino que se constituiría de este modo, sería mucho mas apto para pensar libremente i para resistir los conatos de predominio del clero, que el pobre espíritu de la mujer aislada i debilitada por esa misma atmósfera de frivolidades en que se desenvuelve. En fin, presentar un gran fin a la actividad de los espíritus es despertar en ellos los grandes sentimientos del deber, entre los cuales va incluido el de la responsabilidad personal, i por consiguiente, la

necesidad de pensar por sí mismo, de tener convicciones propias; lo cual trae por resultado final la personalidad libre, el pensamiento viril que, en vez de recibir pasivamente las ideas, las somete ántes a un exámen juicioso e imparcial. La vida activa i superior, cualesquiera que sean los conflictos con que se estrena, al fin tiene que arribar a la verdad, miéntras que la pequeñez, la indolencia i la inercia, son el mejor refugio del error i de la impostura.

Otro argumento: La mujer será lo que el hombre quiera que sea; luego, dejémonos de nuevas instituciones, dejemos que el hombre haga a la mujer i que la mejore sin cesar, mejorándose a sí mismo.

Pero si la mujer será lo que el hombre quiera que sea, no debe olvidarse que el hombre, ántes de querer que la mujer sea de este modo o del otro, ya ha sido él mismo querido o hecho por la mujer, por la madre, de tal o cual modo, que no le permitirá querer sino de un modo subordinado al querer de la mujer misma.

I si la mujer será lo que el hombre quiera que sea, i si el pensamiento del hombre descubre que la mujer, para que sea lo que debe ser i lo que él debe querer que sea, es menester que se forme a sí misma en la actividad de sus facultades estéticas i morales, justo i lójico es que la mujer se forme de ese modo. Pues si al hombre se le permite querer que la mujer sea de tal o cual modo, i al mismo tiempo no se le permite emplear los medios que a su juicio son los mejores para conseguir ese fin, hai en ello una contradiccion patente.

Como el hombre mejora o empeora a la mujer, i como la mujer, a su vez, mejora o empeora al hombre, es indispensable que no sólo el hombre sea el que trabaje en su esfera propia por mejorarse a sí mismo, sino que es preciso crear tambien a la mujer una esfera propia para su mejoramiento, a fin de que esa reciprocidad de

accion que señalamos, en vez de anular el mejoramiento del hombre, lo incremente sin cesar, i sobre todo, a fin de que el niño, ese gran factor de la vida, salga de las manos maternas mas dispuesto para las nobles iniciaciones. Finalmente, es sabido que la predileccion de la mujer por el hombre que ha de ser su esposo, lo mas o ménos elevado del juicio estético que le sirve de guia para hacer esta eleccion, ejerce una influencia mui decisiva en su destino i en el de sus hijos. ¿Cómo será posible que las frívolas mujeres del día sepan elegir el hombre que mejor ha de educarlas para llegar a ser madres de una honrosa posteridad?

¿I cuáles serian los medios de que se serviria esta vasta Institucion femenil para ejercer la beneficencia?

La educacion del bello sexo prohibiéndole la educacion de los hombres. La creacion de escuelas i colejos, i de una Universidad para la educacion de las alumnas sobresalientes, donde podria formarse tambien una facultad de medicina, aunque se suprimieran en ellas lo estudios ménos útiles.

Creacion de hospitales, de asilos, de talleres, de casas de correccion.

La promulgacion de leyes suntuarias; el cobro de contribuciones, los premios a la moralidad i a las virtudes sobresalientes, a la aplicacion i al talento.

Los certámenes públicos, la organizacion de sociedades artísticas, de conciertos, de exhibiciones i de representaciones, abriendo así a la mujer todas las sendas de la beneficencia i del arte. En fin, en las festividades de la patria ella deberia ser elevada al rango de sacerdotisa de esa noble relijion del patriotismo.

CAPÍTULO XLII

El mundo verdadero.—El pensamiento en América.

El mundo físico ha sido descubierto en su totalidad. El mundo moral recién se levanta del seno de las aguas i de las brumas. Sus montañas son de ayer, no mas. Esas eminencias que se llaman Jerusalem, Aténas, Boston, i esa gran montaña de la Europa moderna, son de formacion contemporánea en la série de las edades espirituales. I nadie es capaz de comprender ni de adivinar cuáles serán las próximas formaciones de esa jeología sublime: el jenio las vislumbra i se ciega, o habla en enigmas, como Jesus o como Juan.

Como el hallazgo del mundo físico ha tenido sus héroes i sus mártires, el mundo moral tiene tambien los suyos i los tendrá cada vez mayores. Dichosos los que vean esas grandes jornadas. Dichosos los que arriben al nuevo mundo de justicia i de verdad, los que vean esa frente poderosa del nuevo Colon bañada por los esplendores de lo maravilloso; de ese nuevo Colon que tiene su molde hecho en el antiguo.

El gran jenoves, no sólo nos dió un mundo prodijioso, el albergue rejio de una humanidad nueva i rejenerada, sino que nos legó, sobre todo, un tesoro inagotable de

virtud, un testamento de heroismo, la medida de esa fuerza infinita con que se descubre lo maravilloso; i su fisonomía moral debiera levantarse como un modelo en el espíritu de los americanos, porque es entre nosotros tambien donde el alma de ese gran mártir debe ser glorificada.

«Yo creo que seria una tarea mui importante la de describir los jenios de los grandes hombres, siendo cada grande hombre el tipo especial de un jenio humano mui digno de ser presentado como modelo a los contemporáneos. Sócrates, Platon, Epicteto, Marco Aurelio, Galileo; Lutero, Rancé, Bayardo, Dante, Washington, Franklin, Wellington, Kant, Quinet, Lamennais, he ahí grandes ejemplos, mundos morales que encierran los jérmenes de las creaciones futuras.

«Ademas, los mundos morales están aun por descubrirse en su parte mas bella. I es preciso abrir al alma esos continentes inesplorados, en el mar del heroismo i de la grandeza».

«Al ver un atlas del mundo romano i otro moderno, se pasa de una especie de inquietud a otra de satisfaccion: la integridad es el triunfo i la paz del entendimiento. Así, el pensador experimenta una especie de inquietud i de esperanza al ver lo incompleto del mundo moral, todo lo que falta aun para acabar el atlas de ese mundo inmenso que debe llamarse: *nocion humana*. Pues se trata de crear el mundo moral sin salir de esta nocion, pero fortificándola i enriqueciéndola. Nos quedan por ver los mas bellos continentes, los océanos mas espléndidos i los cielos mas grandiosos».

«Los jenios van a repartirse el mundo; el mundo verdadero va a ser explorado i dominado».

El mundo inmenso i real aparecerá levantándose del

seno de las aguas, i los continentes vírgenes abren su seno colosal a las nuevas jeneraciones, hambrientas de belleza, de paz i de amor. Jenio de Colon i de Gama, conmueve a tus amantes i lánzalos en busca de esos nuevos mundos!» (La Personalidad social o los Jenios).

Quinet, resumiendo las ideas de Herder sobre la filosofía de la Historia, se espresa de este modo:

«Así, cautivo en los límites del mundo, lo infinito se ajita buscando una salida, i la humanidad que lo encarna, como dominada del vértigo, va caminando en presencia del universo mudo, de ruinas en ruinas, sin hallar donde detenerse. Parece un viajero fatigado i léjos de sus hogares; habiendo salido de la India al despuntar el día, apénas ha reposado en el recinto de Babilonia cuando la destruye, i falto de abrigo, huye a la Persia, a la Media, al Egipto. Un siglo, una hora mas, i detroza a Palmira, a Ecbatana i a Ménfis».

Así, el pensamiento humano, como un eterno peregrino, mudando sin cesar de domicilio, pasa de los persas a los medos, a los helenos, a los etruscos, a los romanos, hasta caer a esa fosa colosal de una Edad bárbara, i hasta reaparecer transfigurado i radiante en la Edad moderna. Edad grande i fecunda por cuanto al viejo principio civilizador de la absorcion de las nacionalidades débiles por las fuertes, ha sustituido el precepto de la respetabilidad internacional, i al patriotismo de la tierra, el patriotismo de las ideas inmortales.

Colon, buscando la Tierra Santa, halló la América; la Providencia corrijó el intento del mártir i del héroe i puso en su camino lo que era mas digno de él: en vez de un sepulcro, la cuna de una nueva humanidad, i un albergue mas bello para el espíritu humano. Así, este

último, halló el final reposo de su última jornada, el cansado viajero ya no encuentra un mas allá i vuelve sus miradas a las sendas que ha recorrido, a los lugares históricos donde ha habitado.

I por eso la América representa el momento mas solemne de la Historia, el momento de las recapitulaciones finales, de los pensamientos audaces i de las resoluciones sin apelacion. Todo el pensamiento de las edades pasadas condensado en este instante, parece que la humanidad entera pensara con nosotros i nos invitara a la accion. Somos el mundo, somos el espíritu inmortal de la humanidad que despues de haber creado la Historia se detiene al fin para juzgar sus obras pasadas i para deliberar las futuras. Representamos el juicio final del espíritu que vuelve sobre sí mismo i se reconoce como el único contenido del mundo i de la Historia. Antes era el mundo esterno el que se presentaba como contenido de la vida i por eso el hombre trataba de dominar lugares i de dirijir lo esterno en las cosas i en los demas hombres; mas ahora la vida, la conciencia i la voluntad, se presentan como principio i fin de todas las cosas; i nuestro fin ha de ser mucho menos modificar el mundo esterno cuanto modificar la voluntad i la conciencia que lo dominan i le dan su sentido verdadero; así el hombre tiene que presentarse tal como es, como creador de sí mismo i de su destino.

Es un nuevo amanecer, un nuevo día que despunta, una nueva naturaleza que se levanta, proclamando la eterna juventud de la Creacion. Una brisa rejuvenecedora sopla sobre la frente de este nuevo mundo, trayendo las voces de los siglos como en una omnipresencia de las edades que hablan i se trasmiten las palabras del saber eterno. Destino orijinal i grande que mui pocos comprenden i que ignoran por completo los que pretenden someter nuestra inspiracion i nuestro pensamiento a los pre-

ceptos de ciertas escuelas europeas i proclaman la supremacía de tal o cual de sus pensadores.

Pensar i creer bajo el dictámen de los europeos es abdicar nuestro destino: Ninguna Iglesia, ninguna Academia, ningun hombre del Viejo Mundo pueden ejercer sobre la América ese alto ministerio de iniciarla en una creencia, o de someterla a un dogma; i, si es justo que nos asimilemos las enseñanzas de la Europa, esa asimilacion debe ser activa i selectiva, creadora i varonil, a fin de hacer esas enseñanzas adecuadas a nuestro jenio nacional i a nuestra mision en el mundo.

El mas poderoso de los pensadores europeos, ese grande Edgard Quinet que ha sembrado la Historia i el alma humana de tantos raudales de luz, ese espíritu arcánjel que tanta vida ha dado al mundo sin exigirle nada mas que la dignidad i el valor, ese titan del pensamiento, no tendria derecho de someternos servilmente a sus impulsos. ¿Cuánto ménos derecho tendrían entónces esos pobres espíritus europeos que tanto influjo están ejerciendo en nuestra América, que tanta sumision exigen del espíritu humano, que tanto han pretendido lejislar sobre los principios de la vida, i de quienes no ha salido jamas uno de esos resplandores sublimes que engrandecen i fortifican el alma?

«La América para los americanos», ha dicho un Presidente de Estados Unidos. I ya que los yankes se han propuesto salvar la tierra de este nuevo mundo, bueno será que nosotros nos propongamos salvar la integridad de nuestro jenio nacional i la alta responsabilidad de nuestro libre pensamiento, no aceptando pontificados ni supremacías extranjeras, i viviendo únicamente de una enérgica i juiciosa asimilacion del pensamiento universal.

I aquí se presenta una cuestion mui importante.

Es verdad que la América ha ser para los americanos. Mas, ¿quiénes son o serán los verdaderos americanos? Es evidente que los que mejor representen el momento histórico de la América. Siempre se ha visto que cada época histórica tiene una idea que la domina i que el pueblo que mejor la representa es el que impone la lei a los demas. Desde el ária, desde el persa, desde el griego, desde el romano en la antigüedad, hasta la España ortodoxa, hasta la Francia de la revolucion, hasta la Inglaterra liberal, hasta la Alemania científica de la Edad moderna, siempre se ha visto que en cada época hai una idea que se impone mas fácilmente a la humanidad i que el pueblo que mejor la encarna lleva una gran ventaja sobre los otros. ¿Qué valdrán entónces su fuerza i su número a los poderosos Estados Unidos, si nosotros encarnamos mejor que ellos la idea dominante de nuestra época?

Pero ¿cuál es esa idea que debe dominar este nuevo instante de la humanidad? Ya W. de Humboldt, Mill, Bilbao, Lastarria, i otros pensadores la han formulado de un modo jeneral: es el hombre en la mayor intensidad de sus facultades, el hombre en la mayor plenitud de sus potencias estéticas e intelectuales, es la vida en su mayor grado de esplendor. Mas ¿cómo concretar en palabras determinadas esa idea jeneral, cómo hallar la ruta gráfica que debe llevarnos a su realizacion? He ahí la gran cuestion. ¿Cuál es el hombre mejor, cuál es la intensidad i la plenitud que mas le convienen?

El pueblo que mejor realice esa idea, será el caudillo que marche a la vanguardia de las naciones i el arcánjel que rompa el último de los sellos del destino humano.

En otros términos, es el ideal de la belleza el que se trata de alcanzar, ideal cuyos elementos se hallan dispersos en las diversas edades de la humanidad i que el pen-

sador i el artista tienen que recojer i que unir en una nueva síntesis, con un alto juicio i con una inspiracion atrevida. Obra grande i fecunda, larga i penosa, pero digna de un pueblo entusiasta i juvenil, i que será, ciertamente, el punto de partida de la nueva literatura i de la nueva ciencia moral de las sociedades. Hai rasgos sublimes del hombre en la India, en Jerusalem, en Aténas i en otras partes; i la tarea ardua i dificil es recomponer con ellos la fisonomía del hombre moderno, sin desnaturalizarlo, i conservándole su jenial inspiracion.

De las consideraciones que preceden deduzco yo las siguientes consecuencias:

1.º Los Estados Unidos, imitadores de la Inglaterra, están talvez mas léjos que nosotros de hallar el verdadero rumbo del pensamiento nuevo, tanto en la literatura como en filosofia.

2.º Nuestros literatos que se ciñen a la crítica o a la simple descripcion de nuestras costumbres, olvidándose de presentar el modelo de lo mejor que aun no existe, los tipos de la belleza adecuados a nuestra índole americana, van mui léjos del buen camino: las sociedades nuevas se educan mucho mejor por la revelacion de lo bello que por la crítica de lo malo.

3.º Nuestros pensadores se estravían parafraseando a los políticos i filósofos europeos, sin elevarse a ideas originales, a la concepcion de sistemas propios.

4.º Nuestros políticos van descaminados tomando por mira principal de sus tareas el incremento de la riqueza i la creacion del hombre-funcion que la produce, mirando como secundario la produccion del hombre integral, que abarca la plenitud de la vida, i sobre todo, la produccion del fuerte estímulo de los grandes hombres, los cuales son los moldes finales en que se funde la sociedad.

5.º A la accion inmediata de nuestra diplomacia i de nuestros pueblos para crear un espíritu público america-

no i para echar los primeros fundamentos de nuestra union futura, debe aunarse la accion tenaz de nuestros gobiernos i de nuestros hombres eminentes para la creacion de grandes hombres americanos, comenzando por la fundacion de establecimientos de alta educacion científica i moral adonde deberian llevarse imparcialmente lo mas selecto i mas noble de nuestra juventud.

6.º Creacion de un Instituto Americano.

Este nuevo mundo pide hombres nuevos tambien; i la añeja Europa es impotente para hallar esas palabras supremas con que debe bautizarse este augusto recién nacido de la Humanidad. Todo hombre es un héroe que viaja de incógnito por la vida: el gran deber es rebuscar en los arcanos del alma individual esos títulos orijinales de su grandeza. Ni las reglas de la teocracia, ni las reglas de Spencer, i de Comte podrian llevarnos hácia este fin tan alto, i lo único que para ello podria servirnos de guia es este imperativo: halla lo mas bello de tí mismo i sé tu propio lejislador. El hombre moderno no puede someterse a reglas uniformes. Cada hombre es un mundo aparte que sólo debe obedecer a esta lei de gravitacion universal: el bien supremo de cada uno debe resultar del mayor bien posible de la comunidad. Ahora, este mayor bien posible no puede resultar de la uniformidad, como sucede en los pueblos incultos i en los pueblos decrepitos, sino de la mayor diversidad estética i de la mas grande unidad intelectual, unidad que no debe producirse como un acuerdo inerte como en el papado, sino como la actividad perpetua para perfeccionar cada vez mas la unidad de los fines, coexistiendo con la diferenciacion legal i creciente de los caracteres i de los jenios.

FIN

INDICE

Breve reseña biográfica.

LIBRO I

Introduccion.—¿Qué cosa es la personalidad política?

I.—El problema social.—Los nuevos mundos.—La orijinalidad.—
La personalidad.

II.—Sobre el bien i el mal en el individuo.

III.—Del mal en la sociedad.—La opinion.

IV.—¿Qué cosa es el bien social?—Estética trascendental.—Pri-
mera nocion del deber.

V.—Continuacion del auterior.—Estética social.—Tipo mejor de
una sociedad.

VI.—¿Qué es libertad?—El derecho es el deber.—¿Cuándo se
puede decir que un pueblo es libre?

VII.—El medio económico i la libertad.—Mecanismo de la rique-
za.—Sofismas de los adoradores de la opinion.—Nueva
aristocracia.

VIII.—La aristocracia, la opinion i la Iglesia.

IX.—Temperamento del rico i sus tendencias naturales.

X.—¿Quiénes son los superiores?—¿Cuál es el verdadero talento superior?—¿Cuál debe ser la aristocracia de la libertad?

LIBRO II

Principios políticos.

XI.—Cual es el principio de la soberanía.

XII.—Medio social i económico mas propio para el ejercicio de la soberanía.

XIII.—Medio moral mas propio para el ejercicio de la soberanía.
—El derecho ha de ser deber.

XIV.—Medio intelectual mas propio para el ejercicio de la soberanía.—Medio histórico.

XV.—Otras influencias del medio histórico sobre el ejercicio de la soberanía.—Predominio de las ideas en el desarrollo político.

XVI.—Sofisma que dice: el pueblo no está preparado, opuesto al otro que dice: el pueblo no necesita de preparacion.

XVII.—Organizacion del poder electoral, fundada en una nocion mas lejitima i mas alta de la propiedad, o en la nocion fundamental del derecho.

XVIII.—La fisiología social i el nuevo sistema electoral.

XIX.—Consecuencias sociales i morales de este sistema.

XX.—Si es justo que el poder venga de abajo hácia arriba segun la democracia, o si debe venir de arriba hácia abajo segun las aristocracias i las teocracias.

XXI.—La abstinencia i la participacion en política.

XXII.—La estética trascendental i la Jurisprudencia civil.

LIBRO III

La personalidad en la Historia i en la ciencia.

XXIII.—Los dos talentos fecundos.—Observadores i creadores.
—Sus aplicaciones a la ciencia, a la moral, al arte i a la Historia.—¿Qué es talento realizador?

XXIV.—La tiranía de las masas i sus peligros.—Cómo organizar las fuerzas sociales a fin de prevenir esa tiranía u otra cualquiera especie que sea.—Cómo producir grandes hombres.—El libre arbitrio individual i los hechos históricos.

XXV.—Lo que pudo haber sido i no fué.—Poder de los pequeños i poder de los grandes.—Los grandes hacen a los pequeños; pero estos forman la atmósfera i los antecedentes de aquellos.—Educación del niño.

XXVI.—Causas jenerales i causas particulares.—Su dependencia.—Los dogmas.—Criterio del historiador.

LIBRO IV

La personalidad política i la relijion.

XXVII.—¿Hai un cristianismo político?—La tolerancia i la intolerancia.—La forma i el contenido.—Sistema liberal.

XXVIII.—Continuación del anterior.—Los jesuitas.

XXIX.—La sociedad i los dogmas.—El catolicismo i los pueblos latinos.—Jesucristo.—Engrandecimiento i purificación del cristianismo.

LIBRO V

La personalidad política en América.

XXX.—Las dos Américas.—Formación de las razas humanas.

XXXI.—Mision de la América Latina.—El mundo espiritual i el mundo físico.

XXXII.—Cómo confederar la América Latina.—Cómo resistir al extranjero.

XXXIII.—Cual es la educacion pública mas adecuada para realizar los fines americanos.—Institucion científico-política.

XXXIV.—Una institucion que hace falta en América para la salvaguardia i el progreso de las formas republicanas.

XXXV.—Las dos razas de Occidente en América.

XXXVI.—Temperamento político de los pueblos hispano-americanos.—¿Cómo hallarle una expansion saludable?

XXXVII.—En qué se distingue un pueblo viejo de un pueblo joven.—Disculpa de los errores relijiosos.—Diversos roles de la ciencia i del arte.—Juventud i vejez del Nuevo Mundo.—Chile i el Plata.

XXXVIII.—El porvenir de la América Latina i el problema social en Europa i en Estados Unidos.

XXXIX.—Las Repúblicas de la América Latina.

XL.—El Congreso de Panamá.

XLI.—Ministerio social de la mujer.—Cómo crear la mujer americana.

Conclusion.

XLII.—El mundo verdadero.—El pensamiento en América.

